

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

Departamento de Sociología III



**LA AMBIVALENCIA SOCIAL DEL NUEVO
VOLUNTARIADO: ESTUDIO CUALITATIVO DEL
VOLUNTARIADO SOCIAL JOVEN EN MADRID**

**MEMORIA PRESENTADA PARA OPTAR AL GRADO DE
DOCTOR POR**

Ángel Zurdo Alaguero

Bajo la dirección del Doctor:
Luis Enrique Alonso Benito

Madrid, 2003

ISBN: 84-669-2653-4

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA III
(ESTRUCTURA SOCIAL, SOCIOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN)

**LA AMBIVALENCIA SOCIAL
DEL NUEVO VOLUNTARIADO**
**ESTUDIO CUALITATIVO DEL VOLUNTARIADO
SOCIAL JOVEN EN MADRID**

TESIS DOCTORAL

Ángel Zurdo Alaguero
Director: Luis Enrique Alonso Benito

Madrid, 2003

“Proponed lo que es hacedero, me repiten constantemente. Es como si me dijeran: proponed que se haga lo que se hace, o, al menos, proponed algún bien que se alíe con el mal existente” (Rousseau, 1990: 29-30)

“Aspiramos a una sociedad que no sea únicamente sociedad civil sino que llegue a ser una buena sociedad. Entendiendo que una buena sociedad es aquella en la que las personas se tratan mutuamente como fines en sí mismas y no como meros instrumentos; como totalidades personales y no como fragmentos; como miembros de una comunidad, unidos por lazos de afecto y compromiso mutuo, y no sólo como empleados, comerciantes, consumidores o, incluso, conciudadanos” (Etzioni, 2001: 15)

“La buena conciencia confortada por la razón, la historia o la coherencia de una doctrina, está, como el camino del infierno, empedrada de buenas intenciones” (Duvignaud, 1990: 184)

“Estadísticas logísticas hechas con frialdad, no pueden evitar que los chicos estén mal” (Topo, 1982, ‘Los chicos están mal’, LP ‘Marea Negra’)

“Este mayor rendimiento de la explicación interpretativa frente a la observadora tiene ciertamente como precio el carácter esencialmente más hipotético y fragmentario de los resultados alcanzados por la interpretación. Pero es precisamente lo específico del conocimiento sociológico” (Weber, 1984a: 13)

Índice

AGRADECIMIENTOS	9
1. INTRODUCCIÓN	17
2. EL VOLUNTARIADO COMO OBJETO DE ESTUDIO: OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN.....	31
2.1. Delimitando el objeto: el voluntariado joven de integración.....	31
2.2. Objetivos de la investigación.....	39
3. METODOLOGÍA Y DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN.....	43
3.1. Fundamentación metodológica.....	43
3.2. El diseño de la investigación.....	49
3.2.1. Entrevistas abiertas.....	50
3.2.2. Grupos de discusión.....	57
3.2.3. Análisis documental.....	59
3.3. El análisis crítico del discurso como estrategia interpretativa.....	60
4. CONTEXTUALIZACIÓN SOCIOHISTÓRICA E IDEOLÓGICA DEL VOLUNTARIADO.....	65
4.1. Antecedentes del voluntariado	65
4.2. La reestructuración del Estado Social como contexto sociopolítico del ascenso del nuevo voluntariado.....	83
5. EL VOLUNTARIADO COMO CONCEPTO: AMBIGÜEDAD E INDETERMINACIÓN POR INCLUSIÓN.....	91
5.1. Aproximación al concepto.....	91
5.2. El voluntariado: El vínculo entre la voluntad y el individualismo	94
5.3. La problemática definición del voluntariado y la expansividad discursiva del referente social.....	108
5.3.1. La ampliación del referente social del concepto 'voluntariado'	111
5.3.2. La potencia y difusión social del uso del concepto 'voluntariado': una ejemplificación extrema	121
5.3.3. La definición 'empírica' del voluntariado como estrategia explicativa.....	124

6.	PERFIL SOCIODEMOGRÁFICO DEL VOLUNTARIADO EN ESPAÑA	129
6.1.	La aproximación cuantitativa al tercer sector y al voluntariado: problemas metodológicos	129
6.2.	La extensión del fenómeno voluntario.....	136
6.3.	La distribución del voluntariado en función de las variables básicas de análisis sociodemográfico	140
6.3.1.	<i>Voluntariado y género</i>	141
6.3.2.	<i>La participación voluntaria según la edad: el dominio del modelo 'juvenilista'</i>	144
6.3.3.	<i>Clase social y voluntariado.....</i>	153
6.3.4.	<i>Nivel de estudios y práctica voluntaria.....</i>	158
7.	LA DIMENSIÓN CORPORATIVA DEL VOLUNTARIADO: LAS ORGANIZACIONES VOLUNTARIAS	161
7.1.	Aspectos terminológicos: eligiendo referente.....	162
7.2.	Las organizaciones voluntarias en España: una aproximación	166
7.3.	La gestión 'eficaz' en las organizaciones voluntarias: problemas y riesgos.....	172
7.4.	La orientación de las entidades voluntarias: heteroayuda y mutualismo	177
7.5.	Niveles de formalización y extensión: grandes corporaciones voluntarias <i>versus</i> pequeñas asociaciones voluntarias.....	189
7.5.1.	<i>Las grandes corporaciones voluntarias</i>	194
7.5.2.	<i>Las pequeñas asociaciones voluntarias.....</i>	200
7.5.3.	<i>El desplazamiento de objetivos en las organizaciones voluntarias.....</i>	204
7.6.	Las organizaciones voluntarias: contribución a la estructuración social e identidad ideológica.....	206
7.6.1.	<i>Organizaciones voluntarias, estructuración social y mantenimiento del orden: elaboraciones teóricas 'clásicas'</i>	208
7.6.2.	<i>Aplicación de la aproximación 'conservadora' al campo de las asociaciones contemporáneas</i>	218
7.6.3.	<i>Identidad ideológica de las organizaciones voluntarias contemporáneas</i>	223
8.	VOLUNTARIADO Y MERCADO DE TRABAJO.....	231
8.1.	Tendencias hacia la profesionalización funcional de la acción voluntaria, y dinámicas de precarización del empleo remunerado en las organizaciones voluntarias	233
8.2.	El diagnóstico convencional: el sector voluntario como generador neto de empleo, y la separación aséptica entre mercado de trabajo y voluntariado	269
8.2.1.	<i>La posición del Estado</i>	276
8.2.2.	<i>La posición de los sindicatos.....</i>	280
8.3.	Explorando los difusos límites entre el mercado de trabajo asalariado y la esfera voluntaria: la proliferación de figuras 'mixtas' y su análisis en programas concretos	285

8.3.1.	<i>El Servicio Voluntario Europeo</i>	285
8.3.2.	<i>Los programas de envejecimiento productivo</i>	288
8.4.	Estimaciones cuantitativas sobre el volumen de empleo en las organizaciones voluntarias españolas	295
9.	LA ESTRUCTURA MOTIVACIONAL DEL NUEVO VOLUNTARIADO	301
9.1.	Voluntariado y altruismo: algunas consideraciones.....	301
9.2.	El análisis sociológico de las motivaciones.....	303
9.3.	Las orientaciones o ejes motivacionales del nuevo voluntariado	305
9.4.	Principales tipos motivacionales del nuevo voluntariado.....	318
9.4.1.	<i>Voluntariado individualista expresivo y moral</i>	321
a)	La variante ‘tradicional’	321
b)	La variante ‘renovada’	333
9.4.2.	<i>Voluntariado individualista complejo</i>	354
9.4.3.	<i>Voluntariado individualista utilitario: el segmento ‘profesionista’</i>	374
9.4.4.	<i>Voluntariado grupalista</i>	406
a)	Grupalista expresivo.....	410
b)	Grupalista cívico (o político).....	413
10.	LA IMAGEN SOCIAL DEL VOLUNTARIADO: LOS DISCURSOS DE LA CIUDADANÍA	421
10.1.	La propensión idealizante: algunos datos	421
10.2.	El discurso de los jóvenes no participantes.....	423
10.2.1.	<i>Actitudes y percepción de la participación social</i>	424
10.2.2.	<i>Conceptualización del voluntariado y del sujeto voluntario</i>	425
10.2.3.	<i>Valoración de las organizaciones voluntarias</i>	428
11.	VOLUNTARIADO Y ESTADO	431
11.1.	Estrategias mediadoras de las organizaciones voluntarias: luces y sombras.....	432
11.2.	El voluntariado como vehículo de transferencia de legitimidad y ejercicio de control social.....	455
11.3.	Las estrategias estatales de promoción, regulación y control institucional del voluntariado y la participación: La instrumentalización de la participación social como objetivo político.....	461
12.	TENDENCIAS EN EL DESARROLLO DEL VOLUNTARIADO	475
	REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	485
	ANEXO	523

AGRADECIMIENTOS

Mis hábitos de lectura son un tanto singulares, por ejemplo, suelo comenzar sistemáticamente el periódico por la última hoja. Algunos hablan de que soy un ‘zurdo’ contrariado —yo arguyo con orgullo mi ambidextría y que el apellido lo llevo con gusto (a pesar de que estéticamente aprecie más el segundo por sus reminiscencias árabes)—. Otros tratan de hacer sus pinitos psicoanalíticos (que si lo sagrado..., que si lo profano...), finalmente, los más pragmáticos inquietan simplemente sobre mis gustos televisivos. Pero no queda ahí todo, además, soy de aquéllos que tienen la absurda costumbre de leer los créditos de las carátulas de los discos de música hasta por el ‘canto’. Incluso esas interminables listas de agradecimientos a perfectos desconocidos —ya, ridículo—. Con respecto a las ya abundantes tesis de los amigos/as y familiares (¡qué gran ‘intelectualidad’ la que me rodea!, ¡qué espanto!), también he de reconocer que me las leo casi exclusivamente por el canto: título, agradecimientos, y poco más —en mi descargo diré, que en algunos casos (si bien es cierto que no todos) con la anuencia del autor/a, y mi propia vergüenza—. Como espero que ellos también vayan directos ‘al grano’ —y por tanto que estas páginas se conviertan en las más leídas del texto—, escribir estas líneas supone una motivación adicional.

Comencemos haciendo un poco de historia. Las ya arqueológicas hipótesis de este trabajo me parece haberlas intuido en el olímpico año 1992, y creo habérselas espetado por aquel entonces a Jesús Malho, entre ‘caña’ y ‘caña’. Esas torpes ideas, partieron de mi propia experiencia asociativa —perdida ahora también en un lejano pasado y que espero recuperar algún día—. En ese sentido, esta tesis está construida, en parte, a modo de ‘autoanálisis’ crítico, a partir de la experiencia participativa y asociativa, o si se quiere ‘voluntaria’ (aunque jamás me sintiera entonces identificado con tal etiqueta —ni lo hubiera hecho ahora tampoco—). Con respecto a ese pasado asociativo, querría dedicar un sincero recuerdo para el grupo ‘Jamboree’ y a toda la gente que por allí pasó. Debo agradecer sinceramente el esfuerzo de un buen número

de personas que conformaron —ya en los primeros ochenta— un verdadero reducto libertario y de vanguardia educativa, y por supuesto, de enorme diversidad y riqueza humana. También quiero recordar con afecto a todos/as aquellos/as con los que compartí ‘responsabilidades’ y amistad algunos años más tarde.

Regresando a la consideración de estas páginas, si por algo se caracteriza este trabajo es por el formidable retraso en su conclusión. La demora fue tanta, que ni siquiera conseguí llegar al evento de 2001, el *Año Internacional del Voluntariado*. Claro, que no es que yo estuviera especialmente interesado por la efeméride, es que podría haber titulado ‘esto’ algo así como ‘2001: una odisea en el espacio... social del voluntariado’— parafraseando la conocida obra de Kubrick y Clarke que tanto me impactó de adolescente—. Qué se va a hacer... Pero bueno, dejemos por el momento las sandeces.

A continuación quisiera hacer repaso de aquellas personas cuya contribución directa o indirecta, ha resultado imprescindible para la culminación de este trabajo.

En primer lugar, a Alfonso Ortí debo agradecerle muy especialmente que me permitiera iniciar mi andadura ‘profesional’ como sociólogo en su compañía —y lo hizo, como siempre, disculpándose—. Participar en la investigación para las Universidades Populares, supuso para mí (y aún lo supone) un verdadero privilegio. Además, Alfonso leyó un borrador —inconcluso, como siempre— de las primeras ideas sobre la tesis, quién sabe hace cuantos años, y me dijo que ‘había tesis’ (por hacer, claro). Asimismo, se convirtió en un ‘valor añadido’ para que Luis Enrique aceptara la dirección de la tesis (cómo podía negarse ante alguien que decía haber hablado con Alfonso...). De Alfonso no sabría decir si le admiro y venero más intelectualmente o por su calidad humana. Aunque fui de los que fueron deslumbrados por la figura de Jesús Ibáñez, el impacto posterior por el ‘descubrimiento’ de Alfonso Ortí fue, sin duda, infinitamente mayor¹.

También quiero mostrar mi más sincera gratitud al director de este trabajo. Luis Enrique Alonso ha sido un ejemplo de paciencia y comprensión —quizá demasiada— a lo largo de estos años. Sus muestras de afecto, sugerencias, y persistentes ánimos para que terminara la labor, no fueron suficientes para compensar mis incapacidades. Mientras él escribía libro tras libro, a cual más brillante, yo también avanzaba, aunque con un ritmo moderadamente menor... párrafo a párrafo.

A Gregorio Rodríguez Cabrero, debo agradecerle su confianza y apoyo incondicional durante los últimos años, desde mi llegada a la Universidad de Alcalá. Él

¹ A pesar de la ‘conversión’ cualitativa sufrida a lo largo de mi periplo universitario, me gustaría señalar —con un cierto orgullo de barrio— mi ‘deriva’ cualitativa desde que allá por el año 1982, me aficioné al rock urbano y tarareaba con fruición una canción de ‘Topo’, esa que dice: “estadísticas logísticas hechas con frialdad no pueden evitar que los chicos estén mal”. Ya, un cualitativismo de barrio, pero bien orientado al fin y al cabo.

es otro de los que ha esperado estoicamente hasta ver concluido el trabajo. En un mundo como el universitario, dominado aún por un orden opresivo de carácter feudo-vasallático, ha sido para mí una verdadera fortuna ‘tropezar’ con una espléndida excepción como Gregorio.

De entre los sociólogos de mi ‘generación’ —¡qué plaga!, por otro lado, similar a la de los ‘Jesuses’—. quisiera agradecer especialmente a Myriam (compañera de precariedades laborales), entre otras cosas, su colaboración más que activa en la captación de ‘incautos jovencitos/as’ para el ‘campo’, sometiendo a sus alumnos/as a una considerable presión para que se prestaran a mi vampirización —desconozco si hubo amenazas con las calificaciones, porque el resultado fue espectacular—. No puedo olvidarme de una segunda socióloga, también encantadora, María. A María, querría agradecerle su amistad, apoyo y cariño, y reconocerle su enorme calidad y calidez personal. Me agrada especialmente que forme parte —como Myriam— de ese reducido y selecto grupo de sociólogos/as que no ‘ejerce’ las veinticuatro horas al día. Entre los sociólogos ‘próximos’, también colaboraron en el trabajo de campo Jesús Rivera (un precario más, ahora exilado mexicano), como puntual mediador ‘institucional’, y Jesús Gutiérrez que se prestó —ante un requerimiento del tipo ‘aquí de pillo aquí te mato’— a dirigir un par de grupos de discusión.

Fundamental para la puesta en marcha del trabajo de campo fue la amable presión —a la vez que implacable— ejercida al unísono por Naty y Araceli, que propició que (¡al fin!) encontrara el momento oportuno para empezar a montar los grupos de discusión y las entrevistas, rompiendo mi alergia al teléfono, y enfrentándome a mis temores ante relaciones sociales desarrolladas en ‘entornos no controlados’. Ambas se situaron a la cabeza de mi ‘gabinete’ —por supuesto ‘voluntario’— de captación. Su entrega abnegada fue correspondida con un regalo adicional; también les ‘correspondió’ la realización y revisión de distintas transcripciones de grupos y entrevistas.

Con respecto a la realización del trabajo de campo, también he de mencionar y agradecer la colaboración de Rocío Bartolomé, directora del Instituto de Enseñanzas Aplicadas (ya desaparecido, curiosamente justo tras mi paso por él para realizar parte del trabajo de campo... ¿simple coincidencia?), por facilitarme el acceso a los alumnos/as del instituto a lo largo del proceso de captación, y el uso de las instalaciones del centro.

Querría también agradecer muy especialmente la colaboración de todos los voluntarios/as y no voluntarios/as (‘chavales de a pie’, gestores y técnicos), de multitud de entidades e instituciones, que se prestaron —en versión remunerada o altruista, pero

en cualquier caso siempre amablemente— a mis requerimientos². Ellos/as son los verdaderos protagonistas —aunque anónimos— de este trabajo. He aprendido mucho gracias a ellos.

Hay una persona cuya presencia, apoyo y montañas de cariño han resultado cruciales para que finalmente se produjera el anhelado ‘cierre’. Sin Araceli, quién sabe cuánto tiempo hubiera permanecido esta tesis ‘en obras’. La ejecutividad —necesariamente lineal— de Araceli, cualidad que tanto envidia, ha supuesto una influencia de valor incalculable para que finalmente me impusiera un límite ¿razonable? en mi tendencia a la dispersión, y un contrapeso providencial a mis eternos devaneos circulares —el invento del procesador de textos fue algo realmente funesto para mí—, divagaciones que a la postre, de tanto deambular, me hacen permanecer inmóvil (soy el ejemplo perfecto del ‘asesino’ que regresa a la escena del crimen... para estropear más las cosas, claro). Providencial para el proceso de formalización y ordenación final del texto, han sido sus extremadamente atentas lecturas de todos los capítulos, sus comentarios, correcciones y su continuo ánimo (que terminó por contagiarme de la idea de que a lo mejor tenía algo parecido a una tesis). Aunque claro, los milagros de momento no están a su alcance... Mi deuda es infinita (y no sólo con respecto a este trabajo) y ello —tengo que reconocerlo—, me complace enormemente. Más allá de su intervención ‘instrumental’ (y sobre todo afectiva) en este trabajo, quiero agradecer sobre todo a Araceli que sea el verdadero centro de mi vida.

No puedo dejar de recordar en estas líneas a nuestra hija Alicia. Tanto se demoró mi trabajo, que al fin llegó, nos cambió la vida de arriba abajo, y aún le dio tiempo a crecer y crecer. Su presencia supuso un especial motivación para ‘empaquetar’ lo que había, y dejar el resto de material a formalizar, quién sabe para que década... Mientras tanto, disfruto infinitamente de su sonrisa de niña pícaro, de su desbordante alegría, vitalidad y dulzura, de su cariño... y espero impaciente la llegada de nuestro segundo regalo.

² No me resisto a comentar una ‘curiosidad’ sociológica con respecto al trabajo de campo. A lo largo de la realización de los grupos y entrevistas me encontré con que los voluntarios/as captados a través de instituciones educativas, y por tanto, a partir de su *rol* de estudiantes, aceptaron la exigua gratificación económica que les proponía sin problemas. Sin embargo, los voluntarios/as contactados directamente a través de las organizaciones voluntarias (y por tanto, a partir de su *rol* voluntario), no accedieron en ningún caso a ser gratificados (en cierta medida consideraban la gratificación como una ofensa). De entre estos últimos, muchos eran simultáneamente voluntarios/as y estudiantes, pero mientras que el *rol* de estudiante está marcado socialmente, entre otras rasgos, por la precariedad económica, el *rol* voluntario está marcado por la moralidad de su acción —moralidad que se expresa en gran medida a través de la ausencia de remuneración—. En definitiva, entre los voluntarios/as captados a través de las organizaciones, hubiera sido una aberración moral aceptar el dinero. Me parece un interesante ejemplo de cómo la acción se refiere a un contexto social —más o menos próximo— prefigurador, a pautas de comportamiento asociadas a un papel social concreto, y de cómo muchas veces estos papeles se distribuyen de manera discontinua, permitiendo la flexibilidad del comportamiento —incluso conductas contradictorias o no coherentes— en contextos sociales diferenciados.

De entre los amigos, quiero tener un especial recuerdo para Jesús Malho, un segundo hermano para mí, y durante muchos años, un apoyo vital de valor incalculable. El maravilloso pasado compartido se empeña, a trompicones —y pese a nuestras miserias humanas— en mantener el lazo. Espero, sinceramente, que siga siendo así por mucho tiempo.

Siendo incapaz de apreciar una mínima dimensión estética y artística en este texto —siendo quizá la única emoción que pueda suscitar en el lector un cierto desasosiego ante las páginas que aún le quedan por delante—, dudo mucho de que sea adecuado dedicar a alguien querido esta tesis (dado que podría incluso verse forzado a intentar leerla, crueldad a todas luces injustificable). No lo haré. No obstante, sí quiero tener en estas páginas un recuerdo muy especial para mi familia.

Querría hacer un necesario ejercicio de memoria histórica, trasladándome a la impresionante, y sobre todo desoladora, planicie esteparia de la Moraña abulense, paradigma de la ‘ancha’ Castilla. Allí, en Madrigal de las Altas Torres, nacieron —al margen de la ‘inefable’ (y si alguien no lo remedia puede que hasta santa) Isabel la Católica— y han vivido mis abuelos: María y Pablo, Josefa (‘Pepa’) y Agustín. Todos ellos, socialistas por necesidad y convencimiento, suponen un ejemplo máximo y conmovedor de una toma de conciencia ‘impuesta’ por unas condiciones de existencia calamitosas, y en muchos casos, enormemente trágicas. Jornaleros y labradores desposeídos de todo —por supuesto, de la tierra que trabajaban—, supervivientes de guerras, incendios, penurias y hambrunas, víctimas del caciquismo más cruel, salvados in extremis de fusilamientos...; testigos, en definitiva, de un durísimo siglo XX, profundamente dramático. Representantes, como certeramente apunta Alfonso Ortí, del “drama de las generaciones que contribuyen con su dolor y esfuerzo a conformar un mundo, en el que al llegar a su propia madurez ya no se reconocen...”³. ‘Espectadores’ directos de una parte importante de “los dramáticos ciento cincuenta años o más (1814-1976) de guerras civiles, revoluciones, golpes de Estado, represiones y fusilamientos, dictaduras militares, hambrunas, emigraciones masivas, etc.”⁴. Este encuadre sociohistórico resulta ineludible ideológicamente, y en ese sentido, también lo debe ser a la hora de abordar la práctica sociológica.

Es esta dramática memoria histórica de mis mayores (y de otros muchos como ellos) la que no quiero obviar, pero que por indirecta, se diluye inevitablemente en las vivencias de este individualista de principio de milenio. Soy al fin y al cabo, un ejemplo prototípico de la actual tendencia hacia la privatización casi absoluta de la vida y de la conciencia⁵. Es el drama social, por desgracia continuamente reactualizado, el que re-

³ A. ORTÍ (1998: 36-37).

⁴ *Ibidem*.

⁵ A. ORTÍ (1994a).

clama una visión sociológica crítica, visión que en este caso trato de aplicar al voluntariado social, asociado de manera ambivalente a tantas y tantas situaciones de calamidad social. Y digo trato, porque los velos ideológicos y los contextos institucionales nos reducen las más de las veces al papel de meros analistas ‘funcionalistas’ —y funcionales para la estructura del poder— y a la postre *conservadores*. No es retórico, hacer notar al respecto la plena funcionalidad de este trabajo ‘académico’.⁶

Siguiendo con este ejercicio de memoria, tampoco quiero olvidarme de mis padres, que en los años sesenta, como tantos otros jóvenes castellanos, llegaron a Madrid a la búsqueda de un futuro algo más luminoso, que les alejara de su precaria y dura infancia. Quiero hablar de Naty, aquella niña de inteligencia prodigiosa, atrapada/marcada por su humilde origen, e injustamente condenada a abandonar prematuramente la escuela. Su férrea voluntad le hizo pasar de ‘asistentita’, cocinera y obrera fabril en los años sesenta, a lo largo de un largo y sinuoso camino —graduado escolar, universidad...— a pedagoga en los ochenta. Por excepcional, su caso supone un ejemplo maravilloso de que las determinaciones sociales, esas que tanto nos gusta versar a los sociólogos, en ocasiones, presentan minúsculas fisuras —aunque casi nunca reconstitutivas de ‘lo justo’—. Resulta admirable su determinación por lograr un trabajo como titulada, por mantenerse en el mercado de trabajo, en una lucha todavía prolongada para alcanzar un tan merecido retiro ‘subvencionado’. No me olvidaré tampoco de Jesús, paradigma del ‘trabajo bien hecho’ (verdadero *homo faber*), multioficio, perfeccionista enfermizo, aportador de soluciones inverosímiles —y fantásticamente funcionales— a cualquier problema técnico imaginable. Ejemplo extremo del artesano comprometido en cuerpo y alma con su creación (y en ese sentido, maravillosamente premoderno), y quien sabe, si en un marco más propicio, en vez de valioso obrero fabril, consagrado ingeniero. A ambos, Naty y Jesús, querría agradecerles su infinita tolerancia, y el apoyo incondicional que han ofrecido a sus hijos en todo momento.

Tampoco podría olvidar a mi hermano Jesús, ‘científico’ exilado previamente en Oxford, y ahora en Cambridge. Las tempranas andanzas sociológicas de Jesús marcaron evidentemente mi opción por la disciplina. No sé si alguna vez ha llegado a ser consciente de la enorme fuerza que su modelo personal ha tenido para mí. Creo que no ha habido una sola cosa por la que me haya interesado vitalmente, que no haya estado marcada por sus pasos, desde la inveterada tendencia a aporrear distintos instrumentos

⁶ Recordemos al respecto las sagaces apreciaciones de JESÚS IBÁÑEZ (1986: 6), para el que la tesis doctoral “...connota un homenaje al dato (significante de la positividad, de la situación actual, instituida, de las relaciones de poder) y a la autoridad (la cita cobija al citante tras la autoridad del citado, pero a la vez erige a éste en autoridad). Las críticas suelen versar sobre lo que falta, más que sobre lo presente: falta tal dato, falta de citar a fulano”. No hay espacio en las páginas de esta tesis —dado que me someto sin ningún tipo de reparo al juego—, para una crítica a la academia y sus ritos. Al fin y al cabo, no soy sino un perfecto ‘profesionista’ (y en ese sentido individualista utilitario) que sólo aspira a poder vivir *de* la sociología, aunque reconozca y admire a algunos de aquéllos que viven *para* la sociología.

musicales, hasta la propia sociología. Siempre me ha maravillado esa mezcla suya entre inquietud insaciable, creatividad y genialidad que le convierten en un verdadero ‘hombre orquesta’ de las artes y las ciencias —aunque también vale en su interpretación literal: guitarra, violín, instrumentos de viento...—. Lástima que al final se decidiera por la bioquímica, perdimos un sociólogo estupendo —claro que eso personalmente me beneficia, no hay lugar para la comparación— y un músico portentoso. Es otro —dentro de una larga lista— de los que hace ya unos cuantos años me viene ‘animando’ a cerrar la tesis, ofertándome esos sí ‘imaginativas’ soluciones que eludo especificar.

En fin, para terminar estas páginas, quería deciros a todas y todos los que me habéis apoyado durante los últimos tiempos, años marcados por pérdidas y felices reconstrucciones, a aquéllos que habéis formado parte de mi pequeño universo, y habéis introducido sentido y calidez a mi alrededor: *Muchas Gracias por todo.*

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN

“La sociología mecanicista, determinista, compartimentada, reduccionista, cuantitativista y cuestionarista había desencantado al mundo social; una sociología refundada redescubre en él la complejidad, la riqueza, la belleza, la poesía, el misterio, la crueldad y el horror: la vida y la humanidad.”
(Morin, 1995: 19)

La presente aportación, no se propone otro objetivo que el de apuntar hacia un análisis sociológico no estereotipado, sobre un fenómeno cuya relevancia —relativa— y complejidad social parecen haber crecido durante los últimos años. Enfocando el voluntariado desde una óptica social amplia, tenderemos a resaltar las ambivalencias, paradojas, dilemas y tensiones que lo atraviesan y condicionan, tratando de escapar de un discurso autocomplaciente —dominante hoy en día a todos los niveles— que tiende a cercenar las potencialidades del voluntariado como vehículo y expresión de participación social, y lo que es más importante, desde el punto de vista del conocimiento sociológico contribuye a ocultar y trivializar su identidad social real.

Lo que se ofrece en este buen número de páginas que aquí se inician, no es otra cosa que una *aproximación social al voluntariado*, siendo además ésta —no lo ocultaremos—, una aportación *parcial* en un doble sentido. Parcial, ya que todo objeto de estudio social —por sencillo y aparentemente limitado que aparezca ante nuestros ojos— tiende a expandirse ilimitadamente por el espacio social, demostrando de manera ‘reincidente’ su multidimensionalidad y complejidad. En ese sentido, toda investigación social —no fallida— es necesariamente limitada, incompleta, está repleta de carencias. De ahí, que lo realmente importante sea tomar conciencia de esas insoslayables carencias, y orientar ‘productivamente’ nuestra tarea —acotándola— en función de ellas. Es imposible, por principio, completar un análisis social, o dicho de otra forma, todo conoci-

miento social es incompleto y fragmentario por definición¹. No se trata de desplegar una argucia defensiva, un parapeto autojustificativo, nada más lejos de nuestra intención. Los errores, desatinos, desenfoques, y disparates, derivados de la ignorancia, ineptitud o necesidad, no deben ser justificados en función de los ineluctables e insuperables límites epistemológicos² —por otro lado, enormemente estimulantes— propios de la investigación social.

Pero, estamos ante un estudio sociológico parcial en un segundo sentido, entendido como una aproximación al voluntariado orientada conscientemente —que no repleta de *pre*-juicios—, que responde a una preocupación y curiosidad de carácter social, en función de las cuales hemos estimado de manera *arbitraria* —es decir, aplicando nuestra capacidad de arbitrio—, que no con arbitrariedad, más relevantes ciertos aspectos relacionados con el voluntariado y menos otros. Nuestra aportación, está concebida a modo de contrapunto, con respecto a la mayoría de las elaboraciones sobre el voluntariado y, por lo tanto, se convierte en complementaria de ellas. Volvemos a recuperar el mismo argumento, todo estudio de la realidad social, en tanto en cuanto tiende —necesariamente— a estar orientado arbitrariamente, es indefectiblemente incompleto. Sólo el diálogo de los textos e investigaciones puede proporcionarnos una recomposición también limitada, si bien más compleja (aunque posiblemente contradictoria), del ámbito de la realidad social analizada.

Es por ello, que asumimos plenamente —y tratamos de aplicar en este inicio de nuestra introducción— las lúcidas palabras de Lucien Goldmann (cfr. Morin, 1995: 23), según las cuales, “una de las tareas más importantes de todo investigador serio parece residir en el esfuerzo por conocer y hacer conocer a los demás sus valoraciones indi-

¹ JESÚS IBÁÑEZ se alinearía con aquellos que creen imposible la elaboración de un saber sobre la sociedad —aunque con matices importantes—; en su ya clásico *Más Allá de la Sociología* afirma al respecto que “el saber sobre la sociedad es lógicamente imposible, pero —aquí están para demostrarlo los sociólogos, viviendo de la sociología— es prácticamente posible” (IBÁÑEZ, 1986: 2). En cierta medida estaríamos de acuerdo con IBÁÑEZ, si atendemos a las enormes dificultades y ‘trampas’ epistemológicas que nos presenta la articulación de un conocimiento sociológico, pero preferimos defender la *posibilidad* de un ‘saber’ aproximativo, imperfecto, inacabado e inacabable —pero útil y necesario— de lo social. Quizá fuera eso —más allá de la radicalidad formal y el estilo ‘provocativo’— lo que J. IBÁÑEZ quiere transmitir. Nosotros, por nuestra parte, admitimos lo difícil pero apasionante de tan desproporcionada empresa. MIGUEL BELTRÁN (1988), por su parte, en un trabajo más ‘convencional’, elabora un análisis muy interesante (articulado sobre el problema de los valores) sobre la posibilidad del conocimiento sociológico y de la ciencia social en general. Sobre el estatus epistemológico de la sociología también es reseñable el trabajo de BOURDIEU, CHAMBOREDON Y PASSERON (1987).

² Para una clarificación del concepto ‘*epistemología*’, acuñado por el filósofo escocés FERRIER en 1854 —básico en la captura de “la lógica del error para construir la lógica del descubrimiento” (BOURDIEU *et al.*, 1987: 14), y entendido generalmente como *teoría del conocimiento científico*—, pueden consultarse entre otras, las concisas pero clarificadoras aportaciones de MOULINES (1988: 347-350) y DOWIDAR (1977: 19-20). Desde una óptica más amplia, es inevitable la referencia a obras ‘clásicas’ de la filosofía de la ciencia, por ejemplo: KUHN (1987 y 1995), FEYERABEND (1999), LAKATOS Y MUSGRAVE (1975); sin olvidar la didáctica revisión y síntesis de los principales enfoques de la disciplina elaborada por CHALMERS (1987).

cándolas explícitamente, esfuerzo que le ayudará a alcanzar el máximo de objetividad subjetivamente accesible en el momento en que escribe, y sobre todo que facilitará, a otros investigadores que estén trabajando en una perspectiva más avanzada y que permita una mejor comprensión de la realidad, la utilización y superación de sus propios trabajos”. Se trata de una preocupación y prevención de carácter epistemológico que no debe nunca abandonar el científico social en su tarea. Reconociendo así, la necesidad de una actitud de ‘vigilancia epistemológica’ (Bourdieu *et al.*, 1987: 16 y ss.), es indiscutible que ésta no ha de resultar a la postre paralizante. Recuerdan los propios Bourdieu, Chamboredon y Passeron (*op. cit.*: 17) que “los que llevan la cautela metodológica hasta la obsesión hacen pensar en ese enfermo del que habla Freud, que dedicaba su tiempo a limpiar sus anteojos sin ponérselos nunca”.

El analista social no puede, ni debe, ser *in*-parcial; no sólo está limitado por las condiciones sociales en el seno de las cuales se producen sus aportaciones sociológicas (Bourdieu *et al.*, *ibíd.*: 14) sino que, además, el sociólogo —sujeto ubicado socialmente y por tanto descentrado (Morin, 1995)— es un ‘sujeto en proceso’ (Ibáñez, 1989), que se ve transformado a lo largo del progreso de la investigación, en el propio contacto con ‘su’ objeto de estudio. Mediando un abismo insondable entre estas páginas y las elaboraciones de los Marx, Weber y Durkheim, es ilustrativo recordar que los ‘padres’ de la sociología, compartiendo una preocupación por las profundas transformaciones sociales (globales) asociadas al proceso de modernización, tratan de realizar un análisis científico, pero desde ópticas ideológicas diversas. Aun así, todos participan de un ‘compromiso’ con aquello que analizan, están involucrados moralmente; no se trata de una visión aséptica, no observan impávidos —imparcialmente— (Giner, 1994b: 19-20). Los elementos ideológicos que atraviesan la obra de los clásicos son evidentes, contribuyen a distorsionar la realidad, redimensionándola significativamente, pero, al mismo tiempo, posibilitan su interpretación y reconstrucción sociológica; en definitiva, permiten producir conocimiento —imperfecto y tosco— sobre lo social. Nada más claro, la sociología no puede sino ser una ciencia con un marcado y necesario componente ideológico, que permite orientar nuestra mirada sociológica. No queremos con ello, que se nos acuse de equiparar sociología e ideología. Para hacer sociología, es necesario tomar conciencia de la intervención del substrato ideológico, y al mismo tiempo, como condición necesaria de éxito y de ‘objetividad’, es indispensable controlarlo³. Estando pues, la práctica sociológica orientada ideológicamente, no creemos posible una sociología libre de valoraciones y presupuestos ideológicos, pero sí en una práctica sociológica en la que los presupuestos ideológicos se limiten/controlen y se hagan explícitos.

³ Relacionado con ello, EDGAR MORIN (1995: 75), advierte que “...no hay receta para la objetividad, y el único recurso es la toma de conciencia permanente de la relación observador-fenómeno, es decir, la autocrítica permanente”.

La sociología trata de atribuir un sentido al universo social, sentido que sólo es accesible a través de la interpretación⁴ (y posterior reconstrucción sociológica de la realidad social), lo que implica concebir la sociología como una práctica eminentemente sociohermenéutica. En función de ello, presumimos haber elaborado una tesis arriesgada —que trata de interpretar—, lo que asimismo multiplica la posibilidad de errores de enfoque. Pero para hacer una sociología relevante (o al menos aspirar a ello) hay que arriesgarse, lo que implica hacer ‘apuestas intelectuales’. Edgar Morin (1995: 18), viene a sintetizar de manera envidiable todas estas cuestiones:

“El sociólogo debe aceptar la limitación inherente al término «autor», pero al mismo tiempo, debe asumir la misión que comporta: comprometerse personalmente en su investigación de los fenómenos y de los acontecimientos; aventurarse en su diagnóstico y en su pronóstico; problematizar de forma crítica aquello que parece evidente o natural, movilizar su conciencia y su reflexión humana y de ciudadano y elucidar sus apuestas intelectuales. Del mismo modo, debe escrutar y utilizar datos fiables y comprobables, y también desarrollar un pensamiento personal. En lugar de refugiarse en una jerga anónima que le parezca científica, debe comprometerse con su escritura singular y, así, afirmarse plenamente como autor.”

Y sigue apuntando Morin (ibíd.): “Puesto que el cientifismo es parcial e inacabado en toda sociología, todo sociólogo es en parte un científico y en parte un ensayista. [...] El sociólogo debe asumir plenamente la calidad y la insuficiencia que contiene el término ensayista: no puede más que ensayar para alcanzar un conocimiento pertinente, y ensayarse a sí mismo, aceptando sus riesgos intelectuales”.

El sociólogo, en su papel de “*generalista de lo concreto*” (Ortí, 1993), elabora modelos interpretativos en los que la realidad social debe tener cabida —aunque inevitablemente constreñida y mutilada—; y lo que es más importante, en esos modelos —no meras clasificaciones—, dicha realidad (en nuestro caso el voluntariado) debe *cobrar un sentido*, sentido que debería ser reconocido por los propios actantes⁵, de ahí la weberiana “necesidad de volver a la perspectiva de participante para poner a prueba nuestras explicaciones” (Serrano Gómez, 1994: 18). Abandonada la quimérica pretensión de un conocimiento social total e irrefutable, es en ese potencial reconocimiento de los sujetos sociales, donde reside gran parte del éxito o fracaso de la investigación sociológica.

En este caso, es inevitable un sentimiento de perplejidad ante la complejidad oculta tras el pretendidamente transparente voluntariado, lo que por otro lado, nos

⁴ MAX WEBER (1993: 175) desde su orientación sociológica ‘comprensiva’ matiza nuestra apreciación: “Al igual que todo acaecer, la conducta humana («externa» o «interna») muestra nexos y regularidades. Sin embargo, hay algo que es propio solamente de la conducta humana, al menos en sentido pleno: el curso de regularidades y nexos es interpretable por *vía de comprensión*”. Para WEBER, toda explicación requiere de una comprensión y, como tal, de la perspectiva del participante. Así explicación y comprensión no se erigen en métodos distintos, sino que son actividades complementarias dentro de la actividad científica (SERRANO GÓMEZ, 1994: 17).

⁵ Hay que señalar, sin embargo, que este reconocimiento puede ser problemático, ya que pueden aparecer fuertes ‘resistencias’ de carácter preconsciente.

permitirá reeditar el tratamiento de algunos problemas clásicos del análisis social. En las páginas que siguen, expondremos ciertas problematizaciones en torno al voluntariado social; como venimos señalando, se trata de una aproximación social al fenómeno con pretensiones *interpretativas* y no solamente descriptivas o sociográficas. Desde ahí, presumimos una cierta relevancia sociológica en nuestros potenciales ‘hallazgos’ y conclusiones, que trataremos de exponer a lo largo de este trabajo.

Nos parece pertinente, a modo de aclaración preliminar —o declaración de principios—, incidir en la apreciación positiva genérica que nos merece la *acción social voluntaria*⁶ en su conjunto —como expresión de la más general *participación social*—, y más específicamente, aquella orientada hacia la integración social de colectivos marginales o desfavorecidos. No obstante, es ésta una valoración de carácter moral, que, aunque permanezca ineludiblemente presente como telón de fondo, no debe sesgar ni enturbiar, en la medida de lo posible, nuestra aproximación sociológica (‘científica’) al voluntariado⁷.

A nuestro parecer, esta cuestión no está ni mucho menos asumida entre la mayoría de los autores que en España se han ocupado hasta el momento del voluntariado (cuyo número crece rápidamente). Por eso, a la hora de realizar una aproximación sociológica al voluntariado, es vital marcar las diferencias con respecto a la abundantísima literatura no sociológica o pseudo sociológica. Abundan aproximaciones miopes (suelen partir de una valoración moral idealizada) que se ubican exclusivamente en el ‘deber ser’ del voluntariado (su imagen ideal), confundiéndolo con el ‘ser’ (su realidad concreta), esto es, con su identidad social. La estricta *valoración moral*, no sociológica, puede actuar como un prejuicio pernicioso para el propio voluntariado. No hay que confundir hechos con deseos, y muchos autores lo hacen. Al confundir la *imagen ideal* —construida y

⁶ A lo largo del texto, aparecerá la expresión ‘*acción social voluntaria*’, dicha utilización terminológica puede resultar confusa, ya que se presta a una doble interpretación. Definiendo ‘*acción social*’ en el contexto de la *teoría sociológica*, haría referencia a un tipo ‘especial’ de *conducta humana en sociedad*, acción social asimilada de forma típica a la que realizan los sujetos sociales que conforman el *voluntariado social*, y por ello, no identificable de manera inmediata a cualquier acción social que sea expresión de la ‘*voluntariedad*’ del sujeto —por otro lado, casi todas, como bien señalan MONTAÑÉS *et al.* (1996: 18)—. Este primer *sentido* —*sociológico*— es el que se conferirá a la expresión en las sucesivas páginas. La segunda significación atribuible al constructo, partiría del marco teórico-conceptual elaborado desde el ámbito del *trabajo social*, y se circunferiría a aquellas parcelas de *acción social* —entendida muy genéricamente como actividad orientada y consciente que se desarrolla con la finalidad de incidir sobre el medio social— que son realizadas por sujetos voluntarios y por lo tanto ‘opuesta’ —o complementaria dependiendo de los enfoques— a la ‘*acción social profesional*’. Insistimos en que nuestra concepción de la ‘acción social voluntaria’ es exclusivamente *sociológica*.

⁷ Hay que delimitar con precisión los límites, y resolver posibles equívocos o identificaciones, entre la *neutralidad ética del método sociológico* —aspiración básica e ineludible para la elaboración de una sociología científica, a la vez que necesaria para (y compatible con) la ‘producción’ de crítica social desde el ámbito de esta disciplina— y la *neutralidad ética del sociólogo* como persona, o lo que es lo mismo, la *indiferencia moral* frente a la realidad social que se analiza —cuestión esta ya no harto improbable sino absurda por definición, al margen de indeseable— (*vid.* GINER, 1994b: 18-21). Para una discusión ‘clásica’ véanse los trabajos de M. WEBER (1993: 39-101 y 222-269).

proyectada socialmente— del voluntariado con su *realidad concreta*⁸, estos autores hipotecan todo su voluntarismo analítico y explicativo —si es que siquiera se plantean llegar a ese nivel—, introduciendo de esta manera el *ser* y el *deber ser* del voluntariado en una misma dimensión, la de lo real, confundiendo así, insistimos, hechos con deseos y estereotipos. En otros —abundantes— casos, y sin pretender ser excesivamente peyorativos, nos encontramos con auténtica literatura ‘panfletaria’ en torno al voluntariado⁹, que quizá no se plantee (con toda legitimidad) otra cosa, que procurar un efecto publicitario de la actividad voluntaria.

Así pues, dentro de esta ya vasta literatura no sociológica sobre el voluntariado, encontramos textos —muchos de ellos con aspiraciones ‘académicas’ en los que: *a)* se incorporan elementos idealizantes en la identidad ‘real’ del voluntariado, *b)* se adoptan enfoques morales e incluso moralizantes, o finalmente, *c)* se alternan en el análisis —sin diferenciarlos o advertirlos, quizá (y eso es lo más ‘peligroso’) porque no lo haga el propio autor— los perfiles real e ideal del voluntariado. Estos enfoques no sociológicos son perfectamente ‘legítimos’, puede que incluso en algunas ocasiones útiles y necesarios (desde una óptica de construcción o reconstrucción ideológica —o ‘filosófica’— del voluntariado, de promoción y publicitación del mismo, etc.), pero desde una perspectiva sociológica carecen apenas de interés, si bien su mera existencia revele (aunque sin aportar marcos interpretativos) la compleja identidad social-moral-ideológica del voluntariado contemporáneo. Así pues, el problema es proyectar como diagnóstico social lo que no es sino una construcción ideológica del voluntariado.

Debe quedar claro, antes de continuar, que concebimos el voluntariado como un *fenómeno social*. Identificar unívocamente la acción social voluntaria con un ‘simple’ comportamiento ético, una expresión de altruismo, o una expresión de solidaridad —más aún si además se restringe ésta última a su vertiente moral¹⁰— implica un cerceamiento severo de las dimensiones del fenómeno, y de la posibilidad de su comprensión. El estudio sociológico del voluntariado debe integrar y articular en un modelo interpretativo global una multitud de elementos: éticos, culturales, económicos, políticos, sociodemográficos, ideológicos, históricos, etcétera. Así pues, no se trata de negar el componente ético que confluye en el voluntariado, sino de integrarlo equilibradamente desde una perspectiva social amplia; reducir la acción voluntaria a su dimensión ética supone distorsionar y falsear su realidad.

⁸ Quizás podríamos hablar más adecuadamente, como hace ERVING GOFFMAN (1989: 12), de *identidad social virtual*, al referirnos a atributos esperados, expectativas de acción o estereotipos sociales existentes con respecto a un miembro de un colectivo, y de *identidad social real* al considerar los atributos que le pertenecen de hecho.

⁹ Como ejemplo paradigmático —aunque ni mucho menos único— puede verse la aportación de VELASCO (1995), cuyo título: “*Voluntarios: una revolución imparable*”, resulta suficientemente elocuente.

¹⁰ Con el evidente riesgo de hacer una lectura *maniquea* del voluntariado: voluntarios/as (buenos) *versus* no voluntarios/as (malos).

En el marco del dominio de construcción idealizante del voluntariado, confundida sistemáticamente con su descripción social ‘objetiva’, nos parece enormemente estimulante rescatar la imagen propuesta por Norbert Elias, en la que los científicos/sociólogos son considerados como “cazadores de mitos” (Elias, 1995: 62), cuya función fundamental es el “desenmascaramiento”. Esta idea nos parece especialmente provechosa y apropiada a la hora de justificar un estudio sociológico del voluntariado, y es por ello, que uno de nuestros objetivos fundamentales es la ‘captura’ de los numerosos mitos circulantes sobre el voluntariado. Pero, no debemos dejarnos llevar por el triunfalismo, el propio Morin (1995: 51), más pegado al terreno, nos recuerda que “el intelectual moderno ha resultado ser, a la vez, el destructor y el productor de mitos”. Esperemos en nuestro caso no contribuir a la construcción de mitos alternativos a los ya existentes.

El universo de lo social, como realidad extremadamente rica y compleja¹¹ que es, permite que un mismo fenómeno pueda aunar caracteres y consecuencias paradójicas. Ese es un principio que aplicaremos recurrentemente al voluntariado social. Podríamos decir que nos interesa —y pretendemos resaltar— la ‘cara oculta’ del voluntariado¹², aquellos aspectos colaterales en el análisis dominante, caracteres que quedan relegados a un segundo plano o que ni tan siquiera se abordan. Queremos de esta manera, escapar de la excesiva idealización —que supone una drástica simplificación y distorsión— del voluntariado como colectivo (al que se atribuye mayoritariamente la capacidad de transformar radicalmente la realidad social y de vertebrar por sí solo la participación ciudadana..., es decir *pura potencia*) y del voluntario/a¹³ como sujeto social (extremadamente solidario, sensibilizado socialmente, con unos valores morales ‘superiores’, etc.), para acceder a un nivel de análisis concreto de la realidad del voluntariado.

Otro concepto convergente y de gran utilidad a la hora de retratar la compleja realidad que muestra el voluntariado social es el de ‘ambivalencia’. Conceptualizamos el voluntariado como un fenómeno social eminentemente ambivalente. Así pues, es nece-

¹¹ No nos resistimos a reproducir al respecto las concluyentes palabras de ALFONSO ORTÍ (1989: 191): “Resulta fácil comprender que cuando se penetra en el ámbito de la ‘generalidad social’, la investigación sociológica —de todo tipo— se enfrenta inmediatamente con una realidad complejísima, viscosa y laberíntica, oculta bajo la desconcertante apariencia de un sinfín de velos y máscaras ideológicas, desgarrada por numerosos conflictos de intereses, y dividida en profundidad por el juego de fuerzas y contradicciones estructurales, inconscientes a veces para los propios actores [...]”.

¹² Formulación que también utiliza RODRÍGUEZ VICTORIANO (1999a: 77).

¹³ A lo largo de todo el trabajo trataremos de hacer siempre patente la dimensión género, dado que ésta es especialmente importante en relación al voluntariado; y ello, por un motivo muy simple, hay bastantes más voluntarias que voluntarios. Consecuentemente, tendría más sentido hablar en general del colectivo de las voluntarias, que del colectivo de voluntarios. Ante la incomodidad de hablar de voluntarios y voluntarias en todos los pasajes de la investigación, se ha optado, en la mayoría de los casos en que sea necesario, por la poco satisfactoria fórmula ‘voluntarios/as’, o ‘voluntarias/os’, o la referencia al más neutro ‘voluntariado’.

sario concretar qué entendemos por ambivalencia, dado que aunque es un concepto muy referido en sociología, no siempre es utilizado de una manera rigurosa. Merton y Barber (1980), son los primeros que intentan realizar una aplicación sociológica de un término acuñado en 1910 por Bleuler y adoptado posteriormente por Freud (véase, Laplanche y Pontalis, 1987: 20; Fedida, 1988: 23), y por tanto, con innegable carga psicológica. La originalidad del concepto ‘ambivalencia’ —desde una óptica psicoanalítica, pero con evidente proyección social— estriba en que refleja el “mantenimiento de una oposición del tipo sí-no, en que la afirmación y la negación son simultáneas e inseparables” (ibídem). Merton y Barber (op. cit., 1980: 19) elaboran una definición más sociológica, pero desde nuestro punto de vista mucho más oscura, y menos operativa, en la que se hace excesivo hincapié en los aspectos normativos y de estatus. Para estos autores “en su sentido más amplio la ambivalencia sociológica contempla las expectativas incompatibles que con carácter normativo se asignan a las actitudes, creencias y comportamientos ligados a un estatus (es decir, una posición social) o a un grupo de estatus en una sociedad. En su sentido más restringido, la ambivalencia sociológica hace referencia a las expectativas incompatibles que con valor de normas están incorporadas a un determinado cometido o a un determinado estatus social...”. Mientras Merton y Barber disuelven la posibilidad de simultaneidad, centrándose en la constatación de expectativas incompatibles y recurriendo a la “oscilación” —temporal— entre ambos estados como respuesta (ibíd.: 21), desde el psicoanálisis se resuelve ese ‘conflicto’ al hacer notar la simultaneidad/coexistencia de lo pretendidamente incompatible, aunque sí opuesto. Según Laplanche y Pontalis (1987: 21) convendría utilizar el término ‘ambivalencia’ en situaciones en las que “el componente positivo y el componente negativo de la actitud afectiva se hallen simultáneamente presentes, sean indisolubles y constituyan una oposición no dialéctica, insuperable para el sujeto que dice a la vez sí y no”. Superando el marco psicológico/afectivo, dicha concepción es plenamente aplicable a un marco social como puede ser el voluntariado. La inmediata aplicación sociológica en ese sentido apuntado por el psicoanálisis es extremadamente provechosa. Como trataremos de ilustrar, pensamos que el voluntariado se presenta como un fenómeno social de carácter notablemente ambivalente. Ambivalencia profundamente arraigada, por otra parte, en la estructura social, y, más concretamente, en la estructura de poder e ideológica.

Habiendo caracterizado el voluntariado como *fenómeno social complejo y cambiante, y de naturaleza ambivalente y paradójica*¹⁴ (en sus relaciones con instituciones y colectivos so-

¹⁴ No somos ni mucho menos los primeros en afirmarlo, aunque este enfoque es la excepción en la literatura sobre voluntariado. El COLECTIVO IOÉ (integrado por W. ACTIS, M.A. DE PRADA Y C. PEREDA) apunta en dicha dirección en sus conspicuos trabajos (1989a, 1990a, 1997); estimando “...que la cuestión del voluntariado en servicios sociales, inmersa en el caso más general de la participación social, se inscribe en un *marco complejo y contradictorio*” (1990a: 162). También L.E. ALONSO (1999b: 17), caracteriza al tercer sector (y por extensión al voluntariado) como un “fenómeno ambivalente”, como también lo hacen RODRÍGUEZ VICTORIANO (1999a: 75, 76), RODRÍGUEZ CABRERO (1999: 22, 25) y MARBÁN Y RODRÍGUEZ CABRERO (2001: 54 y ss.), y asimismo FALCÓN (1997), que caracteriza al vo-

ciales, en su propia identidad ideológica y social, en relación a sus ‘efectos’ sobre los receptores de la acción voluntaria, etc.), posibilitamos una apertura para su comprensión global. A lo dicho hasta aquí, añadiremos que pretendemos realizar una aproximación crítica —a la vez que concreta, insistimos— a la realidad del voluntariado social, que nos permita superar lo descriptivo. Dicha aspiración no debe confundirse con un intento de negar o desvalorizar esta realidad. Un enfoque crítico no implica critiquizar. Como objetivo prioritario y general nos proponemos intentar desenmarañar (al menos parcialmente) la evidente complejidad del voluntariado; resultado de la multidimensionalidad y ‘sobredeterminación’¹⁵ que presenta como fenómeno social que es.

A pesar de ello, queriendo hacer una sociología crítica e incorporar enfoques novedosos, nos descubrimos llegando a conclusiones alcanzadas desde posiciones conservadoras hace más de un siglo: el voluntariado y las organizaciones voluntarias, contribuyen a mantener el *statu quo*, el *orden social* —en una línea abrumadoramente confluente con las ideas de Durkheim (1987) o del propio Tocqueville (1985, 1989)¹⁶—. Visto así, reiteramos ideas no tan novedosas como ufanamente nos prometíamos: incluso la función de la beneficencia como medio de control social —y que nosotros hacemos extensiva al voluntariado social— es adelantada por el siempre preclaro Simmel (1986a) en su ensayo ‘*El pobre*’, publicado en un ya lejano 1908.

De manera extraña, pese a todas nuestras prevenciones, terminamos haciendo una sociología *funcionalista* —obsesionada por mostrar *para qué* sirve el voluntariado—. También lo observa Rittzer (1995a: 313) en el caso de Simmel, lo cual supone sólo un ligero alivio: “Simmel adoptó asimismo la posición funcionalista según la cual la ayuda social al pobre ayuda a mantener el sistema”—. Y lo apunta Alfonso Ortí, al afirmar que, pretendiendo hacer sociología crítica, terminamos finalmente produciendo sociología de corte funcionalista, al servicio del poder. Sólo hay una diferencia, mientras los

luntariado como un “lugar paradójico”. En el caso de RENES (1986: 96-97), éste señala algunos de los —en su opinión— “dilemas del voluntariado” —término que también adopta el EQUIPO LA PLANA (1995: 234-239)—, pero adoptando un planteamiento ‘contemporizador’ a la hora de intentar resolver dichos ‘dilemas’.

¹⁵ Hacemos indudablemente una aplicación social de este término inequívocamente psicoanalítico. Para LAPLANCHE Y PONTALIS (1987: 411), la *sobredeterminación* (o determinación múltiple) hace referencia a un “hecho consistente en que una formación del inconsciente (síntoma, sueño, etc.) [*fenómeno social* en nuestro caso] remite a una pluralidad de factores determinantes. Esto puede entenderse en dos sentidos bastante distintos: a) la formación considerada es la resultante de varias causas, mientras que una sola causa no basta para explicarla; b) la formación remite a elementos inconscientes [*preconscientes*, si consideramos el ‘lugar’ en el que ‘reside’ gran parte del orden social] múltiples, que pueden organizarse en secuencias significativas diferentes, cada una de las cuales, a un cierto nivel de interpretación, posee su propia coherencia. Este segundo sentido es el más generalmente admitido”. Sobredeterminación, en nuestro caso del voluntariado, que posibilitaría una *sobreinterpretación* (en líneas potencialmente divergentes) del mismo.

¹⁶ Sí varía sin embargo, nuestra percepción y valoración de esta ‘función’ social estructurante, no tan monóticamente positiva como en el caso de DURKHEIM y TOCQUEVILLE.

sociólogos funcionalistas describen (o imaginan) un ideal, como por ejemplo Durkheim (1987: 1-46), en este trabajo se intenta realizar una aproximación crítica, construida sobre criterios funcionalistas.

Se trataría de reincidir en este estudio sobre el voluntariado, en planteamientos semejantes a los de Michels (1983), que, a través del estudio del partido socialista democrático alemán —comprometido profundamente a principios del siglo XX, con la expansión y profundización de la democracia—, advierte tendencias oligárquicas en su seno. De manera semejante, parte de las ambivalencias que muestra el voluntariado se deben, como se verá más adelante, a la escala de su organización, a tensiones oligárquicas, en definitiva. Las organizaciones voluntarias terminan cumpliendo objetivos que no persiguen; aspecto éste que constituye una perversión evidente.

Frente a la concepción de carácter ‘moralista’ —idealista y descriptiva— criticada con anterioridad, nuestra aproximación a la realidad concreta del voluntariado se fundamentará en el análisis de su identidad motivacional e ideológica. Pero, para profundizar en esa identidad, parece necesario trascender el análisis del propio colectivo de voluntarias/os —aún siendo el objeto central de la investigación—, dirigiendo también nuestra atención hacia las relaciones —formales e informales, explícitas y latentes— que se establecen entre el voluntariado —sin olvidar al voluntario/a como sujeto social individualizado— y el Estado.

El gran reto de los sociólogos supone acceder a lo que —dada la complejidad y multidimensionalidad del objeto de estudio— permanece latente u oculto en la realidad social. Ya hemos caracterizado al voluntariado como fenómeno social complejo, ésta será un premisa básica que orientará toda nuestra posterior aproximación. De ella se deriva nuestra hipótesis general (en el seno de la cual se articulan implícitamente el resto de hipótesis ‘secundarias’): tras la realidad manifiesta del voluntariado social (programas y tareas concretas, actitudes solidarias y desinteresadas...) existe una realidad, un discurso/s y una funcionalidad latentes¹⁷ a los que pretendemos acceder. Además, entre la realidad manifiesta y latente existe una relación paradójica, lo cual, nuevamente, atribuye al voluntariado un carácter social ambivalente.

El voluntariado se nos presenta —en su vertiente manifiesta— como una realidad compleja, y por ello, diversa o heterogénea: en su identidad social e ideológica, en sus materializaciones organizativas concretas, etc. Dicha heterogeneidad (sociodemográfica, motivacional, organizacional e ideológica) podría suponer un duro revés en la aspiración de establecer e interpretar regularidades sociales (fin de cualquier aproxima-

¹⁷ Las funciones latentes serían “consecuencias funcionales no previstas ni reconocidas por los miembros del sistema social en que se producen” (GIDDENS, 1994b: 791). Para un tratamiento en profundidad de las funciones manifiestas y latentes, puede consultarse, el clásico trabajo de R.K. MERTON (1995: 137-160).

ción sociológica) que afectaran al fenómeno en su conjunto. Sin embargo, al considerar el nivel de lo latente —y desde una perspectiva global—, descubrimos en lo que se antojaba diverso y desemejante, una identidad ideológica profunda común (de carácter preconscious¹⁸). Esta identidad o substrato compartido se plasma —en el nivel de los hechos sociales, de la acción social voluntaria concreta— en el ‘ejercicio’ de una funcionalidad unívoca con respecto al sistema social; funcionalidad social que por añadidura se distingue, sugerimos nosotros, fundamentalmente por su coherencia ideológica con el Estado. En definitiva, trascendiendo las diferencias ‘visibles’ es posible establecer tendencias generales aplicables al voluntariado en su conjunto, reconociendo al mismo tiempo que ciertos sectores marginales puedan apartarse de ellas. Así, existiría un ‘entendimiento’ —una compleja armonía— entre voluntariado y Estado, aunque pudieran aparecer puntos locales de fricción en ese mismo nivel de los hechos. Insistiendo sobre la misma idea, podemos afirmar que entre las/os voluntarias/os existe un amplio espectro de posiciones ideológicas, más o menos liberales, más o menos libertarias, pero los resultados de su actuación (mediada por la institución del voluntariado y dirigida desde las organizaciones voluntarias), son claramente convergentes con los del Estado.

En general, son escasas las aproximaciones realmente sociológicas, y en la mayoría de éstas se tiende a obviar sistemáticamente la dimensión ideológica del fenómeno, lo que es tanto como decir que obvian su articulación con la estructura social, su ‘funcionalidad social’, sus causas y sus efectos. Nosotros, pretendemos aproximarnos al voluntariado desde esta última perspectiva, intentando derivar esa funcionalidad —más o menos *latente*—, al relacionar su discurso social/ideológico, y el marco estructural —también con un claro componente ideológico— que Estado, mercado, organizaciones voluntarias, y sociedad civil, sustentan y articulan.

Hasta hace pocos años el voluntariado —en el caso español— no había captado en exceso la atención de los sociólogos e investigadores sociales en general —la reciente difusión social del concepto como referente dominante de la participación social y su paralela legitimación como objeto de estudio social serían factores explicativos—. De esta manera, nos encontramos todavía (a pesar de lo fructífero de los últimos años) con un cierto déficit de estudios específicos, incluso de trabajos de carácter descriptivo. Fueron en primer lugar las grandes *organizaciones voluntarias*, las que realizaron (a lo largo de los años ochenta y principios de los noventa) un gran esfuerzo por elaborar y editar

¹⁸ El concepto ‘preconscious’ es de inestimable ayuda para el sociólogo, debido a que gran parte de los contenidos que conforman el *orden social* tienen carácter preconscious para los sujetos. Veamos como se define el concepto desde el psicoanálisis: “...las operaciones y los contenidos [...] del sistema preconscious [...] no están presentes en el campo actual de la conciencia y son, por consiguiente, inconscientes en el sentido ‘descriptivo’ del término, pero se diferencian de los contenidos del sistema inconsciente por el hecho de que son accesibles a la conciencia” (LAPLANCHE Y PONTALIS, 1987: 282).

materiales y documentación sobre voluntariado¹⁹, pero se trata en general, salvo excepciones, de textos que se ocupan preferentemente de aspectos como la promoción, captación, motivación y formación del voluntariado (en definitiva, de su formalización), del desempeño de la acción voluntaria, de las áreas o programas de actuación y su evaluación, etc. —cuestiones más orientadas al ‘deber ser’ que al ‘ser’ del voluntariado—. En definitiva, el interés de las organizaciones voluntarias, está prioritariamente centrados en la *gestión pragmática* —en su más amplio sentido— de uno de sus mayores activos, las/os voluntarias/os. No obstante, hay que reconocer que en ocasiones, las organizaciones voluntarias han sentido la necesidad de conocer más sobre el propio colectivo voluntario —para orientar su gestión—, promoviendo la realización de estudios sociales²⁰. Ya durante los últimos años (a partir de la segunda mitad de los años noventa) han aparecido un número significativo de estudios con orientación social sobre organizaciones voluntarias, promovidas en su mayor parte por las distintas administraciones —en ciertos casos, en colaboración con entidades del tercer sector—.

Desde un punto de vista más coyuntural, si algo parece estar verdaderamente fuera de duda en la reciente literatura española sobre el tema —hasta convertirse en un verdadero tópico, y que por ello, tiende a no explicarse—, es que el voluntariado y la solidaridad están de moda²¹. Este hecho, más allá de retratar una realidad, o reflejar un efecto, se nos antoja un síntoma de la profunda *resignificación social* que ha sufrido el voluntariado a lo largo de la década de los noventa²², pues como indica Béjar (2001b: 28) —aplicándolo al caso del voluntariado— “la moda es la expresión del cambio social”.

¹⁹ En especial a través de la *Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España*, coordinadora en la que se hallan agrupadas un buen número de organizaciones voluntarias españolas. A través de la Plataforma se han publicado diversos cuadernos de orientación ‘divulgativa’ —entre otros: CALO (1995), FERNÁNDEZ PAMPILLÓN (1990), GARCÍA ROCA (1995a), LAMA (1996), RENES (1997)—, alguna investigación —CLAVES PARA LA EDUCACIÓN POPULAR (1992), CORTÉS et al (1997)—, actas de diversos congresos y jornadas —por ejemplo: FERNÁNDEZ PAMPILLÓN et al. (1987), GÓMEZ DE LORA et al. (1991), GÓMEZ DE LORA Y HERNÁNDEZ CEREZO (1988), IBARRARÁN et al. (1991), MEMBIBRE et al. (1991), DEL VALLE et al. (1988)—, documentos de trabajo, etc. Tampoco podemos olvidar las iniciativas editoriales de organizaciones concretas, que surgen fundamentalmente del entorno de *Cáritas* y *Cruz Roja*.

²⁰ Valga como simple ejemplo, la investigación sobre voluntariado auspiciada por la *Cruz Roja de Valladolid*, estudio llevado a cabo por CALLEJO GONZÁLEZ E IZQUIETA (1996).

²¹ Así nos lo recuerdan diversos autores, entre ellos, GUTIÉRREZ RESA (1997: 107), BÉJAR (2001b: 28), A. MADRID (2001: 11), GARCÍA INDA (1998: 17). ZUBERO (1996: 39) matiza esta etiqueta: “el voluntariado está de moda. Para ensalzarlo o para cuestionarlo, pero está de moda”. También los medios de comunicación se hacen eco recurrentemente de este elemento discursivo (a la vez que lo potencian con su atención y reelaboración mediática). Como simple botón de muestra, podemos recurrir a un pequeño dossier —dedicado al voluntariado— editado por el diario *El País* el 20 de Julio de 1997, con el título genérico: “La solidaridad, en auge”; y cuyo texto significativamente comienza como sigue: “un fenómeno que crece como la espuma. Y que, a veces, amenaza con desbordarse: la solidaridad se ha puesto de moda”.

²² De ahí que MORA (1996: 16) apunte que el voluntariado ha pasado “de la presencia ignorada a la rabiosa actualidad. De la opacidad a la mitificación”.

Puede que la pregunta clave sea ¿para quién está de moda el voluntariado? ¿quién ha inducido este ‘clima’ social pro-voluntariado? Como veremos más adelante, lejos de lo que pudiera parecer, los verdaderos protagonistas de esta moda no han sido tanto las/os ciudadanas/os que se han unido al voluntariado (aunque el número de voluntarias/os haya crecido significativamente), sino los distintos ‘mediadores’ sociales, entre otros, la administración y los responsables políticos, los medios de comunicación, las organizaciones voluntarias y sus gestores, e incluso los mercados (obsérvese la proliferación de campañas de ‘marketing solidario’), sin olvidar a los propios analistas sociales e ‘intelectualidad’ en general.

Aunque un fondo de realidad es innegable (en cuanto al éxito de la fórmula voluntaria, si bien podríamos estar entrando en este comienzo del siglo XXI en un periodo de cierta ‘resaca’ o reflujo), tiende a obviarse algunos aspectos significativos que se derivan del apelativo ‘moda’, aspectos que, curiosamente, nos pueden ayudar a hacer un buen diagnóstico del fenómeno. Así, tiende a olvidarse que, por definición, las modas son efímeras, inherentemente transitorias, en cuanto no suponen cambios estructurales sino superfluos. En ese sentido, si el éxito del voluntariado no se levanta sobre bases sociales firmes (de origen diverso y que impulsen libremente, o condicionen severamente, la participación) puede desmoronarse cual castillo de naipes. Además, perversamente —si consideramos el ámbito ideal de desempeño del voluntariado—, hemos de ser conscientes de que sólo está de moda aquello que se inserta en un mercado como *objeto de consumo masivo*, y que se transforma esencialmente en un *valor signo*; lo cual implicaría que el voluntariado es fundamentalmente un vehículo que aporta identidad social, capital relacional, estatus social, tal vez, ante el debilitamiento de otras fuentes ‘clásicas’ de estatus.

Afirmar que el voluntariado se ha transformado en un ‘objeto’ de consumo de masas, no implica caer en una burda deformación, máxime cuando en el momento actual se le puede caracterizar parcialmente como un producto de marketing (político y asociativo). De ahí que la moda del voluntariado (si se corresponde con una adscripción externa del sujeto) no tenga por qué corresponderse necesariamente con una activación pareja de la participación social, o con un aumento del grado de involucración de los ciudadanos en los asuntos públicos. Quizá la verdadera moda de la que tanto se habla no consista sino en acudir recurrentemente al voluntariado (tratando de ampliar el papel social, político, mediático e ideológico que se le asigna), en trasladarle desde una posición social más periférica a otra más central. En España constatamos una verdadera explosión del voluntariado (Aranguren Gonzalo, 1997 y 1998b)²³ desde comienzos de los años noventa —tanto en número de voluntarias/os, como en proliferación de organi-

²³ Otros textos —también los medios de comunicación— hablan del ‘boom’ del voluntariado. Véase entre otros: MORA (1996), FUENTES (1996a, 1996b), LÓPEZ MADERUELO (2001). FALCÓN (1997) se refiere con un ligero matiz peyorativo al “famoso boom”.

zaciones voluntarias—, pero es necesaria una relativización del fenómeno, en cuanto se trata de una explosión claramente inducida, que sólo cobra significación si tomamos como contexto la ya largamente referida crisis del Estado de Bienestar.

Por consiguiente, no hay que desdeñar la labor de difusión, legitimación e institucionalización del voluntariado realizada desde diversas instancias —organizaciones voluntarias, entidades públicas, analistas sociales, medios de comunicación—. Sólo atendiendo a estas instancias, podremos entender la construcción de la moda voluntaria —en la construcción de la ‘demanda voluntaria’—. En tal dirección podríamos interpretar las palabras de Rodríguez Cabrero y Monserrat Codorniu (1996: 29), cuando afirman que “desde diferentes entidades sociales e instancias voluntarias y también públicas, ha tenido lugar la creación de un cuerpo doctrinal y de análisis de tipo jurídico, económico y sociológico [...] que está reforzando la identidad social e intelectual del propio sector voluntario y, por tanto, favoreciendo la institucionalización del mismo”.

Lejos de querer atribuir una relevancia social desmedida al voluntariado —siendo un éste, un fenómeno claramente periférico en las sociedades occidentales de principios del siglo XXI—, y con ello a nuestro trabajo, sí encontramos que su análisis resulta útil para ilustrar la línea de desarrollo de una tendencia ideológica de amplio calado que afecta a las sociedades contemporáneas desde una perspectiva global. Nos referimos al ‘nuevo’ ciclo conservador que, surgiendo en los años ochenta se acentúa a lo largo de toda la década de los noventa y los primeros años del siglo XXI. Uno de los principales rasgos que caracterizan este profundo y poderoso ciclo conservador —del que muy probablemente tan sólo estemos en su fase inicial—, es la subversión y tergiversación encadenada del sentido de los fenómenos sociales (que para decirlo de alguna forma ‘parecen lo que no son’). Y es ahí donde podemos buscar un ejemplo claro en el voluntariado —y en la acción social voluntaria—, al que atribuimos una identidad marcadamente (y al mismo tiempo sutilmente) conservadora. Así, finalmente el modelo de voluntariado imperante aparecería como correlato de lo que a finales del año 2002 los ideólogos de Bush Jr., han sintetizado como directriz básica de su política —con evidente cinismo—, en la fórmula ‘*conservadurismo compasivo*’. Tal fórmula nos permitiría encuadrar la identidad del nuevo voluntariado, pero en ningún caso el devenir de la administración estadounidense; estamos ante otro ejemplo más de tergiversación ideológica grotesca, puesto que lo referido no es sino un conservadurismo despiadado y tosco. A la hora de buscar otras potencialidades para el análisis sociológico, el nuevo voluntariado se muestra como un espacio social privilegiado para aproximarse y atisbar las líneas de desarrollo y profundización del individualismo en las sociedades occidentales contemporáneas.

CAPÍTULO 2

EL VOLUNTARIADO COMO OBJETO DE ESTUDIO. OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

2.1. DELIMITANDO EL OBJETO: LA FRACCIÓN JOVEN DEL VOLUNTARIADO SOCIAL

Partimos con una considerable ventaja, dado que no es necesario ‘abrir’ el camino a la hora de justificar y legitimar el objeto de nuestra investigación: el voluntariado. Durante los últimos años se ha producido un progresivo reconocimiento y delimitación ‘académica’ del voluntariado como objeto de estudio. Este proceso de reconocimiento ‘científico’ corre paralelo a la amplia difusión social del concepto (en el ámbito político, asociativo, mediático, y finalmente, en los discursos cotidianos de la ciudadanía). En el caso español, la relativamente reciente configuración del voluntariado como objeto de estudio, tiene que ver con su éxito como fórmula de participación social¹ (lo que hace referencia al propio proceso de cambio social), y también con la financiación por parte de la administración de algunos estudios sociológicos. En cierta medida, podemos considerar el trabajo sociológico que aquí se presenta como resultado de ese contexto social propicio, que se concreta en una presión discursiva e ideológica que contribuye a legitimar al voluntariado no sólo como práctica social sino también como objeto de estudio social/sociológico. De esta manera, este objeto se incluye dentro de la agenda de temas sociales de estudio pertinente. Cambio social y ‘presión semántica’ han coadyuvado en la sustitución parcial de otros referentes en el análisis de los procesos de participación social (movimientos sociales, asociacionismo, la propia participación social, etc.), fenómenos sociales a los que el voluntariado se superpone parcialmente, o en los que se halla contenido. Además, en la mayoría de los casos, optar por el ‘voluntariado’ como

¹ Sería difícil sumarnos a la apreciación que hace H. BÉJAR (2001b: 15) al concebir el voluntariado social como un fenómeno “discreto y casi invisible”.

referente de análisis social, tiende a implicar una cierta orientación ideológica, aunque encontramos notables excepciones al respecto.

En estos momentos, proliferan —más fuera de nuestras fronteras debido a la mayor tradición en la conceptualización de ciertas prácticas sociales en términos de voluntariado— libros y multitud de artículos ‘científicos’ dedicados al análisis del voluntariado. Tales elaboraciones parten fundamentalmente desde el ámbito de sociología, del trabajo social, el derecho y la psicología —desde una óptica motivacional—. Existen incluso revistas académicas dedicadas por completo al voluntariado y al tercer sector². Así pues, insistimos en que el contexto social (en el que se integra la ‘academia’) legitima nuestro empeño, si bien, el riesgo reside precisamente en que el investigador se deje llevar por la corriente, y asuma irreflexivamente el voluntariado como concepto y realidad social aséptica —‘natural’—, y por tanto, como objeto de estudio aporomático. Por el contrario, es absolutamente necesario tomar conciencia de su *producción social* en un marco sociohistórico —e ideológico— dado, como paso previo a su análisis. Por supuesto, tal requisito epistemológico no es privativo del voluntariado como objeto de estudio, sino que aparece como una constante en la investigación sociológica, con independencia del objeto en cuestión. De ahí que parezca especialmente pertinente recordar con María Arnal (1998: i) que “la elección de un tema de investigación y el enfoque adaptado siempre responde a una determinada visión del mundo y a un momento histórico concreto. La relevancia o pertinencia del objeto elegido y sus manifestaciones concretas, por un lado; y de otro, las formas interpretativas, no permanecen indiferentes a los contextos en que son generadas”. En nuestro caso, no somos ajenos a la evidente *presión semántica*³ que privilegia al voluntariado como objeto adecuado de análisis sociológico, pero al menos somos conscientes de ello.

Podemos afirmar de manera genérica, que nuestro objeto de estudio se ubica dentro de la categoría *voluntariado*. Parecería así, que disponemos de una categoría bien definida, de uso habitual —operativa o ‘funcional’— con la que trabajar, y que refleja una realidad homogénea, pero esto no es cierto. El voluntariado como objeto de estudio sociológico es problemático, debido a sus márgenes difusos y variables, que dificultan la inclusión o exclusión en su seno de ciertos sujetos, actividades y programas. Esta difusividad se deriva, en gran medida, del actual proceso de reconstrucción política que

² Entre otras, podemos citar las siguientes: *Voluntas, Nonprofit and Voluntary Sector Quarterly, Journal of Voluntary Action Research*.

³ Siguiendo a M. CANALES y A. PEINADO (1994: 291) la *presión semántica* nos remite al verdadero “lugar de la ideología que, [...] liga el proceso de sustitución metafórica a un centro, a un núcleo de sentido. El sujeto —cada sujeto e, incluso, cada grupo social— «elige» los significantes de que hará uso, dispondrá de sus propios repertorios de estilo, etc. Pero es «elegido» por la presión semántica, por el universo de sentido que es para él preexistente y que le constituye”. De ahí que un aspecto central de nuestro estudio deba dirigirse a ‘desvelar’ ese centro de sentido que privilegia el uso del concepto *voluntariado*.

‘sufre’ el voluntariado y que complejiza el análisis sociológico. No obstante, la difusividad es un aspecto compartido con otras muchas categorías de análisis sociológico (normalmente aquéllas de uso cotidiano) que se resisten a una interpretación unívoca. Así, el voluntariado no se constituye como un concepto de cómodo uso sociológico por su ‘inconsistencia’ social. De ahí, que la exploración de sus límites y la caracterización del voluntariado como práctica sea una cuestión prioritaria. Son estos, aspectos que retomaremos más adelante; por el momento, tan solo aspiramos a delimitar el referente de nuestro trabajo teórico y empírico.

Nuestro trabajo teórico tenderá a aludir al voluntariado en su conjunto —aunque tomando como identificación ‘ideal’ el *voluntariado social*—. El referente del trabajo empírico estará por el contrario mucho más limitado. Tal ‘reducción’ empírica es necesaria por la gran riqueza y complejidad social del fenómeno voluntario, y se ha concretado en función de los recursos personales y materiales disponibles para desarrollar el trabajo de campo. Así, con la intención de hacer abordable y asumible la investigación, el trabajo empírico se ha visto necesariamente constreñido al estudio de un área concreta y limitada (aunque presumimos que bastante representativa) del *voluntariado social*: la *fracción joven del voluntariado social*. Se delimita pues, un sector bastante representativo y arquetípico, aunque somos conscientes de que ‘fuera’ permanece mucho voluntariado.

Aclaremos el marco de intervención del voluntariado social. Éste se corresponde con lo que se ha dado en denominar —en el ámbito del trabajo social— como *acción social*⁴. Así, atenderíamos al voluntariado cuyos programas y quehaceres se circunscriben al ‘trabajo’ con colectivos *excluidos* socialmente, si es que utilizamos la terminología actualmente más exitosa. De igual manera, podríamos hablar de colectivos marginados socialmente, o también, desfavorecidos, discriminados, etc. E, incluso, retrotrayéndonos a una terminología más tradicional (abandonada en gran medida, quizá por sus vinculación con el modelo caritativo), sería extremadamente adecuado hablar, desde un punto de vista descriptivo, de colectivos integrados por pobres.

El *voluntariado social*, nos ofrece la ventaja de que puede ser utilizado en gran medida como *arquetipo* del voluntariado. Las razones que le hacen funcionar como tal son varias. Primero, se ubica en el *área originaria* y tradicional del trabajo voluntario —si es que ‘reconocemos’ la beneficencia como su ‘germen’ histórico—. Segundo, se identifica plenamente con el *estereotipo de voluntariado* que circula socialmente —‘visión’ que condiciona de manera importante su realidad—. En función de tal estereotipo social se defi-

⁴ Así, en este momento el concepto *acción social*, no es ‘utilizado’ desde una *perspectiva sociológica*, sino dentro del marco conceptual construido desde el *trabajo social*, también enormemente vago y difuso. Ahora, tan sólo nos limitaremos a orientar el concepto. Así, entendemos que “la acción social es una intervención organizada en vistas a modificar el medio social y mejorar las condiciones de vida que resultan negativas o perjudiciales para determinados grupos humanos” (COLOMER, 1983: 75).

ne tópicamente al voluntario/a, como sujeto que interviene *ad honórem* —sin retribución alguna— en favor de los excluidos sociales. Debido a esta ausencia de gratificación, se transfiere al voluntario/a una marca ética positiva (generadora de estatus social). Esta valoración positiva también está relacionada con la nítida inscripción de la acción social propia del voluntariado social en el ámbito de la *heteroayuda*. Ésta se definiría en términos de una acción —concretada en la prestación de servicios—, cuyo destinatario se integra en un colectivo social ‘ajeno’ al de pertenencia del voluntario/a. En función de esta conceptualización, en los discursos sociales, el voluntariado social es mucho más valorado que las iniciativas de participación social basadas en el *mutualismo*, o *ayuda mutua*.

Además, en el caso de la *heteroayuda*, usualmente el actor (en nuestro caso concreto, el voluntario/a) suele responder al perfil de un *sujeto integrado socialmente*. Esta integración social cobra un sentido más preciso y riguroso si la consideramos exclusivamente en términos normativos (implicando la interiorización del orden social, y su respeto/reproducción a través de la acción). Desde un punto de vista material esta ‘integración’ se identificaría con la superación del nivel de subsistencia, aunque tal situación no implica necesariamente autonomía o independencia económica. Como ejemplos arquetípicos de voluntarios/as que se inscriben en esta situación material suficiente, pero no fundamentada en la independencia económica, podemos pensar en el caso de jóvenes en paro o precariamente empleados que residen con sus padres, o en mujeres que trabajan exclusivamente como amas de casa. En el primer caso, el joven voluntario/a estaría excluido del mercado de trabajo; pero tal situación no está asociada con una situación social marginal, en función de la existencia de un ‘colchón’ familiar de bienestar del que es beneficiario. El receptor de la acción voluntaria, por el contrario, se configura, en términos generales, como sujeto socialmente excluido (salvo en algunos programas de voluntariado social de tipo educativo). En la mayoría de los casos, tal exclusión se concreta en pobreza o penuria material y se encuentra asociada en algunos casos a una deficiente interiorización normativa del orden social (situación traducida, en muchos casos, en desestructuración personal).

Circunscribiremos por tanto el *voluntariado social* al campo de la *heteroayuda*; de ahí, que eludamos el estudio de la intervención social que se realiza en el seno de las asociaciones de autoayuda (v.g. asociaciones de discapacitados físicos, alcohólicos anónimos, etc.), si bien, en ocasiones, no es posible establecer nítidamente los límites entre *heteroayuda* y *mutualismo*. Además, progresivamente se tiende a incluir dentro de la categoría voluntariado social a estas iniciativas de carácter mutualista (especialmente desde instancias políticas). Se trata de un ejemplo claro del proceso de ampliación del referente social del voluntariado que abordaremos más adelante.

Dado nuestro interés en el análisis del perfil ideológico de los voluntarios/as (entendiendo ideología *grosso modo* como concepción del mundo⁵), otro aspecto que puede ser analizado de manera privilegiada desde el voluntariado social es el proceso formación de la conciencia social⁶ y las características que este proceso presenta. Dado que este colectivo de voluntarios/as entra en contacto directo con las más flagrantes disfunciones y carencias —reflejadas además en desigualdades, injusticias, sufrimiento humano, etc.— que genera el orden social (desde un punto de vista económico, político, etc.), se trataría de sondear en qué casos el voluntariado se configura como un contexto apropiado (y en cuáles no) para la articulación de discursos críticos con respecto al modelo de organización social, y cómo el vínculo personal/afectivo (individual) que se establece frecuentemente con el perceptor de la acción social voluntaria puede interferir en el proceso.

Para concretar el ámbito de lo que estamos denominando como *voluntariado social*, vamos a realizar un repaso —en ningún caso se trata una clasificación con aspiraciones analíticas— de algunos de los programas más característicos que se integran en tal categoría. Dicho ‘listado’ se estructura a partir de la delimitación de los colectivos receptores de la acción voluntaria —su objeto—. Hemos de ser conscientes, de que son las características de estos colectivos las que condicionan en gran parte la configuración de los programas. Así, en relación con el voluntariado social podemos encontrar, entre otros, los siguientes programas: *familia e infancia marginada, juventud marginada, mayores, discapacitados físicos y psíquicos, asistencia a enfermos, programas específicos para la mujer (prostitución, maltrato...)*⁷, *minorías étnicas, extranjeros y refugiados, los ‘sin techo’ (transeúntes, familias sin hogar), reclusos y ex-reclusos, enfermos de sida, toxicómanos, cooperación al desarrollo, programas de carácter educativo...*⁸. Insistimos en que no se trata de una clasificación, ya que es imponible analizar tipos de exclusión definiendo distintos espacios socialmente aislados —herméticos—. Muchas de las causas y situaciones que configuran la realidad de la exclu-

⁵ Una definición más elaborada es la aportada por J.M^a. CHAMORRO (1988: 472) que entiende la ideología como un “...sistema de ideas-valores que cada sujeto asume como efecto de su actividad mental, su interacción social y su acción sobre el medio, y que, a su vez, determina en cada sujeto el potencial de opciones respecto a actividad mental, interacción social y acción sobre el medio”. En tal definición, se trasciende el nivel de la ideología entendida en términos de mero discurso político producido por movimientos políticos organizados, concepción estrecha y dominante en la sociología funcionalista —que podemos encontrar por ejemplo en SHILS o PARSONS— (vid. PIZARRO, 1979: 200). Abunda CHAMORRO (1988: 473) en que “una ideología no es una idea, ni una mera suma de ideas, sino un sistema de ellas jerárquicamente organizadas por relación con la lógica y con el afecto...”.

⁶ Usando la terminología clásica de origen marxista, podríamos hablar en términos de proceso de *toma de conciencia*.

⁷ Es evidente que también existe prostitución masculina, etc. Pero la indeleble marca de género hace que estos programas sean lógicamente identificados con la ‘condición’ femenina.

⁸ Seguimos parcialmente y reelaboramos la tipología propuesta por FERNÁNDEZ Y ALFARO (1990: 133-152). Estas autoras denominan este voluntariado social como de *prevención-reinserción*, lo cual implica eludir el hecho de que en su seno se llevan a término tanto programas que persiguen la reinserción como actuaciones estrictamente paliativa o de asistencia.

sión social se acumulan, solapan y encadenan habitualmente. Podemos imaginar algunas combinaciones posibles (definiendo perfiles absolutamente verosímiles): ‘mujer anciana transeúnte y alcohólica’ o ‘joven recluso toxicómano con sida’. Desde este punto de vista, uno de los problemas que podemos avanzar, es la compartimentación de los programas de asistencia (tanto de origen estatal como voluntario), en tanto en cuanto, la exclusión es una realidad multidimensional. Es interesante constatar que la categoría *pobreza* —entendida ésta como falta, escasez, por tanto, en sentido supraeconómico—, podría actuar como verdadero substrato común (a modo de ‘máximo común divisor’ de carácter descriptivo) al se tienden a plegar de manera genérica —que no absoluta— la mayoría de los colectivos que integran el listado (aunque dicha categoría no agote ni mucho menos su identidad marginal).⁹

Desde un punto de vista funcional, nuestro trabajo de campo se dirigirá tanto a voluntarios/as que desarrollan su actividad en contacto directo con el colectivo de excluidos/as, como aquellos que realizan tareas de tipo más administrativo o burocrático, (incluyendo tareas de gestión, planificación y seguimiento, formación, información, etc.). No obstante, se tenderá a privilegiar —como se constatará en el diseño— al primero de los sectores.

Con respecto al ámbito sociogeográfico, nos restringiremos en nuestro análisis al voluntariado social que desarrolla su actividad dentro del *área metropolitana de Madrid*. Nos circunscribimos de esta manera al estudio *del voluntariado social urbano*. Entendemos que el medio urbano aparece como el ‘ecosistema’ social donde encontramos el más amplio espectro de realidades de exclusión —también en términos cuantitativos—. De ahí, que lógicamente, sea en este medio urbano donde encontramos también una mayor profusión de iniciativas organizativas y programas de voluntariado. Tal apreciación no significa un menosprecio hacia las expresiones de marginalidad/pobreza vinculadas al mundo rural, ni una minusvaloración con respecto a las iniciativas voluntarias que se

⁹ No es nuestro objetivo profundizar sobre el proceso de exclusión o marginación social, pero vamos a realizar unas breves consideraciones. Toda marginación es por definición y en esencia social —obviada, pero con implicaciones y consecuencias muy profundas—. No obstante, esta exclusión puede tener en su origen un/os condicionantes, unas causas remotas —utilizados socialmente muchas veces como meros pretextos—, que no tienen por qué ser estrictamente sociales (pueden estar ligados de forma variable al la dotación genética, o al estado ‘biológico/físico, o psíquico del sujeto). Es éste el caso de la marginación sufrida por razón de minusvalías, y de manera mucho más sutil lo encontraríamos en la exclusión por razón de género, edad, o etnia —categorías/identidades construidas socialmente, en las que lo biológico/genético y lo cultural/social se funden de manera inmediata e indisoluble—. Al margen de esta exclusión no estrictamente social, también hallaríamos ejemplos de exclusión de génesis social pura (ej.: en función de creencias religiosas, etc.). Superando esta simple distinción de carácter genealógico —que no explicativa—, podemos constatar que la exclusión social aparece como resultado de la ‘utilización social’ (reflejada y expresada a través de discursos, comportamientos y hábitos, normas y disposiciones, expectativas, valores...) que se haga —la sociedad, las instituciones, los propios marginados...— de esos condicionantes previos que permiten la diferenciación y clasificación de los sujetos sociales. Tales condicionantes pueden ser —reiteramos—, sociales o no exclusivamente sociales.

desarrollan en ese ámbito. Simplemente, reconociendo al voluntariado rural y urbano como realidades diversas, y con entidad propia, queda fuera de nuestras capacidades, por el momento, abordar una visión integradora (y comparada) de dichos campos de intervención voluntaria. Es por ello, que hemos resuelto abordar la realidad más accesible —más próxima desde una perspectiva espacial y social—, esto es, el voluntariado urbano madrileño.

Por otro lado, el voluntariado que estudiaremos estará siempre integrado en un *marco organizativo*, si bien dentro de un rango de formalización extremadamente variable (desde grandes corporaciones a pequeñas asociaciones). No obstante, la adscripción a una ‘matriz’ organizativa, será una característica definitoria del colectivo voluntario al que nos dirigimos.

Previamente, indicábamos que nuestro trabajo empírico se concentraría en el estudio del *voluntariado social joven*, siendo ésta, la fracción que, como se recoge reiteradamente en los estudios cuantitativos sobre el tema, constituye el colectivo más numeroso dentro del voluntariado. Optaremos por delimitar formalmente este colectivo estableciendo un intervalo de edad (aunque como bien se sabe, la definición y delimitación del espacio juvenil es *estrictamente social*, habiéndose ampliado paulatinamente desde un punto de vista temporal, por el progresivo retraso —especialmente importante en el caso español— en el acceso a lo que podríamos denominar como ‘vida adulta’). Utilizaremos el intervalo más habitual en los estudios de juventud, que distingue como jóvenes a aquellas personas que se encuentran entre los *15 y 29 años*. No obstante, desde un punto de vista práctico, los/as participantes en nuestros grupos de discusión y entrevistas han resultado tener 18 o más años (y no por un criterio de selección). Tal situación responde a que progresivamente las organizaciones voluntarias han tendido a establecer una *edad mínima* (que les evita problemas derivados de la minoría de edad de los voluntarios/as —responsabilidad civil...—, y que según su apreciación, les garantiza una cierta ‘madurez’ personal del voluntario/a), Además esta edad coincide, en general, con la mayoría de edad legal (incluso en ciertos programas, se requiere de los voluntarios/as tener 21 años o más: por ejemplo, Proyecto Hombre). Tan sólo excepcionalmente, y en entornos menos formalizados, aparecen voluntarios/as menores de 18 años. Se puede argüir que estamos optando por aproximarnos al segmento de análisis más clásico y tópico del voluntariado. Sin embargo, desde un punto de vista sociológico, el voluntariado joven resulta mucho más esclarecedor, dado que se erige como sujeto básico de los cambios que afectan al voluntariado como fenómeno social. Dicho de otra manera, en cierta medida, el voluntariado social joven se configura como *vector de transformación* del voluntariado. A pesar de la opción por el estudio empírico del voluntariado joven, se ha realizado un análisis de contraste, con voluntariado más ‘maduro’ (concretado, como veremos en el apartado metodológico, en la realización de un grupo de discusión). Este análisis de contraste nos permitirá definir con mayor nitidez el perfil del vo-

luntariado joven, al posibilitar la identificación —a través de un análisis comparativo—, de los elementos compartidos por los voluntarios/as de distintas edades, y por supuesto, de las características distintivas del voluntariado joven.

Con el fin de delimitar nuestro objeto, parecería conveniente en este momento, realizar una cierta condensación, y elaborar una mínima descripción operativa del sector del voluntariado que queremos abordar empíricamente. Podríamos entonces enunciar que restringimos nuestros esfuerzos al estudio de la *fracción joven del voluntariado social, cuya acción voluntaria se desarrolla en el marco de organizaciones voluntarias (tanto de mínima como de máxima formalización) y en el ámbito metropolitano de Madrid*.

Habiendo definido como objeto central de análisis un ‘fragmento’ del voluntariado social, sistematizamos, algunas vías o medios de aproximación a ese voluntariado que formulamos como *objetos específicos* de la investigación:

- 1.— Principalmente, el *discurso social* de los voluntarios/as, como vía de acceso privilegiada a la realidad del voluntariado.
- 2.— Para complementar la caracterización del voluntariado, prestaríamos atención a los *discursos circulantes* que genera la sociedad en relación a los voluntarios/as y que configuran su *imagen social*. Así pues, también analizaríamos la figura del voluntario/a a través de su proyección social, atendiendo al contexto social e ideológico en el que se inscribe y que le condiciona profundamente.
- 3.— Si bien, nos proponemos una aproximación social al voluntariado (o quizá por ello), la propia *acción social voluntaria* que se expresa en *actividades* —en el marco institucional de las organizaciones voluntarias—, supondrá otra área de interés incuestionable. Tareas y funciones, rutinas y protocolos, medios y fines de la acción, por un lado, y las propias actitudes del voluntario/a por otro, son aspectos de examen indispensable para completar nuestra visión.
- 4.— Presuponemos una estrecha correlación entre el modelo de organización considerada y el tipo de voluntariado que se integra en su seno. En tal tesitura, no podremos separar drásticamente el *voluntariado* y las *organizaciones voluntarias* —su contexto más inmediato—, eso es claro. No obstante, nuestro interés en relación a las organizaciones voluntarias —más o menos formalizadas— que estructuran sus programas a través de voluntarios/as —y una proporción variable de profesionales en la mayoría de los casos—, estará mediada por su condición de marco —no aséptico y activo— en el que se inscribe y orienta el voluntariado. En tal sentido, nos interesará su estudio tanto a nivel de estructura y procesos/‘prácticas’ organizativas (programas, proyectos, gestión, división de tareas, organización del voluntariado, estrategias, etc.), como en relación a su discurso

institucional (presupuestos ideológicos expresados en documentos, etc.). Además, no hay que olvidar que, con respecto al tercer sector y la participación social, las organizaciones voluntarias (representadas por sus cuadros directivos) actúan como '*instancias mediadoras*' de carácter *exclusivo* ante el Estado¹⁰.

- 5.— Un elemento de capital consideración (y que supera el estricto marco del voluntariado) lo constituyen las estrategias e iniciativas políticas desarrolladas por las distintas administraciones con respecto al voluntariado y las organizaciones voluntarias: planes de promoción, vías de financiación y colaboración, iniciativas de formación dirigidas a voluntarios/as, etc. Tales estrategias, junto a aparición de 'foros mixtos', en los que participan tanto la administración como las organizaciones voluntarias, ilustran los vínculos que mantienen el Estado y el tercer sector.

2.2. OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

Con relación al objeto definido y acotado en el anterior epígrafe, nos proponemos, a través del proceso de investigación, la consecución de una serie de objetivos que contribuyan a explicar y comprender desde una perspectiva sociológica la realidad social del voluntariado y ponerlo en relación con otras esferas de lo social.

La realidad social, si es definida en cuanto *sistema social*, puede ser 'descompuesta' analíticamente en tres distintos niveles: 1) el nivel de los *elementos*, 2) el nivel de las relaciones entre elementos (*estructura*), y 3) el nivel de las relaciones entre estructuras — relaciones entre relaciones— (*sistema*)¹¹. Así, el voluntariado como fenómeno complejo inserto en ese *sistema social*, puede ser abordado y analizado desde estas tres perspectivas —complementarias que no excluyentes—, que también estructurarían nuestros objetivos. No obstante, en la definición de cualquiera de los objetivos que enunciarnos se hallan siempre implícitos los otros dos niveles, aunque sea como 'simple' —pero siempre activo y configurador— marco de referencia. Obviamente, estos tres niveles lógicos se hallan solapados por completo en la realidad social; son inseparables en el plano de los procesos sociales.

- El primer objetivo de los que vamos a enumerar a continuación, atiende fundamentalmente al *nivel de los elementos* (o nivel '*micro*'). Se concentra por ello de forma primordial en el *voluntario como sujeto social* y en la *acción social voluntaria* que éste desarro-

¹⁰ Hablamos en este caso de las *organizaciones voluntarias* más potentes y formalizadas, que son las únicas que tienen el 'privilegio' de mantener relaciones más o menos estables con los poderes públicos.

¹¹ Conocida categorización que establece WILDEN y que es recuperada por JESÚS IBÁÑEZ (1989: 56).

lla, pero tomando —siempre— como referencia la *dimensión social* del fenómeno. Se trataría de llevar a cabo una labor conceptualizadora y explicativa básica:

- 1.— Definir, Caracterizar, y analizar causalmente —desde posiciones sociológicas— la *acción social voluntaria*.
 - 1.1.— Delimitar la capacidad explicativa del *altruismo y la solidaridad* como fundamento o base de la acción social voluntaria.
 - 1.2.— Estrechamente vinculado al objetivo anterior, realizar un *análisis del proceso motivacional* del voluntariado joven que supere (desde una perspectiva social integradora) planteamientos habituales circunscritos a la ética, o apoyados en consideraciones simplistas de orden económico o psicológico.
- Desde el punto de vista estructural, tomando como unidad el *voluntariado* como colectivo, nos proponemos:
 - 2.— Analizar y caracterizar el voluntariado como *modelo de participación social*, evaluando especialmente su *dimensión grupal*.
 - 3.— Abordar, desde una óptica explicativa, la identidad social del voluntariado, partiendo del análisis de su *perfil sociodemográfico*.
 - 4.— Explorar la *dimensión corporativa del voluntariado*, examinando la identidad social, organizativa (formalización, etc.) e ideológica de las denominadas *organizaciones voluntarias* (atendiendo a su estructura y procesos internos). Se prestará especial atención a la posición estructural ocupada (y a las funciones asociadas) por el sujeto voluntario en su seno.
 - 5.— Delimitar un *marco ideológico común* —profundo— que pueda atribuirse de modo genérico al voluntariado como fenómeno social.
- Ahora, pasaremos a considerar el voluntariado desde el tercer nivel, el de las *relaciones entre estructuras o sistémico* —*grosso modo*, nivel *macro*—. Ello supone ‘introducir’ analíticamente al voluntariado —mediado por su *dimensión corporativa*— en el entramado de *instituciones sociales* (a su nivel más general). Se trata, por tanto de abordar una verdadera *contextualización social* del voluntariado para clarificar su posición y significación social.
- 6.— La contextualización más inmediata nos dirigirá necesariamente hacia el llamado *tercer sector*. Nos proponemos valorar cuál es la relevancia del fenómeno voluntariado dentro del denominado tercer sector.

- 7.— Un segundo nivel de contextualización es el *económico*. Nuestro objetivo pasa por clarificar los vínculos del voluntariado con el *mercado* (como institución económica central), prestando especial atención a las dinámicas cruzadas con el *mercado de trabajo*.
- 8.— El tercer nivel de contextualización social, es el *político*. Es necesario valorar las *estrategias de fomento del voluntariado social* diseñadas desde los poderes públicos (en el contexto de la actual reestructuración del Estado de Bienestar). Se trata de estudiar su orientación ideológica, sus causas y consecuencias.

Además, estudiaremos con especial énfasis las *relaciones* que mantiene el *voluntariado* con el *Estado*, incidiendo en dos aspectos muy imbricados entre sí:

- 8.1.— La hipotética *transferencia de legitimidad* hacia el Estado desde el voluntariado —fundamentada en la acción voluntaria desarrollada ‘sobre’ colectivos marginales—.
- 8.2.— La posibilidad de que el voluntariado actúe —no intencionalmente— como *instancia de control social* coherente con el control ejercido estatalmente —reforzándolo—; incluso aunque los voluntarios/as (parte de ellos) se ubiquen en posiciones críticas con respecto al modelo estatal.

Para cubrir estos dos objetivos, se analizarán especialmente las similitudes o paralelismos y —claro está— disimilitudes existentes entre los *servicios sociales y el voluntariado*, recalando especialmente en los medios y métodos utilizados, fines y funciones.

- 9.— El último tipo de contextualización social es la *histórica*, si bien, en nuestro trabajo, el enfoque diacrónico está severamente limitado. Nuestro objetivo pasa fundamentalmente por observar la *evolución reciente del voluntariado social (como modelo de participación social) en España*. Este análisis, nos permitirá barruntar los límites del voluntariado como modelo participativo y aventurar posibles vías de evolución de éste, partiendo de la hipótesis según la cual *el voluntariado está severamente condicionado por su contexto social*.

CAPÍTULO 3

METODOLOGÍA Y DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN

3.1. FUNDAMENTACIÓN METODOLÓGICA

Por la propia definición de nuestros objetivos, tendentes a la aprehensión y caracterización de la *identidad ideológica* del nuevo voluntariado, sin olvidar nuestro interés en proporcionar una interpretación del *proceso motivacional* vinculado a la acción social voluntaria, nos vemos necesariamente abocados, en nuestra aproximación empírica a la realidad social del voluntariado social —joven—, al uso de *prácticas cualitativas*¹. Son éstas, prácticas que concentran su atención sobre “...la riqueza viva del proceso de comunicación real del intercambio simbólico entre sujetos totales...”² (Ortí, 1994b: 87), a la postre, registrando discursos sociales que serán analizados por el investigador en clave sociohermenéutica³. Por otro lado, las prácticas cualitativas de investigación social “...entrañan una recuperación de la subjetividad real de las relaciones sociales, devolviendo (de forma relativa) el protagonismo y la voz a los propios sujetos/objeto (entre-

¹ Aunque no existe un consenso en este sentido, ni tan siquiera entre los ‘cualitativistas’, asumimos el criterio de ALFONSO ORTÍ (1994b) que reclama la denominación de ‘*prácticas*’ cualitativas y no ‘*técnicas*’ cualitativas. Por su parte, JESÚS IBÁÑEZ (1986: 13) propone una conocida distinción entre ‘*técnicas estructurales*’ (para IBÁÑEZ, mal llamadas ‘técnicas cualitativas’), y ‘*técnicas distributivas*’ (para el autor, mal llamadas ‘técnicas cuantitativas’).

² Una excepción sería el caso de la *observación participante*, en la que es absolutamente central la consideración de las propias *prácticas sociales*.

³ En definitiva, se trata de *dar sentido* al discurso registrado, en cuanto que “el sentido es la materia inteligible” (ORTEGA, cfr. ALONSO, 1998a: 59). De manera más concreta, ALFONSO ORTÍ (1989: 184), advierte que en las labores de interpretación y análisis, la función del sociólogo “se reduce a relacionar la *orientación ideológica de los discursos* con la *génesis y reproducción de los procesos sociales*. O lo que es lo mismo, el *contexto de su interpretación* está representado por una visión global de la *situación y del proceso histórico* en el que emergen los *discursos ideológicos* analizados”. En definitiva, las interpretaciones sociológicas “...buscan relacionar ‘lo que el sujeto dice’ con su articulación en el campo de las prácticas sociales efectivas..., desde el punto de vista de unos determinados objetivos de la investigación sociológica en curso...” (ibíd.).

vistados/grupos de referencia) de la investigación social” (ibíd.: 87). El enfoque cualitativo se muestra especialmente fructífero a la hora de abordar la estructura motivacional e ideológica de sujetos y grupos (sus creencias, valores, deseos..), aspectos que confieren un sentido a su conducta social. Dichas prácticas cualitativas suponen una apertura limitada a las prácticas sociales: a lo que los sujetos hacen (y por supuesto dicen), pero sobre todo, a *por qué lo hacen* (y dicen). Sin olvidar que, como apunta Ángel de Lucas (1995: 102), los estudios cualitativos “surgen precisamente para investigar y reconocer la *conciencia social* de los investigados. Para explorar —incluso— la indefinición de esta conciencia, sus contradicciones y ambivalencias”, nivel de análisis social al que difícilmente pueden llegar las técnicas cuantitativas.

La centralidad del proceso de comunicación y del discurso como ‘unidad’ de análisis en las prácticas cualitativas —Jesús Ibáñez (1986: 41) apunta en ese sentido que “el discurso hablado [...] será el objeto privilegiado de la investigación”—, no debe hacernos bascular hacia una reducción de tipo pansemiologista⁴, como la que se desprende de las palabras de Bajtin: “donde no hay texto, no hay tampoco objeto de investigación y pensamiento” (cfr. Lozano *et al.*, 1989: 16). La realidad social se representa y se reproduce a través de los ‘textos’, pero también en las propias *prácticas*⁵. Sin esas prácticas sociales, el proceso de comunicación carece de sentido (o dicho de otro modo, los textos son un *producto social* y no a la inversa), cuestión olvidada frecuentemente en la semiología. Por lo tanto, la investigación sociológica no puede jamás reducirse a un mero análisis textual.

La experiencia nos alerta de que con frecuencia, ante cualquier intento de aplicar en un proceso de investigación social prácticas cualitativas, es necesario abordar una justificación exhaustiva a un doble nivel: no sólo en relación a la pertinencia del uso de las prácticas en función de los objetivos perseguidos (cuestión lógica y exigible en cualquier investigación cualitativa o cuantitativa), sino incluso del estatus epistemológico —en resumen: la cientificidad— de las prácticas cualitativas⁶. En consecuencia, debemos referirnos todavía al profundo escepticismo y desvalorización que recorre ciertos secto-

⁴ Una crítica a la “deriva pansemiologista”, puede encontrarse en ALONSO (1998b: 62-66). Según este autor, “...se puede hablar de un *pansemiologismo* que observa cada proceso social como un proceso únicamente comunicativo y significativo, en cuanto que funciona como signo lingüístico más o menos perfecto; de esta forma el signo crearía la relación social y no al contrario” (ibíd.: 64).

⁵ MARTÍN CRIADO (1997: 110), apunta que “los discursos son también prácticas”. Es evidente, que en sentido estricto lo son, sin embargo creemos extremadamente pertinente mantener la diferenciación analítica entre prácticas y discursos.

⁶ Existe por suerte, una amplia y consistente bibliografía —española— sobre el estatus epistemológico y metodológico de las prácticas cualitativas, desarrollada fundamentalmente en el ámbito de la denominada ‘*escuela cualitativista madrileña*’. Entre otros textos podemos señalar los de A. ORTÍ (1989, 1993, 1994b), L.E. ALONSO (1998a), J. IBÁÑEZ (1985, 1986, 1989), DELGADO Y GUTIÉRREZ (1994), F. CONDE (1987, 1990, 1993), J. CALLEJO (2001).

res de la sociología académica con respecto a las prácticas cualitativas⁷. Por el contrario, la utilización de prácticas cuantitativas, no suele necesitar de justificación alguna de su estatus epistemológico, y lo que es más grave, tampoco de su pertinencia metodológica —podríamos hablar en rigor, de una *legitimidad metodológica 'por defecto'*—⁸.

Tal legitimación metodológica por defecto, induce un frecuente uso *ritualizado* e *irreflexivo* de los procedimientos de investigación, (situación especialmente abundante para el caso de la encuesta estadística). Bourdieu *et al.* (1987: 21) inciden en tal circunstancia (aunque sin aplicarla específicamente a las técnicas cuantitativas) al afirmar que “...esta implementación legítima de los instrumentos lógicos opera demasiado a menudo como garantía de la enfermiza predilección por ejercicios metodológicos cuyo único fin discernible es posibilitar la exhibición de un arsenal de medios disponibles. Frente a algunas investigaciones concebidas en función de las necesidades de la causa lógica o metodológica, no puede sino evocarse, con Abraham Kaplan, la conducta de un borracho que, habiendo perdido la llave de su casa, la busca sin embargo con obstinación, bajo la luz de un farol, ya que alega que allí se ve mejor”.

En nuestro caso, queremos buscar ‘la llave’ allí donde creemos que se encuentra, aplicando por añadidura las herramientas metodológicas que mejor se adaptan a las características del ‘terreno’ en el que realizamos la búsqueda. Es por ello, que hemos resuelto utilizar prácticas cualitativas. Recurramos a las autorizadas palabras de Alfonso Ortí (1989), que superan cualquier esfuerzo propio por fundamentar la utilización de una metodología cualitativa en nuestro estudio del voluntariado. Ortí recuerda que el enfoque cualitativo...

“...entraña una forma de aproximación empírica a la realidad social específicamente adecuada a la *comprensión significativa e interpretación motivacional (intencionalmente) profunda* de la conducta de los actores sociales, *en su orientación interna* —creencias, valores, deseos, imágenes preconscientes, movimientos afectivos...—” (Ortí, 1989: 185)

Y advierte, que cuando la investigación es...

⁷ Quizá también haya incidido en ella, la utilización meramente descriptiva —verdaderos ejercicios de reproducción y resumen periodístico— de las prácticas cualitativas, que alejándolas de los planteamientos sociohermenéuticos las desvirtúan. La centralidad del planteamiento sociohermenéutico, es claramente expuesto por A. ORTÍ (1998: 35): “...sin *interpretación no hay sentido*, ni comprensión...”. Como ejemplo de esta aplicación epidérmica y desenfocado de prácticas cualitativas con respecto al voluntariado, podemos reseñar el trabajo de GUTIÉRREZ RESA (2000: 89-116), en el que simplemente se incorporan algunos fragmentos de las entrevistas (desconocemos cuántas se han realizado y el criterio de selección de la muestra estructural, aunque parece haber estado sometida a la localización de ciertos ‘tipos’ definidos a través del análisis de una encuesta estadística), sin incorporar ningún tipo de análisis, lo cual cercena drásticamente la potencialidad y ‘productividad’ de la metodología cualitativa.

⁸ Nula fundamentación metodológica es la que encontramos en los estudios cuantitativos del voluntariado español. Por otro lado, abunda el deficiente uso de la técnica de la encuesta. Hemos de recordar que pertinencia y ‘buen uso’ de las técnicas o prácticas de investigación no son sinónimos.

“...una *investigación sociológica ‘motivacional’*, la primacía de la *interpretación cualitativa* en la comprensión significativa última de la interacción social, entraña una cierta precedencia metodológica de las *técnicas cualitativas* —que contribuyen a la definición más estricta y profunda posible del sentido de los actos y opiniones observadas— sobre las técnicas cuantitativas, limitadas a la recolección y ‘posicionamiento’ de tales actos y opiniones en cuanto *datos*. Ya que en la investigación motivacional de la orientación de la conducta de determinados grupos sociales con respecto a determinadas situaciones, los *datos y cálculos numéricos* (que nos proporcionan los ‘*censos*’ y ‘*encuestas estadísticas*’) siempre necesarios y lo más precisos que posible sea, *cundo son pertinentes*, han de ser —finalmente— integrados en un *modelo interpretativo global*, cuyas *claves motivacionales significativas* han sido definidas por el *análisis cualitativo de los discursos* de los grupos de referencia.” (ibíd.: 191).

A pesar de nuestra opción por las prácticas cualitativas en este estudio, defendemos, siguiendo de nuevo a Alfonso Ortí (1994b: 88 y ss.), la “complementariedad por deficiencia” de enfoques cuantitativos y cualitativos. Sin embargo la simple utilización complementaria de técnicas cualitativas y prácticas cualitativas no es garantía de una investigación coherente y productiva. Recordemos, además, que “el contraste entre el enfoque cuantitativo y el cualitativo viene dado por la oposición entre *precisión y relevancia* de sus respectivos resultados” (Á. de Lucas, 1995: 103).

No obstante, nuestra aproximación cualitativa al voluntariado no es ni mucho menos excepcional. Podemos hacer una breve revisión de otros trabajos que incorporan o se estructuran en torno al uso de prácticas cualitativas. En el caso del trabajo de Ariño (1999), nos encontramos ante un estudio centrado en el voluntariado valenciano, que incorpora periféricamente entrevistas a gestores y técnicos de organizaciones voluntarias, más como medio de acceso a información, que con finalidad analítica e interpretativa. Los textos de Béjar (2001a, 2001b), parten de los resultados de un estudio sobre las motivaciones del voluntariado madrileño realizado a través de entrevistas en profundidad y grupos de discusión. Callejo e Izquieta (1996, 1999), realizan una investigación basada en entrevistas en profundidad, y centrado en el estudio del voluntariado de Cruz Roja en Valladolid. Referencia obligada son los incisivos trabajos del Colectivo Ioé (1989a, 1989b, 1990a, 1996 y 1997) sobre voluntariado, en los que se utilizan —no sólo— grupos de discusión. Por su parte, Funes (1995) lleva a cabo una investigación empírica circunscrita a Amnistía Internacional y en la que se utilizan entrevistas en profundidad. La investigación elaborada por García Roca y Comes (1995) se apoya en entrevistas, historias de vida, y análisis de contenido, y también en la experiencia participativa de los autores en distintas organizaciones voluntarias (no podemos hablar, en sentido estricto —metodológico—, de observación participante). En el caso de Gutiérrez Resa (2000), encontramos un trabajo en el que se incorporan fragmentos (como ya se indicó, sin análisis) de algunas entrevistas a voluntarias. Rodríguez Cabrero y Ortí (1996) afrontan un estudio sobre las entidades voluntarias fundamentado sobre grupos de discusión. Por último, García Albert *et al.* (2001) realizan una IAP (Investigación Ac-

ción Participativa) acerca de la participación social de los jóvenes madrileños, apoyados en grupos de discusión, entrevistas abiertas y lo que los autores denominan como talleres (espacios de debate abierto). A nivel internacional, nos parece especialmente notable la aproximación al voluntariado británico de MacDonald (1996), en la que se utilizan entrevistas en profundidad. También interesantes, son los confluentes trabajos (centrados en el voluntariado estadounidense) de Allahyari (2000) —que recurre a la observación participante y también a entrevistas en profundidad— y Wuthnow (1996) que utiliza entrevistas en profundidad. Este último estudio, apoyado en un abundantísimo material empírico —concretado en centenares de entrevistas, aunque también se manejan datos de varias encuestas—. El problema del trabajo cualitativo de Wuthnow, es que adolece, desde nuestro punto de vista, de una estructura demasiado centrada en los relatos personales (expositiva); así, el trabajo de análisis ‘teórico’, de interpretación sociológica (que necesariamente ha de fundamentarse en la generalización) se diluye, sepultado en la mayoría de los casos, entre un ‘interminable’ —si bien interesante y sugerente— sumatorio de fragmentos de las entrevistas (identificadas individualmente).

Ante nuestra opción por el uso de prácticas cualitativas, se podría argumentar que, con mucha frecuencia, se estudian aspectos motivacionales e ideológicos a través de la técnica de la encuesta estadística⁹. Tal apreciación es absolutamente cierta, y nos habla, en la mayoría de los casos, de un uso desenfocado de la técnica¹⁰. Jesús Ibáñez (1986: 131) nos recuerda, que, al estudiar los aspectos motivacionales a través de la encuesta, no podemos trascender el nivel de la conciencia. Ahí radica una de sus limitaciones más severas —aunque no la única¹¹—, dado que las motivaciones no se encuentran —con mucha frecuencia— entre la información accesible de manera consciente por parte del actor social. Por el contrario, en las prácticas cualitativas hay una apertura —limitada— hacia el contenido no consciente (fundamentalmente preconsciente). Es por ello, que las prácticas cualitativas, son más adecuadas para sondear y reconstruir, si bien problemáticamente (ante una realidad social siempre desbordante y laberíntica), el nivel profundo de las motivaciones.

⁹ JESÚS IBÁÑEZ (1986: 30) nos recuerda que “...la mayoría de las encuestas son encuestas de opiniones y actitudes, entidades a las que difícilmente se les puede asignar una realidad que trascienda a la de su enunciación lingüística...”.

¹⁰ Una aplicación correcta de las técnicas cuantitativas, en la ‘medición’ de la dimensión ideológica y/o motivacional, es necesariamente posterior a la utilización de prácticas cualitativas. Un ejemplo, es la investigación —no publicada— sobre las actitudes ante el aborto llevada a cabo en 1983 por A. ORTÍ Y Á. DE LUCAS para el CIS, en la que la determinación cualitativa de los diferentes posiciones ideológicas frente al aborto, posibilitó posteriormente la estimación —mediante el uso de la encuesta estadística— del volumen de población que se adscribía a tales posiciones ideológicas determinadas a través del uso de grupos de discusión.

¹¹ Para un análisis exhaustivo de tales limitaciones pueden consultarse tanto el propio texto de J. IBÁÑEZ (1986) como el de A. ORTÍ (1989).

Como indica Giddens (1998: 51), si los seres humanos son preguntados “son normalmente capaces de dar interpretaciones discursivas de la naturaleza del comportamiento adoptado y de las razones del mismo”, no obstante, no es posible identificar sistemáticamente esas ‘declaraciones’ conscientes (externas), con las verdaderas motivaciones de la acción; esto es, “preguntar por los motivos de alguien para actuar como lo hace es potencialmente buscar elementos en su conducta de los que él mismo puede no tener plena noticia” (Giddens, 1997: 143). En ese sentido, Giddens —usamos la formulación de Alonso (1998a: 58)— entiende que hablar de motivación, implica la posibilidad de aceptar la falta de conciencia explícita y presuponer que la conducta de los actores está determinada, o cuando menos influida, por fuentes no directamente accesibles a la conciencia. Sin embargo, existen enfoques teóricos —representados paradigmáticamente por el individualismo metodológico— que no aceptan este diagnóstico, y que prestan una validez total a las interpretaciones motivacionales expresadas de manera consciente por los actores. De tal planteamiento se desprende la perfecta validez atribuida a la encuesta para indagar aspectos motivacionales. Luis Enrique Alonso (1998a: 57) apunta que “...desde esta perspectiva [individualismo metodológico], se supone que los individuos son plenamente conscientes de sus intereses con respecto al objeto de investigación, y fácilmente lo expresan en un dispositivo como el cuestionario precodificado. Lo que los individuos muestran como sus intereses es lo que ha de interpretarse como la causa de su acción. Desde la perspectiva individualista/cuantitativa, por tanto, se analiza la realidad en términos de la intención declarada, en lugar de las motivaciones preconscientes”.

Evidentemente, en cuanto propugnamos una aproximación cualitativa al universo motivacional e ideológico del voluntariado, nos alejamos irremisiblemente de los postulados del individualismo metodológico. Luis Enrique Alonso (1998a), incide sobre la *necesidad* del recurso a las prácticas cualitativas:

“...que posibiliten al investigador considerar y evaluar lo no consciente de los sujetos a partir de lo que, más o menos libremente, conscientemente mantienen como sus objetivos e intenciones. Es decir, mediante el empleo de los métodos y técnicas cualitativas es posible acceder a las formaciones discursivas vivas, concretas y espontáneas, lo que, en último término, implica también entender que las declaraciones de los sujetos no expresan una identidad entre intenciones y acciones, sino que los discursos son una compleja expresión de niveles de la conciencia donde la interpretación sociológica tiene que encontrar las relaciones entre lo consciente y lo preconsciente, entre lo declarativo y lo intencional, entre las racionalizaciones y las motivaciones [...]. Nos encontramos así con dos racionalidades distintas; la cuantitativa es una racionalidad proposicional —de afirmaciones consideradas estables y lógicas sobre hechos estables y ciertos—, la cualitativa es una racionalidad interrogativa e interpretativa —toda proposición tiene más sentido que su sentido declarativo—, racionalidades no excluyentes, sino complementarias...” (Alonso, 1998a: 58)

De lo aquí apuntado, no debe desprenderse la total ‘in-pertinencia’ del recurso de las técnicas cuantitativas en el estudio del voluntariado. En tanto en cuanto el voluntariado se constituye alrededor de unas ciertas prácticas sociales, objetivables —y por ello, registrables—, es evidente, que se configura como un espacio apropiado para el uso de las técnicas cuantitativas¹². Tal uso pertinente se circunscribiría fundamentalmente al estudio de las dimensiones mensurables del voluntariado: esencialmente su *extensión* (¿cuántos son?) y su *distribución*: a) según organizaciones, programas, etc., y b) en función de las distintas variables sociodemográficas¹³. En ese sentido, no debemos olvidar que las técnicas cuantitativas “se limitan a constatar cómo se distribuyen los fenómenos” (Ibáñez, 1986: 29).

3.2. EL DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN

A través del uso de *prácticas cualitativas* y adoptando una orientación sociohermenéutica, hemos tratado de configurar un modelo interpretativo global aplicable al *voluntariado social*. A continuación concretamos las distintas prácticas utilizadas, y exponemos el *diseño* de la investigación.

Dos prácticas cualitativas, el *grupo de discusión* y la *entrevista abierta*, son los ‘dispositivos’ de investigación social que articulan nuestro diseño. El grueso del trabajo de campo, lo constituyen 5 grupos de discusión y 30 entrevistas realizadas en el municipio de Madrid y su corona metropolitana entre Marzo y Junio del año 2001.

De manera adicional, también se ha llevado a cabo diversos análisis de contenido (que concretamos más adelante), y trascendiendo las fronteras del enfoque cualitativo, se han utilizado puntualmente diversas fuentes secundarias de datos cuantitativos. Fundamentalmente se ha incorporado la revisión de aquellas encuestas u otros indicadores cuantitativos, que reflejan índices de participación voluntaria, así como su caracterización social (edad, sexo, nivel socioeconómico, etc.).

¹² Estudios cuantitativos de ámbito estatal sobre las organizaciones voluntarias y el voluntariado son —entre otros— los de: CORTÉS *et al.* (1997), RUIZ OLABUÉNAGA (2000), FUNDACIÓN TOMILLO (2000), RODRÍGUEZ CABRERO Y MONSERRAT CODORNIÚ (1996); también encontramos algunos estudios a nivel municipal como el del AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA (2000). Un perfil cuantitativo sobre el voluntariado de la *Comunidad de Madrid* es el contenido en: GONZÁLEZ BLASCO (1998). Por último, aproximaciones también cuantitativas que sondan la opinión pública frente al voluntariado y las organizaciones voluntarias son: ALEMÁN Y TRINIDAD (2001: 117-131) —para el caso español—, y GONZÁLEZ BLASCO Y GUTIÉRREZ RESA (1997) con respecto a la *Comunidad de Madrid*.

¹³ Incluso en estos casos, el estudio es extremadamente dificultoso, ya que resulta muy complejo delimitar y acceder a ciertos sectores del universo formado por los sujetos voluntarios. De ahí que los datos referidos al volumen de voluntarios/as se elaboren a través de estimaciones y no de verdaderos censos.

El diseño del trabajo de campo ha sido especialmente cuidadoso a la hora de asegurar el acceso a un gran abanico de posiciones ‘estructurales’¹⁴. Ello, es una condición metodológica central en los grupos de discusión, pero también en las entrevistas abiertas. En ese sentido, se ha evitado concentrar la realización de entrevistas en una única organización o en unas pocas. En ningún caso han sido entrevistados/as más de dos voluntarios/as de una misma entidad. En el caso de gestores/as o responsables de las organizaciones, se realizó una única entrevista por organización. No obstante, no sólo se trata de diversificar el número de organizaciones, sino de que éstas ocupen posiciones estructurales lo más diversas posibles entre sí, cuestión ésta, que también ha sido respetada rigurosamente. Del mismo modo, en la selección de los entrevistados se ha perseguido que tanto los voluntarios/as entrevistados como los gestores/as ocuparan posiciones lo más diversas posibles¹⁵. Desde ese punto de vista, creemos que nuestro trabajo de campo (aun circunscribiéndose al ámbito metropolitano de Madrid, y al voluntariado social joven) es uno de los más diversificados desde el punto de vista estructural, para el caso español.¹⁶

3.2.1. Entrevistas abiertas

Comencemos por la concreción del diseño de las entrevistas. Quizá debamos insistir previamente desde un punto de vista metodológico en que las *entrevistas abiertas* aportan más complementariedad que redundancia discursiva con respecto a los *grupos de discusión*. Para Alonso (1994b) “las entrevistas abiertas pueden [...] servir complementariamente a los grupos de discusión, porque en los grupos de discusión lo que obtenemos son siempre representaciones de carácter colectivo, no individual. Los grupos no nos proporcionan conocimiento sobre los comportamientos, sino sobre los sistemas de

¹⁴ Como recuerdan ALONSO Y CALLEJO (1994: 127), en las prácticas cualitativas “...los sujetos participantes en la investigación lo son en cuanto representantes de posiciones en la estructura social frente a otros representantes, de igual o distinta posición, en la producción de sus discursos respectivos, es decir, lo son en función de sus ligaduras sociales”.

¹⁵ En relación a los programas, también presumimos de una gran variedad: cooperación al desarrollo, discapacitados físicos, discapacitados psíquicos, transeúntes, toxicomanías, apoyo escolar, juventud marginada, monitores de tiempo libre, atención a inmigrantes, programas con reclusos, acompañamiento de personas mayores y atención a infancia víctima de abusos o violencia.

¹⁶ Como simple referencia a la diversificación estructural apuntada, hacemos repaso de las organizaciones que han entrado ‘en juego’ en nuestro diseño. Los entrevistados/as (‘gestores/as’ y voluntarios/as), pertenecían a las siguientes asociaciones, organizaciones o instituciones: Ágora, Alce, Arcoiris de Esperanza, Asociación Club ‘Taller Cultural’, Asociación Juvenil Arrollo del Olivar Cien, ASEM, Candelitas, Candil, Caramú, Cáritas, Centro Sociocultural Mariano Muñoz, COMRADE, Cruz Roja, Fundación ANAR, Fundación Casa Santa Teresa, Ingenieros en Acción, Misión Urbana, Pangea, Proyecto Hombre, RAIS, REA de la Asunción, Servicios Sociales de Fuenlabrada, Xenofilia. En los grupos de discusión participaron voluntarios/as y asociados/as de algunas de las asociaciones mencionadas y además miembros de: ADALA, Ande, Asociación Marillac, Club Avance, Escaramujo/Alpe, Fundación Nuestra Señora del Camino, sin olvidar una monitora del Movimiento Scout Católico.

representaciones en relación con los objetos de estudio”. El mismo Alonso, escribe más adelante que “la entrevista de investigación pretende, a través de la recogida de un conjunto de saberes privados, la construcción del sentido social de la conducta individual o del grupo de referencia de ese individuo” (Alonso, 1994b: 227-228).

En cuanto al número total de entrevistas, se han realizado treinta¹⁷, entre las siguientes categorías de referencia: *a)* Voluntarias/os y ex-voluntarias/os (*19 entrevistas*), *b)* Gestores/as y responsables de programas de voluntariado (*8 entrevistas*), *c)* Técnicos de la administración (*3 entrevistas*)¹⁸.

A continuación vamos a determinar las variables definidas como relevantes para cada una de las categorías de entrevistas, y en función de ellas, definiremos los perfiles de los sujetos entrevistados. En la determinación de las entrevistas se han reducido (simplificado) las posibles opciones de cada una de las variables consideradas como relevantes (especialmente en el caso de los/as voluntarios/as), para así facilitar la concreción de los distintos perfiles. Las distintas ‘combinaciones’, son de elaboración no aleatoria (sino intencional) y pretenden recoger posiciones arquetípicas dentro de la amplia variabilidad de perfiles posibles. Es importante señalar que la exuberante riqueza inherente a toda realidad social —de la que siempre se toma conciencia durante el trabajo de campo— ha posibilitado la emergencia de una mayor matización y riqueza que la reflejada en los perfiles de las entrevistas (imposible de reflejar, salvo en el propio análisis)¹⁹.

a) Entrevistas a Gestores/as de programas de voluntariado:

En primer lugar consideraremos las variables que han determinado la concreción de los perfiles de los gestores entrevistados/as.

- 1.- Una diferencia clave entre el sector de gestores o responsables se articula en función de si se trata de *personal asalariado o voluntario*.
- 2.- *Nivel jerárquico*. Es necesario diferenciar entre los ‘jefes de equipo’ o responsables ‘intermedios’, de aquellos puestos estrictamente ‘ejecutivos’. Un criterio para graduar una especie de escala, es valorar si el ‘gestor/a’ está en *contacto cotidiano directo* con los voluntarios/as o no, e incluso, si está en contacto con los destinatarios de la acción voluntaria o no. Por supuesto, también es básica en la definición del nivel

¹⁷ Con una duración aproximada de entre una y dos horas.

¹⁸ Los guiones de las entrevistas (entendidos éstos como mera guía general, flexible y abierta de los temas a tratar) se adjuntan en el anexo final. En el mismo lugar, se incluyen las propuestas temáticas de los grupos de discusión.

¹⁹ Podemos decir que en toda investigación social la labor de ‘producción’ concreta del material empírico, acaba desbordando siempre el necesario pero siempre pobre ‘corsé’ del diseño.

jerárquico, analizar la posición en el organigrama, y además considerar si su labor está relacionada con la marcha global de la organización, o su trabajo se circunscribe a la supervisión o desarrollo de ciertos programas parciales. Articularemos tres posiciones jerárquicas en la definición del perfil de los entrevistados.

- 3.- *Nivel de formalización y burocratización.* Un primer eje en función del que se han diferenciado las organizaciones discurre entre las posiciones de gran *corporación voluntaria* y *pequeña asociación voluntaria*²⁰. Dado que el eje se constituye como un continuo, y para no complicar en exceso el diseño, se distinguirán tan solo tres posiciones: *corporación*, *organización*, y *asociación* (si bien las organizaciones se distribuyen con mucha más heterogeneidad a lo largo del eje). Estas posiciones implicarían niveles diferentes de formalización y burocratización.
- 4.- *Grado de especialización o universalidad.* Resulta relevante diferenciar a las organizaciones voluntarias en función de su ámbito de intervención. Así nos encontramos con organizaciones *especializadas*, esto es, dedicadas a intervenir sobre un único colectivo/problema (ej.: Proyecto Hombre), entidades *semiespecializadas* que se concentran sobre un número relativamente reducido de programas, y organizaciones *universalistas*, que por el contrario, aspiran a intervenir sobre la totalidad de colectivos-problema (ej.: Cáritas) o una gran parte de ellos.
- 5.- *Confesionalidad.* Tal característica resulta, de la ‘reducción’ de la más amplia *orientación ideológica de la organización*, aspecto que también se halla parcialmente subsumido en el ya señalado eje *corporación-asociación*. A la hora de valorar la confesionalidad, atenderíamos especialmente su vinculación a (dependencia de) instituciones religiosas, económicas y políticas (o por el contrario a su independencia). En este caso, excluimos la consideración de la dependencia económica con respecto al Estado.

Aplicando estas variables se realizaron un total de *ocho entrevistas*, cuyos perfiles pasamos a describir:

Código²¹	Asalariado o voluntario	Nivel jerárquico	Formalización organizativa	Grado de especialización	Confesionalidad
G1	Asalariada	Alto	Organización	Semiespecializada	No confesional
G2	Asalariada	Alto	Organización	Especializada	No confesional
G3	Asalariado	Medio	Asociación	Especializada	No confesional
G4	Voluntario	Bajo	Asociación	Especializada	No confesional

²⁰ Una justificación de tal eje interpretativo puede encontrarse en el punto 5.4.

²¹ Los códigos que se indican en las respectivas tablas de los perfiles, serán los utilizados en las referencias realizadas a lo largo del texto.

G5	<i>Asalariado</i>	<i>Alto</i>	<i>Organización</i>	<i>Semiespecializada</i>	<i>No confesional</i>
G6	<i>Asalariado</i>	<i>Medio</i>	<i>Corporación</i>	<i>Especializada</i>	<i>Confesional</i>
G7	<i>Voluntario</i>	<i>Medio</i>	<i>Asociación</i>	<i>Especializada</i>	<i>No confesional</i>
G8	<i>Asalariada</i>	<i>Bajo</i>	<i>Corporación</i>	<i>Universalista</i>	<i>Confesional</i>

b) *Entrevistas a técnicos de la administración*

En el caso de las entrevistas a técnicos, las variables consideradas son: el ámbito de la administración (local o autonómica), y en segundo lugar su nivel jerárquico:

Código	Ámbito	Nivel jerárquico
T1	<i>Municipal</i>	<i>Alto</i>
T2	<i>Municipal</i>	<i>Medio</i>
T3	<i>Autonómico</i>	<i>Bajo</i>

c) *Entrevistas a voluntarias/os y ex voluntarios/as*

Estas entrevistas, además de permitirnos una aproximación al *universo discursivo* de los voluntarios/as, y a partir de ahí a su identidad ideológica y motivaciones, nos ha facilitado el ‘acceso’ a las propias *prácticas* voluntarias (la acción social voluntaria). No olvidemos que la entrevista abierta se sitúa en el orden *del decir del hacer* (Alonso, 1994: 227). A partir de las entrevistas, también se ha conseguido información de carácter más *biográfico*: sobre su trayectoria vinculada al voluntariado (o a los ‘pasos previos’ a su participación voluntaria), y su vertebración con respecto al resto de roles sociales desempeñados, obteniendo también información relevante sobre la red de relaciones sociales. En el caso de los ex voluntarios/as, las entrevistas han sido especialmente ilustrativas, dado que nos han permitido incorporar el abandono o la salida personal del ámbito del voluntariado, permitiendo ubicar con mayor nitidez el voluntariado dentro del ciclo vital. Estas entrevistas han resultado muy importantes para completar la comprensión del proceso motivacional (para lo que es absolutamente necesario integrar las causas del abandono) y las tensiones de la ‘práctica’ voluntaria con otros ámbitos de vida. Las entrevistas a ex voluntarios/as, han sido especialmente importantes para entender la vinculación al voluntariado como un *proceso* dinámico y no como un simple estado.

Realicemos un repaso por las variables que se han utilizado para establecer los perfiles que integran el diseño del plan de entrevistas.

- 1.- *Género*. Relevante en función de la mayor participación de las mujeres en las labores de voluntariado (según indican numerosas encuestas, y hecho que se ha constatado en el proceso de contactación de los sujetos entrevistados), que evidentemente re-

fleja que la orientación ‘asistencial’ está determinada socialmente. Esta variable básica permite el estudio de las diferencias de sentido (según género) atribuidas al la acción voluntaria.

- 2.- *Clase social.* Variable clásica y de ineludible consideración que nos permite profundizar en la propensión y distintas ‘orientaciones’ hacia la participación social (y el voluntariado) asociadas a las distintas posiciones ocupadas en el sistema de estratificación social. Evidentemente, distintas posiciones en dicho sistema están asociadas en el voluntariado a determinadas posiciones ideológicas, motivaciones e interpretaciones distintivas de la práctica voluntaria. Estas ‘orientaciones’ (*habitus*) son perfectamente identificables en otros momentos históricos: así, podemos referirnos al asistencialismo caritativo y cristiano propio de las mujeres burguesas del siglo XIX, y de forma paralela, como otra ‘forma’ de participación, podemos señalar el asociacionismo obrero de inspiración socialista y orientación revolucionaria propio del siglo XIX y de principios del XX. Como criterio práctico a la hora de determinar la clase social del voluntario/a (dado que se trata además de voluntariado joven, en el seno de una sociedad caracterizada frecuentemente por la precaria y tardía incorporación al mercado de trabajo), atenderemos fundamentalmente a la ocupación/profesión de sus padres, teniendo también en cuenta como dato adicional la ocupación del voluntario/a en el caso de que trabaje. Como elemento complementario en la determinación de la posición de clase, también valoraremos el lugar de residencia (barrio/población) como indicativo; por ejemplo: Villaverde como barrio eminentemente de clase obrera *versus* Majadahonda o Pozuelo como ‘refugio’ predominante de clases medias funcionales y clase media alta. Finalmente, para operativizar nuestro diseño, fijaremos tres clases sociales de referencia: obrera, clase media baja, y clase media alta.
- 3.- *Tipo de organización.* Tratamos de recoger diversas posiciones entre los extremos arquetípicos representados por la gran corporación voluntaria y la pequeña asociación. Diversos tipos organizativos que se corresponden necesariamente con diferentes tipos de voluntarios/as. En este caso el número de miembros de la organización (tamaño) es un criterio orientativo, aunque no determinante.
- 4.- *Orientación ideológica de la organización: Confesionalidad.* Interesante en este caso en cuanto indicador (relativo) de la identidad ideológica del voluntario/a, etc. Así, intentaremos dirigirnos, por ejemplo, hacia organizaciones dependientes de la Iglesia, y a otras organizaciones independientes con respecto a iglesia, partidos, o empresas.
- 5.- *Tipo de programa en el que colabora y labores desarrolladas por la voluntaria/o.* Se trata, sin ánimo de exhaustividad, de reflejar un buen abanico de tipos de ‘puestos de trabajo’ voluntario en función de los siguientes criterios de carácter bipolar: a) Orienta-

ción *asistencial* o de *integración*; *b*) Labor '*profesionalizada*' funcionalmente o tarea *no cualificada*; *c*) Trabajo '*social*' (en contacto con el receptor) o *administrativo/burocrático* (orientado al mantenimiento organizativo).

- 6.- '*Compromiso*' con la organización. No exactamente asimilable con la dedicación horaria, aunque sea éste el indicador más cómodo y accesible para concretar el diseño. Elaborando una escala de compromiso, podríamos diferenciar entre voluntarios/as: *a*) *Dedicación baja*: que dedican *hasta* dos horas semanales, *b*) *Dedicación media*: que dedican entre tres y cinco horas semanales; *c*) que consagran *más* de cinco horas semanales.
- 7.- *Situación laboral del voluntario/a*. Delimitar si la voluntaria/o está estudiando, trabajando, en paro, o en una situación mixta (estudia y trabaja, estudia pero busca trabajo...), es especialmente importante para valorar los aspectos motivacionales y de orientación hacia el voluntariado (ej. la presión/condicionamiento del mercado de trabajo).
- 8.- *Edad*. En el diseño se ha trabajado con dos estratos de edad: *a*) 18-25; *b*) 25-30 (si bien, en la tabla que sigue estas líneas se ha optado por reflejar la edad concreta de los entrevistados/as). Esta estratificación puede resultar útil en función de su correlato —aproximado— con la predominancia de distintas orientaciones vitales del voluntario/a, que podríamos simplificar burdamente como sigue: *b*) orientación formativa y grupalista, y *b*) orientación laboral (y solo ocasionalmente familiar, debido a retraso de la edad media de matrimonio). Obviamente estas orientaciones sólo pueden determinarse satisfactoriamente al integrar otras variables y no tienen por qué responder exclusivamente a un criterio (determinación) temporal.
- 9.- *Nivel de estudios*. Aunque no la consideremos central en el diseño, sí parece útil en combinación con las dos anteriores, pudiendo ayudar a reflejar la posición/orientación/expectativas vitales del sujeto voluntario. Si se observa el perfil de nuestros entrevistados, se observará que apenas disponemos de titulados medios, pudiéndonos acusar de concentrar nuestra atención sobre los voluntarios/as universitarios. En sentido estricto muchos de nuestros entrevistados, no disponen de titulación universitaria, pero están realizando estudios superiores. Hemos estimado más importante operativizar la variable 'nivel de estudios' en función del tipo de estudios en realización o terminados, y no sólo reflejando el nivel de titulación disponible. Así pues, consideramos el nivel de los estudios terminados o en curso (por ejemplo al estudiante universitario de primer curso lo incluiremos en el mismo grupo que a los licenciados o diplomados).

En cuanto a las entrevistas realizadas (19 entrevistas: 17 entrevistas a voluntarios/as y 2 entrevistas a ex voluntarios/as), nos encontramos con los siguientes perfiles, (se han simplificado y fusionado algunos parámetros para hacer manejable la tabla):

Código	Género	Organización	Clase social	Situación laboral	Estudios	Edad	Com-promiso	Labores²²
V1	Mujer	Corporación no confesional	Obrera	En paro	Universitarios	28	Alto	Profesionalizadas
V2	Mujer	Corporación confesional	Media-alta	Estudia	Secundarios	19	Medio	Integración
V3	Mujer	Corporación no confesional	Obrera	Estudia	Universitarios	24	Alto	Asistencia
V4	Mujer	Organización confesional	Media-baja	Estudia	Universitarios	21	Bajo	Asistencia
V5	Varón	Organización no confesional	Media-baja	En paro - Opositor	Secundarios	27	Medio	Burocráticas
V6	Mujer	Organización no confesional	Obrera	Estudia y trabaja	Universitarios	24	Medio	Profesionalizadas
V7	Mujer	Corporación (administración)	Media-baja	Estudia	Universitarios	20	Alto	Integración
V8	Mujer	Organización confesional	Media-alta	Estudia	Universitarios	20	Medio	Asistencia
V9	Mujer	Asociación no confesional	Obrera	Trabaja	Universitarios	26	Alto	Integración
V10	Varón	Corporación confesional	Media-alta	Estudia y trabaja	Universitarios	24	Medio	Integración
V11	Mujer	Asociación no confesional	Media-alta	Estudia y trabaja	Universitarios	28	Bajo	Integración
V12	Mujer	Organización no confesional	Media-baja	Trabaja	Universitarios	29	Alto	Asistencia
V13	Mujer	Organización confesional	Media-baja	Estudia	Universitarios	23	Medio	Integración
V14	Mujer	Asociación no confesional	Obrera	En paro	Universitarios	24	Medio	Integración
V15	Varón	Corporación confesional	Media-baja	Estudia	Universitarios	23	Alto	Burocráticas
V16	Mujer	Organización no confesional	Media-baja	Trabaja	Universitarios	25	Medio	Asistencia
V17	Varón	Asociación no confesional	Media-baja	Trabaja	Universitarios	27	Alto	Profesionalizadas

²² Para ‘simplificar’ la exposición del perfil en la tabla, en relación a la caracterización de la labor voluntaria desarrollada, se ha optado por plasmar solamente su dimensión dominante. Queremos decir con ello, que un voluntario/a cuyo perfil responde con el desarrollo de labores ‘profesionalizadas’, puede perfectamente realizar su trabajo en contacto personal con los receptores, esto es, realizar tareas de ‘atención directa’ (de asistencia o integración): imaginemos al respecto un licenciado en derecho, asesorando legalmente a inmigrantes. Así pues, las categorías empleadas no son excluyentes, pero sí orientativas de la labor desarrollada.

En relación con los ex voluntarios/as se han considerado las mismas variables a la hora de delimitar el perfil:

<i>Código</i>	<i>Género</i>	<i>Organización</i>	<i>Clase Social</i>	<i>Situación laboral</i>	<i>Estudios</i>	<i>Edad</i>	<i>Com-promiso</i>	<i>Labores</i>
<i>EV1</i>	<i>Mujer</i>	<i>Asociación no confesional</i>	<i>Obrera</i>	<i>Estudia y trabaja</i>	<i>Universitarios</i>	<i>24</i>	<i>Medio</i>	<i>Integración</i>
<i>EV2</i>	<i>Mujer</i>	<i>Organización no confesional</i>	<i>Media-baja</i>	<i>Estudia/en paro</i>	<i>Universitarios</i>	<i>26</i>	<i>Bajo</i>	<i>Asistencia</i>

3.2.2. Grupos de discusión

La segunda práctica cualitativa sobre la que se fundamenta nuestro trabajo de campo es el grupo de discusión. No es este lugar apropiado para analizar en profundidad el grupo de discusión como práctica de investigación social²³, pero, a pesar de ello, nos parece interesante incorporar en estas líneas una breve cita de Luis Enrique Alonso (1998a: 99) que condensa el fundamento metodológico de tal práctica: “Lo que hace al grupo de discusión un dispositivo de investigación sociológica es que el grupo está diseñado para dar cuenta de la manera en que los sujetos y los grupos *construyen y dan sentido* a los acontecimientos y circunstancias en que viven, haciendo aflorar las *categorías e interpretaciones* que se generan en los marcos intersubjetivos de la interacción social, por medio de procesos comunicativos y lingüísticos. [...] El grupo de discusión se forma como una microsituación construida que posibilita la *decodificación* interpretativa, por parte del investigador social, de las *codificaciones* que cristalizan en las situaciones de grupalidad social”.

En función de tal fundamentación, nuestros grupos de discusión (integrados como se verá tanto por voluntarios/as, como por no voluntarios/as) han supuesto el punto de referencia central para explorar la *imagen social* de los voluntarios/as y las organizaciones voluntarias, y por supuesto, han contribuido de manera significativa a completar nuestra aproximación al *universo ideológico y motivacional* de los voluntarios/as.

Pasemos ahora a concretar el diseño elaborado en relación a los grupos de discusión. En total se han realizado cinco reuniones de grupo: *a)* tres grupos integrados por jóvenes no voluntarios/as (y no asociados/as), *b)* un cuarto grupo integrado por jóvenes voluntarias, y por último, *c)* un grupo integrado por jóvenes asociados/as, pero cuya participación social no se encuadra en el ámbito del voluntariado social.

²³ Textos centrados en el análisis del grupo de discusión como práctica de investigación son los de CALLEJO (2001), CANALES Y PEINADO (1994), MARTÍN CRIADO (1997), sin olvidar el clásico de J. IBÁÑEZ (1986).

Las variables consideradas en el diseño de los grupos de discusión han sido las siguientes: *a)* género, *b)* edad, *c)* nivel de estudios, *d)* clase social, *e)* participación social (vinculación a asociaciones y/o voluntariado)²⁴. En función de tales variables se diseñaron esos cinco grupos de discusión, que pasamos a explicitar en función de las variables consideradas:

- ***Jóvenes participantes:***

<i>Código</i>	<i>Participación</i>	<i>Género</i>	<i>Nivel de Estudios</i>	<i>Edad</i>	<i>Clase Social</i>
GD1	<i>Voluntariado Social</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Secundarios</i>	<i>18-25</i>	<i>Media</i>
GD2	<i>Asociados</i>	<i>Mixto</i>	<i>Universitarios</i>	<i>18-30</i>	<i>Media</i>

Es necesario aclarar que en el grupo asociados/as participaron personas pertenecientes a asociaciones, pero cuya actividad se sitúa fuera del marco del denominado ‘voluntariado social’. Se trata de miembros de asociaciones de estudiantes, de distintas iniciativas mutualistas, etc.

- ***Jóvenes no participantes:***

<i>Código</i>	<i>Género</i>	<i>Nivel de Estudios</i>	<i>Edad</i>	<i>Clase Social</i>
GD3	<i>Mixto</i>	<i>Secundarios</i>	<i>18/25</i>	<i>Media baja</i>
GD4	<i>Mixto</i>	<i>Secundarios</i>	<i>18/25</i>	<i>Media alta</i>
GD5	<i>Mixto</i>	<i>Universitarios</i>	<i>18/30</i>	<i>Media</i>

Al margen del trabajo de campo propio, nos hemos beneficiado adicionalmente del análisis de dos de los grupos de discusión realizados (durante la primavera y comienzo del verano de 2001), en el marco de la elaboración de un estudio centrado en las entidades voluntarias de acción social en España, auspiciado por la fundación FOESSA. Especialmente productivo resultó el grupo de discusión realizado en Zaragoza (GD6), entre voluntarios/as adultos (45-60 años), grupo que, aunque es externo a nuestro universo (circunscrito a Madrid capital y su corona metropolitana), se ha configurado en un utilísimo grupo de contraste, permitiendo contextualizar el discurso del volun-

²⁴ Aunque las variables significativas para el diseño de grupos de voluntarios/as son exactamente las mismas que han sido señaladas para el caso de las entrevistas, dado que tan sólo se previó un único grupo ‘puro’ de voluntarios/as, las variables efectivamente controladas en la contactación de los participantes han sido estas cinco. De esta manera se garantizaron los mínimos de homogeneidad, pero al mismo tiempo también de *heterogeneidad*, aspectos básicos para el ‘funcionamiento’ del grupo de discusión.

tariado joven y explorar las especificidades de su discurso. También hemos utilizado un grupo de ‘gestores’ de organizaciones voluntarias celebrado en Toledo (GD7).

3.2.3. *Análisis documental*

Posee un carácter no central y *asistemático*, pero resulta de especial interés a la hora de apoyar e ilustrar ciertas conclusiones de carácter teórico, así como las obtenidas mediante el análisis de grupos y entrevistas. Los documentos sometidos a análisis han sido:

- a) Textos producidos por *organizaciones voluntarias* (comunicaciones, material formativo, propaganda...), fundamentalmente con el fin de tener acceso a su dimensión ideológica y estrategias de actuación.
- b) Legislación (nacional y autonómica) y material de carácter promocional editado por los *poderes públicos*, incluyendo revistas editadas directamente por la administración, como ‘*Voluntarios de Madrid*’.
- c) De igual manera, se ha incorporado el análisis puntual de diversas noticias, artículos y mensajes publicitarios aparecidos en los *medios de comunicación de masas* (fundamentalmente prensa escrita, por su accesibilidad), incluyendo revistas de carácter más específico como ‘*Voluntarios*’ o ‘*Quaderns del Voluntariat*’. A través de ellos, complementamos los discursos sociales sobre el voluntariado, la solidaridad y las organizaciones voluntarias.
- d) Por último, se ha revisado y analizado selectivamente los contenidos de multitud de páginas *web*. Entre otras muchas, las siguientes:
 - 1) Relacionadas con el tercer sector y el voluntariado (‘portales’ solidarios, empresas consultoras del tercer sector...) y expresiones de lo que denominaremos como ‘cibersolidaridad’:

Canal Solidario:	http://www.canalsolidario.com
Haces falta:	http://www.hacesfalta.org
Risolidaria:	http://www.risolidaria.org
Voluntariado.net:	http://www.voluntariado.net
Voluntariadosocial.org:	http://www.voluntariadosocial.org
Sector Tres	http://www.sector3.net
Simple Lógica S.L.	http://usuarios.iponet.es/~simlog/index.htm
Dona Gratis:	http://www.donagratias.com
Regalo Solidario:	http://www.implica.com
Ideas: Tiendas de la solidaridad:	http://www.eurosur.org/~ideas/-co
The Hunger site:	http://www.thehungersite.com
E-maraton Mozambique:	http://www.emaraton.org

Premio al voluntariado: <http://www.premiovoluntariado.net>
Cibervoluntarios <http://www.cibervoluntarios.org>

2) Plataformas ‘virtuales’ que aglutinan las páginas *web* de un gran número de organizaciones voluntarias y asociaciones:

Nodo 50: <http://www.nodo50.org>
Sindominio: <http://sindominio.net>

3) Páginas propias de asociaciones, organizaciones voluntarias o fundaciones:

Proyecto Hombre: <http://www.proyectohombre.es>
Cáritas Española: <http://www.caritas-espa.org>
Cruz Roja Española: <http://www.cruzroja.es>
Pangea: <http://pangea.upc.es/>
Fundación Tomillo: <http://www.tomillo.es>
Fundación Telefónica: <http://www.fundacion.telefonica.com>
Fundación Empresa y Sociedad: <http://www.empresaysociedad.org>

4) Páginas institucionales dedicadas al voluntariado:

MTAS: <http://www.mtas.es/dgas/volunta/>
Comunidad de Madrid: http://www1.comadrid.es/cm_voluntariado
Independent Sector: <http://www.independentsector.org>
Bancaja (obra social): <http://www.bancaja.es/obrasocial>
Feder. catalana del voluntariado: <http://personal.redestb.es/martin/federa/>
Naciones Unidas²⁵: <http://www.iyv2001.org>

3.3. EL ANÁLISIS CRÍTICO DEL DISCURSO COMO ESTRATEGIA INTERPRETATIVA

En el capítulo introductorio, hemos señalado nuestra aspiración a realizar una aproximación crítica al fenómeno del voluntariado. Esa orientación crítica, añadida a nuestra opción metodológica de carácter cualitativo, nos aproxima en gran medida a las posiciones defendidas por los teóricos del *Análisis Crítico del Discurso*²⁶ (ACD). No obstante, a pesar del fuerte paralelismo —y pese al planteamiento interdisciplinar que caracteriza al ACD (van Dijk, 1997: 16)—, nuestra investigación pretende adscribirse (por

²⁵ Página dedicada al Año Internacional del Voluntariado, efeméride promovida por las Naciones Unidas.

²⁶ Textos que desgranar los principios articuladores del *análisis crítico del discurso* pueden encontrarse en FAIRCLOUGH Y WODAK (2000), MARTÍN ROJO Y WHITTAKER (1998), VAN DIJK (1997, 2001), WODAK Y MEYER (2003).

sus objetivos, su marco teórico y orientación metodológica), a una más genérica sociología crítica —también necesariamente interdisciplinar— de orientación cualitativa²⁷.

Revisemos algunas de las premisas centrales del *ACD*, en tanto en cuanto ilustran nuestra aproximación al discurso. Un aspecto especialmente interesante del análisis crítico del discurso, y ahí reside en gran medida su gran potencialidad sociológica, es que partiendo de la percepción lenguaje como una *práctica material* (Durant, 1998: 124), concibe el discurso como una forma de *práctica social* (Fairclough y Wodak, 2000: 367). De esta manera, dejamos atrás el pansemilogismo reduccionista tan habitual en el análisis del discurso de base estrictamente semiológica. Para los teóricos del *ACD*, el análisis del discurso debe integrar las situaciones, instituciones y estructuras sociales que lo enmarcan, dado que existe una relación dialéctica entre discurso y contexto social²⁸. Asimismo, el discurso aparece como una construcción histórica: “los discursos están siempre vinculados a otros discursos producidos con anterioridad” (ibíd.: 394). En definitiva, para el *ACD* la consideración del contexto sociohistórico es primordial.

Por otro lado, el análisis crítico del discurso *exige* la implicación del investigador en aquello que estudia (Martín Rojo *et al.*, 1998: 9-10). Aparece conformado en ese sentido como una forma de compromiso social. Es por ello, que el *ACD* se inscribe plenamente en la tradición que rechaza la posibilidad de una ciencia social libre de valores (van Dijk, 2001: 352)²⁹. Tal compromiso no implica en ningún caso el abandono por parte del *ACD* de la ‘vigilancia epistemológica’ —si es que recuperamos la conocida conceptualización de Bourdieu *et al.* (1987)—. Esto es, la distancia crítica con respecto al objeto de investigación debe mantenerse, y deben explicitarse los valores e intereses del investigador (Wodak y Matouschek, 1998: 60-61).

Además, el *ADC* se concentra especialmente en la investigación de los que define como *problemas socialmente relevantes*, cobrando un papel fundamental el análisis de las estructuras de poder, y especialmente, de situaciones de exclusión, desigualdad, injusticia y dominación (reflejadas —y reconstruidas— a través de *asimetrías discursivas* entre distintos sujetos). Para el *ACD*, la dominación también se implementa de forma discursiva.

²⁷ En cuanto al ‘estatus epistemológico’ del análisis crítico del discurso, VAN DIJK (1997: 16) apunta que “el ACD no conforma una escuela ni un campo ni una disciplina de análisis del discurso, sino que se trata de un *planteamiento, posicionamiento o postura* explícitamente crítico para estudiar el texto y el habla”. No obstante, la posición en esta cuestión no es homogénea entre los distintos autores que se inscriben en esta corriente. Por ejemplo, FAIRCLOUGH Y WODAK (2000) tienden a evocar el *ACD* en términos de *disciplina*, e incluso, de *paradigma científico*. Hemos de tener en cuenta, asimismo, que existen diversas orientaciones dentro del análisis crítico del discurso, y que por tanto, no existe un marco teórico unitario (VAN DIJK, 2001: 353).

²⁸ En palabras de VAN DIJK, (2001: 353) el *ACD* “en vez de *describir* meramente las estructuras del discurso, intenta explicarlas en términos de propiedades de la interacción social y especialmente de propiedades de la estructura social”.

²⁹ Son éstos argumentos que ya hemos apuntado en las páginas introductorias de este trabajo, en tanto en cuanto, consustanciales a la práctica sociológica.

siva. De esta manera, el análisis crítico del discurso se va a ocupar especialmente de la relación que se establece entre discurso y poder (van Dijk, 2001: 363), o si se quiere, entre lenguaje y poder (Wodak, 2003: 18). Las prácticas sociales (especialmente las de carácter discursivo) distan de ser ‘transparentes’, están sujetas a una reconstrucción ideológica que oculta su sentido³⁰. Es por eso, que según Wodak y Matouschek (1998: 58), el papel del *ACD* es “hacer transparentes los problemas socialmente relevantes que por lo común aparecen envueltos en un velo de opacidad discursiva”. Además, encontramos en el análisis crítico del discurso una opción por el análisis concreto; en ese sentido —y según van Dijk (1997: 15)—, el *ACD* se orienta más hacia los problemas que hacia los paradigmas

Una diferencia metodológica importante de este trabajo, con respecto a los presupuestos básicos del análisis crítico del discurso, radica en el hecho de que a lo largo de nuestra investigación no hemos trabajado únicamente con *situaciones naturales de habla*, como sí hace el *ACD* (Wodak y Matouschek 1998: 58) —aproximándose así al planteamiento de la etnometodología—, sino que hemos utilizado prioritariamente prácticas de investigación cualitativa (como ya se ha señalado, grupos de discusión y entrevistas abiertas) para ‘producir’ discursos en situaciones provocadas y ‘controladas’, y por tanto, no naturales —si bien, es necesario tener en cuenta que tales dispositivos de producción discursiva, tratan de emulan y recrear funcionalmente las condiciones naturales de la interacción social espontánea—.

Por último, el *ACD* se plantea —al menos desde un plano ideal— como un tipo de investigación que debe revertir en beneficio de los colectivos implicados en la investigación (evidentemente, los ‘desfavorecidos’, los dominados socialmente). Al tomar partido en favor de los grupos oprimidos, y en contra de los grupos dominantes, en consecuencia, el *ACD* presentaría una *vocación emancipadora* (Fairclough y Wodak, 2000: 368). Además, como correlato, uno de los requerimientos del análisis crítico del discurso es que “...los resultados de la investigación no deben traducirse sólo en éxito en el campo académico” (Wodak y Matouschek, 1998: 59). Ahí reside otra divergencia importante con nuestro trabajo, que no ha sido concebido en ningún caso como una IAP (investigación acción participativa) ³¹ —en primer lugar, por su formato académico,

³⁰ Hacemos notar que este ‘principio’ interpretativo tiene una larga tradición en las ciencias sociales. De él han participado un número importante de ‘escuelas’ de pensamiento social —mostrando distintos matices y ámbitos de aplicación—, entre otras, las construidas sobre del marxismo, el estructuralismo, el psicoanálisis, o una mixtura de éstos paradigmas.

³¹ Hemos de señalar que gran parte de las investigaciones que se autoproclaman hoy en día como IAP, lo son a nivel retórico, pero no en la práctica. En estos casos, suele quedar severamente limitada (cuando no totalmente eliminada) la inclusión participativa *real* de los colectivos implicados en (y afectados por) la investigación. También queda restringida, e incluso suprimida —más allá de ciertos simulacros formales—, la ‘socialización’ (distribución social) de la información producida a través de la investigación, proceso crítico que debería encaminarse a inducir cambios (‘desde abajo’) en la estructuración de la realidad social. En otro orden de cosas, hacemos notar, además, que la *investigación acción participativa*

pero sobre todo, por las fuertes limitaciones en la disposición de recursos materiales y humanos a la hora de afrontar su desarrollo—. La proyección social de los resultados queda restringida al ámbito universitario (al menos en un primer momento, puede que incluso permanentemente), y su funcionalidad principal, cuando no única, es académica.

se configura fundamentalmente como una *estrategia* de socialización —‘democratización’— del proceso de investigación, y no como una metodología enteramente distintiva. Por último, reseñar que es enormemente problemático configurar una verdadera IAP, dado que la investigación social sigue respondiendo, en su enorme mayoría, a los requerimientos e intereses —soportados por una demanda solvente económicamente— del poder político y económico.

CAPÍTULO 4

CONTEXTUALIZACIÓN SOCIOHISTÓRICA E IDEOLÓGICA DEL VOLUNTARIADO

4.1. ANTECEDENTES DEL VOLUNTARIADO

Si pretendemos aproximarnos a los antecedentes sociales del voluntariado contemporáneo (o nuevo voluntariado), resulta apropiado, a la hora de echar la vista atrás, considerar como marco de referencia la acción social de carácter altruista (inserta a su vez en una lógica social más lata, la donación)¹. Moviéndonos en los confines de la acción social altruista —y dentro de nuestra tradición histórica y cultural occidental— nos interesa resaltar especialmente una variante de esta acción, la inspirada por la *caridad* cristiana². A su vez, la caridad cristiana como valor ético edificado sobre ciertas creencias y normas religiosas, suscita históricamente un tipo concreto de asistencia social, la *beneficencia*, que aparece asociada a unos determinados ‘arreglos’ institucionales.

Debemos ser conscientes de que al igual que la beneficencia, el nuevo voluntariado se configura fundamentalmente como una práctica de *asistencia social*. Como afirma Castel (1999: 33) históricamente “el término «asistencia» recubre un conjunto extraordinariamente diversificado de prácticas que se inscriben no obstante en una estructura

¹ Ello a pesar de que conceptuar la acción voluntaria contemporánea estrictamente como una acción social altruista resulta trivializador y parcialmente falso (no toda acción voluntaria responde motivacionalmente al altruismo). Véase el capítulo dedicado al análisis de la estructura motivacional del nuevo voluntariado.

² El establecimiento de un nexo directo —en algunos casos demasiado directo— entre voluntariado y caridad es frecuente en los enfoques históricos sobre el voluntariado. Para ARAGONÉS *et al.* (1986: 12) “...el nacimiento del Voluntariado Social está ligado intrínsecamente a la Iglesia y a la obligación moral que ésta impone a sus feligreses de ejercer la caridad”. No es de extrañar que exista una abundante literatura que aborda el tratamiento del voluntariado desde una óptica moral cristiana. Entre otros muchos, los textos de CODURAS (1995), RICCIARDELLI Y ROVETTA (1993), ARANGUREN GONZALO (2000: 215-260); GARCÍA ROCA (2001: 176-188), FALCÓN (1997), RODRÍGUEZ TESO (2001).

común, determinada por la existencia de ciertas categorías de poblaciones carecientes y por la necesidad de hacerse cargo de ellas. [...] Esta constelación de la asistencia ha tomado formas particulares en las distintas formaciones sociales, [...pero] los móviles contemporáneos de la asistencia se constituyen aún en torno de líneas de fuerzas cuyo sentido sólo se puede captar relacionándolas con las situaciones históricas medievales en cuyo seno se originaron”. Ahí reside la importancia de mirar hacia atrás cuando lo que analizamos son formas contemporáneas de asistencia social tales como el voluntariado.

Queda lejos de nuestra intención realizar un recorrido histórico —ni exhaustivo, ni tan siquiera epidérmico— por los distintos modelos de intervención social sobre la pobreza en Europa a lo largo de los últimos mil quinientos años. Puede encontrarse al respecto una abundante y solvente bibliografía que cubre tal espacio, y que indaga sobre la construcción social de la pobreza y los modelos institucionales de intervención sobre ella³. Tampoco nos proponemos abordar una revisión histórica de los diferentes roles sociales y de los distintos modelos de acción emparentados históricamente con el actual voluntariado⁴. En estas líneas tan sólo pretendemos ofrecer un bosquejo impresionista y fragmentario —adoptando un enfoque histórico asistemático—, que nos permita, circunstancialmente, iluminar alguna de las características que presenta el nuevo voluntariado. Así pues, se consideran someramente aquellas manifestaciones de la acción social de atención y asistencia a la pobreza a lo largo de los últimos siglos, rescatando especialmente aquellas aportaciones que nos ayudan a ilustrar las manifestaciones actuales —continuidades y rupturas— del ‘nuevo voluntariado’.

La acción social de carácter altruista se muestra como una constante a lo largo de la historia humana (Casado, 1999: 13; Ariño, 1999: 38). Giner y Sarasa (1997: 209) hacen notar que siempre que existe una comunidad, surgen en su interior formas de ayuda mutua entre iguales, pero también donaciones redistributivas —aunque de entidad extraordinariamente variable— hacia los sujetos de inferior condición. No obstante, a pesar de su persistencia, la acción altruista ha tomando históricamente formas sociales muy distintas⁵, formas entre las que se pueden establecer provechosas conexiones, si bien, nunca identidades absolutas. Esto quiere decir, que distintas sociedades, con diferentes marcos sociohistóricos (con sus particulares condicionantes culturales,

³ Entre la literatura historiográfica general, debemos reseñar los conocidos trabajos de GEREMEK (1989), LIS Y SOLY (1985), MOLLAT (1998), WOOLF (1989), y por supuesto, CASTEL (1999) —éste último con una orientación más sociológica—. Otros textos que se pliegan al análisis de la situación española son los de Díez RODRÍGUEZ (1993), ESTEBAN DE VEGA (1997), LÓPEZ ALONSO (1986), LÓPEZ ALONSO *et al.* (1986), LÓPEZ ALONSO *et al.* (1990), MAZA (1987) y SERNA (1988).

⁴ Un trabajo que se circunscribe al análisis y contextualización histórica del voluntariado es el contenido en CASADO (1999: 13-43 y 139-170).

⁵ La continuidad histórica y al mismo tiempo la diversidad cultural de la donación (que contiene las expresiones de la filantropía y el altruismo), puede verse reflejada en los ensayos contenidos en ILCHMAN *et al.* (1998).

políticos, económicos, institucionales, religiosos, etc.), darán lugar a acciones sociales distintivas de carácter altruista, con perfiles y sentidos característicos. Hemos de tener muy presente que la significación social, y el sentido subjetivo asociado a acciones formalmente semejantes, e incluso idénticas, pueden ser totalmente opuestos —como bien ilustra Weber (1984a: 9)—. Como apunta Antonio Madrid (2001: 155), “en cada modelo de organización social, y en cada momento histórico, la gratuidad ha sido dotada de un significado social que no necesariamente se ha mantenido a lo largo del tiempo”.

No obstante, la indagación sobre la caridad y la beneficencia puede ser productiva, porque, aunque las motivaciones que ‘empujan’ al voluntario/a hacia la acción social altruista —si nos circunscribimos a la orientación motivacional moral— en una sociedad progresivamente secularizada son relativamente ‘novedosas’, los valores inspiradores, en su origen cristianos —también secularizados para el segmento mayoritario del nuevo voluntariado— siguen siendo grandes promotores y hasta configuradores de la ética social general. Afirma Lipovetsky (1994: 10-11), que los valores morales “en lo esencial son los mismos desde hace siglos y milenios. Muy larga continuidad que, sin embargo, no debe obliterar la nueva manera de remitirse a los valores, la nueva regulación social de la moral en este punto inédita que instituye una nueva fase en la historia de la ética moderna”.

Diversos autores apuntan las raíces históricas de la actividad voluntaria organizada (entre otros, Álvarez de Mon, *et al.*, 1998: 39), sin embargo esta afirmación esconde con frecuencia la concepción —errónea— de una homología total de los actos altruistas/gratuitos. Existen ‘raíces’ históricas, pero también una profunda transformación, y por tanto, marcadas diferencias. Concretando más, a pesar de los paralelismos, en el Medioevo europeo no encontramos ningún fenómeno social completamente análogo al nuevo voluntariado. Asimismo, el modelo filantrópico y humanitarista de los siglos XVIII y XIX, y el ‘voluntariado’ moderno de carácter burgués que domina hasta el último cuarto del siglo XX, presentan marcadas diferencias con respecto al modelo del nuevo voluntariado de finales del siglo XX y principios del XXI. En el sentido aludido, Madrid (1999: 80) indica que “...el voluntariado como figura con entidad propia no ha existido siempre. Antes al contrario, es algo bastante moderno”.

La aproximación a la caridad y la beneficencia, nos retrotrae históricamente a la Edad Media. Pero, retroceder históricamente no es un estéril ejercicio ‘intelectual’, ni un simple lugar común, porque como diagnostica Godelier (1998: 13) “la caridad está de regreso” en nuestras sociedades, y uno de sus soportes fundamentales no es otro que el voluntariado. No obstante, discursivamente ha aparecido un sustituto convenientemente secularizado de la caridad, nos referimos a la omnipresente solidaridad. Sólo un segmento muy minoritario de los actuales voluntarios/as identificarían su actividad con una actividad caritativa o una expresión de beneficencia (conceptos que pasan a estar

connotados negativamente al ser asociados fundamentalmente a un modelo asistencialista y paternalista), sin embargo, aplicarían a la misma sin dudarlo el apelativo de actividad solidaria⁶. Así pues, y de nuevo siguiendo a Godelier, hemos de ser conscientes de que “la sociedad se ha laicizado y la caridad, si está de regreso, ya no se presenta como una virtud teologal o como el gesto de un fiel o de un creyente. Una gran mayoría de los individuos, creyentes o no, la percibe como un gesto de solidaridad entre seres humanos” (ibíd.: 14). Otra cuestión, es constatar la enorme laxitud e indefinición social que atraviesa al concepto ‘solidaridad’ si lo comparamos con el concepto de caridad.

Así pues, el desarrollo y expansión de la caridad como valor ético y la beneficencia como modelo de asistencia asociado, se produce a lo largo de la Edad Media. En este periodo histórico, la caridad se configura como la virtud cristiana por excelencia (Castel, 1999: 44), y las expresiones de caridad juegan un papel relevante tanto en la vida social, como en la economía de las sociedades occidentales. De hecho, según Spiegel (1999: 76) una parte importante de la economía medieval gira en torno a la que tilda como omnipresente caridad⁷. Para una correcta comprensión de la caridad y la beneficencia, es necesario abundar en la concepción de la desigualdad social y de la pobreza que caracteriza a las sociedades medievales. En la Edad Media europea, tanto la desigualdad social como la pobreza son consideradas como hechos naturales, simple correlato de la voluntad divina (Crompton, 1994: 18). De esta manera, la desigualdad está legitimada por un ordenamiento de origen divino. Es por eso, que el objetivo de la beneficencia no puede dirigirse nunca a la transformación, o siquiera la matización de las estructuras de desigualdad existentes: “...las obras caritativas funcionaban como mera salvación de los receptores de una muerte inmediata a causa del hambre. En ninguna parte se hizo un esfuerzo serio para mejorar fundamentalmente la situación de los necesitados” (Lis y Soly, 1985: 42). La caridad posee una dimensión fundamentalmente religiosa, y se configura esencialmente como una vía que posibilita la salvación del feligrés (esencialmente al rico y poderoso), aunque también sirve de manera simultánea al propósito de poner en evidencia la posición social del sujeto donante (Spiegel, 1999: 77). En definitiva, en la Edad Media, la desigualdad forma parte de lo que se considera co-

⁶ Para BÉJAR (2001b: 175) la progresiva desaparición discursiva de la caridad en el lenguaje tendría que ver, fundamentalmente, con que impone un desafío al individualismo. Por nuestra parte, creemos que está más vinculado fundamentalmente al proceso de secularización y a cambios ideológicos y motivacionales de diferente signo.

⁷ Muestra documental de la ‘sistematicidad’ (dentro de una enorme irregularidad) de la beneficencia, y de su peso económico relativo, y por supuesto, del proceso de aproximación al poder político (si bien de manera muy personalizada: el monarca como protector de súbditos, y por ende, espíritu piadoso y caritativo), puede ser *El Libro del Limosnero de Isabel la Católica*, registro transcrito y editado recientemente (BENITO, 1996). En este registro, se solapan la munificencia real, con partidas dedicadas al pago de servicios. Benito en su estudio introductorio señala que “la figura del regio Limosnero aparece [...], en la Corte de la Castilla del último cuarto del siglo XV, encarnada en la persona de uno o varios capellanes de las personas reales, delegados por ellas para la práctica de la caridad en su nombre” (ibíd.: 27).

mo un orden natural de las cosas que debe mantenerse inalterable; desde ahí debe interpretarse toda intervención basada en la caridad. La presencia de los necesitados, aparece como un factor de equilibrio con respecto a la estructura social (Maza, 1987: 44), y no como un elemento desestabilizador⁸. Eso implica que todavía no se considera la pobreza como un problema social que es necesario resolver (López Alonso, 1990: 27). No hay una cuestión social definida, y por esa razón, la beneficencia no resuelve, sino que termina expresando —y reproduciendo—, la existencia de profundas desigualdades sociales (Madrid, 1999: 83).

Las actitudes frente a la pobreza se muestran enormemente ambivalentes a lo largo de la Edad Media, aunque la doctrina medieval de la caridad cristiana contribuye a establecer un consistente vínculo entre pobreza material e inferioridad social (Gemerek, 1989: 35). En general, en el medioevo la pobreza no se constituye como un valor absoluto, sino que produce visiones y valoraciones divergentes. En algunos casos provoca expresiones de desprecio social con respecto a situaciones de infortunio, pero al mismo tiempo la pobreza se define —a través de su connotación religiosa— como “condición de gracia” (Woolf, 1989: 31). Ahí encontramos la principal línea de tensión ideológica. A lo largo del medioevo —más concretamente a lo largo de la Baja Edad Media—, la concepción social y las actitudes con respecto al pobre van a sufrir una fuerte degradación. Según Gemerek (1989: 39) con el transcurrir del siglo XIII aparecen las primeras expresiones socialmente articuladas de crítica contra los pobres. Tendencia que según Mollat (1998: 12) se acentuaría en el siglo XIV, periodo en el que, según el autor, aparece un lenguaje cada vez más “truculento y despreciativo”. A partir de este momento, los pobres comenzarán a ser percibidos como un potencial peligro del que hay que protegerse. Sobre los marginados pesa sistemáticamente “la sospecha de delincuencia y de criminalidad” (ibíd.). A pesar de esta progresiva decantación, a finales de la Edad Media el uso del término ‘pobreza’ continuó siendo, frecuentemente, equívoco, “oscilando de manera ambigua [...] entre un trato moral a las víctimas de las incertidumbres de la vida o del destino, y una creciente hostilidad hacia la amenaza potencial que representaban los mendigos y los vagabundos” (Woolf, 1989: 32). En este contexto, cristalizó la diferenciación entre distintos tipos de pobreza, con niveles de dignidad muy diferenciados, en función de los cuales se articulaban estrategias de intervención muy diferentes, que basculaban entre el paliamiento y la asistencia, por un lado, y la coerción y represión por el otro: “el gesto caritativo de dar una limosna no ha sido sustituido por una amenaza de horca a los mendigos: tal amenaza y tal gesto coexistían y atravesaban periodos de debilidad y de fuerza, de ascenso y de caída.[...] [Actitudes enfrentadas que] volvemos a encontrarlos también en la civilización contemporánea” (Gemerek, 1989: 17).

⁸ Sólo a partir de las revueltas sociales del siglo XIII, aumentaron las preocupaciones acerca del desorden público (WOOLF, 1989: 32).

Durante la Edad Media, la pobreza no es percibida, ni presentada como una categoría homogénea. Existen distintos tipos de pobres que suscitan valoraciones diferenciadas, e incluso hasta opuestas. Encontramos establecida una tipología que impone una fuerte jerarquización social de la pobreza. La mayor dignidad se asocia a la pobreza voluntaria (elegida) de inspiración religiosa —concretada en la figura del eremita, o en los miembros de las órdenes mendicantes—. Se trata de “una pobreza voluntaria, una ascesis que apunta a Dios, con motivación espiritual” (Castel, 1999: 44). La pobreza de Cristo y de su comunidad de apóstoles, aparece como el modelo inspirador de la renuncia material. No obstante, el elogio a este tipo de pobreza se concentra más en su valor espiritual (Gemerek, 1989: 30) que en su realidad material, que jugaría un papel secundario. Aunque la valorización social de la pobreza se concentraba, casi con exclusividad, en torno a la vida religiosa, ni siquiera encontramos una unanimidad en su exaltación e idealización (Castel, 1999: 44-45). Por poner un ejemplo, eran relativamente frecuentes los ataques a las órdenes mendicantes como los franciscanos (sobre todo desde el interior de la propia Iglesia).

Frente a la pobreza ascética voluntaria, la pobreza involuntaria, resultado de las condiciones materiales, no aparece en ningún caso como una virtud en sí misma (Woolf, 1989: 32). De esta manera, a la pobreza honrada, ascética y santificante se opondría la pobreza pecadora (a la que se aplica una lectura trascendente: es simple consecuencia de la falta y culpa consustancial al ser humano). La pobreza puede ser pues una virtud en sí misma, o suponer una vía de perfección (Mollat, 1998: 15).

Al margen de la pobreza voluntaria y mística, son aquellos pobres que presentan una evidente incapacitación física (enfermedad o minusvalía) los considerados más dignos de movilizar la caridad, más dignos cuanto mayor es la impotencia y más grave es el sufrimiento exhibido (Castel, 1999: 49). La razón de la relativa valorización de estos pobres, era que su decrepitud física permitía discernir inmediatamente que la incapacidad para trabajar no era voluntaria. Así pues, la figura más denostada e incluso perseguida dentro del colectivo de los menesterosos es la del pobre o mendigo válido, aquél que “es apto para el trabajo y debería vivir del esfuerzo de su cuerpo” (ibíd.: 67-68)⁹. Durante la Edad Media se instrumentarán medidas para limitar severamente el acceso a la caridad de los pobres válidos. A la figura denostada del perezoso ‘pobre válido’ se opondrá progresivamente la del ‘pobre laborioso’, representante de una frecuente pobreza vinculada a situaciones en las que el trabajo ‘honrado’ no bastaba para permitir la subsistencia de la unidad familiar (Mollat, 1998: 12). Más adelante, a partir del siglo XVI, en el contexto de la reforma protestante, y del paralelo ascenso de una fortalecida ética del trabajo productivo y de la prosperidad, se acentúa la tendencia desacralizadora y

⁹ La diferenciación no obstante presenta raíces históricas que se remontan a la Bizancio de Justiniano (y los escritos de San Juan Crisóstomo), en aquel entonces la legislación imperial diferencia “escrupulosamente a los pobres entre idóneos para el trabajo e inhábiles” (GEMEREK, 1989: 25).

desmitificadora de la pobreza y la mendicidad (Maza, 1987: 47), que quedan vinculadas definitivamente a la criminalidad y la depravación moral.

La influencia de la distinción entre pobres válidos y no válidos, y la condena moral dirigida hacia los primeros, se proyectará claramente a lo largo de los siglos. Por ejemplo, a mediados del siglo XVII, Hobbes (1994) recoge la distinción y propone modelos de intervención distintivos (respectivamente de asistencia y coerción)¹⁰. Y lejos de lo que pudiera parecer, la diferenciación sigue extraordinariamente vigente en el actual siglo XXI. Rodríguez Cabrero (2003) lo ilustra con claridad con respecto al Estado de Bienestar: “trabajar era y es equivalente al acceso a la materialización de los derechos sociales de manera plena. [...] La protección social va unida indisolublemente a la disciplina fabril. El grupo de los que perciben prestaciones asistenciales por razones de enfermedad permanente o incapacidad de origen es, precisamente porque «no pueden trabajar»”. Además, gran parte de la crítica elaborada desde posiciones liberales, dirigida hacia los contemporáneos sistemas de bienestar universalistas —especialmente hacia aquellos caracterizados por un nivel de protección intensa, aunque en otras ocasiones, la crítica también es dirigida hacia Estados de Bienestar ‘precarios’—, coincide en resaltar el problema del mantenimiento de los actuales ‘pobres válidos’ (conceptualizados desde esta posición como sujetos irresponsables), esto es, personas que pudiendo subsistir a través de sus propios medios, se entiende que prefieren vivir ‘a costa’ de las prestaciones estatales, suponiendo una pesada carga —y esa es una de las mayores preocupaciones de los liberales— sobre los ciudadanos responsables que trabajan y pagan impuestos. Se trataría de un planteamiento que reedita la concepción medieval según la cual la limosna indiscriminada propiciaría la tentación y la pereza (Woolf, 1989: 32). Hemos de notar, además, que en el contexto de un dominante y reforzado discurso liberal —y de la reconversión estatal asociada—, el acceso a las prestaciones y servicios estatales depende cada vez más de una inserción sólida y prolongada en el mercado de trabajo —atributo éste cada vez más inalcanzable para un segmento creciente de la población—. Los ‘pobres válidos’ contemporáneos, son marginados en la provisión estatal de bienestar (como también lo eran con respecto a la beneficencia durante la Edad Media), debiendo contentarse en la actualidad con un nivel mínimo de prestaciones y servicios —asistencializados—, crecientemente gestionados —debido a la delega-

¹⁰ “Y como muchos hombres, por accidente inevitable, llegan a ser incapaces de mantenerse a sí mismos con su trabajo, no deben ser dejados a la caridad de los individuos particulares, sino que las leyes del Estado deben proveerlos en todo aquello que es requerido por las necesidades naturales. Porque de igual modo a como en cualquier hombre es una falta de caridad abandonar al débil, también lo es, por parte del soberano de un Estado, exponer a los débiles al riesgo de una caridad tan incierta. Pero cuando se trata de individuos que son físicamente fuertes, el caso es diferente, y deben ser obligados a trabajar; y para evitar la excusa de que no pueden encontrar empleo, debe haber leyes que estimulen todo tipo de artes, como la navegación, la agricultura, la pesca y toda clase de manufacturas” (HOBES, 1994: 275-276).

ción/subcontratación estatal— por el sector voluntario (pensemos entre otros en los programas de rentas mínimas).

Desprovista absolutamente de toda función social igualadora o redistributiva — aunque manteniendo una potencialidad emulativa para el donante (Mollat, 1998: 140)— la caridad medieval se articula como un vehículo de moralización del individuo que la practica (a través de la redención de los pecados), y lo que es más importante, tal moralización supone una vía franca para la salvación del alma. Simmel (1986b), es de los primeros autores que ilustra con precisión esta conexión, al analizar el sentido de la limosna cristiana. El sociólogo alemán advierte que “cuando el punto de partida lo constituye el deber del que da, en vez del derecho del que recibe [...] el pobre desaparece por completo como sujeto legítimo y punto central de los intereses en juego. El motivo de la limosna reside entonces, exclusivamente, en la significación que tiene para el que la da” (ibíd.: 483). En tal contexto, la limosna cristiana “no es más que una forma de ascetismo, una «buena obra», que contribuye a determinar el destino futuro del donante” (ibíd.). La limosna (y en general toda expresión de caridad), por el carácter subjetivo de su concesión, “atiende sólo al donante y no al pobre mismo” (ibíd.).

Así pues, en la sociedad medieval la pobreza y los pobres son estructuralmente necesarios —como medio— para que los ricos (que son quienes pueden practicar la caridad y la limosna) puedan salvarse. Los pobres determinan la realización del proyecto de la salvación (Gemerek, 1989: 28), pero éste es administrado/mediado por la Iglesia a través de sus instituciones de asistencia a los pobres. Por tanto, en el medioevo, pobreza y riqueza no son concepciones antagónicas sino funcionalmente complementarias (Maza, 1987: 45). Además, en cuanto la caridad y la limosna adoptan en la mayoría de los casos una forma y valor económicos —no necesariamente monetarizados—, y pueden interpretarse sin desvirtuarse en términos de “inversión para la otra vida” (Lis y Soly, 1985: 39). Por eso, podemos hablar de que la asistencia al pobre durante la Edad Media se inscribe en una verdadera *economía de la salvación* (Castel, 1999: 46 y ss.; Gemerek, 1989: 29).

“...el pobre puede, no obstante, ser un medio privilegiado para que el rico ejerza la virtud cristiana suprema, la caridad, y de tal modo le permita también llegar a salvarse [...]. La caridad representaba la vía por excelencia de la redención, y la mejor inversión en el más allá [...]. Pero el hecho de que la pobreza fuera reconocida como medio de salvación no significa en absoluto que se la quisiera por ella misma, ni que se quisiera al pobre como persona. Las «obras de misericordia» desarrollaron una economía política de la caridad cuyo valor de intercambio era la limosna que «borra el pecado». Así se estableció un comercio entre el rico y el pobre en beneficio de ambas partes: el primero obtenía su salvación gracias a la práctica caritativa, pero también el segundo se salvaba, si aceptaba su condición. *Last but not least*, en esta economía también se salvaba el orden no igualitario del mundo; esta economía resultaba providencial también en el sentido de que, al reconocer la pobreza como necesaria, jus-

tificaba su existencia, y sólo tenía que hacerse cargo de sus manifestaciones extremas” (Castel, 1999: 46-47).

Como indica Gemerek (1989: 29), el ensalzamiento moral de la limosna no sólo se vincula con la perspectiva de salvación para los ricos, sino que también contiene una justificación de la riqueza misma —y con ella de la desigualdad social—, supone una vía privilegiada para su racionalización ideológica: los pobres deben aceptar su lugar. Es por eso, que la limosna aparece como un mecanismo privilegiado para preservar la estabilidad o equilibrio del orden social (Mollat, 1998: 47; Woolf, 1989: 44); en ese contexto, uno de los aspectos que aseguraba era la subsistencia del mercado de fuerza de trabajo (Lis y Soly, 1985: 40).

Si actualizamos nuestra atención sobre el voluntariado contemporáneo, encontraremos que sigue teniendo sentido aplicar el modelo interpretativo de Simmel (1986b). En primer lugar, porque encontramos un segmento —si bien relativamente minoritario— que sigue afrontando el voluntariado desde el *deber moral* (fundamentado hegemonícamente en las creencias religiosas), y por tanto, que sigue partiendo motivacionalmente de una verdadera economía de la salvación. Pero centrémonos ahora en la consideración del segmento mayoritario, donde encontramos el arquetipo del nuevo voluntariado (caracterizado por una orientación motivacional individualista dominante¹¹). A estos voluntarios/as les es absolutamente extraña la lógica del deber y el sacrificio. En ese sentido, no encontramos aquí una economía de la salvación trascendente, pero sí una *economía de la integración social* que funciona de manera análoga. Aunque parezca lo contrario —y parafraseemos a Simmel (ibíd.: 483) trasladando sus tesis al segmento central del nuevo voluntariado—, el receptor sigue desapareciendo como sujeto legítimo y punto central de los intereses de la acción voluntaria —aunque otorgue un sentido explícito a la acción—. Los motivos del voluntariado residen, fundamentalmente, en la significación personal que tiene para el donante. En general —salvo excepciones—, el voluntariado contribuye a determinar más el futuro social del voluntario/a que el del receptor. Y por supuesto —al igual que la caridad y la limosna—, el voluntariado depende de una concesión subjetiva, que no depende del estado objetivo de donatario, sino de la voluntad del donante. El voluntariado aparece, mayoritariamente, como una inversión en capital social, configurándose como una vía de integración social privilegiada para los jóvenes —especialmente en los ámbitos laboral y relacional/expresivo—.

Dirijamos, de nuevo, nuestra atención a la Edad Media europea. La caridad cristiana no se moviliza automáticamente para auxiliar a todas las formas de pobreza. Según Castel (1999: 42) “no basta con estar desprovisto de todo para contar con la asistencia.

¹¹ Como veremos en el capítulo 9, no todo el nuevo voluntariado se inscribe en una matriz individualista, pero sí es la orientación dominante para el conjunto de los voluntarios/as.

*En el seno de las poblaciones sin recursos, algunos son rechazados y otros tomados a cargo*¹². En ese sentido, hallamos unas precondiciones claramente definidas, cuyo cumplimiento es exigido al pobre a la hora de acceder a la asistencia. La beneficencia medieval no atiende a la necesidad como único criterio de justificación de la acción benéfica, sino que evalúa, reconstruye y tamiza esta necesidad aplicando juicios de valor o de merecimiento (Woolf, 1989: 44). Se produce una selección del destinatario —no estamos ni mucho menos ante un sistema de prestaciones universales—, que se articula en función de dos criterios, aplicados además con sentido fuertemente restrictivo. En primer lugar, la *proximidad* (más concretamente la inserción comunitaria, frecuentemente con base parroquial)¹³. Así pues, la asistencia era entendida como una protección cercana (Castel, 1999: 43) —no hemos de olvidar que en el medioevo domina la concepción del ‘prójimo’ como un próximo (ibíd.: 50)—, asistencia que entra en juego cuando falla la sociabilidad cercana. El segundo criterio se concreta en la *ineptitud para el trabajo*, entendida ésta en términos de incapacidad física (ibíd.). Tal precepto se dirige fundamentalmente a la exclusión de los ‘pobres válidos’ de toda asistencia. En cuanto al primero de los criterios, resulta interesante constatar que la territorialización de la asistencia no desaparece con el fin del medioevo, sino que se acentúa durante todo el Antiguo Régimen —hasta mediados del siglo XVIII—. A partir de entonces, el modelo de la caridad se va transformando, y el vínculo con su ejercicio intracomunitario se va diluyendo¹⁴.

Si volvemos a la consideración del nuevo voluntariado, poniéndolo en relación con el modelo de la beneficencia, constataremos que ambos articulan una asistencia no universalista, si bien, las diferencias son extraordinariamente profundas con respecto al particularismo que expresan. Las organizaciones voluntarias contemporáneas, establecen criterios de admisión en sus programas, definen sus colectivos de referencia —que suelen concretarse en los sectores más desfavorecidos— y también sus espacios sociales/físicos de intervención (usualmente próximos); ahí tenemos expresado un primer elemento de particularismo. Además, en el acceso a los receptores, encontramos con

¹² La cursiva es del autor.

¹³ MOLLAT (1998: 15) ilustra este extremo. El ‘verdadero pobre’ “permanecía sufriente como un miembro del grupo, en el seno del señorío y de la parroquia rural o aun urbana [...]. Errante, el pobre ya no es solamente un ignorado, sino un desconocido. Evadido de su cuadro social, ¿acaso no sería un rebelde? Vagabundo, ¿un propagador de epidemias? ¿Es pobre verdaderamente, enfermo en realidad? Prudentemente los hospicios no albergaban a los «pobres viandantes», sino durante un tiempo limitado, y en periodo de alarma, les negaban la entrada en las ciudades. Muy pronto, la reflexión eclesiástica hizo una separación entre los pobres merecedores [de auxilio o asistencia] y aquellos que no lo eran”.

¹⁴ Por ejemplo MANDEVILLE (1997: 165), se ubica en una posición de transición. En su *‘fábula de las abejas’* —escrita en 1729— encontramos una definición de la caridad que se proyecta más allá de la concepción intracomunitaria del medioevo: “la caridad es la virtud que nos impulsa a transferir parte de ese sincero amor que nos profesamos, puro y sin mezcla, a otros seres a los que no nos unen lazos de amistad o parentesco, *simples desconocidos hacia quienes no tenemos ninguna obligación y de los que nada esperamos* [...]”. Lo que hacemos por nuestros amigos y parientes lo hacemos, en parte, por nosotros mismos”. La cursiva es nuestra.

mucha frecuencia que entran en juego grandes cantidades de ‘azar’. Por otro lado, la gran mayoría de las organizaciones voluntarias carecen de una implantación territorial ‘total’ que las equipare con la capacidad de intervención estatal (problemáticamente ‘universal’). Otra cuestión diferente es que el voluntariado pueda implementar una intervención más cercana con respecto al receptor, y ahí aparece otro elemento de similitud con la beneficencia medieval. El tipo de asistencia próxima —muy mediada por el contacto personal— simula el vínculo comunitario. La diferencia con respecto a la beneficencia es que en la inmensa mayoría de los casos (en iniciativas de heteroayuda), el ejercicio del voluntariado no responde a una integración real del donador y el receptor en un mismo marco comunitario, simplemente encontramos una simulación. La relación y la asistencia se producen en un marco ‘artificial’ de carácter transitorio (en términos generales las vidas del voluntario/a y el receptor se cruzan fugazmente). Mientras en el modelo de la beneficencia medieval, las relaciones son más ‘naturales’. Eso no implica que se diluyan las abismales diferencias de jerarquía social (de tipo estamental) que separan a donador y donatario, pero éstos sujetos se saben miembros de una misma comunidad, una pequeña comunidad de vínculos personalizados —que no son incompatibles ni mucho menos con el mantenimiento de opresivas relaciones de dominación y sometimiento—. Las vidas de estos sujetos se entrecruzan continuamente en el ámbito comunitario (dentro y fuera del marco de la asistencia).

La caridad medieval, en una primera etapa —aproximadamente hasta los siglos XII y XIII—, aparece como un monopolio de la Iglesia. Con el desarrollo de las ciudades y la actividad económica, los municipios (el poder local emergente) irán concentrando poco a poco funciones y responsabilidades asistenciales¹⁵ (López Alonso, 1990: 29) que son progresivamente monetarizadas. De esta forma, la comunidad laica empieza a ocuparse de la beneficencia (Lis y Soly, 1985: 38) y de la administración de la indigencia urbana —aunque la inspiración religiosa de las iniciativas de asistencia permanece inalterable—. Mollat (1998: 124) califica el cambio como ‘revolución de la caridad’, si bien matiza el proceso: “la naturaleza de las obras de misericordia no cambiará casi nada; pero al multiplicarse, servicios, fundaciones, adquieren una estabilidad y una organización más firmes y sus formas se adaptarán mucho más a las condiciones de la vida social, del cuadro urbano y de la economía monetaria. Al lado de las caridades individuales, la frecuencia de las iniciativas colectivas, y aun administrativas, atestigua que en un ambiente social y mental, donde el dinero ocupaba un lugar importante, la preocupación de los indigentes se imponía” (ibíd.). Algo más tarde —según Woolf (1989: 33) a lo largo del siglo XV—, la caridad se hace específicamente urbana. Con ello, no hemos de pensar en una simple sustitución de la caridad eclesial; las iniciativas municipales se suman a las de la Iglesia, lo que nos remite a un modelo de asistencia mixto. En ese

¹⁵ En el caso español, según VINYES (1996: 45-47) sólo podríamos hablar de la aparición de una verdadera beneficencia municipal en pleno siglo XIX, cuando es promovida por la burguesía.

sentido, afirma el propio Woolf (ibíd.: 39) que durante los siglos XVI y XVII resulta artificial e históricamente erróneo deslindar las actividades civiles de las actividades de las asociaciones religiosas voluntarias. La razón reside en que las nuevas instituciones y experimentos ‘municipales’ se caracterizaron por su clara inspiración religiosa. No obstante, algún autor —magnificando la ruptura— se ha referido a la asistencia desarrollada durante el siglo XVI, como “nueva política social” (Gemerek, 1989: 135). Además, los criterios que regulaban el merecimiento de la asistencia (inserción comunitaria e ineptitud para el trabajo) permanecieron absolutamente vigentes.

La justificación de la desigualdad social en función de su origen ‘natural’ se trunca a partir del siglo XVII, al desarrollarse el planteamiento según el cual “...en virtud de su humanidad, todos los seres humanos nacían *iguales*, no desiguales” (Crompton, 1994: 19). Sus antecedentes —si bien no su generalización como discurso político y social—, podemos encontrarlos en el humanismo del siglo XVI. Así, Juan Luis Vives —que viene a ser uno de los humanistas que presenta una mayor ‘conciencia social’—, se muestra en su obra *‘De subventionem pauperum’*¹⁶ —aun mateniéndose dentro de la ‘ortodoxia’ cristiana—, más “consciente de los desajustes entre los diversos poderes, las injusticias entre clases y la desigualdad de oportunidades entre los individuos” (Giner, 1994a: 168). Así pues, como indica el propio Giner, encontramos un notable giro en la concepción tradicional de la caridad (ibíd.: 170). Luis Vives, inaugura una preocupación por los sujetos al margen de las obligaciones morales. Recurramos a algunos pasajes del texto de Vives (1992: 113) para ilustrarlo: “sepa, por tanto, cualquiera que posee los dones de la Naturaleza, que comunicándolos con el hermano los posee legítimamente y por voluntad e institución de la Naturaleza; pero si no, es ladrón y robador, convicto y condenado por la ley natural, puesto que retiene y detenta aquellos bienes que la Naturaleza creó no sólo para él”. Vives aboga por una distribución social equitativa de la riqueza material, aspecto que escapaba como objetivo a la caridad medieval, que permanecía centrada y justificada, exclusivamente, en lo trascendente; ahí reside la ruptura de las propuestas del humanista. Además, encontramos en la obra de Vives una primigenia concepción de un modelo de ‘asistencia pública’. En el primer capítulo del libro segundo, Vives se preocupa por lo que “debe hacer la ciudad como colectividad y su gobernador” (ibíd.: 145), concretando iniciativas públicas y políticas para mitigar la pobreza que deben centrarse más en la integración que en la coerción y el castigo. Señala: “...conviene incomparablemente más que trabajen en cómo harán buenos a los ciudadanos que en cómo castigarán o coartarán a los malos” (ibíd.: 150). Quedaría bajo responsabilidad de los gobernantes de la ciudad el cuidado de los enfermos, el mantenimiento de los necesitados, la educación de los niños y niñas, la atención a los discapacitados, etc. (ibíd.: 154). Vives propugna la acción eficaz hacia el pobre, que pasa fundamentalmente por proporcionarle trabajo y no limosna. Hablar de Vives en términos de precursor de la

¹⁶ *Sobre el socorro de los pobres* (VIVES, 1992; edición original 1526).

asistencia social organizada (Torres, 1987: 55), se ha convertido en un lugar común de toda referencia a la historia o a los antecedentes del Servicio Social (Ander-Egg, 1994: 69).

Realicemos un salto en el tiempo, obviando el ‘gran encierro’ del siglo XVII, vinculado a una lucha sistemática contra el vagabundo —de nuevo, el referente a preservar es el vínculo con la comunidad—, para concentrarnos en la consideración del siglo XVIII. En este encuadre temporal surgen el humanitarismo y la filantropía, vinculados a la filosofía de la Ilustración. Quizá una de las mayores ‘deudas’ del voluntariado contemporáneo sea la contraída con el humanitarismo. Éste se configura como un fenómeno nuevo, pero al mismo tiempo, sus orígenes se remontan al humanismo cívico del siglo XVI, con Juan Luis Vives a la cabeza. Según Giner (1994a: 289), el humanitarismo “tiene raíces indudables en la virtud cristiana de la caridad, pero obedece a una actitud filantrópica, que sería ininteligible si no se tuviera en cuenta que responde a la fe en el progreso, en la tolerancia y en la posibilidad de una moral laica e individualista”. Por consiguiente, el humanitarismo se despega de la tradición de la caridad, aproximándose a una nueva ‘idea fuerza’ que es el progreso¹⁷. Partiendo de este marco, la asistencia acentúa su conexión con la realidad social, proyecta una expectativa de cambio; se produce una apertura a la *reforma social*. Por otro lado, el humanitarismo implica esencialmente la dignificación del receptor de la intervención —ya sea de asistencia o de castigo— independientemente de su condición social y de las circunstancias personales.

La figura más conocida dentro del humanitarismo, es la del italiano Cesare Beccaria, autor de la célebre y breve obra *De los delitos y de las penas* (Beccaria, 2000; edición original 1764). Este texto ilustra un cambio de la sensibilidad hacia el reo, que pasa a ser considerado, pese al delito cometido, un sujeto que mantiene ciertos derechos¹⁸. Por

¹⁷ En torno al análisis de la idea de progreso, es imprescindible la consideración del clásico texto de JOHN BURY (1971). Para este autor (ibíd: 16) “...la idea del progreso humano es [...] una teoría que contiene una síntesis del pasado y una previsión del futuro. Se basa en una interpretación de la historia que considera al hombre caminando lentamente [...] en una dirección definida y deseable e infiere que ese progreso continuará indefinidamente. Ello implica que [...] se llegará a alcanzar algún día una condición de felicidad general, que justificará el proceso total de la civilización, pues, si no, la dirección adoptada no sería la deseable. Pero hay alguna implicación más. Ese proceso debe de ser el resultado necesario de la naturaleza psíquica y social del hombre, no debe hallarse a merced de ninguna voluntad externa, ya que, de no ser así, no existiría la garantía de su continuidad y de su final feliz, y la idea de Progreso se convertiría paulatinamente en la de Providencia”. También es relevante el trabajo de ROBERT NISBET (1998), en el que encontramos una reconstrucción histórica del concepto de más largo recorrido a través de la cual el autor termina estableciendo un vínculo entre las ideas de progreso y las de providencia y redención de la tradición cristiana. Para NISBET, a diferencia de BURY, el mundo clásico griego y romano conoció la idea de progreso (ibíd.: 27).

¹⁸ Afirma BECCARIA (2000: 51): “...es evidente que el fin de las penas no es atormentar y afligir a un ente sensible, ni deshacer un delito ya cometido. [...] El fin, pues no es otro que impedir al reo causar nuevos daños a sus ciudadanos y retraer a los demás de la comisión de otros iguales. Luego deberán ser escogidas aquellas penas y aquel método de imponerlas, que guardada la proporción hagan una impresión más eficaz y más durable sobre los ánimos de los hombres, y la menos dolorosa sobre el cuerpo del reo”.

otra parte, Beccaria muestra una gran insistencia en la prevención —que es marcada como una responsabilidad estatal—: “es mejor evitar los delitos que castigarlos” (ibíd.: 115). Tras la dignificación del reo propuesta por Beccaria (concretada en la supresión del castigo corporal y la humillación, y la opción por la privación de libertad y las multas), encontramos una corriente de pensamiento que promueve y aspira a la dignificación social de todos los desfavorecidos sociales, aunque, frecuentemente, desde una perspectiva marcadamente paternalista. La distinción jerárquica de la pobreza de origen medieval deja de tener sentido a los ojos de los humanistas.

Regresando al voluntariado contemporáneo, podemos observar que éste presenta profundas reminiscencias tanto humanistas como humanitarias. En primer lugar, existe una opción por la intervención directa sobre el medio social (orientada al menos formalmente hacia la consecución de un orden social ‘justo’). Y en segundo lugar, la dignificación del receptor es otro elemento definitorio del nuevo voluntariado, dicha valoración está asiduamente asociada a la potenciación de la dimensión expresiva (aunque en otros casos se vincula a una intervención ‘técnica/profesional’, sin perjuicio de la gratuidad de la acción). Esta dignificación se produce, frecuentemente, en un marco de intervención marcadamente paternalista, que no se ha visto tan debilitado como se pretende.

Avancemos un poco más en el tiempo. Durante el siglo XIX, y en torno a la que se empieza a conceptualizar en términos de ‘cuestión social’, se expresan dos corrientes ideológicas bien diferenciadas. Por un lado los enfoques liberales —que marcan las distintas políticas de intervención no estatal de las clases dominantes, y que presentan una elevada heterogeneidad— y, por otro, la consolidación del movimiento obrero de inspiración socialista. Anticipamos que el voluntariado en su configuración actual se ubica plenamente en la tradición liberal, aunque pueden existir segmentos minoritarios más emparentados con el movimiento obrero clásico (si bien suelen rehuir del ‘voluntariado’ como etiqueta identificativa).

El espacio liberal dista mucho de presentar un contenido homogéneo en este siglo XIX. Podríamos acotar dos posiciones básicas (si bien entre ellas los límites son difusos). Por un lado encontramos expresado un *liberalismo extremo*, y frente a él, podemos aglutinar una serie de posiciones e iniciativas —que forman parte de una nebulosa bastante abigarrada—, que podemos denominar *reformismo filantrópico*¹⁹. Ambas posiciones (articuladas y desarrolladas en el seno de las clases dominantes) comparten la concepción de la necesidad de desplegar un poder tutelar con respecto a las capas sociales más desfavorecidas, asumiendo un modelo de asistencia sin intervención estatal, una política social sin Estado.

¹⁹ A la hora de analizar estas posiciones seguimos, en adelante, de manera libre y fragmentaria la elaboración de CASTEL (1999: 231 y ss.); análisis que da cuenta fundamentalmente de la experiencia francesa.

Consideremos ahora los planteamientos y argumentos esgrimidos por la corriente liberal extrema. En su análisis de la ‘cuestión social’ se parte de una premisa básica e innegociable: la “negativa encarnizada [...] a hacer del socorro una cuestión de derecho” (ibíd.: 234). El modelo de intervención se hace corresponder con la expresión de la voluntad individual —en última instancia de la libertad del sujeto—, y dado que adoptan una línea interpretativa exclusivamente moral, los liberales recuperan la beneficencia, no como expresión de un arreglo institucional (que encontraríamos ya en la Baja Edad Media), sino como resultado de la virtud individual, vinculada, no obstante, al ‘deber’. Tomemos una cita de Adophe Thiers²⁰, reproducida por Castel (ibíd.) que ilustra estos extremos:

Es importante que esta virtud [la beneficencia], cuando se convierte de particular en colectiva, de virtud privada en virtud pública, no pierda su carácter de virtud, es decir que siga siendo voluntaria, espontánea, libre, en fin, de hacer o no hacer, pues de otro modo dejaría de ser una virtud para convertirse en una coacción, y en una coacción desastrosa. En efecto, si toda una clase, en lugar de recibir, pudiera exigir, adoptaría el papel del mendigo que pide con el fusil en la mano. Así se daría ocasión a la más peligrosa de las violencias.

Los liberales buscan un cauce alternativo al derecho a la hora de articular otro tipo de regulación de los problemas sociales. Y lo encuentran en la virtud individual, en la voluntad ética. Es por eso, que “la apuesta del liberalismo consistirá en tratar de sostener una política social completa en un espacio ético, no político” (ibíd.: 235). Los deberes morales —siempre conceptualizados individualmente—, se proyectan también sobre las relaciones que se establecen con las clases inferiores. En ese sentido, los integrantes de las clases dominantes, tienen un deber de protección tutelar con respecto a las clases subalternas. Más concretamente, la política social propuesta por los liberales perseguía casi con exclusividad la moralización de la clase obrera (dado que la decrepitud moral se ubicaría en el origen de su pauperismo). La intervención social sobre la situación material es subsidiaria. Asociado a este planteamiento de tutela moral, encontramos una fuerte infantilización de los grupos más desfavorecidos de la sociedad, incapaces —a los ojos de los liberales— de conducirse por sí mismos²¹.

Los liberales, consideran que la filantropía pública ha ido demasiado lejos (en ese sentido su posición precisamente surge como una reacción a las posiciones del liberalismo del siglo anterior). Encontramos una negativa rotunda ante la posibilidad de articular políticas públicas. “El gobierno no le debe nada a quien no lo sirve. El pobre sólo tiene derecho a la conmiseración general”, nos dirá Delecroy (cfr. Castel, 1999:

²⁰ El original se corresponde al año 1851.

²¹ “...las prácticas de asistencia tenían lugar en el marco de un intercambio desigual. El indigente pide y no puede dar una contrapartida equivalente a lo que recibe. *Su relación con el benefactor no llega a estar en la esfera del derecho*” (CASTEL, 1999: 234-235). La cursiva es del autor.

234). Por eso, finalmente este liberalismo extremo se concreta en posiciones conservadoras de mantenimiento y restauración del orden social, ocupando posiciones fuertemente regresivas con respecto a los planteamientos filantrópicos. Para los liberales extremos del siglo XIX, no se trataba entonces de enfrentar los sistemas de privilegio (como sucedió con el liberalismo revolucionario del siglo XVIII), sino de desafiar los factores de desorden concretados en las degeneradas clases populares. El objetivo pasa obsesivamente por preservar la paz social a cualquier precio (ibíd.: 243).

Detengámonos ahora en la posición reformista filantrópica. Los componentes de este tipo de iniciativas son filántropos, aunque tal denominación dejó de estar en boga y comenzó a ‘envejecer’ antes de la década de los años cincuenta. Su caracterización política no es fácil, presenta un carácter paradójico. Castel habla de una “posición «centrista», entre los excesos de la reacción y el cinismo del puro economicismo” (ibíd.: 243). Si bien hemos excluido a los reformistas de la esfera liberal radical, es indudable que permanecen en la órbita ideológica del liberalismo, y por eso, presentan importantes puntos de confluencia con respecto a los liberales estrictos. Aunque los filántropos buscan atenuar la carencia material que caracteriza el estado de las clases inferiores —y ahí se diferencian del liberalismo radical, que incluso da cabida a posiciones según las cuales la miseria era un mal necesario y útil (ibíd.: 243-344)—, su mayor preocupación es de carácter moral, buscan la rehabilitación moral de las clases populares —y ahí coinciden plenamente con los liberales—. Además, sigue existiendo una orientación hacia el tutelaje de dichas clases ‘descarriadas’. A pesar de todo, el planteamiento tutelar no implica simplemente la concreción de una estrategia de control, entre los reformistas existe, simultáneamente, una genuina preocupación por el pobre y el necesitado.

A pesar de las confluencias, los reformistas se encargan de dejar bien clara su distancia con respecto a los planteamientos caritativos y liberales estrictos. Desde el ejercicio de la filantropía —a partir de una intervención social generalizada sobre las clases populares— se aspira a la *prevención* de las situaciones de pauperismo. Se supera el particularismo de la caridad, se aspira a limitar la desigualdad y el sufrimiento. Las iniciativas filantrópicas favorecen, asimismo, un proceso de institucionalización de las vías de socorro —si bien, siempre sin intervención estatal—. A partir de un planteamiento relativamente universalista, se abre la posibilidad del reconocimiento relativo del derecho a la asistencia. El referente es la *reforma social*, no habiendo lugar para planteamientos conservadores.²²

²² El informe de 1824 de la *Sociedad Moral Cristiana* (cfr. CASTEL, 1999: 250) ilustra estos extremos. “Se puede añadir, Señores, que vuestra bandera es la filantropía, es decir la manera filosófica de amar y servir a la humanidad, más bien que la caridad, que es el deber cristiano de amar y socorrer al prójimo... La caridad se satisface cuando ha aliviado el infortunio; la filantropía sólo puede quedar satisfecha cuando lo ha prevenido... Las mejoras, su obra [la obra del filántropo], lejos de cesar con él, se transforman un poco antes o después en instituciones”.

En cuanto a las formas concretas que adopta la asistencia durante el siglo XIX, nos interesa insistir fundamentalmente sobre la figura del *'visitador del pobre'*, porque se corresponde con la figura arquetípica de lo que podemos considerar como el *voluntariado clásico* de ascendencia burguesa. Aquí sí encontramos el antecedente más directo del nuevo voluntariado —si bien plantea notables diferencias que se irán desgranando a lo largo de los próximos capítulos—. Para Castel (1999: 232) —circunscribiéndose a la descripción del caso francés— durante la primera mitad del siglo XIX, se produce la reconstitución de las antiguas estructuras de la asistencia *confesional*. Tal diagnóstico se mostraría confluyente con la apreciación de Woolf (1989: 37) según el cual, con el visitador del pobre reaparece la *caridad privada*. La iniciativa del 'visitador' reactualiza la caridad cristiana y, al mismo tiempo, se muestra absolutamente coherente con la filosofía liberal. Se inscribe en la tendencia *desinstitucionalizadora* (y desestatalizadora) de la asistencia social —al ser exclusivamente dependiente de la acción individualizada: de la voluntad ética—, y asimismo, es una muestra clara de la *elusión del derecho* como fundamento de la intervención.

El paralelismo con los principios liberales va más allá. La finalidad principal de la acción de los visitadores de pobres no era dispensar socorro a los indigentes sino implementar su tutelaje. Se seguía considerando peligroso distribuir bienes materiales a los pobres, a menos que se instrumentaran mecanismos para controlar estrictamente el uso que harían de tales recursos (Castel, 1999: 247). Por tanto, el socorro no es un derecho, se subordina rigurosamente a la 'buena conducta' del beneficiario, lo que nos vuelve a remitir a la secular distinción entre pobres dignos e indignos, y a la existencia de criterios particularistas que regulan el acceso a la asistencia. La finalidad de la acción del 'visitador' persigue la recuperación moral del menesteroso. Eso significa que, finalmente, es una intervención de tipo disciplinario. La dimensión central de la acción se desplaza hacia el *vínculo* que se establece entre el benefactor y el pobre. La ayuda se concreta, fundamentalmente, en el acompañamiento y la tutela personal —que se proyecta en el tiempo— que persigue la moralización. La vinculación no es simétrica (no se establece entre iguales), y ahí precisamente reside su valor, dado que el 'visitador' se erige en un modelo de socialización para el desvalido. "La relación de tutela instituía una comunidad en la dependencia y por ella. El benefactor y quien quedaba obligado a él formaban una sociedad; el vínculo moral era un lazo social. Se suprimía la indignidad del miserable, y se lo volvía a incluir en el universo de los valores comunes" (ibíd.: 248). Finalmente, la incidencia de la acción de los 'visitadores de pobres' sobre la escala de la indigencia de las clases populares, fue extremadamente limitada, dado que suponía una intervención sobre situaciones singulares y particularizadas, y se reducía al establecimiento de un vínculo personal sin trascendencia material.²³

²³ En otro orden de cosas, CASTEL (1999: 247) señala que la figura del 'visitador del pobre' y su modelo de intervención anticipaba "el trabajo social en el sentido profesional del término".

La mayoría de las características de la intervención social del ‘visitante de pobres’, son aplicables —con matices— al voluntariado contemporáneo, si bien el universo motivacional, el perfil sociodemográfico y, por supuesto, la estructura social circundante —incluida la institucional—, entre otros factores, han cambiado profundamente. Hagamos un repaso un tanto burdo por los paralelismos. La personalización y el particularismo continúan configurándose como dos características enormemente distintas de la acción voluntaria —por eso, precisamente, el nuevo voluntariado (a diferencia de los nuevos movimientos sociales del tercer cuarto del siglo XX) sigue sin aparecer como un espacio para la expresión y conquista de derechos sociales—. El elemento disciplinante está presente, si bien, de manera menos explícita (toma la forma de un control difuso e indirecto, mediado por el vínculo expresivo). Los voluntarios/as continúan constituyendo un modelo social de referencia (de integración social y sobre todo de apego normativo). El voluntariado sigue sin constituirse en un espacio de emancipación autonomizadora para los colectivos más desfavorecidos (más allá de los logros en casos individuales). La distribución de recursos materiales es absolutamente subsidiaria en relación a las tareas de prestación de servicios, atención personal y acompañamiento. La repercusión del voluntariado sobre la estructura de desigualdad social es necesariamente mínima y su dimensión dominante es asistencial/paliativa y no de prevención. El elemento central de la acción voluntaria sigue siendo la relación personal entre voluntario/a y receptor/a —salvo para aquellos voluntarios/as con una orientación motivacional predominantemente utilitarista—. Resulta también clarificador constatar que las estrategias de promoción reciente, y el propio éxito de la fórmula participativa del voluntariado, se corresponden con un momento de ascenso y preeminencia social de los discursos liberales (extremadamente ortodoxos, por otro lado), y un proceso paralelo de descentralización de la producción del bienestar (y cuando menos de contención estatal en la prestación de servicios directos, y de precarización/asistencialización creciente de las prestaciones). Quizá la diferencia más notable sea constatar que el desarrollo del nuevo voluntariado se ha visto acompañado de un fuerte proceso de institucionalización (tendríamos que hablar del fuerte desarrollo de su vertiente corporativa: las organizaciones voluntarias), aunque se trata de una institucionalización no estatalizadora. A modo de síntesis, es necesario insistir en la idea de que el nuevo voluntariado bebe de las fuentes de la filantropía paternalista, pero sobre todo del liberalismo. Aunque dentro del voluntariado caben posiciones ideológicas diversas y hasta contrapuestas, ese viene a ser su marco interpretativo.

Concluamos el epígrafe con una referencia al movimiento obrero y a su posición con respecto a las iniciativas filantrópicas del siglo XIX. Podemos hablar de un rechazo obrero frontal de la filantropía paternalista, y de la inauguración de un modelo de intervención asociativa (de estructuración colectiva entre iguales). Para Esping-Andersen (1993: 44) “el movimiento obrero era tan hostil al modelo corporativista co-

mo al de ayuda a los pobres...”, y en ese sentido, como apunta por su parte Castel (1999: 263), el movimiento obrero “...imaginó un modo alternativo de asociación del trabajo que debía abolir la explotación salarial: la asociación obrera [...]. La asociación suponía otra concepción de lo social, cuya realización pasaba por la constitución de colectivos que instituyeran relaciones de interdependencia entre individuos iguales”. Lógicamente en este contexto no había lugar ni para el modelo del visitador del pobre, ni para las iniciativas reformistas de los filántropos. Las lógicas de intervención sobre lo social son opuestas: la heteroayuda jerarquizada y disciplinante de las iniciativas de las clases dominantes, frente al mutualismo asociativo —con aspiraciones transformadoras— establecido entre iguales, entre obreros.

4.2. LA REESTRUCTURACIÓN DEL ESTADO SOCIAL COMO CONTEXTO SOCIOPOLÍTICO DEL ASCENSO DEL NUEVO VOLUNTARIADO

La superposición temporal de la etapa de ascenso social y desarrollo del modelo participativo encarnado por el nuevo voluntariado (y del crecimiento del tercer sector en el que se encuadra institucionalmente²⁴), con el período de ‘crisis’, y sobre todo, del proceso de reestructuración del Estado de Bienestar, no es en ningún caso azarosa²⁵. No estamos ante una relación de carácter causal —como bien indica A. Madrid (2001: 64)—, pero sí de procesos estrechamente emparentados y de un devenir ciertamente paralelo y repleto de condicionamientos recíprocos (si bien es cierto que el poder de influencia del Estado sobre la configuración del tercer sector, ha demostrado ser mucho más poderoso a lo largo de los últimos años, que el poder de presión de las organizaciones voluntarias sobre los poderes públicos). Nos encontramos ante un marcado proceso de reubicación y redimensionamiento interdependiente de los distintos actores que intervienen en la producción del bienestar social, aspecto éste estrechamente vinculado a la transformación de marco ideológico de referencia dominante.

A pesar de la onnipresencia de la denominación ‘crisis’ a la hora de caracterizar la situación y los avatares del Estado de Bienestar desde finales de los años setenta del pasado siglo, algunas voces han resaltado su impropiedad, dada su cronificación en el tiempo, y sobre todo, porque no se adecuaría a la actual pervivencia de un importante “núcleo asistencial y solidario público que se considera responsabilidad de un estado” (Giner, 1995: 18). No obstante, el problema fundamental no derivaría tanto de la impropiedad del término para reflejar una determinada realidad, como de la diversidad de

²⁴ Salvo el caso de programas de voluntariado desarrollados directamente por instituciones públicas.

²⁵ En este epígrafe no pretendemos una digresión pormenorizada sobre el Estado de Bienestar. Son por otra parte, muy numerosos los estudios centrados en la génesis y devenir de este modelo de Estado. Entre otros cabe destacar los trabajos de: ANISI (1995), ASHFORD (1989), BALDWIN (1992), ESPING-ANDERSEN (1993), GLAZER (1992), JOHNSON (1990), LUHMANN (1994), MISHRA (1992, 1993), OFFE (1994, 1996), RITTER (1991).

sentidos que se han atribuido en la literatura a esta ‘crisis’ (Ascoli, 1987: 120). En general, la llamada crisis del Estado de Bienestar, aunque reflejada en una crisis fiscal (que desautorizó las políticas keynesianas), ha implicado esencialmente una crisis de legitimidad que afecta al núcleo del Estado (Mishra, 1992: 54) y ha sido, en parte, reflejo y precursora de un cambio de ciclo ideológico de alcance muy amplio. De todas maneras, más allá de la constatación o no de un periodo de crisis o de inestabilidad, lo que es indudable es que nos encontramos en un periodo de profundas transformaciones en el ámbito institucional del Estado, proceso que tiene fuertes repercusiones en otras esferas de lo social, y sobre todo, sobre otras instancias generadoras y distribuidoras de bienes y servicios de bienestar (como son el ámbito informal, el mercado, y el tercer sector).

Es, ciertamente, importante constatar que durante las dos últimas décadas del siglo pasado, se produjo un evidente debilitamiento del consenso social, político e ideológico tejido en torno al entramado institucional denominado Estado de Bienestar; modelo éste, como es bien conocido, erigido tras la Segunda Guerra Mundial —y fundamentado en gran medida sobre el denominado como pacto keynesiano (*vid.* Anisi, 1995: 40)—. Con el devenir de la ‘crisis’, las críticas al Estado de Bienestar se generalizaron —confluyendo en la apreciación del “agotamiento institucional del modelo fordista-keynesiano en cuanto a su eficiencia económica, capacidad reproductiva y legitimación política”²⁶ (Rodríguez Cabrero, 2003)—, y diversificaron su procedencia —surgiendo tanto desde la derecha como desde la izquierda (García y Lukes, 1999: 5)—. Al mismo tiempo, se produce una verdadera inversión discursiva:

Durante el largo período de estabilidad del Estado de Bienestar (1950-1979) y de legitimación política y académica de las políticas keynesianas el discurso dominante fue el de que los *fallos del mercado* eran muy superiores a los *fallos del Estado* [...]. El mercado, por sí mismo, no garantizaba la estabilidad económica ni la integración social. [...] Los últimos veinte años han invertido el anterior paradigma de la economía política —sobre todo en términos ideológicos, pero también institucionalmente— de forma que los fallos del Estado parecen ser ahora muy superiores a los fallos del mercado. La revalorización teórico-ideológica del mercado pasaba por la desvalorización del papel del Estado. Y como consecuencia la regulación política de la economía debe ceder paso a la desregulación y privación como única alternativa de la economía política (Rodríguez Cabrero, 2000: 6)

En general, a lo largo de los últimos años se ha producido un profundo desprestigio de lo *público estatal* con respecto a la esfera denominada *privada*, donde suelen aglutinarse problemáticamente las iniciativas mercantiles y las de la sociedad civil²⁷. Esta

²⁶ Hemos de recordar que el Estado de Bienestar es un fenómeno estrechamente ligado al fordismo, como indica GRANOW (1980: 58).

²⁷ Lo público no puede ser reducido a lo estatal, aunque con enorme frecuencia se haga. En sentido estricto, las iniciativas del tercer sector —aunque puedan articularse en torno a modelos de acción/intervención estrictamente individualizadas— son también plenamente públicas (se proyectan

tendencia articulada a través de discursos monolíticos, llega a hacer plantearse a algunos autores la imposibilidad de una defensa del entramado institucional del Estado de Bienestar a través de una argumentación racional. Es el caso de Zigmunt Bauman (2001), para el que la sobredeterminación del desprestigio y la pérdida de favor del Estado de Bienestar hace que éste deba “disculpase y discutir todos los días, una y otra vez, por su *raison d'être* [razón de ser]” (ibíd.: 94). En este contexto, para Bauman no es posible invocar ningún argumento *racional* a favor del Estado de bienestar, y por tanto, “el argumento ético es la única línea de defensa que le queda” (ibíd.: 95). En cierta medida, la retórica economicista hace mella incluso entre los no liberales. Valdría la pena volver a recuperar la diferenciación entre *racionalidad formal* y *racionalidad material/sustantiva* —fundamentada en valores— (vid.: Weber, 1984a: 64-65), para defender la racionalidad plena de los argumentos éticos —por que si no, cualquier crítica a la esclavitud, por poner un ejemplo, carecería de racionalidad ante una justificación económica—. Podríamos afirmar que la racionalidad formal/económica manejada en los discursos liberales, proyecta una poderosa imagen de racionalidad exclusiva. Por el contrario, los argumentos racionales sustantivos, parecen carecer de cualquier tipo de racionalidad en los debates contemporáneos sobre el Estado del Bienestar. Los defensores (aunque sea desde una perspectiva crítica) de un Estado de Bienestar tienden a sentirse ‘fuera de lugar’ a la hora de exponer sus razones —sus argumentos racionales—. Se trata de una victoria más de la racionalidad formal que, como bien señala Weber (ibíd.: 72), tiende a imponerse a largo plazo sobre los principios provenientes de la racionalidad material (sostenida sobre valores).

Pasemos ahora a describir los cambios acaecidos. Para Gregorio Rodríguez Cabrero (2000 y 2003), a lo largo de las dos últimas décadas del siglo XX, se ha producido un profundo proceso de *reestructuración del Estado de Bienestar*. Se trataría de una transformación institucional compleja, de curso dilatado en el tiempo —de hecho, inacabada— que correría paralela a una secuencia de *reconstitución de la sociedad civil*²⁸ (Rodríguez Cabrero, 2003). Estamos ante la aparición de un nuevo modelo de producción de bienestar, más descentralizado/plural, asociado a un nuevo arreglo institucional: “puede afirmarse que estamos ante la construcción de una nueva configuración institucional en la producción y distribución del bienestar en la que sus esferas constitutivas básicas —estado, mercado, tercer sector y el nivel informal— están redefiniendo sus funciones y,

sobre el espacio social público, superan el ámbito de lo privado íntimo). Es entonces absolutamente adecuado percibir las organizaciones voluntarias como “nuevas formas de gestión de lo público” (REVILLA, 2001: 31). De ahí, que hayan aparecido en la literatura conceptualizaciones mixtas del tipo ‘*privado público*’ (GINER, 1995: 21; GINER Y SARASA, 1997: 220; REVILLA, 2001: 27 y ss.), o ‘*privado social*’ (DONATI: 1999: 105), e incluso referencias a lo ‘*público no estatal*’, acepción esta última que se presenta menos confusa.

²⁸ Por su parte, GINER Y SARASA (1997: 216) se refieren a la *reestructuración de la sociedad civil*, asociada a la proliferación de asociaciones voluntarias.

en consecuencia, su peso social y económico” (ibíd.). Es importante constatar que la reestructuración del Estado de Bienestar no es, en ningún caso, resultado de un proceso social ‘espontáneo’. La identidad intencional e ideológica asociada a esta transformación está muy marcada, sin que ello suponga minusvalorar el importante papel jugado por la estructura social en su conjunto y la coyuntura económica en particular. Nada tan planificado y calculado desde el propio Estado como el cambio de su papel en la provisión de bienestar, durante las últimas dos décadas y media.²⁹

Atendamos a la lógica de esta profunda transformación. Afirma L.E. Alonso (1996a: 107) que “para recuperar su funcionalidad en la acumulación, el nuevo Estado debe convertirse [...] en una instancia, más que «redistributiva» en el sentido keynesiano, en una instancia *reorganizativa*, donde su eficiencia económica debe de superar cualquiera de sus objetivos sociales y además debe de ser *barato*, en el sentido de no drenar recursos al relanzamiento del crecimiento económico”. Así pues, asistimos a una profunda transformación del campo del bienestar público y a “la aplicación en este campo de los criterios de racionalidad económica vigentes en el mercado. Esta aplicación, y los criterios de eficiencia y racionalidad correspondientes, hace dominante un modelo de bienestar de la austeridad, cuya racionalidad y eficiencia se miden en términos de ahorro de los recursos. A este parámetro le corresponde una ética: la ética de la escasez y de la frugalidad de los servicios” (Leonardis, cfr. Alonso, ibíd.: 108). Queda de esta manera clara la transición desde un enfoque racional sustantivo a otro formal/economicista. En ese contexto, se abre paso, el ideal de una administración pública ‘habilitadora’ más que proveedora directa de servicios (Breña, 1997: 13), aunque siempre conservando una capacidad prácticamente absoluta con respecto a la planificación y diseño de la oferta de servicios. En definitiva, el Estado escoge (y restringe) su papel en la prestación directa de servicios, y fomenta, e incluso ‘fuerza’, el papel del resto de instancias (especialmente del mercado y del tercer sector), a través de la subcontratación de servicios, y por supuesto, a través de la financiación y regulación legislativa de las actividades del sector asociativo.

Concretemos ahora —tomando como guía las aportaciones de Rodríguez Cabrero (2000 y 2003)—, los principales rasgos que definen el proceso de reestructuración del Estado de Bienestar. A pesar de que tal reestructuración implique una tendencia progresiva hacia la contención —o el ‘adelgazamiento’—, no se puede hablar en sentido estricto, de un proceso de ‘desmantelamiento’ del Estado de Bienestar (si bien es cierto, que la presencia del Estado en la prestación de servicios directos se contrae sensible-

²⁹ Sin embargo, para DÍEZ RODRÍGUEZ (1999: 94), el Estado recurriría al argumento de la existencia de ciertas condiciones exógenas y objetivas, que forzarían la reestructuración del modelo del Estado del Bienestar: “...la desresponsabilización del Estado se justifica afirmando que los ciudadanos reclaman un papel más activo en la solución de los problemas que les afectan (la participación se torna consigna del discurso neoliberal)”.

mente en algunos ámbitos). Según Rodríguez Cabrero (2000: 7) podemos diferenciar dos periodos, que concretan dos lógicas relativamente diferenciadas en este proceso. Se perfila una primera fase de ‘reestructuración desreguladora’ (1979-89), y una segunda de ‘reestructuración privatizadora/socializadora’ (1989-99) —fase que se prolongaría hasta nuestros días—. En la primera etapa se produce la asistencialización de las prestaciones sociales, y comienza el auge de las organizaciones voluntarias —paralela a la ‘reconversión’ de los nuevos movimientos sociales—. Con respecto a la segunda etapa, ésta se caracteriza por ser un “período de privatización selectiva y de socialización controlada del Estado de Bienestar” (ibíd.). La privatización implica la expansión de la oferta privada/mercantil con respecto a servicios sociales y pensiones, y al mismo tiempo, también la privatización directa —a partir de la financiación pública (subcontratación)— de servicios públicos dirigidos a los ciudadanos. En cuanto a la ‘socialización controlada’ que se produce en este segundo periodo, está relacionada con la consolidación de la tendencia al crecimiento del sector no lucrativo —y también con el fomento y protección de la esfera informal del cuidado—. Las causas del crecimiento del sector lucrativo son para Rodríguez Cabrero diversas: “las presiones del Estado por descargar y abaratar servicios, las de la sociedad civil por generar nuevas fuentes de empleo, y una mayor proximidad de los servicios, por mencionar algunas” (ibíd.).

Los procesos de privatización y socialización afectan de manera diferenciada a los distintos estratos sociales. Así, la mercantilización afecta y se dirige fundamentalmente a la producción de servicios dirigidos hacia las clases medias urbanas (capaces de generar una demanda solvente, por ejemplo, en el mercado de servicios sanitarios, educativos, etc.; sin olvidar los servicios financieros como los planes de pensiones); mientras que los sectores sociales más desfavorecidos —esencialmente los excluidos del empleo, y en ese sentido, excluidos de los derechos sociales plenos— ven frecuentemente asistencializadas las prestaciones que reciben; siendo éstas cada vez más, gestionadas a través de los programas de las organizaciones voluntarias. (ibíd.: 10). En términos generales, nos encontramos con un modelo de producción de bienestar más pluralista o diversificado, pero, como contrapartida clara, los derechos sociales —aunque no se cuestionan como tal, al menos desde una perspectiva formal—, se han visto debilitados (ibíd.: 8) —al ser entendidos cada vez menos como derechos subjetivos de carácter universal—.

Sinteticemos las características asociadas al proceso de reestructuración del Estado de Bienestar (Rodríguez Cabrero, 2003). En primer lugar, encontramos expresado un *universalismo contenido* o debilitado, asociado a la asistencialización de las prestaciones sociales. En segundo lugar, podríamos referirnos al desarrollo de un *particularismo social*, caracterizado por el desarrollo políticas sociales con una orientación grupal o categorial (mujer, juventud, etc.). Y por último, observamos un proceso de *remercantilización de los derechos sociales* vinculado su debilitamiento y precarización. Esta remercantilización to-

maría “la forma pura y dura de la *privatización* de buena parte de los servicios sociales...” (Alonso, 1996a: 111). En definitiva, encontramos una reducción de la intensidad protectora, una asistencialización de los servicios y prestaciones, y por último, un endurecimiento de las condiciones exigidas —a través de pruebas de medios— para el acceso a los servicios y prestaciones. La percepción de éstos últimos, toma cada vez menos la forma de un derecho reconocido (producto de una solidaridad institucionalizada), para plantearse cada vez más como la concesión de una gracia (vinculación que se fortalece cuando es una organización no lucrativa quien ofrece estos servicios, al dominar su proyección moral).

A pesar de la descentralización en la producción del bienestar, el Estado mantiene su posición de máximo financiador del bienestar, si bien se convierte progresivamente en “un comprador de servicios” (Rodríguez Cabrero, 2000: 12), bien a partir de la ‘subcontratación’ directa de servicios sociales, a través del recurso a empresas mercantiles, o bien mediante su ‘externalización’ —por medio de subvenciones, convenios, etc.— proyectada a través del tercer sector. El vuelco hacia los productores de bienestar no estatales, está muy vinculado al objetivo de la contención del gasto social, pero aunque los ‘costes de mercado’, y sobre todo los del tercer sector, están muy por debajo de los ‘costes de estado’, encontramos una preocupante contrapartida en el descenso de la calidad de los servicios prestados, la disminución de la intensidad de la protección y el debilitamiento de la universalidad de los derechos sociales (sin olvidar la precarización de la situación laboral de los profesionales vinculados a la asistencia social).

Además de encontramos con un Estado de Bienestar de carácter más asistencial, desde un punto de vista fiscal se consolidan políticas mucho más regresivas (ibíd.: 9). Se produce un refuerzo de la imposición indirecta (fundamentalmente sobre el consumo), y un simultáneo debilitamiento de la progresividad de los impuestos que gravan directamente la renta de los ciudadanos; este tipo de impuestos ven, además, reducido significativamente el porcentaje de sus tipos máximos. Los efectos redistributivos derivados de los impuestos directos con una marcada progresividad son minusvalorados, y se insiste sobre sus efectos económicos perniciosos (desaceleración de la economía, etc.), también se indica que esta redistribución de rentas beneficia en gran medida a sujetos que no se lo merecen. De esta manera, estas reformas fiscales favorecen y refuerzan el recurso de las clases medias profesionales al mercado para adquirir bienes y servicios (lo que provocaría además una progresiva desafección de estas clases con respecto al Estado de Bienestar), y fuerzan una progresiva asistencialización y reducción de la cuantía y e intensidad —y por tanto de los costes derivados— de la protección de los segmentos más desfavorecidos de las clases bajas (política social que abandonaría toda lógica redistributiva, entendiendo que la mejor redistribución es la que proporciona el mercado a partir del esfuerzo individual). La solidaridad institucional se debilita (cada individuo debe ser responsable de su bienestar, y demostrar merecimiento en situaciones de

carencia), en favor de una solidaridad voluntarista individualizada. Precisamente ahí es donde se incorpora el voluntariado como una pieza relativamente importante en el nuevo puzzle del bienestar social.

La participación social en su conjunto —y el voluntariado en particular— estaban absolutamente al margen de las líneas estratégicas de las políticas sociales (de la producción de bienestar) a lo largo del periodo de estabilidad del Estado de Bienestar. Su contribución en la producción de servicios directos era mínima (no fue nimia, sin embargo, su aportación, a través de la acción de los nuevos movimientos sociales, a la universalización y profundización de ciertos derechos sociales). A partir de los ochenta, y sobre todo durante los años noventa del pasado siglo, la tendencia cambia radicalmente (cambio asociado a la reestructuración del Estado de Bienestar). La participación —en su vertiente voluntaria formalizada, y como prestadora de servicios— se ha reintroducido con fuerza en las nuevas políticas del bienestar como un agente de intervención privilegiado. En este contexto, a las organizaciones voluntarias se les pasa a atribuir (el Estado) una doble función. En primer lugar la producción de servicios baratos para grupos de riesgo o excluidos. Nos encontramos con una marcada “...transferencia por parte del Estado al sector no lucrativo de aquellos colectivos marginados con una escasa capacidad de movilización, baja productividad política y alto coste económico” (Rodríguez Cabrero, 2000: 12-13). En segundo lugar, las organizaciones voluntarias se configuran como un espacio formalmente desideologizado —de fácil difusión social— de legitimación política y de desactivación de tensiones sociales (ibíd.: 11).

No obstante, la transferencia estatal de la producción de servicios para los colectivos sociales más desfavorecidos presenta algunos puntos oscuros. Uno de los problemas que más se apuntan cuando se evalúa la intervención y el desarrollo de los programas de las organizaciones voluntarias, es su limitada capacidad de acción, si es que la comparamos con la del Estado. En palabras de Petras (2000: 105), “las ONG no tienen capacidad para ofrecer los amplios programas a largo plazo que el Estado del bienestar puede proporcionar. En su lugar, las ONG dispensan servicios limitados a los que sólo acceden pequeños grupos o comunidades”. Desde las organizaciones voluntarias, es difícil estructurar un modelo de intervención universalizada que garantice unos derechos sociales reconocidos. Tal apreciación no implica negar que, al mismo tiempo, su configuración ‘limitada’ las habilita frecuentemente para llegar allí donde no lo hace el Estado, prestando, asimismo, una atención mucho más humana —cercana y personalizada—. Ahí es donde encontramos su mayor potencialidad. Alonso (1998b: 167) cierra el diagnóstico de las dificultades que afectan a las organizaciones voluntarias, al observar que “su fragmentación, su falta de control, su confusión, el excesivo peso que se le ha dado para generar y paliar objetivos sociales para los que en este momento ni están preparadas, ni están financiadas suficientemente, son factores que están creando, en

ciertos puntos, un panorama desolador, entre el escándalo de algunos casos y la insatisfacción de sus actuaciones en otros...”.

La fórmula del voluntariado vuelve *necesariamente* al modelo de la asistencia graciable propio de la caridad y la filantropía, lo que difícilmente puede asociarse con un avance real en la provisión de servicios sociales, máxime cuando al tercer sector se le encomienda en régimen de exclusividad la atención de ciertos colectivos, y cuando éstos son los más vulnerables socialmente.

CAPÍTULO 5

EL VOLUNTARIADO COMO CONCEPTO: AMBIGÜEDAD E INDETERMINACIÓN POR INCLUSIÓN

5.1. APROXIMACIÓN AL CONCEPTO

En nuestra aproximación sociológica al voluntariado, un elemento de importante consideración es el propio concepto ‘voluntariado’, máxime, en tanto en cuanto tal término ha devenido en los últimos años en elemento central de los discursos sociales sobre participación social. Para que culminara tal proceso, ha sido necesaria una cierta *reconstrucción* de la significación social del concepto¹ y por supuesto de las prácticas asociadas al mismo. Desde estas líneas, abordaremos esta reconstrucción —verdadera ‘dilatación’— significativa, y el paralelo proceso de difusión social que ha alcanzado el concepto ‘voluntariado’ durante los últimos tiempos (circunscrito el análisis al caso español, si bien la tendencia parece apuntar hacia un movimiento más amplio). Partimos de la constatación de la máxima identificación social de la práctica del voluntariado con las iniciativas de la sociedad civil. De esta manera, el voluntariado aparece como arquetipo

¹ Un ejemplo anecdótico, pero que ilustra claramente la *transformación del sentido socialmente atribuido* al término ‘voluntariado’ durante los últimos años —en el caso español—, se deriva de la propia experiencia personal. Al iniciar las primigenias labores de delimitación y esbozo conducentes a la elaboración este trabajo (aún en la primera mitad de los noventa), todavía una parte importante de aquellos que escuchaban el tema propuesto (dentro del ámbito universitario), pensaban rápidamente en el referente militar (servicio militar voluntario), y otros dudaban, requiriendo de una explicación adicional que contextualizara y centrara el concepto ‘voluntariado’. Sin embargo, dada la reconstrucción y penetración social del concepto ‘voluntariado’, en estos momentos se hace innecesaria toda acotación, dominando socialmente el *sentido ‘participativo’* que atribuimos al término en estas páginas (al margen de que la desaparición de la *mili*, facilite hoy en día un uso ‘unívoco’). Desde principios/mediados de los ochenta, en el que el término se generaliza exclusivamente en el ámbito asociativo (aplicado fundamentalmente en el sector de la acción social), hasta nuestros días, se ha producido un *proceso de difusión y cristalización social* —discursiva— de este nuevo referente social: el ‘voluntariado’. Se ha pasado, como afirma S. MORA (1996: 115) “de la opacidad a la mitificación”, como parte de esta “redefinición” (ibíd.) social.

y máximo exponente de la misma. Tampoco podemos olvidar el recurso sistemático al concepto por parte de las administraciones (grandes responsables de su difusión social) a la hora de fomentar y demandar la participación social de los ciudadanos —conceptualizándola fundamentalmente desde una óptica del recurso: como fuente de servicios sociales—.

El ‘voluntariado’ como concepto —como elemento (central) del discurso social sobre la participación— proporciona una organización particular del sentido de una práctica social, la denominada acción voluntaria. Es por ello, que para comprender la propia acción voluntaria sea imprescindible profundizar en el análisis del concepto ‘voluntariado’. Como indican Canales y Peinado (1994: 288), “La práctica social no es nunca, tan sólo discursiva; pero toda práctica social necesita del discurso, de una organización particular del sentido [...]. Entre las prácticas sociales y su discurso hay siempre una interacción; el segundo no es mera emanación de las primeras, sino que retorna sobre aquellas; lo que, entre otras cosas, significa que el cambio social no es ajeno al sentido...”. Aunque más adelante se analiza el ‘discurso’ del voluntariado y sobre el voluntariado, trabajar sobre el propio concepto nos permitirá una primera aproximación cualitativa al fenómeno voluntario, dado que como bien apuntan Montañés *et al.* (1996: 17) “definir la realidad es construirla”, y la ‘elección’ social del significante es parte de esa definición.

En cuanto a los antecedentes del uso moderno del término ‘voluntario’, parece que debemos retrotraernos a los tiempos de la Revolución Francesa, momento histórico en el que se le confiere un sentido militar; más concretamente, se denominaba voluntarios a aquellos ciudadanos que —a partir de 1791— integraban los batallones que se enfrentaron a las fuerzas contrarrevolucionarias (Callejo, 1999: 51). A partir de ese momento, se funda una fuerte identificación del sustantivo ‘voluntariado’ con una significación militar, sentido social atribuido, que en el caso español, dominará hasta comienzos de la década de los noventa. A partir de este momento —si bien, la tendencia arranca desde principios de los años ochenta—, la significación militar es desplazada definitivamente en los discursos sociales por la identificación con una ‘modalidad’ de participación social de la ciudadanía.

Antes de ir más allá, podemos comenzar nuestra aproximación al concepto a través del diccionario de la RAE, valiosa herramienta sociológica, en tanto en cuanto, en él, encontramos un exhaustivo compendio de los diferentes sentidos —*cristalizados* socialmente— a los que se hallan asociadas cada una de las palabras del castellano. Por ello, resulta especialmente esclarecedor constatar que el diccionario no incorpora de manera directa el sentido participativo del término ‘voluntariado’, de ahí se deduce su reciente resignificación social. Si revisamos la definición que se ofrece de *voluntariado*, nos encontramos con tres distintas acepciones: a) alistamiento voluntario para el servi-

cio militar; *b*) conjunto de los soldados voluntarios; *c*) por extensión, conjunto de las personas que se ofrecen voluntarias para realizar algo. Como muy bien apunta la tercera acepción, tan sólo *por extensión* o extrapolación de su significado militar, podemos referirnos al voluntariado ‘participativo’².

Con respecto a la entrada *voluntario/a*, que funciona tanto como adjetivo —califica una acción— como sustantivo —identifica y caracteriza a una persona—, resulta también interesante hacer un somero repaso a sus acepciones. En primer lugar, como adjetivo: *a*) dicese del acto que nace de la voluntad, y no por la fuerza o necesidad extrañas a aquella; *b*) que se hace por espontánea voluntad y no por obligación o deber; *c*) que obra por capricho. El marco de referencia del adjetivo ‘voluntario’ es más amplio y abstracto (se abre a todo tipo de actividad humana) que el del término ‘voluntariado’. En las acepciones señaladas se resalta fundamentalmente la posibilidad —desde una perspectiva individual— del ejercicio pleno de la *libertad* a la hora de actuar (independientemente de las constricciones sociales). En definitiva, se apunta a la *voluntad* individual como factor todopoderoso —pura potencia— inspirador/posibilitador de la libertad humana (si queremos, del albedrío). Así pues, la definición de la RAE nos sitúa en la pista de la *voluntad* como atributo individual, resaltando la plena soberanía (y responsabilidad) individual frente a los actos, alejándose del horizonte de la restricción: del deber o de la obligación.

Consideremos finalmente las dos acepciones de ‘voluntario’ como sustantivo, éstas necesariamente se alejan de la abstracción y concretan sociológicamente el concepto: *a*) soldado voluntario; *b*) persona que, entre varias obligadas por turno o designación a ejecutar algún trabajo o servicio se presta por propia voluntad, sin esperar a que le toque su vez. De nuevo, la definición no alcanza plenamente el sentido participativo que socialmente se le atribuye, pero, desde una perspectiva sociológica, introduce un elemento de interesante consideración: voluntariedad/libertad y obligatoriedad/sometimiento no son realidades incompatibles, sino que, por el contrario, coexisten en la realidad social (en ‘fórmulas’ de arquitectura variable), donde los márgenes de libertad se hallan siempre limitados. Así, es perfectamente posible ser voluntario/a en un contexto en el que el ejercicio de la libertad se encuentra fuertemente constreñido por la estructura social (a pesar de la voluntad de los individuos); incluso, se puede ser voluntario/a para hacer algo completamente obligatorio e ineludible, el ejercicio de libertad se limita a elegir el momento. Ciertamente, la definición de la RAE se pliega perfectamente a la circunstancia de un servicio militar obligatorio —que indudablemente la inspira de manera directa—, pero, si bien no es directamente aplicable al contexto de nuestro voluntariado participativo (en el que la obligatoriedad, desde un punto de vista

² En la última edición del diccionario de la RAE (de Octubre de 2001), se ha suprimido de la definición la locución ‘por extensión’, lo que apunta al reconocimiento —implícito, que no explícito— de la autonomización del voluntariado participativo de su matriz militar.

normativo, salvo excepciones, está ausente³), nos permite ‘poner entre paréntesis’ la voluntad individual como garantía absoluta de libertad, y nos posibilita devolver al voluntariado a su matriz social, que lo condiciona profundamente.

5.2. EL VOLUNTARIADO: EL VÍNCULO ENTRE LA VOLUNTAD Y EL INDIVIDUALISMO

El presente estudio, como todos los que pretendan una aproximación sociológica al voluntariado, se encuentra atrapado en un aparente contrasentido. Javier Callejo (1999: 51) llama la atención sobre la paradoja de intentar ‘explicar’ el voluntariado desde una disciplina, la sociología, “...que no cree en la voluntariedad y sí en las determinaciones sociales de las acciones...”⁴. Pero, como hemos señalado, se trata tan sólo de una aparente paradoja, puesto que gran parte de la realidad social es un espacio ‘gris’ (de intensidad variable) en el que se entremezclan de manera intrincada la determinación social y el ejercicio de la voluntad/libertad individual⁵ (elemento este último, usualmente más consciente para el sujeto social). Como se ha reiterado, ningún fenómeno social es ajeno al marco sociohistórico en el que se produce, y de ahí se desprende que toda acción social ‘nominalmente’ voluntaria está condicionada (más que determinada). En ese sentido, y para resolver el aparente contrasentido, es necesario diferenciar entre el nivel de lo ‘nominal’ y de lo ‘real’. Dicho de otra manera, que la acción social voluntaria, se denomine —socialmente— exclusivamente a partir de su componente volitivo⁶, no niega su condicionamiento social, pudiendo existir otras prácticas sociales que se acerquen mucho más a lo que entenderíamos como una ‘pura’ expresión de la volición. Aún siendo sociólogos, debemos reconocer que las determinaciones sociales no son absolutas y que el componente individual, aunque ‘enmarcado’, no puede eliminarse, en ningún caso, de las dinámicas sociales.

La denominación como ‘voluntariado’ a un determinado tipo de prácticas sociales, nos remite a la volición y a la libertad individual como elementos centrales y deter-

³ Aunque, como se tratará en el epígrafe 5.5.1, situaciones como las introducidas por el contrato de voluntariado, pueden suponer una cierta ‘obligatoriedad’ en la práctica voluntaria.

⁴ Una articulación clara de este ‘principio central’ para la sociología, la encontramos en la obra de TÖNNIES (1979: 174-175).

⁵ ARENDT (2002: 260) señala el “inevitable nexo de la voluntad con la Libertad [...], la noción de una voluntad no libre es una contradicción en los propios términos”, pero al mismo tiempo, es consciente de que la sociedad, y más concretamente las comunidades políticas, “construyen de un modo u otro, la libre voluntad de los ciudadanos” (ibíd.: 433). La misma autora hace también referencia a la ‘individuación’ que tiene como origen a la voluntad: “...el «sentimiento» de mi estar aparte, de mi aislamiento con respecto a todos los demás, se debe a la voluntad libre, nada ni nadie puede ser responsable de ello, excepto yo mismo” (ibíd.: 429). Así, la voluntad aparece como una facultad reflexiva, referida a sí misma (ibíd.: 430).

⁶ Aunque frecuentemente se adjetiva para concretar el objetivo de su acción: voluntariado social, voluntariado ecológico, voluntariado cultural, etc.

minantes en la concreción de acción social voluntaria. Sin embargo, el argumento del anterior párrafo nos remite a la debilidad de la ‘voluntad’ como presupuesto central y definitorio del voluntariado, a no ser, que la concibamos en pie de igualdad con el condicionamiento social. La libertad de la acción social voluntaria es relativa⁷, y el elemento volitivo es ampliamente compartido con un amplio (y heterogéneo) repertorio de prácticas sociales. Con el término ‘voluntariado’ se resalta la *voluntariedad* de la acción, esto es, su no obligatoriedad, pero, cabría preguntarse como lo hacen Montañés, R. Villasanté y Alberich (1996: 18) qué actividades sociales no se hacen voluntariamente. En general, las actividades que hacemos ‘obligados socialmente’ son asumidas voluntariamente: trabajar, estudiar para un examen, cuidar a la prole, entre otras⁸. Así que, como expone Antonio Madrid (2001: 123), la voluntariedad termina siendo “tan genérica que parece ser excesivamente vaga en la especificación de un sujeto o una actividad”⁹. Montañés (1996: 13) añade que “el hecho de emplear el significante de voluntariado para definir a quienes realizan determinadas actividades, supone poner la participación en sí misma como eje principal de la actividad y dejar en segundo plano el contenido de la actividad —y el sentido de la misma, añadiríamos nosotros—, el cual es *concretado* por instancias «semiocultas» en las que la persona voluntaria apenas participa y de las que desconoce su estructura y funcionamiento, así como los criterios que siguen en el diseño de los programas”.

⁷ Incluso en algunos casos, realmente esperpénticos, la práctica del voluntariado se hace paradójicamente obligatoria. Así, por ejemplo, los alumnos del *Centro Universitario Francisco de Vitoria*, deben de completar a lo largo de su carrera 150 horas de voluntariado como *actividad obligatoria* para la obtención de la correspondiente titulación. El voluntariado es transformado en una nueva asignatura del currículo académico (si ‘echamos cuentas’, unos tres créditos anuales para titulaciones de cinco años), convirtiéndose de esta manera en un verdadero ‘obligatorio’. Evidentemente, entre el alumnado de este centro, las motivaciones de carácter altruista se supeditan necesariamente a los objetivos académicos. Tal expresión de colaboración social obligatoria (quizá esta sería la denominación más adecuada) conceptualizada como voluntariado, nos remite al hecho —ni mucho menos excepcional— de que en ciertas organizaciones han venido contabilizando como voluntarios, a los objetores que realizaban —obligados, claro está— la *Prestación Social Sustitutoria*. Al hilo de esta situación podemos señalar que incluso algún autor, ha llegado a incorporar en su trabajo de campo a algún objetor de conciencia, asimilándolo plenamente —de manera reiterada— en su análisis motivacional a los voluntarios/as (*vid.* BÉJAR, 2001b: 30, 42, 97, 108, 150), lo cual supone un grave desenfoque y una evidente confusión de figuras muy diferentes entre sí. La siguiente cita es lo suficientemente elocuente: “se augura un colapso del voluntariado con el fin del servicio militar obligatorio y de la prestación social sustitutoria que, con todas sus insuficiencias, era una vía para ejercer la ayuda informal y desarrollar el hábito de la generosidad” (*ibíd.*: 150-151). Debemos señalar que la Prestación Social Sustitutoria no fue jamás voluntariado (o participación social), ni jamás fue una vía para ejercer la ayuda *informal*.

⁸ En ese sentido, puede ser ilustrativo recuperar la argumentación de H. ARENDT (2002: 260), según la cual “la piedra de toque de un acto libre [...] es siempre que sabemos que podríamos haber dejado sin hacer lo que hicimos realmente”.

⁹ Es por ello que en ocasiones, quizá para concretar más el sentido de la práctica social, se habla de *trabajo voluntario* (FERNÁNDEZ ENGUITA, 1998: 54 y ss.) o de *servicio voluntario* (*Tratado de Amsterdam*, ESPINOZA, 1982).

Si la *voluntariedad* resulta deficiente en la caracterización de la actividad y del sujeto, ello no debe hacernos negar dos potencialidades muy importantes ligadas al término ‘voluntariado’. En primer lugar, el referente volitivo orienta claramente la consideración de la acción social voluntaria en términos de *actividad individual*, lo cual tiene efectos ideológicos, organizativos, y prescriptivos relevantes. Por otro lado, como veremos, esa ambigüedad y laxitud conceptual que inhabilita al voluntariado a nivel descriptivo, le imprime simultáneamente una enorme *potencialidad expansiva* o colonizadora, pudiendo albergar en su seno una gran variedad de prácticas sociales. Esto es, la patente ‘indefinición’ del término, posibilita una paralela flexibilidad y adaptabilidad proclive a la ‘fagocitación’ de un gran variedad de iniciativas sociales de corte participativo (y de los sujetos implicados en ellas), iniciativas entre las que los elementos de identidad compartida se reducen drásticamente¹⁰. Y aunque pudiera parecer contradictorio, dicha fagocitación, implicaría, en multitud de casos, una tendencia hacia el desdibujamiento de los perfiles distintivos de las iniciativas ‘absorbidas’, y por tanto, una homogeneización (ideológica y organizativa) de las iniciativas ‘nombradas’ bajo el epígrafe voluntariado. Son estos, dos aspectos centrales que articularán la exposición de este epígrafe.

Montañés *et al.* (1996: 19) nos recuerdan acertadamente, que aunque el concepto ‘voluntariado’ pueda parecer un tanto vacuo, orienta ideológicamente a quién lo utiliza —y por extensión, añadiríamos nosotros, a lo que es referenciado—. En su opinión, el énfasis en la voluntariedad, expresa una concepción individualista de la sociedad, en la que el factor grupal se diluye. De ahí que los autores defiendan que:

“Al poner el énfasis en la voluntariedad se intenta transmitir una concepción individualista de la sociedad, según la cual todo depende de la suma de las voluntades individuales [...]. Hacer depender la solución de los problemas sociales en la voluntad de las personas implica entender los problemas sociales como problemas individuales^[11] y, por ende, la desigualdad social no como la resultante de los conflictos de la lucha de intereses de clase, género o con la naturaleza, sino tal como el padre de la sociología funcionalista (E. Durkheim) la concebiese, esto es, como el instrumento mediante el cual disminuye el conflicto entre los componentes de la sociedad y se garantiza la solidaridad social. Siendo así los problemas sociales meras inadaptaciones (desviaciones) individuales que han de ser corregidas apelando a la VOLUNTAD de las personas en ambas direcciones, unas para que presten su ayuda y otras para que sean receptoras de los programas asistenciales y educativos dirigidos a mejorar las condiciones de vida y a provocar cambios de valores y actitudes” (ibíd.: 19).

Por tanto, estos autores concluyen que el término ‘voluntariado’ es un concepto ideológicamente orientado, y que, en tal sentido, nos remite a una matriz individualista,

¹⁰ Quedando reducida a la realización de un trabajo gratuito.

¹¹ De ahí que entre los nuevos voluntarios/as domine hegemónicamente una ‘conciencia social’ —paradójicamente— de carácter absolutamente individualizado.

y a un marco interpretativo de corte funcionalista. Son varios los autores que, de manera acertada, confluyen en esta línea interpretativa, y que conceptualizan al voluntariado como un fenómeno marcadamente individualista, resultado, como expone García Inda (2001: 166), de “una clara tendencia a la individualización de las estrategias de participación”. Por ejemplo, MacDonald (1996: 32) se refiere al voluntariado en términos de iniciativa o empresa individual, y A. Madrid (1999: 80; 2001: 117) afirma que el protagonista del voluntariado no es el grupo o la comunidad, sino el sujeto voluntario, destacando en consecuencia en tal fenómeno, la dimensión individual, no la colectiva. Quizá sea Lipovetsky (1994) el autor que más insiste en la atribución de una matriz cultural individualista al voluntariado contemporáneo. Para Lipovetsky (ibíd.: 140) “la cultura neoindividualista no es antinómica con la donación del propio tiempo y con los actos de ayuda y de solidaridad, más bien tiende a favorecerlos”. Es más, Lipovetsky llega a afirmar que la figura típica de tal ‘asociación’ no es otra que el voluntariado.¹² De ahí, que defienda (ibíd.: 144-145) que “el incremento de las aspiraciones neoindividualistas no es la tumba del voluntariado, es su estímulo”. En definitiva, según Lipovetsky (ibíd.: 145) “el voluntariado no escapa al proceso de fragmentación individualista de lo social”.

Como advierte Alberich (1996: 8-9), “...se plantea un modelo de voluntario que, al menos en parte, quiere evitar que las personas que deseen realizar actividades de interés social o general (en definitiva ayudar a los demás) lo hagan no desde su participación colectiva en asociaciones, sino desde su colaboración individual y dirigida desde la administración”. Los poderes públicos, y gran parte de las organizaciones voluntarias (especialmente aquellas de perfil más corporativo), participan de esta concepción individualista. Dejando de lado el papel de la cultura neoindividualista a la que hacía referencia Lipovetsky, son éstas, las instancias que juegan un papel fundamental en el progreso y expansión de este modelo individualizado de participación social, arquetipo que se constituye en torno al sujeto social como unidad central. El Estado, lo promueve a través de sus estrategias de intervención política (v.g.: elaboraciones legislativas, planes de voluntariado, escuelas de formación, publicaciones, subvenciones que privilegian ciertas iniciativas y no otras, etc.).

Por su parte, las organizaciones voluntarias se hallan inmersas en una profunda transformación organizativa, y se estructuran cada vez más en torno a los *individuos* (profesionales, voluntarios/as, usuarios/as), y cada vez menos alrededor de verdaderos proyectos colectivos. Ello implica necesariamente una disolución del papel y contribución de los *colectivos* en la organización (tanto voluntarios/as como ‘receptores’) y un

¹² A lo largo de nuestro trabajo de campo nos hemos encontrado —especialmente fuera del marco asociativo—, gran cantidad de labores individuales, y muchas veces con receptores individuales. El voluntariado aparece fundamentalmente como una acción individual coordinada —y a veces ni tan siquiera eso: por ejemplo en el caso de programas de acompañamiento domiciliario—, pero la acción grupal/colectiva tiene una fuerte marca de excepcionalidad en el universo del nuevo voluntariado.

paralelo reforzamiento del de los *individuos*. Esta transición hacia un nuevo modelo organizativo, que gira en torno a la implementación de modelos de gestión eficaz —de *productividad individual*—, supone en muchos casos una tendencia hacia la instrumentalización de la fuerza de trabajo voluntario, que pasa a estar crecientemente organizada en torno a tareas o ‘puestos de trabajo’ de carácter individual. En otros casos, podemos encontrar grupos de existencia coyuntural o efímera; verdaderos ‘simulacros’ de grupo, porque en realidad no existe una acción colectiva, sino tareas coordinadas funcionalmente en las que intervienen varios voluntarios/as. Dicho de otra manera, se debilita el hacer/intervenir en grupo, para pasar a hacer individualmente coordinado con otros.

Asimismo, el debilitamiento del grupo en la acción voluntaria, termina por potenciar necesariamente la importancia concedida por las organizaciones voluntarias al adiestramiento formalizado del voluntario/a previa al desarrollo de la actividad. En un modelo de acción colectiva, la adquisición formalizada de conocimientos, no es un aspecto crítico para el funcionamiento del proyecto. Usualmente (sin eliminar otros posibles cauces) se aprende de —y con— los demás a través de la acción; se trata de una formación verdaderamente práctica generada *in situ* —a través de un hacer grupal—. Sin embargo, en un modelo de intervención individualizada, característica del nuevo voluntariado, se hace necesario adquirir las destrezas antes de ‘enfrentarse’ al receptor, porque en muchos casos, el voluntario/a lo hará en solitario, o en el caso de existir el posible acompañamiento tutelar al ‘novato’ se reducirá a un breve lapso de tiempo. Esto explicaría la hiperinflación de lo formativo en las organizaciones voluntarias durante los últimos años, y la enorme importancia que conceden éstas a la adquisición formalizada y previa de conocimientos relacionados con la intervención del voluntario. Así, la creciente centralidad de la formación en las iniciativas voluntarias sería un correlato —entre otros factores— de la individualización creciente del modelo de acción.

En términos generales, en las organizaciones voluntarias, la dimensión participativa de la acción voluntaria ocupa un lugar secundario en la conformación de los procesos organizativos. Los distintos departamentos o programas integrados en la entidad tienden solicitan voluntarios/as, por su valor como fuerza de trabajo —o por su capital humano, si adoptamos un equivalente conceptual no marxista—. El *modus operandi* suele responder a la siguiente secuencia; en primer lugar se crea/define el puesto voluntario, se le dota de un contenido, y sólo después, se busca la persona adecuada para cubrirlo. En ese sentido, la participación (o la iniciativa social) no genera la tarea, sino que la necesidad funcional de la organización la que crea el puesto de trabajo voluntario. Incluso en el hipotético caso de una avalancha de sujetos voluntarios, la definición del puesto siempre es previa. Este modelo no es generalizable —sobre todo cuando descendemos al pequeño asociacionismo—, pero ilustra muy bien la posición dominante del voluntario como relleno funcional —e individualizado— de la organización voluntaria.

En el modelo dominante de voluntariado (soslayando la consideración del segmento marginal grupal-asociativo), frecuentemente el voluntario/a sólo entra en contacto con otros voluntarios/as a través de reuniones de coordinación o cursos de formación¹³. En muchos casos, sólo alrededor de estos encuentros planificados —más que durante el desarrollo de los mismos—, en los intersticios no formalizados —esperas, descansos, etc.—, se llegan a formar verdaderos grupos de voluntarios/as, si bien, unidos en gran medida por el componente lúdico y amistoso (grupos de ocio), no siendo grupos de voluntarios/as constituidos a través de la intervención colectiva. Incluso en ocasiones, los encuentros formales entre voluntarios/as de las organizaciones, funcionan realmente como simples encuentros de finalidad ociosa, aunque se oferten con finalidad formativa u otras.

En general, la relación entre los voluntarios/as es fluida y cordial, pero eso no significa la aparición sistemática de una relación personal —que implicaría a los voluntarios/as como personas ‘completas’—. Frecuentemente existe un buen trato, pero de carácter ‘superficial’ —con un componente afectivo mínimo—¹⁴, dado que responde a una relación estrictamente funcional o a un ‘adosamiento’ espacial precario y fugaz¹⁵. Cuando surge la relación personal, usualmente no se trata de un vínculo desarrollado durante y a través de la acción voluntaria sino en torno a esta actividad¹⁶. La hiperfragmentación de la acción en unidades de tiempo y espacio diferenciadas, contribuye a individualizar y despersonalizar la acción voluntaria. Los programas se integran y articulan exclusivamente desde una óptica organizativa y no personal. En la marcha del programa, suelen existir pocas reuniones de coordinación que incorporen al voluntario/a (muchas veces, ni tan siquiera existen); de esta manera la acción voluntaria se reduce

¹³ Situación que encontramos ilustrada, entre otras, en nuestras entrevistas V2, V4, V7, V12, V16.

¹⁴ En algunas entrevistas, los voluntarios/as tienen grandes problemas para referirse concretamente a algún otro voluntario/a —bien no los conocen físicamente, o se trata de contactos fugaces, formales y anónimos que impiden saber ‘algo’ de la otra persona—. “Pero a nivel personal es tanto que *no sé como se llama* con nombres y apellidos [...]. No sé, con la que trabajo yo habitualmente que *coincido en horas*, [no sé] ni dónde tiene su bufete a nivel personal” (GD6). Nos encontramos ante una mera coincidencia espacio-temporal, no se trata de hacer con alguien, sino de un hacer yuxtapuesto a alguien.

¹⁵ “No terminas de conocer a una persona... Es decir, el trato es muy bueno, muy agradable... como... pues estás haciendo una misma tarea, *te coordinas muy bien* [...], se te trata bien, tienes aprecio y tal, pero luego, *no conoces a la persona*. Es como con la facultad, hasta que no te vas de juerga, de cañas por ahí, y te pillas una buena ‘tranca’... [...] pero luego el ambiente es muy bueno” (V3). Esta cita ilustra como el dominio de la dimensión funcional limita la profundización del vínculo personal. Sólo cuando se trasciende —aunque significativamente circunscribiéndolo exclusivamente a lo ocioso-festivo— aparece lo expresivo/afectivo. La voluntaria busca razones para explicar el vínculo superficial: “es que, no hay tiempo” (V3). La reducción de la colaboración voluntaria al desempeño de la tarea, limita otros posibles ámbitos de interacción asociativa.

¹⁶ Por ejemplo, una de las voluntarias entrevistadas señala el tiempo de transporte como el intervalo privilegiado de interacción: “como en la vuelta para acá siempre venimos juntos, pues en el autobús comentamos” (V2).

exclusivamente a la intervención directa sobre el receptor¹⁷. En ocasiones, incluso ciertas tareas que en principio se definen como de realización colectiva, terminan llevándose a cabo de manera individual.¹⁸

La organización individualizada, posibilita, por otro lado, un voluntariado ‘a la carta’ —ser voluntario/a cuándo se quiera, y cómo se quiera, rellenando así los ‘huecos’ definidos previamente en la ‘plantilla’ por la organización—. Tal modelo maximiza formalmente la libertad de los voluntarios/as en la definición de su compromiso y tarea (si bien, se hallan constreñidos por la estructura del puesto y la tarea, delimitados a priori), y al mismo tiempo, por su ‘geometría variable’ con respecto al compromiso —junto a la desideologización formal de las organizaciones—, permite maximizar el colectivo de potenciales voluntarios/as. Las organizaciones necesitan regularizar y distribuir homogéneamente la fuerza de trabajo voluntario, y para ello, nada mejor que el trabajo voluntario articulado individualmente. Además, el voluntariado ‘a la carta’, concretado las más de las veces en una colaboración puntual —en una departamentalización infinitesimal del tiempo y de las tareas del voluntario/a—, provoca con frecuencia una sensación de ‘descuelgue’ con respecto al programa¹⁹. Desde la colaboración puntual, es difícil hacerse una idea de conjunto de lo que se está haciendo, de la marcha del programa y de la organización en su conjunto. La fragmentación funcional elimina el sentido y la identidad con el proyecto. Por eso la adscripción del voluntario/a tiene que ser en estos casos —salvo excepciones— necesariamente superficial.

No obstante, en sus elaboraciones discursivas formales, tanto la administración como las organizaciones voluntarias tienden a asociarse con aquellas interpretaciones —extremadamente abundantes en la literatura— que fijan el voluntariado a una matriz social de carácter comunitario. Curiosamente, sólo parece legítima una promoción de la participación social en clave comunitaria (tan reiterada como ficticia). Existiría pues, un cierto recelo, o incluso podríamos hablar en términos de tabú, a la hora de reconocer la matriz individual que fundamenta el nuevo voluntariado. Sin embargo, en el caso de los poderes públicos, es extremadamente fácil rastrear tal modelo inspirador. Albarracín *et al.* (1999) señalan certeramente que la Ley del Voluntariado de 1996 plantea en términos plenamente abstractos e individualistas el ejercicio del voluntariado. Recurramos al texto de la propia ley para ilustrar tal aserto. Encontramos que “el voluntariado es expresión de solidaridad desde la libertad [...] de los ciudadanos a expresar su compromiso

¹⁷ En los infrecuentes casos en los que el voluntario/a participa en reuniones de coordinación, la realización de estas, tiene un cierto carácter azaroso: “nos reunimos una vez al mes, luego el mes siguiente no... luego...” (V14).

¹⁸ Por ejemplo, en la entrevista V14, la voluntaria nos comenta que llevan un diario de campo que deberían redactar conjuntamente, pero sólo lo hacen individualmente, al respecto se comenta: “la calle te ocupa demasiado tiempo”.

¹⁹ “Te descuelgas mucho [...], yo me veo un poco perdida” (V1).

solidario a través de los cauces que mejor se acomoden a sus más *íntimas motivaciones*²⁰. Hacer hincapié en las íntimas motivaciones, eludiendo cualquier ‘explicación’ de la participación voluntaria que pase por lo social, es un indicador extremadamente significativo de la orientación adoptada.

Que las distintas elaboraciones legales no consideren el voluntariado individual, sino el integrado en organizaciones voluntarias, no contradice la opción por un voluntariado individualizado. La ley estatal —de nuevo en su exposición de motivos—, advierte que se “contempla únicamente aquella actividad que se realiza a través de una organización privada o pública²¹”, y más adelante, en el artículo dos, se incide en que “quedan excluidas las actuaciones voluntarias aisladas, esporádicas o prestadas al margen de organizaciones privadas o públicas sin ánimo de lucro”. Pero, realmente el texto no reivindica la *dimensión grupal* del voluntariado, sino su ‘simple’ *organización* en clave corporativa (*funcional*). Una organización, no es necesariamente correlato de una grupalidad fuerte (expresión comunitaria) o un elemento de articulación grupal —aunque en general suponga un marco propicio para la formación de grupos primarios—. Lo que sí garantiza en todo caso la organización —de manera variable—, es la *coordinación* de sujetos y tareas (esa es su función principal)²².

En definitiva, cuando el Estado legisla haciendo hincapié en un modelo ideal de voluntariado ubicado con exclusividad en el seno de organizaciones, lo que busca fundamentalmente es la optimización de los recursos voluntarios —desde una óptica individual—, y también, disponer de una mayor opción de planificación, control y tutela sobre la participación a través de las organizaciones (quizá por ello, en la ley —artículo ocho—, se advierte que las organizaciones “habrán de estar legalmente constituidas...”²³). No encontramos en el legislador una preocupación por evitar una pauta de participación que pueda derivar (en las organizaciones) hacia el simple agregado de sujetos. De ahí, que no exista en el texto de la ley ninguna ‘llamada’ a la participación en

²⁰ Ley 6/1996 de 15 de enero, BOE del 17 de enero de 1996, exposición de motivos (apartado 1). La cursiva es nuestra. Al hilo de esta cita de la ley estatal, apuntamos que compilaciones de legislación y normativa española sobre voluntariado pueden encontrarse en: MINISTERIO DE TRABAJO Y ASUNTOS SOCIALES (1999) y TRUJILLO (2001).

²¹ Hacemos notar que un voluntariado que se ejerce en (o es organizado por) una organización pública, se halla en sentido estricto fuera del tercer sector. ASCOLI (1987: 126) asume la posibilidad de este hecho, y apunta que al superarse los límites del sector voluntario, el voluntariado ha de encuadrarse en el ámbito del fenómeno más amplio que supone la participación.

²² Por ejemplo, el taylorismo y el fordismo, como modelos de organización del trabajo industrial, se basan en la definición y coordinación de puestos de trabajo individual (lo que facilita el control del trabajador), pero el advenimiento de tales pautas organizativas (primer cuarto del siglo XX), no fue incompatible en ningún caso con su aplicación en corporaciones, en general en grandes empresas —más bien, éstas fueron una precondition del modelo—. En definitiva, puestos de trabajo individual y organización corporativa no son incompatibles.

²³ Ello significa, como apunta VELLOSO (1999: 20) que la ley se circunscribe exclusivamente al “voluntariado legal”. Aquél que los poderes públicos conceptualizan como tal.

clave grupal²⁴. Se trata de una diferencia de énfasis realmente importante, dado que no es lo mismo optar por un modelo de participación centrado en lo grupal, que por un modelo de participación que reivindica simplemente la acción del individuo dentro de —coordinado por, y en definitiva, sometido a— la organización (preexistente)²⁵. Optar por el primer patrón no implica negar la organización. Obviamente, los grupos tienden en la mayoría de los casos a organizarse más o menos formalmente (es decir, participación social y coordinación de tareas, funciones y sujetos no son ni mucho menos incompatibles). Pero, en ningún caso es lo mismo que los grupos se autoorganicen, que los sujetos se integren individualmente en organizaciones. También las grandes organizaciones voluntarias se encuadran en esta segunda lógica, que se orienta hacia la búsqueda de nuevos efectivos individuales, y descuida la articulación grupal de la organización y de su intervención social.

Según nuestra apreciación, este nuevo *arquetipo* de voluntariado individualizado, que en el extremo toma la forma de un verdadero *agregado de sujetos yuxtapuestos*, con una dimensión social desdibujada, severamente debilitada, —en ningún caso catalogable como movimiento social—, y donde la preocupación máxima pasa por aumentar los ‘efectivos’ voluntarios, se correspondería coherentemente con una sociedad en la que dominaría una concepción liberal —individualista y reducida— de los derechos económicos y sociales (García Inda, 1998: 19), y en la que “...la lucha por los derechos queda reducida a una conquista individual, que acaba haciéndose depender del mérito y la capacidad personal para reivindicarlos, sin atender a las condiciones sociales que hacen posible esa conquista” (ibídem).

Desde la perspectiva liberal ‘estricta’, el voluntariado aparece fundamentalmente como expresión de la responsabilidad individual, y como perfecto complemento del eficiente mercado. Aplicando la conceptualización de Schmidt (2000), el voluntariado respondería a la deseable *internalización de la responsabilidad individual*, que se contrapondría lógicamente a los —desde su punto de vista— ineficaces mecanismos diseñados para la expresión de la *responsabilidad colectiva* (como por ejemplo, el llamado Estado de Bienestar). El voluntariado se concibe como una muestra —virtuosa— de responsabilidad individual (que no social) para acudir al socorro de los que no son responsables.

²⁴ Quizá porque como expresa GARCÍA CAMPÁ (2001: 139-140), la concepción del voluntariado recogida en la ley de 1996 se articula en torno al desarrollo de actividades de interés social (especialmente en derredor de la prestación de servicios), y no en función de su dimensión participativa. De ahí, que como el propio GARCÍA CAMPÁ (ibídem.: 139) apunta, finalmente “la ley estatal ha definido un voluntariado que participa en la vida social sin ningún papel político”.

²⁵ GARCÍA INDA (2001: 167) presenta una argumentación confluyente con la aquí expuesta. Según este autor, estaríamos ante unas políticas de voluntariado caracterizadas por el individualismo, ya que “su eje en cuanto a la definición de voluntariado, las medidas de fomento y promoción, etc., lo constituye el individuo voluntario, más que la organización, y que más que promover la vinculación social de los individuos —el asociacionismo— se promueve únicamente su colaboración personal en el desarrollo de una actividad”.

Así, la interpretación de la pobreza y la exclusión social se reduce a un simple problema de responsabilidad, en el que el marco social es prescindible; si existe la pobreza, es por la proliferación de sujetos ‘irresponsables’²⁶. Estamos ante una interpretación extremadamente simplista, que en función de las políticas prácticas que inspira, podría ser catalogada de intelectualmente irresponsable. Dejemos que sea el propio Schmitdz, quien clarifique su posición:

“He oído decir que cuando las personas no asumen sus responsabilidades no es totalmente culpa suya. Y si no es totalmente culpa suya, entonces no se les debería castigar por ello. En consecuencia, la sociedad (es decir, otras personas que no tienen ninguna culpa) deben pagar por ello. Esta conclusión no tiene lógica” (Schmitdz, 2000: 31).

“Ninguno de nosotros quiere vivir en una sociedad en la que la gente pase hambre, pero si de verdad queremos ayudar a nuestros conciudadanos, deberíamos detenernos para recordar que la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos son contribuyentes. No van a quedarse atrás. No necesitan nuestra ayuda. Debemos intentar que esto no cambie. Sobre todo, es importante que evitemos trastornar aún más los procesos económicos en virtud de los cuales los ciudadanos corrientes de las sociedades de mercado no necesitan nuestra ayuda” (ibíd.: 37)²⁷

Se trata de una exposición meridianamente clara. El ideal no es otro que una sociedad en la que nadie necesita de nadie (lo que, en el límite, apunta a una disolución de las relaciones sociales, sustituidas por ‘relaciones técnicas’ en el seno del mercado). No parece ser consciente Schmitdz de que su modelo ideal de ‘sociedad’ constituida por un sumatorio de individuos autosuficientes y responsables, constituye en realidad una perfecta negación de lo social²⁸.

²⁶ Así, se produce una “individualización de la pobreza” (PROCACCI, 1999: 33 y ss.); se niega su carácter social, ocultando así que la pobreza es un sistema de relaciones sociales (ibíd.: 37). Se trata de un ejemplo extremo de los desvaríos a los que en ocasiones puede conducir un análisis social construido desde el individualismo metodológico. Dejemos que sea BOURDIEU (1999: 98-99) quien complete la argumentación: “la manera de ser dominante, tácitamente erigida en norma, en realización cabal de la esencia de la humanidad [...], tiende a afirmarse con apariencias de naturalidad mediante la universalización que erige ciertas particularidades fruto de la discriminación histórica (las masculinas, blancas, etc.) en atributos no marcados, neutros, universales, y relega las otras a la condición de “naturalezas” negativas, estigmatizadas. [...] las propiedades distintivas del dominado [...] dejan de parecer imputables a las particularidades de una historia colectiva e individual marcada por una relación de dominación. Y, mediante una mera inversión de las causas y los efectos, se puede así «culpar a la víctima» imputando a su naturaleza la responsabilidad de las desposesiones, las mutilaciones o las privaciones a las que se la somete”.

²⁷ Como era de esperar, no hay cabida para una concepción ambivalente del mercado: como asignador/distribuidor de recursos y riqueza, pero, simultáneamente, generador de desigualdad. El mercado es —desde la perspectiva liberal— simplemente un admirable mecanismo de integración e igualdad social.

²⁸ Como explicita MISHRA (1992: 106) “...no hay nada que se pueda considerar como social en un mundo donde sólo existen los individuos”.

Aplicando de nuevo la conceptualización general de Schmidtz al análisis del voluntariado, éste se configuraría como un factor que reduciría la *responsabilidad externalizada* —claramente negativa para el autor—. Dicha responsabilidad externalizada aparecería cuando “las personas no se responsabilizan de los problemas que causan, o de los problemas en los que se encuentran” (ibíd.: 28). Para Schmidtz “la responsabilidad colectiva como tal no es un problema, pero sí lo es el ansia de externalizar la responsabilidad” (ibíd.). En definitiva, el problema es que la sociedad como totalidad se halle involucrada en la resolución de los problemas sociales (a través de mecanismos ‘impersonales’ —más o menos sistemáticos y automáticos— de redistribución de rentas, etc.). No hay lugar, pues, para los *derechos sociales* que implican necesariamente poner en juego una responsabilización colectiva (en realidad una co-rresponsabilidad).

Desde el liberalismo extremo, se entiende que la intervención social no debe estar socialmente estructurada sino *individualmente orientada*. El ideal de intervención lo encarna la *volición individual* consustancial al voluntariado, que permitiría que tan sólo aquellos que se prestan libremente —y no todos, como sí ocurre en un sistema que reconoce y garantiza ciertos derechos sociales— se involucren en la resolución de los problemas de los individuos socialmente ‘irresponsables’ (que no en la resolución de los problemas sociales, cuya posibilidad, en sentido estricto, se niega). El modelo no es la participación social (siempre colectiva), sino, en puridad, la *participación individual*. Así, se elimina la posibilidad de la ‘peligrosa’ responsabilidad externalizada. Para Schmidtz (ibíd.: 31), el papel de las instituciones debería reducirse a fomentar en los ciudadanos la internalización de la responsabilidad —individual—, aspecto que está profundamente relacionado con la *interiorización* del respeto al *orden social*, lo cual, por añadidura, desvela posiciones ‘conservadoras’²⁹. En ocasiones, incluso el nuevo voluntariado puede funcionar en esa misma dirección, con programas concentrados en la inducción a la responsabilización individual. Tal enfoque no es reprochable en sí mismo (en ocasiones es absolutamente necesario), a no ser que suponga un primer paso hacia —o quizá un primer síntoma de— una concepción estrictamente personalizada de las distintas problemáticas sociales, reducción personalista que diluye dichos ‘problemas sociales’ y la intervención de carácter supraindividual. Desde nuestra consideración ‘idealizante’ (fijando el *deber ser*) del voluntariado, en ningún caso liberal, la acción social voluntaria sólo tendría sentido como manifestación de la “responsabilidad por parte de todos y para con todos” (tomando la formulación de A. Etzioni, 2001: 54), en la que hay cabida para el ejercicio de responsabilidades individuales y colectivas, sin eliminar ninguna de ellas.

²⁹ Queremos puntualizar que el uso que se hace a lo largo de este trabajo del término ‘conservador’ (y sus variantes) se refiere fundamentalmente a la descripción de los efectos sociales conducentes al mantenimiento del orden social vigente, y no tanto al conservadurismo como doctrina política y a los valores sociales asociados a éste. Si bien, es evidente que en ciertas ocasiones, ambas acepciones pueden mostrarse plenamente coincidentes a la hora de describir un fenómeno social.

Esta revisión de los planteamientos liberales ‘estrictos’, nos permite reafirmar que la matriz estructurante del nuevo voluntariado es fundamentalmente *individual*. En rigor, no podemos identificarle con un modelo de responsabilización colectiva —circunstancialmente, en ese punto de diagnóstico, sí coincidimos con los liberales; discrepamos lógicamente en la valoración asociada—. Como la gran mayoría del nuevo voluntariado se inscribe en una lógica de la responsabilidad individual, tan sólo marginalmente es posible identificar un voluntariado ‘comunitario’ —inscrito en una matriz grupal—, expresión de un proceso de responsabilización colectiva (en otro orden de cosas, *conditio sine qua non* para una solidaridad social efectiva). Haciendo una lectura más ‘optimista’, podríamos pensar en el voluntariado como una expresión severamente cercenada y distorsionada de responsabilidad colectiva. Debemos introducir, no obstante, una matización en nuestra argumentación. No pretendemos negar totalmente la dimensión grupal en el nuevo voluntariado. De hecho, el voluntariado sigue configurándose como un marco favorable para la formación de grupos primarios (entre los voluntarios/as). Lo que se apunta es el severo debilitamiento de la dimensión grupal desde el punto de vista de la intervención social —e incluso, en cuanto a la formación de una conciencia colectiva—, deslizándose la participación social (*colectiva*) hacia un modelo de participación individual (*agregada*), cuestión que diluye su potencialidad transformadora.

Pasemos ahora a aportar alguna muestra adicional del predominio del *arquetipo individualista* en el nuevo voluntariado. Un ejemplo claro y próximo, lo constituyen los denominados ‘premios al voluntario’³⁰, que son promovidos anualmente por la *Fundación Telefónica*, *Antena 3* y *Onda Cero*, contando además con la colaboración del *Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*³¹, y la *Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España*. Es interesante constatar que los impulsores de esta iniciativa pertenecen a ámbitos muy diversos: son empresas privadas, organismos de la administración y organizaciones integradas en el tercer sector, lo que parece reflejar un cierto ‘consenso’ de los ‘tres sectores’ en relación a la conveniencia de los premios y la fórmula adoptada para los mismos³². Con respecto al año 2000 —también en el 2001—, se entregaron doce premios a voluntarios/as —en tres categorías: pobreza y exclusión social, enfermedad y discapaci-

³⁰ La información referenciada y las citas reproducidas, han sido extraídas de la página web: <http://www.premiovoluntariado.net>.

³¹ El Ministerio ha incluido en sus dos Planes sobre Voluntariado, la necesidad de potenciar estos premios individuales. El Plan del Voluntariado 2001-2004, incluye en su primera línea estratégica, actuación 1.9., el “establecimiento, por parte de las ONG o de entidades empresariales, de formas de reconocimiento individual y social de los voluntarios, como la difusión de testimonios personales o la concesión de premios” (MTAS, 2001: 26).

³² Si bien es cierto que existen posiciones críticas en diversas organizaciones voluntarias, expresadas en diversos documentos.

dad, y asistencia social³³—, con cuantías económicas entre los tres millones y el medio millón de pesetas.

Significativamente los premios son *individuales*, no se destinan a grupos de voluntarios/as, ni a programas, asociaciones u organizaciones voluntarias. Se trata exclusivamente de la *exaltación individual* de los que son definidos por los patrocinadores como “héroes anónimos”. En realidad, estos nuevos ‘buenos samaritanos/as’ —en versión secularizada—, son mostrados y reciclados como ejemplos de integración social modélica³⁴. Podríamos pensar que estos premios suponen la glorificación ética de la participación social, pero lo hacen entendiéndola como un hecho absolutamente individual e introduciendo un evidente elemento de competencia. Se recompensa al sujeto como depositario de una voluntad individual que orienta con exclusividad su acción, una voluntad de ayuda más que de participación. Así, estos premios son un síntoma más de la promoción —desde diversas instancias— de un modelo de voluntariado en el que se diluye ostensiblemente la dimensión colectiva asociada a la participación social.

Nominalmente, la finalidad del premio pasa por “potenciar y reconocer la participación ciudadana”, sin embargo, se incurre en una clara paradoja al tratar de fomentar dicha participación, a través de la concesión de premios personales monetarios, que a priori parecerían redundar directamente en el beneficio individual, y en ningún caso de la ciudadanía. Pese a que nominalmente el premio pretende “ofrecer un reconocimiento público a las personas que de forma anónima y desinteresada, dedican su esfuerzo a tareas de ayuda social”, la paradoja se completa cuando observamos que se entregan premios económicamente cuantiosos a aquellos que se actúan bajo la marca de la gra-

³³ Lo cual redundaría en el perfil dominante de la percepción del voluntariado como voluntariado social. En la convocatoria de 2001, en la misma página *web*, se hace referencia a “personas que trabajan en favor de los ancianos, los enfermos, las mujeres y niños maltratados, los discapacitados, los inmigrantes, los marginados, los «sin techo»”.

³⁴ Los comportamientos que se premian podrían remitirnos en casos extremos (entrega vital absoluta, intervenciones que ponen en peligro la propia vida del voluntario/a), al *suicidio altruista* conceptualizado por DURKHEIM (1989), en particular su ‘modalidad’ *facultativa*, o no estrictamente obligatoria (*vid. ibíd.*: 229 y ss.), cuya consideración puede ser ilustrativa en función de su base sociológica (aunque los voluntarios/as no sean ‘suicidas’). El suicidio altruista aparece como arquetipo de comportamiento propio de sujetos *integrados* en la sociedad con “demasiada fuerza” (*ibíd.*: 224). Además, estaría asociado, como indica LUKES (1984: 212), con la “determinación apasionada o deliberada (expresando un tranquilo sentido del deber, o un entusiasmo místico, o bien un sereno valor)”. DURKHEIM (1989: 224) piensa en este tipo de suicidio en términos de *individuación insuficiente*, diagnóstico que sin embargo, no podemos aplicar genéricamente a estos ‘héroes voluntarios/as’ (si bien puedan existir casos ‘puntuales’). Quizá en ese sentido, pudiera ser más útil referirnos a un tipo mixto de suicidio (egoísta-altruista) como referente comparativo. Para DURKHEIM (*ibíd.*: 316) este tipo de suicidio mixto se correspondería con sujetos que viven una existencia doble y contradictoria. *Individualistas* para todo lo que está en relación con el mundo real, pero, sin embargo, *altruistas inmoderados* para aquello que se corresponde con un objeto definido como ideal y que proporciona un sentido a sus vidas. Así los voluntarios/as premiados, con toda probabilidad también ‘altruistas inmoderados’, podrían ser al mismo tiempo —apuntamos posibilidad, en ningún caso necesidad— individualistas en su orientación vital fuera del voluntariado.

tuidad. Parece, no obstante, que estos premios económicos individualizados deben ser finalmente entregados por los galardonados a la organización en la que colaboran³⁵. Tal ‘mecanismo’ estaría encaminado a resolver la profunda contradicción que atraviesa a los premios, contradicción que pasaría, de este modo, a ser tan sólo aparente. Sin embargo, lejos de resolver, esta ‘argucia’ profundiza el carácter paradójico de estos premios que, finalmente, son individuales y económicos, y al mismo tiempo no lo son: nada es lo que parece. La identidad difusa del voluntariado, alcanza de pleno a los premios, que parecen tratar de lograr la cuadratura del círculo: cómo premiar a los voluntarios *individualmente* con una recompensa monetaria, pero, al mismo tiempo, cómo evitar simultáneamente que ese premio se asimile a un lucro individual —convirtiéndose inmediatamente en una contradicción y trampa moral para los premiados, que verían en cierta medida disuelto su altruismo y entrega incondicional, causa de su premio—. La cuestión que cabría plantearse, es por qué no se opta por premios colectivos —dirigidos a grupos, asociaciones, etc.—. La respuesta, pasa por constatar que la dimensión del nuevo voluntariado es absolutamente individual, y es esta dimensión la que en último caso se pretende valorar y fortalecer a través de los premios.

Finalmente, pese a la elucidación de la participación voluntaria en clave individual —modelo en el que se desdibuja la intervención colectiva— perfilada en las anteriores páginas, coincidimos con el planteamiento de Morán y Benedicto (2000: 147) cuando destacan que el voluntariado tiene un evidente potencial de creación de ciudadanía activa³⁶. Según estos autores, a través del voluntariado, los jóvenes encuentran una forma de implicación en la vida pública. Además, insisten en el “...efecto educativo que posee todo comportamiento participativo, por muy difuso y fragmentario que sea”, y defienden que no “...debe despreciarse su capacidad de creación de redes de relación y cooperación cívica entre jóvenes...” (ibídem). De nuevo, la realidad y las consecuencias sociales del voluntariado toman una expresión ambivalente. En tal caso, nos encontramos ante la necesidad de evaluar la relevancia sociológica de estas tendencias —para orientar y enfatizar ciertos elementos en el análisis—: bien la capacidad del voluntariado para construir ciudadanía activa, bien los ‘peligros’ y ambivalencias del modelo individual de participación que lo ampara —ahí reside una de las diferencias principales de enfoque al abordar sociológicamente el voluntariado—. La corriente dominante insiste en el primer aspecto, que supone valorar los ‘pros’ del voluntariado. Aquí se ha insistido en la segunda dirección, más orientada hacia los ‘contras’ del modelo. A pesar de la línea interpretativa adoptada con respecto al fenómeno voluntario, es necesario recordar que,

³⁵ Información contenida en la revista ‘*Voluntarios de Madrid*’, núm. 17, de diciembre de 2001, página 4. Hacemos notar que en la página *web* de los premios no se recoge en ningún caso esta particularidad, lo cual es, cuando menos, curioso.

³⁶ Una posición más matizada es la del COLECTIVO IOÉ (1996: 292), autores para los que “todas las formas de acción voluntaria, por mínimas que sean, deben ser consideradas como principios positivos (al menos de forma latente) de desarrollo potencial de la participación social”.

en función de la gran heterogeneidad del fenómeno voluntario, existen iniciativas comunitarias —si bien minoritarias— en las que prima lo grupal, y en las que encontramos una interpretación de los problemas de la ciudadanía en clave social. En tales casos también se estaría construyendo ciudadanía activa, si bien desde una óptica más colectiva/comunitaria.

5.3. LA PROBLEMÁTICA DEFINICIÓN DEL VOLUNTARIADO Y LA EXPANSIVIDAD DISCURSIVA DEL REFERENTE SOCIAL

Si efectuamos una somera revisión de distintas definiciones elaboradas en torno al voluntariado, constatamos que apenas parecen existir puntos de verdadero consenso con respecto a su *ámbito* y *'substancia'*. La dificultad de la definición, mayor de lo que parece a primera vista (Velloso, 1999: 15), no se deriva en este caso únicamente de la complejidad y heterogeneidad de lo pretendidamente definido —verdadera constante en lo social—, sino que depende también en gran medida de la variación del *uso social* del concepto (especialmente su uso político) acentuado en los últimos años, y de las estrategias asociadas a tal uso, orientadas en general a la 'apropiación' progresiva de una mayor 'cuota' de lo que podríamos denominar como participación ciudadana (ampliación del referente)³⁷. Tal hecho, se concreta necesariamente en lo que lo que A. Madrid identifica como "imprecisión en la terminología del voluntariado" (Madrid, 2001: 123)³⁸, cuestión que va más allá de la inconsistencia de identificar la 'voluntad/voluntariedad' como 'esencia' de la acción social voluntaria (a la que nos referíamos más atrás). Es por ello frecuente, que desde distintos textos se referencie al voluntariado como un "complejo y difuso término" (Carrón y Porras, 1996: 55), constatando, además, que "desde diferentes planteamientos teóricos y de análisis se han defendido no sólo matizaciones terminológicas, sino enfoques, contrapuestos" (ibíd.: 62). Por su parte Tavazza (1995: 37) entiende que esta "variedad de interpretaciones testimonia la vastedad y la riqueza de contenidos que este mundo comprende".

Así pues, no somos los únicos que apreciamos la dificultad terminológica que implica el fenómeno del voluntariado. Por ejemplo, Ranci y de Ambrogio (cfr. Tavazza, 1995: 37) apuntan que en la actualidad, "...se continúa hablando del voluntariado refiriéndose a campos o excesivamente amplios o diferenciados; por ello, la impresión general que se obtiene es que tal término se está vaciando progresivamente de significa-

³⁷ Con respecto a la transformación del uso político —no sólo circunscrito al Estado—, algún autor intuía a principios de los noventa la tendencia acentuada durante los últimos años. Así, GÓMEZ DE LORA (1990: 7) afirmaba con respecto al concepto 'voluntariado': "su abusivo uso actual por muchos responsables políticos viene convirtiendo al voluntariado en un misterio más en la actualidad discursiva".

³⁸ ALONSO OLAIZ (1990: 101) también se refiere a la confusión que presenta la terminología empleada con respecto al voluntariado.

do”. En ese sentido, podríamos afirmar con Tavazza (ibídem) que el término voluntariado se configura como un verdadero “concepto contenedor” —o en un “paraguas conceptual” (García Inda, 1999: 112)—, cuya expansión contribuye de manera notable a restarle claridad, y le añade grandes dosis de ambigüedad.

Estamos de acuerdo con ciertas visiones del voluntariado —de nuevo siguiendo a Tavazza (ibíd.: 9)— que inciden sobre “la imposibilidad de definir el voluntariado de una vez para siempre, porque su característica fundamental es la de transformarse”. En tal dirección se expresa también Velloso (1999: 15), para el que las definiciones resultan tener un carácter tentativo debido a la cambiante realidad a la que se refieren, llegando a afirmar que “no se puede proponer una definición y una tipología de universal aplicación para todos los voluntarios” (ibíd.: 16). En nuestro caso, reivindicamos sin ambages el carácter histórico y especialmente dinámico del voluntariado³⁹. No obstante, nos alejamos drásticamente de la visión de Tavazza (1995) cuando éste se adentra por derroteros ciertamente idealizantes, al afirmar que dicha transformación significa siempre una adaptación oportuna a las exigencias de la sociedad (ibíd.: 37). Esta visión aunque sí se adecua a una identidad —hegemónica aunque no monopólica— de un voluntariado esencialmente ‘servicial’ (en un doble sentido: presta servicios a ciertos colectivos sociales, y está fundamentalmente al servicio del Estado⁴⁰ y del mantenimiento del *statu quo*) o funcional, tiende a presentar un voluntariado ‘providencial’ y monolítico, verdadera (e implícitamente única) tabla de salvación social, un voluntariado inmaculado en el que no hay lugar para las sombras. Mientras, nosotros optamos por insistir en un voluntariado complejo, heterogéneo, paradójico y ambivalente, en definitiva, repleto de claroscuros. El mismo Tavazza (ibíd.: 37-38) parece contradecir nuestra apreciación, al preferir hablar (en función de su diversidad) de ‘voluntariados’ en plural. Pero no nos confundamos, es ésta una preferencia expositiva que responde exclusivamente a una percepción de heterogeneidad ‘temática’ del voluntariado (atendiendo a sus variantes: asistencial, recreativo, educativo, cultural —ibíd.—), y por tanto, de carácter formal o clasificatorio. La opción por el plural ‘voluntariados’ no es un correlato de su complejidad y heterogeneidad organizativa, funcional, motivacional o ideológica⁴¹. Así pues, tan sólo

³⁹ Lo que de otra forma no es sino defender la *identidad* plenamente *moderna* del ‘nuevo’ voluntariado objeto de nuestro estudio. No olvidemos que “Una de las características más evidentes que separan la época moderna de cualquier otro período precedente es el extremo dinamismo de la modernidad. El mundo moderno es un «mundo desbocado»” (GIDDENS, 1998: 28).

⁴⁰ En ese sentido, es especialmente ilustrativa la frecuente denominación de las organizaciones voluntarias en términos de *entidades colaboradoras*.

⁴¹ GARCÍA ROCA (1994: 84), va algo más allá de TAVAZZA; explica que “no existe *el* voluntariado, sino *los* voluntariados en sus diversos y diferenciados contextos. Crecen en todos los espacios de lo social, adquiriendo en cada uno de ellos una forma específica [...] El voluntariado es, pues, una realidad esencialmente plural...”. Por su parte, FALCÓN (1997) hace una fundamentación más ideológica del plural ‘voluntariados’, al constatar la existencia de modelos (que podríamos denominar como ‘oficialista’ y ‘crítico/subversivo’) completamente opuestos entre sí.

coincidimos con Tavazza en su concepción dinámica del voluntariado, característica importante, pero, por otro lado, nada distintiva desde un punto social; toda realidad social se halla atravesada por una patente historicidad y dinamismo, aunque el grado de éste último pueda variar enormemente.

Si descendemos a considerar distintas definiciones del voluntariado, observamos un cierto fracaso a la hora de acotar operativamente el término, las definiciones son ambiguas y difusas. Además de la complejidad y heterogeneidad del fenómeno, pesa especialmente sobre esta circunstancia la variabilidad del referente, su reconstrucción política y social. De una manera intuitiva, todos comprendemos (conocemos) lo que es el voluntariado —como sucede con otros muchos conceptos referidos a realidades sociales—, pero ahondar en la categoría con pretensiones explicativas resulta mucho más problemático: tanto para los científicos sociales, como para los propios voluntarios/as y no voluntarios/as⁴². Así, las definiciones se suelen caracterizar por la vaguedad, y son de carácter *inclusivo* más que exclusivo. Casi todo cabe (cada vez más) en el voluntariado.

No pretendemos reproducir una enorme retahíla de definiciones sobre el voluntariado —en especial, debido a su ambigüedad, redundancia, y en muchos casos, ineficacia explicativa—. Puntualmente se acudirá a alguna con finalidad analítica, permitiendo además ilustrar la evolución del referente social, y por tanto, del propio concepto. En tal sentido, es interesante considerar cómo varía lo que se incluye en estas definiciones como voluntariado, y percibir cómo el concepto parece expandirse sin solución de continuidad. Compilaciones de distintas definiciones acerca del voluntariado pueden encontrarse, entre otros, en: Aragonés *et al.* (1986: 12-14), Bernardo y Renes (1988: 13-17) y Gómez y Mielgo (1989: 81-82). En general, nos encontramos en la literatura con una enorme profusión —a todas luces excesiva— de definiciones, que lejos de clarificar, enmarañan el fenómeno.

En términos generales, en las definiciones que hemos revisado del voluntariado, domina el recurso a la matriz individual y no grupal, y si bien el referente contextualizador es la organización, ésta parece constituirse más sobre el *agregado* que alrededor del *grupo*. Tan sólo una pequeña parte de las definiciones conceptualizan el voluntariado en términos colectivos⁴³. En la mayoría, se tiende a describir a la *persona* voluntaria, entendiéndose el voluntariado como una ‘colección’ de personas. Lo sorprendente, es que este enfoque individualista no parece realmente premeditado sino espontáneo —es decir, los

⁴² Un ejemplo análogo, e ilustrativo lo podemos buscar en el *juego*; todos sabemos jugar —niños y adultos—, somos capaces de comprender rápidamente la esencia de cualquier juego, pero su definición ‘seria’ —científica— es harto complicada. Son estos, aspectos explorados por BARREAU Y MORNE (1991: 345-348).

⁴³ Véase por ejemplo la definición de RENES *et al.* (1994: 32) en términos de “respuesta colectiva”, o la propuesta por FUNES (1995: 30) como “manifestación colectiva”.

autores no parecen ser conscientes de su opción explicativa individualista—. Es por ello, que aunque no se llega a plantear explícitamente el voluntariado como modelo individualista de participación, tal concepción es revelada implícitamente por la propia elección de significantes. Por eso, a pesar de esta deriva individualista, o mejor dicho, gracias a ella, estas definiciones tienen en general una cierta capacidad descriptiva con respecto al voluntariado, dada la matriz progresivamente individualista que le hemos conferido. Son definiciones que se corresponden con el sentido de la re-construcción social del voluntariado.

Podemos hablar de dos tipos de definiciones. En primer lugar, de aquellas de orientación exclusivamente descriptiva —minoritarias—, que usualmente muestran una orientación más sociológica. El segundo tipo lo constituyen aquellas definiciones que confunden (parcial o totalmente) la descripción con una reconstrucción idealizante —tienden a referirse al ‘deber ser’ del voluntariado—. Están atravesadas por criterios de juicio moral y suponen implícitamente un reconocimiento ético del voluntariado y de los voluntarios/as. Así pues, tenemos *definiciones descriptivas y prescriptivas*.

Entre las definiciones que se mantienen en un plano descriptivo podemos citar la de Demetrio Casado —aunque referida en concreto al voluntariado social—: “la locución ‘voluntariado social’, [...] parece aludir a las personas físicas que desempeñan actividades sociales en régimen de donación” (Casado, 1989: 40-41). También descriptiva es la ‘definición’ de mínimos de Colozzi (1994: 235), para el que los voluntarios/as, “se definen simplemente como trabajadores sin remuneración”. En este caso la definición resulta demasiado lata, ya que en la misma estaría por ejemplo incluido el trabajo doméstico.

Es, especialmente, cuando las definiciones tratan de dar cuenta de las motivaciones de los voluntarios (y las identifican sistemáticamente con el *altruismo*, y por tanto, las reducen y simplifican), cuando se transforman en definiciones prescriptivas. Un ejemplo de definición con aspiraciones ‘científicas’ en la que se solapan los elementos descriptivos y prescriptivos es la propuesta por Pérez (1998: 1): “...se entiende por voluntariado la acción de interés general desarrollada por personas físicas con carácter altruista y solidario, sin obligación jurídica o contractual, y desarrollada a través de organizaciones privadas o públicas”. Igualmente idealizantes son las abundantes definiciones que identifican el voluntariado con “una acción consciente, reflexiva y crítica...” (Mangano y Méndez, cfr. Aragonés *et al.*, 1986: 13). En definitiva, no se puede confundir tendencias (incluso, aunque que puedan ser, o entenderse, como más o menos dominantes) con la identidad —proclamada en términos absolutos— del fenómeno, las definiciones que huyen de la matización son sociológicamente erróneas.

5.3.1. La ampliación del referente social del concepto ‘voluntariado’

En los últimos años (tendencia que arranca mediada la década de los ochenta, pero que se intensifica especialmente durante la década de los noventa) la *redefinición*

social del concepto voluntariado —acometida principalmente por los poderes públicos⁴⁴, y secundada con presteza por gran parte de las organizaciones voluntarias— ha supuesto la colonización de ‘nuevos’ ámbitos de participación social que se ubicaban fuera del espacio ‘originario’ del voluntariado (reducido al referenciado como voluntariado social)⁴⁵. Desde ese punto de vista también cabría hablar del éxito de la ‘fórmula voluntaria’. Movimientos como el ecologista/conservacionista, el pacifista y hasta el vecinal, vinculados al universo de los nuevos movimientos sociales —si bien reconvertidos en gran medida a lo largo de los ochenta a un modelo asociativo—, y distintas iniciativas tradicionalmente tildadas como asociativas (culturales, mutualistas o de autoayuda, deportivas, etc.), e incluso ciertos tipos de ocio, como pueden ser los campos de trabajo juvenil, han devenido cada vez más, parte de lo referenciado a través del concepto voluntariado. El sector asociativo ya no sólo es susceptible de ser denominado como sector voluntario, sino como sector de voluntariado. Podríamos apuntar en ese sentido, aunque pudiera parecer exagerado, a un verdadero *‘imperialismo voluntario’*⁴⁶, al referirnos a una tendencia que homogeneiza, equipara y aglutina artificialmente iniciativas de participación altamente diferenciadas. Tendencia que, por añadidura, las hace más ‘manejables’ o gestionables desde un punto de vista político, ya que hace posible simplificar la intervención, regulación y control del sector —optimizando los resultados—.

No se trata simplemente de una sustitución terminológica, *grosso modo*, asociacionismo (o incluso participación) por voluntariado —si bien, es importante constatar que en el término asociacionismo (o participación) se halla implícita la *diversidad* del fenómeno, mientras que en el voluntariado domina como referente la *identidad homogénea*—. No sólo es un problema de valorar la adecuación del vocablo ‘elegido’ para referirnos a ciertas prácticas sociales (cuestión por otra parte nada trivial), lo realmente relevante pasa por constatar que el voluntariado está asociado a un determinado modelo de participación social. Es por ello, que la transmutación terminológica apunta hacia la transformación del propio campo asociativo (en cuanto a fórmulas de participación y de organización). No obstante, huyamos de planteamientos simplistas. El sector asociacionismo no es simple víctima de una calculada y enérgica política de ‘redenominación’, que por añadidura lo transformaría irremediablemente. No sólo advertimos nuevas estrategias políticas, sino una verdadera confluencia entre éstas y el sentido ‘autónomo’ de la transformación del sector asociativo en su conjunto. Es decir, el sector asociativo se

⁴⁴ FALCÓN (1997) observa que los poderes públicos estarían apropiándose del concepto ‘voluntariado’ (e instrumentalizándolo).

⁴⁵ Ya a mediados de los años ochenta BOLLAERTS (1986: 18-19) —si bien tomando como marco de referencia la situación europea en su conjunto— se refiere al “crecimiento enorme de iniciativas y [...a la] extensión del voluntariado a sectores nuevos o redescubiertos (ecología, animación de barrios, vida cultural o científica)”. Un poco más tarde, a principios de los noventa, la tendencia parece cristalizar, y en ese momento GÓMEZ DE LORA (1990: 29) advierte que “en el voluntariado, está cabiendo todo”.

⁴⁶ O más recatadamente, referirnos al *‘vector de colonización voluntaria’*.

está aproximado al voluntariado, y por tanto, al nuevo modelo participativo que éste ejemplifica arquetípicamente.

Insistimos en que este cambio no es azaroso; tiene una lógica clara, que expresan Montañés *et al.* (1996: 18): “...si para definir una actividad asociativa, de los múltiples significantes para referirse a ella —«militancia», «lucha vecinal», «movimiento social», «ecologista», «feministas», «pacifista», etc.— al que recurrimos es al de «voluntariado», [...] estamos delatando nuestra concepción sobre la participación social”. Albarra-cín, *et al.* (1999: 69) se expresan en idéntica dirección al observar en el voluntariado “una figura a través de la que [se] busca representar y dotar de una cierta homogeneidad tanto a las formas de intervención como a los grupos sociales que intervienen en el sector asociativo borrando las diferencias entre las figuras *tradicionales* del simple socio o miembro/afiliado de cualquier asociación, organización no lucrativa, etc., y el militante o activista «politizado» de un movimiento social o pequeño y activo núcleo político”.

Así, el concepto voluntariado sirve —cada vez más, y de manera calculada— para nombrar actividades cada vez más diversas, y nos remite inmediatamente a su connotación socialmente positiva (de carácter moral). Esta ampliación está asociada a una renovación de las prácticas participativas, verdadera y profunda reconversión —*desactivación*— de la participación social (en un equivalente socialmente inocuo, en términos de asunción del orden). El dominio discursivo de esta ‘nueva’ palabra, nos indica con persistencia que en el nuevo ‘orden participativo’ ya no existen militantes, y mucho menos activistas⁴⁷. Difícilmente somos capaces de ‘encontrar’ ecologistas o pacifistas por ningún lado, y las feministas parecen haber desaparecido de la faz de la tierra (términos, cada vez más —excepción hecha del ecologismo— connotados negativamente). Hablamos en términos discursivos (y necesariamente ideológicos), pero progresivamente, ese apabullante dominio se traslada a la realidad social. Ni tan siquiera es fácil encontrar simples asociados/as, ocultos/confundidos tras la potente estela de la ‘única’ realidad participativa: *los voluntarios/as* (esos modélicos ‘buenos chicos/as’ en el imaginario colectivo).⁴⁸

⁴⁷ Algunos de los autores que han analizado el voluntariado —pensamos que imbuidos por esta corriente discursiva— llegan incluso a sugerir que la verdadera actividad solidaria no debe identificarse con el activismo (DOMINGO, 1996: 34). O dicho de otra forma, parecería que el activismo no puede ser fuente de solidaridad. Una aproximación histórica, deja en evidencia tal concepción errónea. En una línea divergente, otros autores (FALCÓN, 1997), al reivindicar la reactivación de la dimensión política del voluntariado —en su ‘versión’ crítica y subversiva— defienden la militancia como una dimensión consustancial al voluntariado.

⁴⁸ Sólo una minoría de los voluntarios/as e incluso gestores toman una conciencia limitada —incluso formulada en términos acríticos— del cambio: “igual, ahora en vez de hacer participación ciudadana, hago voluntariado. El trabajo en las asociaciones de vecinos, siempre ha sido participación ciudadana, ahora es voluntariado. Entonces creo que las palabras han perdido su... realmente su significado que tenían” (G7). Una aproximación más crítica es la que se expresa en nuestra entrevista G8: “estamos

Tan sólo unos pocos se empeñan en permanecer fuera del nuevo ‘molde’ (absolutamente moderado⁴⁹). Algunos irreductibles se empeñan en reivindicar sus ‘obsoletas’ etiquetas identificativas —y con ello sus ‘obsoletas’ prácticas—, etiquetas que les confieren una *identidad* social/participativa distintiva. Tales etiquetas, ‘leídas’ desde la óptica del poder, nos remiten a colectivos cuando menos incómodos, e incluso peligrosos (se trata además de colectivos cuya valoración social, desde un punto de vista moral, se halla ‘bajo mínimos’). No debemos olvidar otras prácticas ‘descentradas’ como los *okupas*, que se obstinan en un modelo —en este caso, sí *movimiento* aunque cada vez más testimonial— nunca asimilable al voluntariado. También podríamos hablar de las tristemente saludables expresiones participativas de carácter *racista y xenófobo*, para abrir nuestro abanico también hacia la extrema derecha —los *antimovimientos* sociales (Alonso, 1998b: 164)—, y así de paso, reincidir sobre la enorme diversidad de la realidad participativa, que no necesariamente tiene por qué implicar una orientación progresista ni una profundización de las vías democráticas⁵⁰. De esta manera, el incontestable éxito de la difusión social del concepto ‘voluntariado’ (única *marca* con ‘denominación de origen’: esto es reconocida/prestigiada/amparada desde múltiples instancias sociales) implica —y al mismo tiempo refleja— un efecto homogeneizante —peligrosamente empobrecedor— del universo participativo. Tal ‘propagación’ discursiva y social, dificulta extremadamente la supervivencia de aquellos sectores participativos de carácter marginal cuyo modelo estructural no puede entrar dentro del ‘paraguas conceptual’ del voluntariado (excepción hecha de los antimovimientos, que gozan de un óptimo caldo de cultivo ideológico).

Tampoco debemos olvidar una corriente, moderadamente crítica y minoritaria, que desde ciertas organizaciones voluntarias de marcado perfil asociativo —aunque se trata de expresiones participativas que en su mayor parte se solapan formalmente y funcionalmente con el voluntariado—, se resisten a identificarse con el término ‘voluntario/a’, y optan por la denominación ‘colaborador social’⁵¹.

Curiosamente, la ampliación del referente social del término ‘voluntariado’, ha corrido parejo al recurso a ciertos términos ‘calificativos’, que dentro del marco homogeneizador que supone la ‘etiqueta’ voluntaria, constriñen la realidad referenciada, facili-

suplantando cosas [...]. A mí me resulta un poco extraño que se le llame voluntariado a cualquier cosa [...], es una manera de conseguir cosas gratuitamente”.

⁴⁹ Moderado en un doble sentido: ejemplo de moderación ideológica, y por supuesto, de moderación —arbitrio— estatal.

⁵⁰ Por desgracia, actualmente las iniciativas de participación social más activas y con mayor potencial de crecimiento en occidente (al margen del voluntariado) parecen ubicarse en la extrema derecha. La única excepción la encontramos en el difuso, y episódico ‘movimiento antiglobalización’, cuyo carácter extremadamente abigarrado (aglutinado más en torno a —contra— una palabra que en torno a una realidad y/o unas ideas), limita su potencial de acción por el momento.

⁵¹ Por ejemplo, en nuestra entrevista G5.

tando así su interpretación social. Junto al ya clásico ‘voluntariado social’ —hegemónico, como veremos, en su identificación social con el genérico ‘voluntariado’—, aparecen otros constructos; oímos hablar progresivamente del ‘voluntariado ecológico’ (también llamado ‘voluntariado ambiental’ o ‘ecovoluntariado’), del ‘voluntariado deportivo’, por supuesto, del ‘voluntariado cultural’, y con menor frecuencia, del ‘voluntariado político’⁵² (es necesario hacer notar, que existen multitud de términos preexistentes que definen con mucha más precisión la actividad de los sujetos englobados en todos estos ‘voluntariados’). Incluso ciertos textos apuntan hacia una modalidad que podríamos denominar como ‘voluntariado empresarial’ (por ejemplo, Tavazza, 1995). También asistimos a ciertas presiones que asimilan el voluntariado y el sindicalismo, aunque no pensamos que cristalice a corto plazo —por oposición sindical— la referencia al ‘voluntariado sindical’. Más probable nos parece, ante la proliferación de mecanismos de ‘solidaridad’ aséptica en Internet, la cercana referencia a los ‘cibervoluntarios’⁵³ (máximo exponente de la participación individualizada/aislada, carente de vínculo personal). Quién sabe, si —llevando al extremo la tendencia— dar limosna o entregar fondos a una organización voluntaria (especialmente en este último caso), implicará en el futuro una modalidad de ‘voluntariado pecuniario o patrimonial’.

En nuestro caso, preferimos optar como referente conceptual por la ‘participación social’, y no, por ampliar indefinidamente el conjunto de prácticas participativas englobadas bajo el paraguas conceptual del ‘voluntariado’. Sin embargo, somos conscientes de las limitaciones inherentes al término, y por tanto, huimos de su idealización o mistificación. Como apunta el Colectivo Ioé (1990a: 161), la participación es un “*principio abstracto* [...] dotado de polivalencia semántica: el sentido del concepto «participación»

⁵² La ciudadanía sigue percibiendo en sus discursos las esferas del voluntariado y de los partidos políticos, como espacios diametralmente opuestos, y por supuesto, ‘impenetrables’ entre sí —como simple ejemplo, en el informe de GONZÁLEZ BLASCO Y GUTIÉRREZ RESA (1997: 24), se recoge que tan sólo un 1% de los madrileños entrevistados estimaba el voluntariado político como el ámbito más apropiado para el voluntariado, y además se valora este tipo de actividad con un exiguo 5,4 (sobre 10), frente a calificaciones por encima de 9 para actividades ligadas al voluntariado social (ibíd.: 41)—. En ese sentido, el voluntariado se conceptualiza más en los discursos como una alternativa a la actividad política, dominando una percepción del mismo en clave a-política. De ahí, las evidentes resistencias identificar la participación en partidos políticos como ‘voluntariado político’, y el poco éxito de tal fórmula. Al margen de estas resistencias, hemos de ser conscientes que existen un buen número de alternativas más apropiadas como afiliado, militante, simpatizante, etc. La opción desde algunos textos e instituciones por el uso del referente ‘voluntariado político’, parecería responder a un intento de dignificación de la propia actividad política, apoyándose en el capital moral que se atribuye socialmente al voluntariado; y por supuesto, es un síntoma más del ‘imperialismo voluntario’ al que nos hemos referido previamente.

⁵³ Después de escribir estas líneas, hemos tenido conocimiento de la organización, durante los días 1 y 2 de diciembre de 2001, de la *Primera Convención de Cibervoluntarios* (si bien parece que tal denominación se utiliza para referirse a personas dedicadas a ‘alfabetizar’ informáticamente a ciertos colectivos). Puede consultarse al respecto en Internet la dirección <http://www.cibervoluntarios.org>. En la misma línea, en el *Plan del Voluntariado 2001-2004*, elaborado por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, se habla ya del “voluntariado virtual”, si bien, sin especificar o concretar su referente.

no es unívoco, por el contrario posee una gran flexibilidad que lo hace susceptible de ser utilizado *en la práctica* con connotaciones ideológicas y propósitos contrapuestos”. En idéntico sentido se expresa White (2002: 159), para quien la ambigua participación puede tomar múltiples formas y servir “a un amplísimo espectro de intereses”, incluida la legitimación del poder (ibíd.: 160). Así pues, la participación se invocaría “desde distintos ángulos, con objetivos diversos, a partir de diferentes matrices ideológicas” (Alayón, 1989: 81-82), y en tal sentido, podría “conducir indistintamente a la integración o al cambio social, según sea el encuadre teórico que oriente la acción” (ibíd.: 84). La polivalencia semántica del concepto ‘participación’ señalada por el Colectivo Ioé, lo haría también, por tanto, “susceptible de expresar contenidos diversos y de ser manipulado políticamente” (Colectivo Ioé, 1990a: 162). De nuevo, se trata de una visión confluyente con el análisis de Norberto Alayón (1989: 81) para el que “el ejercicio de la participación contiene siempre un alto componente político. Su presencia se ilumina y se desvanece cíclicamente, de acuerdo a los distintos momentos políticos. Por épocas, se la reivindica casi míticamente para la eventual resolución de todo tipo de problemas. En otros períodos, se la niega y se la reprime atribuyéndole un emparentamiento maligno con el cuestionamiento y la desestabilización social”. Es por ello, que Alayón caracteriza finalmente los procesos de participación por su “dinamicidad contradictoria y progresiva” (ibíd.: 88).

Así pues, de lo hasta aquí apuntado, se deduce que el término ‘participación’ también orienta el sentido de las prácticas, aunque puede hacerlo en direcciones virtualmente opuestas. Mas, en tal vicisitud —su absoluta versatilidad y ductilidad ideológica, y por supuesto pragmática⁵⁴— reside precisamente su mayor potencialidad. Si comparamos, encontramos una realidad frontalmente opuesta a la que caracteriza al voluntariado. Éste, a pesar de que formalmente presenta un perfil ideológico bajo (que se hace corresponder con su apertura social: ‘cabemos todos’), se halla indeleblemente ligado al paradigma liberal. Y esta ligazón permanece pese a que muchos autores⁵⁵ y gestores de organizaciones traten de teorizar y organizar un voluntariado desde un modelo no liberal e, incluso, aunque una parte considerable de los voluntarios/as se comprometan con un modelo no liberal en su práctica voluntaria. Así, la participación se muestra apropiable por cualquier enfoque ideológico (de hecho, en multitud de discursos se utiliza de manera solapada con el concepto voluntariado⁵⁶), por contra, el volun-

⁵⁴ Recordemos que la participación social es una constante sociohistórica (una constante que por añadidura presenta una enorme variabilidad). Como apunta GARCÍA INDA (2001: 163) *toda* sociedad tiende a institucionalizar ciertas formas y cauces de participación social. Por otro lado, GARCÍA Y LUKES (1999: 1) describen la participación social como uno de los elementos constitutivos de la ciudadanía.

⁵⁵ Es el caso, entre otros, de FALCÓN (1997), ZUBERO (1996), GARCÍA ROCA (1994, 1998a, 2001), ARANGUREN GONZALO (1998b, 2000, 2001).

tariado, tiende a imponer sutilmente —pero finalmente de manera inquebrantable— su matriz ideológica.

Es por ello, que al reivindicar el uso del término ‘participación’ como referente conceptual central, es necesario abordar una explicitación, puesto que, como se ha señalado más arriba, ni su ‘contenido’ resulta evidente, ni su orientación tan unidireccional como pudiera parecer a primera vista⁵⁶. La definición que nos proporciona Velázquez, es lata, pero cumple con esta función:

“la participación es, básicamente, un proceso de intervención de las fuerzas sociales presentes en el desenvolvimiento de la vida colectiva. Intervenir significa incidir de algún modo en el resultado final del proceso en torno al cual se produce la participación [...] Por esa razón, la participación pone en juego constantemente mecanismos de poder” (Velázquez, cfr. Alayón, 1989: 88)

La definición aquí reproducida, hace hincapié sobre el necesario ejercicio de poder vinculado a cualquier tipo de participación social (cuestión que podríamos aplicar a cualquier relación social). Tal énfasis es especialmente interesante, en tanto en cuanto, el análisis convencional tiende a obviar y difuminar sistemáticamente toda marca de ejercicio de poder en la práctica voluntaria. Es necesario reivindicar tal asociación para el caso del voluntariado; aunque las expresiones y mecanismos de poder puedan permanecer semiocultos, no por ello dejan de ser menos reales sus efectos. Además, es trascendental delimitar el sentido de ‘circulación’ del poder —aspecto que desvela por extensión la ‘funcionalidad’ social de la participación—. Quizá ahí resida la diferencia fundamental del voluntariado (especialmente si fijamos nuestra atención en la *práctica* voluntaria en el ámbito social) con respecto a otras modalidades de participación social. Al contrario de lo que se suele suponer, el poder no se dirige hacia las instituciones: políticas, administrativas, económicas, etc. —o lo hace de manera subsidiaria—, sino hacia los receptores de la acción. Dejamos aquí esta línea interpretativa para recuperarla en otro lugar.

Tras este breve interludio sobre la participación, volvamos a la línea expositiva abandonada, que pretendía analizar la progresiva ampliación del referente social del voluntariado. Un recurso realmente útil, para sondear tal proceso, consiste en observar

⁵⁶ Por ejemplo, la exposición itinerante organizada durante el año 2001 (con motivo del año internacional del voluntariado) por la *Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España* —y subvencionada por el *Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*—, tenía como eslogan “El voluntariado: cómo participar para transformar la realidad”.

⁵⁷ MENÉNDEZ (cfr. ALAYÓN, 1989: 87), explicita los aspectos a clarificar y los riesgos asociados a una permanente inconcreción: “primero habría que precisar qué se entiende por ‘participación’ [...] y segundo, establecer con claridad cuáles serían los mecanismos que aseguraran esa ‘participación’, así como cuál sería el significado y sus objetivos. Si no precisamos estos términos, pensamos que se retomarán las viejas propuestas [...] que barnizadas con nuevas terminologías puedan cumplir funciones legitimadoras, de control y de abaratamiento hasta que el ensayo concluya nuevamente”.

la evolución temporal de las definiciones sobre voluntariado. De todas maneras, debemos considerar las definiciones no sólo como simple reflejo de una realidad cambiante, sino, al mismo tiempo, como vector de ampliación y reconstrucción del referente social (especialmente en el caso de las definiciones políticas/legislativas). En términos generales, observamos que durante los últimos quince años las definiciones han ido ampliando su marco de referencia, tanto, que las más recientes, estarían caracterizadas por lo que podíamos denominar como *indeterminación por inclusión*; su apertura hacia casi cualquier tipo de participación social ha difuminado el perfil de lo definido. En definitiva, se incluye más en extensión, y eso implica una definición más lata desde el punto de vista ‘identitario’. Se camina hacia una definición de mínimos.

Dada la ‘*expansibilidad*’ social del fenómeno voluntario, incluso las definiciones ‘inclusivas’ elaboradas, no demasiado lejanas en el tiempo, se van quedando inevitablemente desfasadas, superadas por la realidad. Tomemos por ejemplo, la propuesta por Luciano Tavazza:

“El voluntariado es el que además de sus propios deberes profesionales y de status, de modo continuo, desinteresado y responsable dedica parte de su tiempo a actividades no en favor de sí mismo ni de los asociados (a diferencia del asociacionismo), sino en favor de los demás o de intereses sociales colectivos, según un proyecto que no se agota en la intervención misma (a diferencia de la beneficencia), sino que tiende a erradicar o modificar las causas de la necesidad o marginación social” (cfr. PPVE, 1997 —edición original, 1990—) ⁵⁸.

Más allá de la orientación idealizante de la definición, nos interesa analizar el tipo de actividades englobadas en ella. Es evidente, que algunas de las prácticas hoy referenciadas habitualmente a través del término voluntariado (especialmente desde instancias políticas; en los discursos sociales, la imagen, como veremos, es mucho más restringida), quedan fuera de lo definido. Así tanto las iniciativas mutualistas, y las realidades asociativas se quedan fuera de lo definido. El carácter restringido, orientado hacia el voluntariado social, queda claro cuando se circunscriben las tareas del voluntariado a “erradicar o modificar las causas de la necesidad o marginación social”.

Son las elaboraciones y definiciones legislativas las que, en parte, han allanado el camino en el proceso de expansión significativa del voluntariado —como elemento y expresión de un ‘programa’ político—. A la hora de tomar un ejemplo, podemos recurrir al texto de la ley estatal del voluntariado⁵⁹, que presenta una definición de máxima amplitud —verdadera declaración de intenciones del poder político—. La ley trata de

⁵⁸ Se trata de una definición citada reiteradamente en distintos textos españoles a principios de los noventa. Sin embargo, en ninguno de los textos consultados se referencia su ubicación original. El propio TAVAZZA revisa —amplia— su definición más tarde (*vid.* TAVAZZA, 1995).

⁵⁹ Ley 6/1996, de 15 de enero; BOE del 17 de enero de 1996.

aportar una definición absolutamente prescriptiva, marca un ‘óptimo’ en función de los intereses de gestión y uso de la participación social por parte de la administración. En su exposición de motivos, el legislador aclara la amplitud del referente:

“...queda superado el concepto restringido de voluntario, asimilado con frecuencia a lo puramente asistencial, para dar cabida también al resto de ámbitos en los que participación ciudadana es igualmente valiosa y necesario complemento de la actividad pública. Desde la educación al deporte, de lo cívico a lo asistencial, la ley recoge lo que viene siendo la práctica habitual de quienes trabajan de forma altruista en conseguir una sociedad mejor para todos”

Más adelante —en el artículo tres de la ley—, se completa el panorama al identificar el voluntariado genéricamente con actividades de interés general:

“A los efectos de la presente ley, se entiende por voluntariado el conjunto de actividades de interés general, desarrolladas por personas físicas, siempre que las mismas no se realicen en virtud de una relación laboral, funcionarial, mercantil o cualquier otra retribuida...”

Y, finalmente, en el artículo cuatro de la ley se concreta —aunque en realidad lo que se realiza es una apertura ilimitada— el tipo de actividades que se corresponden con el denominado ‘interés general’:

“Se entiende por actividades de interés general [...] las asistenciales, de servicios sociales, cívicas, educativas, culturales, científicas, deportivas, sanitarias, de cooperación al desarrollo, de defensa del medioambiente, de defensa de la economía o de la investigación, de desarrollo de la vida asociativa, de promoción del voluntariado o cualesquiera otras de naturaleza análoga”

Así, en la ley, el voluntariado queda equiparado plenamente con la participación social —en realidad se le está proponiendo como sustituto de esta última— al identificarlo con toda actividad de interés general. Difícilmente se puede enunciar un marco de referencia más amplio para el voluntariado. Difícilmente se puede superar como elemento definitorio el difuso y ambiguo interés general. El voluntariado aparece como concepto contenedor de las expresiones de participación social, agrupándolas desde la perspectiva de la colaboración con los poderes estatales. El voluntariado implica necesariamente un modelo colaborador —único factor que homogeneiza finalmente la identidad—. La participación social, por el contrario, no se identifica imperiosamente con la colaboración, de ahí su mayor diversidad intrínseca.

Con respecto al papel de propias organizaciones voluntarias, éstas también han contribuido a ampliar el referente del voluntariado. Muchas organizaciones, interesadas

en inflar su número de voluntarios/as⁶⁰ —normalmente las corporaciones—, tienden a dilatar la consideración de lo que es voluntariado. Así, la Cruz Roja Española en su ‘*Carta de Derechos y Deberes del Voluntariado*’ define al voluntario como “toda persona que de una forma reflexiva, solidaria y desinteresada, desarrolla una actividad en beneficio de la comunidad dentro del marco de los fines y objetivos de la Cruz Roja Española” (cfr. Marcos Sanz y Fresno, 1992: 276-277). Dado el elevadísimo volumen de voluntarios/as que maneja Cruz Roja Española en su memoria del año 1990, (767.087)⁶¹, es de suponer que en esta cifra están comprendidos no sólo los voluntarios/as ‘puros’ que desarrollan una actividad, sino también los socios cotizantes, donantes de sangre (ibíd.: 276), y muy probablemente, los objetores de conciencia.

Frente a la dilatación ‘política’ del referente social del concepto voluntariado, constatamos —a partir de nuestro trabajo de campo— que en los discursos sociales de la ciudadanía, su uso se realiza en un sentido mucho más restrictivo, remitiéndose fundamentalmente, salvo excepciones, al voluntariado social⁶², e identificando éste con la actividad de las organizaciones voluntarias. Algún autor identifica esta limitación con la existencia de un insistente tópico, en función del cual se identificaría sistemáticamente a las organizaciones voluntarias con la acción social (Gutiérrez Resa, 1996: 311). No obstante, no se trata tanto de un tópico, como de un ‘desfase’ con respecto al proceso de reconstrucción política que ha sufrido el concepto voluntariado durante los últimos quince años. Para decirlo de otra manera, las personas siguen manejando el concepto de una manera ‘obsoleta’, con respecto al uso que tratan de imponer la administración y las organizaciones voluntarias (uso que se refleja crecientemente en los medios de comunicación de masas). Es de esperar en los próximos años una progresiva sincronización de estos usos discursivos, de hecho, en los grupos de discusión realizados se reflejan las primeras muestras de una ampliación del referente social del voluntariado. Es importan-

⁶⁰ Disponer de un mayor volumen de voluntarios/as, se asocia a una mayor legitimidad social de la organización y sus actuaciones, refuerza el reconocimiento de su representatividad —lo que implica una mayor capacidad de presión—, y en definitiva, otorga un mayor poder a la organización.

⁶¹ En otras publicaciones (RODRÍGUEZ CABRERO Y MONSERRAT, 1996: 267) se maneja —para una fecha muy cercana, 1992— un volumen de voluntarios en Cruz Roja, infinitamente menor, un total de 146.735. Suponemos que esta cifra es mucho más fidedigna al volumen de voluntarios ‘reales’, al margen del ejercicio de ‘marketing’ de la memoria

⁶² En algún estudio de carácter cuantitativo se recogen ciertos datos coherentes con este hecho. Así, en el texto de GONZÁLEZ BLASCO Y GUTIÉRREZ RESA (1997: 23-24), se señala que un 85% de los madrileños conoce el voluntariado social (además, un 71% de los entrevistados lo considera como el más propio del voluntariado, y un 74% el más necesario), un 63% el ambiental, poco menos de un 50% el cultural, un 48% el voluntariado de cooperación internacional, y finalmente un 34% el político. Hemos de indicar que la pregunta explícita en su redacción cada una de estas modalidades de voluntariado, esto es, los porcentajes no resultan de una declaración *motu proprio* del entrevistado en pregunta abierta. Por tanto, estos porcentajes no deben ser interpretados en clave de utilización discursiva de estas variedades de voluntariado por parte de los ciudadanos madrileños, sino como simple reconocimiento, o comprensión externa de las ‘etiquetas’ propuestas por los investigadores en el enunciado de la pregunta.

te señalar que, también, la gran mayoría de los jóvenes voluntarios/as sociales de nuestros grupos de discusión y entrevistas, participan de este ‘desfase’. El uso ‘restringido’ que hacen del término no depende únicamente de un factor de proximidad, esto es, de su inmersión vital en el área social, sino fundamentalmente de la ‘persistencia’ en la circulación social de una versión ‘reducida’ del concepto de voluntariado. Nuestros entrevistados ‘entienden’ las denominaciones ‘voluntariado ecológico’, muestran en ocasiones ciertos problemas para dar sentido al ‘voluntariado cultural’, pero en ningún caso utilizan espontáneamente dichas expresiones; y por supuesto, insistimos en que cuando hablan del voluntariado genéricamente, su marco de referencia se reduce con exclusividad al voluntariado social. En consecuencia, nos encontramos con que el referente social central del voluntariado continua siendo el voluntariado social, aunque atisbamos un progresivo (y seguramente lento) debilitamiento de esta identificación.

5.3.2. *La potencia y difusión social del uso del concepto ‘voluntariado’: una ejemplificación extrema*

La utilización de los términos ‘voluntariado’ y ‘voluntarios/as’ ha terminado por generalizarse socialmente, y demuestra gran potencia social desde un punto de vista significativo (de orientación del sentido). Esto es, su uso proyecta una imagen tan positiva de los sujetos así referenciados que, finalmente, ha calado en instancias políticas y sociales de todo signo —extremadamente diversas entre sí—, incluso en el entorno de la izquierda radical *abertzale*. En este ámbito, viene siendo utilizado para referirse —en reiteradas ocasiones— a los miembros de la organización ETA. Podemos señalar algunos ejemplos en ese sentido. En primer lugar, en el diario *Gara* del 24 de agosto de 2000, podemos encontrar un artículo de opinión, firmado por Patxi Zabaleta, cuyo título es: ‘Homenaje a los voluntarios de Bolueta’. No se trata de reconocer la labor de voluntarios/as de Cáritas, u otra organización voluntaria cualquiera del área de la acción social (a no ser que consideremos a ETA como una ONG —en sentido estricto lo es, más concretamente una organización con finalidad antigubernamental—), ni un intento de recuperar la dimensión militar (original) vinculada al concepto voluntariado/voluntario. Se trata de una reivindicación política, y sobre todo moral, de los cuatro miembros de un comando de ETA que murieron —unos pocos días antes de la publicación del artículo—, a causa de la deflagración accidental de los explosivos que transportaban para cometer un atentado. El texto se presta a un interesantísimo análisis en clave sociológica y política, pero, en este momento, tan sólo nos interesa explorar la justificación del uso del término ‘voluntarios’ —que va más allá de la simple búsqueda de un efecto metafórico—, y esta fundamentación, la encontramos en las siguientes líneas del artículo:

“Zigor y Patxi, Urko y Ekain eran voluntarios. Se habían adscrito a una lucha en la que invirtieron todo lo que tenían, hasta su vida, su futuro más o menos

feliz y hasta sus propios y jóvenes cuerpos, que ahora son polvo que ha vuelto a nuestra tierra. Eran voluntarios en la guerra en la que ellos mismos han sido víctimas. Escribí hace años que los luchadores de ETA son altruistas y sé que esa manifestación irrita profundamente a algunos, pero no es más que una verdad, porque Patxi y Urko, Zigor y Ekain han sido justamente todo lo contrario de los asquerosos mercenarios que contrató en su día el Estado para su vergüenza [...]. Eran voluntarios de unas ideas políticas que, pese a quien pese, nunca podrán ser delito en una democracia, porque las ideas políticas, ni siquiera las de ETA, no son delito en democracia.”

En el texto se recurre a la máxima entrega y total renuncia de los fallecidos en pos de un ideal para justificar su condición de voluntarios. Es meridianamente cierto que hay una disposición de entrega ‘vital’ a la causa⁶³, y existe una expresión de altruismo, si bien de corte selectivo (de hecho, a algunos no incluidos en la ‘comunidad’ se les asesina). Pero, este altruismo selectivo no puede ser utilizado para fijar las diferencias estructurales con el arquetipo social del voluntario que circula hegemonícamente en los discursos sociales (y que se articula en torno al voluntariado social). Los voluntarios/as también suelen dirigir selectivamente su altruismo hacia un colectivo más o menos restringido, o limitado socialmente (si bien, existe un consenso social total —de tipo moral— en la valoración de la pertinencia en la determinación de los destinatarios de la acción voluntaria: los excluidos...)⁶⁴. La desemejanza tampoco radica en la naturaleza política de objetivos que orientan la acción (aunque el voluntariado se caracterice formalmente por un bajo perfil político, su actividad es de naturaleza esencialmente política). Finalmente la diferencia fundamental con los ‘voluntarios/as’ de ETA reside en los medios —la ‘metodología’—. Los medios de ETA se sitúan fuera del marco político vigente (no son legítimos), implican el asesinato y el ejercicio de la violencia, y por supuesto, ahí está el origen de la ‘provocación’ de la que es consciente el propio autor: se está cambiando radicalmente el referente moral *consensuado* socialmente. El discurso social hegemónico sobre el voluntariado se articula —como veremos— sobre la ‘ayuda’ como instrumento de acción, nunca a partir de la violencia. Sobre este elemento central se edifica la valoración moral de los voluntarios/as. En los discursos sociales el recurso a la violencia sólo se concibe ocasionalmente en el militante, por supuesto, sistemáticamente en el terrorista, pero nunca en el voluntario/a. Y es esa imagen social, casi monolítica, la que se ‘pervierte’ en el texto, y precisamente esa perversión es la potencialmente irritante para el lector no *abertzale*.

⁶³ A diferencia del terrorismo suicida asociado al fundamentalismo islámico —ejemplo arquetípico del suicidio altruista señalado por DURKHEIM (1989)—, en el que la pérdida de la vida es un fin en sí mismo —además de un medio— y por ello buscada conscientemente, para los terroristas de ETA, la muerte constituye un riesgo asociado (y asumido), que se trata de minimizar, siempre en la medida de lo posible.

⁶⁴ Si bien, es cierta la existencia de una matriz ideológica universalista en el voluntariado social: ‘todos somos iguales...’, mientras que los planteamientos nacionalistas necesariamente deben incidir y fundamentarse en las diferencias (reales o imaginarias).

En segundo lugar, podemos hacer referencia a un libro estrictamente hagiográfico dedicado a los ‘mártires’ *abertzales*. Nos referimos al texto del colectivo Ricardo Zabala (2000), titulado *Voluntarios: semillas de libertad*, en el que la utilización del término voluntarios, se corresponde con una reivindicación estrictamente moral de la ‘lucha armada’, a la par que se resaltan las virtudes cívicas de los homenajeados: en definitiva ‘eran buenos’, buena gente (...como los voluntarios/as). Se trata de romper con el estereotipo social sobre el terrorista etarra. En ese sentido, podemos leer estas líneas que nos proporcionan la clave justificativa del título del libro:

“Un escritor francés decía en 1835: «El vasco rechaza el calificativo de soldado que le parece signo de servidumbre. Se llama paisano». La lectura de este libro llevará a muchos a la misma conclusión. En él se pone en evidencia lo que todo el mundo conoce: que toda esta juventud segada no era algo marginal ni extraño a su entorno, sino que, al contrario destacaba por su estrecha vinculación a su pueblo, a sus vecinos, a los compañeros de tajo o de fábrica... Que ningún problema social ni humano les era ajeno. Que fue el amor a la tierra a los suyos, no el rencor, ni la ambición, lo que les obligó un día a transformarse, de simples paisanos, en paisanos armados. Por un tiempo, el más breve posible. Y con la esperanza de ser los últimos en tener que hacerlo”.

Puestos a defender, reivindicar o rehabilitar moralmente las ‘prácticas’ de ETA, qué mejor palabra que la de voluntarios. Estratégicamente, la elección es perfecta. En el texto se incide en resaltar que la acción de los integrantes de ETA no es simplemente de carácter político y ‘militar’, sino que ésta se incardina en una participación social irreprochable desde una perspectiva moral. Se trata de reivindicar la dimensión social de los sujetos que intervienen en la actividad terrorista. En sentido estricto, la utilización del concepto voluntarios vuelve a ser correcta. Evidentemente, todos los miembros de ETA, lo son voluntariamente —al menos es de suponer—, pero finalmente esta adaptación, lo que ilustra, es la enorme potencia social del concepto *voluntariado* (como modelo moral). Curiosamente, desde la izquierda *abertzale* no se reivindica la noción voluntaria en clave de un servicio militar a la patria —lo que pudiera estar más en consonancia con la realidad de ETA—, sino que se pretende potenciar y destacar el carácter altruista (moralmente modélico) de estas personas. Se trata de un recurso orientado a la defensa y proclamación de la limpieza y justicia de la actividad terrorista. Resulta llamativo y significativo constatar cómo organizaciones y entornos fuertemente politizados evitan progresivamente el uso de conceptos como activistas, militantes (mucho más adecuados), para rescatar el aspecto moral (y en definitiva la justicia social) que fundamentarían todas sus acciones. En el caso de ETA, podemos pensar también en una vía de descriminalización máxima de su ‘actividad’: los activistas pueden ser criminales, los terroristas siempre lo son, los voluntarios/as nunca. Evidentemente en *Gara* jamás se utilizarán referentes como ‘terroristas’, ‘pistoleros’, ‘etarras’, ‘asesinos’, etc. (de uso generalizado

en los medios de comunicación de ámbito estatal). Se trata de ejemplos opuestos de reconstrucción significativa de la realidad social.⁶⁵

5.3.3. La definición ‘empírica’ del voluntariado como estrategia explicativa

Ante la difusividad y ampliación del marco de referencia del voluntariado, y para ‘cerrar’ el problema de la definición —a riesgo de que parezca una broma poco académica— trataremos de simplificar —y paralelamente de complejizar— la definición sociológica del voluntariado. En realidad, la definición social del voluntariado se constituiría como una *condensación compleja y dinámica (e incluso contradictoria) entre lo que los sujetos sociales⁶⁶ entienden por voluntariado* —nivel expresado a nivel discursivo—, *y aquello que hacen los voluntarios/as* (nivel de la práctica social: la acción social voluntaria)⁶⁷. Discursos en torno al voluntariado, y prácticas de voluntariado constituirían, en conjunto, lo que podríamos denominar como *praxis voluntaria*⁶⁸, praxis que sólo puede ser aprehendida *empíricamente*, y siempre de manera aproximada, tentativa y provisional. Constatamos la imposibilidad, pues, de una definición sintética y abstracta e involucramos a los propios sujetos sociales en su ‘cristalización’ dinámica. Con ello, nos acercamos a los planteamientos de la etnometodología, corriente sociológica para la que el hecho social no es un objeto estable, sino el producto de la continua actividad de los hombres (Mucchielli, 2001: 120)⁶⁹. Y en esa labor de construcción social reflexiva, el lenguaje de la vida cotidiana tiene un papel fundamental (Coulon, 1988: 34).

⁶⁵ El entorno de la izquierda *abertzale* independentista también ha utilizado el referente *solidaridad* en algunos textos, para marcar positivamente sus estrategias políticas y de movilización social (no obstante, se trata de una tendencia aplicable a otros muchos entornos: empresas, programas de televisión, etc). Así, EVA FOREST (1999) en su *Manual de solidarios*, se concentra en el relato de las acciones del grupo *Preso-ekin*, que persigue “traer a los presos a Euskal Herria” (ibíd.: 14), más concretamente se trata de “...traer a los presos, ya no sólo a Euskal Herria, sino a casa. Y en esto estamos” (ibíd.: 16). Para atribuir una marca positiva a las acciones del grupo, se elige el término ‘solidaridad’. No obstante, en este caso, podemos señalar un uso absolutamente ortodoxo desde una perspectiva sociológica, puesto que sí existe una estructuración de iniciativas y colectivos a través del establecimiento de vínculos sociales efectivos.

⁶⁶ Algunos de ellos incardinados en organizaciones que orientan su discurso.

⁶⁷ En ese sentido, podría ser apropiado recordar con VOLOSHINOV (1976: 100) que “el significado de una palabra está totalmente determinado por un contexto. En realidad hay tantos significados para una palabra como contextos para su uso”. En el caso del voluntariado los contextos para su uso se han multiplicado.

⁶⁸ De forma paralela, WUTHNOW (1996: 65) defiende —refiriéndose concretamente al voluntariado—, que el discurso en el que se inscribe el comportamiento también forma parte del acto.

⁶⁹ La etnometodología, en palabras de COULON (1988: 33-34), sustituye la hipótesis de la ‘constancia del objeto’, por la de ‘proceso’, y rehuye la descripción de la realidad social en términos de dato preexistente. En definitiva, “*trata los hechos sociales como realizaciones*; en aquello que normalmente se ve como «cosas», «datos» o «hechos», el etnometodólogo ve, y trata de ver, los procesos mediante los cuales se

Podemos apuntar que el voluntariado es, *en parte*, aquello que ‘la gente’ entiende como tal —tanto voluntarios/as como no voluntarios/as, y de manera más importante, estos últimos—. A priori, tal aserto puede parecer una necesidad, sin embargo, lo que pretendemos es reivindicar que la definición del voluntariado debe partir de un *referente empírico* —fundamentalmente cualitativo—. Tal propuesta permite, además, hacer frente a un concepto/realidad en transformación, y reivindica asimismo una definición *social* (y no moral) del fenómeno, entendiéndola siempre como transitoria y provisional. Para dar contenido a tal propuesta, resulta indispensable acudir y analizar los discursos sociales circulantes en torno al voluntariado, entendiendo que existe una relación de condicionamiento recíproco entre discursos y realidad social⁷⁰.

Pasemos ahora a considerar la segunda base de una definición social del voluntariado: la acción voluntaria. De una manera formalmente simplista podríamos definir —verdadera antidefinición— la *acción voluntaria* como *aquello que hacen los voluntarios/as*, y por extensión, el voluntariado como la *actividad/acción social en la que intervienen voluntarios/as*⁷¹, o bien, el *colectivo en el que se integran los voluntarios/as*⁷². Estas propuestas parafrasen la conocida definición de sociología de Carlos Moya (1970: 3). Según este autor, “sociología es lo que hacen los sociólogos”. Afirmamos con este autor —aplicándolo al voluntariado— que más allá del aparente simplismo, dichas orientaciones pueden “encerrar sentido más allá de la presunta vaciedad que presente su crítica formal” (ibíd.). Adoptar la definición del voluntariado como acción social en la que intervienen voluntarios/as, o como colectivo en el que se integran los voluntarios/as, significa arrancar desde el ámbito de la “práctica social” —de nuevo, trasvasando la argumentación de Moya (ibíd.: 4)—. Moya es consciente de que “la inmediata positividad práctica de esta definición también tiene sus riesgos” (ibíd.: 5), en cuanto a que la “actividad humana [...] no se agota en la inmediatez de su positividad fáctica”. Dicho de otro modo, el voluntariado no se reduce a lo que hacen o integran los voluntarios/as, sino que los discursos sociales, las definiciones..., en definitiva la significatividad ideal del voluntariado (muchas veces contradictoria) es en cierta medida parte de ese voluntariado. En ese sentido, como ya vimos, las definiciones que versan sobre el voluntariado, tienen en su

crean y sostienen de manera constante las características (percibidas como estables) de escenarios socialmente organizados” (WOLF, 1979: 111).

⁷⁰ Por ejemplo, dependiendo de la imagen social del voluntario —y su reconocimiento—, los individuos concretos sentirán más atractiva o menos la labor voluntaria.

⁷¹ No creemos pertinente definirlo en términos de institución social, si bien es cierto que se ha producido un proceso de institucionalización social, como se defiende en los textos de: MADRID (2001); RODRÍGUEZ CABRERO Y ORTÍ (1996); WUTHNOW (1996).

⁷² Como vimos, el término voluntariado en su inconcreción crónica, se presta a un doble referente real: *acción social y/o colectivo social* (por eso, en ocasiones el concepto es de utilización problemática en nuestros grupos de discusión de no voluntarios/as); cuestión ésta, que tampoco parece preocupar a los autores que tratan de definirlo.

idealidad una potencialidad no sólo descriptiva sino, digámoslo así, prescriptiva; tienen una dimensión práctica (de reconstrucción y fijación).

- ***A modo de conclusión: concretando el arquetipo del voluntariado***

Para finalizar, reproducimos un breve fragmento de un reportaje periodístico sobre el voluntariado. No se trata ni mucho menos de una definición, pero el perfil narrado nos orienta (sin agotarlo) hacia lo que podemos entender como verdadero *arquetipo* del nuevo voluntariado. Estamos ante una simple descripción ‘empírica’ de las características de una voluntaria, de su contexto vital y de su actividad voluntaria, pero tal descripción termina a la postre siendo mucho más rica sociológicamente que cualquiera de las definiciones revisadas sobre el voluntariado.

“Esther cierra de golpe los libros del master, coge el bolso con prisa y sale de su casa en el madrileño barrio de Vallecas. Es viernes por la tarde y tiene una cita: cinco toxicómanos, dos de ellos enfermos de sida, le esperan en un piso alquilado. Hace ya un año y dos meses que Esther, una psicóloga en paro, de 24 años, se metió en esto, pero no es la única. Una quincena de personas recorre el mismo camino todos los días de la semana. Son voluntarios de la Asociación Hontanar, tienen entre 22 y 52 años, y respetan escrupulosamente sus turnos sin cobrar un duro. De ellos depende entre otras cosas, que los cinco toxicómanos no cojan el teléfono, no abran la puerta a nadie, no manejen dinero, no salgan solos y no fumen más de 20 cigarrillos diarios. Estas son sólo algunas de las reglas que les permitirán, más tarde, completar su programa de rehabilitación. «Pero esta labor no implica ningún paternalismo», aclara Esther. «Nada de yo soy muy buena y tú un pobrecito drogadicto. No, esto se hace por solidaridad. Porque necesito sentirme un poco responsable de lo que pasa y ésta es mi manera de implicarme»”⁷³

A parte de sintetizar envidiablemente las características sociodemográficas ‘promedio’ (como diría Weber⁷⁴) del sujeto voluntario —que analizamos más detenidamente en el siguiente apartado—: mujer voluntaria, joven, nivel de estudios elevado (titulada universitaria), de clase media baja u obrera —inquirimos por el barrio de residencia—, en paro (con relativos problemas para rentabilizar su capital cultural en términos profesionales, lo cual orienta parcialmente su práctica voluntaria), residente en un ámbito urbano. Además, la acción voluntaria se realiza a partir de la disposición de un periodo de tiempo no activado socialmente —al margen del estudio, trabajo, familia—, aunque es indudable que podría activarse a través de otras muchas vías. De una manera más simple podríamos decir que Esther disponía de tiempo libre potencialmente dedicable a tareas de voluntariado. Si atendemos a su trabajo como voluntaria, éste

⁷³ Tomado de la revista *Quaderns del Voluntariat*, núm. 0, abril-junio 1996, pp. 6. Este reportaje —del cual reproducimos un fragmento— fue inicialmente publicado en el diario *El País*.

⁷⁴ Hay que recordar que MAX WEBER llega incluso a referirse a los *tipos ideales* en términos de ‘promedios’ o ‘tipos-promedio’ (WEBER, 1984a: 17).

también responde perfectamente al arquetipo: se trata de un programa de voluntariado social, y el 'puesto de trabajo' es de carácter individual. El programa nominalmente no se encuadraría en lo paliativo, buscando como finalidad la inserción a nivel individual de los toxicómanos. A pesar del objetivo de inserción, la tarea termina concretándose simplemente en el control de las conductas. Por otro lado, su implicación parece responder a una ética de la responsabilidad (voluntariedad) y no del deber (obligatoriedad). Algunas de estas cuestiones serán abordadas con más detenimiento en las próximas páginas. Por último, debemos señalar que el perfil dominante recogido en nuestras entrevistas se corresponde recurrentemente con estas características sociodemográficas, y a puestos de voluntariado fundamentalmente individual.

CAPÍTULO 6

PERFIL SOCIODEMOGRÁFICO DEL VOLUNTARIADO EN ESPAÑA

6.1. LA APROXIMACIÓN CUANTITATIVA AL TERCER SECTOR Y AL VOLUNTARIADO: PROBLEMAS METODOLÓGICOS

A pesar del creciente interés estatal por elaborar un perfil cuantitativo del tercer sector, interés que se ha concretado en la financiación de sucesivos estudios en los últimos años —por parte tanto de la administración central, como de los gobiernos autonómicos y hasta corporaciones locales—, se sigue insistiendo en la literatura en el carácter deficiente que presenta la información estadística disponible sobre el tercer sector en su conjunto (y por supuesto, sobre las organizaciones voluntarias y el voluntariado en particular). Hace ya algunos años Rodríguez Cabrero y Monserrat (1996: 21-22) hacían notar la escasa información estadística que se disponía sobre el tercer sector y su carácter fragmentario. Más recientemente la Fundación Tomillo (2000: 10) insiste en la falta de información estadística sobre el sector no lucrativo, que impide tener una visión global del sector y dificulta el diseño de políticas adecuadas. Transcurre el tiempo, disponemos de algunos estudios más, se acumulan datos —aunque difícilmente homogeneizables— y el problema parece seguir permaneciendo¹. Tal circunstancia nos debe alertar acerca de que el problema quizá no sólo resida en la relativa ausencia de aproximaciones cuantitativas, o en los distintos criterios metodológico-conceptuales adoptados por los investigadores, o en la carencia de estadísticas rigurosas que puedan ser analizadas

¹ RUIZ OLABUÉNAGA (2000: 63) se refiere a cuatro ambigüedades básicas que “impiden una análisis preciso y riguroso del sector no lucrativo en España: las relativas a su indefinición conceptual, a su desarrollo histórico, a su ambivalencia jurídica y, finalmente, a su desconocimiento estadístico”. Otra crítica es la que encontramos en el trabajo ÁLVAREZ DE MON *et al.* (1998: 46); los autores se refieren a “la opacidad que distingue a las organizaciones que desarrollan actividades de asistencia social dentro del Tercer Sector, y la dificultad de conseguir una información completa, relevante y contrastada”.

elaboradas por la administración o las propias organizaciones voluntarias, sino fundamentalmente en la naturaleza social de la realidad analizada —y cómo ésta se ha venido reconstruyendo—, y en las dificultades metodológicas asociadas.

Usualmente se tiende a considerar que la aproximación más sencilla a un hecho social de naturaleza cuantificable —y el voluntariado lo es— es la medición de su extensión y la delimitación de su distribución con respecto a variables como la edad, el género, el estatus socioeconómico, etcétera. De hecho, la mayoría de los estudios sociales sobre el voluntariado, son estudios cuantitativos que se orientan hacia tal objetivo². Sin embargo, para el caso del voluntariado, una de las cuestiones más complejas de resolver es precisamente su dimensión cuantitativa³, y a partir de esa dificultad, todo intento de elaborar perfiles a través de la medición de frecuencias, está abocado parcialmente al fracaso.

La flexibilidad y ambigüedad conceptual del voluntariado —derivada en parte de su progresiva reconstrucción ampliada— se traduce en la dificultad de delimitar, incluso *conceptualmente*, el universo de referencia⁴. Si es difícil evocar y limitar a un nivel ‘teórico’ los límites del universo integrado por los sujetos voluntarios, mucho más difícil es concretarlo y determinar su cuantía a través de la práctica investigadora. Así pues, aún pudiendo delimitar tentativamente (y problemáticamente) un universo de referencia —alguna investigación lo ha intentado—, seguirán existiendo grandes dificultades para acceder empíricamente a ese universo. Para ilustrarlo trivialmente: seguiremos sin disponer de un listado exhaustivo y fiable de los voluntarios/as existentes, como mucho, lograremos acceder a un universo ciertamente problemático de organizaciones voluntarias⁵. Así pues, nos encontramos con dificultades insalvables, no sólo para la realización

² Desde un punto de vista internacional, gran parte de la literatura sobre asociaciones voluntarias ha sido ‘simplemente’ descriptiva y cuantitativa. En general, ha buscado —como señalan MCPHERSON Y ROTOLO (1996: 179)— correlacionar la afiliación con características sociodemográficas de carácter individual. La aspiración es estimable, pero para MCPHERSON Y ROTOLO (*ibíd.*) el problema reside en que en estos estudios sociodemográficos se obvia la dimensión grupal y dinámica del fenómeno voluntario, se le reifica y atomiza. De ahí —apuntamos por nuestra parte— la pertinencia de aproximaciones cualitativas de tipo complementario.

³ GINER Y SARASA (1997: 215) hablan de la inconmensurabilidad del fenómeno altruista contemporáneo, a pesar de la proliferación de estadísticas.

⁴ Algunos autores han preferido el estudio de un universo reducido, pero al mismo tiempo precisable —lo que permite estimaciones más ajustadas—. El ejemplo más claro es el estudio de RODRÍGUEZ CABRERO Y MONSERRAT (1996), centrado en el análisis de las entidades subvencionadas a través del 0,52 del IRPF.

⁵ La FUNDACIÓN TOMILLO (2000) realizó un censo de ONG de acción social (fijándose un total de unas 11.043), pero la falla fundamental, es que en su elaboración se parte exclusivamente de *datos indirectos* (obtenidos a través de las comunidades autónomas) que no son validados en su totalidad —sólo se comprueba una pequeña parte de los registros a través de la elaboración de la muestra base de su estudio cuantitativo (integrada por 201 entidades), y el posterior trabajo de campo—. Por supuesto, también es importante tener presente (al margen de otros problemas técnicos) que en la elaboración del censo entra en juego la aplicación de un criterio de inclusión/exclusión —hay que decidir qué está dentro del ámbito de acción social y qué es una ONG— de ciertas organizaciones en el censo, cues-

de un censo aproximado del voluntariado, sino también para llegar a definir una muestra representativa estadísticamente del universo de los voluntarios/as, muestra que nos permita determinar cuantitativamente, con una cierta rigurosidad, los perfiles sociodemográficos. Y hemos de darnos cuenta de que la mayoría de las aproximaciones cuantitativas al voluntario utilizan como técnica de investigación la encuesta estadística, es decir, trabajan a partir de muestras.

Otra característica importante del inaccesible universo voluntario es su fuerte inestabilidad y la enorme dificultad para controlarla (si es que lo comparamos con la gran mayoría de los universos sociales que podamos fijar: estudiantes universitarios, médicos, profesores de enseñanza secundaria, electores de Coslada, discapacitados visuales, etc.). Tal inestabilidad se deriva de la existencia de una alta tasa de ‘rotación’. Quien era voluntario/a ayer puede no serlo hoy, y los que participan en este momento como voluntarios/as en una organización quizá no lo hagan mañana. Al margen de que ello pudiera implicar fluctuaciones importantes en el volumen del universo de referencia, acaecidas en lapsos de tiempo relativamente breves⁶, también encontraríamos otra dificultad que residiría en la determinación concreta (y posterior localización durante el trabajo de campo) de los sujetos integrantes de una muestra representativa.

Así pues, habida cuenta de la gran ambigüedad referencial del concepto ‘voluntariado’, la multiplicidad y fragmentación social del fenómeno voluntario, y su difícil acceso empírico, es imposible aspirar a la elaboración de un verdadero censo. Solamente disponemos de estimaciones (que no sólo valoran el volumen de voluntarios/as, sino también otros parámetros). Valoraciones tentativas de un valor muy limitado. No se trata de deslegitimar toda estimación, sino de ubicarlas en un espacio de ‘conocimiento’ especulativo (especialmente, cuanto las bases estadísticas sobre las que se levantan son ‘precarias’). En ocasiones, una cierta fiebre desmedida por la medida —incluso cuando es imposible medir o siquiera estimar—, hace que los datos que se manejan se sustenten en estimaciones establecidas sobre suposiciones, a su vez fundamentadas sobre datos parciales o sesgados que pretenden extrapolarse, aunque tengan un carácter restringido. Gran parte de las estimaciones cuantitativas existentes podrían responder a esta descripción⁷, y lógicamente, el aspecto que más se resiente es la validez de los resultados.

ción siempre problemática. Otro ejemplo de reconstrucción problemática del universo de referencia (cuestión reconocida explícitamente por los propios autores), lo encontramos en MOTA Y VIDAL (2003: 15 y ss.). En este caso, para la Comunidad de Madrid.

⁶ Es mencionada frecuentemente por los gestores la fuerte oscilación de tipo ‘estacional’: abundancia de incorporaciones a principios del otoño, deserciones en periodos de exámenes y en los meses de vacaciones estivales.

⁷ Un ejemplo claro —entre otros muchos—, es la contribución de PÉREZ PÉREZ (2000), acerca de la evaluación del trabajo voluntario, construidas sobre una larga retahíla suposiciones, sospechosas de no ser correctas, o cuando menos, enormemente trivializadoras. Cabe, no obstante, señalar la honestidad del autor que termina asumiendo que su elaboración es “ejercicio a caballo de la ciencia y de la ficción” (ibíd.).

Otras veces, se nos ofrecen las estimaciones sin explicitar claramente cómo se alcanzaron sus valores finales. En cierta medida, la profusión de diversas estimaciones en torno al tercer sector, más que aportar conocimiento, pueden llegar a añadir grandes dosis de confusión e indeterminación sobre el sector.

No obstante, es posible que en un futuro próximo se disponga de una primera cuantificación relativamente consistente que nos oriente sobre el volumen de voluntariado social en España. Ello es debido a que en el último censo de población de 2001, se introdujo en la pregunta “¿en cuáles de estas situaciones estaba la semana pasada?” (pregunta número siete del ‘cuestionario de hogar’ del censo), la posibilidad de contestar “realizando tareas de voluntariado social”, junto a otras respuestas referidas a situaciones de tipo laboral, educativo, etcétera⁸. De momento, en los datos provisionales aparecidos respecto a la explotación del censo, no ha aparecido ninguna referencia a esta pregunta. En cuanto a la decisión (claramente política) de introducir en el censo esta posibilidad de respuesta vinculada a la práctica de voluntariado social, en primer lugar demuestra el gran interés de la administración en medir los recursos voluntarios. También resulta tremendamente clarificador que se excluyan otros tipos de participación (máxime cuando se introduce una noción ‘reducida’ del voluntariado —el social—, con respecto a la integradora definición legislativa de la Ley del Voluntariado de 1996). Se pone de relieve cómo interesa, fundamentalmente, el voluntariado prestador de servicios.

En el ámbito español, principalmente han sido las distintas administraciones (sin olvidar algunas grandes corporaciones voluntarias) las que se han preocupado por realizar estudios cuantitativos. La orientación de toda investigación social refleja los intereses de la instancia financiadora y/o promotora; por eso, es necesario atender a las intencionalidades políticas que se esconden tras los intentos cuantificadores dirigidos hacia el tercer sector y el voluntariado. De esta manera, hay en estos estudios (construidos sobre encuestas y estimaciones) una inspiración fundamentalmente *fiscalizadora* (nada nuevo bajo el sol, la estadística aparece históricamente como una disciplina orientada

⁸ Exactamente las posibilidades de respuesta (se trataba de una pregunta con posibilidad de respuesta múltiple), eran las siguientes: 1) Recibiendo algún tipo de enseñanza (incluso en guarderías, academias, empresas...); 2) Ocupado/a (trabajó al menos una hora) o temporalmente ausente del trabajo; 3) Parado/a buscando el primer empleo; 4) Parado/a que ha trabajado antes; 5) Cobrando una pensión de incapacidad permanente o invalidez; 6) Cobrando una pensión de viudedad u orfandad; 7) Cobrando una pensión de jubilación o prejubilado/a; 8) *Realizando tareas de voluntariado social*; 9) Necesitando ayuda para actividades básicas (asearse, vestirse, desplazarse...); 10) Realizando o compartiendo las tareas de mi hogar; 11) Otra situación (menores sin escolarizar, rentistas...). Esta pregunta funciona realmente como un verdadero ‘cajón de sastre’, en cuanto en ella se equiparan estados y actividades muy diferentes (que no apuntan a un único denominador común). Parece una ubicación realmente problemática para una respuesta que hace referencia a una actividad (el voluntariado) que no se suele corresponder con una actividad principal. Tal hecho puede afectar a los datos obtenidos sobre la extensión del voluntariado. Metodológicamente no podemos hablar, ni mucho menos, de una pregunta ‘modélica’.

políticamente hacia el control de los recursos humanos y materiales⁹). Los objetivos se concretan en tratar de averiguar/medir redundantemente —casi obsesivamente— cuántos son. La aspiración a un control cuantitativo de la extensión y las características básicas del voluntariado, se correlaciona con el anhelo de su rentabilización. Una política sobre la participación social como la actual, reducida a una política de maximización de recursos y gestión de servicios, reclama con avidez —necesita— de una cuantificación de los recursos disponibles. Aún más, no es suficiente con saber cuántos son los voluntarios/as, es necesario valorar su capacidad de trabajo; de ahí la proliferación de estimaciones acerca del volumen total de horas de trabajo desarrolladas por los voluntarios/as (y su conversión a puestos de trabajo de jornada completa), y sobre su valor/coste monetario suponiendo que se tratara de un trabajo asalariado¹⁰. Tales estimaciones no sólo permiten atribuir un valor económico *monetario* —introduciendo metafóricamente el voluntariado en el mercado y en la economía monetaria—, sino también el ahorro estatal¹¹.

En términos generales —aunque también con reseñables excepciones—, las investigaciones cuantitativas sobre el tercer sector realizadas durante los últimos años en el ámbito español, no se han mostrado demasiado ‘productivas’, al margen del reconocimiento de las grandes dificultades metodológicas que hemos señalado. Los resultados se antojan muy exiguos si consideramos la dimensión de ciertos proyectos. Además, si realizamos una revisión metodológica de las encuestas realizadas sobre voluntariado, encontramos que las muestras utilizadas en todos los estudios son *muestras no probabilísticas* (incluso cuando se trata de justificar que no lo son). Como el universo de referencia no puede ser delimitado con una mínima precisión, los sujetos voluntarios no tienen las mismas probabilidades de ser incluidos en las muestras definidas. Esto significa que no es posible calcular los errores de muestreo, ni el intervalo de confianza, y por tanto, que es imposible fijar la validez estadística de los datos obtenidos. En definitiva, los resultados no pueden ser extrapolados al universo de referencia, porque no existe ningún tipo

⁹ Véase, por ejemplo, la referencia de BURCKHARDT (1983: 54) sobre la aparición de la *estadística moderna* en las repúblicas italianas del Renacimiento, especialmente Venecia y Florencia.

¹⁰ BERKING (1999: 144), resalta las dificultades asociadas al intento de cuantificación de la dimensión económica de la asistencia voluntaria y la caridad. Debemos darnos cuenta de que el voluntariado se integra en la esfera de economía no monetaria —para una caracterización de la misma, *vid.* FERNÁNDEZ ENGUITA (1998: 53-61)—. El afán monetarizador aplicado al voluntariado —trasmutado, tomando las palabras de POLANYI (cfr. FERNÁNDEZ ENGUITA, *ibíd.*: 54), en ocasiones, en una verdadera “falacia economicista”—, se inscribe perfectamente por otro lado en el ‘espíritu económico moderno’ del que habla SOMBART (1993: 176 y ss.). Espíritu económico atravesado fundamentalmente por la valoración cuantitativa, noción de valor ésta, específicamente moderna. Afirmar SOMBART (*ibíd.*: 183) que “en la expresión monetaria se ha encontrado, además, un camino extraordinariamente cómodo para traducir a cantidades casi todos los valores que en sí mismos no podrían ser pesados ni medidos, integrándolos así en el círculo de la *valoración cuantitativa*. Sólo será valioso lo que cueste mucho”.

¹¹ Desde luego, no todos los investigadores que realizan este tipo de estimaciones están interesados por la fiscalización del fenómeno en beneficio del Estado.

de representatividad estadística. Sospechamos, además, que en las muestras no probabilísticas están sobrerrepresentados los voluntarios/as pertenecientes o encuadrados en las entidades más grandes. En primer lugar, porque muchas pequeñas asociaciones simplemente ‘no aparecen’ (o no es fácil llegar a contactar con ellas), y porque a lo largo del trabajo de campo, resulta mucho más fácil entrevistar *in situ* —o sustituirlo en caso de ser necesario— a un voluntario/a de una gran corporación, que a otro de una pequeña asociación voluntaria.

Sólo en unos pocos casos la ‘peculiaridad’ del método de investigación se hace explícito, lo cual indica una honestidad que hay que agradecer profundamente. Es el caso de la investigación realizada por Cortés *et al.* (1997: 10)¹². Los autores nos advierten que “...ni el muestreo ha seguido los criterios habituales, ni las demás etapas en el trabajo de campo se ajustan al modelo normalizado. [...] En España resulta imposible realizar un muestreo probabilístico puesto que no disponemos del universo total de base que permitiría realizarlo. Ni tan siquiera es posible realizar a priori un muestreo más o menos representativo de las organizaciones de voluntariado, ya que no tenemos los elementos necesarios para realizarlo, como sería un censo de organizaciones o un estudio preliminar sobre el tema. Por tanto, la estrategia a seguir ha sido la de construir la muestra a partir de los datos existentes. Dichos datos se encuentran repartidos en multitud de publicaciones sobre el tema del voluntariado y de las organizaciones no gubernamentales”. Podemos observar que paradójicamente la construcción de la muestra surge ‘a salto de mata’, a través del análisis de la producción bibliográfica. Actualizemos, además, el argumento sostenido por Cortés *et al.*, de que en la actualidad sigue siendo imposible realizar un muestreo probabilístico riguroso con respecto al voluntariado.

Revisemos otra investigación más. En la ficha técnica del estudio realizado por González Blasco (1998: 87), sobre el voluntariado madrileño, se señala que ha sido utilizada una muestra no probabilística, pero al mismo tiempo, se advierte que la muestra es “proporcional a las cuotas de sexo y edad que configuran el colectivo de los voluntarios agrupados en las Ong’s de la C.M. [Comunidad de Madrid]” (ibíd.). La pregunta que surge inmediatamente es ¿cómo han podido estimar los investigadores las cuotas de edad y sexo de los voluntarios/as? Se nos contesta en la propia ficha técnica: “para establecer los criterios del muestreo, se realizó previamente un sondeo entre las diferentes Ong’s implantadas en la Comunidad de Madrid, al objeto de conocer las estructuras de sexo y edad del colectivo a sondear” (ibíd.). Así pues, se realizó un sondeo previo —suponemos que telefónico, y lógicamente de extensión más limitada que el segundo— a ciertas organizaciones voluntarias madrileñas (desconocemos cuántas fueron inquiri-

¹² Se trata del estudio ‘*Las Organizaciones de Voluntariado en España*’, auspiciado por la Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España. Una revisión sintética de los principales resultados de la investigación puede encontrarse en: LÓPEZ MADERUELO (2001) y CORTÉS *et al.* (1999).

das¹³), a través del cual —suponemos otra vez— se pidió a ciertos responsables que ofrecieran datos agregados o estimaciones sobre la distribución de los voluntarios/as de su organización en función de la edad y el sexo. Así, se determinan aspectos cruciales de la muestra (y hasta del universo), a través de un sondeo informal sin valor estadístico alguno. Además se indica en la ficha que, durante el trabajo de campo, se tuvieron problemas insolubles para cubrir ciertas cuotas fijadas por edad —concretamente de voluntarios de más de 65 años—, lo cual nos remite a graves problemas con respecto a la muestra construida, y/o incluso con el propio trabajo de campo. Finalmente, en el extremo de la paradoja en el estudio se reconoce que no “pueden establecer con rigor los márgenes de error” (ibíd.), pero finalmente, y a renglón seguido, se procede a calcularlos (en un ejercicio de verdadera estadística ficción), adoptando un revestimiento de rigor estadístico del que el estudio carece por completo.

Como reflejo del uso de muestras no probabilísticas, en ocasiones aparecen datos contradictorios con respecto a hechos incontrovertibles. Por ejemplo, a cualquiera que conozca mínimamente el fenómeno del voluntariado le resultará evidente, a todas luces, que existen muchas más voluntarias que voluntarios, sin embargo, el estudio de la Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España (Cortés *et al.*, 1997), llegó a la increíble conclusión de que, la tendencia era la inversa, esto es había más voluntarios que voluntarias —exactamente un 56% de voluntarios, y un 44% de voluntarias— (ibíd.: 88); los propios autores parecen desconcertados ante los datos. El problema reside de manera clara en la muestra. Tomando como ejemplo otra variable, al comparar los resultados de diferentes estudios en cuanto a la edad media atribuida a los voluntarios/as, nos encontramos con un intervalo entre distintas medias que se acerca en algunos casos a los diez años. Estos ejemplos muestran la inconsistencia de los datos disponibles.

Un problema añadido de las encuestas que tratan de reflejar la extensión y perfil del voluntariado, es que muchas de ellas —casi todas— no se dirigen directamente a individuos voluntarios/as, sino que se trata de cuestionarios respondidos institucionalmente por las organizaciones (y en su representación contestados por gestores, responsables, directores, técnicos, etc.), que *estiman* e interpretan (más que ofrecer datos rigurosos) la cantidad de voluntarios/as, su dedicación, su ratio de género, la edad media, etc. Así pues, de manera generalizada, la recogida de datos se produce de forma indirecta o mediada, desde arriba y de manera agregada. Cada una de las respuestas obtenidas sintetiza valores atribuidos a un colectivo más o menos amplio de voluntarios/as (depende del tamaño de la organización), pero ese hecho, se difumina en las matrices de datos construidas y en su posterior análisis (donde frecuentemente todas las organiza-

¹³ Podemos dar casi por descontado que en este sondeo informal las grandes corporaciones voluntarias constituyeron el grueso de la consulta.

ciones ‘pesan’ estadísticamente lo mismo). De esta manera, en muchos estudios se procede a calcular medias a partir las medias suministradas por las organizaciones —sin que sea posible introducir criterios de ponderación—, lo cual resta aún más fiabilidad a los datos finales. Además, como problema final, pero no por ello menos importante, constatamos que estas encuestas suelen ser, en su mayoría, de carácter postal¹⁴. Las bajísimas tasas de respuesta obtenidas habitualmente a través de esta vía, junto a los problemas derivados de la ‘autoadministración’ de los cuestionarios (abundancia de malentendidos y confusiones, cuestionarios a medio contestar, etc.), no hacen sino aumentar exponencialmente los problemas de representación estadística apuntados. A partir de lo aquí señalado, no podemos sino sospechar sistemáticamente de los datos cuantitativos disponibles acerca del voluntariado español. Los problemas metodológicos insalvables, confluyen con la, en nuestra opinión, baja calidad —salvo excepciones— de las investigaciones cuantitativas disponibles.

En este epígrafe no afrontaremos una revisión comparativa exhaustiva de los resultados de las distintas investigaciones cuantitativas sobre voluntariado, si bien, se incorporan selectivamente algunos indicadores, tratando de ilustrar las tendencias generales. A la hora de abordar el perfil sociodemográfico del voluntariado, preferiremos una aproximación de corte más ‘cualitativa’ con respecto a los rasgos más incontrovertibles del nuevo voluntariado, apoyándonos puntualmente en nuestro propio material empírico.

6.2. LA EXTENSIÓN DEL FENÓMENO VOLUNTARIO

Como contextualización de la consideración de algunas de las estimaciones sobre la dimensión cuantitativa del voluntariado, puede ser interesante, revisar algunos de los datos disponibles sobre participación social, a cuya realidad accedemos, una vez más problemáticamente, a través de las estimaciones sobre afiliación asociativa¹⁵. En líneas generales, los estudios apuntan a un ligero crecimiento de la tasa de asociacionismo desde los años setenta, situándose casi todas las estimaciones realizadas durante los años noventa en valores superiores al 30% de la población (si bien, las estimaciones no son todo lo confluentes que sería deseable). Los datos contenidos en el V Informe FOESSA, fijan el índice de asociacionismo para 1993 en un 40,4% (Ruiz Olabuénaga, 1994: 1981), pero al mismo tiempo, el incremento del porcentaje de asociacionismo desde el año 1978 (o incluso desde 1973)

¹⁴ Las excepciones son los estudios de GONZÁLEZ BLASCO (1998) y la FUNDACIÓN TOMILLO (2000).

¹⁵ Ciertos autores, resaltan acertadamente el problema de manejar tasas de asociacionismo para referirse a la participación social, por la elevada heterogeneidad de los fenómenos comprendidos: “hablar de asociacionismo en general, [...] nos aporta poco porque bajo esa denominación se engloban fenómenos demasiado dispares entre sí, algunos de los cuales tienen una clara significación colectiva mientras que otros muchos no tienen repercusión alguna cuando de lo que se trata es de la presencia de los ciudadanos en la vida pública” (MORÁN Y BENEDICTO, 2000: 145).

hasta 1993 resulta nimio, poco más de un 3% (ibíd.). Si concentramos nuestra atención sobre los niveles de asociacionismo juvenil, en el año 1995, el 36% declaraba pertenecer a algún tipo de asociación (EDIS, 1995: 65). Siguiendo con el segmento joven, algunos trabajos recogen cifras que apuntan a un significativo incremento del asociacionismo juvenil con respecto a las asociaciones de tipo benéfico-asistenciales, que habrían pasado de un 1% de jóvenes asociados en 1992 a un 4% en 1995 (Carrón y Porras, 1996: 64), lo que podría corresponderse con el repunte del voluntariado social en la década de los noventa. Los datos más recientes se refieren al Estudio CIS 2419 (mayo 2001)¹⁶, que aunque no proporciona una tasa global de asociacionismo, sí ofrece porcentajes diferenciados para distintos tipos de asociaciones y organizaciones. Seleccionamos algunos de ellos: un 9% de los encuestados declaró que pertenecía a asociaciones y organizaciones benéficas, de ayuda a los demás, y un 4% contestó que pertenecía a ONG.

A pesar de la entidad de algunas de las cifras ofrecidas, son muchos los autores que insisten sobre el no asociacionismo que caracteriza a la sociedad española, como correlato de una sociedad civil débil (Subirats, 1999 y 2001), señalando la “poca proclividad al asociacionismo que la sociedad española ha demostrado tradicionalmente” (Morán y Benedicto, 2000: 144)¹⁷. Refiriéndose al segmento juvenil, Javier Callejo (1999: 52), nos remite a la realidad de una juventud poco apasionada, y sugiere que los resultados de las encuestas magnifican unos resultados ‘políticamente correctos’. A pesar de lo que indican las encuestas de juventud, Callejo (ibíd.: 53) constata que es difícil encontrar ‘a pie de calle’ jóvenes participativos y voluntarios.

Consideremos ahora la extensión cuantitativa del voluntariado en España. Partamos de una prevención; una parte importante de las diferentes encuestas y estimaciones cuantitativas están magnificando la dimensión del voluntariado, y su evolución en línea ascendente a lo largo de los últimos años. En ese sentido se expresan Albarracín *et al.* (1999), según los cuales “las estimaciones que se hacen a menudo sobre la magnitud del voluntariado (juvenil o no) parecen enormemente magnificadas”. Sin negar el evidente incremento de los efectivos del voluntariado acaecido durante la década de los noventa del pasado siglo, es necesario apuntar que parte del drástico aumento mostrado por las más recientes estimaciones estadísticas, sería consecuencia de la reconstrucción conceptual e ideológica del voluntariado, resultado de una agresiva estrategia política de idealización, y paralela amplificación social (en la que han participado administración, medios de comunicación y organizaciones voluntarias), del modelo del voluntariado como práctica participativa por excelencia. Buena parte del crecimiento reflejado en las

¹⁶ Una explotación de este estudio puede encontrarse en ALEMÁN Y TRINIDAD (2001).

¹⁷ Otros autores, como por ejemplo PÉREZ DÍAZ (2003: 460)— defienden una posición opuesta, concibiendo una sociedad civil mucho más estructurada y vigorosa. En la misma línea, RUÍZ OLABUÉNAGA (2000: 66) expone que el asociacionismo español se corresponde con una realidad poderosa y compleja.

estimaciones —incremento fervientemente deseado por el Estado— deriva de una ‘reubicación’ de los efectivos ya existentes. En definitiva, se ha forzado una cierta ‘regularización’ voluntaria de un segmento importante de la participación social, fracción que no se conceptualizaba en el pasado reciente como voluntariado. El afloramiento de ‘nuevos’ voluntarios/as dependería en gran medida de la aplicación de un nuevo modelo de ordenación de la participación, en el que se privilegia el voluntariado como ‘nuevo’ y sobre todo omnicomprendivo criterio clasificatorio. Se ha potenciado el voluntariado como única vía adecuada de participación social, y a ello contribuyen también las encuestas y estimaciones cuantitativas sobre su extensión, que retroalimentan la centralidad del voluntariado en la esfera participativa cuando tratan de medirlo. Intentar ‘contar’ recurrentemente la extensión del voluntariado hace que cada vez se encuentre un mayor número de voluntarios/as.

En la administración encontramos de manera persistente la idealización del crecimiento por sí sólo, sin tener en cuenta las características asociadas al nuevo modelo de participación. A pesar de ello, en los últimos años se ha pasado a hablar cada vez más de la consecución de un voluntariado de calidad: “la difusión no ha de buscar un mero incremento del número de voluntarios, sino principalmente un voluntariado de calidad, responsable, y plenamente comprometido con la sociedad y con los beneficiarios de su trabajo...” (MTAS, 2001: 22). La búsqueda de ese voluntariado de calidad, se identifica fundamentalmente —aunque no se explicita— con la búsqueda de una elevada fidelidad por parte del voluntario/a, en el sentido de que ésta ampliaría su capacidad de trabajo.

A pesar de la propensión hacia la sobreestimación de la participación voluntaria, es necesario insistir al mismo tiempo, en el importante incremento de voluntarios y voluntarias que se produce desde la década de los ochenta hasta el final de los años noventa. También es conveniente señalar que ese crecimiento no es privativo del caso español (si bien aparece muy marcado), sino que se incardina en una tendencia internacional de más amplio calado (*vid.* Glazer, 1992: 177) —aunque los niveles de participación voluntaria¹⁸ y su evolución temporal presenten diferencias muy significativas—.

Centrémonos en la evolución del volumen de voluntarios/as. Parece existir un consenso al señalar que su número creció especialmente durante los años centrales de la década de los noventa (aunque el crecimiento arranca en la década de los ochenta), años en los que en algunos casos el número de ‘aspirantes’ superaba las oferta de ‘plazas’ de las organizaciones voluntarias. Podríamos ubicar el punto álgido del voluntariado (de la ‘moda’ voluntaria) en torno a los años 1997-1998. En el diario *El País* del 20 de julio de

¹⁸ Análisis comparativos de tasas de voluntariado —asimilable en el ámbito estadounidense al asociacionismo— pueden encontrarse en CURTIS *et al.* (1992) y RUIZ OLABUÉNAGA (2000: 70), éste último integrando datos de un estudio internacional coordinado por la *Universidad Johns Hopkins*.

1997 (sección Madrid) aparece una noticia, según la cual el Gobierno regional reconoce que “hay más voluntarios que posibilidades de darles tarea”. El titular, al margen de ilustrar el momento de pujante éxito que vive la fórmula de participación voluntaria, abunda sobre el carácter instrumental conferido a la acción voluntaria (restringido a la realización de ‘tareas’), y asimismo esclarece el papel subordinado del voluntario/a como fuerza de trabajo. En un entorno de participación asociativa de tipo grupalista, es difícil que puedan llegar a ‘sobrar’ asociados —por que su ‘función’ no se restringe a la realización de una tarea— aunque su aumento pueda forzar una reestructuración organizativa. Sin embargo, un modelo de participación voluntaria como el actual —basado en la ‘casación’ de ofertas (concretadas en puestos definidos previamente) y demandas individualizadas—, corre el riesgo de sufrir periodos de saturación y de ‘desabastecimiento’ de voluntarios/as. No obstante, y regresando a la noticia, esta situación de desbordamiento vivida en torno al año 97 se solventó rápidamente. Se multiplicaron los puestos de voluntariado, y el número de voluntariado tendió a estancarse progresivamente. De esta manera, la situación del voluntariado en los inicios de la primera década del siglo XXI —pasadas las inercias, no demasiado espectaculares, derivadas del *Año Internacional del Voluntario* (2001)— muestra una estabilización cuantitativa, o si se quiere un estancamiento, e incluso puede que una ligera regresión (según una percepción reiterada entre los gestores).

Hagamos un recorrido simplemente expositivo (con un cierto criterio cronológico) por algunas de las estimaciones sobre la extensión de la participación voluntaria en España. Hemos de tener en cuenta, al margen de las dificultades metodológicas, que los marcos de referencia no son homogéneos, lo que hace muy problemático cualquier intento de comparación integradora. En primer lugar podemos revisar los resultados aportados por Rodríguez Cabrero y Monserrat (1996: 173), estos autores estiman (para 1993), que el número total de voluntarios/as que movilizan las entidades voluntarias subvencionadas por el 0,52 del IRPF, alcanza la cifra de 286.403. Cáritas y Cruz Roja aglutinarían casi el 60% de este voluntariado. Para el año 1995, disponemos de los datos contenidos en el estudio sobre la juventud española realizado por EDIS (1995: 102), según los cuales, entre un 10%-12% de los jóvenes desarrollaría con cierta frecuencia algún tipo de voluntariado.

Ruiz Olabuénaga (2000: 67-68)¹⁹, elabora estimaciones para el año 1995, trabajando sobre una concepción amplia del voluntariado —y tomando como referente el conjunto del sector no lucrativo—. Para Ruiz Olabuénaga la extensión del voluntariado se fijaría en un intervalo entre el 9,5% y el 15% del total de los españoles mayores de 18 años. El autor opta por lo que denomina como una estimación conservadora (del 9,8%), y resuelve que el voluntariado en sentido amplio (asociado a una colaboración de

¹⁹ Véase también RUIZ OLABUÉNAGA (2001).

al menos una hora al mes) se sitúa en torno a los dos millones novecientos mil (más exactamente, 2.931.219). Tomando una categoría más restringida, identificada como voluntario en sentido estricto (asociada a una colaboración de al menos 16 horas mensuales), Ruiz Olabuénaga concreta en algo más de un millón de personas (1.026.482.) el volumen de voluntarios/as. Atendiendo al sector de servicios sociales, encontraríamos 496.793 voluntarios en sentido amplio y 295.095 en sentido estricto.

Cortés *et al.* (1997: 81) estiman un volumen de unos 272.000 voluntarios —trabajo de campo realizado durante el año 1996—, cifra alcanzada a través de la información recogida con respecto a 646 organizaciones. No obstante, los autores no aspiran a identificar este valor con el volumen total del voluntariado en España. Con respecto al año 2000, la Fundación Tomillo (2000: 52) cuantifica en 1.073.321 los voluntarios/as que colaborarían en las ONG de acción social. Este dato supone duplicar la estimación de Ruiz Olabuénaga de voluntarios/as en sentido amplio con respecto al año 1995. También con respecto al año dos mil, Morán y Benedicto (2000: 147), estiman entre un 6% y un 10%, el porcentaje de los jóvenes entre 15 y 29 años que estarían implicados en tareas de voluntariado. No obstante, estos autores no especifican las fuentes para su estimación que parecen ser indirectas. Por último, el estudio del CIS 2419 (mayo de 2001), refleja que un 6% de la población española, ha dedicado durante el último año parte de su tiempo a trabajar (sin remuneración) en actividades o acciones desarrolladas por las ONG. Se trata de un porcentaje relativamente bajo, si consideramos la mayoría de las estimaciones previas.

Con respecto a la Comunidad de Madrid, disponemos de una única investigación cuantitativa que evalúa la extensión del fenómeno voluntario en su conjunto (González Blasco y Gutiérrez Resa, 1997), cuyo trabajo de campo se realiza en 1996. En este estudio se estima que un 10% de la población madrileña pertenecía a alguna ‘asociación de voluntariado’ (ibíd.: 25)²⁰.

6.3. LA DISTRIBUCIÓN DEL VOLUNTARIADO EN FUNCIÓN DE LAS VARIABLES BÁSICAS DE ANÁLISIS SOCIODEMOGRÁFICO

A continuación, analizaremos algunos rasgos del perfil o perfiles dominantes del voluntariado social a partir de la consideración de algunas variables sociodemográficas. Estas variables serán: género, edad, clase social y nivel de estudios. Como punto de inicio, sintetizamos el perfil dominante (que no exclusivo) del nuevo voluntariado: se trata de una mujer joven, titulada universitaria —o en fase de realización de estudios univer-

²⁰ El posterior estudio de MOTA Y VIDAL (2003) no recoge una estimación total del volumen de voluntarios/as de la Comunidad de Madrid, sino que sólo ofrecen un ‘sumatorio’ de los voluntarios/as de las distintas entidades que han contestado a su encuesta. Estos autores llegan a contabilizar un total de 144.003 voluntarios/as (ibíd.: 123), cifra que —insistimos— no se correspondería con una estimación del universo total del voluntariado de la Comunidad.

sitarios, o de postgrado—, que no trabaja o lo hace de forma precaria, y no tiene ‘cargas familiares’. Habría que añadir otra característica básica, y es que el gran ‘vivero’ del nuevo voluntariado son las clases media baja y obrera. En ese sentido, se ha producido una transición clara desde el modelo del voluntariado ‘burgués’ característico de finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, cuya representante era una mujer, casada, de mediana edad, perteneciente a una familia de clase media o media alta, y casi siempre, ubicada al margen del mercado de trabajo (Ascoli, 1988: 193; 1987: 143).

6.3.1. *Voluntariado y género*

Desde una perspectiva social amplia, el don sigue manteniendo en la actualidad una indeleble marca femenina (Berking, 1999: 13)²¹. Esta marca se hace especialmente visible en todas las expresiones de cuidado y asistencia social (tanto formales como informales) y, por tanto, también en el voluntariado social (existe un amplio consenso teórico y empírico al respecto²²). Si retrocedemos en el tiempo, comprobaremos que la identidad femenina del voluntariado aparece como una verdadera constante. En la primera mitad del siglo XX, el voluntariado ‘clásico’ de filiación burguesa, supuso una vía precaria para la integración social de la mujer —al moderar su enclaustramiento hogareño—, pero al mismo tiempo, esta relativa apertura a lo social público, contribuyó a perpetuar el modelo de feminidad clásico, asociándolo a roles asistenciales, bloqueando parcialmente la incorporación social plena de la mujer (fundamentalmente a la esfera laboral):

“El lugar de la mujer estaba en su casa, pero, sin embargo, se aceptaba generalmente que se encargase de tareas relacionadas con el área de *welfare* [...] actividad que en determinados ambientes pasa a ser, pues, signo de respetabilidad social. Constituía uno de los escasos ámbitos en que las mujeres podían hacer uso de su talento fuera de las paredes de su domicilio [...]. El trabajo específico en las pequeñas organizaciones se hallaba fundamentalmente en manos de mujeres voluntarias, pertenecientes a los grupos sociales más acomodados, en tanto que de los hombres se esperaba que participasen en los comités directivos, cuando se encontraban disponibles después de su trabajo, para que planteasen y dirigiesen la política a seguir” (Lawrence, cfr. Ascoli, 1987: 144)

Por tanto, en el voluntariado ‘clásico’, la participación en el trabajo voluntario parece asumir un significado social distinto para los hombres y para las mujeres. Para los hombres resulta posible interpretarla como “extensión de la propia situación ocupacional que añade prestigio social y poder en la comunidad, mientras que para las muje-

²¹ Más concretamente BERKING (ibíd.) afirma que “es la mujer, sola, la que mantiene y estabiliza la economía del don”.

²² La única excepción es el trabajo de CORTÉS *et al.* (1997), al que ya hemos hecho referencia.

res parece suplir el lugar del trabajo remunerado” (Baldock, cfr. Ascoli, 1987: 148). Concluye Ascoli (ibíd.) que, dada esta diferenciación por género, el voluntariado clásico se configura como una actividad social estrechamente ligada a la estratificación operada por el mercado laboral. Hoy en día permanece la conexión en el nuevo voluntariado, aunque en este caso, tiene que ver fundamentalmente con el problemático acceso al mercado laboral por parte de los/as jóvenes. Se ha producido una inversión importante. Las mujeres siguen constituyendo la mayoría del voluntariado, pero utilizan, frecuentemente, esta actividad como una vía de acceso al mercado de trabajo, y no como simple sustituto de la actividad remunerada (al menos en los estratos más jóvenes del colectivo, la orientación de las voluntarias maduras es diferente, perdurando una función social sustitutiva²³).

El institucionalista Thorstein Veblen (1974: 347 y ss.) enlaza la actividad voluntaria femenina ‘clásica’ con una finalidad social de tipo emulativo. Este autor constata al filo del final del siglo XIX, la mayor presencia femenina en las prácticas caritativas, y vincula este hecho con la generalizada subordinación económica de la mujer al hombre —las mujeres ocuparían según Veblen la posición de ‘clase ociosa vicaria’—. Tal subordinación incapacita a la mujer para afrontar en solitario grandes consumos ostentosos con finalidad emulativa, esto es, gastos que la proporcionarían un incremento de estatus. En este contexto, para Veblen es lógico que las mujeres opten por otras actividades generadoras de estatus, más acordes con sus ‘posibilidades’. Señala además Veblen (ibíd.: 348), la especial inclinación de la mujer a “interpretar los fenómenos en términos de relación personal y no de secuencia causal”, lo que la separaría de la esfera económico/laboral, y la aproximaría al ámbito ‘asistencial’ de fuerte socialidad.

Si regresamos a la actualidad, circunscribiéndonos al perfil mostrado por el nuevo voluntariado, constatamos que las voluntarias siguen superando ampliamente en proporción a sus ‘homólogos’ masculinos²⁴. Durante los últimos años, los varones han incrementado su participación relativa en el voluntariado social, incluso en las tareas de atención directa (de manera más sensible cuanto menor es su edad), pero aun así, se mantienen a una significativa distancia con respecto a los niveles de participación voluntaria de las mujeres. Para explicar la pervivencia de esta marca femenina, debemos realizar una aproximación de tipo cultural. La mujer sigue manteniendo casi en exclusividad el rol de ‘cuidadora social’, pese a la progresiva, pero a la vez tímida, incorporación del varón al cuidado que se producido a lo largo de las dos o tres últimas décadas²⁵. Ello se refleja tanto en los ámbitos institucionales informales (observemos quién

²³ Véase al respecto el análisis del tipo motivacional ‘tradicional’, en el capítulo 9.

²⁴ El estudio de la FUNDACIÓN TOMILLO (2000: 61) estima que un 60,72% de los sujetos voluntarios (en el contexto de las ONG de acción social) son mujeres.

²⁵ La mujer ha venido construyendo tradicionalmente su identidad social a través de lo asistencial y lo afectivo; dimensiones que ha desarrollado fundamentalmente a través de la institución familiar —

sigue ostentando el papel de cuidadora principal en el entorno familiar con respecto a niños, ancianos y discapacitados, sin obviar a jóvenes y adultos), pero también en el marco formal/laboral; las profesiones relacionadas con el cuidado y la asistencia son ‘acaparadas’ mayoritariamente por mujeres (enfermeras, trabajadoras sociales, maestras, etc.).

El voluntariado (institucionalmente a caballo entre lo formal/organizativo y lo informal/expresivo), como fenómeno estrechamente ligado al cuidado y la asistencia, refleja y reproduce —como otros muchos marcos institucionales: familia, trabajo, escuela, etc.— la fuente identidad social entre mujer y el cuidado²⁶. El voluntariado seguiría de esta manera reforzando y dilatando el papel como cuidadora social de la mujer (MacDonald, 1996: 30). Según Tovar y García Albert (1999: 149), cuando las mujeres “deciden participar en la sociedad civil, por medio del voluntariado, lo hacen prolongando de alguna manera el espacio y funciones que siempre han desempeñado: cuidar a los demás”. Ello es así incluso para las jóvenes voluntarias, mujeres que quizá no han desarrollado todavía con profundidad un rol cuidador, pero que en cierta medida poseen una ‘predisposición’ cultural. En este caso, no prolongan o reeditan su rol cuidador (como sí hacen las voluntarias maduras, para las que el voluntariado puede funcionar como un ‘relleno’ de espacios de no cuidado), sino que lo anticipan.

Así pues, que el voluntariado social siga apareciendo como un espacio femenino, tiene que ver fundamentalmente con la configuración social de los roles de género y su transmisión de generación en generación a través del proceso de socialización y de determinados marcos institucionales. Estamos inmersos en un periodo de cambio, pero las inercias que pesan sobre los comportamientos asociados al género son poderosísimas. Durante un periodo de tiempo, que se nos antoja muy prolongado, el voluntariado social continuará articulándose como un espacio esencialmente femenino. Sin embargo, lo que sí está cambiando es la estructura motivacional asociada; en la actualidad para un segmento importante de las voluntarias, la predisposición y aproximación hacia el rol asistencial del voluntariado está mediada por la dimensión profesional (las aspiraciones laborales o los estudios realizados), situándose en un segundo plano las dimensiones moral y afectiva. Tovar y García Albert (ibíd.), ponen asimismo en relación la identidad femenina del voluntariado, con el difícil acceso de la mujer joven al mercado de trabajo. Se trata de un factor superpuesto, pero que no hay que minusvalorar en ningún caso.

restringida espacialmente al hogar—, y centrándose muy especialmente en su papel de madre y esposa. Sólo de manera relativamente reciente (sobre todo si nos circunscribimos al caso español) el rol laboral —extradoméstico—, ha comenzado a atribuir identidad social de manera significativa.

²⁶ En ciertas ocasiones, desde entidades que canalizan ofertas y demandas de voluntariado se constata que se reclaman más voluntarias que voluntarios, aspecto que nos remitiría a la reproducción de estereotipos asistenciales. CEBRIÁN (1993: 108) expone un ejemplo referido a un programa de ‘ayuda a domicilio’ en Málaga: las demandas recibidas por la oficina municipal de voluntariado fueron en un 75% de voluntarias.

Parte de los voluntarios, y sobre todo de las voluntarias, se aproxima al voluntariado concibiéndolo de forma directa o indirecta como una vía de acceso al mercado de trabajo. La opción instrumental estaría potenciada, no obstante, por el tipo de estudios elegidos por las mujeres (vinculados al cuidado) y por la creciente presencia de profesionales asalariados en las organizaciones voluntarias.

6.3.2. *La participación voluntaria según la edad: el dominio del modelo ‘juvenilista’*

El modelo del nuevo voluntariado, debilita la vinculación entre la actividad voluntaria y los grupos de mediana edad (dominantes en el voluntariado ‘clásico’), para caracterizarse primordialmente por la participación de sujetos jóvenes. El nuevo voluntario es fundamentalmente un voluntariado joven²⁷, pero al mismo tiempo, coexiste con segmentos cuantitativamente importantes de voluntariado adulto y sobre todo de mayores voluntarios —si bien estas fracciones tienden a ubicarse motivacionalmente fuera del arquetipo del nuevo voluntariado—. Lo que sucede, es que desde un punto de vista simbólico, el voluntariado joven tiende a monopolizar la imagen social proyectada por el fenómeno, muy por encima de su presencia real para el conjunto del voluntariado. De esta manera, el auge del voluntariado “ha llegado a ser un instrumento básico para la presencia, real y simbólica, de la juventud en los asuntos colectivos de nuestras sociedades” (Morán y Benedicto, 2000: 145). Para los ciudadanos, los voluntarios/as son jóvenes, y el voluntariado aparecen como un patrimonio juvenil. Los jóvenes —voluntarios/as o no—, a través de esta sólida identificación social, aspiran a la apropiación en régimen de exclusividad de la solidaridad como valor y de su concreción en prácticas solidarias. Así pues, el voluntariado joven tiende a desplazar del mapa voluntario al resto de fracciones de adultos y mayores, que resultan desde una perspectiva social casi invisibles. En ese sentido podemos hablar del dominio hegemónico de un modelo de voluntariado ‘juvenilista’.²⁸

²⁷ Expongamos algunos datos cuantitativos. En el estudio DE RODRÍGUEZ CABRERO Y MONSERRAT CODORNIÚ (1996: 173), se fija la edad media de los voluntarios/as —con respecto a las entidades subvencionadas en el 0,52 del IRPF— en 31 años. La media es menor en las organizaciones de tamaño más grande (28 años). CORTÉS *et al.* (1997: 87), concluyen que el 69% de los voluntarios presenta una edad inferior a los 29 años. Siguiendo los datos aportados por el trabajo de la FUNDACIÓN TOMILLO (2000: 61), casi la mitad (49,41%) de los voluntarios/as (en el entorno de las ONG de acción social) tiene menos de 25 años, y un 27,81% tendrían entre 25 y 35 años. Para el caso de la Comunidad de Madrid, MOTA Y VIDAL (2003: 134), estiman que un 27,26% de los voluntarios/as tiene menos de 26 años. A pesar de la tendencia juvenilista marcada, la heterogeneidad de los datos es llamativa.

²⁸ En cierta medida, este trabajo también contribuye a reforzar el estereotipo juvenilista, al circunscribir nuestro análisis empírico al estudio del voluntariado joven, aunque en nuestro caso, por estrictas razones ‘operativas’. No obstante, hemos de ser conscientes de que el sesgo juvenilista aparece como una constante en la sociedad contemporánea. Pensemos en la esfera del consumo, y sobre todo, en la publicidad y sus modelos sociales de referencia (‘cuerpos danone’, etc.). Examinemos el deporte y sus

Así pues, podríamos hablar de una sobreestimación del volumen de jóvenes voluntarios/as, que corre paralela a su idealización valorativa. Una vía para evaluar el grado de ‘juvenilización’ idealizante de la imagen social del voluntario/a, es analizar el contenido difundido por los medios de comunicación, en tanto tienden a recoger y amplifican los estereotipos sociales. Si observamos los contenidos gráficos de algunas de las revistas especializadas en voluntariado, observaremos que los jóvenes acaparan casi en régimen de monopolio las fotografías dedicadas a la presentación de voluntarios/as (véanse como muestra las *figuras 2 y 5* correspondientes a sendas portadas de las revistas ‘*Voluntarios*’ y ‘*Voluntarios de Madrid*’). Los periódicos de información general también han privilegiado el perfil joven del voluntario/a, tanto en la selección de imágenes, como en la elaboración de los titulares y contenidos de las noticias y crónicas. Se habla, por ejemplo, de “el medio millón de jóvenes que arrima el hombro para dinamitar desigualdades...” —titular del *El País de las Tentaciones*, del 4 de diciembre de 1998—. El evidente tono ‘idealizante’ y magnificador que se desliza, es concentrado exclusivamente sobre los jóvenes voluntarios/as (profusamente presentados a través de fotografías), que parecen ser los únicos capaces de hacer saltar por los aires el sistema de estratificación social. También las imágenes que nos retransmite la televisión, por ejemplo acerca de festivales y ferias de solidaridad/voluntariado, rezuman juventud²⁹. A la hora de ‘vender’ voluntariado —y de afrontar su reconstrucción social e ideológica—, nada mejor que el recurso escénico al voluntariado joven, mucho más ‘estético’ y atractivo desde un punto de vista mediático. Los actos públicos (muchos de ellos orientados prioritariamente hacia los medios de comunicación) parecen estar concebidos para la participación exclusiva del voluntariado joven —por otra parte, mucho más fácilmente movilizable—.

Los medios de comunicación han amplificado el perfil ‘juvenilista’ del voluntariado, provocando una retroalimentación de la ‘llamada’ juvenil al voluntariado. La proyección social de un voluntariado repleto de jóvenes alegres e inquietos, lo hace más atractivo para otros iguales —resalta en adición la socialidad asociada a la práctica voluntaria, factor muy importante para los jóvenes—. Además, los medios se han concentrado frecuentemente en los elementos más festivos —con una dimensión ociosa más

ídolos, la música popular, el cine, los programas televisivos de máxima audiencia, etc.; la deriva juvenilista idealizante se hace evidente.

²⁹ El análisis de GURPEGUI (1999) profundiza en la caracterización ‘juvenilista’ de la imagen dominante del voluntariado (atiende al estereotipo mediático del voluntario/a, pero también analiza material elaborado por la administración), y concluye: “...las imágenes dominantes conforman el siguiente estereotipo de las personas voluntarias. a) Son personas jóvenes, con frecuencia bastante agraciadas físicamente. Con mucha frecuencia miran a la cámara y sonríen. b) La camiseta [...] aparece también aquí de forma recurrente, connotando juventud, forma de vida informal, realización de actividades físicas... c) Al contrario que los cooperantes, con mucha frecuencia aparecen en actitud de ocio, posando ante la cámara de manera informal, adoptando posturas festivas, enlazados entre sí cuando la foto es de grupo [...]. Así pues, da la sensación de que en el mercado de la solidaridad el voluntariado es la modalidad dirigida al consumo por parte del segmento más joven de la población” (ibíd.: 216-217).

marcada— ligados al voluntariado, como pueden ser conciertos, festivales, etc. Eventos con una evidente marca de edad y con un fuerte atractivo para los estratos jóvenes de la población.

Figura 1

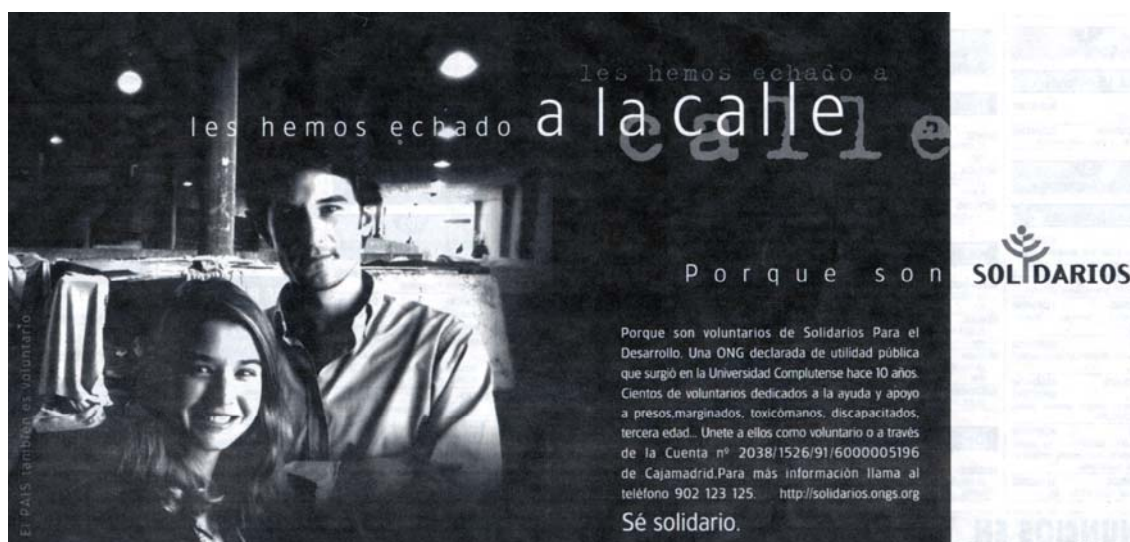


Figura 2

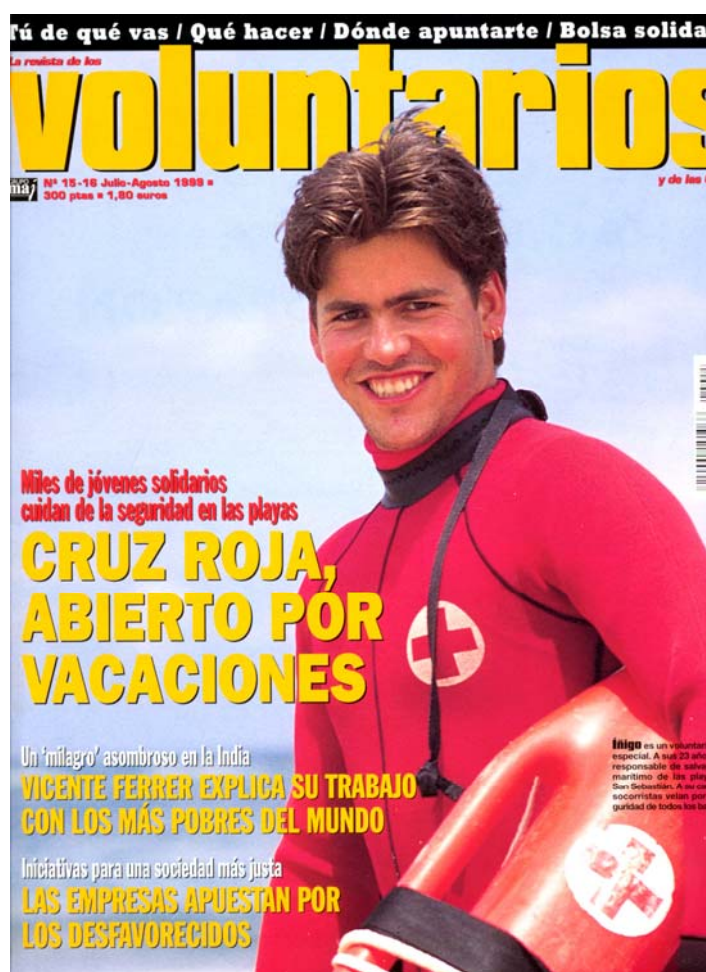
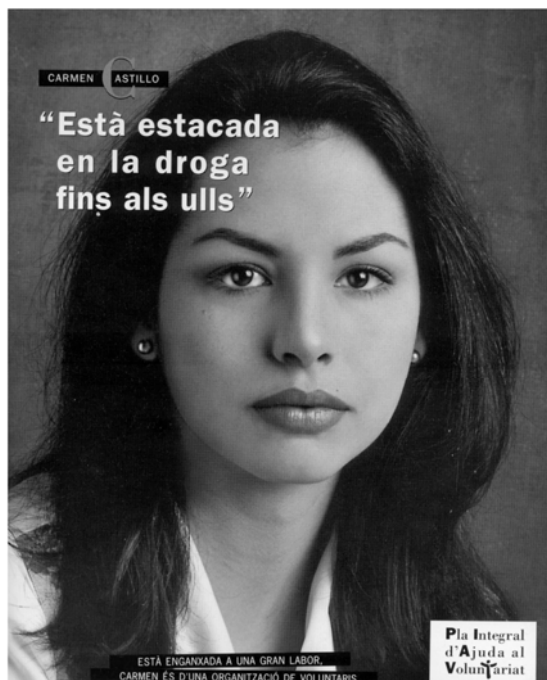


Figura 3



CARMEN CASTILLO

“Està estacada en la droga fins als ulls”

ESTÀ ENGANYADA A UNA GRAN LABOR. CARMEN ÉS D'UNA ORGANITZACIÓ DE VOLUNTARIS QUE TREBALLEN CONTRA LA DROGA.

Pla Integral d'Ajuda al Voluntariat

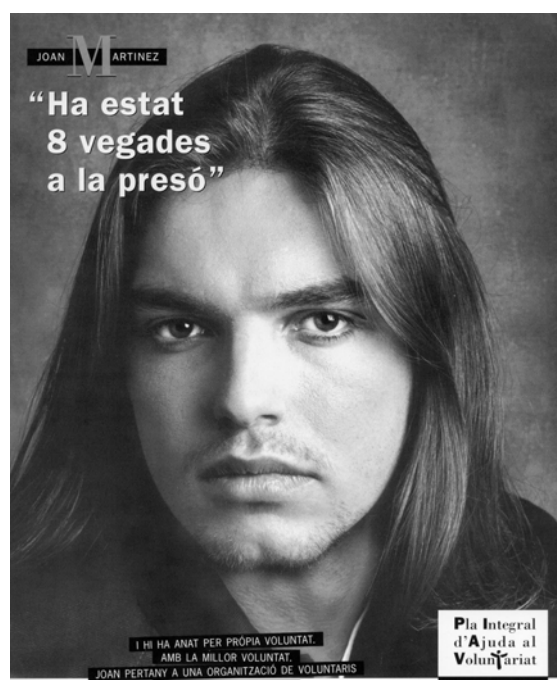
BANCAIXA OBRA SOCIAL

Però hi ha més gent com Carmen. Gent que Bancaixa, a través de la seua Obra Social, està compromesa amb un Pla de foment i d'ajuda a tota la societat, a tots els voluntaris i a totes les seues organitzacions.

INFORMAT AL 901 • 111 666

UNITS PEL VOLUNTARIAT

Figura 4



JOAN MARTINEZ

“Ha estat 8 vegades a la presó”

I HI HA ANAT PER PRÒPIA VOLUNTAT. AMB LA MILLOR VOLUNTAT. JOAN PERTANY A UNA ORGANITZACIÓ DE VOLUNTARIS QUE AJUDA ELS PRESOS.

Pla Integral d'Ajuda al Voluntariat

BANCAIXA

Però n'hi ha molts més com Joan. Gent que Bancaixa, a través de la seua Obra Social, està compromesa amb un Pla de foment i d'ajuda a tota la societat, a tots els voluntaris i a totes les seues organitzacions.

INFORMAT AL 901 • 111 666

UNITS PEL VOLUNTARIAT

Figura 5



Voluntarios de Madrid Septiembre 2000

Editada por la Dirección General de Cooperación al Desarrollo y Voluntariado
Consejería de Educación, Comunidad de Madrid

Escolares voluntarios Intervenciones humanitarias Voluntariado medioambiental

Figura 6



TU PUEDES SER VOLUNTARIO

Llama al **902 12 05 12**

Si quieres ser solidario.
Si quieres cambiar el mundo.
SI QUIERES COLABORAR.

MINISTERIO DE ASUNTOS SOCIALES

CON LA COLABORACIÓN DE **BEX** ARGENTARIA

Pero no son únicamente los medios de comunicación los que fortalecen y magnifican en solitario el vínculo entre voluntariado y juventud; éstos poseen un fuerte respaldo institucional. Las propias organizaciones voluntarias reproducen frecuentemente la idealización juvenilista. Véase si no, a modo de ejemplo, la publicidad insertada en la prensa escrita por la organización *‘Solidarios por el Desarrollo’* durante el año 2000 (*figura 1*). También la publicidad de tipo institucional dirigida al fomento genérico del voluntariado, ha sido víctima frecuente de una propensión juvenilista. Podemos integrar en esta categoría las imágenes reproducidas en las *figuras 3 y 4*. Se trata de publicidad perteneciente a la revista *‘Cuaderns del Voluntariat’*, desarrollada en el marco del Plan Integral de Ayuda al Voluntariado. Este plan es auspiciado por Bancaixa (en el contexto de su Obra social), entidad financiera que además edita la revista en cuestión, como elemento configurante del propio plan. Por último, los poderes públicos han contribuido poderosamente a la idealización juvenilista del voluntariado, si bien a finales de la década de los noventa, ampliaron su marco de referencia voluntario, como estrategia conducente a la maximización de los recursos voluntarios. Ciertas campañas de promoción (véase la *figura 2*), trataron de diversificar lo más posible los grupos de referencia (en función de la edad) del voluntariado. El mensaje que se lanza implícitamente es: ‘todos podemos ser voluntarios/as’. El colectivo sobre el que más se ha insistido, para aproximarlos al voluntariado, ha sido el de los mayores. De todas maneras, a parte de los intereses estratégicos de diversificación de los colectivos ‘fuente’ de voluntariado, la administración sigue colaborando —aunque más moderadamente— en la construcción de un modelo juvenilista de voluntariado.

Una vez señalada la ‘deriva’ juvenilista, que en ningún caso niega la evidencia de un voluntariado mayoritariamente joven, resulta importante tratar de delimitar por qué el voluntariado se configura —especialmente durante la década de los noventa— como un espacio joven, esto es, por qué pasan a ser los jóvenes los que se aproximan con mucha mayor frecuencia al voluntariado. La explicación debe ser necesariamente multidimensional. En primer lugar, apuntaremos que los jóvenes se mostraron muy receptivos a la articulación consistente del voluntariado como una actividad que expresa simultáneamente una dimensión de ocio gratificante —orientado hacia la realización personal— y un contenido ético. Tal articulación (que los jóvenes contribuyen a reforzar poderosamente a través de su participación voluntaria y el proceso motivacional asociado) permite un acoplamiento adecuado entre la inquietud moral difusa del colectivo (que pasa a ser canalizada organizativamente hacia destinatarios concretos) y la satisfacción prioritaria de los intereses personales; opción esta última, central para los jóvenes individualistas. Además, la configuración estratégica del voluntariado como un modelo de participación ‘apto para todos los públicos’, cuidadosamente despojado de toda carga ideológica (al menos formalmente), conectó extraordinariamente bien con una juventud carente de —y sobre todo alérgica a— grandes proyectos políticos; juventud que

encontró en el discurso de la solidaridad (verdadero espacio difuso, desideologizado e individualizado³⁰) y en el voluntariado, una aparente fuente de sentido a la que aferrarse. El voluntariado aporta identidad.

Asimismo, debemos considerar un importante condicionamiento de tipo demográfico. A finales de los ochenta y a lo largo de gran parte de los años noventa, nos encontramos con el ‘afloramiento’ de las cohortes más numerosas de jóvenes de toda la historia española, cohortes que inundan y a veces saturan el espacio social (universidad, mercado de trabajo, espacios/actividades de ocio, etc.). Como contrapunto, los mayores se configuran como un colectivo relativamente pequeño, y se caracterizan por ser mucho menos ‘invasivos’ (ubicados en el papel de ‘retirados’ sociales). Dentro de este espacio social inundado de jóvenes se ubica también el voluntariado. Por tanto, la estructura demográfica se refleja —como cabría lógicamente esperar— en la composición del voluntariado según edad. En otro orden de cosas, durante un primer momento la administración (y las propias organizaciones voluntarias) procedieron a promover con exclusividad el voluntariado joven. Más adelante, en la segunda mitad de los años noventa, y especialmente en el caso de la administración, encontramos una drástica rectificación de la estrategia, marcando ahora como colectivo prioritario a los mayores (entre otras cuestiones, se trataba de ampliar la base social). Es también necesario reseñar que el fácil acceso institucional al colectivo de los jóvenes —fundamentalmente a través de los centros educativos—, también favoreció que se constituyeran como destinatarios de las campañas pro-voluntariado y terminaran configurándose como ‘granero’ del nuevo voluntariado. Asimismo, el sector juvenil es el más fácilmente movilizable, si se manejan las claves adecuadas, y en el caso del voluntario, se manejaron.

La prolongación del periodo dedicado a la formación, a parte de reflejar y promover un profundo cambio social y cultural de la sociedad española, está estrechamente conectado con las desfavorables condiciones del mercado de trabajo español durante las dos últimas décadas. Como consecuencia de tales circunstancias, se acentuó el retraso en la incorporación del joven a la vida adulta. Se dilata casi indefinidamente la juventud, trasmutada en eterna adolescencia (definida como periodo de carencia y dependencia). Esta limitada —y sobre todo pospuesta— inserción en los espacios sociales adultos, tiende a reforzar el recurso al voluntariado, como un ámbito de acción que se asocia simbólicamente a una actividad plenamente adulta (puede presentarse como una metáfora del trabajo asalariado, etc.), que remarca la independencia, responsabilidad y madurez del sujeto. Nos encontraríamos en cierta medida ante un simulacro de una

³⁰ ALONSO (1998: 167) ilustra “el paso de una solidaridad institucional, basada en la razón pública, en la razón común —y por ello su definición depende del pacto político, que escritura el sistema de necesidades colectivas, y es concebido como una necesidad social— a una solidaridad fragmentada y parcial que se basa fundamentalmente en motivos íntimos de buena humanidad —motivos del corazón— o en actos de compasión”.

adultez denegada e inalcanzable. Por otro lado, el voluntariado se configura como una opción consistente para la incorporación al mercado laboral, sobre todo para titulados/as sociales. El voluntariado aparece pues para los jóvenes como un espacio asociado a la integración social y la apertura vital.

Funes (1999) nos proporciona algunas claves complementarias para entender el perfil juvenilista del nuevo voluntariado, al analizar cómo el momento vital que atraviesa el individuo —estrechamente vinculado a la edad biológica del sujeto, aunque construido culturalmente— incide en la mayor o menor probabilidad de implicarse en una organización voluntaria³¹. Así, existiría un condicionamiento social de la propensión al voluntariado, que define un momento *apropiado*, conveniente o adecuado, para cada actividad social (ibíd.: 88). Para Funes la “población juvenil resulta un segmento social potencialmente movilizable, en mayor medida que el resto de grupos de edad” (ibíd.: 87). Así pues, nos encontraríamos con períodos vitales en los que la implicación en la esfera pública es fácil y previsible, y otros períodos en los que tal implicación estaría asociada a un elevado coste (ibíd.: 88)³². Desde un punto de vista vital, la implicación más sencilla se identificaría con las etapas de adolescencia y juventud: épocas en las que las opciones colectivas son positivamente valoradas. La disposición de tiempo libre, y la ausencia de responsabilidades económicas y familiares, también facilitarían el compromiso. Al llegar la edad adulta la dimensión colectiva pasaría a un segundo plano, ante los requerimientos de la vida privada: trabajo, vida familiar (ibíd.: 90). De esta manera, podemos afirmar que para la mayoría de las personas que durante la adultez “mantienen un alto nivel de compromiso comunitario, su vínculo procede de una fase previa [...]. Lo difícil en este punto es iniciar un recorrido asociativo” (ibídem).

Desde algunos estudios y textos³³ se ha insistido sobre la existencia de dos segmentos dominantes en el voluntariado articulados en torno a la edad. Un primer grupo, el más importante numéricamente, se identificaría con el voluntariado joven al que nos venimos refiriendo. Asimismo, se podría identificar un segundo grupo en el que se integrarían (tomando un límite de edad orientativo) los voluntarios —y sobre todo voluntarias— de más de 55 años de edad. Entre ambos ‘extremos’ encontraríamos un cierto

³¹ Otro texto de la autora que explora la vinculación entre ciclo vital (sus distintas etapas) y la propensión hacia la participación colectiva desde una perspectiva más general lo encontramos en FUNES (1995: 137-172).

³² Más concretamente, para la autora “el momento del curso vital por el que atraviesa el sujeto condiciona un cálculo diferencial de costes y beneficios” (ibíd.: 88). Aunque coincidimos con la argumentación general que presenta FUNES, el problema de su concepción es la reducción racionalista del comportamiento del voluntario/a, resultado de un perfecto cálculo individualizado de utilidades de resonancias marginalistas. Racionalizar completamente la acción voluntaria desde una óptica individual, implica necesariamente una relativización de lo social y significa una simplificación del proceso motivacional del voluntario/a, proceso del que quedaría excluido cualquier elemento de naturaleza preconsciente.

³³ EDIS (1984), ARAGONÉS *et al.* (1986), GIL GARCÍA (1990: 92-93).

‘páramo’ con respecto a la participación voluntaria. Parecería ilustrarse, que acción voluntaria y vida adulta (concretada esta última en el acceso al trabajo asalariado y la posible ‘fundación’ de un nuevo núcleo familiar) son términos básicamente incompatibles.

Entre los propios voluntarios/as jóvenes, predomina esa percepción de patente incompatibilidad entre la acción voluntaria y la vida adulta³⁴. De igual manera, los abandonos de la actividad voluntaria ilustrados fundamentalmente por nuestras entrevistas a personas ex voluntarias, ilustran este extremo. Así, la incorporación a un trabajo, o la búsqueda de una actividad remunerada se señalan como claros impedimentos³⁵. Se reduce e inflexibiliza la disposición de tiempo libre, y se produce una reestructuración de las necesidades y expectativas vitales. Aspectos éstos que conducen a una nueva jerarquización de las actividades. En el caso de las mujeres también se menciona la vida familiar como origen del abandono del voluntariado, más concretamente, el tener niños³⁶. En ese contexto, encontramos recurrentemente expresada la idea de que el voluntariado es una actividad adecuada para realizar durante un determinado momento vital; se circunscribe idealmente a la primera juventud, periodo coincidente con el proceso de formación académica³⁷. En esa etapa vital, ser dependiente económicamente de los adultos no supone una pesada carga para el sujeto, es simplemente lo normal. En el caso de los voluntarios insertos en la segunda ‘juventud’, la realización del voluntariado se supedita a una serie de prioridades vitales claramente establecidas³⁸.

³⁴ “Yo creo que gente... así ya mayor, que tiene sus profesiones y demás, no puede dedicarse al voluntariado” (V2). En este caso se insiste fundamentalmente en la incompatibilidad horaria.

³⁵ En el caso de nuestra entrevista EV1, la ex voluntaria dejó la actividad, cuando su familia se vio inmersa en una situación económico delicada. En ese contexto, esta joven, optó por ponerse a trabajar y al mismo tiempo abandona el voluntariado. La entrevista EV2 muestra la concepción incompatible entre vida adulta (vinculada sobre todo a la consecución de un trabajo asalariado) y voluntariado. La ex voluntaria abandonó la asociación “por problemas que van surgiendo, que tú te vas haciendo mayor, y que no puedes dedicarle tiempo a eso, porque, la asociación no te da de comer [...] No puedo vivir del voluntariado, o sea es que no... es que tengo que comer algo más que el aire, de vez en cuando” [y ríe]. De todas manera, en otros casos, la búsqueda del trabajo asalariado puede fomentar transitoriamente la actividad voluntaria, pero como un simple medio en una estrategia utilitaria. En ese caso, los voluntarios/as esperan abandonar el voluntariado lo antes posible.

³⁶ “Tuve un bebé, ¿no?, entonces, tuve que dejarlo [el voluntariado], claro” (GD1).

³⁷ El colectivo de voluntarios/as estaría integrado por “gente que está estudiando... y entonces pues tiene tiempo...” (EV2). En cuanto al intervalo de edad apropiado, en la entrevista V10 se nos concreta: “por eso yo creo que la edad buena para hacer eso [voluntariado] es cuando... es entre los 18 y los veintipocos, 22, 21, 22, cuando ya... [...] llega un momento ya en que ¡claro! Yo ya estoy ahorrando para mi piso y... o trabajo, o... trabajo. Es que no hay más”. Este voluntario se siente justamente ubicado en la frontera vital que marca el final del voluntariado, y lo asocia a su incursión en la vida adulta. Su situación vital se expresa de manera elocuente cuando se refiere a su lugar de residencia, denominado como: “mi casa de mis padres” (ibíd.). Aparece una síntesis de la vivencia de su posición vital: es su casa, lo ha sido siempre, pero en este momento de inflexión vital, aparece la ambigüedad, se hace presente que es fundamentalmente la casa de sus padres.

³⁸ Por ejemplo, en la entrevista V5 el voluntario (de veintisiete años de edad) nos expone que seguirá realizando sus labores de voluntariado “mientras me lo permitan mis actividades, mi oposición”. Más tarde nos apunta que sus “expectativas laborales son vitales” (V5). En este caso, no se trata de un titu-

Los voluntarios/as jóvenes que trabajan (una minoría), constatan personalmente la dificultad de compaginar ambas actividades³⁹. Los/as jóvenes que tras encontrar trabajo, siguen manteniendo su voluntariado —o se aproximan a él—, suelen corresponderse con titulados/as no sociales⁴⁰. De todas maneras, estos voluntarios/as dependen sobremanera de las condiciones del trabajo (por ejemplo, de la disposición de un horario no partido, etc.) para poder simultanear ambas actividades. Con respecto a los titulados/as sociales, es mucho más fácil que éstos/as abandonen la labor voluntaria al acceder a un puesto de trabajo (al margen de los problemas de compatibilidad, por el predominio de una orientación motivacional utilitaria: se entiende el voluntariado fundamentalmente como una vía de acceso al trabajo asalariado), y sólo tratan de mantener su voluntariado si acceden a trabajos precarios, o en el caso del desempeño de trabajos asalariados no relacionados con su titulación.

Desde el punto de vista de la edad, uno de los temas más explorados en la literatura específica es el denominado *voluntariado de mayores*. Podemos encontrar dos acepciones al respecto de esta fórmula. La primera se referiría a programas de voluntariado dirigidos con exclusividad a receptores mayores (por ejemplo, algunos programas de atención domiciliaria, etc.). La segunda acepción —y la más extendida— trata de englobar los programas en los que los sujetos voluntarios son exclusivamente mayores. A este último sentido es al que hacemos referencia en las líneas que siguen. Entre los numerosos trabajos que se han dedicado al voluntariado de mayores⁴¹, encontramos con frecuencia un planteamiento —un verdadero lugar común— según el cual “las personas mayores no son sólo receptores de ayuda, sino que son uno de los potenciales mayores que pueden cambiar la geografía actual de la acción solidaria” (García Roca, 1992a: 124). Tal planteamiento, ha sido adoptado con avidez y entusiasmo por el Estado, si bien, otorgándole una finalidad estrictamente utilitaria: se aspira a incorporar de forma masiva al mayor al proyecto voluntario, esto es, ‘reactivar’ productivamente a los mayo-

lado social, y por tanto, no deposita ningún tipo de expectativa laboral en la realización del voluntariado.

³⁹ “También te plantean un poco, ya trabajando y tal..., y es que, comprometerte a una hora fija todas las semanas es un poco difícil” (V16).

⁴⁰ En nuestras entrevistas, encontramos el caso de dos ingenieras superiores que trabajan (V12 y V16). No es azaroso que se trate de un ámbito profesional en el que se tienen muchos menos problemas para encontrar empleo, y en el que las condiciones de trabajo son más favorables (si es que las comparamos con las de los titulados sociales). Además, estas voluntarias parecían buscar a través del voluntariado una cierta resolución de la ‘asepsia’ que caracterizaba su trabajo, un trabajo eminentemente técnico (‘des-humanizado’). El intento de resolución de esta ‘carencia,’ parece congruente con su condición de género.

⁴¹ Dentro de esta amplia literatura podemos señalar: ARANGUREN GONZALO (1998a), CHAMBRÉ (1993), CNAAN Y CUIKEL (1992), COLECTIVO IOÉ (1996), COLECTIVO IOÉ Y RODRÍGUEZ (1997), FAVIERES Y FERRANDO (1995), GARCÍA ROCA (1992a), KERSCHNER Y BUTLER (1988), LOWENTHAL Y EGAN (1991), ORDUNA (2002), RICCIARDELLI (1993), TIERCE Y SEELBACH (1987).

res para la prestación de servicios⁴². Más allá de la deseable y positiva activación social del colectivo, y de la percepción subjetiva de una mejora de la calidad de vida, aspectos que pueden derivarse de la práctica voluntaria —especialmente si se potenciara su dimensión de participación colectiva—, la administración advierte en los mayores un recurso social sin explotar (un colectivo en progresión numérica, costoso y socialmente improductivo, y al mismo tiempo, con una importante capacidad de trabajo).

Cnaan y Cwikel (1992) realizan una aproximación moderadamente crítica a esta concepción del voluntariado de mayores. “En estos tiempos de disminución de los recursos disponibles para la prestación de servicios sociales, los mayores son considerados por numerosos analistas políticos e investigadores como el mayor de entre los recursos sin explotar a la hora de reclutar voluntarios” (ibíd.: 125). Para Cnaan y Cwikel, es necesario huir de los planteamientos triunfales, y al evaluar el potencial de los mayores voluntarios, concluyen: “simplemente, los mayores no pueden llegar a convertirse en el ‘curalotodo’ que resuelva la crisis financiera de los servicios sociales” (ibíd.: 141).

Uno de los factores más valorados por la administración con respecto a los mayores voluntarios es su elevada fidelidad, si es que comparamos ésta con la demostrada por el segmento más joven⁴³. De ahí que se considere el mayor voluntario/a como un recurso muy valioso que permite una mejor planificación, y garantiza una mayor continuidad de los programas. Por último, hemos de señalar que uno de los errores más importantes, en la estrategia estatal —y de ciertas organizaciones voluntarias— es pretender estratificar rigurosamente los programas de voluntariado en función de la edad; esto es, separar a los mayores en programas específicos. Esta ‘guetificación’ limita seriamente la potencialidad del voluntariado como vía de reactivación social del colectivo de mayores, cuya acción frecuentemente se repliega reflexivamente sobre sí mismo.

6.3.3. Clase social y voluntariado

La clase social, de manera sorprendente, no es una de las variables normalmente consideradas en los estudios cuantitativos sobre voluntariado realizados en España⁴⁴.

⁴² Ejemplos de esta concepción se expresan en los programas de ‘envejecimiento productivo’ que se analizan en el capítulo ocho.

⁴³ En este contexto, nos parece interesante evocar la clasificación bipolar del voluntariado, que se propone en el trabajo dirigido por ARINO (1999: 150), clasificación articulada en torno a la edad. A partir del análisis de entrevistas, los autores distinguen entre dos clases de voluntarios/as: “el voluntariado «coyuntural» (que es joven, poco estable y tiene un carácter más interesado) y el voluntariado «real» (integrado por gente más madura, más estable en el tiempo y menos interesado)”.

⁴⁴ No es el caso de los EE.UU., donde proliferan los estudios cuantitativos que atienden a la relación entre clase social y el voluntariado. Por ejemplo, podemos reseñar el trabajo de WILSON Y MUSICK (1997), en el que se señala la correlación entre el estatus socioeconómico alto y la propensión al voluntariado. Estos autores piensan que el estatus socioeconómico elevado se asocia con una serie de recursos (mayores habilidades en expresión verbal y escrita, disposición de habilidades sociales) que

Pocos autores parecen plantearse en la actualidad la importancia de la clase social en la determinación de la propensión al voluntariado (como elemento conformado por el *habitus* de clase). Además, en los escasos estudios en los que se integra su consideración⁴⁵, la adscripción de los sujetos entrevistados a las distintas clases sociales deriva de su percepción subjetiva, por lo tanto, no encontramos una operacionalización adecuada de la variable clase social⁴⁶.

Al analizar las pautas de participación social, y concretamente los niveles de asociacionismo, se plantea invariablemente en la literatura una fuerte identificación del fenómeno asociativo con las clases media alta y alta; en definitiva, cuanto mayor es el estatus socioeconómico del sujeto, mayor es su propensión al asociacionismo. No cuestionamos la validez de la tendencia indicada (aunque posiblemente las encuestas magnifiquen moderadamente los niveles asociativos de estas clases), el problema se deriva de la aplicación más o menos automática de este diagnóstico a la participación voluntaria. El modelo descriptivo parecería tener visos de verisimilitud, máxime cuando el modelo clásico del voluntariado, se identificaba y restringía a la figura de la mujer burguesa. Sin embargo, si centramos nuestra atención sobre el nuevo voluntariado, integrado mayoritariamente por jóvenes urbanos, nos encontraremos con una pauta de participación voluntaria que dista mucho de corresponderse con el ‘monopolio’ de la clase media alta y clase alta. Con respecto al voluntariado, las apreciaciones en relación a su marca de clase no son homogéneas. Encontramos autores, por ejemplo, que identifican su espacio social con la clase media en su conjunto. Es el caso de Wuthnow (1996: 379), que refiriéndose al caso estadounidense afirma que “el voluntariado es, y ha sido siempre, en gran parte un rasgo de la clase media”. Tal afirmación parece especialmente adecuada a la hora de dar cuenta de la realidad americana —y entroncaría con el análisis clásico de Tocqueville—. De todas maneras, de tal apreciación no se deriva una homogeneidad total del fenómeno voluntario. La clase media, al margen de su evolución cuantitativa y transformación cualitativa acaecidas a lo largo del pasado siglo, presenta una elevadísima heterogeneidad interna (en cuanto condiciones materiales de existencia, discursos y valores, prácticas sociales). De ahí la importancia de diferenciar al menos dos segmentos: clase media alta, y clase media baja. Además, la tendencia de progresiva

les proporcionan una mayor confianza a la hora de ‘llegar’ a los demás, y al mismo tiempo, les hacen más ‘deseables’ para las organizaciones como voluntarios/as.

⁴⁵ Los pocos datos disponibles se muestran demasiado dispares entre sí. Por ejemplo, en el estudio de EDIS (1995: 67), referido al conjunto de jóvenes españoles: “los que se definen como de clase baja o media/baja participan en asociaciones voluntarias en proporción del 28%, en el otro extremo los que se reclaman de clase alta y media/alta tienen una tasa de afiliación del 46%”. GONZÁLEZ BLASCO (1998: 20), en este caso son datos referentes al voluntariado madrileño (joven o no), señala que el 58% se inscribe en la clase media baja.

⁴⁶ Esta situación es compartida con los estudios sobre asociacionismo, que suelen partir también de la consideración de la clase social subjetiva.

segmentación y fragmentación social que arranca en los años ochenta⁴⁷, se ha acentuado en las dos últimas décadas, afectando especialmente a la clase media. Pero concentrémonos ahora en el caso español, y en la caracterización del nuevo voluntariado en función del sistema de estratificación social. Aún pudiendo aceptar una cierta marca de clase media vinculada al nuevo voluntariado, debemos introducir un matiz importante. Desde nuestro punto de vista, la composición interna del nuevo voluntariado refleja un intenso desplazamiento del segmento central, que se habría deslizado progresivamente desde posiciones de clase media alta (paradigma del voluntariado clásico), hacia coordenadas de clase media baja, incluyendo asimismo, un segmento importante de jóvenes integrados en familias de clase obrera. Las características del mercado de trabajo español explicarían, en parte, la amplia escala del desplazamiento descendente de la base social de reclutamiento del voluntariado.

De todas maneras, es necesario señalar que existe un nivel mínimo, definido por la valoración subjetiva que se haga de la propia situación socioeconómica, que determina la propensión del individuo hacia el voluntariado. Madrid (2001: 134) se refiere a que “...el desinterés económico se hace posible en el nivel inferior a partir de la satisfacción de las necesidades materiales de primer orden”. La apreciación es absolutamente cierta, pero requiere de una argumentación complementaria. Para que los jóvenes (integrantes mayoritarios del nuevo voluntariado) puedan orientarse motivacionalmente hacia el voluntariado, es necesario que perciban que disponen de un ‘mínimo vital’ asegurado —usualmente garantizado a través del ‘colchón’ familiar verdadero redistribuidor de rentas—. Pero, tal ‘mínimo vital’ no se corresponde con un nivel de renta concreto, o con unas condiciones de existencia material determinadas (aunque pudiéramos llegar a fijar un perfil promedio), sino que en realidad, depende exclusivamente de la valoración subjetiva asociada por el sujeto a su situación socioeconómica concreta. Los voluntarios/as son sujetos que *sienten* sus necesidades básicas satisfechas —salvo excepciones, en las que las carencias suelen vincularse más a lo relacional/afectivo que a lo económico/material—, que creen gozar de una cierta estabilidad económica y social (aunque sea posibilitada/subvencionada por los adultos). Esta situación percibida como estable, les proporciona una cierta ‘tranquilidad’ existencial, una vivencia positiva⁴⁸.

⁴⁷ En palabras de L.E. ALONSO (1996a: 106): “...frente a la mítica sociedad de clases medias que arranca a finales de la Segunda Guerra Mundial (romboide en su pirámide, centrípeta en sus discursos y unificadora en sus prácticas sociales), el capitalismo de los ochenta tiende a conformarse como una sociedad *dual, centrífuga y segmentada*”.

⁴⁸ En las entrevistas se hace referencia a este ‘nivel mínimo’ que condiciona la implicación voluntaria. Así el voluntario debe ser un “joven con tranquilidad social, con tranquilidad económica [...]. Tranquilidad para poderte plantear el ayudar a alguien de forma asidua” (V12). De esta manera, se entiende y justifica que si el joven “...tiene que estar preocupado por comer él o su familia, o... sacar la cabeza, es difícil que se plantee el hecho de poder preocuparse por los demás” (ibíd.).

El sujeto, para poder acercarse al voluntariado, no puede verse atenazado, ni abrumado por una elevada incertidumbre con respecto a su devenir social inmediato (a no ser que identifique la acción voluntaria con una vía para la resolución, o el enmascaramiento, de tal incertidumbre). De todas maneras, la vivencia de estabilidad social — en cuanto dependiente en gran medida de la esfera socioeconómica— puede variar con el transcurso del tiempo. Por ejemplo, con el aumento de la edad, los jóvenes se muestran mucho más sensibles ante la carencia de un empleo remunerado y con respecto a su dependencia económica familiar⁴⁹. Ese cambio de percepción puede alterar radicalmente su vivencia de estabilidad y satisfacción. A veces, no obstante, el voluntariado se puede configurar como una vía para lograr satisfacer una necesidad definida por el sujeto como central: arquetípicamente, el acceso al trabajo remunerado (estaríamos ante una aproximación motivacional ‘profesionista’).

Al margen del nivel socioeconómico del voluntario/a —y la percepción subjetiva que el sujeto realiza de éste—, es importante señalar que el voluntario/a es, desde una *perspectiva normativa y cultural*, un sujeto plenamente integrado socialmente. El voluntario/a ha integrado el orden social de manera incontestable, orden que reproduce modelícamente a través de su acción voluntaria. Los problemas de inserción social de los jóvenes voluntarios se concretan muy frecuentemente en una problemática incorporación a la esfera del trabajo asalariado, situación cuyo alcance no hay que minimizar, ya que como bien señala Castel (1999: 15) el trabajo es un “soporte privilegiado de inscripción en la estructura social”. Este es el problema de muchos jóvenes, normativamente integrados, pero socioeconómicamente relegados a una posición marginal en el mercado de trabajo, o simplemente fuera de él.

Nuestro diagnóstico —afianzado a través de la realización del trabajo de campo cualitativo—, es que el nuevo voluntariado aparece como un campo de participación propicio para los jóvenes pertenecientes a núcleos familiares de clase media baja —de manera mayoritaria—, y también para los jóvenes miembros de familias de clase obrera. En general, estudiantes o titulados universitarios, que aspiran a equilibrar su capital cultural y económico. Por eso, nos encontraríamos con procesos motivacionales en los que dominaría, u ocuparía una posición relevante (junto a otras orientaciones de tipo moral, expresivo, o social), una orientación de tipo ‘profesionista’ (entendemos como tal una aproximación motivacional individualista utilitaria con respecto al voluntariado, concretada en estrategias conscientes de inserción —mediata o inmediata— en el mercado de trabajo asalariado). Por el contrario, el segmento de jóvenes de clase media alta o de clase alta, no constituye en ningún caso una fracción central del nuevo voluntariado. De esta manera, coincidimos plenamente con el escenario descrito por Marbán y

⁴⁹ “Primero pienso que hay que tener una cierta estabilidad laboral y demás, y luego ya ayudar a la gente en lo que se pueda” (V5).

Rodríguez Cabrero (2001: 51). Para estos autores, las entidades voluntarias en su momento actual “tienen su base social de reclutamiento en segmentos sociales muy variados, en los que predomina la nueva clase media urbana, con dificultades de acceso al mercado de trabajo o excluidos del mismo prematuramente [...] que de manera pragmática tratan de conciliar intereses individuales y conductas solidarias en el contexto de remercantilización de la actividad económica y de reestructuración del Estado de Bienestar”.

Así, el nuevo voluntariado rompe con el modelo del voluntario/a clásico, asociado indeleblemente a la mujer burguesa. El estudio de MacDonald (1996) ejemplifica una situación pareja para el caso inglés. Para el autor, la opción por el trabajo voluntario, puede configurarse como una respuesta de las clases trabajadoras a la precarización del empleo. El incremento del número de voluntarios/as se vincularía con las desfavorables condiciones del mercado de trabajo. Tal hecho, vendría a discutir el voluntariado como espacio exclusivo de las clases medias. Según MacDonald, para las voluntarias de la clase trabajadora, su actividad ya no es un “pasatiempo burgués” para la realización de buenas obras para los pobres y necesitados (ibíd. 23). Insistamos una vez más, como modelo general (aunque no nos atrevamos a aplicarlo a un contexto internacional), la ampliación de la base social del nuevo voluntariado se estaría produciendo ‘por debajo’, integrando especialmente a miembros de la clase media baja y clase obrera —sobre todo a sujetos sometidos a una inconsistencia de estatus—. Buena parte de ese desplazamiento de la base social del voluntariado (con respecto al modelo clásico burgués), derivaría —aplicando la argumentación de MacDonald— de la configuración del voluntariado como “camino hacia el empleo”, y en ocasiones, también como escondite de formas de “trabajo irregular” (ibíd.: 26). Aspectos éstos vinculados al deterioro de las condiciones y expectativas socioeconómicas de ciertos sectores de la clase media baja y clase obrera a partir de los años ochenta.

Las clases medias altas y altas, que también están presentes en el nuevo voluntariado —aunque no constituyan su segmento central— presentan un proceso motivacional distintivo. Entre estos jóvenes voluntarios/as el ‘profesionismo’ está menos presente, o exhibe un perfil mucho más moderado. Se da por hecha la equiparación aporoblemática de su capital cultural y su capital económico, esto es, encontramos en general expectativas de una inserción sencilla y ventajosa en el mercado de trabajo asalariado⁵⁰.

⁵⁰ Busquemos un ejemplo de un voluntario encuadrado en la clase media alta. En su discurso no hay lugar para la inquietud, el desasosiego o la preocupación ante la difícil situación que presenta el mercado laboral. Nuestro voluntario es perfectamente consciente de que su capital cultural, y sobre todo social —concretado en relaciones, etc.—, le permitirá un rápido acceso al mercado de trabajo. Podemos hablar de una cierta suficiencia de clase media alta y clase alta. “Cuando vuelva de Colombia [se va a trasladar en el contexto de un programa de voluntariado internacional], supongo que ya me compraré mi casa y me.. pondré a trabajar más en serio” (V10). La duda (“supongo que...”) no se hace depender de la situación del mercado laboral, sino de la propia voluntad (a pesar de que sus estudios son de filología), de la propia apetencia (quién sabe que es lo que se propondrá tras su aventura colombiana).

Podemos encontrar, además, otro factor que explicaría el debilitamiento del vínculo entre clases media alta y alta y la actividad voluntaria. En un contexto social crecientemente individualista, asociado al progresivo debilitamiento de la moral rigorista del deber (Lipovetsky, 1994) y a la disminución paralela —en un contexto social crecientemente secularizado— de planteamientos motivacionales basados en una ‘economía de la salvación’, la distancia social entre el voluntario/a y el receptor se evidencia cada vez más, hasta hacerse en muchos casos insalvable. En tal circunstancia, la distancia social llegaría en el extremo a inhabilitar al voluntario/a para la acción, superado por las circunstancias. Se encuentra ante una realidad social que le es totalmente ajena, y por eso, no existe posibilidad alguna de empatizar, de ponerse en el lugar del otro. Sin la fundamentación y el refuerzo del deber, es improbable una actividad voluntaria que se sustente sobre el sacrificio, la renuncia, o siquiera del esfuerzo; aunque como veremos, existen fuentes motivacionales alternativas⁵¹.

6.3.4. Nivel de estudios y práctica voluntaria

Con respecto al nivel de estudios, su correlación directa con la práctica voluntaria es extraordinariamente clara, y en este caso, todos los estudios cuantitativos se muestran ‘relativamente’ coherentes en sus resultados⁵². El nuevo voluntariado se está configurando como un espacio de participación vinculado a la disposición de un elevado nivel de estudios; fundamentalmente un espacio de titulados y estudiantes universitarios. Los trabajos cuantitativos suelen articularse en torno a la titulación poseída por el voluntario/a, es decir, sobre nivel de estudios completamente finalizados. Tal criterio tiende a difuminar parcialmente la identidad universitaria del nuevo voluntariado, al no

na...), porque en definitiva, ‘querer es poder’. En este contexto, no puede aparecer un perfil ‘profesionalista’ radical.

⁵¹ “La experiencia que tengo yo es que entra mucha gente, muchos voluntarios, que han aguantado poco tiempo. Pero también es gente que han tenido una *desconexión con la realidad muy fuerte*, no? Yo también la tuve ¿no? Pero también en menos grado ¿no? Pues, por hablarte así en plata, yo he visto entrar a.... cuatro o cinco ‘pijas’ desde que estuve yo y... es gente que no, que le pones delante a un tío sin dientes, eh... que tiene problemas legales, que tiene los brazos llenos de picaduras, con tatuajes y demás, y la tía se queda como.... ¡qué voy a hacer! ¿no? Como...” (V10).

⁵² Los resultados del Estudio de la FUNDACIÓN TOMILLO (2000: 61), muestran que un 56% de los voluntarios/as posee una titulación universitaria media o superior, y que un 32% adicional ha cursado estudios de grado medio. Por el contrario, tan sólo un 10% de los voluntarios/as tiene estudios primarios o carece de titulación académica alguna. En el trabajo de CORTÉS *et al.* (1997: 90) se señala que “el nivel educativo perfila al voluntario como una persona con estudios secundarios o universitarios en casi el 76% de los casos estudiados”. MOTA Y VIDAL (2003: 134), aportan datos según los cuales un 35,64% de los voluntarios/as madrileños dispondría de titulación universitaria media o superior. Otras encuestas (EDIS, 1995: 103) han encontrado entre los jóvenes españoles una mayor disposición al voluntariado según aumenta el nivel de estudios. La correlación positiva entre nivel de estudios y participación voluntaria no es privativa del caso español. Por ejemplo SUNDEEN (1988), ilustra la correlación positiva entre nivel de educación del sujeto y el grado de participación voluntaria (para el caso de los EE.UU.).

contabilizar a aquellos voluntarios/as que aún son estudiantes universitarios, sin que dispongan todavía de titulación universitaria correspondiente (esto es, muchos de los que aparecen en las encuestas como voluntarios/as con estudios secundarios, están realizando estudios universitarios). Si se recogieran tanto el nivel estudios terminados como el tipo de estudios en realización (y desembocamos así en una recomendación metodológica), el perfil universitario del nuevo voluntariado resultaría mucho más redondo. Por otro lado, si se registrara la diversidad de tipos de estudios realizados o en realización (esto es, las frecuencias correspondientes a las distintas titulaciones), encontraríamos un peso muy importante de los estudios de tipo social y especialmente de aquellos con orientación asistencial (trabajo social, educación social, psicología, pedagogía, etc.). Los voluntarios/as con un nivel de estudios bajo, se corresponderían en su mayor parte, con los segmentos de edad más maduros.

Para finalizar, explicitemos el perfil sociodemográfico dominante para el nuevo voluntariado, que concretaría aquel colectivo en el seno del cual encontraríamos una mayor propensión hacia la actividad voluntaria. Los marcadores sociales serían los siguientes: mujer joven, perteneciente a clase baja —media baja u obrera—, y estudiante o titulada universitaria (especialmente de titulaciones sociales).

CAPÍTULO 7

LA DIMENSIÓN CORPORATIVA DEL VOLUNTARIADO: LAS ORGANIZACIONES VOLUNTARIAS

Al abordar la caracterización social del voluntariado nos enfrentamos, en primer lugar, a su multidimensionalidad. Por un lado, es imposible eludir la dimensión *macro* del fenómeno, que pasa necesariamente por el estudio de las organizaciones voluntarias, entidades que demandan/atraen, canalizan y aglutinan las iniciativas voluntarias individuales. Es evidente, que sin organizaciones voluntarias mediadoras, no sería posible hacer referencia al voluntariado como colectivo —en cambio, sin la intermediación de estas organizaciones sigue teniendo pleno sentido pensar en procesos de participación colectiva, o acción colectiva, cuestión que más de uno parece olvidar en estos días—. Por otro lado, es necesario considerar complementariamente las bases de la acción social voluntaria, afrontando un análisis *micro* del voluntariado. Es por ello imposible profundizar en la identidad del voluntariado sin un doble examen: en primer lugar, sin acudir a su matriz grupal —social— y en este caso organizacional, y en segundo lugar, sin descender a considerar y caracterizar al *sujeto voluntario* y la *acción voluntaria* concreta.

Iniciaremos el viaje, profundizando sobre la dimensión macro del voluntariado. Es importe aclarar, antes de nada, que las organizaciones del tercer sector no son necesariamente de voluntariado (Herrera, 1998b: 164). Con esta acotación tratamos de evitar identificaciones problemáticas y deshacer malentendidos. De ahí, que nuestra atención no se dirija a las organizaciones del tercer sector en general, sino que circunscribimos prioritariamente nuestro interés y análisis a las de voluntariado en particular (aún siendo una fracción muy importante —cuantitativa y cualitativamente— y representativa de dicho sector).

Otro elemento de importante consideración en los inicios de nuestro recorrido es la constatación de la marcada dimensión corporativa que presenta el voluntariado

actual. Dicho de otra manera, el voluntariado está especialmente sometido a la dimensión organizativa que lo articula, lo que en ocasiones desdibuja severamente su perfil participativo (social), y refuerza su dimensión instrumental. Javier Callejo (1999: 52) hace hincapié en esta percepción al considerar que “...la relación altruista necesita ser canalizada en organizaciones, siendo, antes que nada una relación con organizaciones: no se es tanto voluntario de «una causa», como participante en una organización...”.

7.1. ASPECTOS TERMINOLÓGICOS: ELIGIENDO REFERENTE

Un aspecto que no debe ser obviado (aunque no sea central en nuestra discusión) es la propia elección —no fortuita— de significantes para designar las iniciativas voluntarias y su organización desde una perspectiva macro. No es ningún secreto afirmar que se está muy lejos de conseguir un consenso a la hora de dar nombre a estas ‘realidades’¹. Por un lado, tenemos un referente hegemónico en el ámbito político y mediático, referente que impregna con eficacia los discursos sociales cotidianos: las ‘*Organizaciones No Gubernamentales*’, nombre convenientemente sintetizado la mayoría de las veces tras las conocidas siglas ONG. Autores como Casado (1989: 20), Giner y Sarasa (1997: 218) y Azúa (1996: 281) advierten sobre la impropiedad de la denominación y su calificación negativa que conduce a la indeterminación. En la misma línea, Cortina (2001) sugiere que caracterizarlas por lo que no son “implica una innegable falta de identidad por parte de lo así nombrado”; más bien, una multiplicidad de identidades irreductibles, y a veces contradictorias, añadiríamos nosotros. También A. Morán (1997: 102), abundando en las paradojas de tal etiqueta, apunta que la definición ‘no gubernamental’ contrasta con la dependencia económica de las subvenciones estatales, por la escasa capacidad de autofinanciación de los proyectos.

Sin embargo, en la literatura ‘especializada’ que analiza las iniciativas voluntarias dentro de marcos asociativos/organizativos, los referentes son diversos. Junto a la utilización de las siglas ONG, encontramos —de forma progresiva— la incorporación de diversas alternativas (que definen positivamente: sin la negación explícita de la denominación ONG) que tienden a recoger explícitamente la especificidad ‘voluntaria’. De esta manera, se habla de ‘*asociaciones voluntarias*’ o ‘*asociaciones de voluntarios*’ (Montañés, *et al.*, 1996; Béjar, 2001a; Cohen *et al.*, 1970), de ‘*entidades voluntarias*’ (Rodríguez Cabrero y Monserrat, 1996), o de una variante de esta, ‘*entidades sociovoluntarias*’ (Casado, 1997), también se hace referencia a las ‘*organizaciones voluntarias*’ (Ascoli, 1987; Casado, 1991 y 1992) o ‘*organizaciones sociovoluntarias*’ (Casado, 1989; Gutiérrez Resa, 1996). Escapándose

¹ BILLIS (1992: 33) hace notar que la carencia de una terminología de aceptación generalizada refleja la ausencia de una teorización explicativa convincente del fenómeno, al margen de responder en añadidura a ciertas idiosincrasias terminológicas nacionales.

a la hegemonía ‘voluntaria’ encontramos la denominación ‘*organizaciones altruistas*’ (Funes, 1995), ‘*asociaciones cívicas*’ (Giner, 1995), ‘*entidades no lucrativas*’² (ENL) (Rodríguez Cabrero y Monserrat, 1996; Vicente Marbán, 2000a y 2000b), u ‘*organizaciones no lucrativas*’³. También de una manera más genérica —más *macro*— se habla de ‘*organizaciones del tercer sector*’ (OTS) (Donati, 1997), aglutinando junto al ‘sector voluntario’, iniciativas no lucrativas como las fundaciones⁴. Por su parte, Alfonso Ortí propone la denominación ‘*asociaciones de acción comunitaria*’, el problema que atraviesa tal formulación es que hoy en día tan sólo una minoría de estas asociaciones funcionan de hecho como verdaderos agentes de estructuración comunitaria.

Que la calificación ‘*voluntarias*’ sea casi una constante en todas estas variantes no es baladí, se trata de un fenómeno paralelo a la exitosa penetración del propio concepto ‘*voluntariado*’. Tras su triunfo social y político, esta ‘nueva’ realidad debe ser legitimada desde una óptica ‘intelectual’ —a eso también estamos contribuyendo con estas líneas—. Se trata de re-construir (adaptar) un marco de referencia teórico apropiado en el que se pueda inscribir sin problemas el voluntariado como nuevo paradigma de la movilización social colectiva. En los años sesenta, setenta e incluso comienzo de los ochenta, el marco teórico ‘apropiado’ de análisis eran los movimientos sociales, y en la España de la transición, las asociaciones ciudadanas, en las que se incardinaban las entonces ‘nuevas’ manifestaciones de los procesos de participación social. A fines de los ochenta y principios de los noventa, el marco de referencia ha cambiado, y es necesario acomodar los esquemas políticos y teóricos. Es entonces cuando aparecen ‘nuevos’ conceptos (si bien el término ‘voluntariado’ tiene una mayor tradición en el ámbito anglosajón), o se reconstruyen desde el punto de vista simbólico y significativo.

Sin embargo, el ‘*imperialismo*’ voluntario que recorre los distintos constructos conceptuales no está libre de paradojas, ya que estas organizaciones, asociaciones, entidades... voluntarias, disponen de un volumen importante de profesionales en sus equipos humanos, y de hecho, el proceso de institucionalización del sector voluntario en curso, ha incrementado considerablemente el peso específico de este segmento de asalariados.

² En ocasiones se quiere atribuir a esta denominación ENL, un marco de referencia más amplio que el de las siglas ONG. Integraría cualquier asociación que no busque un beneficio económico, aunque no tenga una prioridad humanitaria, como clubes deportivos o fundaciones científicas.

³ El listado podría tomar un carácter casi ilimitado, debido a la enorme cantidad de variantes combinatorias que posibilitan los términos; así, podríamos hablar también de: *asociaciones altruistas*, *asociaciones independientes*, *asociaciones voluntarias* (señaladas por BREÑA, 1997: 12), o *instituciones privadas sin fin lucrativo* (IPSFL) (RUIZ OLABUÉNAGA, 2000: 65), o también *organizaciones de solidaridad*, *organizaciones humanitarias* (apuntadas —entre otras— en: ANALISTAS FINANCIEROS INTERNACIONALES, 1999: 20-21)

⁴ No obstante, algunas fundaciones ‘esconden’, motivaciones y objetivos que se podrían encuadrar perfectamente dentro de las *iniciativas empresariales lucrativas*, siendo en este caso beneficioso (‘lucrativo’) optar por la fórmula jurídica de fundación. Esta circunstancia puede encontrarse, por ejemplo, en el sector de formación, de la investigación, del arte, y, también, de los servicios sociales.

Así, el calificativo ‘voluntario’ se mostraría insuficiente, introduciría un sesgo o distorsión idealizante (aunque, por otro lado, no necesariamente tiene porqué hacer referencia a la presencia de sujetos voluntarios, sino a la voluntad, a los aspectos volitivos del comportamiento asociativo). Es por ello, que algunos autores defienden que no es el carácter voluntario el que tipifica estas entidades, sino su objeto social y la ausencia de fin de lucro (Azúa, 1992: 116). Pero, caracterizar dichas entidades por su objeto social, aunque nos orienta y limita el campo dentro del universo asociativo, también es insuficiente y problemático, dado que existen multitud de organizaciones e iniciativas de objeto social que se ubican por completo en —o se acercan ‘peligrosamente’ a— la esfera lucrativa del mercado.

De ahí que es igualmente discutible optar por el calificativo ‘altruista’, máxime cuando existe frecuentemente un colectivo de profesionales asalariado. Son varios los autores que señalan las paradojas de las iniciativas ‘sin ánimo de lucro’. Luis Enrique Alonso (1998b: 167) advierte que “las ONG muchas veces representan más intentos de profesionalización de colectivos que no pueden entrar en el mercado de trabajo, búsqueda de beneficios y de subvenciones utilizado el señuelo del bienestar social...”. En el mismo sentido, Martínez Román *et al.* (1996: 235) observa la aparición y proliferación “...en los últimos años, de empresas enmascaradas de ONGs [...] formadas, en realidad por profesionales que, al elegir esta forma organizativa, pueden acceder a subvenciones de la Administración pública y a las correspondientes desgravaciones fiscales”.

Es por ello, que debemos incidir sobremanera en que, aunque el término *organizaciones voluntarias* —que utilizaremos preferentemente— les otorgue una manifiesta unidad y consistencia analítica, este tipo de organizaciones presentan en su realidad concreta un *elevadísimo grado de fragmentación y heterogeneidad*⁵. En esa dirección argumental, puede resultar ilustrativa la referencia a unas palabras de Jordi Estivill (1989: 141), según él, “...las ONGs son una encrucijada de intereses, motivaciones y aspiraciones cuyos orígenes van desde valoraciones religiosas, filosóficas y éticas hasta las técnicas y profesionales, pasando por la ayuda desinteresada, el interés de los afectados y familiares, el lucro y el mercado laboral”.

También creemos que acumular calificativos a la hora de referirse a estas organizaciones no ayuda especialmente a clarificar su naturaleza; imaginemos si no, un ejemplo realmente confuso e inmanejable de definición por acumulación: ‘entidades voluntarias altruistas de objeto social...’. De esta manera, aquí preferiremos sumarnos a la corriente principal que caracteriza estos fenómenos asociativos en función de su carác-

⁵ Aunque usualmente se identifica el referente de las ‘organizaciones voluntarias’ al área ‘social’ —así se hace en estas páginas—, es evidente que puede aplicarse perfectamente a otras realidades organizativas. Por ejemplo, K. HEINEMANN (1999), desarrolla una sociología de las organizaciones voluntarias, apoyándose en el análisis de los clubes deportivos.

ter *voluntario* (elección reforzada por el hecho de que pretendemos analizar de manera prioritaria el colectivo voluntario que toma a estas organizaciones como marco para su actividad), si bien, siendo conscientes de las limitaciones implícitas y de los equívocos a los que tal denominación se presta.

Una vez justificada la constante, debemos aproximarnos a las distintas variantes consideradas: *asociación, organización y entidad*; y sobre todo, fundamentar y argumentar nuestra opción. La situación es idéntica: la elección de uno u otro significante no es ni mucho menos in-significante, ni tampoco sencilla. Dentro del marco general de la acción voluntaria, la variedad de nombres explicita distintas percepciones del fenómeno. La apreciación más neutra es la que se esconde tras la utilización del término '*entidad*' ("colectividad considerada como unidad" según reza el diccionario de la academia); quizá sea la más prudente si se tiene en cuenta la enorme diversidad de realidades (Ariño, 1999: 37) que se encuadran dentro de los agrupamientos de tipo voluntario. Pero, por otro lado, adolece de una cierta 'laxitud', dice poco de la realidad que trata de atrapar.

En adelante, preferiremos utilizar el término '*organización*', que si bien tiende a distorsionar algún segmento del universo voluntario —las pequeñas asociaciones—, a su vez, caracteriza mejor al sector en su conjunto, funciona mejor como *arquetipo*, y sobre todo, refleja con una cierta exactitud el *proceso de institucionalización* (Rodríguez Cabre-ro y Ortí, 1996; Ascoli, 1988) que lo atraviesa. Las pequeñas *asociaciones* de base comunitaria pasan a una posición 'marginal', o por lo menos, no central: no funcionan como representantes del voluntariado —ni para el Estado, ni entre las propias organizaciones voluntarias, ni para la sociedad—, y no encarnan el referente ideal, ni siquiera para la mayoría de las pequeñas asociaciones, que claman sin desmayo por un proceso de concentración/modernización que les permita una mayor capacidad de intervención⁶.

Es necesario advertir que nos prestamos, en las presentes páginas, a la utilización dominante y enormemente confusa del término '*organización*', conceptualización fallida que atraviesa a la totalidad de la literatura adscrita a la sociología de las organizaciones. En realidad, habría que evitar toda identificación del concepto '*organización*' con la entidad o formación social en su conjunto, esto es, con la '*corporación*', dejando de este modo el término '*organización*' para referirse restringidamente a los procesos y relaciones regladas en la corporación, o como en la aproximación socialmente más extensiva de A. Giddens (1998: 28) para referirnos a todo "control reglado de las relaciones sociales a lo largo de extensiones indefinidas de espacio y tiempo".

⁶ Véase, por ejemplo, en MARCOS SANZ Y ÁLVAREZ PRIETO (1989: 109-110) la idealización que realizan las organizaciones voluntarias de la coordinación y la opción corporativa.

Alfonso Ortí, en uno de sus numerosísimos ‘esquemas didácticos’ (verdadero compendio hipercondensado de saberes enciclopédicos), fechado en 1990, zanja esta problemática al diferenciar tres ‘niveles’. En primer lugar, define la *asociación* como “sumatorio de personas con fines o metas comunes”. En segunda instancia, concibe la *organización* como “coordinación funcional de conductas”. Y finalmente, se refiere a la *corporación* en términos de “sistema social organizado con fines, funciones y medios propios”. A pesar de esta mucho más apropiada conceptualización que propone Alfonso Ortí, hemos preferido mantener el uso ‘indebido’ del término *organización*, porque nos resultaba provechoso para elaborar el gradiente *asociación* \Rightarrow *organización* \Rightarrow *corporación*, inteligible en términos de complejidad organizativa y burocratización —lo que oculta un gradiente *comunitarismo* \Rightarrow *societarismo* aplicado al sector voluntario—. Además, es necesario asumir que resulta prácticamente imposible escapar de la universalización semántica del concepto *organización* en términos de formación social.

Dentro de la sociología de la organización existen múltiples definiciones de organización en términos de formación social o sistema. Podemos tomar por ejemplo, la solvente propuesta de Renate Mayntz (1987: 47), quien señala lo siguiente: “común a todas las organizaciones es, en primer lugar, que se trata de formaciones sociales, de totalidades articuladas con un círculo precisable de miembros y una diferenciación interna de funciones. En segundo lugar tienen de común el estar orientadas de una manera consciente hacia fines y objetivos específicos. En tercer lugar, comparten el hecho de estar configuradas racionalmente, al menos en su intención, con vistas al cumplimiento de estos fines u objetivos”. No cabe duda de que las organizaciones voluntarias cumplen, en general, con estas tres premisas, aunque dada la enorme diversidad de realidades organizativas dentro del sector, lo hacen en grado muy variable.

7.2. LAS ORGANIZACIONES VOLUNTARIAS EN ESPAÑA: UNA APROXIMACIÓN

Lejos de pretender hacer un estudio pormenorizado de las organizaciones voluntarias españolas —empresa cubierta por otros trabajos⁷— nuestro objetivo se reduce en este caso, a ofrecer una breve aproximación —desde una óptica muy genérica— al

⁷ Entre otros trabajos, en RODRÍGUEZ CABRERO Y MONSERRAT (1996), FUNDACIÓN TOMILLO (2000), CASADO (1992), ÁLVAREZ Y AZÚA *et al.* (1989). En cuanto a estudios concretos dedicados a entidades particulares, podemos señalar los siguientes. Sobre Cáritas, GUTIÉRREZ RESA (1992 y 1993); relativo a Cruz Roja, CLEMENTE Y NAVAJO (1994), DE MARCOS SANZ Y FRESNO (1992), CALLEJO GONZÁLEZ E IZQUIETA (1996: 35-50), y MEURANT (1986); y analizando la ONCE desde una óptica sociológica, GARVIA SOTO (1997). GUTIÉRREZ RESA (1997: 245-272.) realiza un recorrido por Cáritas, Cruz Roja y ONCE. Si tratamos de hacer un análisis comparativo en el marco europeo, puede ser de gran utilidad el trabajo compilado por CASADO (1991), texto revisado y actualizado unos años después, CASADO (1997).

caso español, que nos permita establecer una precaria línea evolutiva del asociacionismo y más concretamente de las organizaciones voluntarias. Sin perseguir en ningún momento la exhaustividad, vamos a completar una breve y rápida periodización, tratando de identificar aquellas circunstancias sociales que coadyuvan en la configuración de los distintos escenarios en los que se desenvuelven, desarrollan, o quizá agonizan (dependiendo del momento, más o menos propicio) las organizaciones voluntarias y el movimiento asociativo en general. Finalmente, concederemos una mayor atención descriptiva al período actual. Valga, no obstante, antes de comenzar, hacer una apreciación de especial alcance: el movimiento asociativo español —y por tanto las organizaciones voluntarias— ha adolecido de una extremada debilidad de carácter secular, debilidad que se proyecta hasta nuestros días, a pesar de los discursos magnificadores y triunfalistas y de la profusión numérica de asociaciones y organizaciones.

Comenzaremos con la consideración de la situación asociativa española a lo largo del siglo XIX. Lo primero que constatamos es la enorme pujanza y empuje que muestra la presencia ideológica y cultural —en definitiva social— de la religión en el proceso de configuración del asociacionismo altruista, tanto en su versión confesional como en las iniciativas declaradamente laicas (Vinyes, 1996: 50). Asimismo, y de forma simultánea, aparecen y se difunden diversas corrientes igualitarias, que actúan de la misma manera, como fuentes impulsoras del asociacionismo (ibíd.: 56). En ciertas ocasiones se produce una cierta confluencia de estas dos fuentes asociativas, fundamentalmente cuanto las corrientes igualitaristas logran penetrar en la esfera de los movimientos asociativos vinculados al cristianismo.

Entre los fenómenos socioeconómicos característicos que atraviesan la sociedad del siglo XIX, podríamos señalar la revolución industrial como uno de los más conspicuos —si bien, hemos de ser conscientes de que en el caso español, esta aguda transformación presenta un evidente ‘raquitismo’ y retraso, en relación a otros países europeos—. Esta revolución, según Vinyes (1996: 58), provoca la fragmentación, debilitamiento y dislocación de la cultura popular tradicional, pero al mismo tiempo, también contribuye a la conformación de un nuevo modelo asociativo. Es entonces cuando aparecen las nuevas instituciones democráticas colectivas: ateneos, sindicatos, asociaciones recreativas, partidos políticos, cooperativas... Es importante hacer notar que este emergente movimiento asociativo —de dimensiones muy considerables— “tuvo como objetivo tácito no sólo la defensa, sino también la presión para cambiar la naturaleza del Estado en lo referente a sus relaciones con los administrados” (ibídem).

Realicemos un salto en el tiempo y pasemos a considerar la situación derivada de la proclamación de la fugaz Segunda República. La modernización y apertura general de la sociedad que caracteriza aquellos años, se refleja en un próspero movimiento cooperativo, que es deudor del propio ambiente que la democratización del país había

generado. Y además, como correlato de este afluente cooperativismo, se produce una inercia positiva que se extiende, en términos generales, al conjunto del asociacionismo (Vinyes, 1996: 68). Se trata, en definitiva, de un breve ‘oasis’ asociativo que terminará en breve.

Con el advenimiento, a partir de 1939, de la dictadura franquista, ésta no sólo anuló por completo las instituciones del Estado liberal democrático, sino que también, tuvo consecuencias funestas sobre el entramado existente de instituciones populares, en torno a las cuales, las clases subalternas se habían organizado para solventar las profundas carencias que presentaba la prestación de servicios estatales. Estas instituciones de carácter popular, habían servido de eficiente plataforma para presionar a las clases dominantes con el objetivo último de transformar el Estado propio de la Restauración y participar activamente en la configuración del contenido social, administrativo y democrático del Estado republicano (Vinyes, 1996: 91). Esta situación de desestructuración asociativa prolongará su efecto sobre el tiempo. Así Gregorio Rodríguez Cabrero y Alfonso Ortí (1996: 135) afirman que el “lastre histórico del bajo nivel asociativo en España [es...] consecuencia de la atomización de la sociedad civil bajo el largo período del régimen franquista...”.

Son diversos los análisis que insisten sobre las consecuencias negativas del período franquista, efectos que como se ha indicado se dilatan y proyectan en el tiempo, llegando hasta nuestros días. Ya en plena transición postfranquista —1978—, el segundo informe FOESSA, en un capítulo ‘autocensurado’ a partir de ciertas ‘reticencias’ ministeriales, indicaba que “probablemente no hay ningún otro elemento de la estructura social española que revele una situación más grave de infradesarrollo que la vida asociativa” (cfr. Casado 1992: 93). Cuando menos, queda claro que el régimen franquista no era un marco ‘propicio’ para el asociacionismo en general y para las organizaciones voluntarias en particular (ibíd.). Como es por otro lado lógico, las asociaciones, surgen con mayor espontaneidad y riqueza en un sistema de libertades que en un régimen autocrático (Azúa, 1992: 129), por lo que se produce una reactivación del sector a partir de mediados de los setenta⁸. Este dinamismo asociativo resulta especialmente evidente —según el propio Azúa— en el período comprendido entre los años 1978 y 1980. En ese trienio, según los datos manejados por Azúa (1992: 129) se crean un total de 16.770 asociaciones⁹. Otros autores retrasan el “gran salto” cuantitativo a la década de los ochenta (Álvarez de Mon *et al.*, 1998: 41).

⁸ ÁLVAREZ DE MON *et al.* (1998: 41) apuntan, además, que “el Tercer Sector no sólo necesita de un mínimo de libertad para encauzar sus iniciativas, sino que contribuye efectivamente al fomento de la democracia a través de la participación social en los asuntos de decisión pública”.

⁹ Datos especulativos sobre el número total de asociaciones en activo entre los años 1965 y 1990, puede encontrarse en AZÚA (1992: 127 y 137-139). Quizá los datos más relevantes de las tablas se refieran a

No obstante, tratar de caracterizar el ‘dinamismo asociativo’ a partir de la simple inspección del registro del número de nuevas asociaciones (como trata de hacer Azúa), no supone un recurso metodológico demasiado fiable, máxime si se tiene en cuenta el absoluto descontrol que existe en España en el registro de asociaciones, lo que impide fijar (incluso aproximativamente) su número total: “fruto de la multiplicidad de los Registros y de no llevar un control exhaustivo de las Asociaciones que desaparecen, en estos momentos no se sabe exactamente cuántas Asociaciones activas hay en España” (Rodríguez Cabrero y Monserrat, 1996: 262)¹⁰. Así, el control sobre la evolución del censo asociativo posee una validez sólo orientativa, y lo que es más importante, elude la consideración de una multitud de parámetros propios de la estructura y vida asociativa que pudieran ser mucho más relevantes que el propio número, a la hora de caracterizar la situación de ‘efervescencia’ general y maduración del sector.

Sin embargo, los datos contenidos en algunos estudios recientes, sugieren que el dinamismo asociativo (circunscrito sólo a la proliferación de nuevas organizaciones voluntarias) no es privativo del trienio 1978-1980, sino que se ‘reactiva’ a finales de los años 80 y se acelera incluso a lo largo de los años 90. En los resultados del estudio realizado por la Plataforma Para la Promoción del Voluntariado en España en 1997, se refleja que del total de organizaciones voluntarias estudiadas, el 52% habían sido fundadas entre los años 1987 y 1996 (Cortés *et al.*, 1997: 21). Confluentes con estos resultados son los datos incluidos en otros dos estudios. En primer lugar, el llevado a cabo por el Centro de Estudios Económicos de la Fundación Tomillo (2000: 32)¹¹, según el cual aproximadamente la mitad (47%) de las entidades de acción social actuales ha nacido en los años noventa, siendo esta la década, la que ha registrado mayor creación de entidades (con respecto a los 80’, 70’...)¹². Especialmente significativo es que —según los datos de la encuesta manejados por la Fundación Tomillo— sólo el 18% de las entidades actuales estaban constituidas antes del año 1980 (*ibídem*). En segundo lugar, en el trabajo de Prieto Lacaci (1993: 197) se refleja que el número de asociaciones no lucrativas

la distribución de las asociaciones según provincia y área de actuación o interés para 1990; las asociaciones se concentran masivamente en las provincias de Madrid y Barcelona, lo que apunta hacia su realidad fundamentalmente urbana. En lo concerniente al tipo de asociaciones, según el registro del Ministerio del Interior, recogido por AZÚA (*ibíd.*) las asociaciones filantrópicas y de disminuidos alcanzan un cinco por ciento sobre el total, si bien es interesante hacer notar que otras categorías —que se nos antojan muy vagas— de esta clasificación, incluirían asociaciones de objeto social; por lo que ese el porcentaje no es demasiado representativo. En definitiva, se trata de una clasificación no demasiado útil en función de nuestros intereses.

¹⁰ Según datos que manejan estos dos mismos autores en función de los datos del Ministerio del Interior del año 1990, existirían aproximadamente 5300 asociaciones filantrópicas, de las cuales unas 1000 “ofrecían servicios sociales con una actividad continuada y de cierto peso presupuestario” (*ibíd.*)

¹¹ Una versión abreviada de las conclusiones más importantes de dicho estudio cuantitativo puede encontrarse en MARTÍNEZ MARTÍN Y GONZÁLEZ GAGO (2001).

¹² La FUNDACIÓN TOMILLO (2000: 19) estima un volumen total de 11.043 ONG de acción social.

se duplicó en la década de los ochenta, y entre ellas, las asociaciones filantrópicas (benéficas, asistenciales y de acción social, cultural, educativa y sanitaria) aumentaron sus efectivos un 447% (ibíd.: 204).

Trascendiendo el mero recuento de las organizaciones, resulta clave atender al proceso de *institucionalización* que ha transformado en profundidad a las organizaciones voluntarias en España durante los últimos años. Se trata de un proceso que se retrasa en el tiempo hasta los últimos años de los ochenta y principios de los noventa. Es un “peculiar proceso ideológico de maduración organizativa que convive con otro de desmovilización social” (Rodríguez Cabrero y Monserrat, 1996: 28).

Este proceso de institucionalización de las organizaciones voluntarias señalado por Rodríguez Cabrero, se ha producido en el marco de una serie de “cambios profundos del contexto sociopolítico en el que se desarrollan las entidades sociales” como indican el propio Rodríguez Cabrero y Ortí (1996: 123). Siguiendo a estos dos autores, podemos resumir estos cambios acaecidos fundamentalmente a lo largo de la década de los ochenta y principios de los noventa y que, por otra parte, suponen el correlato de la diversificación de la producción de bienestar (ibídem.: 123-125):

- a) En primer lugar es necesario hacer referencia al *fuerte crecimiento y diversificación del sector asociativo*: constatamos la aparición de un número muy importante de asociaciones inscritas, y por otra parte, un desigual o fragmentado desarrollo de las mismas.
- b) De manera ciertamente paradójica observamos un *reflujo de la participación* que contrasta con la proliferación de discursos que defienden las bondades innegables del desarrollo de la sociedad civil. En definitiva el crecimiento del número de asociaciones registradas no parece haberse traducido en un incremento de la participación social ciudadana.

Estos dos aspectos se articulan como desarrollo fragmentado de la sociedad civil y participación social atomizada (ibíd.: 124).

- c) Por último, es necesario considerar la reestructuración de los modos de intervención del Estado de Bienestar, que se reflejan en la cristalización *de un sistema mixto de bienestar*, sistema en el que a pesar de que el Estado mantiene una posición de clara preeminencia, es reseñable el papel de “empresas y organizaciones voluntarias, [que] participan privatizando y socializando parte de la producción y/o gestión del bienestar social”. En el marco de este sistema mixto se establecen “vínculos contradictorios de dependencia económica y complementariedad funcional entre Estado y ongs” (ibídem.: 124).

Una vez reflejados los cambios del contexto sociopolítico, los citados autores, profundizan en la caracterización del proceso de institucionalización que ha sufrido el movimiento asociativo. Dicho proceso giraría, según ellos, en torno a tres procesos de cambio: (ibídem.: 127-128):

- a) El primer cambio derivaría de la tensión y contradicciones que se establecen entre el *movimiento reivindicativo* de los finales años setenta y la tendencia hacia un *asociacionismo de organización y servicios* característico de los años ochenta y por supuesto de los noventa. En este marco, se observan fuertes tendencias —de desarrollo reciente— a favor de la institucionalización del sector, que responden a presiones del Estado, y por supuesto, del mercado.
- b) Un segundo vector de transformación estaría asociado a las tensiones y contradicciones derivadas de la contraposición entre la *independencia originaria relativa* de la década de los setenta —idealizada, por otro lado—, y la *actual relativa dependencia* de los recursos y creciente tutela económica de las administraciones públicas.
- c) Y por último, la tercera fuente de tensión y ambivalencia (y de cambio organizativo), arrancaría de la básica contradicción entre *voluntariado y profesionales* que aparece en las asociaciones —fundamentalmente en las grandes corporaciones voluntarias, añadiríamos nosotros—, en buena medida como consecuencia del proceso de institucionalización acaecido a lo largo de la década de los ochenta. Esta contradicción puede interpretarse como expresión de la incompatibilidad entre fines de la asociación y requerimientos de la gestión asociativa.

La mayoría de estos argumentos están implícitamente presentes, en la siguiente síntesis descriptiva de Rodríguez Cabrero y Ortí, sobre la especificidad actual de las organizaciones voluntarias españolas. Descripción que, en definitiva, viene a reflejar la renuncia —cuando menos parcial— de su ‘tradicional’ función reivindicativa y el abrazo de un modelo más asistencial:

“...durante la década de los ochenta la previa eclosión de las entidades voluntarias se configura ahora como un *proceso de institucionalización relativamente dependiente del Estado*. Las entidades se abren camino entre una *pérdida real de participación colectiva* (debilitamiento de la base social asociativa), las *presiones competitivas del mercado*, sobre todo en términos ideológicos, y las *exigencias formales y organizativas por parte del Estado en el proceso de descentralización del bienestar*. [...] se produce un desplazamiento desde la movilización hacia la profesionalización organizativa de las entidades.” (Rodríguez Cabrero y Ortí, 1996: 132)

Así pues, como ya se ha ido comentando, en la actualidad en España —aunque no es privativo de este contexto— las organizaciones voluntarias vienen a caracterizarse por un proceso de institucionalización creciente, así como por una gran dependencia económica y funcional de los poderes públicos y de la administración.

En el modelo actual las grandes organizaciones voluntarias son las que más recursos obtienen (especialmente públicos pero cada vez más también privados). La experiencia y la estabilidad son aspectos muy valorados por los poderes públicos llegado el momento de la distribución de subvenciones. Las grandes organizaciones voluntarias tienen mayor capacidad de negociación con los poderes públicos (aunque al mismo tiempo suelen ser más sumisas) y tienen mayor poder y legitimidad —derivada de la capacidad de movilización y reconocimiento social—.

Como ya se indicó, los poderes públicos sólo admiten/definen al voluntariado como aquel que se encuentra dentro de una organización reconocida; es decir, el voluntariado formalizado o institucionalizado, dejando fuera las expresiones de participación espontánea/comunitaria o no formalizada (voluntariado sumergido), lo que indirectamente supone una *presión hacia la progresiva institucionalización* del sector. Este hecho ha significado el aumento de las tendencias burocráticas y quizá del tamaño medio de las organizaciones existentes¹³ y la aparición de nuevas organizaciones voluntarias reconocidas legalmente.

Al mismo tiempo, el reconocimiento del voluntariado por los poderes públicos se produce a través de las ‘organizaciones voluntarias más representativas’, que son las que participan en los órganos consultivos, y que a la postre, suelen ser las más grandes y potentes, con una mayor cantidad de ‘fuerza de trabajo’ voluntaria. El apoyo que ha recibido el tercer sector desde instancias públicas, ha supuesto en los últimos años un incremento de la institucionalización, aunque también es cierto que ha crecido el número de organizaciones.

7.3. LA GESTIÓN ‘EFICAZ’ EN LAS ORGANIZACIONES VOLUNTARIAS: PROBLEMAS Y RIESGOS

A lo largo de los últimos años, se está avanzando hacia un modelo de *organizaciones/corporaciones voluntarias*, en las que la estructura y los procesos organizativos se complejizan y cobran mayor relevancia —de forma relativamente independiente del tamaño—, y determinan cada vez más la identidad externa. Las organizaciones voluntarias están cada vez más preocupadas (incluso obsesionadas) por temas organizacionales que antes eran patrimonio exclusivamente empresarial. La *gestión eficaz* —de recursos materiales y humanos—, la delimitación de criterios ‘objetivos’ de captación, selección y

¹³ Tomando como referencia las organizaciones voluntarias encuadrables en el ámbito del bienestar social, desde algunos textos se observa que “la concentración es la tónica general del sector: sólo unas pocas organizaciones manejan la mayor parte de las acciones de asistencia social y controlan el mayor porcentaje de fondos, tanto públicos como privados” afirmando que un 10% de las organizaciones desarrollan el 90% de las intervenciones de carácter asistencial (ÁLVAREZ DE MON *et al.*, 1998: 46).

formación de voluntarios (la racionalización organizativa, en definitiva), son aspectos cada vez más centrales en la cotidianidad de las organizaciones voluntarias¹⁴, en detrimento de la importancia relativa concedida a la *gestión de las ideas* (inspiradoras de espacios y tendencias sociales alternativas). Todo ello muestra una gran concordancia con una identidad cada vez más circunscrita a su papel de proveedoras de servicios. Marbán y Rodríguez Cabrero (2001: 54) concretan con nitidez las tensiones que afectan progresivamente a las organizaciones voluntarias, al advertir que “el sobreénfasis en la gestión del voluntariado, la importancia de los nuevos yacimientos de empleo y la valoración económica del voluntariado parecen indicar una superior importancia de lo organizativo-económico sobre lo institucional-participativo”. Así, pasa a ser central el papel de los profesionales, en el marco de “asociaciones que son cada vez más organizaciones de reclutamiento y gestión del voluntariado” (ibíd.: 53).

En ese contexto, no es extraño que ciertos autores como Drucker (1990: xiv-xv) defiendan que las organizaciones del tercer sector no pueden eludir adoptar técnicas de *management* (esto es, técnicas de ventas), llegando a afirmar incluso, que la aplicación de estas técnicas podría llegar a ser mucho más ‘crítica’ (indispensable) en las organizaciones no lucrativas —a la hora de lograr la consecución de su objetivo principal— que en las propias empresas que se encajan plenamente en el mercado, a la búsqueda del beneficio económico. Se nos antoja que esta posición es bastante extrema, y aunque marca una tendencia ideológica —parece que imparable—, obvia una cuestión clave, y es que el *management* desde sus orígenes ha respondido a la necesidad de optimización de la lógica del beneficio capitalista. Si el tercer sector pretendidamente escapa a esta lógica del beneficio ¿cómo explicar que la aplicación de técnicas de *management* lleguen a ser más importantes en este sector que en aquellas organizaciones sociales que responden exclusivamente a la búsqueda del beneficio?¹⁵. Lo interesante es que este progresivo

¹⁴ ‘Preocupaciones’ que tienen su reflejo en la aparición de una abundante literatura específica sobre gestión organizativa aplicada al sector voluntario, encontrando una mayor ‘tradición’ en este tipo de enfoques —desde principios de los ochenta—, en obras anglosajonas y norteamericanas, y apareciendo al inicio y sobre todo a mediados de los noventa sus equivalentes en España: TOBIN (1985: 139-251), BUTLER Y WILSON (1990), DRUCKER (1990), GIES, OTT Y SHAFRITZ (1990: 138-334), MCMURTRY *et al.* (1990), TSCHORNE *et al.* (1990), CLUTTERBUCK Y DEARLOVE (1996), BERMAN (1998), EQUIPO CLAVES Y EPASA (1995), NÚÑEZ-CORTÉS Y DEL LLANO (1995), MONSERRAT (1996), SÁJARDO (1996), ALBERICH Y COACUM (1998), ÁLVAREZ DE MON *et al.* (1998: 87-126), CÁRITAS ESPAÑOLA (1998), EQUIPO CLAVES (1998), MOLINER (1998), VERNIS *et al.* (1998), CHACÓN Y VECINA (2002: 63-159), entre otros. En los textos españoles se observa, en general, un cambio de orientación importante a lo largo de la década de los noventa, pasando de la consideración de las asociaciones como agrupaciones distintivas, con premisas organizativas y funcionales propias (domina un *enfoque social* de la *eficacia*), por ejemplo en EQUIPO CLAVES (1998) —1ª edición 1994—, a otra perspectiva —dominante a fines de los noventa— que trata de incorporar (copiar) elementos organizativos de la esfera empresarial, como medio para alcanzar la *eficacia* (*productivista/financiera*).

¹⁵ CARDARELLI Y ROSENFELD (1998: 102) ponen el dedo en la llaga, al recordar, que lo que debe ser objeto de reflexión, es la incorporación acrítica de estos modelos conceptuales devenidos de ámbitos cuyas lógicas de acción difieren, o son netamente contrapuestas, a las de las organizaciones volunta-

dominio gerencialista y tecnocrático que se refleja en la literatura sobre el tema es un ‘síntoma’ preocupante de (y una presión hacia) la sutil aproximación del tercer sector, y de las organizaciones voluntarias en particular, a esa lógica del beneficio empresarial, y en definitiva, supone una concepción extremadamente estrecha de estas organizaciones como entes ‘funcionales’. La clave de este deslizamiento hacia la gestión reside en el perfil progresivamente ‘corporativo’ de las propias organizaciones. En estos enfoques tecnocráticos a los que nos hemos referido, el voluntariado toma la forma de un simple ‘input’, esto es, un recurso reificado¹⁶ a gestionar, y, para fastidio de nuestros ‘buenos’ gerencialistas, de naturaleza problemática —en términos de control, captación, motivación, etc.— en relación a los ‘equivalentes’ asalariados (*vid.* Herrera, 1998b: 174).¹⁷

También podemos observar en los enfoques teóricos e ideológicos de orientación ‘gerencialista’ incluso referencias al “mercado de los servicios” (Gutiérrez Resa, 1996: 304), y a los enormes beneficios (en forma de aumento de la calidad de los servicios y descenso de los precio/coste de los mismos) que aporta la *competencia* entre las unidades ofertantes de servicios (Gutiérrez Resa, *ibíd.*; Cabra, 1999: 104) —unidades entre las que se encuentran, claro está, las propias organizaciones voluntarias—. Resulta paradójico que se solape este ‘canto’ al mercado con la defensa a ultranza de la independencia —pretendidamente absoluta— del tercer sector con respecto al mercado y al Estado (planteamiento que, por otro lado, es realmente difícil de defender).

rias, siendo éstas, iniciativas que no obedecen solamente a racionalidades instrumentales y de incremento de las ganancias.

¹⁶ Para un tratamiento del concepto de origen marxista ‘reificación’ en términos de “aprehensión de fenómenos humanos como si fueran cosas [...] como si fueran algo distinto de los productos humanos...”, véase BERGER Y LUCKMANN (1984: 116-120).

¹⁷ Como ejemplo especialmente relevante que corrobora este deslizamiento progresivo hacia la gestión, podemos traer a colación una oferta de empleo aparecida en un diario de ámbito nacional, que reproduce en formato y ‘tics’ cualquier equivalente de empresa privada —hace unos pocos años un anuncio tal hubiera sido impensable—. De hecho, lo que se busca es un gestor formado en empresas de servicios. En la oferta podemos leer lo siguiente: “*Prestigiosa ONG Internacional dedicada al tratamiento y reinserción de toxicómanos precisa para España: GERENTE ONG. Se incorporará a la organización para dirigir desde una perspectiva profesional, organizar e implantar las estrategias y objetivos globales, coordinando y ordenando sus áreas funcionales. Gestionará el ámbito administrativo-financiero, elaborará el presupuesto y su seguimiento, se relacionará con la administración pública y gestionará el marketing, la comunicación y la logística. Buscamos a un profesional con experiencia mínima de tres años en la gestión de una empresa de servicios, con alta sensibilidad por el voluntariado y las ONG’s, con ilusión y vocación de servicio. Deberá implicarse en el proyecto, liderando el proceso de cambio. Estudios a nivel de Titulado Superior, conocimientos del idioma inglés y usuario de informática. Se incorporará a una organización con importantes e interesantes expectativas de desarrollo, donde podrá desarrollar un sólido proyecto profesional. Condiciones económicas a convenir [...]*” (El País, 30 de enero de 2000). Significativamente, la selección de los candidatos para ocupar este puesto de ‘ejecutivo de ONG’ se realizaría a través de una asesoría en recursos humanos; en definitiva, la lógica empresarial y la lógica de las ONG (de perfil corporativo) se hace coincidente, por el deslizamiento de las segundas hacia el mercado (de profesionales, de bienes y servicios, de subvenciones...), y la racionalidad lucrativa.

Otros autores, perciben como altamente pernicioso el aislamiento entre voluntariado y empresa. Es el caso de Luciano Tavazza (1995: 88), que afirma como objetivo prioritario “favorecer la instauración de un cambio programático permanente —de servicios reales recíprocos— entre empresas y voluntariado; superar así un pasado de desconfianza ideológica y cultural, ayer históricamente justificable, hoy obsoleto”. Quizá la visión de Tavazza sea especialmente preclara (aunque no podamos compartir su entusiasmo cooperador): las diferencias ideológicas se diluyen irremediabilmente entre el voluntariado y la empresa; y en ese marco, añadiríamos nosotros, las organizaciones voluntarias pierden más (*identidad*) de lo que ganan (*recursos*).

Nos movemos ante una aplicación miope y totalmente ortodoxa del modelo económico marginalista. Constituye una grave distorsión y una extremada simplificación concebir que las organizaciones voluntarias constituyen unidades de oferta en un mercado de competencia perfecta (que optimiza precios y calidades). Las organizaciones —como veremos— se aproximan y entran en contacto con el mercado, pero a la postre un mercado muy alejado de esa idealizada e improbable competencia perfecta, dominada por la beatífica mano invisible smithniana.

Estamos ante la explosión del marketing ‘social’¹⁸ y marketing ‘con causa’ —como ha venido en denominarse— y de la formación de ‘ejecutivos’ especialistas en ONG —los cursos, claro está, tan solo hablan de gestores o especialistas—. Por ejemplo, la UAM viene organizando un ‘*Máster en Administración y Dirección de Fundaciones y otras Entidades No Lucrativas*’ —no es ni mucho menos el único que podemos encontrar en el afluyente *mercado* de cursos de postgrado sobre gestión en el sector voluntario¹⁹— en cuyo programa tienen presencia aspectos como ‘la fiscalidad, contabilidad y financiación de las entidades de carácter social’ y ‘la organización y gestión de entidades no lucrativas’, pero en el que no encontramos ningún bloque temático sobre (al menos en la información que disponemos): Estado de Bienestar y su crisis, movimientos sociales o participación social —áreas de conocimiento social difuso y no práctico, completamen-

¹⁸ Un texto que se articula en torno a este concepto de ‘marketing social’ es el de MOLINER TENA (1998). Para una revisión de las distintas definiciones de marketing social, véanse las páginas 24-33.

¹⁹ Entre otros, la UCM tiene su equivalente en la titulación de ‘*Experto en Promoción y Gestión de ONG*’, el colegio de sociólogos y politólogos el ‘*Curso Superior para la Formación de Expertos en ONGs*’, El Instituto de Estudios Internacionales “Francisco de Vitoria” de La Universidad Carlos III de Madrid, organiza el ‘*Máster en Acción Solidaria Internacional de Europa*’ y el curso de ‘*Experto en Acción Humanitaria, Cooperación al Desarrollo, Extranjería, Asilo y Refugio*’. El instituto ETEA (dependiente de la Compañía de Jesús), imparte el ‘*Máster en Cooperación y Gestión de ONGD*’. La Fundación Luis Vives (en colaboración con la UNED y el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales), organiza un programa a distancia de Formación en ‘*Gestión de Entidades sin Ánimo de Lucro*’. Podríamos también hablar de los cursos de postgrado de la UNED y de la Universidad Católica de San Antonio (Murcia). Al margen de estos cursos de postgrado, existen otras muchas iniciativas formativas como la de la Fundación Voluntas, que organizó un curso no presencial denominado ‘*Curso Básico de Gestión de Programas de Voluntariado*’. Se trata de una simple muestra de los cursos existentes para la formación de gestores.

te prescindibles para gestionar desde criterios pragmáticos/racionales—. En nuestra opinión, estas iniciativas no hacen sino formar tecnócratas ejecutivos sin capacidad de análisis social (subsidiario para la gestión), que contribuirán a acentuar el carácter conservador y aquiescente de las futuras organizaciones voluntarias —¿o quizá son estas iniciativas formativas resultado de esta tendencia?—²⁰.

El director del citado curso trata de tranquilizarnos al afirmar que el objetivo es “dar respuesta a las demandas específicas de formación en el sector no lucrativo. Trata de formar personas capaces de coordinar recursos escasos con el fin de obtener la máxima rentabilidad social. Al ser este un sector que no se rige por las leyes del mercado, se trata de un Máster totalmente distinto a otros que existen en el mercado” (Revista *Voluntarios de Madrid*, núm. 31, Septiembre 1999, pp. 14). El problema realmente crítico es definir la ‘rentabilidad social’, que parece deslizarse progresivamente —y peligrosamente— hacia criterios de evaluación económica. Sospechas que parecen corroborarse en las palabras del director del curso anteriormente mencionado: “la sociedad destina cada vez más recursos tanto públicos como privados, a fines altruistas, y exige un uso eficiente de ellos” (ibíd.). No es que desde estas líneas se proponga un uso descontrolado de fondos públicos, simplemente constatamos un énfasis excesivo (a la postre pernicioso) en la racionalidad económica.

El espíritu estrechamente ‘racionalizador’ de la gestión es peligroso, por la ‘contaminación’ ideológica que supone. Ya hace tiempo Weber señaló la coexistencia en lo social de diversas racionalidades no necesariamente congruentes (Weber, 1984a: 64-65)²¹. En un sector que históricamente ha generado y liderado nuevas propuestas racionales —pero profundamente ‘irracionales’ desde la óptica del poder—, ‘imponer’ una racionalidad en la gestión, supone introducir un modelo externo que limita sus posibilidades sociales ‘creativas’. Es por ello que este curso de la UAM, lejos de lo que aseveran sus responsables, es una réplica (convenientemente adaptada) de los múltiples MBA que abarrotan el *lucrativo* mercado del postgrado español, en el sentido de que no hay cabida

²⁰ Sería injusto olvidar que estos cursos de ‘gestión’, no son los únicos que se orientan al sector voluntario, las propias organizaciones voluntarias organizan sus propios cursos formativos, donde el planteamiento gerencialista puede (o no) estar perfectamente ausente. No obstante, los cursos a los que nos hemos referido, actúan como vector ideológico en desarrollo dentro del ámbito del tercer sector.

²¹ Concretamente WEBER (1984a: 64-65) distingue entre “racionalidad formal” y “racionalidad material” —a veces referidas como *racionalidad instrumental* y *racionalidad valorativa*; vid. BAURMANN (1998: 61), o como *racionalidad formal* y *racionalidad sustantiva* (L. FINKEL, 1994: 118)—. En las organizaciones voluntarias estaríamos presenciando un proceso de reforzamiento de la *racionalidad formal*, tipo de racionalidad estrechamente vinculada a la gestión económica y “que representa el desarrollo del aspecto técnico y estratégico de la racionalidad con arreglo a fines, en detrimento de la racionalidad con arreglo a valores” (SERRANO GÓMEZ, 1994: 75). De esa manera, asistiríamos simultáneamente a un debilitamiento de la *racionalidad material*, racionalidad ajena a la dinámica económica y fundamentada en valores. Dicha tendencia se plegaría a la tesis de WEBER según la cual la racionalidad formal tiende a imponerse a largo plazo sobre cualquier principio proveniente de la racionalidad material (ibíd.: 72).

para las ideas y la confrontación problemática de modelos, para el contexto social, para la planificación de estrategias y acciones, etc.

Se gana en profesionalismo y seguramente en eficacia, a costa de introducir criterios tecnocráticos. A la marginalidad no se le responde simplemente con ‘expertos’ en organización y auditorías. Como indican Rodríguez Cabrero y Monserrat (1996: 30) “el criterio de eficiencia no es el único posible cuando se han de satisfacer las necesidades de los grupos excluidos de la sociedad”²². Uno de los hechos que justificarían que las organizaciones voluntarias se preocupen cada vez más por alcanzar un modelo de gestión eficaz, es que administran un creciente volumen de recursos públicos (ibíd.: 174) y que para conseguir perpetuar esta anhelada e importante fuente de financiación deban demostrar y garantizar una utilización transparente de los fondos. Esta situación introduce un elemento ‘distorsionante’ en la lógica interna en las organizaciones voluntarias, dado que parece difícil mantener un control riguroso de los presupuestos, una administración óptima de las subvenciones, sin introducir racionalidades empresariales, que a la postre, desbordan el perímetro del área económica de las organizaciones, afectando al espacio de acción social. Desde posiciones ‘contemporizadoras’ Colozzi (1994: 251) afirma que el ideal estaría encarnado en “un sistema de rendición de cuentas” que respetara un funcionamiento democrático interno y que a la vez fuera transparente para los órganos públicos de control. Más adelante, estos aspectos serán tratados desde otras perspectivas.

7.4. LA ORIENTACIÓN DE LAS ORGANIZACIONES VOLUNTARIAS: HETEROAYUDA Y MUTUALISMO

En general, podemos hacer una distinción básica entre las organizaciones que son resultado de iniciativas de autoayuda —o mutualistas— y aquellas caracterizadas por la heteroayuda²³. Siguiendo a Casado (1992: 56), en el caso de la opción mutualista la solidaridad asociativa revierte en los propios socios, mientras que en las asociaciones de heteroayuda (que el autor idealiza al denominarlas como altruistas puras), el esfuerzo asociativo se extravía. Por su parte Colozzi (1994: 236), define a las organizaciones de heteroayuda como “organizaciones cuyas intervenciones y servicios se prestan a perso-

²² Un texto que propone un modelo práctico de gestión en la esfera sociocultural orientado hacia la problemática *eficacia social* (si bien aplicado fundamentalmente al sector público) es el de DÍAZ MÉNDEZ (1992).

²³ VICENTE MARBÁN (2000a: 127-128), señala algunos de los distintos significantes aplicados a estas diferentes realidades organizativas. Las organizaciones caracterizadas por la *heteroayuda*, también son denominadas entidades no lucrativas altruistas, no lucrativas puras, extrovertidas, de proyección externa, de beneficio público. Mientras que las organizaciones *mutualistas o de autoayuda*, también reciben la denominación de entidades introvertidas, de proyección interna, o de beneficio mutuo.

nas que no forman parte del grupo de voluntariado y que, en la medida en que son portadoras de un tipo de necesidad en particular, son distintas de aquellas que ofrecen el servicio”.

Podemos observar una tendencia dominante según la cual se considerarían exclusivamente las iniciativas de heteroayuda como altruistas, mientras que existiría una cierta prevención a otorgar este ‘honor’ a las iniciativas mutualistas (por ejemplo, *vid.*: Azúa, 1992: 117; Béjar, 2001a: 128; Marcuello, 2000; Marbán, 2000a: 128; Giner y Sarasa, 1997), considerando asimismo que las organizaciones mutualistas “se rigen por unos intereses colectivos comunes, más que por unos valores” (PPVE, 1997: 15) —lo que parece remitir a una cierta inferioridad de tipo moral—. Pese a la creciente amplitud del referente social del concepto voluntariado, en algunos textos incluso se llega a defender que las asociaciones de ayuda mutua no son organizaciones de voluntarios “en sentido estricto” (*ibíd.*).

La persistencia de este prejuicio, posiblemente se derive del fuerte influjo de la ‘clásica’ distinción de Beveridge entre entidades mutualistas y altruistas, esquema enunciado, por otra parte, a finales de los años cuarenta (Beveridge, 1948). Si bien es cierto que no todas las iniciativas mutualistas son altruistas puras, en cuanto articulan intereses ‘exclusivos’, o incluso privilegios de ciertos colectivos (colegios profesionales, sindicatos sectoriales: pilotos, etc.), estas asociaciones, además de constituir un espacio abierto a la persecución competitiva de ciertos bienes, servicios o beneficios (con respecto a otros colectivos sociales), muchas veces suponen un claro impulso solidario de convivencia a nivel general (familiares de enfermos de Alzheimer, asociaciones de parados, etc.)²⁴. En adición, es necesario apuntar que tampoco la heteroayuda es un espacio de altruismo ‘puro’, la realidad nos muestra casos en los que el interés corporativo, profesional, e incluso lucrativo, se abre paso en estas asociaciones. Escapamos, pues, a la idealización reduccionista de la heteroayuda y a la contraidealización de las iniciativas mutualistas; dentro de cada una de estas vastas categorías aparece una enorme variedad de realidades asociativas, que impiden una valoración moral homogénea. Asimismo, también aparecen zonas ‘grises’ a caballo entre estas categorías. Un claro ejemplo de estas asociacio-

²⁴ Desde posiciones comunitaristas se llega a considerar que “una buena sociedad se sustenta mejor en base a organizaciones de servicios mutuos [de perfil comunitario] que mediante el voluntariado [basado en la heteroayuda]” (ETZIONI, 2001: 32). Para, ETZIONI (*ibíd.*) “el mutualismo es una forma de relación comunitaria en la que las gentes se ayudan unos a otros y no sólo a aquellos que padecen necesidad”. A pesar de la clara apuesta por el mutualismo de ETZIONI, éste cree necesario seguir alentando el voluntariado (*ibíd.*: 35). WALZER (1997: 103) apunta en la misma dirección, al afirmar que en el camino hacia la ‘igualdad compleja’ “es igualmente importante que cualquier programa de previsión comunitaria deje espacio para diversas formas de autoayuda y asociación voluntaria”. Para WALZER (*ibíd.*: 104) “el acto de dar es bueno en sí mismo: fomenta un sentido de solidaridad y competencia comunitarias”.

nes que permanecerían a medio camino entre las iniciativas mutualistas y las altruistas vendría dado por las asociaciones de vecinos.

Las asociaciones u organizaciones basadas en la heteroayuda, son las que sirven de soporte al voluntariado de integración, e implican en su actividad la intervención, al menos, de dos colectivos sociales bien diferenciados: en nuestro caso, voluntarios y receptores. Es más, siguiendo una de las distintas acepciones de *'hetero-'*, advertiríamos una doble *desigualdad* —a dos niveles— entre estos colectivos involucrados: una desigualdad previa, socialmente explícita, relacionada con la posición social ocupada (bien marginal, o —más o menos— integrada), y una desigualdad derivada de la *'naturaleza'* de la acción voluntaria o relación de ayuda —vinculada a la definición de posiciones de poder— entre los sujetos integrantes de estos colectivos.

Es por ello, que el papel desempeñado por los distintos colectivos en las organizaciones de heteroayuda no es ni mucho menos equivalente. Circunscribiéndonos al caso del voluntariado de integración, es innegable que la posición de los voluntarios/as en la estructura organizativa y su cometido en la misma es mucho más central (aunque habrá que hacer precisiones). Es cierto que los receptores —reales y potenciales— de la acción voluntaria posibilitan y justifican la existencia misma de la organización, pero la mayor parte de las veces no van más allá, y apenas condicionan la forma concreta que toma la organización y la acción voluntaria. Si lo hacen, es a través de su simple *'presencia social'*²⁵, no de un *'hacer'* consciente (no son *'agentes'*); por ello de manera pasiva, generando un efecto social reactivo potencialmente integrador o en otros casos estigmatizador.

En definitiva, la posición de los receptores es mucho más periférica (aunque pueda ser aparentemente central desde un punto de vista espacial o temporal) y su comportamiento más pasivo: no controlan recursos —salvo los mínimos que pudieran recibir a través de los voluntarios o la organización—, carecen de poder real en la toma de decisiones y la planificación (*vid.* Drake, 1992), apenas reciben información (nunca

²⁵ Puede ser interesante recordar al respecto, que la sociedad y las organizaciones reaccionan frente a realidades marginales cuando pasan a ser altamente *'visibles'* (así pasó con los afectados por el Sida o con las toxicomanías). Con referencia al tema de la *'visibilidad'* del estigma, E. GOFFMAN (1989: 64) advierte que “tal vez el término visibilidad sea el menos descaminado, ya que merced a nuestro sentido de la vista es que con mayor frecuencia percibimos el estigma ajeno. En realidad sería más exacto hablar de *'perceptibilidad'*, que es un término más general; y con mayor precisión aún, de *'evidenciabilidad'*”, e indica asimismo que “...en términos generales, antes de hablar de grado de visibilidad hay que especificar la capacidad descodificadora de la audiencia” (ibídem: 66). Así, podríamos decir que la capacidad descodificadora —identificatoria a la postre— de la sociedad respecto a los colectivos afectados por el Sida o las toxicomanías aumentó durante los últimos años (al mismo tiempo que, por otro lado, se construían un número importante de prejuicios sociales —estigmatizadores— al respecto).

de aspectos internos de la organización, y a veces, filtrada, sobre pautas de actuación)²⁶. Tal escenario disuelve necesariamente el principio básico de ‘igualdad’ (de los receptores frente a voluntarios/as, profesionales...) que idealmente caracterizaría la actividad de las organizaciones voluntarias, hecho que apunta hacia el *paternalismo estructural* del voluntariado²⁷, lógica tutelar que se desarrolla más allá de las actitudes personales del voluntario/a (aunque frecuentemente, también se halla fundamentada en éstas). Con respecto a los flujos de comunicación e información, los receptores suelen ser fuente privilegiada de información que es convenientemente recogida y sistematizada a través de fichas, formularios, cuestionarios... —o entrevistas y grupos de discusión, da igual—, información reflejada en estadísticas, dossiers, investigaciones, memorias, etcétera²⁸.

En la mayoría de las ocasiones, los receptores no son miembros de la organización en sentido estricto, son más bien ‘clientes’ o usuarios. Por eso, la posición de los receptores con respecto a las organizaciones voluntarias, sería equivalente —estructuralmente— a la de los consumidores con relación a las empresas. Podríamos, incluso, ir un poco más allá con el símil, y decir, que como en la esfera del consumo, también en el terreno de la asistencia social, y más concretamente con respecto a las iniciativas voluntarias de heteroayuda, *la oferta genera la demanda*. Y puede que de manera más incontestable que en el mercado²⁹. De hecho, la gran dependencia económica del tercer sector, hace que cuando las subvenciones estatales aumentan, el número de ini-

²⁶ Una argumentación confluyente puede encontrarse en distintos pasajes del trabajo de CARDARELLI Y ROSENFELD (1998). En este texto se afirma que “los «protagonistas» de estas iniciativas [los receptores] parecen circular en el espacio reducido de los «objetivos» y «actividades» del proyecto, el que los constituye como sujetos desarticulados del mundo económico, político y social donde se juega, finalmente su condición de ciudadanos y ciudadanas” (ibíd.: 21). El espacio de participación de los ‘beneficiarios’ se halla estrictamente circunscrito al ámbito de la carencia (ibíd.: 85) y, frecuentemente, el colectivo de receptores se erige en verdadera “población cautiva” de la organización (ibíd.: 21). Se impone, así, un modelo de *relación clientelar* de carácter profundamente desigual y asimétrico (ibíd.: 95).

²⁷ Para una aproximación general al paternalismo como modelo de autoridad, desde una perspectiva histórica y social, *vid.* R. SENNET (1982: 55-84). Para SENNET, en las ideologías paternalistas “existe una promesa de protección y se niega la calidad indispensable de la protección: que los cuidados prestados por una persona harán que la otra adquiera más fuerza” (ibíd.: 83-84). De ahí que las autoridades paternalistas profesen según este autor “un falso amor a sus súbditos” en cuanto que sólo “beneficia a sus propios intereses” (ibíd.: 83).

²⁸ Tan sólo son receptores de *neguentropía* —equivalente estructural a la información facilitada que tomaría la forma de políticas sociales, o más concretamente, programas o iniciativas de voluntariado— como diría J. IBÁÑEZ (1985).

²⁹ No olvidemos que la teoría económica neoclásica marginalista defiende justamente lo contrario, la ilusión de que la demanda (agregada) genera la oferta, y por ello, ante los ojos de estos economistas el mercado aparece como lo más parecido a una institución democrática y perfectamente autorregulada: los consumidores —como agregado de individualidades absolutamente libres y racionales, y poseedoras de un conocimiento perfecto— ‘votan’ a través de su compra, mientras que las unidades productivas deben plegarse —no hay otro remedio— a las necesidades expresadas por el consumidor onnipotente (bonita ficción liberal). Una exposición más detallada de esta posición y su crítica puede verse por ejemplo en: A. DE LUCAS (1995: 11-17), o L.E. ALONSO y J. CALLEJO (1994: 111-114).

ciativas voluntarias se dispare y se ‘busquen’ nuevas áreas de intervención. Algo semejante viene a afirmar Demetrio Casado (1989: 45), apuntando que la creciente dependencia de las organizaciones voluntarias con respecto a los recursos públicos “...propicia que las OSVs [organizaciones sociovoluntarias] no se guíen tanto por su apreciación de la demanda cuanto por las posibilidades de la oferta”. Lo que sin duda introduce un factor de desactivación de la creatividad y de burocratización, debido a la intervención de la administración (ibíd.). Asimismo, sólo cuando aparece una ‘moda’ solidaria parece producirse un incremento importante del número de voluntarios/as; y todo ello sucede de manera —relativamente— independiente a las ‘demandas’ (situación objetiva) de los estratos marginales. El riesgo, como apunta Herrera, (1998b: 192) “es que la organización se dedique a producir bienes o servicios que son de hecho marginales o irrelevantes para sus clientes usuarios, pero que los financiadores donantes, o por ignorancia o a causa de los diversos valores de referencia, están felices por financiar”. Este absoluto dominio de la oferta sobre la demanda se reproduce en la planificación general de los servicios sociales; como hace notar Martínez Román *et al.* (1996: 240), esta planificación “no responde, generalmente, a un estudio de las necesidades sociales sino al gasto social previamente decidido según otros criterios”.

En un régimen de creciente concentración y ‘*oligopolización*’ de las iniciativas voluntarias de heteroayuda (fenómeno que se barrunta y que se acentuará sin duda en los próximos años) y de retroceso, contención o externalización/privatización del Estado de Bienestar, serían sobre todo las grandes corporaciones voluntarias las responsables (conforme a ciertas directrices de las administraciones públicas) de determinar la demanda de acción voluntaria —en su extensión y prioridades—. Sólo las pequeñas asociaciones voluntarias, pegadas al terreno, podrían ser sensibles a la demanda y capaces de reconstruir su oferta.

Volvamos a considerar los dos colectivos ‘implicados’ en las organizaciones de heteroayuda. Pese a que existe un contacto directo y personal entre los sujetos voluntarios y receptores, al mismo tiempo existe una barrera prácticamente infranqueable entre ellos. Se trata de una separación/polarización semejante a la que podemos encontrar en otras organizaciones: educativas —entre profesores y alumnos—, prisiones —entre carceleros y presos—, hospitales —entre personal sanitario y enfermos—³⁰. En todas estas organizaciones de estructura polarizada, el paso o ‘promoción’ desde un colectivo a otro es, o imposible, o realmente difícil (muy poco frecuente). Las organizaciones voluntarias de heteroayuda no son una excepción en ese sentido. Es muy improbable³¹ que un destinatario de la acción voluntaria se transforme a corto o largo plazo en vo-

³⁰ Para una caracterización de este tipo de organizaciones véase MAYNTZ (1987: 77-78).

³¹ Improbable no quiere decir imposible, pero marca una tendencia estructural.

luntario, salvo en algunos casos en los que la heteroayuda se confunde en ciertos aspectos con el mutualismo. Tal es el caso, por ejemplo, de iniciativas como ‘Proyecto Hombre’ en el campo de las toxicomanías, o ciertos programas, en los que algunos de los llamados ‘transeúntes’ se convierten en mediadores sociales, o asociaciones de organización del ocio de jóvenes y niños.

Además, encontramos que las organizaciones voluntarias de heteroayuda muestran un elemento diferencial con respecto a escuelas, hospitales, universidades, prisiones, internados..., y ésta no es otra, que la disolución, o cuando menos drástico desdibujamiento, del componente *disciplinario* y en algunos casos represivo, que caracteriza las relaciones inter-colectivos en estas organizaciones, en favor de unas relaciones atravesadas fundamentalmente por lo *afectivo* y la proximidad personal. Sin embargo, sí encontramos algunas afinidades residuales con este tipo de organizaciones: *a)* la distribución absolutamente desequilibrada del poder —y el conocimiento— entre los dos grupos, y *b)* su contribución al ejercicio del control social sobre colectivos con escasa capacidad de autocontrol. Esta última característica que atribuimos a las organizaciones voluntarias y por extensión al voluntariado, será discutida en otro lugar.

En realidad, reducir a dos los ‘grupos’ que intervienen en las organizaciones que practican la heteroayuda: voluntarios/as y receptores —o destinatarios— de la acción voluntaria es demasiado trivializador en la mayoría de los casos. Es necesario incorporar al menos otro colectivo significativo: los *gestores*. Este grupo, se caracteriza fundamentalmente por su ubicación en el organigrama jerárquico, y su identidad varía profundamente en función del grado de institucionalización de la organización: puede estar nutrido tanto por voluntarios, como formado por profesionales o técnicos asalariados —especialmente en las grandes corporaciones voluntarias—, o una mixtura entre ambos, aunque se observa en general una progresiva profesionalización de los gestores³². Lo importante de este colectivo es que ‘acapara’ gran parte del poder de la organización, gestionando recursos, tomando decisiones, planificando... También es conveniente señalar otra característica distintiva, y es que los gestores no suelen —salvo en pequeñas asociaciones— tener contacto directo con los destinatarios de la acción voluntaria, si existiera esa relación, poseería un carácter circunstancial o puntual. Un cuarto colectivo a considerar sería el de los profesionales y técnicos asalariados, opuesto lógico al voluntariado, y que tiende a solaparse (al menos parcialmente), como hemos visto, con el equipo de gestión. Las relaciones entre voluntarios/as y profesionales —necesariamente, cada vez más frecuentes— se perfilan como un elemento cada vez más relevante en el funcionamiento de las organizaciones voluntarias.

³² Así lo indican por ejemplo los resultados de una encuesta realizada a las entidades sociales receptoras del 0,52 del IRPF en España (RODRÍGUEZ CABRERO Y MONSERRAT, 1996: 170).

La profesionalización progresiva de la gestión en las organizaciones voluntarias, engendra subsidiariamente —sobre todo en las grandes corporaciones de heteroayuda— el relativo ‘descentramiento’ del voluntariado en el entramado organizacional. Continúa siendo esencial e insustituible su aportación en forma de trabajo voluntario —como determinante de la naturaleza misma de la organización—, pero, más allá de este aporte ‘en especie’, su contribución en la definición de objetivos, programas... —en definitiva, su intervención como pensante ‘materia gris’—, se diluye, cada vez más, en favor de los gestores y técnicos profesionales: los verdaderos y exclusivos estrategas³³. Aunque la acción voluntaria toma progresivamente una forma más especializada, necesitando frecuentemente de prolongados períodos de cualificación/formación, paradójicamente, se trata cada vez más de una acción más ‘mecánica’, por su sentido crecientemente instrumental; está cada vez más vacía de contenido (el voluntario/a pierde la perspectiva social), de autonomía y control sobre los fines. Su contribución voluntaria sigue siendo imprescindible pero pierde relevancia —su poder y estatus como colectivo dentro de la organización se resiente gravemente—. En esta situación, crece la categoría de voluntariado de ‘a pié’ (sin responsabilidades organizativas, con una vinculación más externa). Además, es probable que dentro de la organización este ‘descentramiento’ del colectivo se vea acompañado de un acusado descenso en la valoración del trabajo voluntario (MacDonald, 1996: 30), derivado en parte de la ausencia de remuneración, lo que haría menos valioso su trabajo a los ojos de profesionales y gestores. La organización prestaría escasa atención a las necesidades de los voluntarios/as (ibíd.), concentrándose reflexivamente en sus propias necesidades³⁴.

³³ J. CARRÓN y J. PORRAS (1996: 62-63) afirman al respecto que “la participación de los propios voluntarios en los objetivos y en la dinámica propia de las asociaciones presenta déficits que habrá que revisar si queremos dotar de sentido la acción voluntaria como cauce de expresión de la participación social”. Abundando en tal perspectiva, Díez RODRÍGUEZ (1999: 101), expone que la vinculación de los voluntarios/as con la organización “suele ser mínima no adquiriendo mayor compromiso que el de realización de determinadas tareas”, lo que explicaría la alta tasa de rotación de los voluntarios/as, esto es la baja fidelidad de los voluntarios/as, que suelen abandonar la organización después de un período relativamente breve. El diagnóstico de Díez RODRÍGUEZ parece acertado en términos generales, pero elude la consideración de la diversidad implícita de las organizaciones voluntarias. La baja vinculación con la organización es característica de las corporaciones voluntarias, mientras que en el modelo asociativo, la participación voluntaria va acompañada de una mayor implicación y compromiso del voluntario/a con la marcha de la organización. En las corporaciones el sujeto se adscribe a la organización, en las asociaciones el sujeto constituye (es parte de) la organización. No obstante, la desvinculación del voluntario/a, puede considerarse en términos generales como la ‘norma’. Es por ello que, como señala BÉJAR (2001b: 182), encontramos entre los voluntarios/as una llamativa ausencia de conciencia de pertenencia asociativa.

³⁴ Nuestro material empírico ilustra sobradamente, el papel periférico del voluntariado en las corporaciones voluntarias, y asimismo, la vinculación estrecha en las iniciativas más asociativas. Una de las gestoras entrevistadas —de una gran corporación—, lo explicita. “Aquí es muy difícil [que los voluntarios tomen...] decisiones acerca de la institución, pero también por la misma estructura jerárquica...”. Incluso, se ilustra como la forma organizativa limita y se impone a las iniciativas ‘democratiza-

Una muestra de esta supeditación, incluso podríamos hablar de ‘sumisión’ del sujeto (y también de la ‘causa’) a la organización, que recorre el ‘nuevo voluntariado’, y a la que también parece apuntar J. Callejo (1999: 52), podemos encontrarla en el *Código Ético del Voluntariado*, texto auspiciado por la Comunidad de Madrid y de elaboración reciente (Asociación Iuve, 1998). Sintomáticamente, en este código (al que se han adherido casi un centenar de entidades madrileñas, según consta en el propio folleto) se señala como deber del voluntario (...y hemos de suponer que también de la voluntaria) “conocer y asumir el ideario, estatutos, fines, programas, normas de regulación y métodos de trabajo de la organización”. Sin embargo, la exigencia hacia el voluntario/a en relación a la ‘reconstrucción’ cotidiana de la organización es mucho más laxa: en concreto, el voluntario/a debe “participar imaginativamente en la organización”. Pero, ¿qué se entiende por tal participación ‘imaginativa’? Sorprendentemente se apunta lo siguiente: “informar sobre las necesidades no satisfechas de los beneficiarios y sobre las deficiencias en la aplicación de los programas” e “informar sobre la posible inadecuación de los programas”; también “denunciar las posibles irregularidades que se detecten”. Queda absolutamente claro, que el papel del voluntario/a ‘ideal’ con respecto a la organización debe ser de simple ‘informante’, incluso ‘confidente’, que no de ‘participante’³⁵; su labor con respecto a la organización es tangencial. Tampoco parece azaroso que en el código se hable continuamente de organización, no apareciendo por ningún lado el referente asociación o incluso el más neutro entidad. Tal auto-denominación aparece pues como correlato y muestra del proceso de institucionalización/corporativización del voluntariado. Así, la orientación organizacional del código es innegable, y el voluntariado aparece en él como simple ‘relleno’ (aunque imprescindible) de esa organización.

Como consecuencia de esta menor centralidad, el vínculo que une al voluntario/a con la asociación se resiente/debilita y pasa a estar estructuralmente mediado —y parcialmente sustituido— por la relación establecida entre el voluntario/a y el receptor/a de la acción voluntaria. Ésta quizá sea una de las razones por las que, en los relatos de los voluntarios/as acerca de sus motivaciones, se explicitaría más la vinculación afectiva con el receptor; relativo dominio de lo vivencial y pulsional (‘refugio’ motiva-

doras’: “los voluntarios les queremos dar cancha de participación, pero siempre va a haber en cosas que ellos no puedan decir nada” (G8).

³⁵ La *Ley Estatal del Voluntariado* de 1996 (ley 6/1996, de 15 de enero), en su artículo 6, introduce un perfil más participativo, apuntando como derecho del voluntario/a el participar activamente en la organización: “colaborando en la elaboración, diseño, ejecución y evaluación de los programas, de acuerdo con sus estatutos o normas de aplicación”. No obstante, el transfondo del papel del voluntariado definido en la ley es meramente ‘adscriptivo’ (*colaborar* con lo que ya existe) y no ‘creativo’. Además, creemos que el perfil dominante es el representado por el Código, mucho más pegado al terreno que la Ley.

cional) en detrimento de la más intelectual y analítica ‘conciencia social’ o de la ‘vida’ asociativa (dimensión comunitaria).

Así, la propia organización pierde ‘centralidad’ como referente para el voluntario —y con ella, la propia ‘*cuestión social*’— en favor de la figura del receptor/a —del nivel microindividual—. Y, seguramente, se podría establecer una relación directa entre el grado de ‘precarización’ de la participación significativa de los voluntarios en la organización (determinada por el grado de profesionalización) y el nivel de ‘volatilidad’, entendida ésta como índice de rotación/abandono de los voluntarios/as. Puede que por esta razón, durante los últimos años, ciertas organizaciones voluntarias hayan necesitado generalizar la utilización de los ‘contratos voluntarios’, compromisos por escrito que asumen los sujetos voluntarios, y que permiten garantizar la regularidad en la prestación de servicios ante la posibilidad de un elevado ‘abandonismo’ (pero que diluyen su esencia ‘voluntaria’). De esta forma, la ubicación periférica de los voluntarios/as en la organización, su contribución externa, y compromiso crecientemente formalizado (derechos y deberes...), hace que en algunos casos su posición recuerde a la de los trabajadores, eso sí, sin salario. En definitiva, la profesionalización de las organizaciones implicaría el riesgo de descentramiento del voluntariado y éste llevaría asociado una falta de compromiso y relativa desmotivación ‘social’ del voluntario/a, reforzándose la motivación ligada al receptor/a y a los intereses personales/individuales del voluntario/a.

Volvemos a recordar, que la tradición del voluntariado tiende a ubicarse en el espacio de la heteroayuda, aunque la ampliación del marco social de referencia del concepto ‘voluntariado’, empuja a las iniciativas mutualistas dentro de la esfera voluntaria. No obstante, nuestro interés en este estudio se centra especialmente en las iniciativas de heteroayuda, caracterizadoras idealmente del sector voluntario ‘clásico’.

A pesar de que nuestro máximo interés recae sobre las iniciativas de heteroayuda, puede ser interesante hacer algunas apreciaciones en relación con las asociaciones que podríamos caracterizar como de autoayuda o mutualistas³⁶. Estas organizaciones, aparecen a partir de inercias autoorganizativas que se producen en el seno de ciertos grupos. Estos colectivos puede ocupar, o no, una posición marginal, pero sí es necesario que lleguen a articular una serie de intereses comunes —necesidades insatisfechas o aspiraciones sociales— de los que han tomado conciencia y que cristalizan generalmente en forma de demandas frente a la sociedad o el Estado, o bien, en la promoción y desarrollo de ‘recursos’ propios: bienes o servicios³⁷. No obstante, Demetrio Casado

³⁶ Para una aproximación descriptiva al mutualismo y la ayuda mutua puede consultarse la aportación de de ASCOLI (1987: 138-142), y también la de AZÚA (1989: 53 y ss.).

³⁷ Hablando de las organizaciones de autoayuda COLOZZI (1994: 237) advierte que “la relación típica en este tipo de organizaciones es la existente entre los miembros del grupo que comparten una discapacidad social, física o mental, o que tienen un problema o una necesidad común”.

(1989: 29) apunta que la marginalidad social —sobre todo en sus expresiones más extremas— no supone un caldo de cultivo apropiado para la aparición de iniciativas mutualistas: “las entidades de ayuda mutua tienen como condición necesaria una carencia o un riesgo a cubrir, pero requieren como condición suficiente el espíritu de cooperación y la capacidad de autoorganizarse, de lo que suele estar muy escasa la gente más marginal”. Otra característica importante de las iniciativas de autoayuda es que son monofuncionales (Colozzi, 1994: 237), lo que implica un grado más alto de especialización genérica que las organizaciones de heteroayuda.

Es indiscutible, que las organizaciones de carácter mutualista se estructuran y nucléan en torno a la acción social voluntaria —no remunerada—, aunque la figura de este ‘voluntariado’ no haya respondido al arquetipo que ha circulado socialmente. Los beneficiarios de esta acción son exclusivamente los miembros de la organización, y quizá, puede que por extensión, los integrantes del colectivo social de referencia —con el que se identifican—, ya sean: trabajadores marroquíes en España, minusválidos físicos, damnificados por el síndrome tóxico, madres solteras, lesbianas, farmacéuticos en paro, mujeres separadas, consumidores, familiares de enfermos de fibrosis quística... Colozzi (ibíd.) advierte que “...los miembros del grupo son al mismo tiempo los trabajadores y los usuarios del servicio, aunque no se excluye el compromiso en actividades de apoyo a terceros no directamente implicados en el problema como los familiares o algunos profesionales especializados”.

Así, las iniciativas mutualistas se corresponden con un nivel más alto de dinamismo y efervescencia social de los colectivos ‘damnificados’, si es que las comparamos con las organizaciones de heteroayuda (caracterizables por sus receptores pasivos). Al menos, en las organizaciones mutualistas no se pueden distinguir *a priori* dos colectivos diferenciados socialmente, lo cual no implica una homogeneidad total de los miembros. Al contrario que en las propuestas asociativas basadas en la heteroayuda, el colectivo receptor o beneficiario se erige simultáneamente en proveedor/promotor (“personal operativo”, en palabras de Merton —1980: 123—) de la ayuda o actividad de la organización —aunque es también posible la intervención de profesionales y técnicos remunerados—. Aunque ciertos sectores o sujetos particulares de la asociación puedan participar más activamente, liderando la actividad y la organización, el papel de los socios —si hacemos una observación *general*— no se reduce al de un mero sujeto paciente. Siempre hay una aportación por parte de los socios, bien de ‘trabajo’ —sector realmente activo—, o en su defecto, económica. No obstante, se abre camino la percepción de que los miembros de estas organizaciones “deben ser vistos y tratados como verdaderos y propios «clientes» de la organización” (Kennedy, cfr. Herrera, 1998b: 168). Este hecho nos informa, quizá, de una desmovilización general de los colectivos implicados en las iniciativas mutualistas y el dominio de una perspectiva gerencialista y profesionalista.

Robert K. Merton (1980), con una aproximación algo más sutil y precisa, elabora una clasificación de los miembros de asociaciones voluntarias —aunque no lo explicita, piensa exclusivamente en iniciativas de autoayuda— en función de dos aspectos: el grado de identificación con la asociación (“la importancia que la organización tiene para los miembros comparada con los otros muchos intereses que reclaman su atención, sus energía y apoyo” —ibídem: 124—) y, el grado de participación en sus asuntos (“cantidad y tipo de colaboración activa en el trabajo de la asociación” —ibíd.—). En función de estas dos variables llega a la siguiente tipología: *a) Identificados y activos*, *b) Identificados e inactivos*, *c) No identificados y activos*, *d) No identificados e inactivos*. Veamos cómo describe Merton (1980:124-125) estas distintas categorías:

- a) *Identificados y activos*: la satisfacción que les producen a estos miembros las actividades dentro de la organización tiende a reforzar su entrega en ella y esto, a su vez, tiende a hacer que su participación activa sea mayor, suelen ser dirigentes o trabajar en niveles intermedios.
- b) *Identificados e inactivos*: para Merton son una reserva estratégica, sin usar, de miembros dispuestos a intervenir activamente, pero que por deficiencias en la estructura organizativa o quizá por limitaciones del individuo, no han podido desarrollar su potencial contribuyendo a los objetivos y actividades de la asociación.
- c) *No identificados y activos*: poseen un particular tipo de pericia de la que la asociación tiene mucha necesidad y por ello se les puede persuadir para que ayuden aunque no consideran que la asociación tenga para ellos un interés básico. (Nosotros incluiríamos en esta categoría a aquellas personas por ejemplo que persiguen prioritariamente la adquisición de una experiencia profesional a través de su participación asociativa).
- d) *No identificados e inactivos*: en todas las grandes asociaciones voluntarias, este grupo es siempre, con diferencia, el más numeroso. Son receptores pasivos de los bienes y servicios generados por la organización, miembros periféricos que no forman parte del núcleo central. No obstante, para Merton este colectivo es indispensable porque cumple funciones no visibles: estabilización de la asociación, desactivación de conflictos, etcétera.

Merton es consciente de que sólo una pequeña proporción de los socios o miembros de las asociaciones voluntarias contribuye activamente en sus actividades y que el índice de rotación/renovación de los miembros activos es muy bajo (ibíd.: 126). A pesar de ello, cree que este hecho no debe confundirse con una ejemplificación de la “ley de hierro de la oligarquía” (*vid.* Michels, 1983), sino que más bien se trata de una expresión de “liderazgo por defecto” (Merton, 1980: 126). En este caso, creemos que es necesario hacer una precisión en función del tamaño y complejidad de la organización,

cuestión que Merton elude. En el caso de las grandes entidades de autoayuda, el ‘enquistamiento’ del liderazgo sí supone, prácticamente en la totalidad de los casos, una expresión de oligarquización de la organización, mientras que, en las pequeñas asociaciones mutualistas, por el contrario, la mayoría de las veces, cuando se produce la no renovación de responsables y miembros activos, nos encontramos con un liderazgo por defecto. Es ésta, no obstante, una apreciación en extremo simplista que habría que complejizar en otra ocasión. Posiblemente, el único punto claro es que la renovación del sector activo de las organizaciones es un proceso complejo y crítico para las mismas. Herrera (1998b: 184), siguiendo a Powell y Friedkin, insiste en que en las organizaciones del tercer sector el proceso de sustitución de dirigentes es “extremadamente problemático y doloroso” y que en muchos casos da lugar a crisis que se superan a través del “rediseño complejo de la organización” (ibíd.).

Merton hace referencia a que el nivel de legitimidad, autoridad y reconocimiento social de que disfrutaban las organizaciones mutualistas está estrechamente vinculado al grado en el que estas organizaciones están ‘completas’, entendiendo como tal “la proporción de miembros posibles que de hecho lo son ya” (*op. cit.* 1980: 126), o para decirlo de otra forma, la relación “entre miembros de hecho y miembros en potencia” (ibíd.: 127). Por ejemplo, la ONCE, en nuestro contexto, es un ejemplo claro de una organización completa —aglutina prácticamente a la totalidad de los ciegos españoles—, asimismo, los colegios de abogados, médicos y arquitectos, también son organizaciones completas, dado que de facto, es imprescindible estar asociado para el ejercicio profesional. Pero, desengañémonos, la ‘completud’ de la organización aun siendo un elemento importante a la hora de explicar la relevancia y reconocimiento social de la organización, no es suficiente por sí sola. Elementos como la naturaleza de la actividad y objetivos de la organización, el tamaño y valoración social del colectivo de referencia, el propio tamaño y poder de la organización, son variables de indispensable consideración al respecto.

Volviendo a considerar la característica autoorganización manifestada en las iniciativas mutualistas, ésta supone el ejercicio de una participación social no tutelada —o quizás, simplemente menos tutelada—, y puede que por ello más espontánea y flexible. Los colectivos más desprotegidos, que ocupan una posición más marginal, no suelen ser capaces de fundar iniciativas mutualistas —toxicómanos, transeúntes...—. Sólo excepcionalmente aparecen agrupaciones en estos colectivos, como por ejemplo iniciativas de coparticipación ligadas a la prostitución, a la minoría étnica gitana, a inmigrantes, —a veces fomentadas externamente—. Frente a las organizaciones de heteroayuda, las organizaciones mutualistas carecen de la idealización moral de las primeras, dado que el elemento articulador es el interés propio y no el altruismo.

Para finalizar el presente epígrafe, reflejaremos sintéticamente la aportación de Demetrio Casado (1992: 56-72), en cuanto a la clasificación de las distintas iniciativas voluntarias. Este autor ha tratado de abundar en una tipologización más exhaustiva del mutualismo y la heteroayuda. Así, construidas alrededor de las “distintas opciones voluntaristas” que articularían distintos tipos de organizaciones voluntarias, encontraríamos cuatro ‘modalidades’:

- 1) — *Ayuda mutua neta*: “...aportaciones de esfuerzo personal y/o de recursos cuyo producto revierte a los propios autores de la aportación, ordinariamente sin transferencias al exterior”.
- 2) — *Ayuda mutua promocional*: “...variante de la ayuda mutua tradicional en la que, además del intercambio interno, se actúa en el exterior, bien sea para captar recursos, bien para promover actuaciones públicas, bien para producir servicios”.
- 3) — *Heteroayuda neta*: “...donación de esfuerzo personal y/o bienes y servicios sin contrapartida obligatoria. Se trata de la acción caritativa o filantrópica pura en favor de los hombres [...], ideas o cosas, sin ánimo de explotarlas. Por supuesto que junto, o por debajo de la inspiración altruista puede latir el interés particular...”.
- 4) — *Heteroayuda compensada*: producción de “bienes y, sobre todo, servicios altruistas procurándose mediante ellos compensaciones apreciables” de tipo legal. Categoría esta última bastante confusa en la que el autor parece incluir a pequeñas empresas de servicios, que incorporarían una cierta lógica lucrativa.

En nuestro caso sólo haremos referencia genérica a la *heteroayuda*, identificándola fundamentalmente con ‘aquello’ que en esta tipologización aparece definido como *heteroayuda neta*.

7.5. NIVELES DE FORMALIZACIÓN Y EXTENSIÓN: GRANDES CORPORACIONES VOLUNTARIAS VERSUS PEQUEÑAS ASOCIACIONES VOLUNTARIAS

Con respecto a las *organizaciones voluntarias*, vamos a proceder a realizar una distinción básica, definiendo dos posiciones radicalmente polarizadas, que caracterizaremos como *tipos ideales*³⁸, y entre las cuales existirían multitud de realidades intermedias.

³⁸ Como aprecia A. GIDDENS (1994b: 803), el tipo ideal constituye un modelo construido para subrayar ciertos rasgos de una determinada entidad o proceso social que *no necesariamente tiene por qué existir en la realidad*. Los rasgos no son necesariamente los deseables.

Estos dos arquetipos serían las *grandes corporaciones voluntarias*, y las *pequeñas asociaciones voluntarias*³⁹.

Es importante clarificar el uso del tipo ideal como recurso metodológico para que no se malinterprete nuestra caracterización de las organizaciones voluntarias. En este caso, la referencia obligada es Max Weber. Para Weber el tipo ideal es exclusivamente un *esquema analítico*. Siguiendo sus propias palabras⁴⁰, “...esta construcción presenta el carácter de una *utopía*, obtenida mediante el realce *conceptual* de ciertos elementos de la realidad” (Weber, 1993: 79). Más concretamente “se los obtiene [los tipos ideales] mediante el *realce* unilateral de *uno* o de *varios* puntos de vista y la reunión de una multitud de fenómenos *singulares*, difusos y discretos, que se presentan en mayor medida en unas partes que en otras o que aparecen de manera esporádica, fenómenos que encajan en aquellos puntos de vista, escogidos unilateralmente, en un cuadro *conceptual* en sí unitario” (ibíd.: 79). En tanto en cuanto, el tipo ideal se configura como esquema analítico, éste “es inhallable empíricamente en la realidad” (ibíd.: 80), por eso, “no *constituye* una *exposición* de la realidad, pero quiere proporcionar medios de expresión unívocos para representarla” (ibíd.: 79). Así pues, es importante no confundir la *realidad empírica* con el *modelo analítico* concretado en el tipo ideal. Es éste, un aspecto que Weber quiere dejar claro a toda costa, y por ello, insiste recurrentemente en tal diferenciación, advirtiendo que los tipos ideales “en su plena *pureza* conceptual, no encuentran representante en la realidad, o lo encuentran solo parcialmente. Aquí, como en todas partes, cualquier concepto que no sea *puramente* clasificatorio se aparta de la realidad” (ibíd.: 83). Pero, entonces, ¿cuál es la ‘utilidad’ sociología de tal ‘artefacto’ metodológico, si no facilita la ‘reproducción literal’ de la realidad social?, Weber nos proporciona la clave, al afirmar que los tipos ideales “revisten un elevado valor heurístico para la investigación y un considerable valor sistemático para la exposición cuando se los aplica exclusivamente como un medio conceptual para la *comparación* y *medición* de la realidad respecto de ellos” (ibíd.: 86-87). De este modo, la formación de tipos ideales abstractos, finalmente, no es una meta en sí misma, sino un *medio* (ibíd.: 81) en la construcción de una sociología comprensiva.

³⁹ RODRÍGUEZ CABRERO Y ORTÍ (1996: 145 y ss.) establecen una estratificación asociativa más compleja que gira en torno a los principios de *comunitarización* (asociacionismo de tipo carismático reivindicativo) y *burocratización* (asociacionismo burocrático gestor de organizaciones de servicios empresariales), que pudieran asimilarse a nuestros dos tipos ideales. Entre estas dos posiciones los autores ubican un bloque central con tres subgrupos o fracciones: asociacionismo comunitario, asociacionismo asistencial y asociacionismo organizativo.

⁴⁰ En su ensayo ‘La «objetividad» cognoscitiva de la ciencia social y de la política social’, escrito en 1904 para la revista *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, y compilado, en su versión española, en los *Ensayos sobre metodología sociológica* (WEBER, 1993: 39-101).

Por su parte, Irving Zeitlin (1986: 136) abunda en que, para Weber, el tipo ideal responde a la acentuación de lo que el investigador considera como las características y las tendencias esenciales del fenómeno en estudio. Apunta tres posibles errores que acompañan al uso de este recurso: 1) que puede confundirse el esquema teórico con la ‘verdadera realidad’; 2) que se conciba al esquema con un lecho de Procusto, forzando así los datos para que se ajusten a él; 3) que se hipostasien las ideas haciéndoles asumir el carácter de fuerzas reales. Prosigue Zeitlin señalando que si se evitan estos peligros —cuestión que no atañe sólo al escritor sino también a los propios lectores—, el tipo ideal resulta sumamente útil para abordar la realidad.

Nuestros tipos ideales responderían a situaciones antitéticas de *burocratización*, utilizando el término tanto en sentido weberiano —racionalización de la organización— como en la displicente significación cotidiana. Siguiendo el clásico esquema conceptual de Tönnies⁴¹ (1979) —*Gemeinschaft* (comunitarismo), *Gesellschaft* (societarismo)—, la identidad de las *corporaciones* sería marcadamente *societarista*, mientras que, las *asociaciones* presentarían un perfil más *comunitarista*. *Comunitarismo* y *societarismo* se hallan atravesados simultáneamente por aspectos positivos y negativos (Ortí, 1995), ambivalencias que se ilustran perfectamente a través de la confrontación de la modelizaciones idealizadas de Tönnies (*Gemeinschaft* y *Gesellschaft*) y de Durkheim (*solidaridad mecánica* y *orgánica*), verdadero ‘negativo teórico’, ésta última, de la obra de Tönnies⁴².

Aun reconociendo la descripción idealizada de la *Gemeinschaft* por parte de Tönnies —realizada “desde una perspectiva romántica y populista” (Ortí, *ibíd.*) en la que no tiene cabida la integración represiva señalada por Durkheim— sí es interesante reivindicar que la posición comunitarista “apunta directamente a subrayar la intensidad característica del vínculo personal y la interiorización de la identificación de la solidaridad con el propio grupo de pertenencia o adscripción” (*ibídem*). Mientras que “la *Gesellschaft*

⁴¹ Aunque en su obra “*Gemeinschaft und Gesellschaft*” —originalmente editada en 1887— FERDINAND TÖNNIES trata de caracterizar sobre todo tendencias de socialidad humana desde una óptica evolutiva —“modos básicos de constitución de la sociabilidad” en palabras de GINER (1994b: 101)—, más que identificar tipos de grupos y asociaciones humanas concretas, frecuentemente su análisis es trivializado reduciéndolo a una simple clasificación bipolar de grupos, cuestión a la que trataremos de escapar. El propio TÖNNIES (1987: 31) considera a la *Gemeinschaft* y la *Gesellschaft* como los conceptos fundamentales de la sociología, y admite que sus dos categorías son “conceptos sociológicos estructurales”. La traducción castellana de los dos conceptos por ‘Comunidad’ y ‘Asociación’ ha facilitado la reificación de los conceptos en forma de tipos de agrupamiento social. El sociólogo e historiador ALFONSO ORTÍ (1995), por su parte, propone una traducción alternativa que reflejaría mejor el sentido del original en alemán: ‘Comunitarismo’ y ‘Societarismo’. Además, en el mismo texto ORTÍ realiza una interesante revisión de estos dos conceptos en confrontación con el modelo durkheimniano de solidaridad orgánica y mecánica.

⁴² Un revisión reciente que se centra en el análisis de las ambivalencias de la *comunidad realmente existente*, lo encontramos en BAUMAN (2003). Según BAUMAN, “el problema es que la receta a partir de la cual se construyen las «comunidades realmente existentes» sólo hacen más paralizante y difícil de corregir la contradicción entre seguridad y libertad” (*ibíd.*: 11).

(sociedad) humana se concibe como nueva coexistencia de individuos independientes unos de otros” (Tönnies, 1979: 28). En definitiva “la teoría de la *Gesellschaft* o asociación trata de la construcción artificial de una amalgama de seres humanos que en la superficie se asemeja a la *Gemeinschaft* o comunidad en que los individuos conviven pacíficamente. Sin embargo, en la comunidad permanecen unidos a pesar de todos los factores que tienden a separarlos, mientras que en la *Gesellschaft* permanecen esencialmente separados a pesar de todos los factores tendentes a su unificación” (ibídem, 67). De ahí que podamos afirmar que el societarismo constituye en realidad la forma de reunión o ‘agrupamiento’ circunstancial correspondiente al individualismo (Ortí, 1995).

Tönnies advierte que en la *Gesellschaft* “todas sus actividades son restringidas a un fin definido y a medios definidos de obtener este fin, cuando es válido, esto es, cuando es conforme a la voluntad de sus miembros. (Por el contrario, característica esencial de los ligámenes comunitarios es el ser tan universales como la vida misma y el derivar sus fuerzas no del exterior sino del interior.)” (Tönnies, ibíd.: 231). Esta racionalidad propia de la *Gesellschaft* —correlato de la *voluntad racional* que la inspira—, está representada con claridad en la creciente especialización interna de las grandes corporaciones voluntarias, en función de diversos departamentos, servicios, programas y proyectos... (aunque permanezcan siendo generalistas o multisectoriales⁴³ en la prestación de servicios). También es interesante observar, que las corporaciones voluntarias de aparición reciente, *suelen* tener un perfil mucho más especializado que las ‘tradicionales’ y los fines y colectivos de referencia acostumbran a ser mucho más concretos que las tradicionales (bien sólo seropositivos, o exclusivamente transeúntes...). Todo ello, con el fin de optimizar/racionalizar la organización y la propia acción. Esta transformación organizativa hacia un modelo más *Gesellschaft*, que corre paralela a la especialización del voluntariado (representada en los progresivos requisitos de formación del voluntariado y delimitación de tareas y procedimientos), y que no hace sino demostrar, insistimos, el creciente *societarismo* del sector voluntario.

Volvamos a nuestros arquetipos: *grandes corporaciones voluntarias versus pequeñas asociaciones voluntarias*. lo que permiten estas dos posiciones ideales es ordenar el universo de las organizaciones voluntarias en función de un gradiente de *mínima* \Rightarrow *máxima formalización organizativa*, que según nuestra apreciación confiere un sentido interpretativo⁴⁴.

⁴³ Este es el término que utilizan RODRÍGUEZ CABRERO Y MONSERRAT (1996: 168-169), para caracterizar a las entidades voluntarias no especializadas en uno u otro sector de población sino en varios (en su caso, la mayoría de las entidades beneficiadas por el 0,52 del IRPF).

⁴⁴ COLOZZI (1994: 238), siguiendo el Informe de la COMISIÓN WOLFENDEN, trata de clasificar las organizaciones voluntarias (él prefiere hablar de grupos de voluntariado) sobre un “continuo que va desde un mínimo a un máximo de formalización institucional”, pero esta iniciativa clasificatoria se reduce finalmente a la elaboración de un simple listado ordenado, el que sigue: “1) grupos informales, 2) asociaciones de hecho, 3) Asociaciones legalmente reconocidas, 4) Cooperativas, 5) Fundaciones, 6) Congregaciones o hermandades, 7) Entes jurídicos o morales de derecho público”. El resultado desde

Pero no se trata simplemente de caracterizar las entidades voluntarias, sino de apuntar que distintas realidades organizativas se corresponden con modelos diferentes de voluntariado (véase al respecto la distinción que realiza el Colectivo Ioé —1990a: 164— entre el voluntariado propio de organizaciones muy estructuradas —muy dependientes de los poderes públicos— *versus* voluntariado articulado en torno a la auto-organización). Por su parte, Luis Enrique Alonso (1996a: 104), propone un mapa interpretativo del tercer sector —desde la perspectiva organizacional— asociable al nuestro, aunque deja traslucir una cierta tendencia inmanente de carácter ‘estructural’ que mantendría bajos los niveles de formalización del sector, siendo éste: “un espacio muy cambiante, difícilmente formalizable con un núcleo duro o central de organizaciones estables y/o históricas y un disperso y cambiante entorno entre la semiorganización y la simple movilización expresiva”. La experiencia de los últimos años, nos sugiere que las resistencias a la formalización, no desapareciendo, se han debilitado, y si algo caracteriza al tercer sector es precisamente su progresiva formalización organizativa: el crecimiento del ‘núcleo duro’.

No creemos que sea útil superponer o identificar este vector o gradiente de formalización con el proceso temporal de transformación —tomándolo como modelo de evolución necesaria— de las organizaciones voluntarias. De manera más explícita, podemos indicar que no todas las grandes corporaciones fueron en su pasado pequeñas asociaciones voluntarias. Existen organizaciones que desde sus más remotos orígenes mostraron un claro carácter corporativo (otras no, claro está). Además, uno de los aspectos más distintivos de la situación actual del sector, es que, precisamente, cada vez más organizaciones nacen adscritas a lo que podríamos denominar modelo ‘corporativo’ —y de manera relativamente independiente del tamaño, como veremos—. Podríamos pensar que el asociacionismo ligado a las iniciativas comunitarias parece haber dejado de ser la matriz hegemónica de las organizaciones voluntarias, de ahí que sea cada vez más frecuente la aparición de organizaciones voluntarias —‘corporativas’— que son instituidas desde ‘arriba’ por grupos de poder —político, económico, mediático...—, organizaciones en las que dominaría un enfoque más gerencialista y asistencial, y en las que se desdibujarían los elementos participativos. Si bien esta no es una situación nueva (un ejemplo podrían ser Cáritas y Cruz Roja, organizaciones de gran tradición, instituidas por la iglesia y el Estado), sí ha perdido el carácter de excepcionalidad.

En relación a los procesos de formalización, existe una tendencia analítica simplificadora según la cual necesariamente las organizaciones del tercer sector —en su mayoría— nacerían como “iniciativas informales que, con posterioridad, se van forma-

nuestro punto de vista es completamente insatisfactorio. Al centrarse en modalidades reconocidas mayoritariamente en el ordenamiento jurídico, la realidad organizativa y sociológica se diluye. Además, se elude exponer las razones que apoyan esta ordenación organizativa.

lizando” (Herrera, 1998b: 187). Frente a ello, reiteramos que las iniciativas del tercer sector pueden nacer perfectamente formalizadas, y que, por el contrario ciertas iniciativas informales pueden ‘escapar’ a presiones y procesos de formalización.

Pasemos ahora a describir de manera sintética los dos arquetipos que hemos definido para las organizaciones voluntarias (grandes corporaciones voluntarias y pequeñas asociaciones voluntarias), intentando, no obstante, recoger sus rasgos más conspicuos.

7.5.1. *Las grandes corporaciones voluntarias*

A continuación, describimos de manera esquemática los que consideramos principales aspectos que caracterizan estas organizaciones.

- a) Suelen estar ‘arropadas’ —incluso fundadas— y/o controladas por instituciones, organizaciones o colectivos sociales poderosos (bancos, grandes empresas, Iglesia, Estado, partidos políticos...). Podríamos apuntar, al hilo de esta argumentación, que necesariamente, la situación actual, caracterizada por un importante soporte económico de origen estatal de las organizaciones voluntarias, promovería especialmente la aparición, no tanto de asociaciones voluntarias —de raíz comunitaria—, sino de corporaciones voluntarias —con bases institucionales—.
- b) Las corporaciones voluntarias más fuertes y representativas suelen tener una relativa ‘larga’ tradición. Ejemplos paradigmáticos vendrían a ser Cruz Roja y Cáritas. No obstante, el aumento de financiación pública de los últimos años, fomenta (en España durante los años ochenta y noventa) la aparición un gran número de ‘novísimas’ corporaciones voluntarias, con una orientación más empresarial.
- c) Las grandes corporaciones captan —se trata de las iniciativas más conocidas por la ciudadanía— y disponen, de un elevado número de voluntarios/as. Administran en consecuencia un gran volumen de ‘fuerza de trabajo’ voluntaria que tomaría la forma de *mercancía*⁴⁵. La abundancia de recursos humanos les posibilita afrontar grandes proyectos: que requieren de muchos colaboradores. Estos voluntarios/as suelen realizar tareas fijas (crecientemente especializadas) con directrices predefinidas —en reglamentos, programas...— y suelen estar vinculados a la corporación a través de un compromiso formalizado.

⁴⁵ GREGORIO RODRÍGUEZ CABRERO Y ALFONSO ORTÍ (1996: 147) hablan de la concepción del voluntariado como *mercancía* en el seno del asociacionismo burocrático, lo cual promovería una tendencia hacia un espacio motivacional estrictamente funcional.

- d) Relacionado con estas cuestiones, debemos señalar que las grandes corporaciones voluntarias suelen tener una amplia presencia territorial (a nivel nacional e incluso internacional).
- e) La racionalización —burocratización— organizativa, implica la existencia de estructuras, estrategias y protocolos de acción muy formalizados, y por tanto rígidos. Confluyente con esta afirmación, Javier Callejo (1999: 52) apunta que “la racionalidad burocrática dominante impone, bajo el rotundo argumento de una mayor eficacia, un modelo de voluntario más profesional y menos espontáneo, sin espacio para la improvisación”. Asimismo, se desdibujan los mecanismos de democracia interna. Las grandes corporaciones voluntarias no son, ni mucho menos, ‘inmunes’ a la famosa *‘ley de hierro de la oligarquía’*, enunciada por el sociólogo alemán Robert Michels (1983), que no hace sino demostrar la incompatibilidad entre democracia y la organización social de gran escala⁴⁶. Algunos autores como Powell y Friedkin (cfr. Herrera, 1998b: 184) estiman que las organizaciones del tercer sector son en general especialmente vulnerables a los presupuestos de esta ley debido fundamentalmente a la profesionalización creciente y la exclusión de voluntarios y socios en la toma de decisiones. En palabras de Rodríguez Cabrero y Ortí (1996: 147), el asociacionismo burocrático estaría “caracterizado por la máxima individualidad y mínima participación y movilización”.⁴⁷
- f) La burocratización también implica la aparición de un profuso aparato administrativo, fuertemente jerarquizado y profesionalizado casi en su totalidad. También encontramos un volumen importante de técnicos especializados y gestores ‘liberados’ —asalariados—. Así, en las corporaciones voluntarias, disponemos de un gran volumen de voluntarios/as, pero al mismo tiempo, también de un gran volumen de profesionales asalariados (y también dispusieron de un volumen importante de objetores de conciencia realizando la Prestación Social Sustitutoria —modalidad de ‘participación’ obligatoria ya extinta—, y otros tipos de colaboración: alumnos/as en prácticas...); por ello, porcentualmente, la participación de voluntarios/as en la organización es más reducido que en el sector más asociativo. En ese sentido pueden ser interpretados los resultados del estudio de la Plataforma Para la Promoción del Voluntariado en España de 1997, según los cuales solamente en el 26% de las organizaciones el número de voluntarios supera el 50% de los miembros que la integran (Cortés *et al.*, 1997: 85). Es ésta una pista que re-

⁴⁶ “La organización es lo que da origen al dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los delegadores. Quien dice organización dice oligarquía” (MICHELS, 1983: 189; *vol.* II).

⁴⁷ Algunos autores llegan a hablar de las organizaciones voluntarias en términos de neoburocracias (BILLIS, 1992: 35).

fuerza la imagen progresivamente corporativa del asociacionismo voluntario. En el mismo sentido podrían interpretarse también algunos datos de la Comisión Europea (cfr. Morón, 1999: 24) —aunque desconocemos para qué año⁴⁸—, que apuntan que de los 31.149 millones de euros a que ascendió el total de gastos de las entidades a estudio por la Comisión, un 89,1% se dedicaron a salarios. Por tanto, se produce una concentración substancial del poder y una ‘inversión’ importante en medios de administración y pago de emolumentos de profesionales. Se reducirían relativamente algunas de las ventajas esgrimidas en relación con las administraciones públicas en la prestación de servicios; aún así, los costes de las prestaciones generadas por las corporaciones voluntarias seguirán siendo inferiores a los equivalentes de las administraciones, por el apoyo sobre el voluntariado, y porque, generalmente, los salarios y condiciones contractuales de los profesionales son inferiores a los del sector público. La gestión eficiente (desde un punto de vista financiero) es un tema central para la corporación.

- g) El elevado grado de burocratización inherente a este tipo de organización voluntaria, suele corresponderse, además, con un modelo de acción fundamentalmente asistencial. Podríamos decir que la burocratización refuerza el modelo asistencialista, y asimismo, la actividad paliativa/asistencial requiere de —y potencia— un profuso aparato burocrático. De ahí que podamos perfectamente aplicar a las corporaciones voluntarias el diagnóstico que Gutiérrez Resa (1996: 301) elabora con respecto a la propia administración pública: “la satisfacción de las necesidades que no supere los esquemas prestacionistas y asistenciales acaba aumentando sin fin la burocracia que sostiene el sistema de prestaciones”.
- h) Las corporaciones suelen estar también integradas en estructuras supraorganizacionales: federaciones, plataformas, órganos consultivos, proyectos transnacionales, etcétera. Algunas incluso aparecen como verdaderas ‘multinacionales de la caridad’ —usando la fórmula acuñada por Giner (1995: 22)—.
- i) Son dependientes financieramente —y, por tanto, ideológicamente— en gran medida de los poderes públicos. Algún autor que llega a indicar las paradojas derivadas de la dependencia financiera, fundamentalmente la liquidación de su “capacidad reivindicativa” (Azúa, 1989: 60), no logra a percibir que en definitiva, se trata de una verdadera dependencia, incluso colonización, de tipo ideológico⁴⁹. Las corporaciones voluntarias acaparan de hecho la mayoría de las subvenciones. Dicha influencia es tal, que algunos autores constatan que las organizaciones del

⁴⁸ Del texto puede deducirse que se hace referencia al año 1994.

⁴⁹ BUSTELO (prólogo en CARDARELLI Y ROSENFELD, 1998: 13) habla de la “proliferación de ONGs como espacios sociales «cautivos»”.

tercer sector se parecen cada vez más a los departamentos de servicios sociales, lo que refuerza la visión de las organizaciones voluntarias como apéndice del Estado —incluso con una fuerte connotación autoritaria— (Bauer, cfr. Herrera, 1998b: 186); y en el caso de que exista una dependencia importante en relación a donaciones de origen empresarial, el mimetismo organizativo —e ideológico, añadiríamos nosotros— es análogo (ibídem).

Si su respaldo económico no es fundamentalmente público, las fuentes de financiación ‘alternativas’ suelen ser externas a la corporación: empresas —se observa una creciente esponsorización de programas, congresos, publicaciones...—, cuestionamientos periódicos que tratan de alcanzar a toda la ciudadanía, o incluso se derivan de la venta de bienes y servicios en el mercado⁵⁰. Estas dependencias limitan seriamente su capacidad de reivindicación, confrontación y disputa con los distintos poderes sociales, más allá de la manifestación ‘estética’.

Podríamos plantearnos qué perfil se corresponde con un *sector voluntario macro-organizado* —integrado por grandes corporaciones voluntarias—. Como se ha podido ver, presenta un carácter ambivalente, en él se entremezclan luces y sombras. De entre las primeras, podemos destacar un considerable aumento en relación con el volumen de recursos disponibles tanto personales como financieros y materiales —lo que implica indefectiblemente la *acumulación de potencia/poder*—. Y derivado de este incremento de recursos/poder, una notable capacidad de negociación frente a los poderes públicos, y una mayor aptitud a la hora de afrontar programas y situaciones más complejas y exigentes (desde un punto de vista material, técnico, temporal y personal). En definitiva, una mayor suficiencia y facultad a la hora de intervenir sobre la realidad social a nivel *macro*. Como consecuencia de ello, encontramos una mayor ‘presencia social’ del voluntariado, lo que incide en el grado de popularidad del que goza, al estar presente en muchos frentes y de forma muy visible.

En relación a las sombras, encontramos que un sector compuesto por grandes corporaciones voluntarias presenta necesariamente: una significativa tasa de profesionales contratados entre la fuerza de trabajo gestionada, un organigrama complejo —también a nivel supraorganizacional— y una maquinaria de gestión y administración de carácter burocrático en la que *se desdibujan los elementos democráticos y participativos*. Esto significa que un importante contingente de los recursos financieros y humanos son dedicados al simple mantenimiento de las corporaciones. Se trata un sector voluntario costoso y rígido (aunque menos que la administración). También encontramos un ‘dis-

⁵⁰ Las ‘problemáticas’ estimaciones de RUIZ OLABUÉNAGA (2000: 72) apuntarían a la creciente importancia del mercado como vía de financiación para el segmento corporativo de las organizaciones voluntarias.

tanciamiento' del sector con respecto a la realidad social, plasmado en una menor capacidad de adaptación ante las nuevas necesidades y circunstancias sociales (al estar constituido por organizaciones más 'pesadas'), y una elevada dependencia financiera —y finalmente ideológica— de los poderes públicos y del sector empresarial (con los que estaría profundamente interconectado), aspecto que desactiva el potencial ejercicio de poder en relación al Estado hacia una posición consensual y subordinada. En definitiva, estamos ante un sector voluntario poco *flexible, estático y conservador*, con una menor capacidad de transformación del medio social (que no de intervención masiva sobre él: acción paliativa).

Puede ser enormemente esclarecedor aplicar las tesis que elabora Michels (1983) a partir del análisis del partido socialdemócrata alemán, al sector más corporativo de las organizaciones voluntarias, para de esta manera, completar su caracterización. Resulta enormemente sorprendente observar como las características y procesos organizativos que presentan las grandes corporaciones voluntarias se pliegan milimétricamente al diagnóstico elaborado por Michels⁵¹. El propio autor expresa la aspiración de universalidad de sus tesis en relación a las dinámicas de las grandes organizaciones sociales en entornos democráticos: “la formación de oligarquías dentro de diversas especies de democracia es consecuencia de una necesidad orgánica, y por eso afecta a todas las organizaciones...” (ibíd.: 190)⁵². De esta manera, Michels verifica la “existencia de tendencias oligárquicas en toda forma de democracia” (ibíd.: 191) en cuanto las democracias contemporáneas se articulan en torno a la grandes organizaciones (partidos políticos, sindicatos, pero también organizaciones voluntarias).

Las tendencias oligárquicas están estrechamente asociadas al crecimiento de la organización, que impone cambios severos. Y aquí Michels ilustra una importante paradoja: “en lugar de adquirir energía revolucionaria [o de transformación social, si es que hablamos de organizaciones voluntarias] cuando crecen la fuerza y la solidaridad de su estructura, ha pasado precisamente lo contrario: con el crecimiento ha ocurrido *pari passu* un aumento continuo de la prudencia —aun la timidez— que inspira su política. El partido [la corporación voluntaria], amenazado continuamente por el Estado, del cual depende su propia existencia, elude con cuidado (una vez alcanzada la madurez) todo lo que pueda irritar demasiado a aquel.” (ibíd.: 156). En esta situación, en lugar de ser un medio, la organización se transforma en un fin. Se pasa a conceder una impor-

⁵¹ Las citas incluidas en estos pasajes del texto se corresponden con la segunda parte del trabajo de MICHELS.

⁵² Tendríamos que realizar una matización con respecto al tercer sector, al recordar que existe un importante segmento de las organizaciones voluntarias que no se articula bajo un modelo de participación democrática: paradigmáticamente las fundaciones.

tancia central a las premisas funcionales de la organización, y no a la consecución de los objetivos originales (ibíd.: 160).

Michels fundamenta las tendencias oligárquicas en la indispensabilidad técnica del liderazgo en grandes organizaciones (ibíd.: 188), y en la tendencia hacia la progresiva profesionalización de los líderes. De esta manera, los líderes se convierten en figuras estables e inamovibles (ibíd.: 188-189). El fuerte vector de profesionalización que han presentado las grandes corporaciones voluntarias durante los últimos años y que parece profundizarse, podría ser interpretado en términos de un progresivo déficit democrático, máxime cuando separa radicalmente las figuras del profesional y el técnico por un lado, y del voluntario/a por otro. Concluye Michels que la estructura oligárquica ahoga el principio democrático básico. De esta manera “LO QUE ES aplasta a LO QUE DEBE SER” (ibíd.: 189).

Hagamos también referencia a la dimensión ideológica de las grandes corporaciones voluntarias aplicando las tesis de Michels. El sociólogo alemán aprecia que a medida que la organización aumenta de tamaño, “la lucha por los grandes principios se hace imposible” (ibíd.: 154). Así aparecen grandes organizaciones cuya política interna es absolutamente conservadora (ibídem). Michels vincula tal carácter conservador a la relación que mantienen las organizaciones —en su análisis, los partidos políticos, pero también las organizaciones voluntarias— con el Estado. De esta manera, para el autor los “...fenómenos que dan carácter absolutamente conservador a la esencia íntima del partido político (aun de aquellos partidos que pregonan ser revolucionarios) se funda en las relaciones entre el partido y el Estado” (ibíd.: 155). Michels también ilustra la fuerte disonancia que se produce entre los principios ideológicos formales de la organización y la identidad ideológica real. Una cosa es lo que se pretende ser, y otra muy distinta el papel ideológico jugado por la organización. “Hoy tenemos un partido bonitamente conservador que sigue empleando una terminología revolucionaria (pues el efecto sobrevive a la causa), pero que en la práctica real no desempeña otra función que no sea la de una oposición constitucional” (ibíd.: 160). En tal contexto, podríamos afirmar que las grandes corporaciones voluntarias son también son ‘conservadoras’, aunque en sus discursos pueda hacerse referencia a la transformación.

Pero a pesar de las fuertes distorsiones oligárquicas de las grandes organizaciones, Michels se aleja en ciertos pasajes de un planteamiento completamente pesimista, al admitir que “dentro de ciertos límites estrechos, el partido democrático [apliquémoslo de nuevo a nuestras grandes corporaciones voluntarias], aun cuando sujeto a un control oligárquico, indudablemente puede actuar sobre el Estado con un sentido democrático” (ibíd.: 153). Así, a pesar de sus deficiencias democráticas internas, en algunos casos muy severas, las grandes corporaciones voluntarias podrían contribuir —si bien de manera

muy limitada— a la articulación de un modelo de democracia participativa y podrían presionar moderadamente sobre la estructura del poder político.

7.5.2. Las pequeñas asociaciones voluntarias

Las pequeñas asociaciones voluntarias vienen a constituir un verdadero negativo del modelo organizativo de las grandes corporaciones. A continuación vamos a exponer algunos de sus rasgos fundamentales.

- a) Es característico su pequeño tamaño, lo cual posibilita una organización poco jerarquizada y de funcionamiento más democrático. No obstante, siendo una característica necesaria, el tamaño no es condición suficiente para hablar de pequeñas asociaciones voluntarias, en el sentido de que no determina un modelo organizativo concreto. De hecho, la historia reciente del sector voluntario se caracteriza por la aparición de pequeñas organizaciones, que comparten las características del modelo definido para las grandes corporaciones voluntarias: muy profesionalizadas, etcétera. De otra forma, podríamos afirmar que las características que hemos otorgado a las corporaciones se reproducen en organizaciones de tamaño cada vez más reducido.
- b) Muchas de estas agrupaciones voluntarias son fruto de esfuerzos autoorganizativos. No existe un ‘paraguas’ institucional protector. Funcionan desde un punto de vista social ‘a ras de suelo’. Son en un sentido más estricto que las corporaciones voluntarias, expresión de las iniciativas de la sociedad civil.
- c) Financieramente, encontramos un limitado soporte público (subvenciones...), e incluso la ausencia absoluta de ayudas de las administraciones. Los fondos suelen tener un origen interno (mayoritariamente aportados por los miembros o socios)⁵³. Esta autonomía económica —que toma frecuentemente la forma de verdadera *penuria* ya que en ocasiones la propia subsistencia es problemática— significa necesariamente una menor dependencia ideológica frente a los mandatos o directrices de los poderes públicos —no hay un planteamiento de ‘rentabilidad’ económica (obtener subvenciones) a la hora de desarrollar proyectos o programas—. Por otro lado, los recursos escasos también suponen una incapacidad para desarrollar programas de gran envergadura (que requieren la intervención de muchos voluntarios).

⁵³ Recordamos nuevamente que estamos trabajando con un modelo ideal y que esta autonomía financiera se presenta sólo excepcionalmente en la realidad.

- d) Nos encontramos con organizaciones menos burocratizadas, y por ello, más versátiles, ágiles y fluidas. Podríamos hablar de máxima grupalidad y mínima burocratización (Rodríguez Cabrero y Ortí, 1996: 146). Su reducido tamaño permite, potencialmente, una continua adaptación a —‘diálogo’ con— la realidad sin modificar estructuras, o haciéndolo levemente. La estructura (de hecho mínima) resulta mucho más polivalente desde un punto de vista funcional.
- e) En este tipo de asociaciones encontramos recursos materiales y personales muy limitados pero de usufructo generalmente optimizado —racionalizado, pero desde una óptica interna, no necesariamente productivista/economicista—. El mantenimiento de la estructura organizativa no ‘fagocita’ apenas recursos materiales y personales. Las labores administrativas no suelen ser requerir la ‘dedicación exclusiva’ de los asociados, y no son desempeñadas por profesionales asalariados.
- f) La especialización funcional de los miembros es escasa. El compromiso o vínculo con la asociación no está formalizado, depende de la libre voluntad y está explicitado en la propia acción; los requerimientos de la asociación a los voluntarios u asociados suelen tomar la forma de peticiones informales.
- g) Estas entidades voluntarias funcionan sin apenas cuadros o posiciones directivas (por supuesto, no profesionalizadas), lo que hace suponer que las relaciones son más igualitarias y democráticas. No hay una diferenciación entre voluntarios/as y gestores. La organización cobra un aspecto reticular, más que jerarquizado. Frente a la jerarquía formal de las corporaciones en las asociaciones encontramos fundamentalmente la aparición de liderazgos espontáneos. La asunción de responsabilidades globales no está directamente asociada a un aumento significativo de poder social (aunque la experiencia puede ser ‘rentabilizada’ posteriormente en el marco social general).
- h) La dimensión reivindicativa está mucho más presente que en las grandes corporaciones —aunque muestran una escasa capacidad para proyectar socialmente esa reivindicación—, ubicadas en una posición más asistencial. Sin embargo, este perfil reivindicativo no tiene porque eliminar la dimensión ‘intervención’ o ‘provisión de servicios’, aunque ésta aparecerá con un perfil poco formalizado y limitado desde un punto de vista ‘geográfico’.
- i) Los sujetos voluntarios integrados en estas organizaciones en ocasiones no tienen la conciencia de ser ‘voluntarios’, y si la tienen, prefieren utilizar —se identifican con— otros significantes: se ven a sí mismos más como asociados, militantes, activistas, colaboradores, etcétera. No obstante la potencia social del concepto ‘voluntariado’ es tal, que también está penetrando en este ‘segmento’.

- j) Si bien, es indudable que hay que ubicar y entender *todo* el voluntariado dentro del contexto de los procesos de *participación social* (Colectivo Ioé, 1990a: 162), en estas pequeñas asociaciones esta identificación aparece de forma más nítida. La acción voluntaria (caracterizada por su *menor formalización*) presenta una identidad más compleja y difusa, porque confluye, apoya, se confunde y asimila, con otras muchas manifestaciones de esa participación social.
- k) Las pequeñas asociaciones voluntarias suelen (no necesariamente) estar ligadas a un espacio social concreto —limitado—. Las características de este espacio social condicionan estrechamente las dinámicas y estrategias de la asociación. Arquetípicamente podemos referirnos al espacio ‘barrio’.

Así pues, el segundo tipo ideal vendría a caracterizarse por ser un modelo organizativo apenas institucionalizado —des-organizado—. Esta situación estaría también repleta de ambivalencias, numerosas ventajas pero también inconvenientes a considerar.

En primer lugar podíamos señalar entre los inconvenientes, la escasa capacidad de acción coordinada a nivel macro, siendo el ámbito propicio de este voluntariado no institucionalizado el nivel micro/comunitario. Un sector voluntario estructurado en torno a pequeñas asociaciones se tornaría en cierta medida, en un magma informe, *inestable*, con aspecto *caótico*; pero precisamente ese caos (destrutivo/creativo) sería el que se conferiría la energía que puede ser utilizada para la intervención/transformación social. Esta inestabilidad a la que se hace referencia, no debe ser interpretada preferentemente como muestra de un elevado grado de evanescencia de las iniciativas, sino más bien como estado permanente de cambio, esto es, inestabilidad en la forma.

Este modelo ‘des-organizado’ es potencialmente más *innovador y reivindicativo*, está menos sujeto a intereses de mera supervivencia organizacional, y aunque con una capacidad menor (en volumen) para actuar sobre la realidad concreta a nivel *macro*, introduce más elementos de cambio y transformación. Por otra parte, este voluntariado es más *incontrolado e incontrolable* y menos auto-controlado. Siendo un sector muchas veces invisible (a nivel de organización), su naturaleza resulta, muchas veces, problemática e incómoda, especialmente para los poderes públicos. Este voluntariado ‘sumergido’ se mostraría más *flexible, igualitario y productivo*.

Para terminar baste señalar que tanto las corporaciones como las asociaciones voluntarias son realidades predominantemente *urbanas*⁵⁴, si bien, esta cualidad se halla

⁵⁴ Para JENNIFER R. WOLCH (1985: 29) —refiriéndose al caso de los EE.UU., aunque podría hacerse extensivo al caso español— se ha tendido a estudiar el sector voluntario como un todo homogéneo, sin diferenciar su presencia y relevancia en distintos entornos sociales, cuando es evidente que el impacto directo de este sector se manifiesta primordialmente en el *ámbito urbano*. R.A. SUNDEEN (1998) también percibe en su estudio cuantitativo —también para los EE.UU.— que los voluntarios/as suelen

más marcada en las primeras. Curiosamente, esto no significa que las grandes corporaciones no tengan presencia en el ámbito rural, sino todo lo contrario. Su actividad suele ser más visible —lo que indica un mayor volumen y capacidad de acción— que la de las pequeñas asociaciones, pero, normalmente esa presencia (que toma sustancialmente la forma de prestación de servicios), es una extensión o ramificación de las actividades promovidas y diseñadas desde la sede central —desde el núcleo urbano—; incluso, los voluntarios/as pueden ser ‘urbanitas’ desplazados puntualmente. En cambio, las iniciativas asociativas (no demasiado frecuentes) desarrolladas en el entorno rural, sí suelen estar radicadas totalmente en la comunidad local, y por ello, acostumbran a tener un carácter más distintivo y autónomo. Asimismo, debido a su reducido marco de referencia social, en estas asociaciones se tenderían a confundir los elementos de heteroayuda y mutualismo: ayudar al otro, por muy diferente que quiera ser su identidad social respecto a la mía (por ejemplo: jóvenes con respecto a mayores), supone potenciar directamente la pequeña comunidad de pertenencia⁵⁵.

Toda aproximación a las organizaciones voluntarias (como vía para acercarnos al voluntariado), resulta necesariamente sesgada y parcial, ya que las *pequeñas asociaciones voluntarias* son mucho menos accesibles informativamente: no figuran en directorios oficiales, no acceden a los medios de comunicación, pueden no hallarse siquiera legalizadas... Tienden, en definitiva, a permanecer ocultas, o quizá ignoradas⁵⁶. Ello significaría, que aun procediendo cuidadosamente, parte de este *voluntariado ‘informal’* de existencia más etérea —menos fiscalizado (por el poder)— se mantendrá prácticamente invisi-

residir en ciudades moderadamente grandes y especialmente en zonas residenciales no céntricas. Por otro lado, RENATE MAYNZ (1987:22) señala que las asociaciones voluntarias tienen un origen histórico predominantemente municipal; según esta misma autora, una sociedad agraria feudal no es favorable para el nacimiento de tales asociaciones. Datos —referentes a España— que refuerzan esta realidad/identidad urbana pueden encontrarse en AZÚA (1992: 127 y ss.).

⁵⁵ Un análisis de las particularidades de los programas de voluntariado desarrollados en el medio rural puede encontrarse en JARAIZ Y FERNÁNDEZ (2001). Por su parte, LYSACK Y KREFTING (1993), estudian las motivaciones de los voluntarios/as de un programa de salud en una zona rural de Indonesia.

⁵⁶ Existen numerosos autores que sólo consideran como integrantes del tercer sector aquellas organizaciones que están reconocidas legalmente —véase por ejemplo MARCUELLO (2000: 42)—. Tal apreciación supone una importante distorsión del sector, aunque también es necesario reconocer que la presión hacia su legalización es creciente. De esta forma, las investigaciones suelen estar referidas casi siempre al segmento más formalizado/institucionalizado del universo voluntario (resultado de los objetivos marcados y la propia accesibilidad). Véase, por ejemplo, la encuesta que forma parte del estudio dirigido por RODRÍGUEZ CABRERO Y MONSERRAT (1996: 167-198). Aun refiriéndose a los rasgos del sector más formalizado, en la muestra final utilizada en este estudio cuantitativo, aparece reflejado un porcentaje apreciable de entidades de pequeño tamaño, lo que nos induce a pensar que las pequeñas asociaciones voluntarias, pese a ser socialmente poco significativas (ocupan una posición marginal), son mucho más numerosas de lo que se pudiera suponer en un principio. Aunque, también es necesario recordar, que el tamaño no es una magnitud absolutamente rigurosa para definir a las asociaciones voluntarias, depende del propio planteamiento organizativo e ideológico. Por otra parte, en esta encuesta el tamaño se reduce a un recuento del número de empleados asalariados y no del tamaño real, pudiendo así responder algunas de estas entidades modelo de corporaciones voluntarias.

ble a nuestra mirada, a modo de verdadero ‘voluntariado sumergido’. Así, no debemos restringir el voluntariado a su ‘versión formalizada’ —característica y promocionada desde lo que hemos denominado como *grandes corporaciones voluntarias*—, sino integrar de hecho la vertiente informal del mismo.

7.5.3. *El desplazamiento de objetivos en las organizaciones voluntarias*

Toda organización social es susceptible de sufrir un desplazamiento con respecto a la consecución de sus objetivos formales, en ese sentido, las organizaciones voluntarias no son una excepción, sino más bien un ejemplo. Este desplazamiento de objetivos, es más susceptible de ocurrir en el caso de las grandes corporaciones, donde una cantidad importante de recursos financieros y humanos son dedicados al simple mantenimiento de la corporación —especialmente su infraestructura administrativa y de gestión— y no a la consecución directa de los objetivos⁵⁷.

El estudio de este desplazamiento de objetivos en el caso de organizaciones voluntarias, no es ni mucho menos nuevo, aunque caben distintas apreciaciones al respecto. El sociólogo funcionalista americano R.K. Merton (1980: 128-129) estudia esta problemática en su artículo ‘*Dilemas en asociaciones voluntarias*’. Según Merton, en los sistemas sociales en general y particularmente en la forma democrática de organización —como las voluntarias— se identifica un problema funcional (especialmente agudo en el segundo caso). Se trata de “la tensión entre funciones *instrumentales* y funciones *para mantenimiento del grupo*, entre la canalización de las energías de la organización hacia actividades dirigidas principalmente a alcanzar objetivos o a mantener la organización” (ibíd.: 128).

En cualquier caso, estas tensiones terminan provocando el desplazamiento de los objetivos de la organización. Aunque en el caso de Merton —como buen conservador—, éste parece estar mucho más preocupado por las disfunciones (desplazamientos de objetivos) provocadas por un excesivo celo democrático —según él reflejado en prácticas “lentas y complicadas” (ibíd.)— que por la aparición de una administración burocratizada parsimoniosa y pesada que autofagocite recursos⁵⁸ (cuya existencia ni

⁵⁷ Para MAYNTZ (1987: 61) una organización se convierte fácilmente en un fin en sí misma.

⁵⁸ Veamos alguna crítica dirigida hacia una gran corporación voluntaria articulada por una voluntaria, se señala un funcionamiento nada racional, muy burocrático, demasiado jerarquizado y poco eficiente en definitiva: “al... al principio pensaba que realmente las cosas funcionaban muy bien... O sea, por que claro, es una organización que... todo el mundo le hablas de ‘B’ [nombre de la organización], y es que todo el mundo la conoce. O sea, raro es, alguien que no haya oído hablar, y tienes una imagen de lo que es y tal. Pero, yo ahora que he estado dentro, veo que... realmente las cosas no las hacen muy bien, y que no lo tienen muy... no sé como explicarlo... A mí me da mucha pena, porque podrían hacer muchas más cosas, podrían tenerlo mejor organizado, está muy mal organizado, porque lo tienen muy centraliz... o sea, muy centralizado, [...] lo tienen muy centralizado porque todo tiene que pasar por la central. ¿Qué ocurre? que se forman unos ‘embudos’... de información... y de...” (V1).

siquiera llega a plantearse), esto es, por las prácticas tecnocráticas y no democráticas. De otra manera, Merton aunque no lo expone así, supondría que el riesgo de desplazamiento de objetivos es mucho más marcado en las pequeñas asociaciones voluntarias —‘enredadas’ en prácticas de gestión más democráticas— que en las grandes corporaciones —que observarían un método de gestión más pragmático—.

La existencia de una gestión profesionalizada, si no es controlada democráticamente, puede resultar mucho más ‘peligrosa’ que los lentos métodos democráticos de carácter asambleario. Es más, creemos que la estricta democracia es esencial para que las organizaciones voluntarias resulten socialmente ‘creativas’ y renovadoras⁵⁹. La reflexión sobre lo social y la elaboración de propuestas no debe quedar restringida a las ‘altas esferas’ —técnicos y gestores—. Si en algunos casos, eliminar ciertas prácticas democráticas pudiera parecer que contribuye a acelerar u optimizar la consecución de objetivos, esta ‘mejoría’ puede esconder un dardo envenenado a medio plazo: en primer lugar, la disolución de una participación social verdaderamente ‘*participativa*’ —contributiva y reflexiva— por una participación social ‘*instrumental*’ —mera acción ‘externa’—, caracterizada por el cumplimiento ‘ciego’ de los objetivos específicos marcados por la organización. En definitiva, es ésta la vía más directa para entregar el control de las organizaciones voluntarias y de sus iniciativas a los poderes políticos y económicos. Y a medio plazo significaría la disolución —si no formal sí real— de los propios objetivos.

Coincidimos con Merton en el diagnóstico: el *desplazamiento de objetivos* (“Los medios de la organización se transforman en fines-por-sí-mismos y desplazan las metas principales de la asociación” —ibíd.: 128—), pero discrepamos radicalmente en la casuística que lo genera, considerando, a partir de las entrevistas y grupos realizados, que este tipo de desplazamiento se produce más en las grandes corporaciones voluntarias que en las pequeñas asociaciones de estructura más democrática. La solución que ofrece Merton tiende al justo centro, pero no aporta demasiada información: “las actividades de la asociación democrática han de plantearse mediante fases poniendo alternativamente el acento en funciones instrumentales (conseguir que las cosas se hagan) y en funciones de mantenimiento del sistema” (ibíd.: 129), en definitiva, ser democráticos ‘a ratos’, y el resto del tiempo confiar en expertos que ‘garanticen’ solventemente la consecución pragmática de los objetivos. El problema de este planteamiento radica en la dificultad de la delimitación de los lapsos de tiempo deben ser dedicados a prácticas democráticas, los criterios de definición de las mismas, la adjudicación de la capacidad de decisión, de cómo y cuándo desarrollar las mismas.

⁵⁹ Algunas investigaciones (BOCCACIN, cfr. HERRERA, 1998b: 168), refuerzan esta perspectiva según la cual la gestión participativa tendría efectos muy positivos al reforzar el clima motivacional de la organización, y por ello, el sentido de pertenencia de los miembros singulares.

7.6. LAS ORGANIZACIONES VOLUNTARIAS: CONTRIBUCIÓN A LA ESTRUCTURACIÓN SOCIAL E IDENTIDAD IDEOLÓGICA

Como veremos, desde la teoría social clásica —de forma paradigmática Tocqueville y Durkheim— se ha llegado a considerar a las organizaciones surgidas al amparo de la sociedad civil como elementos indispensables para la ‘correcta’ estructuración de la sociedad. Se trata de observar las ventajas sociales (en términos de contribución al *orden*) derivadas de la vida asociativa. Este constituye un enfoque provechoso, pero claramente insuficiente a la hora de caracterizar las organizaciones voluntarias. Constatar la existencia y evidente proliferación de estos “grupos secundarios” —como se refiere a ellos el propio Émile Durkheim (1987)— emanados, a priori, de la soberana voluntad de la sociedad civil y observar sus características formales y funciones, no es suficiente. Si pretendemos evaluar la potencial capacidad de: *a)* estructuración, vertebración y *b)* transformación social; es decir, valorar su *funcionalidad social* atribuida —extremadamente variable dependiendo de la orientación ideológica de aproximación—, es absolutamente necesario incorporar también el estudio de su perfil ideológico.

Ricard Vinyes (1996: 97) asevera que “en toda realidad asociativa de carácter no lucrativo [...] aparece siempre un trasfondo ideológico, que puede tomar distintas formas y con mayor o menor explicitación”. Es esta una afirmación obvia y casi se nos antoja pueril, pero que se torna relevante ante el olvido sistemático de la dimensión ideológica por parte de muchos de los analistas de las organizaciones voluntarias. En definitiva, las organizaciones voluntarias, como en general todas las organizaciones sociales, están *orientadas ideológicamente*, y esa orientación revierte o se proyecta —con una intensidad variable— sobre los individuos ubicados tanto en el interior como en el exterior. La cada vez mayor proyección social de las organizaciones voluntarias podría implicar una intensificación de esa influencia hacia el exterior (entendido como el medio social global), de ahí partiría una cierta globalización, por ejemplo, del discurso solidario —aunque potencialmente inducido desde otros centros de poder—.

Dentro de esta caracterización ideológica abordaríamos las siguientes cuestiones: *a)* qué percepción tienen del medio social, *b)* cuál es su autoconcepto —conciencia de sí—, *c)* qué valores (explícitos y latentes) planean y estructuran su forma de organización y líneas de actuación. Por tanto, no sólo conferimos la capacidad de elaboración de ‘visiones de realidad’ a los/as voluntarios/as, sino también a las propias entidades voluntarias —hablamos de los *discursos institucionales*—. Estos discursos ‘voluntarios’ e institucionales no tienen por qué ser réplicas exactas.

¿Por qué es importante abordar esta dimensión ideológica de las organizaciones voluntarias? Porque contribuye a delimitar sus objetivos, estrategias de acción y en general, su relación con el medio social —colectivos, instituciones, organizaciones, Estado—. Podemos anticipar que en el contexto de las entidades voluntarias de fines del

siglo XX y principios del XXI, las estrategias de acción concreta pasa cada vez más por las labores de mediación/presión frente a los poderes públicos como vehículo de cambio (con éxito muy limitado), conjugándolas con las acciones paliativas y de concienciación social —en este último caso, tomando cada vez más como amplificador y vehículo de difusión a los medios de comunicación—.

Haremos una última apreciación previa. En los discursos circulantes sobre los beneficios del asociacionismo de carácter voluntario (elaborados fundamentalmente desde instancias políticas y de gestión) se recurre reiteradamente, a dos tradiciones teóricas —e ideológicas— totalmente contrapuestas, sin que exista conciencia de esta fractura o falla discursiva que esconde dicha síntesis. Es fácil constatar que se resaltan la mayoría de las veces y de manera simultánea:

- a) La capacidad de *vertebración social* y/o fortalecimiento y regeneración del tejido social (fundamentalmente a través de la participación y la prestación de servicios). Estos dos verdaderos tópicos —por reiterados—, no esconden sino una revisión de la aproximación de los teóricos del consenso sobre la contribución al mantenimiento del *orden social* y a la *integración social*.
- b) Su disposición para promover y guiar una *transformación radical* de la sociedad, posibilitando así una distribución equitativa de bienes económicos y sociales; lo cual no es sino otra revisión, esta vez, de las teorías sociales del conflicto.

Este sincretismo discursivo⁶⁰ —no se observa un radicalismo formal—, genera una cierta ambivalencia e indeterminación a la hora de interpretar cualquier iniciativa política o de gestión relacionada con el sector voluntario: ¿qué pretende, transformar o mantener? ¿ambas cosas? Aunque no se deban descartar desde un punto de vista analítico ninguna de estas dos ‘funciones’ del campo asociativo (lo que apunta hacia su complejidad social e ideológica), resulta innegable que si evaluamos los ‘resultados’ de la intervención social de las organizaciones voluntarias —en un momento histórico dado— tiende a predominar una de estas tendencias apuntadas por las dos tradiciones teóricas. Nuestra apreciación, que ha venido a ser constatada en el trabajo de campo relaizado, es que las ‘posibilidades’ de las organizaciones voluntarias en la actualidad —pese a la retórica ‘transformadora’—, pasan más por su capacidad de vertebración que de innovación o cambio radical. También es justo señalar que los discursos sobre trans-

⁶⁰ Sincretismo reproducido por los analistas del fenómeno asociativo, sin que suelen rebasar el nivel descriptivo. Por ejemplo, AZÚA (1992: 136) indica que “la mayoría de las asociaciones actúan a caballo entre una función de agente de cambio social y como entidad prestadora de servicios...”, pero ahí termina su análisis, mera constatación que trata de resolver mediante la introducción puntual de variables un tanto peregrinas —eludiendo el factor ideológico, la tensión implícita y toda consideración de la estructura social circundante— “...los resultados de ambos cometidos no sólo son una cuestión de eficacia, sino del ámbito geográfico en el que se desarrollan” (ibíd. 136).

formación parten más de instancias asociativas que políticas, y por otro lado, que, a veces, la vertebración social es paso previo y necesario para abordar la transformación ‘controlada’, si bien más frecuentemente, es la desvertebración social, la inestabilidad y difusividad estructural, la tensión y el conflicto, la raíz del cambio social.

7.6.1. Organizaciones voluntarias, estructuración social y mantenimiento del orden: elaboraciones teóricas ‘clásicas’

Las iniciativas asociativas emanadas de la sociedad civil han sido objeto de observación y análisis por parte de algunos de los primeros pensadores que se inscriben dentro de la tradición sociológica. En ese momento histórico (a lo largo del siglo XIX) se hace importante analizar y explicar el renacimiento en las sociedades modernas del fenómeno asociativo —tras su disolución casi total en los regímenes absolutistas⁶¹—, más cuanto éste aparece como expresión espontánea de la sociedad civil, por tanto al margen de las iniciativa y control estatal.

Tanto Alexis de Tocqueville como Émile Durkheim abordan esta cuestión: Tocqueville en su obra *“La democracia en América”* (Tocqueville, 1989 y 1985⁶²) y Durkheim en el prefacio de la segunda edición del clásico sociológico *“La división del trabajo social”* (Durkheim, 1987⁶³), aunque éste último autor también marginalmente en otros cursos y conferencias⁶⁴. Ambos desde *posiciones* marcadamente *conservadoras* —aunque con perspectivas diferenciadas: Tocqueville hace un análisis social concreto, Durkheim esboza un futuro ‘ideal’. Estas posiciones les hacen incidir en la contribución de este tipo de agrupaciones al mantenimiento del *orden social*. Así, no se trata tanto de modelar o transformar la sociedad, sino de evitar desviaciones indeseables; y para asegurar esa finalidad, estos “grupos secundarios” —estas asociaciones/corporaciones— son realmente útiles, concluyen estos autores. Por eso, ambos pensadores eluden englobar en este nuevo asociacionismo toda iniciativa que aspire a romper las reglas del juego; el movimiento obrero articulado a través de sindicatos les produce pavor. De hecho, como se verá más adelante, lo que se esconde tras el ideal asociativo propuesto por Durkheim es un ver-

⁶¹ Observa R. MAYNTZ (1987: 22) que “muchas de las asociaciones características de la Edad Media comenzaron a decaer lentamente hacia el siglo XVI. De esa decadencia fueron responsables, entre otros factores, la tendencia de los príncipes hacia el poder absolutista, que llevó a limitar considerablemente el derecho de asociación, especialmente el derecho de coalición, la coacción gremial y, en general, las atribuciones que hasta entonces habían tenido las asociaciones.”

⁶² TOCQUEVILLE publica la primera y segunda partes de *“La Democracia en América”* respectivamente en los años 1835 y 1840.

⁶³ DURKHEIM defiende éste trabajo que constituyó su tesis doctoral en 1893; elaborará, además, una tesis secundaria, un estudio sobre MONTESQUIEU (LUKES, 1984: 100).

⁶⁴ En sus aportaciones en los *“Libres Entretiens”* (*Conversaciones Libres*), y en los cursos sobre *“Ética profesional”* LUKES (1984: 530), y en su libro *“Ética profesional y moral cívica”* (ZEITLIN, 1986: 284).

dadero *anti-sindicato* —coherente con su antisocialismo y antimarxismo—, que toma la forma de un antídoto para la inestabilidad y el conflicto. Según Zeitlin, 1986: 271 y ss. Esta propuesta oculta peligrosas tendencias autoritarias. Estas aproximaciones coadyuvarán en nuestro análisis de las organizaciones voluntarias contemporáneas.

Es conveniente mencionar que en ambas aportaciones se examinan más explícitamente iniciativas de carácter mutualista (o de autoayuda), quizá porque son más genuinas de ese momento histórico, mientras que las iniciativas de beneficencia pueden ser rastreadas más fácilmente en el antiguo régimen. Comenzaremos a desbrozar las aportaciones de Tocqueville en su análisis del asociacionismo en la Norteamérica del segundo cuarto del siglo XIX.

Como afirman Smelser y Warner (1991: 68) para Tocqueville la *asociación de ciudadanos*⁶⁵ supone una cura contra la centralización y el despotismo a los que según él tendían las sociedades democráticas: “...no hay país donde las asociaciones sean más necesarias para impedir el despotismo de los partidos o la arbitrariedad del príncipe, que aquel cuyo estado social es democrático” (Tocqueville, 1989: 180). En su opinión, las asociaciones conjuraban la centralización estatal y la atomización social.

Así, Tocqueville hace del asociacionismo un elemento central del éxito de la democracia —y por extensión añadiríamos nosotros del proceso modernizador—, e incluso, condición de su supervivencia: “...si no adquiriesen la práctica de asociarse en la vida ordinaria, sería la civilización misma la que se hallaría en peligro” (Tocqueville, 1985: 97). Curiosamente, esto sugiere que para Tocqueville el *asociacionismo* no es tanto consecuencia de un sistema democrático, sino más bien su *condición necesaria*, aunque en algún pasaje llegue a propugnar un desarrollo paralelo:

“En los pueblos democráticos, la ciencia de la asociación es la fundamental; el progreso de todas las demás depende del suyo.

Entre las leyes que rigen las sociedades humanas, hay una que parece la más precisa y clara. Para que los hombres conserven su civilización, o la adquieran, es preciso que la práctica asociativa se desarrolle y se perfeccione en la misma proporción en que aumenta la igualdad en las condiciones sociales” (Tocqueville, *ibíd.*: 99)

Tocqueville no se sorprende al observar que los americanos ven las asociaciones como “el único medio de acción” (*ibíd.*: 96), a la hora de perseguir y la conseguir los intereses colectivos —resultado para él del simple sumatorio de los percibidos indivi-

⁶⁵ Puede ser interesante señalar al respecto, que para TOCQUEVILLE (1985: 178) “una asociación consiste únicamente en la adhesión pública de un cierto número de individuos a tales o cuales doctrinas, y en el compromiso que contraen de contribuir en determinada forma a hacerlas prevalecer”.

dualmente—. Las asociaciones suponen la desactivación de una sociedad atomizada (riesgo democrático), la desaparición del horizonte de la sociedad/masa incontrolada y destructiva. Entendiendo la igualdad democrática en clave de ausencia de poder, Tocqueville aprecia que el asociacionismo, el aprendizaje de la ayuda mutua, es fundamental para adquirir poder social individual (ibíd.: 97).

Cuando Tocqueville habla de asociacionismo, trata de diferenciar claramente el asociacionismo político del resto⁶⁶; se refiere a éste último como “las asociaciones que se forman en la vida civil y cuya finalidad no tiene nada de política” (ibíd.: 96). Sostiene igualmente, que estas asociaciones ‘no políticas’ son mucho más numerosas. Es necesario, no obstante, precisar el sentido de este apoliticismo que Tocqueville les atribuye — y que en realidad no es tal—. El autor no trata de negar la capacidad de presión de estas asociaciones integradas por “civiles” sobre las instituciones políticas formales —es esa en muchos casos su principal meta y una acción política en sí misma—, pero sí de ubicarlas en una esfera completamente separada de las tareas de administración política. Estas asociaciones no aspiran a ejercer el poder desde las instituciones políticas (por eso están integradas por “civiles” y no “políticos”), su empeño pasa por *aglutinar voluntades individuales*⁶⁷ para así demostrar poder. Tal ‘exhibición’ de poder debe servir para que sus propuestas e iniciativas se tomen en consideración o sean asumidas por las instituciones políticas.

De esta manera, Tocqueville delimita con mayor precisión que Durkheim el equivalente estructural al contemporáneo tercer sector y su potencial de intervención, e insiste en caracterizar este asociacionismo como un espacio social totalmente independiente del Estado. Y todo ello, a pesar de que Durkheim escribe más de cincuenta años después. Podemos argüir que la situación asociativa francesa —más centrada/atravesada por el sindicalismo obrero— divergía de la americana, pero también es evidente que los intereses de Durkheim no eran tan descriptivos y explicativos como en el caso de Tocqueville. Durkheim pretende ‘diseñar’ sociológicamente una sociedad, en la que agrupaciones intermedias —grupos secundarios/corporaciones profesionales—

⁶⁶ Esa diferenciación de tipo analítico no implica que TOCQUEVILLE deje de apreciar estrechos vínculos entre estos diferentes ‘sectores’ asociativos: “existe una relación natural, y tal vez necesaria, entre estos dos géneros de asociaciones. [...] Las asociaciones civiles facilitan, pues, las asociaciones políticas, y por otra parte la asociación política desarrolla y perfecciona singularmente la asociación civil.” (TOCQUEVILLE, 1985: 103). Más adelante, llega a considerar a las asociaciones políticas como “grandes escuelas gratuitas” donde los ciudadanos se formarían en la “teoría general de las asociaciones” (ibíd.: 104); esto es, donde aprenderían a formar asociaciones civiles.

⁶⁷ Esas voluntades tomarían forma en un ‘ideario’ formal de la asociación, produciéndose un efecto multiplicador: “cuando una opinión está representada por una asociación, tiene que adoptar una forma más neta y precisa. Cuenta con sus partidarios y los compromete a su causa. [...] La asociación reúne en un haz los esfuerzos de los espíritus divergentes, y los impulsa con vigor hacia un fin claramente indicado por ella.” (TOCQUEVILLE, 1989: 178).

contribuyan significativamente al imperio de la añorada solidaridad orgánica y del orden social.

En cuanto a la relación entre el Estado y las asociaciones voluntarias/civiles, Tocqueville defiende, una especificidad e independencia casi absoluta en relación a las funciones desarrolladas y espacios sociales ocupados. Y por ello, en su opinión, es muy improbable que las asociaciones lleguen a desaparecer engullidas por la administración. Dicho de otra manera, el Estado no podrá jamás aspirar a asimilar en su seno las iniciativas que capitaliza el sector asociativo en su conjunto, a lo sumo, logrará integrar las funciones de alguna asociación en particular: “un gobierno puede sustituir a algunas de las más importantes asociaciones americanas, y ya lo han intentado, en el seno de la Unión, varios Estados particulares. Pero ¿qué poder político podría llevar a cabo las innumerables pequeñas empresas que los ciudadanos americanos ejecutan a diario con ayuda de las asociaciones?” (ibíd.: 97). La respuesta para Tocqueville es clara: ninguno. Quizá se pueda decir más alto pero no más claro; para nuestro aristocrático autor, la iniciativa asociativa de la sociedad civil es a todas luces *insustituible*, e *inasumible* por parte de otras instituciones sociales, especialmente el Estado⁶⁸.

Cualquier intento “estatalista” de sustituir las asociaciones voluntarias tendría, según Tocqueville, efectos contraproducentes, puesto que los sujetos particulares rehuirían toda iniciativa de autoorganización y crecería la demanda de servicios hacia el Estado, desbordándole finalmente. “Cuanto más sustituya [el Estado] a las asociaciones, más necesitarán los particulares, al perder la idea de asociación, que acuda en su socorro [...] ¿Acabará la administración pública por dirigir todas aquellas empresas para las que aisladamente no puede bastarse el ciudadano?” (ibíd.: 98). Por otra parte, para el autor francés, no es ni posible ni deseable que el Estado “obre solo”, por sus consecuencias funestas en relación a la invalidación individual. Aunque no pudiera siquiera intuirlo, quizá Tocqueville nunca hubiera aprobado la existencia de un Estado de Bienestar, dado que desde sus planteamientos provocaría una desactivación total e inevitable del movimiento asociativo, y de las iniciativas individuales.⁶⁹

⁶⁸ Aspectos también resaltados por WOLDRING (1998: 367).

⁶⁹ El planteamiento liberal de TOCQUEVILLE queda explicitado con extrema claridad en su *Mémoire sur le paupérisme* (cfr. CASTEL, 1999: 249): “estoy profundamente convencido de que cualquier sistema regular, permanente, administrativo, cuyo fin sea satisfacer las necesidades de los pobres, suscita más misericordia que la que puede curar, deprava a la población que desea socorrer y consolar, reduce con el tiempo a los ricos a no ser más que los enfermeros de los pobres, agota las fuentes del ahorro, detiene la acumulación de capital, reprime el desarrollo del comercio, embota la actividad y la industria humanas, y termina por llevar a una revolución violenta en el Estado, cuando el número de quienes reciben la limosna se vuelve casi tan alto como el de quienes la dan, y el indigente, al no poder ya sacar a los ricos empobrecidos nada que le permita satisfacer sus necesidades, encontrará que despojarlos de una sola vez de sus bienes es más fácil que pedir socorro” (Se puede observar como los ‘nuevos’ liberales recogen y reproducen milimétricamente las tesis sintetizadas en esta cita).

Pese a los innegables beneficios que observaba en el asociacionismo civil americano, que compensaban a sus ojos los ‘excesos’ igualitaristas democráticos (“En nuestra época, la libertad de asociación se ha convertido en una garantía necesaria contra la tiranía de la mayoría” —Tocqueville, 1989: 180—), la posición del escritor frente a la libertad de asociación, es más vacilante y ambivalente de lo que parecen reflejar algunas glosas posteriores de su obra, como la de Raymond Aron (1987). En ella, al pasar de puntillas sobre el tema, sólo se trasluce el reconocimiento que concedía Tocqueville a las asociaciones en la salvaguarda de la libertad (ibídem: 270), pero la cuestión es: ¿qué tipo de asociaciones?

Frente a la libertad de asociación, nominalmente Tocqueville se muestra a favor, —a veces ardientemente, inmediatamente después expresando cautela⁷⁰—; pero al fin y al cabo, viene a proponer límites a dicha libertad: ‘depende cuándo, y dónde’. Estas reticencias se hacen más patentes cuando valora la libertad de asociación de tipo político. ¿Cuál es la razón? El asociacionismo civil se había mostrado eminentemente funcional y beneficioso para la democracia americana. Pero Tocqueville, como aristócrata conservador francés, recela de —más bien observa aterrorizado— los nuevos movimientos sociopolíticos de carácter socialista o incluso liberal/revolucionario (la revolución francesa está aún fresca en su memoria) que remueven los cimientos del antiguo régimen europeo: “la mayoría de los europeos ven aún en la asociación un arma de guerra que se forma apresuradamente para ir a probarla de inmediato en el campo de batalla” (Tocqueville, 1989: 181). Señala que son asociaciones que “profesan el dogma” (ibídem: 183). De ahí que el autor francés termine concluyendo: “...no creo que una nación sea siempre capaz de otorgar a los ciudadanos el derecho absoluto de asociarse en materia política, y dudo incluso de que sea prudente en ningún país ni en ninguna época dejar de poner límites a la libertad de asociación⁷¹” (Tocqueville, 1985: 106). Ahí, sí que se condensa definitivamente el pensamiento de Tocqueville: inmunidad total para toda asociación ‘liberal’ —aglutinante de intereses particulares— equilibradora del *statu quo* político democrático, y proscripción de todo agrupamiento obrero revolucionario —‘defensor’ de intereses de clase—. Un alegato mucho más restrictivo y conservador del que su retórica formal aperturista parecería apuntar.

⁷⁰ “El derecho de asociación me parece, pues, casi tan inalienable por naturaleza como la libertad individual [...] No obstante, hay pueblos en los cuales la libertad de asociación es sólo bienhechora y fecunda, mientras que en otros los excesos la desnaturalizan, y de un elemento de vida hacen una causa de destrucción” (TOCQUEVILLE, 1989: 181).

⁷¹ Curiosamente, esta aseveración, que esconde un fondo profundamente conservador, podría ser perfectamente asumida (hoy en día, y en sus mismos términos) por gran cantidad de progresistas de izquierda, teniendo esta vez éstos en mente no a los movimientos obreros revolucionarios, sino a las organizaciones de neo-nazis, racistas y xenófobas, etc.

Émile Durkheim no se refiere en su obra, ni analiza directamente un asociacionismo ‘civil’, como sí hace Tocqueville, pero sí hace una reflexión acerca de la necesidad social de *organizaciones interpuestas* —mediadoras— entre el individuo/masa y el Estado impersonal, organizaciones que evitaren la *anomia* —patología social disgregadora—, definida en palabras de Durkheim como: ese “estado de falta de regulación [...] jurídica y moral en que se encuentra actualmente la vida económica.” (Durkheim, 1987: 2), y al que “...deben atribuirse, [...] los conflictos que renacen sin cesar y los desordenes de todas clases cuyo triste espectáculo nos da el mundo económico” (ibíd.: 3). Como buen sociólogo conservador, su preocupación por el mantenimiento del *orden social* se hace patente⁷². A ese mantenimiento deberán contribuir de manera apreciable las agrupaciones secundarias (claro punto de encuentro con el diagnóstico de Tocqueville).

Anthony Giddens (1994a: 178) señala que para Durkheim el crecimiento del Estado es consecuencia de la creciente diferenciación de la división del trabajo, esto es, del desarrollo normal de la sociedad. Además, este *Estado* sería fundamentalmente un *garante* y administrador de los *derechos de ciudadanía*, pero “... ¿podría darse el caso de que la creciente expansión de las actividades del Estado llegue a alcanzar un punto en que se convierta en una tiranía burocrática? Durkheim lo admite como posibilidad. El Estado puede convertirse en un órgano represivo, aislado de los intereses de la masa de individuos de la sociedad civil. Esto puede ocurrir si no están firmemente desarrollados los grupos secundarios que se interponen entre el individuo y el Estado: sólo si estos grupos son bastante vigorosos como para contrapesar al Estado pueden protegerse los derechos del individuo. [...de ahí] su llamada a favor del resurgimiento de las asociaciones profesionales (*corporations*)” (Ibíd.: 179). En palabras del propio sociólogo francés:

“Una sociedad compuesta de una polvareda infinita de individuos inorganizados, que un Estado hipertrofiado se esfuerza en encerrar y retener, constituye una verdadera monstruosidad sociológica. La actividad colectiva es siempre muy compleja para que pueda expresarse por el solo y único órgano del Estado; además, el Estado está muy lejos de los individuos, tiene con ellos relaciones muy externas e intermitentes para que le sea posible penetrar bien, dentro de las conciencias individuales y socializarlas interiormente. Por eso, donde quiera que el Estado sea el único medio de formación de los hombres en la práctica de la vida común, es inevitable que se desprendan de él, se desliguen los unos de los otros, y que, en igual medida, se disgregue la sociedad. Una nación no puede mantenerse como no se intercale entre el Estado y los particulares, toda una serie de grupos secundarios que se encuentren lo bastante próximos de los individuos para atraerlos fuertemente a su esfera de acción y conducirlos así en el torrente general de la vida social. Acabamos de mostrar cómo

⁷² Habría que hacer una apreciación. Como indica IRVING ZEITLIN, no se trata de la simple preservación del orden social, sino del mantenimiento del “...orden social a toda costa”. DURKHEIM hace una elección, “la justicia era importante, pero la unidad social lo era aún más” (ZEITLIN, 1986: 283).

los grupos profesionales son aptos para desempeñar esta función...” (Durkheim, 1987: 34)

Pero no nos engañemos, lo que Durkheim propone no es liberar al individuo de la supervisión y tutela del Estado, ni mucho menos. Siguiendo a Zeitlin (1986: 287), en su concepción de la democracia, el individuo constituye un peligro para el Estado. De este modo, aunque en ciertas ocasiones Durkheim recuerde que la función de los grupos secundarios es proteger al individuo del Estado, en otras afirma que estos grupos “también son necesarios para que el Estado se halle suficientemente liberado del individuo” (Durkheim, cfr. Zeitlin, op. cit., 287). Posición pues, repleta de ambivalencias que se muestran especialmente en su libro *“Ética profesional y moral cívica”*, donde defiende una posición menos monolítica a favor de los grupos secundarios (quizá porque se refiere a ellos genéricamente, no particularizando su atención en las corporaciones profesionales):

“[Durkheim] reconoce que el poder del Estado, de no ponerse freno puede tiranizar al individuo. Por otra parte, ha de refrenarse el poder de los grupos secundarios, ya que de otro modo también ellos logran «la dominación de sus miembros y el moldearlos a su voluntad». El Estado debe, pues, prevenir la absorción de los individuos por los grupos secundarios y «recordar a estas sociedades parciales que no están solas y que hay un derecho que se encuentra por encima de sus derechos. El Estado debe, por lo tanto, penetrar en sus vidas, supervisar y mantener el control de su manera de operar, y para ello ha de extender sus raíces en todas direcciones». Al mismo tiempo, los grupos secundarios servirán, a su vez, para contrabalancear al Estado y refrenar su excesiva expansión. Es este modo, los diversos grupos secundarios «constituyen una de las condiciones esenciales para la emancipación del individuo»”. (Zeitlin, 1986: 288)

Volviendo a su análisis del prefacio a *‘La División del Trabajo Social’*, es inobjetable que su visión de los grupos secundarios ideales se circunscribe a las *corporaciones profesionales* —una especie de ‘sindicatos verticales’ en los que se integrarían tanto trabajadores como empresarios— y a través de las cuales el conflicto social interclases se desactivaría y desvanecería. Podríamos entonces observar, que Durkheim explora las posibilidades del asociacionismo social sólo en su vertiente profesional —y sólo de manera parcial: eliminando los sindicatos— marginando en su análisis el resto de agrupaciones que Tocqueville integra dentro del ‘asociacionismo civil’⁷³.

⁷³ Esta circunstancia parecería ensombrecer la posibilidad de aplicación exploratoria del modelo Durkheimiano al amplio sector constituido por las actuales organizaciones voluntarias; no obstante, algunas de las aportaciones de DURKHEIM nos parecen con posibilidades de aplicación genérica, en cuanto al análisis de las capacidades de mediación y mantenimiento del orden social.

De esta manera, Durkheim persigue una cierta recuperación —adaptada a las nuevas condiciones de desarrollo social— de los desaparecidos gremios⁷⁴, admirados sobre todo por su capacidad de *reglamentación* de la vida social/moral, y por tanto de generar solidaridad (Durkheim, 1987: 15-17 y 24-27). Así, estas ‘nuevas’ corporaciones profesionales propuestas por Durkheim son necesariamente *fuentes de moralidad y de solidaridad (orgánica)*, y todo ello por su proximidad al individuo (Giddens, 1994a: 181). Como arguye el propio Durkheim: “lo que ante todo vemos en el grupo profesional es un poder moral capaz de contener los egoísmos individuales, de mantener en el corazón de los trabajadores un sentimiento más vivo de su solidaridad” (Durkheim, 1987: 12), alegando más adelante que “...esta unión a una cosa que sobrepasa al individuo, esta subordinación de los intereses particulares al interés general, es la fuente misma de toda actividad moral” (ibíd: 17).

Rechazando Durkheim la idea de una democracia directa —teme los volubles designios de la masa: “los caprichos del electorado” (Giddens, 1994a: 182)—, estos grupos secundarios —reducidos, insistentes, en su perspectiva fundamentalmente a las corporaciones profesionales—, serían la forma paradigmática de una participación y organización política democrática ‘multinivel’ mucho más adecuada y ‘funcional’: “hay incluso motivo para suponer que la corporación está llamada a convertirse en la base o una de las bases esenciales de nuestra organización política” (Durkheim, 1987: 32). Podríamos ver en esta propuesta durkheimniana una reedición de la medieval elección por grupos profesionales.

Se trata de dejar, así pues, suficiente margen de actuación —autonomía— al Estado: “la función del Estado en la democracia no se reduce, por tanto, a resumir y expresar las opiniones y sentimientos que tiene la masa de la población de una manera difusa e irreflexiva” (Giddens, 1994a: 180)⁷⁵. De esta suerte, para Durkheim los “cuadros secundarios” (como también los denomina), podrían aumentar la autonomía del gobierno “preservando a la vez la comunicación continua entre éste y todos los otros órganos sociales” (Durkheim, cfr. Lukes, 1984: 272). En definitiva la opción perfecta para una también ‘perfecta’ democracia.

⁷⁴ Para DURKHEIM, la probada institución de la corporación o gremio, ya conocida en la Antigüedad y que floreció durante la Edad Media puede ser readaptada a las condiciones modernas y cumplir otra vez la función reguladora que desempeñó tan bien en el pasado. (ZEITLIN, 1986: 284).

⁷⁵ DURKHEIM afirma que “el papel del Estado [...] no es expresar, resumir el pensamiento irreflexivo de la multitud, sino agregar por encima de este pensamiento irreflexivo un pensamiento más meditado [...]” (cfr. LUKES, 1984: 272). Y en ese sentido, llega a sostener que “cuando el Estado reflexiona y adopta una decisión, no debemos decir que es la sociedad la que piensa y decide a través del Estado, sino que el Estado piensa y decide por ella” (cfr. ZEITLIN, 1986: 286). El estatismo planificador a ultranza de DURKHEIM —con *connotaciones autoritarias*— queda así claro.

Pero las corporaciones no aparecen en este modelo como entidades autónomas, Durkheim pretende una estrecha supervisión jurídica del Estado (Giddens, 1994a: 182), en definitiva, supone que las corporaciones profesionales se transformen en verdaderas “instituciones públicas” (Durkheim, 1987: 8). De hecho, el propio pensador francés duda en ciertas ocasiones si considerar analíticamente a estas corporaciones como parte integrante del propio Estado, lo cual, por otra parte, supondría una incongruencia y desmontaría su pretendida capacidad para mediar entre individuo (concebido abstractamente, en pleno sentido durkheimniano) y Estado.

A pesar de lo hasta aquí sostenido, Durkheim parece intuir en algunos instantes —sin explicitarlo realmente— la enorme diversidad potencial que encierra el ámbito de las agrupaciones secundarias —aunque lo hace reafirmado el ‘ideal’ de las corporaciones profesionales, sin ‘dar su brazo a torcer’—. Estas corporaciones, todo potencia, podrían ser la base sobre la que se desarrollase (concentrase) la prestación de una serie de servicios sociales —de asistencia, socorros mutuos...—, e incluso a través de la cual se organizaran actividades de naturaleza muy diversa —de formación, ocio...— (Durkheim, 1987: 32). Incluso, llega a imaginar la corporación como una especie de sustituta funcional de la institución familiar, debilitada —especialmente desde el punto de vista económico y educativo— con la llegada de la modernidad (ibíd.: 19-20).

Sin embargo, el sociólogo francés no llegar a divisar por esa vía, una evolución conducente a una inevitable ‘explosión’ del universo asociativo —aparición de asociaciones especializadas en servicios y actividades específicas—, sino que por el contrario, prevé una concentración de funciones en lo que ya parece una ‘hiper’-corporación. El riesgo de burocratización e incluso estatalización —si se quiere mantener el control ante el paralelo aumento de poder— es innegable, con el subsiguiente aumento de la distancia entre individuo y corporación. En otras palabras, Durkheim termina diseñando algo muy parecido a aquello de lo que huye.

En otros textos de corte más pedagógico (*La educación moral*), glosados por Steven Lukes (1984: 115), Durkheim reclama un “espíritu de asociación” mucho más genérico —no limitándose al estrecho ‘corsé’ profesional—, ante la inexistencia de una red de grupos secundarios —distintos de la escuela— que en este caso, pudieran mediar entre la familia y el Estado.

Lukes (ibíd.: 530-533), a través de la integración de otros textos ‘secundarios’ e intervenciones de Durkheim en ciertos círculos académicos (como los referidos *Libres Entretiens*), elabora una imagen de las “corporaciones profesionales” mucho más específica, radicalmente fundida con —y circunscrito a— la propia organización del sector productivo (la industria). Se trata más bien de plantear una alternativa de dirección y gestión empresarial. Durkheim ofrece una fórmula para eliminar los conflictos entre patronos y obreros que ensombrecían su flamante modelo teórico de solidaridad orgá-

nica. Las facultades de esta verdadera corporación ‘industrial’ serían prácticamente ‘plenipotenciarias’, y sus labores pasarían por regular/reglamentar “relaciones de trabajo, condiciones laborales, precios y salarios, relaciones entre las organizaciones rivales...” (ibíd.: 531), a las que se añadirían funciones de corte más ‘social’. Las corporaciones podrían integrar diversas industrias del sector y estarían estrechamente supervisadas por el Estado.

Esta ‘reconstrucción’ de la corporación realizada por Lukes —que tan sólo hemos esbozado—, goza de total verosimilitud, pero queda al margen de los intereses de este trabajo. Es por ello, que preferimos resituarse el modelo corporativo de Durkheim en un marco de referencia social más amplio, el de los grupos secundarios que él mismo apunta (en el que encajarían perfectamente las iniciativas asociativas) y al que sí parecen referirse algunos de los pasajes del texto analizado, como por ejemplo el siguiente: “...cuando los individuos, que encuentran que tienen intereses comunes, se asocian, no lo hacen sólo por defender esos intereses, sino por asociarse, por no sentirse más perdidos en medio de sus adversarios, por tener el placer de comunicarse, de constituir una unidad con la variedad, en suma, por llevar juntos una misma vida moral.” (Durkheim, 1987: 18). Aquí sí aparece más clara la conceptualización de la vida asociativa —grupo secundario— como fuente inequívoca de integración, solidaridad, y por ende, de bienestar social. Nos interesa más, retener exclusivamente los aspectos relacionados con la necesidad de esos cuerpos sociales intermedios entre el Estado e individuo.

Sin ánimo de ser exhaustivos, recordaremos y confrontaremos algunos elementos del análisis de Tocqueville y Durkheim:

- Ambos autores, partiendo de una visión social conservadora, resaltan los efectos reguladores, reequilibrantes de las asociaciones. Los grupos secundarios son útiles en cuanto que garantizan *orden social*. En el estudio de Tocqueville, disuelven los excesos democráticos, en el caso de Durkheim, median entre el Estado y el individuo, posibilitando la solidaridad social.
- Tocqueville expresa un talante más ‘liberal’ en cuanto que concibe el asociacionismo civil y el Estado como instancias completamente independientes, e intuye la potencialidad y versatilidad del primero. Durkheim diferencia analíticamente Estado y grupos secundarios, pero, al final, el Estado es quien ‘controla’ efectivamente la esfera corporativa. Durkheim se muestra mucho más intervencionista; las corporaciones aparecen como una vía de corrección de la lejanía estatal, pero no se debe confundir esta función con la promoción del cambio social. Las corporaciones son más bien una vía de intervención del Estado sobre lo social.
- Durkheim resalta más los beneficios de la propia vida asociativa (retroceso del egoísmo, más solidaridad), mientras que Tocqueville tiende a observar predominante-

mente los ‘réditos’ políticos, en cuanto a consecución de intereses individuales y estabilización del sistema democrático.

- Encontramos en ambos autores un rechazo visceral de toda asociación subversiva, circunscribiendo esta definición a las iniciativas de corte revolucionario, socialista u obrero. Implícitamente, al negar esta realidad asociativa, tanto Durkheim como Tocqueville están confirmando la capacidad transformadora de las asociaciones o grupos secundarios, pero no les interesa ir más allá. Estos dos autores, no supieron (o no les interesó) dar cuenta apropiadamente de esta dualidad de las asociaciones: constructoras/destructoras del orden social.

En nuestro esquema, hemos obviado las interpretaciones y aportaciones desde la teoría del conflicto sobre el fenómeno asociativo, fundamentalmente, porque las teorías clásicas conservadoras son mucho más ilustrativas en relación a la definición de la situación actual del sector voluntario, como veremos ahora. No obstante, recuperando una perspectiva de análisis no-consensual, los grupos secundarios o asociaciones podrían ser entendidos como agentes de ruptura y transformación social radical. Para desarrollar este perfil del asociacionismo no se puede tomar como modelo las asociaciones civiles —perfectamente ‘liberales’— descritas por Tocqueville, sino el movimiento obrero, e incluso, los nuevos movimientos sociales.

7.6.2. *Aplicación de la aproximación ‘conservadora’ al campo de las asociaciones contemporáneas*

El análisis conservador de las organizaciones voluntarias, al que nos hemos referido más arriba, se ha revelado en cierta medida como una profecía de autocumplimiento⁷⁶ —tomando con mucha libertad el concepto—. La visión consensual de las organizaciones voluntarias (no siendo falsa, pero sí incompleta) ha sido premonitoria de su ‘función’ dominante en las sociedades de fines del siglo XX y principios del XXI (en cierta medida han inspirado/condicionando su realidad al ser asimilada y potenciada por los discursos y actuaciones de los poderes públicos). Es por ello, que las organizaciones voluntarias son hoy en día, eminentemente, entidades que contribuyen activamente al mantenimiento del orden social y a la integración ‘disciplinada’ de las voluntades individuales de sus miembros. No quiere decir esto que esa función les haya sido ajena en el pasado, pero se ha potenciado durante los últimos años. Es evidente que Durkheim y Tocqueville eludieron el enorme potencial de los grupos secundarios como inductores

⁷⁶ Puede verse la enunciación de este principio (*self-fulfilling prophecy*) en la obra de R.K. MERTON (1995: 505-520), inspirado en un teorema de W.I. THOMAS: “si los individuos definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias” (cfr., *ibíd.*: 505).

de la transformación de la realidad social, justamente cuando más demostraban esta cualidad —representada con claridad meridiana en el movimiento ‘asociativo’ obrero—, pero les interesaba resaltar el —a su juicio— asociacionismo ‘políticamente correcto’.

Tras las décadas de los años sesenta y setenta, ‘lideradas’ por un asociacionismo ligado a los nuevos movimientos sociales, entramos a partir de principios de los ochenta y especialmente en la década de los noventa en un ciclo marcadamente conservador, caracterizado fundamentalmente por el ‘nuevo voluntariado’ de corte más individualista e incluso hedonista, e iniciativas mutualistas muy ‘cerradas’ sobre sí mismas —muy fragmentadas—, poco integradas y con escasa proyección universalista. Así, asistimos al debilitamiento de los movimientos transformadores (‘agotamiento’ de los sindicatos, se difuminan y desactivan los nuevos movimientos sociales que frecuentemente se reconvierten o encuentran su ‘sustituto’ en ONG), al agotamiento de las energías utópicas (Habermas, 1994), frente al reforzamiento de otras fórmulas asociativas más consensuales: que reconocen —y legitiman— fundamentalmente el marco sociopolítico, y en ese sentido, contribuyen a mantener el orden social.

Creemos que en la misma línea de argumentación, Luis E. Alonso (1998b: 165) afirma que los años noventa surgen “modelos de acción colectiva bastante originales en sus manifestaciones externas, aunque bastante menos originales (cuando no directamente regresivos) en sus mensajes, vocabulario de motivos, planteamientos retóricos y sus procedimientos de interpretación de lo social”. Y sigue apuntando que “las ONG, por tanto, pueden tener también, en algunos casos, una función no muy lejana del viejo discurso pietista decimonónico.” (ibídem, 167). No son muy abundantes las elaboraciones que confirman la posición estructural conservadora de las ONG, quizá porque los propios analistas sociales no son inmunes a la poderosa corriente de mixtificación idealizante que rodea el resurgir del nuevo voluntariado y de las organizaciones voluntarias. Entre las excepciones a la norma, podemos señalar a James Petras (2000: 82-109), que incide en el marcado conservadurismo del fenómeno, aunque en su caso, centrando su atención en las organizaciones voluntarias dedicadas a la cooperación internacional: “...las ONG crean un mundo político en el cual la *apariencia* de solidaridad y de acción social encubre una conformidad conservadora con la estructura de poder nacional e internacional” (ibíd.: 107). Dicho de otro modo, como apunta Jáuregui (1997) “fomentan un nuevo tipo de colonialismo y dependencia cultural y económica”⁷⁷.

⁷⁷ En esa misma línea interpretativa, véase GRIMA (2001: 185 y ss.), que rearticula la argumentación de PETRAS, y el COLECTIVO ETCÉTERA (1997). También las aportaciones incluidas en SOGGE (1998), insisten —como bien señala el subtítulo de la obra— en un análisis crítico de la cooperación no gubernamental al desarrollo. Impagable por su fina ironía —y agudeza del análisis— es el breve ‘texto-cuento’ de LOFREDO (2002) sobre las ONG de Desarrollo y sus gestores.

La capacidad de integración social —de desactivación de la anomia, en términos Durkheimianos— mostrada por estas iniciativas asociativas consensuales, pasa por el aumento de sus activos humanos, más que por la acción planificada sobre el medio social; en definitiva, la capacidad de integración de las organizaciones voluntarias y más concretamente del voluntariado como colectivo (centrándonos en el caso español), obedece al aumento del número de voluntarios —que se integran en las organizaciones— a lo largo de los años noventa.

Sin llegar a ser las organizaciones voluntarias una extensión del Estado en sentido estricto (visión inspirada en las corporaciones de Durkheim), en la década de los noventa se hace más patente el ejercicio de control y tutelaje —realizado vía promoción y financiación— del Estado sobre estas organizaciones; incluso cuando *formalmente* los poderes declaran no pretender otra cosa que la defensa de la autonomía del sector voluntario (paradójicamente a través de la regulación e intervención sobre el propio sector). Es por esto, que aparece un volumen creciente de legislación específica, ya adaptada, además, conceptualmente al ‘dominante’ voluntariado —más controlable y rentabilizable que la esquivada participación—, se dedican crecientes partidas presupuestarias a la financiación del voluntariado y tercer sector en general, y se fundan organismos públicos especializados en la gestión del voluntariado y el asociacionismo. Así, en el proceso de institucionalización o ‘cristalización’ social del voluntariado, más allá de las espontáneas iniciativas de la sociedad civil, la aportación del Estado ha sido esencial. Este hecho, no niega la realidad de una influencia recíproca (de doble sentido o dialéctica) entre el Estado y las organizaciones voluntarias, pero resulta mucho más veraz, si exploramos los últimos años, afirmar que el Estado controla el voluntariado, que tiende a utilizarlo como herramienta, como recurso social en sí mismo, que observar que el voluntariado condiciona al Estado —pese a lo que muchas organizaciones pretendan creer—. Las victorias esgrimidas por las organizaciones voluntarias, responden muchas veces a la inteligente simulación ‘estética’ de una claudicación por parte de las administraciones —estando ésta vacía de contenido las más de las veces—. Intentaremos ilustrar este extremo un poco más adelante.

Tocqueville, liberal mucho más ortodoxo que Durkheim, aunque reconocía relaciones y condicionamientos mutuos, expresaba una básica independencia conceptual entre las instituciones políticas y el asociacionismo civil —lo que implicaba un reconocimiento de la especificidad del sector asociativo, e indirectamente de la libertad individual—. Por otra parte, insistía en la presión —efectiva— que las asociaciones ciudadanas ejercían sobre el Estado. De ahí que, aunque la elaboración de Tocqueville, refleje y anticipe una diferenciación analítica básica en las elaboraciones teóricas contemporáneas —la enunciación de un tercer sector autónomo—, la visión de Durkheim, más intervencionista desde un punto de vista estatal, resulta más útil e ilustrativa a la hora de dar sentido a la situación actual. Desde este punto de vista el margen de maniobra de las

entidades no lucrativas se reduce paulatinamente, aunque formalmente la tendencia parezca justamente la opuesta. La influencia ‘real’ (algo muy diferente a la capacidad de acción) de las organizaciones voluntarias se ha difuminado tras el éxito de los nuevos movimientos sociales, al asumir el Estado —formalmente—, los principios y derechos reivindicados, aunque en algunos casos con cambios microscópicos en las políticas sociales concretas.

Curiosamente, las ‘nuevas’ políticas económicas liberales, remercantilizadoras (muchas veces, en sentido estricto, simplemente oligopolizadoras), tienen un contrapunto paradójico en las ‘nuevas’ políticas sociales intervencionistas, caracterizadas por un aumento del control ejercido sobre las iniciativas asociativas atribuidas a la sociedad civil⁷⁸. El relativo ‘abandono’ del modelo social intervencionista y redistributivo propio del Estado del Bienestar keynesiano, implica una contención e incluso un repliegue en la prestación de servicios directos, pero no lleva aparejado un retraimiento regulador equivalente. Se intentan descargar responsabilidades de la atención directa sobre la sociedad civil, el sector informal, e incluso el mercado, pero precisamente esa delegación implica necesariamente que el Estado asuma y refuerce su papel de *instancia reorganizativa* (Alonso, 1996a: 107) y desarrolle nuevos mecanismos de control de las iniciativas civiles. La finalidad de esta reorganización se articularía en torno a tres puntos fundamentales: *a)* evitar que el sistema de atención social se ‘colapse’; *b)* garantizar la eficiencia y austeridad económica en el sector voluntario, el activo más interesante para la administración; y *c)* mantener un nivel de legitimidad adecuado. Nos hallamos ante un modelo muy intervencionista (si bien, el foco de actuación ha variado), pese a que los poderes públicos se muevan en torno a un discurso de la autonomización del tercer sector. ‘Intervenir y regular para no intervenir’, ‘financiar y subvencionar para mantener o recortar gastos’, esa es la nueva lógica intervencionista que no parece tomar visos de transitoriedad.

La argumentación que elabora Tocqueville (1985: 98), a la hora de defender el no ‘intrusismo’ del Estado en el área de las iniciativas del asociacionismo civil —a la que hicimos referencia en anteriores páginas— en función de los efectos invalidantes que tendría sobre el ciudadano, renace con especial virulencia en el marco de la crisis del Estado de Bienestar, si bien, con un desarrollo mucho menos sutil, más integrista y regresivo que en el caso del autor francés. Desde posiciones neoliberales se rechaza la ‘generosidad’ del sistema de prestaciones sociales porque no hace sino enquistar la marginalidad (en definitiva: crea ‘vagos’). De un plumazo, volvemos a 1729, cuando Bernard de Mandeville (1997: 174) defiende que “la caridad cuando es exagerada, rara vez

⁷⁸ R. SUSÍN (2001: 257 y ss.) resalta, en ese sentido, la paradoja existente entre las tendencias desregulativas y la potente colonización jurídica del voluntariado.

deja de fomentar la pereza y la holganza y su única utilidad en la república es la de multiplicar los zánganos y destruir la industria”.

Así, en la mayoría de los casos, la argumentación neoliberal no se basa en la previsible desactivación de las iniciativas lideradas por la sociedad civil (como es el argumento de Tocqueville), sino en una preocupación estrictamente financiera, ante un colectivo desfavorecido formado por individuos sin voluntad de integración, sistemáticos defraudadores y cínicos aprovechados⁷⁹. Esta postura se muestra muy acorde con un pesimismo antropológico secularmente dominante en la filosofía liberal⁸⁰. Frente a una política social basada en los derechos de ciudadanía, el ideal neoliberal pretende sustituir las ineficaces prestaciones sociales públicas por eficientes servicios ofrecidos por el sector privado (mercado y tercer sector). En este proceso, las organizaciones voluntarias, quieran o no, han entrado en esta dinámica de dismantelamiento de políticas sociales, dinámica basada en la erosión de derechos de ciudadanía.

⁷⁹ Desde una postura formalmente más moderada, si bien aceptando el fondo de las propuestas, J. SEGURA (1999: 309) sintetiza los argumentos básicos de los ‘nuevos’ liberales (“por una parte ciertos, y por otra, relativos”), que delimitan la única posible línea estatal de intervención social (no intervencionista), en el marco de una economía globalizada: a) “...si la redistribución es tan intensa que las diferencias de renta disponible para el gasto entre los individuos dependen poco del esfuerzo y la calidad del trabajo realizado, el sistema desincentiva el trabajo, el esfuerzo y el ahorro”, y b) “si los niveles de protección y redistribución son demasiado elevados, absorben un porcentaje de recursos que pueden afectar a la competitividad de la economía” —se expone así la falsa dicotomía *equidad versus eficiencia*, que es analizada críticamente por V. NAVARRO (1997: 46-53), y mucho antes, por J.K. GALBRAITH (1973: 159-163), cuyo análisis confirma la compatibilidad (expuesta en términos de verdadera necesidad recíproca) entre seguridad y gastos sociales e incrementos de productividad—. Lo evidente en este caso, es que finalmente es el mercado quien decide si los niveles de protección y redistribución son demasiado elevados. Desde ese punto de vista, en los países menos desarrollados económicamente, cualquier iniciativa de redistribución —por mínima que sea— será siempre excesiva. De nuevo, la lógica del mercado imponiéndose sobre los criterios sociales de equidad. Y centrándonos en el caso español, ¿quién puede —en el marco de nuestro precario Estado de Bienestar— afirmar que la redistribución económica es demasiado intensa y las rentas demasiado igualitarias? ¿es que habría que reducir aún más las prestaciones de desempleo, o limitar los programas de rentas mínimas para que sus perceptores se esforzaran más y no vivieran ‘a lo grande’ del Estado? Terminar optando, como solución de compromiso, por la mejora de la “igualdad de oportunidades de la sociedad” (SEGURA, *ibíd.*), es olvidar que ante una estructura de marcada desigualdad social/material, para garantizar una igualdad de oportunidades real, y no sólo formal, es siempre imprescindible intervenir ‘materialmente’: esto es (aunque no sólo), redistribuir rentas.

⁸⁰ Los textos clásicos de SMITH (1996 y 1997) son tremendamente ilustrativos al respecto: “el hombre [...] está casi permanentemente necesitado de la ayuda de sus semejantes, y le resultará inútil esperarla exclusivamente de su benevolencia. Es más probable que la consiga si puede dirigir en su favor el propio interés de los demás y mostrarles que el actuar según él demandará redundará en beneficio de ellos. [...] No es la benevolencia del carnicero, el cervecero, o el panadero lo que nos procura nuestra cena, sino el cuidado que ponen ellos en su propio beneficio” (SMITH, 1996: 45-46). Y como gran precursor de estos planteamientos pesimistas característicos del liberalismo no podemos olvidar a HOBBS (1994: 105 y ss.), para el que (y a diferencia de SMITH), si no se pone freno al egoísmo natural del hombre, se llega necesariamente a una guerra de todos contra todos: “mientras los hombres viven sin ser controlados por un poder común que los mantenga atemorizados a todos, están en esa condición llamada guerra, guerra de cada hombre contra cada hombre” (*ibíd.*: 107).

En alguno de los anteriores pasajes reflejamos las tribulaciones de Durkheim en torno a la resolución de las relaciones entre el individuo (abstractamente considerado) y el Estado. Esas vacilaciones —irresueltas— se trasladan a la definición del papel de mediación de los grupos intermedios y a la dilucidación del grado óptimo de libertad individual, y terminan reflejándose en su modelo final, en el que se intuye una férrea tutela estatal del individuo integrado en las corporaciones. Esta paradójica *autonomización dependiente del individuo* supone un simultáneo alejamiento/acercamiento frente al Estado a través de los grupos secundarios. Constituye, así, una paradoja teórica conservadora que cobra vida en el actual modelo de relación entre organizaciones voluntarias y administraciones públicas. Asistimos a la expresión de la autonomía formal de las organizaciones voluntarias —autonomía, claro está, rigurosamente reglamentada por el Estado y, simultáneamente, a su sometimiento indiscriminado y consciente a una serie de normativas y directrices fijadas por las administraciones, a los concursos de concesión de subvenciones, etcétera. Los individuos insertos en las organizaciones voluntarias disfrutan y construyen su cuota de libertad frente al Estado, pero lo hacen gracias a su dependencia estatal (este hecho es especialmente cierto en el caso de las grandes corporaciones voluntarias). Una vez más la perspectiva conservadora muestra su aplicabilidad.

A modo de precaria síntesis, podríamos afirmar que estamos, según nuestra percepción, en un ciclo en el que domina un modelo asociativo ‘conservador’ en el que prima el mantenimiento del *statu quo* (independientemente de la posición ideológica ocupada por las asociaciones) frente a las dinámicas transformadoras.

7.6.3. *Identidad ideológica de las organizaciones voluntarias contemporáneas*

En el marco del discurso dominante de solidaridad universalista y su vacuidad, que analizaremos más adelante, se puede hablar hoy en día, de la progresiva generalización de unas organizaciones voluntarias —y un voluntariado— *de perfil ideológico bajo*, lo que no habría que confundir con una desideologización de las organizaciones voluntarias.

Sintomáticamente, según un estudio de EDIS (1995), los/as jóvenes voluntarios/as, o que se muestran proclives en un futuro próximo a colaborar como voluntarios/as (conjuntamente un 61% del total de jóvenes), aprecian positivamente la no politización de la organización a la hora de decidir y concretar su participación o compromiso asociativo. Exactamente un 67% de estos jóvenes ‘pre-voluntariado’ encuestados conceden bastante o mucha importancia a “que la organización no tenga simpatías polí-

ticas” (ibíd.: 107)⁸¹. De lo que los jóvenes huyen en este caso, no sólo es de la alineación política formal, entendiendo ésta no sólo como la vinculación o dependencia con respecto a partidos políticos o sindicatos; además, los ‘pre-voluntarios’ prefieren no implicarse en asuntos ‘políticos’ propios de la asociación. Los jóvenes conciben positivamente esta desideologización formal, sin percatarse de que ese rasgo de moderación y desalineamiento (como reafirmamos en otros pasajes de este texto) es una característica clave de su marcado perfil ideológico (político al fin y al cabo). Como señala certeramente J. Meynaud (cfr. Castillo, 1987: 40) “el apoliticismo no es ni puede ser una posición políticamente neutra en la medida en que no pronunciarse sobre el valor del orden social equivale a aceptarlo”. Tendríamos que hablar con Bourdieu (2001: 61 y ss.) del dominio de una verdadera “política de despolitización” que se expande socialmente de manera poderosa. Volviendo a los datos, existiría una fuerte coherencia entre la apolitización de los jóvenes y de las organizaciones voluntarias.

Lo que se produce en términos generales, es un proceso de ‘centramiento’ o moderación ideológica (de corte liberal) de las organizaciones voluntarias, a través del abandono de premisas reivindicativas y opciones radicales. La reivindicación pasarían así a constituir un teórico (que no real) signo de identificación de la acción asociativa (Azúa, 1992: 143); formando parte de una especie de ‘imaginario asociativo’. A cambio encontraremos su sustitución por referencias a valores éticos y políticos generales (que supuestamente caracterizarían una democracia liberal), no problemáticos y asumibles por la inmensa mayoría de los ciudadanos⁸². A pesar de este ‘centramiento’, es necesario reconocer que las organizaciones voluntarias, siguen encarnando un “comunitarismo defensivo frente al individualismo posesivo y agresivo de la economía triunfante” (Alonso, 1998b: 166).

Como ejemplo arquetípico de esta laxitud ideológica podemos utilizar el caso de Cruz Roja —quizá se trate de uno de los ejemplos de moderación con más ‘tradición’, debido a su estrecha y secular vinculación al poder político—, cuyos principios fundamentales son: humanidad, imparcialidad, neutralidad, independencia, voluntariado, unidad y universalidad (Marcos y Fresno, 1992: 280). Quizá el más interesante para explicitar nuestras tesis sea el principio de neutralidad: “el movimiento se abstiene de tomar parte en las hostilidades y en las controversias de orden político, racial, religioso e ideo-

⁸¹ En adición, los resultados de la encuesta muestran que el rechazo al componente ideológico aumenta con el incremento del nivel de estudios: 54% jóvenes con estudios primarios, 68% jóvenes con estudios secundarios, y 73% jóvenes con estudios universitarios (EDIS, 1995: 108).

⁸² ESTIVILL (1989: 128) refleja en su estudio esta laxitud ideológica que declaran la mayoría de las organizaciones voluntarias, que potencialmente no excluyen a nadie, si bien apunta, que tras esta situación pueden existir ciertas presiones latentes que conduzcan a la autoexclusión (o a el adoctrinamiento o adaptación ideológica, añadiríamos nosotros).

lógico”⁸³ (ibídem). Este principio, que podríamos suponer garantiza la libertad de acción en caso de conflicto armado —tipo de actividad cada vez más secundario en la organización con respecto a la intervención sobre situaciones de marginación o cooperación internacional—, sume a la organización en una paradoja inquietante, dado que toda acción de tipo humanitario, de ‘injerencia’ en circunstancias de carencia, marginalidad y conflictos dramáticos, lleva asociado implícitamente el ‘tomar parte por’ el segmento más débil, y por tanto, escapar necesariamente de esa neutralidad (y de hecho muchas veces Cruz Roja lo hace explícitamente). Parece claro que el principio debía ser el respeto activo —y dentro de límites definibles— a las diferentes opciones políticas, religiosas, culturales, etcétera, y no la neutralidad avalorativa. Esta neutralidad encierra un evidente riesgo de sumisión acrítica al poder⁸⁴. El perfil ideológico bajo que estamos reseñando afecta de manera especial a las grandes corporaciones voluntarias, ocupando en general las pequeñas asociaciones voluntarias una posición ideológica más descentrada.

Esta estrategia de *desideologización formal* (moderación) se puede constatar al comprobar que sólo unas pocas organizaciones voluntarias ‘extremistas’ (no centradas ideológicamente), y de carácter predominantemente marginal, hacen ‘comulgar’ con un ideario explícito, y lo que es más importante, concreto, a los/as voluntarios/as —realizando así una preselección ideológica de su ‘personal’ voluntario—. Veamos algunos pocos ejemplos ilustrativos: De las fichas elaboradas por las propias asociaciones voluntarias de Madrid —y recogidas en la guía editada por la Dirección General de Coordinación y Voluntariado (1998)—, podemos obtener los siguientes apuntes, excepcionales reseñas de ‘condiciones’ ideológicas planteadas explícitamente al potencial voluntariado. Por ejemplo, la *Asociación de Mujeres Jóvenes*, plantea como requisito la “sensibilidad feminista”; por su parte, *OCASHA* (Obra de Cooperación Apostólica Seglar Hispanoamericana), pide “cristianos comprometidos (católicos)”; y para terminar esta ‘muestra’, los

⁸³ Abundando en este principio, el artículo 25 del Reglamento General Orgánico define la necesaria *neutralidad e imparcialidad* que habrán de tener los miembros de la Cruz Roja: esto implica que “sus miembros y empleados se abstendrán de utilizar los símbolos de la misma, el personal, los servicios y los medios materiales a favor o en contra de las distintas opciones políticas, sindicales, religiosas e ideológicas de la sociedad” (cfr. MARCOS Y FRESNO, 1992: 283). Se trata de principios de realización extremadamente conflictiva y problemática en situaciones concretas.

⁸⁴ Debemos además recordar al respecto que Cruz Roja, aunque goza de una creciente autonomía, es una entidad ‘tutelada’ por el Estado, lo que implica desarrollar sus actividades bajo su protección y su intervención (RODRÍGUEZ CABRERO Y MONSERRAT, 1996: 256). Así, en el Real Decreto 1474/1987 de 27 de noviembre que regula esta organización, se la define como “auxiliar y colaboradora de los poderes públicos” (cfr. MARCOS SANZ Y FRESNO, *op. cit.*: 274). Esta situación limita extremadamente su libertad de acción (que tiende hacia un colaboracionismo acrítico) y condiciona profundamente sus presupuestos ideológicos.

Jóvenes Pro-vida, exigen “asumir el ideario de la asociación” centrado en la “defensa de la vida humana desde el momento de la concepción hasta la muerte natural”⁸⁵.

‘Abundan’ entre ellas las asociaciones de inspiración religiosa conservadora — que haríamos corresponder con un modelo de voluntariado ‘clásico’—, que plantean la exigencia de unas creencias religiosas, y que puede que ilustren la paulatina ‘descentración’ conservadora del discurso de la iglesia católica a lo largo de los últimos años. Por supuesto, las asociaciones más descentradas ideológicamente —especialmente las no conservadoras—, con perfiles más reivindicativos, con un grado bajo de institucionalización y una existencia ‘marginal’, con toda probabilidad no están recogidas en el catálogo. Resulta esclarecedora la conexión que apunta la *Asociación de Mujeres Jóvenes* con los nuevos movimientos sociales (en su modalidad feminista); así, al menos parte de las organizaciones voluntarias menos centradas ideológicamente —situadas en el polo ‘progresista’—, aparecerían como herederas directas de los ahora lánguidos nuevos movimientos sociales. Desde otra perspectiva de análisis, podemos afirmar que, en momentos en los que el éxito organizativo es un objetivo importante, las organizaciones voluntarias adaptan su perfil (suavizándolo) para resultar atractivas y de esta manera captar al mayor número posible de voluntarias/os; y también revisan sus programas y premisas para, asimismo, captar la mayor cantidad de recursos estatales.

Esta disolución ideológica —insistimos *formal*, no real⁸⁶— de las asociaciones voluntarias, es especialmente evidente en el caso de las organizaciones que operan en el campo de la acción social —aunque no lo pareciese por las excepciones señaladas—. Las organizaciones con objetivos no estrictamente sociales (por ejemplo, las asociaciones de corte conservacionista), parecerían estar más a salvo de la moderación ideológica, puede que por que su ámbito de actuación principal es ‘material’. Por ejemplo, *Arba* (Asociación para la Recuperación del Bosque Autóctono), hace de esta recuperación forestal su principal —y concreto— sentido de existencia, por lo que ante esta ‘simplicidad’ de objetivos (con una dimensión social muy desdibujada, aunque presente), hay menos espacio para la ‘moderación’. No obstante, sería muy discutible hablar de radicalismo en el caso de las grandes corporaciones conservacionistas como *Greenpeace*, organización que exhibe objetivos principalmente políticos, y que ha venido especializándose en la exquisita planificación y ejecución de grandes —y vistosos— golpes de efecto

⁸⁵ Curiosamente, desde posiciones ideológicas coincidentes se pretende atribuir un perfil ideológico bajo a la asociación ‘Jóvenes Pro-Vida’. Así lo hace VELASCO (1995: 110), al afirmar que “Jóvenes Pro-Vida es una asociación aconfesional y apartidista”. Se trata de un sintomático ‘intento’ de centrar el discurso ideológico de la organización, que en su actividad cotidiana explicita su fuerte conservadurismo católico.

⁸⁶ Creemos que en ese mismo sentido MARCUSE (1972: 41), aclara que la aparente disolución de lo ideológico que implica realmente la “absorción de la ideología por la realidad no significa, sin embargo, el «fin de la ideología»”.

(de carácter simbólico) mediáticamente difundidos y rentabilizados en términos políticos y de reconocimiento social —por tanto, en aumento de poder—⁸⁷. Esta política conservacionista de altos vuelos (en la que se trata también de incorporar la perspectiva científica ‘objetiva’), demuestra a la postre una escasa capacidad o voluntad de acción concreta.

Volviendo a un enfoque más genérico, no se trata de una mera casualidad o coincidencia que el objetivo declarado desde instancias políticas y desde las propias organizaciones voluntarias, sea encaminarse hacia un universo voluntario/solidario en el que absolutamente todos los ciudadanos puedan encontrar un lugar inespecífico en cualquier entidad voluntaria: en definitiva, se trata de construir un *voluntariado de masas* (caracterizable por la laxitud ideológica y el aumento exponencial de recursos humanos voluntarios). Pero, esta aspiración puede resultar problemática, por el riesgo de ‘degradación’ del voluntariado que podría derivar del crecimiento descontrolado y la adscripción ‘light’ a la iniciativas voluntarias (dando lugar a un sector voluntario extremadamente ‘móvil’ e inestable). En esa línea de argumentación, y como propuesta estratégica de construcción del voluntariado, sería muy conveniente, no la selección activa del voluntariado, sino que las organizaciones voluntarias hicieran explícitos su presupuestos ideológicos y objetivos, huyendo de la vacua abstracción universalista. Se trataría de elevar el perfil ideológico, y huir del objetivo de construir un voluntariado de masas a toda costa, entendiendo que el elevado número de voluntarios/as no es el indicador más fiable para suponer una participación social activa de la ciudadanía.

A pesar del tendencia centralizadora y homogeneizante⁸⁸, desde un punto de vista ideológico, las *organizaciones voluntarias distan de ser un sector uniforme* o indiferenciado; es un hecho irrefutable que están fuertemente fragmentadas (Alonso, 1998b: 166), en to-

⁸⁷ Aunque el *modus operandi* de Greenpeace se ha mantenido constante desde su fundación en 1971, abordando acciones conducentes a impactar en la opinión pública, se ha ido abandonando —aunque no totalmente— la *acción directa* caracterizada por intervenciones arriesgadas (situándose entre la ballena y el arpón, tratando de impedir con botes neumáticos el lanzamiento al mar de bidones de residuos tóxicos, etc.), para especializarse en los noventa en *acciones de escenificación* sensibilizadora de ‘bajo riesgo’ (disfrazándose con monos blancos y máscaras antigás, y portando pancartas, como es el caso de la campaña contra productos transgénicos, etc.) que buscan exclusivamente la difusión mediática. En definitiva, estamos ante un activismo ‘blando’, menos transgresor/incómodo frente a los poderes, lo que da una idea de su moderación general (paralela a su progresivo éxito social, crecimiento organizativo, y claro está, a la asunción formal de los Estados del ‘credo’ conservacionista). En ese sentido, hoy en día resultaría realmente impensable que se repitiera el sabotaje del primer *Rainbow Warrior*, mítico barco de Greenpeace que en 1985 fue hundido en el puerto de Auckland (Nueva Zelanda), por agentes del servicio secreto francés.

⁸⁸ Que se reflejaría en una homogeneidad interna de las organizaciones voluntarias (perfil muy homogéneo de los miembros de la organización). Característica señalada para el caso de los EE.UU. por POPIELARZ y MCPHERSON (1995).

dos los sentidos⁸⁹. Correspondiéndose parcialmente con nuestra implícita distinción entre organizaciones voluntarias de perfil ideológico alto y bajo, Luis E. Alonso (ibídem) distingue entre, las “...organizaciones que tienden a heredar de manera transformada pero real parte de los rasgos de los nuevos movimientos sociales, [...y las] organizaciones que o bien son simples captadores de subvenciones, o bien son elementos de tipo pseudoprivado para realizar o ayudar a una precarización del propio Estado del bienestar”. Así pues, ciertos riesgos que amenazan —de manera creciente— a las organizaciones voluntarias, como son la mercantilización de sus servicios, y su promoción en función de intereses o aspiraciones estrictamente personales (Casado, 1989: 44), se elucidarían satisfactoriamente en este contexto de relajamiento ideológico formal. Este constituye un marco en el que penetra y se instala con gran facilidad un discurso liberal clásico (pretendidamente no-ideológico), estrictamente conservador, abanderado de la libertad individual y la *meritocracia*, y por supuesto del *lucro* —si bien, convenientemente camuflado—, y cuya tarjeta de presentación se sustentaría en la *eficacia* de gestión (siempre monetarizable) y en la omnipotencia y legitimidad de toda iniciativa de la sociedad civil, entendida ésta siempre como expresión de voluntades individuales⁹⁰ —privadas— y nunca colectivas; es decir, soslayando sistemáticamente el carácter y esencia grupalista o pública de las expresiones de la ciudadanía o sociedad civil.

Esta fragmentación ideológica de las organizaciones voluntarias españolas a la que hemos hecho referencia, ha sido afrontada en una investigación cualitativa —realizada a través de grupos de discusión— relativamente reciente (Rodríguez Cabrero y Ortí, 1996)⁹¹. A continuación reseñaremos sintéticamente algunas de las conclusiones más relevantes de este estudio, según nuestra apreciación. Gregorio Rodríguez Cabrero y Alfonso Ortí, establecen en su análisis la existencia de tres fracciones discursivas principales —que se corresponderían con tipos diferentes de organización— aunque con un peso específico muy diverso:

⁸⁹ En esa dirección, nos parece clarificador el breve ‘diagnóstico’ ofrecido por IEPALA —en la presentación del texto de M.^aL. ORTEGA, (1994: 19)—: “existen muchos tipos de ONG en función del «campo» en el que actúan: las de acción social, asistencia humanitaria, defensa de los derechos humanos, atención a marginados, cooperación al desarrollo, o las de trabajo cultural, educación popular, etc, etc... Como existen, en ellas, entre ellas y sus entornos, multitud de estructuras y funcionamientos distintos, posiciones contradictorias, objetivos contrarios, intereses enfrentados, ideologías no compatibles y formas de trabajar de signos totalmente opuestos... ante realidades, por otra parte, muy comunes y con problemáticas casi idénticas —¿síntoma del pluralismo democrático?—”.

⁹⁰ Como mucho, un simple agregado —sumatorio o colección— de estas voluntades individuales.

⁹¹ Otra aproximación cualitativa al asociacionismo —fundamentalmente descriptiva— puede encontrarse en MARCOS SANZ Y ÁLVAREZ PRIETO (1989). Sin olvidarnos de los mucho más incisivos trabajos del COLECTIVO IOÉ (1989b, 1990a), en este caso, más centrados en el voluntariado.

- a) En primer lugar, habría que hacer referencia a la fracción de *asociacionismo burocrático* o *fracción privatista*⁹²: En general su filosofía política es la del “individualismo asociativo que sustituye fines por medios, que exige del Estado apoyo financiero y concertación sobre el supuesto axiomático de su superior capacidad de gestión respecto del sector público y que idealiza el mercado [...] y que entiende que su] logro depende de la ruptura con los orígenes reivindicativos” (ibid.: 132). Está claro que la concepción de bienestar de la que participan estas asociaciones es estrictamente liberal, lo cual supone que el modelo ideal —de gestión eficaz— pasa por una privatización absoluta del bienestar social (ibid. 137), en la que el Estado (verdadero enemigo) *debe* auto-limitarse rigurosamente a ser un solícito ente financiador. En ese marco ideológico, no debe extrañar que “el modelo asociativo latente, cuando no explícito es la empresa mercantil de servicios” y “el referente ideológico latente e incluso explícito es el mercado con su supuesta capacidad de innovación, competencia y eficiencia” (ibid.: 137).
- b) En segundo lugar Rodríguez Cabrero y Ortí perfilar un bloque mayoritario o *bloque comunitario pragmático*, cuyo discurso básico pasa por “socialización del bienestar en el seno de un sistema mixto” (ibid.: 135), y por tanto, por la complementariedad e interrelación entre una sociedad civil plural y otros niveles institucionales: Estado a la cabeza —al que no se niega su función central en la tutela y prestación de servicios, ni se le considera un enemigo—. El ideal lo constituiría un modelo de ‘*complementariedad autónoma*’ (ibid.: 134), sin que ello signifique una dependencia económica extrema de la administración. Se muestra la necesidad de la búsqueda de fuentes alternativas de recursos.

Este bloque, integraría dentro de su ámbito de actuación —con fórmulas de equilibrio diverso⁹³—, tanto la función reivindicativa (vinculada a la movilización), como la función de gestión de servicios (arraigada en la organización). Asimismo, desde esa posición se insiste en la importante contribución de las organizaciones voluntarias en la articulación y desarrollo de una verdadera democracia participativa: enten-

⁹² Este discurso es también recogido —en un nivel mucho más descriptivo y sin sistematización formal— en otra aproximación cualitativa a las organizaciones voluntarias (*vid.* MARCOS SANZ y ÁLVAREZ PRIETO, 1989: 115).

⁹³ RODRÍGUEZ CABRERO Y ORTÍ (1996: 148-152), descomponen a su vez este sector mayoritario —en función de su complejidad y ambivalencia— en tres diferentes fracciones con fronteras difusas: a) *asociacionismo comunitario*, b) *asociacionismo asistencial*, y c) *asociacionismo organizativo*; fracciones asimiladas a distintos tipos y estilos organizativos.

dida como profundización de la democracia representativa, y a través de la promoción de valores sociales importantes —solidaridad, etc.— (ibíd.: 133).⁹⁴

- c) Por último, Rodríguez Cabrero y Ortí establecen una tercera fracción *comunitarista residual*, “cuyo discurso básico es la idealización reivindicativa o hipercriticismo comunitarista” (ibíd.: 135). Estos autores señalan que este discurso crítico identifica como objetivo prioritario la reivindicación, al tiempo que no admite de ninguna manera como tarea propia la prestación de servicios. Esta prestación no generaría, desde esta perspectiva, sino una dependencia y sometimiento inaceptable frente a las distintas administraciones públicas—, y desde ahí se ataca, al menos desde una óptica formal, a las ONGs. No obstante, señalan estos autores que tras esta discurso hipercriticista se esconde una “latente [...] concepción conservadora de la política social sobre la base de un discurso de socialización absoluta y utópica del bienestar” (ibíd.: 136). Desde nuestro punto de vista, quizá hubiera sido necesaria una mayor profundización justificativa, en relación a esta dimensión conservadora de la fracción comunitarista.

Como cuestión final, hay que apuntar que en función de las tres fracciones discursivas y organizativas perfiladas en esta investigación, y brevemente referenciadas aquí, la fragmentación del movimiento asociativo acaecido durante la década de los ochenta es interpretada de manera distinta desde cada posición: como “*pérdida del sentido originario (Comunitaristas)*, como un proceso de institucionalización y crecimiento funcional (*Profesionistas*) y como un proceso complejo de socialización del bienestar dentro de un sistema mixto de bienestar (*Pragmáticos de la socialización del bienestar*)” (Rodríguez Cabrero y Ortí, 1996: 135).

⁹⁴ Nos parece percibir en esta investigación, una cierta idealización de este sector central o *bloque comunitario pragmático*; como contrapunto autocrítico de este trabajo podríamos aceptar una cierta idealización de la posición representada en esta clasificación por el sector comunitarista reivindicativo.

CAPÍTULO 8

VOLUNTARIADO Y MERCADO DE TRABAJO

En este capítulo, abordaremos el análisis de las dinámicas que se establecen entre el voluntariado y el mundo ‘profesional’, o si se quiere, entre voluntariado y empleo. Se eludirá, no obstante, la consideración de las ‘problemáticas’ relaciones cotidianas entre el colectivo de voluntarios/as y profesionales¹, tratamiento sociológicamente epidérmico —aunque, ciertamente relevante para la gestión de los recursos humanos de las organizaciones voluntarias—, que, como bien indica Campo Sánchez (1996: 160), supone un verdadero “lugar común” a la hora de abordar la temática del voluntariado. Esta aproximación, ciertamente tópica, se aleja irremediablemente del verdadero centro de análisis, al reducir las complejas ‘interferencias’ entre la esfera del trabajo asalariado y la acción social voluntaria, a la existencia de interacciones personales no optimizadas —desde el punto de vista funcional— en el seno de las organizaciones voluntarias; en definitiva, se reducen las ‘interferencias’ a un simple problema de eficacia.

Es necesario tomar conciencia de que el voluntariado ocupa una posición extremadamente paradójica y ambigua en relación al mercado de trabajo, hallándose sometido a grandes tensiones que tienden a distorsionar lo que podríamos denominar su perfil ‘clásico’, especialmente desde el punto de vista motivacional: contribuyendo a diluir, matizar o reconstruir su ‘altruismo’. Aunque desde una perspectiva lógica el voluntariado se separa (y diferencia) radicalmente del trabajo asalariado, en función de la gratuidad que caracterizaría la acción voluntaria, el voluntariado ‘real’ fortalece paulati-

¹ Enfoque que podemos encontrar en: BLANCO PUGA (1996), FORESTER (1985), MARTÍN TEJEDOR (1988), BERNARDO CORRAL (1988b).

namente sus vínculos con el mercado de trabajo². Todo ello se produce, claro está, en el contexto de un mercado fuertemente precarizado³ y excedentario de trabajadores como es el español⁴, y en cuyos márgenes encontramos un nutrido colectivo de jóvenes aspirantes hipertitulados (especialmente en ciertos sectores, como puede ser el de servicios sociales)⁵. Tampoco deberíamos olvidar las penalidades económicas que caracterizan el día a día de muchas de las organizaciones voluntarias, sometidas a los ilógicos ‘ritmos’ e insuficientes cuantías de las subvenciones⁶ (en su mayoría: verdaderas subcontratas estatales). En definitiva, el voluntariado aparece, cada vez más, ante los jóvenes como “una estrategia desdinerada hacia la producción de la mercancía trabajador y la integración en el mercado laboral” (Callejo, 1999: 57). Tal estrategia de búsqueda de empleo sería más utilizada por los jóvenes universitarios, más amenazados éstos por la ‘inconsistencia de estatus’⁷, o por la desincronización de los marcadores de estatus. Así pues, el voluntariado aparece cada vez más como un *recurso* de aproximación al mercado de trabajo, un verdadero “camino hacia el empleo” (MacDonald, 1996: 26), o incluso

² ALBARRACÍN *et al.* (1999) ilustran esta tendencia, al considerar el sector asociativo como simple elemento del mercado; así “...los voluntarios y empleados del Tercer Sector, [...] convertidos en un recurso humano flexibilizado y altamente disponible en un sector asociativo transformado en un submercado más...”.

³ Un agudo análisis de la precariedad del trabajo en las sociedades occidentales puede encontrarse en BECK (2000b). Desde otro punto de vista, SENNETT (2000) analiza las consecuencias personales de la flexibilización del trabajo en el nuevo capitalismo.

⁴ Aunque se trata, simultáneamente, de un mercado capaz de incorporar (y demandar), en ciertos sectores —normalmente con puestos de trabajo que requieren una *relativa* baja cualificación: agricultura, construcción y reformas, hostelería...—, un volumen muy importante de trabajadores/as inmigrantes. Aparente paradoja que se disuelve si se observa la característica paradigmática que ‘aportan’ fundamentalmente los trabajadores/as inmigrantes (por supuesto, no pertenecientes a países desarrollados): la casi ‘ilimitada’ *flexibilidad* de su fuerza de trabajo (desde un punto de vista geográfico, de dedicación temporal, y evidentemente, salarial).

⁵ A. SANTOS (1999: 45) abunda en esta percepción: “parece cada vez más indiscutible que la inseguridad y la precariedad laboral están caracterizando la socialización profesional de la mayoría de los jóvenes en los últimos veinte años”. Aportemos algún dato sobre el nivel de precarización del empleo juvenil. Según datos de *Eurostat*, aparecidos en julio de 2002, en España, y para el intervalo de edad entre 20 y 29 años, un 54,4% de las mujeres y un 53,2% de los hombres disponían de trabajos eventuales. La media de la UE se situaba en el 26% y en el 23,3% respectivamente. (datos reproducidos por el diario *El País*, 22 de Julio de 2002).

⁶ Veamos un ejemplo que refleja esta situación. Uno de los gestores entrevistados nos relata: “...las posibilidades económicas de la asociación aquí en Madrid son muy limitadas. Las actividades se hacen con menos de dos millones de pesetas. Con eso tienes que pagar el alquiler, la luz, el teléfono, gastos de oficina y además, bueno, pues, pagar a la gente cuando puedas pagarla ¿no?” (G7). Indirectamente, se están apuntando situaciones irregulares, asociadas a una salarización precarizada. También ilustrativo de las penurias económicas por las que pasan buena parte de las organizaciones, es el recurso habitual a la petición de créditos personales, para poder continuar con los programas abiertos hasta que lleguen las subvenciones concedidas. Aspectos ilustrados por las entrevistas G1 y G3.

⁷ Podemos definir la inconsistencia de estatus como “forma de no concordancia entre todas las dimensiones materiales y simbólicas que definen un lugar en la estratificación social” (ALONSO, 1999b: 11)

como un “tiempo de espera, de transición hasta encontrar un empleo” (Tovar y García Albert, 1999: 148), y cada vez menos como un espacio de participación social. De ahí, que se configure como un espacio de acción progresivamente más *reflexivo* —‘egocéntrico’— y menos *transitivo* socialmente. Por eso, para Javier Callejo (1999: 58) el actual voluntariado “*tiene que ver más con «buscarse la vida» que con la solidaridad*. La flexibilidad estratégica parece llevar más a una especie de utilitarismo de amplios horizontes que [...] la solidaridad”⁸.

8.1. TENDENCIAS HACIA LA PROFESIONALIZACIÓN FUNCIONAL DE LA ACCIÓN VOLUNTARIA, Y DINÁMICAS DE PRECARIZACIÓN DEL EMPLEO REMUNERADO

Como punto de partida, para analizar los condicionamientos que puedan ejercer mercado de trabajo y voluntariado entre sí, es necesaria la evaluación de las tareas y funciones que acostumbran a desarrollar los voluntarios y voluntarias, determinando en qué casos pueden contribuir a desplazar a los profesionales (evaluación que necesariamente encuentra a su paso abundantes zonas grises). Asimismo, es necesario estudiar las frecuentes dinámicas de paso —‘promoción’— que se producen en el seno de las organizaciones voluntarias, desde el colectivo voluntario al grupo de profesionales. Con respecto a esta segunda cuestión —de análisis más asequible— Gregorio Rodríguez Cabrero (1999: 26) recuerda que “la entrada en las entidades sociales como voluntarios suele ser el inicio de un proceso o continuo cuyo culmen es la profesionalización dentro de la entidad”⁹. Podemos hablar, en consecuencia, de la existencia de verdaderas ‘*carreras profesionales*’ dentro de las organizaciones voluntarias, con una notoria peculiaridad, y es que una parte importante de esas carreras es, en sentido estricto, pre-profesional —si es que asociamos tal término a la ausencia de remuneración económica—¹⁰. Podríamos, además, plantear que el aumento del número de voluntarios/as durante los últimos años (en términos globales), pudiera haber complicado en algunos casos la promoción profesional —asalariada— en las organizaciones voluntarias, si bien, por otro lado, la

⁸ La cursiva es del autor.

⁹ Incluso ciertas organizaciones voluntarias —como Cruz Roja— establecen como norma general que los puestos de trabajo asalariado generados por la organización solo pueden ser cubiertos por voluntarios/as de la organización

¹⁰ Los entrevistados relatan con frecuencia ejemplos de promoción profesional a través del voluntariado. “Y luego incluso, además, hay asociaciones que sí, que.. Ahí, por ejemplo, en el que, en el que estoy yo, los educadores que están, llevan a lo mejor dos o tres años. Han sido estudiantes, han estado allí de voluntarios, y les han cogido [...]. Hay sitios que tienes suerte, y... les has gustado y... y te fichan, pero vamos” (V4).

ampliación paralela del volumen de trabajadores asalariados en las organizaciones voluntarias ha funcionado en sentido contrario¹¹.

Como una variante de este último proceso de promoción profesional, podríamos hablar de la función ‘trampolín’ de la actividad voluntaria, dado que facilita la proyección exterior desde el punto de vista laboral: hacia otras organizaciones voluntarias¹², o incluso empresas privadas —especialmente las ubicadas en el sector de servicios sociales— (puede verse algún ejemplo en Pearce, 1993: 35). En nuestras entrevistas, se ilustra perfectamente esta ‘promoción’ desde posiciones no remuneradas —voluntariado, o participación asociativa—, a puestos profesionales (remunerados); tal situación la encontramos reflejada en la totalidad de entrevistas realizadas a gestores de organizaciones voluntarias o responsables de programas de voluntariado (excepcionalmente, una responsable mantiene su actividad voluntaria en una asociación ajena a la organización que le contrata).

Así, en la dinámica del proceso motivacional del voluntario/a, interferiría (aunque no de manera universal), la probable perspectiva de acceder a un puesto de trabajo remunerado en la organización y/o la cualificación paralela, esto es, la formación teórica, y sobre todo práctica —adquisición de experiencia—, rentabilizables en el mercado de trabajo (MacDonald, 1996: 26; Lysack y Krefting, 1993: 139). El riesgo, lo encontramos en la *mercantilización* del trabajo voluntario (debido a su valorización en el acceso al mercado de trabajo). El peligro reside, como señala Estivill (1989: 129), en que en algunos casos las colaboraciones profesionales, que responden a expectativas de trabajo remunerado futuro “pueden encubrir relaciones laborales de absoluta precariedad y dependencia”.

Las organizaciones voluntarias se erigirían, como indica Alonso (1999b: 15) —refiriéndose a la cooperación internacional, pero siendo un argumento perfectamente aplicable al conjunto del voluntariado—, en “...un primer espacio de transición en el mercado de trabajo para jóvenes cualificados sin empleo”. Lo que significa insistir en

¹¹ Podría ser interesante abordar un análisis cuantitativo —inexistente— centrado en la determinación del porcentaje de trabajadores/as asalariados en las organizaciones voluntarias que comenzaron su andadura en las mismas como voluntarios/as. Se podría, también, estudiar este hecho en confluencia con otras variables, como por ejemplo, periodo de tiempo desempeñando tareas de voluntariado, tipo de formación, vías de acceso al puesto asalariado, etc.

¹² En algunas de nuestras entrevistas se relatan casos concretos: “Había un voluntario también, ‘X’ [su nombre], antes, que ya no está, que ese chaval estuvo de voluntario durante mucho [enfatisa] tiempo en ‘Y’ [nombre de la organización]. Y ¡claro! había estado haciendo cursos, había estado trabajando [como voluntario], quieras o no, pues había adquirido una experiencia, y ahora está trabajando en otra ONG, haciendo lo mismo, pero trabajando [como asalariado]” [...] “Claro, pero si es que es normal, si tú estás buscando empleo, y no lo tienes ahí [en la organización en la que participas de voluntario/a], y te sale otra cosa...” (V1).

cómo el/la voluntario/a, percibe la práctica voluntaria como un medio que facilita la inserción —y, por consiguiente, rentabilizable— en el mercado de trabajo. Esta rentabilización en la entrada al mercado de trabajo es resaltada por diferentes autores¹³, e incluso, por instituciones políticas como la Comisión Europea¹⁴ y el propio Congreso de los Diputados¹⁵. En definitiva, podríamos hablar, de nuevo siguiendo la formulación de Luis Enrique Alonso (1999b: 15) de “...estrategias adaptativas de ciertos colectivos juveniles para poder encontrar un acceso secundario y meritario al mercado de trabajo — como forma de adquirir cierta experiencia profesional, capital relacional, etc.—...”. Estas estrategias se manifiestan necesariamente más acentuadas en *las* jóvenes, en función de la fuerte feminización que presentan los estudios relacionados con el ‘cuidado’ social (servicios sociales), y de la paralela ‘marca’ femenina del colectivo de trabajadores/as asalariados de las organizaciones voluntarias: según un estudio de la Fundación Tomillo (2000: 59), este colectivo está integrado por un 68% de mujeres y un 32% de varones —datos que invertirían los porcentajes globales del mercado laboral español según género—¹⁶.

Pero esta línea explicativa es tan sólo un diagnóstico parcial del panorama. Prueba del lugar paradójico ocupado por el voluntariado en relación al mundo del trabajo asalariado, son los resultados obtenidos en algunas investigaciones de carácter empírico. En el estudio de R. MacDonald (1996: 30), se señala una interesante tendencia antagónica, pero a la vez, perfectamente ‘compatible’ (lo que de nuevo nos remite a la enorme ambivalencia social del fenómeno voluntario): los propios voluntarios/as entrevistados por MacDonald señalan que el trabajo voluntario puede significar una traba a la hora de obtener un trabajo remunerado, en especial en el seno de la propia organización. El planteamiento sería el siguiente: si el/la voluntario/a trabaja gratuitamente, y de manera satisfactoria ¿por qué habría que asignarle un salario?¹⁷ De todas maneras, en

¹³ Entre otros: CALLEJO (1999), ASCOLI (1987: 151), ARIÑO (1999: 150), GARCÍA CAMPÁ (2001: 131); HERRERA (1998b: 164), MORÓN (1999: 217); URRUTIA (2001: 92), VELLOSO (1999: 22-23), WEISBROD (1988: 132).

¹⁴ “Las asociaciones y fundaciones ofrecen también una valiosa formación a un gran número de voluntarios, muchos de los cuales encuentran luego un empleo en el mercado laboral convencional como resultado de la experiencia y conocimientos adquiridos” (COMISIÓN EUROPEA, cfr. MORÓN 1999: 217).

¹⁵ Aunque en este último caso desde una aproximación perversamente instrumental. Nos referimos a la *Proposición No de Ley (162/249)*, discutida en 1998 y que comentaremos más adelante.

¹⁶ Según este estudio, el perfil dominante del trabajador/a asalariado de las ONG de acción social (muy semejante al de los voluntarios/as, salvo en relación a la edad) es el siguiente: mujer, de entre 25 y 35 años, con titulación universitaria y que desarrolla tareas como profesional —categoría ésta definida difusamente en el estudio como trabajadores/as directamente implicados en la ejecución de actividades— (FUNDACIÓN TOMILLO, 2000: 60).

¹⁷ Este hecho ilustrado en una de nuestras entrevistas a voluntarios. El voluntario explica (desde una perspectiva crítica) la lógica productivista que conduce a ciertas organizaciones a no promocionar a

relación a esta tendencia deberían confluír al menos dos supuestos: *a)* que el voluntario/a busque como estrategia consciente solucionar su futuro laboral en el seno de la asociación, y *b)* que la organización utilice a los voluntarios/as como exclusivo sustitutivo de profesionales asalariados, como simple mano de obra gratuita. Así, y de forma paradójica, el voluntariado podría facilitar y bloquear —simultáneamente, si consideramos las tendencias a nivel estructural— el acceso al mercado de trabajo asalariado, situación ambivalente que se expresa modélicamente en el discurso de los voluntarios/as que hemos denominado como ‘profesionistas’¹⁸.

Parece pues necesario, para comprender el papel que cumple el voluntariado en relación al acceso al mercado de trabajo, tener en cuenta los grandes problemas de acceso y el alto grado de precariedad que aquejan especialmente a los jóvenes, convertidos de esta manera —en su prolongada espera— en jóvenes “de larga duración” (Santos, 1999: 45)¹⁹. Como muy bien apunta Rodríguez Victoriano (1999b: 107) completando la perspectiva, “entre los jóvenes, el problema del desempleo tiende a convertirse en el problema de la precarización del empleo”. Y en esa línea, el ‘nuevo’ voluntariado crecería a la sombra de la precariedad, y en cierta medida, contribuiría a la degradación de las condiciones de empleo. Ante la presión que ejerce el mercado laboral sobre los jóvenes, estos intuyen una salida a la precarización laboral —y no es sino una perpetuación, en términos globales— a través del propio voluntariado²⁰. De ahí que el voluntariado se

sus mejores voluntarios/as: “porque el buen voluntario te interesa tenerlo como voluntario. Porque si no te vas a quedar con el voluntariado que no es... que no le puedes sacar provecho” (V17).

¹⁸ Usualmente estudiantes y titulados/as en el área del ‘cuidado social’ que consideran que el voluntariado en su configuración actual —abusiva— elimina gran cantidad de puestos de trabajo (el sector ‘profesionista’ más extremo, llega propugnar incluso la desaparición del voluntariado y su sustitución sistemática por profesionales), pero al mismo tiempo se aproximan a él, dado que constituye la única forma de acumular experiencia y acercarse al mercado de trabajo (véase el capítulo 9).

¹⁹ El propio A. SANTOS (1999) pone en relación este sombrío panorama con los nuevos modelos de participación social.

²⁰ Son estos, aspectos recogidos en ALBARRACÍN *et al.* (1999). Como apunta por su parte WEISBROD (1988: 134) —a partir del análisis de los datos de algunas encuestas realizadas en los EE.UU.—, el estado de la economía afectaría al nivel de las ‘reservas’ de trabajo voluntario disponible por las organizaciones voluntarias. Cuanto más fuerte es el estado de la economía, más fácil es para un trabajador encontrar un puesto de trabajo remunerado, y por lo tanto, menos atractivo resulta un trabajo voluntario (*ibíd.*), especialmente para aquellos que buscan en el voluntariado una vía de capacitación y acumulación de experiencia. No obstante, el ‘factor económico’, no explica por sí solo, ni mucho menos, la evolución del volumen de voluntarios. Sin embargo, no es ninguna coincidencia accidental, que la ‘explosión’ del voluntariado en España, coincida en su inicio con un período (aproximadamente: 1992-1995) marcado por una acentuada crisis del mercado laboral —crisis asociada, a una gran destrucción de puestos de trabajo remunerados, incrementos significativos de la población activa (lo cual confluía en el porcentaje de paro más elevado históricamente datado en España, superior al 24% de la población activa) y a una corriente de precarización ostensible—. De todas maneras, resulta tremendamente reduccionista asociar con exclusividad el éxito de la fórmula voluntaria con los ‘avatares’ del mercado laboral. Insistimos, otros muchos factores confluyen en, y conforman, la tendencia.

inscriba plenamente en el proceso que define, de nuevo, Rodríguez Victoriano —siguiendo a Castel— (ibíd.: 107): “...estaríamos asistiendo a una normalización de la precariedad, que viene expresada por el auge de la temporalidad en el empleo y por la eclosión de franjas intermedias, en situaciones altamente aleatorias en las que se confunde trabajo, empleo, formación, y donde las figuras del meritorio, de los trabajos insignificantes, del cursillista o del trabajador voluntario delinean un panorama de trayectorias vitales discontinuas o provisionales que se prolongan indefinidamente”.

Revisemos ahora el análisis de MacDonald (1996), autor que aborda el tema del voluntariado, superando los prejuicios dominantes sobre su relación con el mercado de trabajo. Su excelente trabajo explora las pautas de trabajo voluntario en entornos caracterizados por una economía local deprimida —concretada en niveles elevados de paro—²¹. MacDonald abunda en la percepción de la actividad voluntaria como: *a)* una “respuesta activa al desempleo” (ibíd.: 19), y *b)* como una vía sustitutiva, que es utilizada por los sujetos para “re-crear por sus propios medios, una vivencia de trabajo positiva” (ibíd.: 20), vivencia que el mercado laboral les negaría. Así, el autor británico relaciona el incremento del número de voluntarios/as con circunstancias asociadas al difícil acceso —sin olvidar el fácil abandono, dada la abundancia de trabajo precario²²— del mercado de trabajo asalariado. De esta manera, MacDonald constata que en localidades con economías deprimidas, el número de voluntarios/as sin empleo remunerado pertenecientes a la clase trabajadora —la más vulnerable en un contexto de desindustrialización—, tiende a crecer (ibíd.: 21). En la base de esa tendencia (aplicándolo al caso español), encontraríamos que la ampliación del voluntariado —a la que hemos asistido durante fines de los ochenta y los años noventa— se habría producido fundamentalmente ‘por debajo’, incorporando en su mayor parte a jóvenes pertenecientes a la clase trabajadora, y clase media baja, jóvenes con grandes dificultades (en un contexto de un mercado de trabajo excedentario de jóvenes cualificados) para traducir —utilizando la conceptualización de Bourdieu (1998)— en términos de trabajo y salario (capital económico) el capital cultural adquirido en el sistema educativo.

En el caso de los miembros ‘maduros’ del segmento de la clase trabajadora en paro²³ que participan en programas de voluntariado, éstos no pretenderían prioritaria-

²¹ En su caso, localizando su trabajo de campo (entrevistas en profundidad), en *Teesside*, localidad industrial del nordeste de Inglaterra, muy castigada por la recesión de los años ochenta, y con una de las tasas de desempleo más altas de toda Gran Bretaña.

²² Abandono que no sólo afectaría a los jóvenes, sino también de manera abundante a trabajadores maduros, principales víctimas de los procesos de ‘reconversión’ industrial (duros procesos que cobraron especial virulencia en los años ochenta), que en muchos casos presentan, muy escasas posibilidades de reincorporación a la esfera del trabajo asalariado.

²³ Como límite inferior orientativo, pensemos en los mayores de 45 años.

mente la rentabilización del capital cultural —frecuentemente reducido—, ni siquiera, una problemática re-inserción laboral, sino que, siendo conscientes de su difícil reentrada en la esfera del trabajo asalariado, aspirarían fundamentalmente, a la *reactivación social* de su cotidianidad (proporcionando rutinas, interacción social y sentido). De ahí que la actividad voluntaria cobre sentido en sí misma, al permitir una ‘vivencia’ de trabajo positiva²⁴. Para estas personas, que responderían mayoritariamente al perfil de parados de larga duración, el voluntariado se constituye como una verdadera *vía alternativa* de trabajo —no asalariado— (MacDonald, 1996: 31). Evidentemente, esta función sustitutiva del trabajo asalariado, sólo puede existir si los ex-trabajadores disponen de prestaciones de carácter indefinido (aunque en su mayoría se trate de ingresos mínimos de subsistencia), por lo que tal situación abundaría más en países con cobertura ‘indefinida’ del desempleo²⁵. De esta manera, podríamos ver en el trabajo voluntario, incluso una particular forma de amortización social de los subsidios públicos. Por último, señalar que en el estudio de MacDonald, a pesar de las reiteradas referencias de los voluntarios/as entrevistados a la reactivación social y vital derivada de la acción social voluntaria, ninguno de ellos prefiere el trabajo voluntario al empleo asalariado (ibíd.: 36), lógicamente porque por positivos que sean los efectos del voluntariado, la ausencia de un salario —entre otras consecuencias— limita la autonomía personal.

Trascendamos ahora el análisis del voluntariado, incluyendo en el mismo ‘sistema’ a los profesionales asalariados de las organizaciones voluntarias (que en una proporción muy significativa fueron, anteriormente, voluntarios/as). Al respecto, aparecen esporádicamente en la literatura referencias a la fuerte precarización que afecta a los profesionales del sector (por ejemplo, *vid.* Rodríguez Cabrero, 1999 y 2000; Petras,

²⁴ Por su parte, el EQUIPO LA PLANA (1995: 240), señala, entre otros, los beneficios que para los desempleados puede tener el voluntariado, en términos de bienestar moral y psicológico. En idéntica dirección se expresa GARCÍA CAMPÁ (2001: 131).

²⁵ Sería muy interesante tratar de evaluar la repercusión de este modelo de voluntariado en España. Por un lado, España dispone de un número muy importante de parados de larga duración, pero, por otro lado, la escasez y severa limitación temporal de las prestaciones por desempleo, dificultaría optar de manera ‘duradera’ por el voluntariado como sustituto ‘funcional’ del trabajo asalariado, imponiendo a esta modalidad de voluntariado un papel marginal. No correspondiéndose con el modelo perfilado en el trabajo de MACDONALD —aunque en sus lindes— encontramos en nuestro país un volumen muy importante de prejubilados de clase obrera —mayoritariamente hombres—, que se ubicaría como una potencial cantera para el voluntariado (disponen de una relativa seguridad económica y se hallan en edad laboral, lo que les sometería a tensiones para buscar un sustituto funcional al trabajo asalariado). Sin embargo, las patentes y generalizadas barreras culturales —que limitan sus pautas participación social en relación a las mujeres— hacen que muy pocos prejubilados pertenecientes a la clase trabajadora se aproximen al voluntariado u a otras formas de asociacionismo y participación social (cuestión diferente son las clases medias profesionales, como bien se expresa en nuestro GD6). Para un análisis de las pautas de participación social de los mayores de cincuenta años en la España actual, las referencias son, ORTÍ (1995), y RODRÍGUEZ CABRERO (1997).

2000: 105)²⁶, verdadero ‘efecto perverso’, y ciertamente preocupante, derivado de la actividad del sector voluntario. Muy vinculado a esta tendencia precarizadora, el sector voluntario aparecería como un espacio que escondería formas de trabajo “irregular” (MacDonald, 1996: 26), con figuras de actividad de difícil ubicación tanto en el marco del trabajo asalariado —fuera de la legalidad— como en la acción voluntaria —transgrediendo sus características ‘esenciales’—. Desde la perspectiva ideológica liberal, se podría hablar de un sector modélico, perfectamente fluido y flexible en su gestión de los recursos humanos, verdadero ejemplo para la empresa privada y el Estado²⁷. Por otra parte, en la mayoría de los casos, la precariedad laboral tiene su correlato en la precariedad de medios que dificulta la acción del profesional asalariado, pero también del voluntario/a.

Especialmente preclaros en la ilustración de la precariedad laboral que recorre al tercer sector, son los resultados contenidos en el estudio elaborado por la Fundación Tomillo (2000: 63), según los cuales “las condiciones de trabajo de los asalariados del sector de ONG de acción social se concretan en una fuerte extensión del tiempo parcial, una alta temporalidad y salarios relativamente bajos”. Según los datos que se manejan en el estudio, prácticamente un 19% de estos trabajadores asalariados lo son a tiempo parcial (frente a un 8% para el total de la economía española) (ibíd.: 62); y un 45% tiene algún tipo de contrato temporal (frente al 33% del empleo total, porcentaje, no lo olvidemos, elevadísimo)²⁸. Con respecto a los salarios, estos son bajos en todas las categorí-

²⁶ En otros casos, por ejemplo J. ESTIVILL (1989: 129) se elude generalizar la situación de precariedad, atribuyéndose a casos específicos; incluso en el caso español restringiéndola a ciertas comunidades autónomas.

²⁷ Los voluntarios/as son conscientes de la precariedad laboral que afecta a los asalariados de las organizaciones voluntarias: “...veo que la gente que está trabajando allí nunca les hacen un contrato fijo, tienen contratos siempre que se les acaban a los seis meses, al año. O sea, nunca, *nunca* hacen un contrato indefinido...” (V1). Aquellos voluntarios/as que aspiran a una inserción laboral a través del tercer sector, vinculan la precariedad laboral a la que se ven abocados con un opresivo estancamiento vital (un bloqueo en el acceso a una vida adulta plena): “tú tampoco puedes... no sé, hacer tus planes de futuro o tal, y eso te crea también una ansiedad...” (ibíd.). Al mismo tiempo, los voluntarios/as expresan una posición ambivalente, cuando en ocasiones se muestran comprensivos con respecto a la precariedad laboral. Se entiende que es lógico que en una organización voluntaria se pague relativamente poco.

²⁸ Otro estudio de necesaria reseña (aunque de realización algo más alejada en el tiempo), cuyos resultados redundan en mostrar la elevada precariedad que recorre el trabajo asalariado en las organizaciones voluntarias (en este caso se parte de una encuesta realizada a las entidades receptoras del 0,52% del IRPF) es el dirigido por RODRÍGUEZ CABRERO Y MONSERRAT (1996: 264). Revisemos las cifras aportadas en relación al perfil del trabajador asalariado. Existiría un 54% de trabajadores con contrato fijo, un 38% con contrato temporal y un 8% de contratos de servicios. Con respecto al tipo de jornada laboral, encontramos un 65% de trabajadores contratados a jornada completa y un 35% de trabajadores empleados a tiempo parcial. Si bien con respecto al porcentaje de contratos fijos, ambos estudios son absolutamente confluentes, la investigación de RODRÍGUEZ CABRERO Y MONSERRAT apunta a un mayor porcentaje de trabajadores a tiempo parcial (casi duplica las cifras del estudio de la FUNDACIÓN TOMILLO), y por tanto, apunta a un nivel mayor de precariedad en el sector.

as ocupacionales: el salario (bruto anual) medio de un trabajador se sitúa en torno a los 2,5 millones de pesetas (ibíd.: 63), unos 15.000 euros aproximadamente, —pensemos, además, que una proporción importante de los trabajadores/as poseen formación universitaria—. Las comparaciones son mucho más desfavorables, si observamos la comparación realizada en el estudio, entre ONG de acción social y el sector sanitario y de servicios sociales en su conjunto²⁹. Es éste, un estudio que describe, pero en el que se evita toda interpretación ‘políticamente incorrecta’. De ahí que, inexplicablemente, los autores no eluciden los resultados de su encuesta en su dimensión obvia, es decir, en términos de la existencia de unos preocupantes niveles de *precarización* del trabajo asalariado en las ONG de acción social. Eluden tal apreciación (lo más que se puede leer, desde una absoluta asepsia, en una nota a pie, es que “el sector de ONG presenta unas condiciones de trabajo más desfavorables” —ibíd.: 65—) y prefieren escudarse en los imperativos de *flexibilidad* derivados de las características de la actividad —lo que habla de una cierta orientación ideológica, y de una actitud justificativa—, como elemento inherente e inevitable de la actividad en el tercer sector. Es éste un argumento a considerar, pero, en este caso, está al servicio de una actitud evasiva ante unos datos ciertamente incómodos. Así, en este estudio, se fundamenta la inevitabilidad de estos indicadores “en la coexistencia de trabajo voluntario y asalariado” que se “enmarca en unas condiciones laborales que también difieren de las del sector servicios en general, en parte porque requiere mucha más flexibilidad” (ibíd.: 57).

A modo de disculpa del sector, en relación a los abundantes signos de precariedad (repetimos, nunca explicitada como tal) los investigadores de la Fundación Tomillo nos recuerdan (ibíd.: 58) que “el grado de feminización del sector es relativamente alto y que las mujeres se ven más afectadas por los aspectos mencionados”: esto es, trabajo a tiempo parcial, temporalidad, bajos salarios. ¿Quiere decir esto que si las organizaciones voluntarias contrataran hombres, los niveles de temporalidad y de empleo parcial serían inferiores? ¿y los salarios superiores? Desde ese punto de vista ¿están contribuyendo las organizaciones voluntarias a discriminar laboralmente a la mujer? No parece que sea el caso; si de algo precisamente no se puede acusar a las organizaciones voluntarias es de discriminar laboralmente a las mujeres —en términos de acceso al mercado laboral—, cuando suponen una vía privilegiada (aunque eminentemente precaria) de inserción laboral. La Fundación Tomillo escoge un camino a nuestro juicio equivocado en su argumentación, al explicar las condiciones laborales ‘desfavorables’, a través de la elevada feminización de las organizaciones voluntarias.

²⁹ En relación al sector de servicios sociales y sanitario en su conjunto, las ONG de acción social duplicarían la temporalidad en el empleo y el recurso a la jornada parcial sería diez veces superior (FUNDACIÓN TOMILLO, 2000: 65).

Desde la administración y las organizaciones voluntarias, se ha llegado a vincular los bajos salarios con la dimensión altruista que recorrería y caracterizaría al sector³⁰. En ese sentido, aceptar salarios reducidos sería interpretado en términos de expresión de una evidente orientación moral hacia la actividad remunerada por parte de los contratados, en vez de considerarlo una característica estructural del sector (vinculada a financiación insuficiente, etc.)³¹. Tal lógica aplicada al conjunto del mercado laboral nos induciría pensar, absurdamente, que si las mujeres ganan menos que los varones es simplemente porque son mucho más altruistas, e igualmente sucedería con los administrativos y barrenderos, con ingresos menores que los ingenieros informáticos simplemente por su altruismo y sensibilidad social. Con este argumento, no queremos negar que ciertos profesionales escojan puestos de trabajo con baja remuneración (por ejemplo en organizaciones voluntarias, aunque no sólo) por criterios morales o de compromiso social³². Sobre lo que queremos insistir es que los salarios precarios en el tercer sector son mucho más *impuestos* (por la dinámica y estructura del sector, y por la situación del mercado de trabajo) que elegidos libremente por los profesionales asalariados³³. Evidentemente, en las actuales corporaciones voluntarias, existiría un sector de profesionales ‘vocacionales’ que antepondrían su realización personal en su trabajo a las condiciones asociadas: un salario bajo, un contrato temporal. Personas que en definitiva prefieren ese trabajo ‘precario’ a otros trabajos más seguros fuera del tercer sector³⁴. Pero, en primer lugar, no habría que magnificar ese sector de profesionales vocacionales (muy probablemente minoritario), y sobre todo, es necesario ser consciente de que los aspec-

³⁰ Así se expresa en algunas de nuestras entrevistas a técnicos de la administración y de gestores de organizaciones voluntarias (concretamente las entrevistas T1 y G7).

³¹ Esa es una de las razones de que aparezcan diferenciaciones en la literatura entre *voluntarios profesionales* (voluntarios en sentido estricto) y *profesionales voluntarios* (asalariados) —véase al respecto VERNIS *et al.* (1998: 151—. Implícitamente se está fusionando en un mismo sistema la precarización y la vocación, dignificando la primera a través de la segunda.

³² Nuestro material empírico da cuenta también de estos casos: “yo, en mi asociación también puedo decir que los profesionales cobran un sueldo, pero además son voluntarios. El horario de trabajo, la forma de tratar a las personas, a los ancianos y demás, roza también el voluntariado” (GD6)

³³ Una descripción irónica y crítica de la precarización profesional como estrategia consciente desarrollada por las organizaciones —revestida formalmente de consejo a gestores—, volvemos a encontrarla en la ‘fábula’ de LOFREDO (2002: 74): “...contrate a un par de especialistas desempleados, al salario más bajo que pueda imponer. Dígales que si el proyecto sale, los contratará a tiempo completo y con salarios internacionales. Si lo creen, y en su desesperación le creerán, trabajarán gratis”.

³⁴ “Yo siempre lo digo, en las asociaciones se puede ganar menos dinero, pero el trabajo es mucho más gratificante” (G7). No obstante, debemos, aportar algunos datos que nos permitan contextualizar esta afirmación. Este gestor (con titulación a trabajador social), nunca ha trabajado —en el campo de los servicios sociales— para la administración o para la empresa privada, por lo que ciertamente en su defensa de lo asociativo, que parte también del convencimiento, hay una racionalización de su propia situación laboral, atravesada por una fuerte precariedad (debe trabajar a tiempo parcial en dos asociaciones para poder subsistir económicamente).

tos motivacionales —la ‘vocación’— no niegan en ningún caso la precariedad ‘objetiva’ de una situación laboral.

Así, a pesar de que el fuerte crecimiento experimentado por las organizaciones voluntarias, y en general, por el tercer sector, durante las dos últimas décadas (tendente a una progresiva institucionalización y corporativización), se ha visto acompañado por un incremento del volumen de empleo total ‘generado’ —eso es incuestionable— lo importante es que tal crecimiento no ha redundado en un paralelo aumento relativo del trabajo estable —y en general, del empleo no precario—. De ahí, que podamos hablar en términos de diagnóstico, y con total propiedad, de la *profesionalización precaria de las organizaciones voluntarias*; profesionalización plenamente *fluida*, y por ello, absolutamente *inestable*.

En relación a este hecho, podemos tratar de elucidar algunas de sus causas. Debemos considerar que el aumento del volumen de las subvenciones concedidas por la administración (y otras formas de financiación pública), lejos de minimizar la precariedad e inseguridad económica de las organizaciones voluntarias, tiende a perpetuarla o cronificarla. La razón es que las subvenciones toman progresivamente la forma de ‘subcontratas’ de servicios de la administración (existentes o a implementar), con cuantías dinerarias que se ubican al límite —o por debajo— de los costes ‘de mercado’ (y por supuesto, siempre por debajo de los costes ‘de Estado’)³⁵. Además, esta financiación pública está ligada de manera creciente al desarrollo efectivo de programas (con condicionamiento estricto de: número y perfil del personal a contratar, períodos temporales de desarrollo del programa, actuaciones concretas —volumen de trabajo a desarrollar—, etc.), lo que fuerza a precarizar a los profesionales e incluso los servicios. Algunas organizaciones tratarán de sustituir a los profesionales, en la medida de lo posible, por voluntarios/as o estudiantes en prácticas, sin olvidar la ya añorada Prestación Social Sustitutoria que tan buenos réditos ha aportado (como fuerza de trabajo) a ciertas organizaciones voluntarias. Así, la administración aparecería como responsable indirecto de

³⁵ D. CASADO (1989: 47), refiriéndose globalmente a las organizaciones voluntarias, recuerda “...que en la oferta de servicios asistenciales profesionalizados suelen presentar costes más bajos las OSVs [organizaciones sociovoluntarias] que el sector público y que el mercado. Este contraste da lugar a una paradoja notable en la relación entre el sector público y el privado: el primero subvenciona o concierta servicios del segundo por valores inferiores a sus propios costos”. Desde esa constatación parecen demasiado optimistas las apreciaciones de PASINI (cfr. ASCOLI, 1988: 185) según las cuales sería “ilusorio considerar que los grupos de voluntariado pueden reducir sustancialmente el costo de servicio, como alguno está repitiendo. Más bien hay que suponer que, si son activos, críticos, conocedores de su función de estímulo y de promoción, contribuirán a aumentar los costos, sea porque harán surgir necesidades nuevas, de las que la opinión pública no tiene todavía conocimiento, sea porque intentarán servicios por anticipado que deberán ser asumidos por el «gasto público»”. Definitivamente, si nos plegamos a los hechos, PASINI está hablando de un modelo de voluntariado tan idealizado como ausente.

la precarización laboral, aunque al mismo tiempo, el Estado también presionaría, a través de la imposición de condiciones para el desarrollo de programas subvencionados, hacia la profesionalización asalariada de al menos una parte mínima de los servicios y puestos de trabajo existentes en las organizaciones voluntarias.³⁶

También podemos encontrar de manera recurrente en el seno de las organizaciones, la derivación de fondos económicos que se han concedido para un determinado programa, para cubrir los déficits de otros que no disponen de subvención (o ésta es insuficiente) o que la recibirán en el futuro. Asimismo, se producen derivaciones de fondos para cubrir las necesidades funcionales cotidianas de la organización (alquileres, material, personal administrativo y de mantenimiento...), son éstas otras causas de la precarización laboral. De esta forma, las administraciones públicas están fomentando en numerosos casos —como consecuencia indirecta de la concesión de subvenciones a organizaciones voluntarias— la precarización significativa del mercado laboral en el sector de los servicios sociales, e incluso, contribuyendo al mantenimiento de irregularidades contractuales (contratos ilegales y fraudulentos, horarios desmesurados, situaciones de inseguridad...). Se podría hablar casi de una economía sumergida en torno a las organizaciones voluntarias, si bien, paradójicamente fiscalizada y controlada por las distintas agencias públicas de ‘asuntos sociales’ para la sucesiva concesión de subvenciones. Sería extremadamente fácil enumerar un buen número de organizaciones concretas, en las concurren circunstancias ilegales, cuestión que no se va a abordar en esta ocasión. Es en ese oscuro espacio, donde la eficacia se transforma en precariedad. Es pues, hora de abordar seriamente y en profundidad el manido y simplista tópico de las organizaciones voluntarias como nuevo yacimiento de empleo.

Pero las organizaciones voluntarias no son simples y desvalidas víctimas de los designios del Estado. De hecho, muchas se prestan solícitamente a estas prácticas que

³⁶ Esta presión ‘salarizadora’ ejercida por la administración aparece ilustrada en algunas entrevistas. “En ‘V’ [nombre de un programa de la organización], si... si hay contratos, *más que nada es porque es obligatorio*, porque es por una subvención del 0,52 del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Entonces tenemos que justificarlo todo, hasta la última peseta ¿no? Cosa que veo lógica y normal porque estamos gastándonos un dinero que es de todo el mundo ¿no?” (G7). El dinero al que hace referencia el entrevistado —21 millones de pesetas, unos 125.000 Euros—, sólo puede ser utilizado en el pago de salarios. Por cierto, que en ese programa ‘conviven’ voluntarios/as y profesionales asalariados haciendo exactamente el mismo trabajo. Una crítica hacia la política de empleo de las organizaciones voluntarias, y la vinculación de la contratación con las presiones salarizadoras ejercidas por la administración, la encontramos en la entrevista V17: “Es que la única excusa que les veo, por la que una entidad social llega a contratar a la gente, es que como luego la administración le dice que tiene que tener siete contratados, y tienes que presentar las nóminas. Yo estoy convencido de que si no... ¿para qué van a contratar? Si la calidad del servicio es lo... lo que menos se busca, o sea, lo que menos. Tanto por las entidades sociales, como por la administración ¿eh?”

redundan en la precarización³⁷. Además, el planteamiento ‘competitivo’³⁸ — estrictamente empresarial— de muchas ONG, que les hace decantarse por la opción del crecimiento a cualquier precio³⁹, y la resistencia a perder cuotas de poder y presencia social (en términos de número de programas gestionados, volumen de servicios generado, número de usuarios, presencia en los medios de comunicación...) también influyen poderosamente en la tendencia. No debemos tampoco olvidar la gran abundancia de titulados/as del ‘cuidado’ dispuestos a trabajar también a ‘cualquier precio’ —salario—, etc. De lo hasta aquí planteado, se deriva la imperiosa necesidad de “...articular un tipo de intervención que no sirva como excusa para la eliminación de puestos de trabajo o la generación de economías subterráneas a través de estas organizaciones” (Alonso, 1998b: 168). Sin embargo, no parece traslucirse un cambio hacia esa dirección, sino más bien, una perpetuación del modelo.

Se puede argumentar que, en el caso del sector asociativo ‘clásico’ (nuevos y ‘viejos’ movimientos sociales) y del sector más comunitario de las actuales organizaciones voluntarias, también se genera empleo precario (quizá incluso más precario en sus condiciones), por un condicionamiento inmanente de tipo estructural⁴⁰: podríamos hablar del elevado nivel de *incertidumbre organizacional*. Es más que posible el diagnóstico, pero la diferencia radica en la excepcionalidad de la profesionalización (siempre de alguno de los asociados/as), el peso relativamente bajo de la prestación de servicios de forma profesionalizada, la menor corporativización —burocratización— de las organizaciones, y sobre todo la opción libre —al margen de las condiciones del mercado laboral— de profesionalización consensuada entre los propios asociados/as y aceptada por el nuevo profesional. El volumen de contratados (‘liberados’) en estos casos es realmente irrelevante, pudiendo decir que el carácter ‘voluntario’ de las organizaciones es, en

³⁷ En nuestras entrevistas a gestores, y en relación a la supervivencia de la organización, frecuentemente aparecen discursos críticos y referencias a los difíciles ejercicios de funambulismo e ‘ingeniería’ financiera que les impone el abusivo modelo de financiación pública (G1, G3, G4, G5). Discursos y prácticas que contrastan con una actitud de hecho sumisa frente al Estado. En otras ocasiones, el nivel de autocontrol discursivo y la interiorización de su papel en relación al Estado es tal, que sólo obtenemos un discurso aséptico —incluso de reconocimiento— con respecto a las administraciones públicas, todo un síntoma en sí mismo (G2).

³⁸ URRUTIA (2001: 92) habla de una “lógica adaptativa” que pasa por una “preocupación casi paranoica de «no perder comba» en un panorama de organizaciones no gubernamentales cada vez más selectivo y competitivo, en su pugna por acceder a los recursos públicos y privados”.

³⁹ LOFREDO (2002) ironiza sobre el planteamiento competitivo que recorre el sector de ayuda al desarrollo, si bien su visión sarcástica sería aplicable a las organizaciones voluntarias en su conjunto. “Ya sabe que el desarrollo es un negocio y no necesita que se lo repita [...]. Lo que usted no puede olvidar como director de ONG, es la importancia permanente de dedicar no menos de la mitad de su tiempo a socavar los esfuerzos de otras instituciones similares a la suya. Esto es esencial y requiere de cierto talento para hacerse con efectividad” (LOFREDO, 2002: 75).

⁴⁰ Es ese el argumento que la FUNDACIÓN TOMILLO (2000) utiliza con respecto al tercer sector actual.

sentido estricto, mucho mayor. De ahí, que hasta los años ochenta, el tercer sector no actuara (en el caso español) como vector de precarización laboral. Hoy en día, inmerso en una profunda transformación corporativa y un proceso de fuerte crecimiento (configurándose como una opción consistente de empleo), sin duda, sí actúa en esta dirección.

Habría que considerar cuál es la perspectiva dentro del mismo sector voluntario. En líneas generales aparecen dos criterios de máxima aceptación. Se refieren al *'deber ser'* del voluntariado: *a)* el voluntario/a no deberá realizar actividades que supongan una sustitución de trabajadores remunerados⁴¹, y *b)* la actividad del voluntario/a estará siempre supervisada por un profesional (Casado, 1992: 86). La primera aspiración tiene una clara fundamentación, pero menos evidente resulta valorar por qué el ideal debe pasar por un voluntario/a 'siempre' supervisado por un profesional. Es de suponer que tal principio buscaría garantizar la 'calidad' de la intervención voluntaria y su contención dentro de límites adecuados, esto es, no profesionales. Pero, desde tal premisa 'funcional' —que definiría la situación ideal— no sería posible imaginar la existencia de asociaciones integradas solamente por voluntarios/as —a no ser que los voluntarios/as ejercieran profesionalmente en el mismo área fuera de la organización, y tal situación, legitimara su capacidad para supervisar—. Posiblemente, la causa última de tal premisa ideal (la necesidad de profesionales para supervisar a los voluntarios/as), resida esencialmente en que el modelo de referencia no es el asociacionismo, sino, organizaciones con una acción voluntaria caracterizada por la asistencia —la actividad del voluntario/a se objetiva en la prestación de servicios—, y sobre todo, por una acción progresivamente profesionalizada desde el punto de vista funcional —que requeriría de una serie de conocimientos 'técnicos'—⁴². Cuando se diluyen los aspectos participativos de la acción

⁴¹ La misma legislación sobre el voluntariado abunda en el mismo principio. Por ejemplo, según la ley del voluntariado de 1996 "La actividad de voluntariado no podrá en ningún caso sustituir al trabajo retribuido".

⁴² Esta supervisión profesional en el marco del trabajos voluntarios progresivamente individualizados, nos hace pensar en un cierto paralelismo con respecto al planteamiento taylorista sobre la organización del trabajo industrial. TAYLOR propone a principios del siglo XX que la producción industrial se articule estrictamente en torno a puestos de trabajo individual (más fácilmente controlable) fuertemente supervisados por personal cualificado (ingenieros, *managers*). No queremos decir que las organizaciones voluntarias hayan optado por un modelo taylorista de organización del voluntariado, pero atisbamos algunos paralelismos y riesgos, como son la propia supervisión profesionalizada (control) —que determina qué, cuándo/cuánto y cómo se hace—, y la estructuración del voluntariado en torno a tareas individuales. El trabajo colegiado entre profesionales y voluntarios/as (que no supervisión), y la profundización del perfil grupal y participativo de la acción social voluntaria implicaría navegar en una dirección no taylorista. Ciertamente, que contra esta asimilación 'taylorista' se impone el proceso de progresiva cualificación del voluntariado, pero al mismo tiempo le aproxima su carácter instrumental (dominio de protocolos sobre los que el voluntario/a no tiene ningún control, etc.). Para abordar una revisión de los principios básicos de la organización científica del trabajo pueden consultarse, entre otros múltiples textos, los de CORIAT (1993) y FINKEL (1994: 118 y ss.).

voluntaria —y su fundamentación política/ideológica (ambas en sentido amplio)—, se la profesionaliza funcionalmente, y al mismo tiempo, se requiere de una profesionalización de la organización para la supervisión de las tareas asistenciales. Démonos cuenta, que a partir de esta argumentación, ambas premisas ideales parecen responder a lógicas enfrentadas o cuanto menos no congruentes.

Regresando al texto de D. Casado, éste advierte que la observancia de las premisas ideales es muy problemática, especialmente la primera de ellas, desde el momento mismo en que toda actividad desempeñada por voluntarios/as es susceptible de ser remunerada (ibíd.: 86)⁴³. En ese sentido es especialmente ilustrativa la apreciación de Colozzi —1994: 235—, para el que los voluntarios/as, “se definen simplemente como trabajadores sin remuneración”. Siendo absolutamente cierta tal apreciación, sin embargo, parece difuminar el núcleo del problema, que pasa por operativizar (tarea verdaderamente compleja) en qué circunstancias existe una verdadera sustitución de trabajo remunerado, y definir qué intervenciones estratégicamente orientadas —del Estado, de las organizaciones voluntarias, del propio mercado, e incluso en ocasiones de los sujetos sociales— distorsionan la posición ‘natural’ de la participación social no remunerada (instrumentalizándola y normalmente ampliando su marco social de ‘pertinencia’)⁴⁴. A partir del necesario reconocimiento de toda actividad voluntaria como trabajo potencialmente remunerable, se pueden desarrollar dos interpretaciones integristas y contrapuestas (de afirmación y negación), ambas igualmente desenfocadas, y finalmente cercenadoras de la participación social. Estas son las siguientes: *a) Intervencionista*: toda actividad voluntaria debería transformarse en trabajo asalariado —tras esta afirmación se estaría propugnando la erradicación de gran parte de la participación social y del asociacionismo⁴⁵—, y *b) ‘liberal’*: gran parte del trabajo asalariado asociado a los servicios sociales puede —y debe— ser asumido por los ciudadanos/as (la sociedad civil), como vía de reactivación del tejido social —y con ello, ampliando la libertad de los sujetos y mejorando su calidad de vida—, aumentando por añadidura la calidad del servicio prestado, y por supuesto, disminuyendo sus costes. Esta última sería una razón de máximo peso en la argumentación. En realidad, lo que se está propugnando solapadamente des-

⁴³ En esa misma dirección se expresa HAWRYLYSHY (cfr. ASCOLI, 1987: 126) para el que el trabajo voluntario consiste en “actividades desempeñadas por un individuo al margen del mercado de trabajo, pero que pueden, no obstante, realizarse recurriendo a emplear regularmente a una persona”.

⁴⁴ En tal sentido deben ser interpretadas gran parte de las iniciativas desarrolladas desde las administraciones de incentivación y promoción del voluntariado, y ciertas loas a la sociedad civil por parte de la Banca, etc., e incluso de algunas organizaciones voluntarias.

⁴⁵ Normalmente cuando se adopta esta posición se suele excluir (tácitamente, que no explícitamente) de la conceptualización de actividad voluntaria entre otros a la militancia política y sindical, el asociacionismo (de carácter ecologista, pacifista, etc.), y las iniciativas de carácter mutualista, etc.; centrándose así la valoración sobre el voluntariado de acción social.

de la posición ‘liberal’ es una asistencialización y desactivación de la participación social. Ninguna de estas posturas parte de un análisis concreto de la realidad (son, en ese sentido, estrictamente ideológicas). Sólo a partir de un análisis social concreto, se podrá definir —problemática y tentativamente— el espacio socialmente pertinente de la participación social y del trabajo remunerado.

Desde el sector voluntario se tratan de minimizar las sospechas sobre la figura del voluntariado, tratando de mostrar —y demostrar— en todo momento, y todo lugar, (congresos, cursos, publicaciones...), las repercusiones positivas del voluntariado sobre el mercado de trabajo, y hacer notar de esta manera, el crecimiento del volumen de trabajo asalariado ligado al tercer sector. No obstante, existe una cierta conciencia —no demasiado explicitada— de los riesgos y la distorsión que el uso abusivo de la figura del voluntario/a introduce en el mercado de trabajo. En tal sentido debemos interpretar la recurrencia, en códigos éticos, comunicaciones, artículos, etc., del ‘recordatorio’ que advierte que el voluntariado no debe sustituir al trabajo remunerado. Estos planteamientos tienen su continuación en la propia legislación. Sin embargo, no se han instrumentado medidas o disposiciones (concretas) que garanticen tal principio, ni por parte de la administración, ni de las organizaciones voluntarias. En el extremo del delirio y de la aberración, se termina en ocasiones responsabilizando al voluntario/a individual de garantizar la no sustitución del trabajo remunerado —y de tal manera, eximiendo de tal obligación tanto a organizaciones voluntarias como a la administración—. Puede tomarse como prueba de tal afirmación el Código Ético del Voluntariado de la Comunidad de Madrid (Asociación Iuve, 1998), según el cual, es un deber del voluntario (hacia la sociedad) “procurar que el voluntario no impida la creación de empleo”. En definitiva, si el conflicto existe, no es sino producto de una irresponsabilidad individual, percepción consonante con la reconstrucción individual del voluntariado como vía de participación social.

Especialmente ilustrativas con respecto al que podemos denominar *proceso de profesionalización funcional del nuevo voluntariado* (que hace referencia a la realización de tareas propias de profesionales por parte de voluntarios/as), son las estrategias de captación/selección y formación de los voluntarios/as de las organizaciones voluntarias (estrategias a la postre de gestión de ‘recursos humanos’, cada vez más centrales en el sector voluntario más corporativo), tácticas de las que solamente se ofrece, tendenciosamente, una parte de su sentido⁴⁶. Evidentemente, son necesarias, dado que capacitan al

⁴⁶ Textos que abordan la captación y selección de los voluntarios pueden encontrarse en: BERNARDO CORRAL (1991: 95-105), ESPINOSA VERGARA (1982: 70-79), NAVAJO GÓMEZ (1995), J. MADRID (1992), D.H. SMITH (1985). Para un tratamiento de los temas vinculados con la formación del voluntariado pueden consultarse entre otros: ALFARO (1995), BERNARDO CORRAL (1991: 85-95), CLAVES PARA LA EDUCACIÓN POPULAR (1992), DÍE OLMOS (1996), EQUIPO CLAVES (1998: 183-192), ESPI-

voluntario/a, aumentan la eficacia de la intervención, garantizan la adecuación de la persona al ‘puesto’, permiten evaluar y orientar su ‘vocación’ voluntaria. Pero, asimismo, habilitan al voluntario/a para acometer tareas más ‘profesionales’, entendiendo como tales aquellas que son remuneradas económicamente, en la mayoría de los casos, en el mercado laboral (en empresas, administraciones públicas, e incluso organizaciones voluntarias), aunque en términos generales, con una dedicación horaria superior. Actividades ‘profesionales’ que, usualmente, presentan un perfil ‘técnico’ más marcado. Así, la formación del voluntariado, en ocasiones, puede esconder procesos de profesionalización encubierta⁴⁷. Incluso desde las corporaciones voluntarias, excepcionalmente, surgen autocríticas —a nivel particular, no institucional— por la ambiciosa política de formación del voluntariado. En una de nuestras entrevistas, una gestora de nivel medio de una de las grandes corporaciones voluntarias, reconocía ciertos ‘excesos’ contraproducentes derivados de la ‘obsesión’ de la organización por formar a los voluntarios/as⁴⁸. Los voluntarios/as, también pueden en ocasiones recurrir conscientemente al voluntariado como vía de ‘formación’ complementaria.

Se nos antoja que la ‘definición’ práctica que acabamos de perfilar de las tareas profesionales es inmensamente problemática y deficiente, dado que como bien indican Montañés *et al.* (1996: 22) “toda actividad es susceptible de ser traducida en empleo”, pero, nace de la evidencia de que la determinación/delimitación de las tareas remuneradas con salario no es ni mucho menos estable, sino dinámica: cambia históricamente. De hecho, el reconocimiento de derechos sociales en el marco de la consolidación del Estado del Bienestar, supuso un enorme impulso hacia la salarización —y por tanto, *legitimación profesional*— de una parte de la asistencia y cuidado social que anteriormente dependían de la caridad, de la atención familiar y vecinal, etc. (fundamentalmente de la

NOSA VERGARA (1982: 79 y ss.), FUNDACIÓN TOMILLO (2000: 129-150), LÓPEZ QUINTÁS (1998) —este último, insistiendo fundamentalmente en la dimensión ética desde una óptica ‘paleoconservadora’—, J. MADRID (1989, 1992), PETRUS (1991: 77-86), ROMERO (2001), TAVAZZA (1995: 75-84) y VELLOSO DE SANTISTEBAN (1999: 93-100).

⁴⁷ Con otro tipo de argumentación, hay autores que conciben la formación —si bien de carácter no técnico— como una solución al abuso y a la precarización: “en la medida en que el voluntario sea más conocedor de su papel, de sus derechos y deberes evitaremos la confusión con las personas remuneradas” (LÓPEZ SÁNCHEZ, 2001: 87).

⁴⁸ “Yo creo que, donde ha habido la equivocación, es en... querer formar al voluntario para que sea un pseudotrabajador social. Yo creo que ahí, fue un momento de metedura de pata. Porque yo creo que la participación social y el voluntariado aporta, cosas que no aporta un trabajador social. Es decir, aporta el conocimiento del barrio, el decirte que él irá allí a comprarte la leche si eres inmigrante.” (G8).

esfera social comunitaria⁴⁹), para amplias capas sociales; en definitiva, se produjo la *salarización/profesionalización parcial del cuidado social*.

No obstante, resultaría absurdo pretender circunscribir/limitar la profesionalización del cuidado y la asistencia social a la segunda mitad del siglo XX, como consecuencia del ‘advenimiento’ del Estado Social. Como bien indica el sociólogo francés Robert Castel, ya en los albores de la sociedad feudal en la Europa occidental, podemos observar que “la asistencia a los carecientes es objeto de prácticas especializadas” (Castel, 1999: 40), hallándose sin duda un primer “bosquejo de la profesionalización del sector social” (ibíd.: 41), vinculado en un primer momento al clero. Según Castel, no es incongruente hablar tan pronto de profesión si —y aquí el escritor francés sigue a Max Weber— se entiende por profesión el hecho de que una persona realice de manera continua ciertas prestaciones, con fines de subsistencia o de ganancia. Para Castel en el medioevo europeo “...un religioso puede ser un profesional en jornada parcial de actividades sociales especializadas. El clero está al servicio de Dios y al servicio de los pobres, y es por otra parte remunerado por ambas actividades” (ibídem).

Volviendo a la profesionalización del cuidado acaecida a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, por supuesto, ésta se halla también legitimada complementariamente a través de la formalización educativa de algunas profesiones (proceso que en cierta medida se produce simultáneamente): trabajadores/as sociales, educadores sociales, fisioterapeutas, etcétera. En la actualidad, el riesgo, como queremos argumentar, es la *desalarización consciente de los profesionales del cuidado*; desalarización fundamentada sobre la creciente *profesionalización funcional del voluntariado* (paralela al crecimiento y reforzamiento del tercer sector en su versión corporativa), y justificada ideológicamente sobre un discurso que se concentra sobre la necesidad y beneficios asociados a la reactivación/responsabilización de la sociedad civil —a nivel individual y no colectivo—. Este argumento oculta deliberadamente la austeridad presupuestaria y maximización de los recursos económicos del sector voluntario como inspiradores de la tendencia.

Maticemos, el problema no depende de que ciertos voluntarios/as realicen tareas que pueden ser remuneradas habitualmente en el mercado de trabajo, esa es una *constante estructuralmente imprescindible para la existencia del movimiento asociativo* (y lo que le separa de la lógica del lucro empresarial⁵⁰); sin esta contribución de trabajo voluntario, las asociaciones desaparecerían y/o perderían su identidad y razón de ser. El problema

⁴⁹ O en términos de R. CASTEL (que a su vez toma de CAILLÉ) del ámbito de la “sociabilidad primaria” (CASTEL, 1999: 34).

⁵⁰ Aunque en ciertos casos —si bien ‘coherentemente’ con la lógica del beneficio—, algunos ‘becarios’ de empresas parezcan más voluntarios/as altruistas que trabajadores en prácticas.

aparece verdaderamente cuando se desdibujan los perfiles asociativos (cuando los fines organizativos son fundamentalmente de autopropagación y crecimiento —mediados por la gestión económica eficiente—), cuando esta tendencia de ‘sustitución’ está planificada ‘desde arriba’ (desde puestos de gestión o instancias políticas) como un medio para ahorrar costes. Es entonces, cuando aparece una ‘competencia desleal’ con los profesionales, y fundamentalmente con los parados y paradas que intentar infructuosamente vender su fuerza de trabajo en el mercado. Es en ese momento, cuando podemos referirnos a una ‘coacción’ estructural hacia la profesionalización funcional del voluntariado verdaderamente nefasta.⁵¹

No es nuestro objetivo afirmar que todos los voluntarios/as formados terminan realizando funciones ‘profesionalizadas’, pero sí manifestar que en ocasiones se sustituye conscientemente trabajo asalariado, o se crean nuevos ‘puestos’ de voluntariado, por estrictos motivos económicos (traicionando de esta manera la libre ‘iniciativa social’ como principio articulador del tercer sector). Es, además, éste un recurso fácil para incrementar el volumen de prestación de servicios. No se trata en estas situaciones de incorporar *personas* al proyecto (llámeseles militantes, o asociados/as, o voluntarios/as...) ideológicamente y/o personalmente comprometidas con los fines de la aso-

⁵¹ No nos resistimos a reproducir algunos pasajes de la intervención de un gestor de alto nivel, encuadrada en el contexto de unas Jornadas de Voluntariado, celebradas el 23 de abril de 1996 en la Universidad Complutense de Madrid. Se trata de un discurso extremadamente ilustrativo con respecto a las estrategias perversamente intencionales —y racionalizadas— de profesionalización funcional del voluntariado desarrolladas por un importante sector de las entidades voluntarias. “En ‘X’ [nombre de la organización], desde luego que *nos dirigimos, no al voluntario general, sino que cuando ponemos anuncios pidiendo que vendáis, pedimos profesionales* [titulados universitarios], de algunos campos en concreto. Es obvio, venís todos buscando una formación. Bueno, pensamos que es mucho mejor que estéis activos, antes que en vuestra casa cruzados de brazos a ver cuando me contratan. Estáis poniendo vuestras neuronas en forma, vuestro cuerpo ágil. Y cuando llega el momento, estáis en condiciones. Además, pensamos que si el esfuerzo lo habéis desarrollado bien y lo habéis desarrollado en una organización en la que... con mucha dificultad —esto es muy difícil ¿eh? esto de las organizaciones voluntarias no es fácil, es muy difícil—. Pero, en fin, si lo logramos, si somos capaces de que al integraros en el trabajo, además de satisfacer vuestra necesidad de colaborar con la sociedad, colaboráis con vosotros mismos, y adquirís herramientas, si os formamos, si os damos técnicas de trabajo en equipo, si veis que tenéis que desarrollar proyectos. *El momento en que tengáis que enfrentaros con un selector de personal, esperamos que estéis más preparados.* Y también esperamos que, poco a poco, eso vaya llegando a las empresas. Y las empresas se darán cuenta que cuando yo te doy un certificado que has colaborado en una organización, respetada por esas empresas, sea valorado por quienes vayan a seleccionarte. ¿Por qué? porque digan «esta persona ha estado organizadamente trabajando, está preparada para trabajar, está mejor preparada que antes»”. El enfoque productivista en relación al voluntariado se plasma con total claridad en el discurso: “nosotros pedimos un compromiso mínimo a los voluntarios que se acercan a nosotros de ocho horas semanales de trabajo en dos bloques de cuatro horas mínimo”. Es evidente que este gestor —y su organización— borran de la actividad voluntaria todo rastro de la dimensión participativa, transformando el voluntariado en una actividad de disciplinamiento de los jóvenes como fuerza de trabajo: “*el voluntariado es un trabajo*, es decir, exige un orden y una disciplina, y el sometimiento a ese orden y esa disciplina”. Al reducir el sentido social de la práctica voluntaria, este gestor observa en el voluntariado una “primera preparación para el mundo laboral”.

ciación (independientemente de que estas puedan intervenir activamente —trabajar— sobre el medio social). No se trata tampoco de difundir un proyecto asociativo, sino simplemente de incrementar la ‘cuota’ que la organización tiene en labores paliativas, de lograr un aumento de productividad y competitividad. La expansión de la organización vuelve a situarse como objetivo central, acentuándose una utilización básicamente instrumental de los voluntarios/as (por su capacidad de trabajo). Por supuesto, a través de este tipo de estrategias organizativas, se está reforzando paralelamente, la adscripción utilitaria del voluntario/a (en busca de un trabajo, etc.). La profesionalización funcional del voluntariado apunta a una relación instrumental, pero que lo es en un doble sentido. Los voluntarios/as se prestarían a su ‘utilización’ por parte de la organización, pero desde un planteamiento utilitarista; existe una compensación objetivable.⁵²

En este contexto ‘competitivo’ del tercer sector, en el ámbito del ‘mercado de los servicios’, ciertas organizaciones voluntarias tienden a utilizar la menor proporción posible de profesionales asalariados, y tratan de maximizar la utilización de trabajo voluntario. Determinar qué proporción de voluntarios/as se encuentran en esta situación de —digámoslo así— ‘subcontratación profesional’, es prácticamente imposible, dado que los criterios no pueden ser rígidos, y abundan las zonas de penumbra. Pero no deja de ser evidente su existencia, mucho más frecuente (y significativa) en las corporaciones voluntarias, como así lo muestra nuestro material empírico⁵³. No obstante, no se trata

⁵² Existe un segmento de gestores (de perfil menos asociativo y más profesionalista) que acepta acriticamente este vínculo utilitario de doble sentido entre voluntario/a y organización, concibiéndolo además como un hecho natural: “durante un tiempo tú [refiriéndose a un voluntario/a hipotético] te puedes aprovechar de mí, que estás... profesionalmente te estás formando, pero yo también [personificando la asociación en su posición de gestor] me estoy beneficiando de tus servicios” (G7). Se entiende entonces que existe un “aprovechamiento mutuo” (ibíd.), que elimina toda posibilidad de explotación y que beneficia a los dos agentes. En esta percepción se está eliminando implícitamente toda dimensión participativa de la acción voluntaria. Este gestor conoce las dos posiciones utilitarias, nos relata como a través de su prolongada experiencia previa como voluntariado (no demasiado alejada en el tiempo): “mi formación creció muchísimo, pero también la asociación se aprovechó de mis servicios” (G7). Ocupando posiciones más asociativas y/o morales encontramos otro sector entre los gestores que critican abiertamente toda aproximación utilitaria al voluntariado en pos de un trabajo o de experiencia laboral. Se critica que ciertos voluntarios busquen “prácticas por la cara”, se entiende que es “echarle morro” (G8).

⁵³ Tal situación produce como resultado que puedan coexistir voluntarios/as y profesionales asalariados realizando exactamente el mismo trabajo. Así sucede en la entrevista V1; la voluntaria ha realizado exactamente la misma tarea —en programas de ayuda al desarrollo, con estatus de técnica— como contratada asalariada y como voluntaria (la diferencia estaba en el número de horas dedicadas 35 como asalariada frente a 8 como voluntaria): “...estuve trabajando de eso [seguimiento económico de programas de cooperación internacional], y... sigo de voluntaria haciendo lo mismo”. En esta entrevista se ilustra un proceso de ‘promoción negativa’ desde un puesto asalariado a una situación de voluntariado. Tal situación es más frecuente de lo que se pudiera imaginar, y usualmente es resultado de la fuerte precariedad que sufren los profesionales asalariados en las organizaciones voluntarias (que aceptan seguir de voluntarios/as con la esperanza de regresar a una situación asalariada), y correlato frecuente de situaciones contractuales irregulares (de verdadera economía sumergida). También uno de los gestores entrevistados (G7) reconoce que en uno de los programas de su asociación, volunta-

de afirmar que una mayoría del voluntariado suponga una sustitución por ‘competencia desleal’ de trabajadores asalariados, incurriríamos en una burda generalización y simplificación. Pero si es posible diagnosticar que, en ocasiones, —quizá demasiadas— el voluntariado aparece como un “sombrio mundo de trabajo en los márgenes de la corriente principal del mercado de trabajo” (MacDonald, 1996: 31).

Asistimos, además, a un curioso fenómeno: la profesionalización creciente de las organizaciones voluntarias (asociada al aumento de la contratación/salarización del trabajo), que se ve acompañada de forma simultánea y paralela por la ‘profesionalización funcional’ de los voluntarios/as. Ésta se encuentra vinculada de manera soterrada al propósito de minimizar el proceso de profesionalización asalariada. No son éstas tendencias contradictorias como pudiera parecer a priori —aunque sí presenten elementos paradójicos—, sino absolutamente confluentes, pudiéndose observar un refuerzo mutuo: la primera facilita, y al mismo tiempo, es una condición de la segunda.

Más atrás, se señalaba que las estrategias de captación/selección de voluntarios/as podían entenderse como una expresión —e indicador— del vector de *profesionalización funcional* del voluntariado. Ahora, trataremos de fundamentar tal afirmación a través del análisis de anuncios de ofertas de puestos de trabajo voluntario, requerimientos de voluntarios/as que aparecen, con bastante frecuencia, en los medios de comunicación: periódicos, revistas, y cada vez más, bolsas de trabajo en Internet.

En general, encontramos una creciente demanda —por parte de las organizaciones voluntarias— de un ‘voluntariado a la carta’. Las organizaciones definen, cada vez más, verdaderos *perfiles profesionales*, ligados a la disposición de titulaciones específicas, a la hora de captar voluntarios/as. Observaríamos pues, en muchos casos —bien es cierto que no como norma— una elevada exigencia en lo referente a la formación académica del ‘aspirante’; incluso a veces, se llega a reclamar experiencia práctica en labores equivalentes. Las ofertas toman, cada vez más, la forma de ofertas de trabajo cualificado. El paralelismo con los procesos de selección de trabajadores asalariados pasa a ser total. Es especialmente interesante constatar como algunas de las ofertas más selectivas desde un punto de vista académico o técnico, se corresponden con un perfil ‘social’ de la actividad voluntaria bajo —o nulo—; de ahí la primacía de los asépticos conocimientos para el desempeño de labores que son instrumentales —y sobre todo, que implican la acción sobre cosas, no personas—. En tales casos, es inevitable sospechar que se están cubriendo puestos de trabajo perfectamente salarizables con voluntarios/as.

rios/as y profesionales asalariados realizan tareas idénticas. Además, la sustituibilidad funcional de voluntarios/as y profesionales asalariados genera habitualmente problemas de delimitación de responsabilidades y de supervisión con respecto a la tarea.

En nuestro caso, hemos seleccionado *casos extremos*, en los que se pone de manifiesto con especial claridad —a veces de manera escandalosa— la profesionalización funcional a la que se ve sometido el voluntariado. Esta tendencia es, en muchos casos, resultado de una estrategia absolutamente consciente y planificada de las organizaciones voluntarias. Estas organizaciones, provocan la perversión y subversión total de la dimensión participativa del voluntariado, reduciéndole a simple recurso funcional que redundaría en la eficacia organizativa (o simplemente aumenta su capacidad de intervención), y cuyo trabajo carece de proyección social real. Es evidente que la captación/selección del voluntario/a según criterios profesionales, cobra especial sentido en un mercado saturado de jóvenes titulados en busca de empleo, o cuando menos, de experiencia rentabilizable laboralmente. Los riesgos son evidentes: sustitución de profesionales por voluntarios/as y proceso motivacional del voluntario/a atravesado por unas expectativas de promoción profesional.

Así, tal selección ‘técnica’ invierte, necesariamente, la prioridad en la valoración de las ‘cualidades’ del voluntario, siendo especialmente relevante la evaluación de su pericia técnica y su currículum académico, y relegando a un prescindible segundo plano la dimensión participativa: la identidad con el proyecto, las motivaciones, el perfil ideológico. La selección técnica potencia el proceso motivacional asociado al propio interés (voluntariado ‘reflexivo’), siendo más problemática la adscripción voluntaria que pase por una orientación social o ética del sujeto voluntario. En un modelo verdaderamente abierto de asociacionismo y voluntariado, el proceso de selección no tiene sentido, es el propio sujeto voluntario o asociado el que se autoselecciona, a raíz la identificación con los fines y presupuestos de la asociación ‘verificados’ a través de la participación. En cambio, en un modelo progresivamente corporativizado —y funcionalmente profesionalizado— del voluntariado, en el que importa sobremanera el rendimiento, hay una inevitable deriva hacia la selección según criterios técnicos del aspirante por parte de los responsables de la organización.

En primer lugar, revisaremos el caso de medios de búsqueda de empleo asalariado, que incorporan ofertas de trabajo voluntario. Es el caso, por ejemplo del conocido periódico *Segunda Mano*, en cuyo suplemento *Trabajo*, se incluye una sección denominada *Solidaridad-SOS* en la que encontramos diversas ofertas de trabajo voluntario. Una réplica ‘electrónica’ del contenido del periódico puede ser consultada vía Internet⁵⁴. En la misma línea, también podemos citar como ejemplo al periódico *Mercado de Trabajo*, que incluso llegó a publicar un dossier monográfico⁵⁵ cuyo título es absolutamente

⁵⁴ Cuya dirección es: <http://www.segundamano.es>

⁵⁵ Edición de 10 de diciembre de 1999.

ilustrativo: *'Voluntariado: una vía de acceso al empleo'*. En ese titular se sintetiza perfectamente la fusión de facto —dado que remite a un único sistema funcional— entre el mercado de trabajo asalariado y el mercado de trabajo voluntario. Fusión que se concreta en la inclusión de ofertas de trabajo voluntario en periódicos especializados en trabajo asalariado. También podemos hacer referencia al servicio de *Infoempleo* —bolsa de empleo con fuerte presencia en Internet⁵⁶— en cuya página *web* existía a fines de 1999 una sección de voluntariado en el se ofertaban “más de 2500 puestos de trabajo semanales”⁵⁷, describiéndose también estas ofertas en términos de “empleo solidario”. Un ejemplo más reciente lo podemos encontrar en la publicación *'Guía de las empresas que ofrecen empleo 2003-2004'* publicada por la Fundación Universidad y Empleo y la Comunidad de Madrid. En dicha guía encontraremos integradas (pp. 257 y ss.) las ofertas de trabajo voluntario de algunas decenas de organizaciones voluntarias.

Insistimos en que todas estas secciones de trabajo voluntario ubicadas en medios y publicaciones ‘especializados’ en trabajo asalariado, nos remiten a la existencia de un único mercado de trabajo (si bien con dos subsistemas diferenciados pero interconectados); podríamos decir que funcionalmente el trabajo voluntario está incardinado en las dinámicas generales del mercado de trabajo. Por otro lado, estas ofertas son un síntoma de la creencia generalizada, a todos los niveles, de que la obtención de experiencia a través del desempeño de trabajo voluntario es rentabilizable en el mercado de trabajo asalariado. Es claro, que no podemos ubicar detrás de estas iniciativas un compromiso con la promoción del voluntariado, como sí sucede en otras iniciativas que nacen en el entorno del tercer sector y que ahora pasaremos a precisar.

Existen ejemplos de revistas especializadas en torno al voluntariado: *'Voluntarios de Madrid'*⁵⁸, y la revista *'Voluntarios'*⁵⁹ —en su sección *Bolsa solidaria*—, que también incluyen diversas ofertas de trabajo voluntario. Dentro del tercer sector, también existen

⁵⁶ La dirección de Infoempleo es: <http://www.infoempleo.com>

⁵⁷ Habiendo consultado posteriormente la página *web* (julio 2001), parece que *Infoempleo* ha ‘abandonado’ el segmento de ofertas de trabajo voluntario.

⁵⁸ Revista gratuita editada por la Dirección General de Cooperación al Desarrollo y Voluntariado, Consejería de Educación, Comunidad de Madrid.

⁵⁹ Esta revista aparecida en 1998, parece que dejó de publicarse a finales de 2000. La revista *Oenagé* parece que corrió idéntica suerte, a pesar de ser repescada empresarialmente por el potente grupo Prisa (tenemos conocimiento de su publicación hasta 2001). Estos fracasos editoriales, apuntarían a la existencia a fines de los noventa de una cierta ‘burbuja’ inducida en torno al voluntariado. La realidad del fenómeno habría sido incapaz de generar una demanda solvente de consumo, por ejemplo, en el área de publicaciones periódicas, sobreviviendo tan solo revistas gratuitas como la de la Comunidad de Madrid (*'Voluntarios de Madrid'*), o revistas que aún no siendo gratuitas gozan de un potente respaldo institucional, político y económico. Hablamos por ejemplo de la revista *Quaderns del Voluntariat*, publicación periódica encuadrada en la obra Social de Bancaixa (en el Plan Integral de Ayuda al Voluntariado) que apareció en 1996 (congruentemente, en plena ‘fiebre voluntaria’).

algunas bolsas de trabajo voluntario, y mixtas —entendiendo estas últimas como aquellas que ofertan tanto trabajo voluntario (sobre todo), como trabajo asalariado, pero en este último caso, sólo el ofertado por ONG— que funcionan en Internet. Un ejemplo es *Hacesfalta.org*⁶⁰, bolsa de trabajo mixta que se encuadraba en el portal *Canal Solidario*, y que se convirtió recientemente en un proyecto independiente (aunque sigue estando promovida por la *Fundación Chandra*, a la que ya nos hemos referido). En *Hacesfalta.org*, se ofertan más de setecientos puestos de trabajo —consultado en julio de 2001— a nivel estatal, aunque por estas fechas, poco más de una treintena se referían a trabajo asalariado. Dentro del sector privado podemos incluir la bolsa (también mixta) de trabajo de *Sector3* —como se recordará, empresa asesora y de servicios al tercer sector— aunque con un número de ofertas muy inferior.

En estas bolsas de empleo mixtas, a las que nos acabamos de referir, las demandas de empleo remunerado que aparecen se corresponden fundamentalmente con técnicos/as, a los que usualmente se reclama experiencia en el área de servicios sociales, y por supuesto, gestores —valorándose significativamente en muchos casos su experiencia en la empresa privada—. Y en relación a las ofertas de trabajo voluntario, constatamos una presencia importante del trabajo no-social —de corte administrativo y técnicos ‘de oficina’, como es el caso de los informáticos—.

Repasemos ahora, una serie de ofertas de trabajo voluntario aparecidas en diversas publicaciones. La selección, como advertíamos está orientada hacia casos en los que se muestra con especial claridad la profesionalización funcional del voluntario/a, al requerir perfiles de elevada cualificación (en algunas se debería hablar en términos de ‘simple’ explotación de la figura del voluntario/a), e incluso, en ciertas ocasiones se intuye la sustitución pura y dura de trabajo asalariado —aunque se creen puestos de trabajo previamente inexistentes—. Evidentemente, ni todo el trabajo voluntario desempeñado en las organizaciones voluntarias, ni todas las ofertas de trabajo voluntario publicadas, se encuadran en este peligroso modelo ‘profesionalizante’. Pero su abundante proliferación, aporta información especialmente relevante sobre el momento ‘vital’ en el que se encuentra el voluntariado, e ilustra cómo las propias organizaciones voluntarias potencian —y por tanto, son co-responsables— de la adscripción ‘profesionista’ del voluntariado. Veamos los ejemplos:

⁶⁰ En su página web (<http://www.hacesfalta.org>), podemos encontrar una definición de *hacesfalta.org*: “...es un espacio en Internet cuya finalidad es facilitar y promover el voluntariado. Lo facilita agilizando los procesos de búsqueda y selección de voluntarios entre las ONG y las personas que desean colaborar con éstas y lo fomenta mediante la creación de una comunidad de interés en la que se puede obtener información, intercambiar experiencias o debatir cuestiones relacionadas con el voluntariado”. Esta iniciativa está patrocinada por el grupo VIPS, otro caso más de *marketing* utilizando el sector voluntario.

“Programadores de base de datos. Se requieren dos personas con conocimiento del uso y programación en los siguientes programas: Microsoft Windows NT, Microsoft SQL Server, Microsoft Access 97 y Microsoft Outlook 98. Sus funciones serán diseñar, desarrollar, programar e implantar la base de datos del departamento de Marketing y comunicación de la Fundación Codespa, y también la base de datos de proyectos de esta misma fundación, integrando ambas dentro de la red actualmente en servicio. Fundación Codespa-Futuro en Marcha [...]”. (Revista Voluntarios, nº 15-16, julio-agosto 1999)

“Voluntarios para proyectos de I+D. Se necesitan voluntarios con formación en Derecho, Económicas, Biológicas y Químicas para la organización, gestión y desarrollo de programas de la Unión Europea para países de Europa Central, Europa Occidental e Iberoamérica. Los proyectos son de I+D en el campo medioambiental. Escribenos a: Asociación para la Protección y el Desarrollo del Medio Ambiente (Aprodema) [...] (ibíd.)

“Voluntarios. Buscamos voluntarios por toda España para poner en marcha delegaciones y coordinar programas de sensibilización. Buscamos animadores socioculturales, monitores de ocio y tiempo libre, educadores ambientales, biólogos, químicos, abogados, economistas, traductores, ingenieros civiles... Escribenos a Aprodema [...] (ibíd.)

“MPDL, Movimiento por la Paz el Desarme y la Libertad, Selecciona médicos para programas internacionales de cooperación y ayuda humanitaria. Se valorará: experiencia en programas internacionales, en especial en Países árabes y África; conocimientos de medicina preventiva y campañas antiepidémicas; dominio de idiomas (inglés y/o francés); experiencia en formación de personal médico y/o sanitario. Interesados, enviar currículum a: MPDL [...] (Mercado de Trabajo; sección voluntariado, 4 de Julio de 1997)

Dejemos ahora las ofertas en medios escritos, para incluir algunos ejemplos obtenidos en *Hacesfalta.org*⁶¹. Esta bolsa de trabajo voluntario en Internet presenta un buscador muy completo, en el que a través de múltiples categorías se pueden realizar búsquedas muy selectivas, entre otras, en función de las áreas de intervención y programas de las organizaciones, y el ámbito geográfico. También entre las categorías de búsqueda, se incluye la dedicación temporal: encontrando, incluso, ofertas de voluntariado “a tiempo completo” o en régimen de “media jornada”, lo cual nos remite a la existencia de posibles abusos.

Es necesario tener en cuenta que, en estas ofertas de proyección pública, la delimitación del compromiso temporal no parte de la *iniciativa libre* del voluntario/a —de ser así, no habría posibilidad de abuso, independientemente del volumen de tiempo dedicado⁶²—, sino de la *aceptación libre* de las condiciones delimitadas *a priori* por la or-

⁶¹ Ofertas consultadas el 7 de julio de 2001 en la web de *hacesfalta.org*.

⁶² De hecho, algunos voluntarios/as o asociados/as lo son ‘a tiempo completo’, pero exclusivamente por iniciativa propia —partiendo de su compromiso personal con la ‘causa’ y/o de la constatación de

ganización, que define las características del puesto de trabajo y del propio voluntario/a. La *oferta* se constituye previamente a la ‘demanda’, lo que cuestiona —y degrada— el tópico papel preeminente de la ciudadanía en la conformación de las iniciativas de la sociedad civil, que son articuladas realmente por las organizaciones voluntarias. Así, se contribuye a difuminar el componente colectivo —comunitario— de la participación, proceso que parte cada vez más de la búsqueda de puestos de trabajo individual (definidos funcionalmente) por parte de sujetos ‘aislados’ (o microgrupos afectivos: amigos...). Así se reduce indefectiblemente el espacio para la movilización colectiva. Existe, por tanto, un verdadero ‘mercado’ de trabajo voluntario controlado por la oferta —especialmente por el bloque de corporaciones voluntarias—. En tal mercado, la iniciativa ciudadana no es la vanguardia, no construye la oferta, sino que, como hemos visto, escoge entre los puestos —individuales— definidos por la organización. Una prueba más, del modelo de participación progresivamente ‘pasiva’, o con más exactitud reflexiva, hacia la que se encamina el voluntariado.

Regresando a la realidad de *Hacesfalta.org*, hemos de remarcar que la práctica totalidad de los trabajos voluntarios ‘a tiempo completo’ que se ofertan en la bolsa, se corresponden con tareas de monitor/a en campamentos y campos de trabajo (en tales casos el voluntariado difícilmente puede ejercerse en otro régimen horario), sin embargo, en la categoría de media jornada, aparecen entre otras las siguientes ofertas de perfil mucho más problemático, en cuanto que parecen inspiradas por objetivos instrumentales centrados en el mantenimiento funcional de la organización:

PUESTO: Telefonista-secretario/a. DESCRIPCIÓN DEL PUESTO: El objetivo es dar una imagen profesional y cálida de AcH [Acción contra el Hambre]. Las actividades a realizar, siempre bajo supervisión, serán: acogida de visitantes y recepción de llamadas, recepción y envío de correo, etc. PERFIL: Hombre o mujer. Trilingüe: español, francés e inglés, diplomado/a en secretariado. Organizado/a, rigurosos/a. Buen contacto humano, ganas de aprender y comunicarse, gran sentido del trabajo en equipo. El sentido del humor será muy valorado. DEDICACIÓN: Media Jornada. TIPO: Continua.

Llama especialmente la atención que se requiera de un voluntario/a que proyecte una imagen *profesional* de la organización, desde luego, se trata de una jugosa paradoja. Si se exige una imagen muy profesional, es de suponer que las tareas también estarán al mismo nivel de profesionalidad (algo así se intuye por los requisitos de idiomas y titulación), a no ser, que en el límite de lo absurdo, la función del voluntario/a sea simular

las necesidades de la organización—, sin que haya existido ninguna ‘sugerencia’ por parte de los responsables de la organización, y sin derivar de requisitos asociados al puesto voluntario. Tal perfil se corresponde necesariamente con el polo más asociativo del sector. En este caso, la dedicación temporal no es resultado de estrategias conscientes de instrumentalización del voluntario/a.

una profesionalidad inexistente en la tarea. La organización parece asegurar la presencia de un supervisor —¿profesional?—, intuimos que para garantizar la ‘corrección’ del trabajo voluntario. Pero, es evidente que la perversión de la figura del voluntariado no depende tanto de la ausencia de supervisión profesional (aunque sea el punto sobre el que más se insiste desde las organizaciones), sino fundamentalmente de las exigencias ‘profesionalizadas’ asociadas al trabajo voluntario. Es cierto que en ocasiones es especialmente problemático establecer el límite, pero los abusos se aprecian con claridad.

PUESTO: Técnico informático. ORGANIZACIÓN: Farmacéuticos Sin Fronteras. DESCRIPCIÓN DEL PUESTO: Voluntario para realizar tareas como técnico informático. Horario de lunes a viernes (de 9:00 a 14:00): El tiempo es válido para convalidar la PSS. Enviar currículum por correo o e-mail a la atención de Emilio. PERFIL: Conocimientos necesario: mantenimiento de hardware, software y periféricos. Administración de base de datos (FoxPro). Soporte Windows 95 y Microsoft Office 97. Internet. DEDICACIÓN: Media Jornada. TIPO: Continua.

Aquí entra en juego la figura de la extinta Prestación Social Sustitutoria⁶³, a modo de incentivo, y que se convierte en elemento más de distorsión, al margen de la dedicación horaria y el tipo de trabajo (referido sin ningún tipo de velo como técnico informático). Nos encontraríamos ante un ejemplo de perversión máxima de la figura del voluntariado.

PUESTO: Secretaria. Organización: Fundación CODESPA. DESCRIPCIÓN DEL PUESTO: Voluntarios para tareas administrativas: recepción, atención al cliente, atención telefónica, fax, informática. PERFIL: Edad mínima 18 años, se valorarán conocimientos administrativos y de secretariado: recepcionistas, control de mensajería, atención al cliente, fax, fotocopias, conocimientos informáticos a nivel usuario. DEDICACIÓN: media jornada. TIPO: Continua.

En esta oferta, resulta llamativo que una de las funciones a desarrollar por el voluntario/a sea la “atención al cliente”. A falta de más datos, desconocemos si esa función se corresponde con un funcionamiento ‘empresarial’ de la fundación —es decir si se dedica a la venta de bienes y/o servicios—, o con la consideración de los usuarios de los programas como clientes. Situación interesante en cualquiera de las dos posibilidades que nos remiten a la deriva mercantil de ciertas organizaciones voluntarias.

En las ofertas que hemos repasado, observamos que se solicitan voluntarios/as con formación previa, cualificados. Se trata de puestos para los que las organizaciones no prevén proporcionar ningún tipo de formación, el objetivo pasa por lograr una

⁶³ Formalmente su desaparición definitiva —junto al servicio militar obligatorio— se produjo a finales del año 2002.

máxima rentabilización del trabajo voluntario (utilizándolo en términos de estricta fuerza de trabajo), con una mínima ‘inversión’. En ninguno de los anuncios aquí reflejados, se contextualiza la oferta con los fines, programas, principios, etc. de la organización. No parece pertinente, entendiéndose quizá que cualquier petición de voluntarios/as de una organización voluntaria está forzosamente respaldada y legitimada por un proyecto ‘ético’ y ‘solidario’, que por supuesto, no es necesario explicitar. Tampoco se anima a la implicación asociativa del voluntario, se le reclama con exclusividad para unas funciones específicas, bien delimitadas. Es llamativo constatar que los anuncios se refieren a labores perfectamente remunerables en el mercado de trabajo actual. No son trabajos de cuidado social potencialmente remunerables; a la inmensa mayoría de los técnicos en informática se les contrata, también a los abogados, a los médicos...

Podríamos también mencionar la circunstancia de organizaciones que funcionan como verdaderas ‘agencias de colocación’ de voluntarios/as. Por ejemplo, en la guía de voluntariado editada por la Comunidad de Madrid (1998: 215), la asociación *‘Voluntariado de Marginación Claver’*, explica —según los detalles aportados por la propia organización— que su objetivo es la “selección, formación, envío y acompañamiento de voluntarios y voluntarias al Cuarto Mundo o áreas de marginación de Madrid” y a la hora de reseñar su actividad, apuntan hacia “todo tipo de tareas de cooperación al desarrollo o apoyo a personas marginadas, según las demandas que se nos hacen por las entidades que solicitan nuestra cooperación”. Como tal afirmación no resulta demasiado diáfana, no dudan en aclararla: “no tenemos actividades propias”. Se trata pues de una organización que potencia el funcionamiento fluido del mercado de trabajo voluntario. En la misma línea, ‘Solidarios para el Desarrollo’, ONG asociada a la Universidad Complutense de Madrid, funciona, fundamentalmente como agencia de selección y colocación —aunque en este caso, sí que dispone de algunos programas propios—, ‘surtiendo’ de voluntarios/as a otras organizaciones con las que colabora⁶⁴, como por ejemplo Proyecto Hombre.

Otro aspecto útil para sondear el nivel de profesionalización funcional del voluntariado, es realizar un análisis comparativo que atienda a la distribución de tareas entre el personal remunerado y voluntario dentro de las organizaciones voluntarias. Con tal fin, podemos recuperar algunos de los datos contenidos en el estudio cuantitativo sobre las organizaciones voluntarias en España, auspiciado por la Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España (Cortés *et al.*, 1997: 154).

⁶⁴ Véase GARCÍA FAJARDO (1994).

TABLA 1.- *Organizaciones de voluntariado según quienes realizan las actividades operativas*

	<i>Voluntarios</i>	<i>No voluntarios</i>	<i>Ambos</i>
<i>Trabajo de secretaría</i>	40,2%	37,6%	13,6%
<i>Administración</i>	40,1%	37,6%	10,4%
<i>Recepción y central telefónica</i>	36,7%	32,8%	12,1%
<i>Archivo y documentación</i>	39,9%	31,3%	11,5%
<i>Capacitación de voluntarios</i>	38,2%	24,1%	11,1%
<i>Coordinación operativa</i>	32,8%	30,7%	10,1%
<i>Relaciones externas</i>	41,5%	22,3%	14,7%
<i>Presidencia y dirección</i>	57,0%	21,8%	7,1%
<i>Mantenimiento de la sede</i>	32,8%	37,2%	9,1%
<i>Otros</i>	9,9%	5,3%	1,5%

Fuente: CORTÉS *et al.* (1997: 154).

De esta tabla se desprende, como apuntan los autores del informe, que “los voluntarios actúan de forma «protagonista» en todas las actividades internas” (Cortés *et al.*, 1997: 105). Además, podemos hacer otras apreciaciones complementarias, pese a que la generalidad de las categorías de agrupación impiden un análisis sutil. En primer lugar, si hacemos una apreciación global, los voluntarios/as parecen desempeñar puestos muy similares a los de los asalariados —variando su dedicación temporal, claro—. Si bien, apreciamos diferencias porcentuales realmente significativas en favor de los voluntarios/as (que hablan de una mayor ‘especialización’), en relación a las tareas de presidencia y dirección (elevada diferencia de un 36%), relaciones externas (casi veinte puntos de diferencia), y capacitación de voluntarios/as (prácticamente una diferencia de un 14%). En segundo lugar, —en aparente contradicción con lo afirmado—, para cada una de las organizaciones —consideradas individualmente— se produce una separación estricta entre las tareas encomendadas a los voluntarios/as y las tareas realizadas por empleados asalariados. Los porcentajes de la tercera columna —bastante homogéneos para todas las categorías— parecen confirmarnos que en tan sólo un 10% de las organizaciones podemos hablar con propiedad de trabajos compartidos, existiendo en general una especialización funcional de carácter interno entre las áreas y tareas ‘profesionales’ y ‘voluntarias’.

Otro rasgo relevante que no podemos dejar de señalar, y en el que se refleja claramente la creciente profesionalización funcional del voluntariado, es la reciente proliferación en las organizaciones de los llamados *contratos de voluntariado* —figura que sólo

cobra pleno sentido en el marco de la progresiva regulación estatal del voluntariado⁶⁵—. Al no existir, en el caso de los voluntarios/as, un condicionamiento económico de subsistencia —como el que vincula sólidamente al trabajador con la empresa—, y siendo progresivamente utilizados como fuerza de trabajo y no como persona ‘completa’ —diluyéndose el vínculo participativo con la organización, que parte del ‘compromiso’ ideológico y de la identidad personal con el proyecto—, es necesario *fidelizar* al voluntario/a a través del contrato. A través de esta figura jurídica, la organización exige y consigue continuidad, logra pautar y planificar la dedicación del voluntario/a y garantiza la continuidad y volumen de las prestaciones. De esta forma, se desactivan los riesgos de la voluntariedad individual (la incertidumbre). Así, cada vez más, los voluntarios/as ocupan una posición ambigua, en la que, frecuentemente, el libre compromiso está mediado —y subvertido: es exigido— por contratos que regularizan su actividad. Se abre paso un elemento más de confusión entre el ámbito del voluntariado y las relaciones laborales⁶⁶. Estamos ante el establecimiento de un “...modelo fuerte de compromiso de voluntariado. La buena intención de los colaboradores no es suficiente, sino que se exigen unas seguridades que permitan planificar la actividad de la entidad” (A. Madrid, 2001: 147).

Estos ‘contratos’ son importantes ya que tratan de asegurar el elemento central —*in*-prescindible— de las organizaciones voluntarias: la prestación de servicios. Se trata, indiscutiblemente de una estrategia de *control*; a priori de las tareas (*qué* se hace y sobre todo durante *cuánto tiempo*; en definitiva, *cuánto* se hace), pero fundamentalmente de las personas. Ello nos hace sospechar de la —pretendida— ‘férrea’ salud de un voluntariado necesitado de controles externos, cuando en esencia —si nos movemos en el plano de la idealización— sólo debería estar autocontrolado por su compromiso. Extrañamente, lo que se definía por su *voluntariedad* se convierte, por mor del contrato, en *obligatorio*. Por ello, el problema es que “...la contractualización del voluntariado cuestiona la lógica social que está en los cimientos de las actividades de colaboración social” (A. Madrid, 2001: 148). Sorprendentemente, desde las organizaciones, la justificación de los contratos de voluntariado se centra sistemáticamente en la garantía y salvaguarda de los derechos de los voluntarios/as, cuando en términos generales, lo que domina es la explicitación de los deberes. Asimismo, los derechos vinculados al contrato, por ejem-

⁶⁵ Hay que recordar que “la colaboración de los particulares en entidades benéficas ha generado tradicionalmente unas obligaciones similares a las derivadas de la prestación de favores” (A. MADRID, 2001: 145), relaciones no formalizadas donde no había lugar para una contractualización jurídica —que hubiera parecido absolutamente ridícula—, sino exclusivamente para el compromiso personal.

⁶⁶ De nuevo A. MADRID (2001: 147) constata que existe un enorme parecido entre la concepción legal del trabajo voluntario y la regulación que afecta al trabajo asalariado por cuenta ajena.

plo el aseguramiento de los voluntarios/as, beneficia fundamentalmente a las organizaciones que se ven descargados de la responsabilidad civil.

Pero, exploremos otra vía de explicación complementaria de esta proliferación de contratos de voluntariado, ilustración que atañe a organizaciones en las que se han producido situaciones de utilización abusiva de la fuerza de trabajo voluntaria (sustitución pura y dura de trabajo asalariado y profesionalización funcional extrema). Paradójicamente, como vamos a ver, el ‘contrato’ es una herramienta perversa, al permitir la perpetuación de los posibles abusos. Podemos hablar en definitiva, de verdadero —y efectivo— blindaje defensivo frente a los voluntarios/as. Para explicar este recurso al contrato de voluntariado, debemos echar un breve vistazo al pasado cercano —previo al establecimiento de este marco contractual—. En ocasiones, en estas organizaciones voluntarias —de perfil corporativo— los voluntarios/as estaban realizando trabajos (de ‘alta dedicación’) con expectativas de pasar a ser trabajadores/as remunerados —perspectivas basadas en promesas explícitas de las organizaciones; situaciones que persisten, claro está, en el presente—. Promesas que en multitud de casos eran quebrantadas por la organización. En tales casos, algunos voluntarios/as afectados, procedían a denunciar a las organizaciones voluntarias por vía judicial, estimando que estaban realizando un trabajo y sus derechos laborales estaban siendo conculcados. En el marco de la legislación laboral española, los juicios eran sistemáticamente ganados, al entender los tribunales que lo que aparecía como relación de voluntariado no era tal, sino el encubrimiento de una relación laboral⁶⁷. En consecuencia, las organizaciones se veían obligadas a contratar a los voluntarios/as, al poderse demostrar fácilmente los horarios de actividad, el tipo de tarea desempeñada, el periodo de tiempo durante el que se había desarrollado la actividad, etcétera.

Teniendo, formalmente, la actividad voluntaria todos los visos de ser un trabajo potencialmente remunerable —como los tiene en general toda acción voluntaria—, y no existiendo constancia de la naturaleza voluntaria y gratuita del vínculo que unía a voluntario/a y organización, ésta última no tenía otra salida que optar por la contratación. Así, la aparición del contrato de voluntariado, elimina de raíz la posibilidad de que continúen estas prácticas de denuncia. Las organizaciones utilizan ahora el contrato como una prueba/defensa de que las tareas no son trabajo remunerable, sino ‘libre’ voluntariado. Ciertamente es que el contrato defiende a la organización de la iniquidad puntual de los voluntarios/as —denunciar cuando no hubo promesa de trabajo, ni abuso—, pero sobre todo, da carta blanca a las organizaciones para someter a cualquier tipo de abuso a los voluntarios/as. Dicho de otra forma, el contrato desarma al voluntario/a

⁶⁷ Hechos también recogidos por A. MADRID (2001: 147).

sujeto a abusos (porque, además, las tropelías no estarán plasmadas en el contrato). Vemos en síntesis, que, de lo aquí expuesto, se deriva que el contrato de voluntariado no está tanto al servicio del voluntario (como formalmente sí parece), sino de la organización voluntaria.

A pesar de la generalización de los contratos de voluntariado, los problemas no han desaparecido (si bien se han limitado cuantitativamente), fundamentalmente porque la situación de muchos voluntarios/as es extremadamente confusa desde una perspectiva laboral, y porque se siguen cometiendo abusos —profesionalización ‘encubierta’— demasiado explícitos en algunas ocasiones. Al hilo de esta cuestión, en el diario *El País*, de fecha 6 de noviembre de 2001, podemos leer la siguiente noticia: “trabajo multa a una ONG por tener a cuatro voluntarias «sin contrato»” (en este caso, no se trata de la ausencia de un contrato de voluntariado, sino de un contrato de trabajo). La noticia relata cómo el Ministerio de Trabajo, impuso a la ONG una multa de 200.400 pesetas (a partir de dos visitas de sus inspectores), por tener a cuatro voluntarias sin contratar dando apoyo social. El presidente de la asociación —en palabras del periodista— se muestra sorprendido y molesto, y se defiende: “no se entiende que, con la situación laboral que vivimos, la inspección se dedique a sancionar a asociaciones vecinales en las que nadie cobra un duro. Y, encima, en el Año Internacional del Voluntariado”. El argumento parece válido, a pesar de reclamar veladamente una especie de ‘amnistía’ por el evento internacional, lo cual puede levantar suspicacias. Sin embargo, la parte final de las declaraciones del presidente recogidas por el diario es la que tiene mayor interés: “precisamente estas chicas son de los únicos miembros de la asociación que a veces cobran porque cuando nos dan una subvención les pagamos algo [...]. Yo creo que los inspectores vinieron porque la única vez que las dimos de alta durante un mes, en noviembre de 2000, hubo un error, ya subsanado, y que además era de la Seguridad Social; no nuestro”.

El artículo también recoge la voz de las voluntarias afectadas: “llegamos a La Corrala hace cuatro años, cuando estudiábamos Trabajo Social, y sabíamos que se trata de una tarea altruista. Si seguimos es porque aquí aprendemos más que en clase y porque La Corrala *engancha*”. El perfil motivacional (vinculado en origen a una preocupación profesional/formativa, secundariamente moral o social) se expresa en este caso nítidamente. A partir de estas declaraciones podemos concluir que (aunque necesitaríamos datos más directos para manejar certezas): *a)* el presidente reconoce implícitamente que las voluntarias realizan un trabajo que debería estar remunerado, por eso, a veces se las paga (tal hecho apunta, además, a una sustitución de trabajo asalariado, aunque por sí misma, la asociación no pueda en ningún caso asumir el pago sistemático a asalariados); *b)* la figura del voluntario/a está profesionalizado funcionalmente; *c)* a las voluntarias se les paga ocasionalmente ciertas cantidades de dinero, al margen de toda garantía legal, sólo excepcionalmente se las contrató —tal hecho ilustra una verdadera economía

sumergida—; *d*) el régimen asistemático de remuneración implica una confusión evidente entre las figuras del voluntario/a y el asalariado/a: lo que redundaría en una patente precarización. Además, se esclarecen otras tendencias: *e*) la situación de dependencia extrema de las subvenciones, lo cual conduce a *f*) una enorme precariedad económica de las asociaciones, para desarrollar los programas/proyectos, lo que fuerza las ilegalidades (efecto de la ‘subcontratación’ a precios por debajo del precio de mercado).

Quizá deberíamos haber comenzado nuestra discusión, con una breve contextualización del voluntariado partiendo del concepto trabajo, eso hubiera contribuido a aclarar la problemática. Siguiendo una de las múltiples definiciones existentes, Giddens (1994b: 525) concibe el trabajo como “...ejecución de tareas que implican un gasto de esfuerzo mental y físico y que tienen como objetivo la producción de bienes y servicios para atender a las necesidades humanas”⁶⁸. Desde esa perspectiva amplia (adecuada para nuestros propósitos), la actividad voluntaria es perfectamente encuadrable en la categoría ‘trabajo’, al constituirse como labor dirigida a la producción de servicios y bienes para la satisfacción de necesidades tanto personales como sociales.

Otra cuestión muy diferente, es hablar de la salarización del trabajo; como recuerda Morán (1997: 97): “no todo el trabajo está en el mercado”, y en ese sentido, el voluntariado sería parte del trabajo social no remunerado (Pérez Pérez, 1998: 1). Y es ésta, una característica que nos interesa especialmente: *el trabajo voluntario no está en el mercado*, al menos desde la perspectiva de la salarización. La ubicación real del voluntariado está en los *márgenes* del mercado de trabajo —asalariado—, produciéndose por ello numerosas interferencias y distorsiones dinámicas entre el ‘mercado’ de trabajo voluntario (atravesado también por ofertas y demandas de ‘empleo’, podríamos hablar de un mercado de trabajo voluntario ‘mimético’) y el mercado de trabajo asalariado o profesional. Por eso, yerran estrepitosamente todos aquellos que conciben la esfera del voluntariado y el trabajo asalariado como esferas asépticamente separadas e independientes. Debemos reincidir en que se trata de ámbitos estrechamente vinculados.

La no remuneración del trabajo voluntario, se erige como una de las características más distintivas —más ‘clásica’—, y más reiterada (Velloso, 1999: 31), de las atribuidas al voluntariado: estamos hablando, en términos más cotidianos de la realización de ‘trabajo gratis’. Esta condición ‘no asalariada’ es traducida habitualmente por el concepto de ‘gratuidad’ (*vid.*, entre otros, Giner de Grado, 1996), término no aséptico (en rela-

⁶⁸ Una definición más lata es la propuesta por A. MORÁN (1997: 97): “El trabajo es todo gasto de energía humana tendente a satisfacer necesidades personales y sociales”. Desde ese punto de vista, prácticamente cualquier actividad humana —incluso el ocio: también dirigido a la satisfacción de necesidades— podría ser considerada en sentido estricto trabajo, de ahí que sea menos útil a la hora de aplicarla al voluntariado.

ción por ejemplo a ‘gratuito’), que confiere un matiz o ‘halo’ ético —idealizante— a la ausencia de contraprestación económica⁶⁹. La gratuidad es considerada por distintos autores como un elemento central en la comprensión del voluntariado al ocupar “el centro del contenido objetivo del acto voluntario” (Madrid, 2001: 129)⁷⁰, y es identificada como la diferencia clave —y obvia— en relación al trabajo retribuido (Velloso, 1999: 31; Pearce, 1993: 8).

En la literatura sobre el voluntariado, la frecuente difusividad —y casi intercambiabilidad— de los conceptos se manifiesta también con respecto a la gratuidad, que suele asociarse y confundirse sistemáticamente con valores éticos como el desinterés, el altruismo e incluso la solidaridad (véase Renes *et al.*, 1994: 120 y ss.; García Roca, 1994: 115 y ss.). El problema, se ubica en la identificación sistemática de la gratuidad (hecho objetivo) con la actitud u orientación altruista del sujeto voluntario (su orientación moral). Antonio Madrid (2001: 129) defiende que la gratuidad objetivaría los elementos subjetivos de la acción voluntaria: el altruismo y la solidaridad. Nosotros matizamos su afirmación: no necesariamente. De ahí, que la percepción ética —idealizada— de la gratuidad, introduzca distorsiones en la conceptualización del voluntariado. Clarifiquemos tal aserto. En primer lugar, deberíamos recordar que la gratuidad no es una característica privativa del voluntariado, existiendo multitud de trabajos y actividades sociales no remunerados (ej.: trabajo doméstico...), que no responden necesariamente a un impulso ético altruista —a veces el altruismo tan sólo aparece excepcionalmente—. Es cierto que la gratuidad está asociada al altruismo, puede ser incluso entendida como uno de los rasgos más genuinos y caracterizadores —central— de un acto altruista. Pero, en ningún caso, todo acto gratuito —especialmente si lo circunscribimos a la ausencia de pago monetario— es sinónimo de altruismo. Y concretando aún más, no toda acción voluntaria (gratuita) es *necesariamente* altruista —como mostramos al analizar el proceso motivacional del voluntario/a—, aunque el altruismo sea una actitud moral ‘abundante’ en el seno del fenómeno voluntario. En síntesis, no concebimos el ‘altruismo’ como una condición necesaria y absolutamente universalizable o consustancial a toda acción voluntaria.

Al margen del sistemático —y problemático— hermanamiento entre gratuidad y altruismo en relación al voluntariado, existe otra dificultad añadida con respecto a la

⁶⁹ Cuestión que tangencialmente también observa A. MADRID (2001: 128-129). Interesante, también en este texto, es la reflexión sobre la definición en el modelo legal de la gratuidad; ésta es entendida en términos patrimoniales. De ahí, que “la buena voluntad del sujeto voluntario no ha de verse acompañada de un sacrificio patrimonial” (ibíd.: 131), luego se está hablando de “indemnidad patrimonial” (ibíd.: 147).

⁷⁰ GUTIÉRREZ RESA (1997: 174) se refiere a la gratuidad como “una de las constantes axiológicas del voluntariado social”.

delimitación de la gratuidad en el fenómeno voluntario. Nos referimos a la posibilidad de gratificar la acción voluntaria (monetariamente, o a través de otros medios: acceso privilegiado a bienes o servicios públicos, etc.)⁷¹, cuestión que, cuando menos, matiza la gratuidad, y en el límite, la elimina.

Existen posiciones que niegan frontalmente la posibilidad de un espacio para las gratificaciones en el voluntariado, dado que éstas deformarían la figura del voluntario/a: “si no hay gratuidad no hay voluntariado” afirma categóricamente Velloso (1999: 29-30). Pero, no es ésta una posición hegemónica, ciertos autores están abiertos a la existencia de gratificaciones (entre otros, Aragonés *et al.*, 1986: 15⁷²), y sobre todo, la regulación política vigente del voluntariado también admite la posibilidad de gratificaciones, situación que complica y matiza aún más la identificación entre gratuidad y voluntariado. A. Madrid (2001: 133) pone el dedo en la llaga, al advertir que “la definición legal de la actividad voluntaria como aquella que no es remunerada y la aceptación de compensaciones económicas para determinados modelos de actuación voluntaria sitúan bajo el concepto de gratuidad realidades dispares”.

La ‘filosofía’ subyacente en estos planteamientos y regulaciones a favor de las gratificaciones de la labor voluntaria, parece defender que las gratificaciones deben mantenerse en un nivel suficientemente bajo para que, en ningún caso, permitan que los voluntarios/as se ganen la vida con ellas (de esta manera, ingenuamente, se pretendería evitar la confusión con el trabajo asalariado). Para desactivar esta argumentación, tan sólo habría que recordar que existen multitud de trabajos asalariados —demasiados—, que tampoco permiten la subsistencia del trabajador/a. Estamos hablando de los típicos ‘trabajillos’ desempeñados —de manera discontinua— por jóvenes mientras siguen residiendo con sus padres (moto-pizzeros, reparto de publicidad, socorristas, monitores de tiempo libre...), sin olvidar los trabajos a tiempo parcial y los trabajos con remunera-

⁷¹ Una gratificación *sui géneris*, de carácter restringido y enormemente contradictoria se concreta —como hemos visto más atrás— en la existencia de premios de carácter crematístico al voluntario/a.

⁷² Los mismos autores son conscientes del terreno extremadamente movedizo en el que se ubican, reconociendo que “...esta situación puede conducir a una especie de semivoluntariado que se hace acreedor a numerosas críticas” (ARAGONÉS *et al.*, 1986: 15); pero lejos de rehuir el ‘peligro’, aportan hilarantes ‘soluciones’ como por ejemplo, las siguientes: “A nuestro juicio la solución estaría en que la gratificación tiene que estar basada en tres supuestos: 1) No debe ser mencionada como condicionante al inicio de la relación entre voluntario y asociación; 2) Debe realizarse una vez finalizado el servicio y no prometerse antes de cumplirlo; y 3) La cuantía debe ser en cantidad que no permita al voluntario crearse expectativas de que se convierta en un medio alternativo de procurarse un medio de vida. Si se dan estos supuestos, la gratificación según nuestro criterio, nunca desvirtuaría la esencia del Voluntariado Social, sino que se convertiría en una simple motivación que permitiera al voluntario continuar con más ánimo su compromiso”. La opción ‘secretista’ por la que parece optarse en el texto, no apunta sino a una absoluta discrecionalidad y arbitrariedad en la determinación y concesión de las gratificaciones, conceptualizando por añadidura al voluntariado como un *homo oeconomicus*, y desde luego, contribuye al desdibujamiento del perfil de la actividad voluntaria. Esta ‘solución’ es, por tanto, perversa.

ciones ridículas (reponedores de hipermercados, trabajadoras/es domésticos,...), con salarios claramente por debajo del nivel de subsistencia, y que tienen, en las situaciones más favorables —esto es, cuando existen otras fuentes de ingresos—, una finalidad complementadora de la renta familiar. Está claro, que la posibilidad de conceder gratificaciones abre el campo a una posible salarización encubierta del voluntariado, que redundaría en una precarización del trabajo remunerado (sustrayéndolo por añadidura de su marco legal, lo que implicaría una absoluta indefensión por parte del voluntario/trabajador ante el contratador ‘fantasma’). Las gratificaciones abren la posibilidad (que no necesidad) de una mezcla efectiva —y viciosa— de trabajo remunerado y voluntariado: recompensas salariales ridículas —‘bajo cuerda’—, ilegalidades y desprotección, etcétera.⁷³

Siguiendo los datos contenidos en el ya referenciado estudio cuantitativo de la Fundación Tomillo (2000: 63-64), un 31,6% de las entidades de acción social entregan algún tipo de compensación económica a los/as voluntarios/as. Y de entre éstas, hay

⁷³ Nuestras entrevistas nos facilitan varios ejemplos de voluntariado gratificado económicamente. Un voluntario, reconoce que percibe una remuneración que va más allá del reembolso de los gastos asociados a la actividad (pero que no se corresponde con ningún tipo de contrato laboral): “que... tengo más expectativas laborales, más que de voluntario. Es más yo ahora... pues, de ‘P’ [nombre de una conocida organización] *me saco algo de dinero*, ...también porque... o de dinero o... [...]. Pero también es un poco porque... yo en su momento dije que o... o recibía algo de dinero, o tenía que venir menos horas porque tengo que trabajar ¿no? [...] Entonces, algo me saco, eso, para comer y para poco más...” (V10). Suponemos que se trata de una práctica de la que en ocasiones se benefician los voluntarios/as de confianza y alta dedicación —es el caso de la entrevista— y ante la imposibilidad de (o falta de interés por) realizar un contrato legal. En otros casos, respondería a una simple situación de explotación laboral. En la entrevista V3, una voluntaria se refiere al “voluntariado, pero con agradecimiento” curiosa fórmula que maneja para referirse a una experiencia personal de voluntariado remunerado: “cada dos meses y medio te ‘daban de alta’ dos días” (ibíd.) —también hace referencia a la existencia puntual de otras gratificaciones a cargo del presupuesto de voluntariado: cenas, dinero...—. En este caso, más allá de la cuantía monetaria de la remuneración por estar ‘dado de alta’, el valor deriva de la existencia del contrato (que documenta y acredita una experiencia laboral). Uno de los gestores entrevistados (G7), se refiere —con respecto a su organización— a la figura de los “voluntarios retribuidos” [...]. No están contratados, pero cuando hay algo de dinero se factura ¿no?”. Por otro lado, el paso de voluntario/a a profesional remunerado, dado que muchas veces suele ser largo y gradual, está jalonado por el paso por este tipo de figuras mixtas (de remuneración escasa e incierta; situación que puede cronificarse). El mismo gestor de la entrevista anterior, lo ha experimentado personalmente en su trayectoria en la asociación para la que trabaja: “de voluntario estuve muchísimos años [...] y justo cuando terminé la carrera [es trabajador social] se fue el administrativo que había, y me dijeron que si me quería quedar yo un poco a cargo de la oficina, echándoles una ‘manilla’. Igual, me empezaron a pagar sin tener contrato, y según han ido llegando subvenciones, pues ya he empezado a tener contratos [...]. Y dijeron: «Mejor meter a alguien que conozca ya la entidad que alguien de fuera»” (G7). Esta última cita, además de reflejar la existencia de figuras intermedia entre voluntariado remunerado, atravesadas por situaciones irregulares, también hace eco otras cuestiones: la preferencia por la promoción interna (endogámica), esclarece también la imagen del profesional precario —o el voluntariado remunerado— como un chico para todo (incluidas labores administrativas), y por supuesto, manifiesta la dependencia del dinero público para profesionalizar al personal (y las dificultades económicas de gran parte de las organizaciones voluntarias). En todas entrevistas se muestra una difusividad peligrosa entre los espacios de la participación y del trabajo asalariado.

casi un 10% que van más allá del reembolso de los gastos que la actividad voluntaria pueda ocasionar (como es el transporte), y reconocen la entrega de gratificaciones económicas a los voluntarios/as⁷⁴. Incluso en las prudentes palabras de los redactores del informe se afirma que “este último tipo de compensación económica puede estar apuntando a situaciones de «empleo encubierto»” o trabajadores en “situación irregular”.

Los poderes públicos se han mostrado extremadamente imprecisos y volubles con respecto a la aplicación y alcance de la figura de la gratificación⁷⁵ —a la que conceptualizan usualmente como un incentivo o simple medida de fomento del voluntariado—, si bien suelen dejar espacio para su potencial desarrollo en la legislación vigente. En cuanto a la Ley del Voluntariado de 1996, ésta moderó finalmente sus elevadas aspiraciones originales, que implicaban ‘velados’ aumentos de renta (en el anteproyecto se incluían entre los incentivos: prestamos cualificados para la realización de estudios y acceso a la vivienda, méritos en la obtención de becas y ayudas públicas e incluso en el acceso a la función pública estatal —García Inda, 1996: 214—), ‘limitándose’ en el texto definitivo (artículos 14 y 15) a señalar dos tipos de incentivos: *a)* bonificaciones o reducciones en el uso de medios de transporte público estatales, entrada a museos y otros beneficios que puedan establecerse reglamentariamente —lo cual deja la puerta abierta de par en par a cualquier propuesta—, y *b)* la posibilidad de que el tiempo prestado como voluntario pudiera convalidarse a efectos de Servicio Militar o de la Prestación Social Sustitutoria⁷⁶. Por el momento, no se han puesto en marcha ninguno de estos incentivos con aplicación general, siendo además el segundo de ellos de aplicación impracticable ante la desaparición del Servicio Militar y la Prestación Social Sustitutoria.

⁷⁴ Ello quizá explicaría el elevado coste imputado (según estimaciones para 1995) en el sector de servicios sociales al trabajo voluntario, exactamente 253.364 millones de pesetas, más de la mitad del coste del personal remunerado 378.059 millones de pesetas (RUIZ OLABUÉNAGA, 2000: 72). Evidentemente, no podemos identificar el total de los 253.364 millones con los gratificaciones económicas a los voluntarios/as, dado que en su mayoría son gastos derivados de la gestión, formación, captación, aseguramiento, etc. del voluntariado, aunque un porcentaje de esta cantidad (difícilmente fiscalizable) se destina a estas gratificaciones.

⁷⁵ Una expresión arquetípica de esta vacilación la facilita el PARLAMENTO EUROPEO, que en 1983, al definir el voluntariado señala que “no está normalmente retribuido” (cfr. BOLLAERTS, 1986: 18), tal afirmación desde una perspectiva descriptiva es perfectamente ajustado a la realidad social del fenómeno, pero de hecho, lo que implica, es la apertura a la existencia de posibles gratificaciones a los voluntarios/as —desde el punto de vista de que los dictámenes y elaboraciones legislativas de las instituciones políticas implican *siempre* la prescripción de modelos sociales: en este caso de voluntariado—.

⁷⁶ GARCÍA INDA (1996: 214-215) denuncia que la *Ley del Voluntariado* de 1996 “*equipara (y confunde en cierta manera) la incentivación del voluntariado con la incentivación del voluntario*, introduciendo una serie de medidas que pueden conseguir un incremento del número de voluntarios, pero pueden afectar de forma importante a la naturaleza de la actividad y la relación voluntaria [...] [Los incentivos] vienen a cuestionar la gratuidad o el desinterés como característica fundamental de la actividad voluntaria por cuanto los posibles beneficios derivados de la actividad [...] dejan de ser implícitos y pasan a hacerse explícitos y calculables”.

No obstante, existen algunas iniciativas recientes, en el ámbito de la administración, encaminadas a la valoración curricular de la actividad voluntaria en los procesos de selección de trabajadores asalariados propios.⁷⁷

8.2. EL DIAGNÓSTICO CONVENCIONAL: EL SECTOR VOLUNTARIO COMO GENERADOR NETO DE EMPLEO, Y LA SEPARACIÓN ASÉPTICA ENTRE MERCADO DE TRABAJO Y VOLUNTARIADO

La descripción ‘ideal’ que usualmente se hace del voluntariado, parte de las siguientes premisas: el voluntariado no es mano de obra barata, ni suplencia de profesionales remunerados (su presencia no debe reducir el número de profesionales), ni prácticas profesionales, ni tan siquiera, una vía de acceso a un puesto de trabajo (Vázquez, cfr. Renes *et al.*, 1994: 41-42)⁷⁸. A la sombra de esta idealización, positiva como referente ético, pero sin valor como diagnóstico social (ya que en definitiva habla de una inverosímil independencia total entre voluntariado y mundo del trabajo), se constituye la corriente discursiva hegemónica, que plasma estos principios ideales —éticos— del voluntariado en su diagnóstico de la realidad. En función de esta construcción idealizada —y estrictamente ideológica— del voluntariado, éste *jamás* podría tener un impacto negativo, ni tan siquiera ambivalente, sobre el mercado laboral. No hay lugar alguno en estas visiones para la precarización, y mucho menos, para la sustitución de puestos de trabajo por voluntarios/as —esto es, para la destrucción de empleo a nivel *micro*, aunque tal hecho se disuelva en las cifras globales: crecimiento de empleo a nivel *macro*—. Como vamos a ver, este tipo de planteamientos son muy abundantes en la literatura sobre el voluntariado, trabajos que resaltan monolíticamente —y magnifican— la influencia positiva del voluntariado —y de las organizaciones voluntarias— sobre el mercado de trabajo, en términos, claro está, de creación de puestos de trabajo. Son éstos, además, argumentos de amplia difusión en las organizaciones voluntarias —dado que proveen de una fuente adicional de legitimación social—, y también asumidos y difundidos por las distintas administraciones —puesto que justifican y fortalecen su opción (esta vez desde una óptica macroeconómica) por la promoción del voluntariado como prestador de servicios—.

Hemos articulado en las páginas precedentes un diagnóstico muy alejado de esta posición convencional idealizante. Esta posición —aunque no lo pareciera— es mucho

⁷⁷ Así se refleja en el *Balance de Ejecución del Plan del Voluntariado 1997-2000* (MTAS, 2002: 47): “...la colaboración voluntaria ha pasado a ser un elemento más en la gestión y funcionamiento de las estructuras administrativas; así, por ejemplo, en el INSALUD se ha introducido esa colaboración como criterio para la selección del personal al servicio de la Administración Pública”.

⁷⁸ Argumentos que también recoge MARTÍ BOSCH (2000: 16-18 y 29-32).

más matizada y recoge mucho más fielmente la compleja —y de nuevo ambivalente— realidad del voluntariado en relación al empleo asalariado. Vendría a ser la siguiente: *a veces* el voluntariado sí funciona como mano de obra barata, *a veces* supone una suplantación de personal profesional remunerado, *cada vez más*, el voluntariado funciona como vehículo de adquisición de experiencia práctica rentabilizable en el mercado de trabajo, y por último, *un porcentaje muy significativo* de los profesionales asalariados de las organizaciones voluntarias soportan condiciones laborales precarias. Ese es el oscuro reverso del ‘resplandeciente’ aumento de contratados/as en el sector voluntario.

Pero, profundicemos en la caracterización de la corriente principal —convencional—. Comencemos con una cita de Stubings (1986: 53) que parece salir al encuentro de nuestras apreciaciones: “con frecuencia se denuncia que el voluntariado socava al trabajo remunerado. Esta denuncia no se corrobora con hechos; de hecho el voluntariado crea, a menudo, trabajos, aunque requiera una subvención para hacerlo”. Aquí se plantean varias cuestiones que requieren de un tratamiento pormenorizado. Se parte, en primer lugar, de la apreciación de que el tercer sector “está demostrando una gran capacidad de generar empleo, tanto directo como indirecto” (Morón, 1999: 197)⁷⁹. Hay una especial predilección entre estos autores por hacer referencia al recuento absoluto de puestos de trabajo en el sector no lucrativo (datos no censales, siempre de carácter estimativo, y por tanto, sólo orientativos). Desde ahí, la conclusión que se ofrece es obvia y difícilmente cuestionable: cada vez más personas trabajan en el sector ‘no lucrativo’, lo que implicaría generación de empleo neto. Pero, lo realmente importante es considerar si este crecimiento es ‘natural’ o está inducido ‘artificialmente’⁸⁰. Queda argumentar, en consecuencia, por qué se produce este aumento del volumen de empleo: ¿se trata de dinámicas internas del sector? ¿transformación de la estructura económica? ¿nuevas estrategias políticas?

Stubings nos proporcionaba un argumento fundamental (como también lo hace Rifkin —1997—), al situar los flujos económicos recibidos por el sector voluntario en forma de subvenciones —u otras formas, añadiríamos nosotros—, como condición para el crecimiento del volumen de empleo. Desde ahí, se podría hablar en propiedad

⁷⁹ El propio STUBINGS (1986: 56) trae a colación investigaciones —referidas a Gran Bretaña—, que caracterizan al sector voluntario como un “creador nato de trabajos”, sin aportar datos concretos.

⁸⁰ Desde posiciones diametralmente opuestas a las de STUBINGS y MORÓN, MACDONALD (1996: 32) constata que “existe un gran potencial para la explotación política y económica” del voluntariado. Y entiende tal explotación esencialmente en términos de transferencia de servicios desde el sector público al sector voluntario, transferencia que haría, redundantes ciertos trabajos (ibíd.). De ahí, que tal explotación política y económica conduzca necesariamente —para MACDONALD— a la pérdida de trabajo en términos reales —aunque aumente el volumen de contratados en el sector voluntario—.

de crecimiento inducido, y en cierta medida ‘artificial’⁸¹. Sin embargo, existen otras lecturas del proceso. Morón (1999), opta por explicar el crecimiento del empleo, a través de una segunda vía, insistiendo sobre los bajos costes del tercer sector, haciendo una lectura absolutamente positiva —y superficial— de la gran capacidad economizadora inherente al sector voluntario. Nos recuerda (ibíd.: 203) que “los agentes del tercer sector pueden producir con costes más reducidos que otros agentes...”. Indudablemente, en las organizaciones voluntarias, el margen para el despilfarro es significativamente menor que en el Estado, incluso que en las empresas, lo cual es ciertamente reseñable. Sin embargo, tal característica se suele relacionar con la austeridad presupuestaria, e introduce al mismo tiempo un evidente riesgo de precarización laboral y de abuso de los voluntarios/as, aspectos que los ‘convencionales’ suelen obviar. Especialmente interesante en la formulación de Morón, es la elección del significante “producir”. El matiz productivista que introduce, nos remite a la eficacia y rentabilidad económicas —que no sociales, a las que también podría invocarse— y al modelo gerencialista/tecnocrático que explicitábamos más atrás. Modelo de gestión que coadyuva en el preocupante proceso de precarización del empleo en el sector.

Se razona, además, que “el tercer sector ofrece bienes y servicios que de no hacerlo él, en muchos casos no se ofrecerían” (ibíd.: 205), sería ésta, asimismo, una fuente de actividad “adicional” que redundaría en la creación de puestos de trabajo (ibíd.). No falta un fondo de verdad en esa observación, pero es necesario matizarla, contextualizarla, una vez más, manejando argumentos ya habituales. Durante los últimos años, la libre iniciativa —y autonomía— de las organizaciones voluntarias (quizás su patrimonio más precioso, asociado a la capacidad de generar nuevas actividades, proyectos, ideas...), se ha visto radicalmente constreñida. Ante la aspiración generalizada de acceder a subvenciones, la gran mayoría de las organizaciones han terminado ofreciendo aquellos programas y actividades que las administraciones financian de hecho. Tal trasvase económico desvela, además, *a)* bien un desplazamiento de los servicios —y actividad— de las administraciones a las organizaciones voluntarias, *b)* bien una derivación en la implementación de los servicios que el sector público estima socialmente necesarios. En definitiva, la creación de puestos de trabajo se extrae del ámbito de la administración, en virtud de sus elevados costes. De ahí que la interpretación de Morón, sólo apunta a una parte de la realidad. Nuestra contextualización matiza enormemente la ‘novedad’ y ‘creatividad’ del tercer sector, que se magnifica por la ‘cohibición’ del Estado, y se disuelve por el control derivado de las subvenciones. Así, en las organizaciones voluntarias se percibe un férreo autocontrol (autolimitación) de las iniciativas

⁸¹ Datos empíricos aportados por algunas investigaciones (FUNDACIÓN TOMILLO, 2000: 163), reforzarían esta apreciación, dado que son las asociaciones financiadas principalmente con subvenciones públicas las que crean más empleo.

no subvencionadas o difícilmente subvencionables —que además, tendrían menos capacidad para generar empleo—. Sólo las pequeñas asociaciones voluntarias, marginales, infrasubvencionadas, mantendrían su dinamismo, pudiendo abrir verdaderos nuevos caminos (de alcance limitado), y apoyados casi con exclusividad en trabajo voluntario.

La interpretación convencional no ignora que es gracias a la existencia del voluntariado —y su nulo coste— como muchos de los proyectos del tercer sector son viables. Pero su argumentación va más allá, al considerar que “el voluntariado es un elemento básico en la creación y permanencia de los puestos de trabajo remunerados del tercer sector” (Morón, 1999: 216). Podríamos, en consecuencia, hablar de creación y mantenimiento de empleo ‘a costa’ del voluntariado. Parece adecuada la diagnosis, pero es posible hallar una cierta ‘perversión’ en la lógica que refleja, dado que apunta a una instrumentalización indiscutiblemente económica —una utilización como recurso rentabilizable— del voluntariado. Llegados a este punto, y atrapados en su propia retórica, los defensores del voluntariado como fuente de trabajo, creen necesaria una *prevención ética* para evitar los excesos: la reducción de costes asociada al voluntariado “...nunca debe ser la causa fundamental de incorporar a los voluntarios a las organizaciones y proyectos, de modo que se debe evitar que los voluntarios sean tratados como mano de obra barata” (Morón, 1999: 217). De nuevo, aparece el recurso al ‘deber ser’, socorrida referencia al ideal voluntario, para no tener que reconocer en última instancia, que esos abusos de producen de facto y que están instalados —que no universalizados— en la realidad del voluntariado.

Quizás el ejemplo más notable de la fe ciega en el tercer sector como productor neto de puestos de trabajo, e incluso como única esperanza ante el agotamiento del sector industrial y sector servicios a la hora de generar empleo, lo podemos encontrar en la conocida obra de J. Rifkin (1997) *‘El fin del trabajo’*, donde se profetiza el advenimiento de una “era posmercado” (ibíd.: 280) construida sobre el tercer sector, atribuyéndole, además, al fenómeno el rango de “tendencia histórica” (ibíd.: 307)⁸². Para Rifkin el sector voluntario “...es la única alternativa viable para que las personas puedan empezar a trabajar ahora que el papel de la economía de mercado, como generador de puestos de trabajo, es cada vez menor y que el papel desempeñado por el gobierno como garante de la última oportunidad también disminuye” (ibíd. 297). “Hoy en día —explica Rifkin—, existe la oportunidad de crear millones de nuevos puestos de trabajo en el tercer sector” (ibíd. 337). Nos encontramos ante una argumentación idealizante fuera de toda realidad. Evidentemente va a crecer el volumen de empleo del tercer sector, pero fundamentalmente por un *efecto ‘desplazamiento’* desde el sector público, creci-

⁸² Una revisión crítica de las tesis de RIFKIN, puede encontrarse en ALONSO (1999a: 143 y ss.).

miento potenciado además por la precarización (que permite más empleos por menos dinero). El volumen de empleo potencialmente ‘generable’ en sentido estricto por el tercer sector (derivado de su dinámica autónoma: sin el Estado, sin la reorientación política...) será limitado.

Rifkin, no obstante, traiciona su proselitismo al afirmar que “si el tercer sector quiere transformarse en una fuerza efectiva que pueda poner las bases para una era posmercado viable, el gobierno deberá jugar un papel de apoyo en la transición” (ibíd. 298), y esa ayuda, no es otra que la creación de “salarios fantasma” (reducciones de impuestos) para los voluntarios/as y “salarios sociales” para los desempleados (¡como alternativa a los pagos y beneficios de la asistencia pública! —ibíd. 300—). Panacea para Rifkin, los salarios sociales, tal y como los plantea el autor, no son sino la degradación máxima (y bochornosa) del mercado de trabajo. En una economía de mercado, en la que el mercado ocupa el centro de la actividad económica —economía “dirigida y regulada por los mercados” en palabras de Polanyi (1997: 85)—, el tercer sector no puede sustituirlo a no ser que se traslade al centro del mercado ¿o es justamente eso lo que avanza Rifkin?

El elemento clave no radica tanto en el número de empleos generados en términos absolutos por el sector voluntario, como en las condiciones de trabajo y la creciente confusión entre las figuras del voluntario/a y el trabajador asalariado⁸³; situaciones éstas, que contribuirían a una degradación general del mercado de trabajo —en especial en lo tocante a profesiones relacionadas con los servicios sociales—. Se puede estar creando empleo principalmente precario en el sector voluntario a nivel *macro* —como resultado de la confluencia de financiación pública, bajos costes salariales promedio y recurso al voluntariado—, pero eso no impide que se produzca un desplazamiento de profesionales por voluntarios/as, a partir de la profesionalización funcional de estos últimos. Desde ese punto de vista, deberíamos hablar de la *destrucción de puestos de trabajo a nivel micro*; destrucción absolutamente compatible con (y sobre la que, paradójicamente, descansaría en gran medida —por la reducción de costes que implica—) el aumento

⁸³ En ocasiones, son los propios estudios ‘académicos’ los que contribuyen a *con-fundir* la figura del voluntario y la del asalariado. Como ejemplo podemos citar de nuevo el informe de la FUNDACIÓN TOMILLO (2000), que aglutina *sistemáticamente* (y cuantitativamente) a lo largo de sus páginas a ambos colectivos bajo la etiqueta conceptual ‘trabajadores’. No se trata de negar —como se ha visto en las páginas precedentes— la caracterización de la actividad de los voluntarios/as como trabajo, pero, aglutinar metódicamente los datos de asalariados y no asalariados, lejos de clarificar el panorama, lo confunde (en la mayoría de los casos se identifica el concepto trabajador, con los trabajadores asalariados) y distorsiona. Por supuesto, que cuando la situación lo requiere (lógicamente), tal sumatorio de voluntarios y asalariados puede ser extremadamente pertinente, incluso de consideración indispensable, pero, tal estrategia de indiferenciación, parece que lejos de ser casual, es un signo sintomático —ideológico— de la instrumentalización del voluntariado como recurso económico y de la progresiva confusión de figuras.

del número global de asalariados en las organizaciones voluntarias. ¿Qué pasaría si se debilitara la financiación estatal, si desde ciertas organizaciones no se profesionalizara funcionalmente a los voluntarios/as, y si los empleos generados no tuvieran un perfil tan precario? Consecuentemente, la burbuja de crecimiento se diluiría casi en su totalidad.

En relación al análisis cuantitativo del empleo en el tercer sector, sobran estimaciones poco fiables, y se echa en falta estudios contextualizadores que relacionen la evolución del empleo en el tercer sector (y, concretamente, dentro de las organizaciones voluntarias) con las dinámicas generales del mercado de trabajo tanto a nivel global, como intersectorialmente (con especial hincapié en la evolución del empleo público ligado a los servicios sociales). Quizá sea este un análisis extremadamente complejo, pero absolutamente necesario, dado que el redimensionamiento de los distintos sectores económicos, no tiene porque interpretarse en términos de creación o destrucción global de puestos de trabajo.

Uno de nuestros pocos puntos de confluencia con la posición convencional, pasa por el reconocimiento de que el tercer sector: “detecta nichos de empleo” (Morón, 1999: 205). Aún así, no resistimos a hacer algunas acotaciones a tal observación. Creemos que tal capacidad se está desdibujando en el conjunto del sector debido al proceso de corporativización —dependiente del Estado— de las organizaciones voluntarias (al que nos hemos referido reiteradamente), proceso que limitaría severamente el grado de libertad creativa asociada a las organizaciones. Así, el nivel de detección máxima de nuevos ‘nichos’ se correspondería con el modelo asociativo, modelo abocado a jugar un papel crecientemente marginal en el sector voluntario, ante el imparable proceso de oligopolización que le acecha.

Además, el voluntariado proveería de una serie de habilidades laborales a los jóvenes. Es ésta, una cuestión que cuenta con un amplio consenso en la literatura que se ocupa del voluntariado, pero en el caso de los autores ‘convencionales’, tales habilidades se concretarían en una “cultura de trabajo” (Morón, 1999: 219) que introduciría una valoración de tipo moral: el voluntariado facilitaría un ‘aleccionamiento’ del carácter, una educación para el esfuerzo y el sacrificio derivados del trabajo.

Otra línea fundamental del discurso convencional tiende a resaltar las ventajas del voluntariado para los parados/as, en una doble dirección. Stubings (1986: 53) señala que “el voluntariado puede proporcionar simultáneamente servicio a los desempleados y oportunidades para ellos mismos”. No sólo se trata de resaltar que “el trabajo voluntario puede ser beneficioso para el bienestar moral y psicológico de los desempleados y puede ayudarles a mantenerse aptos para ser empleados” (ibíd.: 54), aspectos sobre los que inciden otros autores desde fuera de la interpretación ‘convencional’ (*vid.* MacClelland, 1996; Gladstone, 1979: 119), sino que, fundamentalmente, el voluntariado se arti-

cularía como un mecanismo optimizador del cuidado social, especialmente cuando son los ‘ciudadanos precarios’ —usando la ‘fórmula’ de Moreno (2001)— o ‘sujetos frágiles’ (utilizando la conceptualización de Varela y Álvarez-Uría, 1989) los que ejercen de voluntarios/as. En tal caso, se habilitaría una vía para que los excluidos —especialmente aquellos que se encuentran en una situación ambivalente: paradigmáticamente parados y mayores— se cuiden a sí mismos. Nos encontraríamos ante una verdadera panacea para los poderes públicos. Volveremos sobre este tema más adelante.

La interpretación ‘convencional’ es, desde el punto de vista ideológico, necesariamente una opción de corte liberal. En consecuencia, no debe sorprendernos que desde el liberalismo económico más extremo, también se trate de reforzar, con argumentos pretendidamente asépticos (economicistas), las bondades económicas que destila el tercer sector. Estos beneficios superarían con creces el ámbito de las propias organizaciones, contagiando de esta manera a la economía del país en su conjunto. En esa línea Franch (1999: 193) afirma que “...las fundaciones favorecen la cultura de la estabilidad, el ahorro y la desinflación, ello daría lugar a que, además de los empleos directos, voluntarios o formales, estas instituciones serían el germen del incremento del empleo en la sociedad por la vía indirecta de la disminución de la inflación”. Dicho de otro modo, no sólo es que el tercer sector genere empleo directamente, sino que el funcionamiento de estas entidades económicamente ‘virtuosas’ propiciaría “...la creación expansiva del empleo en toda la sociedad...” (ibíd.: 195). Ante los argumentos técnicos de Franch, es necesario recuperar la lógica social; no hay que juzgar una realidad como la contenida en el heterogéneo tercer sector —o el ámbito más reducido de las organizaciones voluntarias—, exclusivamente por sus efectos desinflacionistas (cuyo alcance debería ser justificado rigurosamente), sino, fundamentalmente, por sus características y consecuencias sobre lo social. No todos los caminos conducentes —formalmente— a la desinflación son socialmente (incluso económicamente) benévolos —cuestión que ilustra con claridad las políticas liberales en boga—. De ahí, que los efectos de contención de precios no parecerían tan beneficiosos si se fundamentaran, entre otros, en salarios míseros y condiciones abusivas de trabajo (esto es: precarización).

Al margen de la corriente convencional, encontramos posiciones mucho más matizadas, en relación al impacto del sector voluntario en el empleo, que pasamos a recoger. Encontramos, por ejemplo, la interpretación de Rodríguez Cabrero (1999). Este autor, a pesar de reconocer en el tercer sector una “fuente de empleo” —especialmente entre los jóvenes—, y un sector dinámico en la generación de “nuevas formas de empleo y ocupación” —hechos vinculados al crecimiento de la función de prestación de servicios por parte de las ONG—, terminan apreciando como contravalor negativo la “alta tasa de precariedad” (ibíd.: 26).

Al hilo de una formulación exitosa en los últimos tiempos, se ha identificado al tercer sector como un “nuevo yacimiento de empleo”⁸⁴ (Cachón, 1999; Rodríguez Cabrero, 1999; Fundación Tomillo, 2000), concepto que ha sido rápidamente apropiado por las organizaciones desde sus posiciones de gestión⁸⁵. Como nos recuerda Lorenzo Cachón (1999: 37), la Comisión Europea a través de su Libro Blanco *Crecimiento, Competitividad y Empleo* define los nuevos yacimientos de empleo como ámbitos de la actividad (económica y socioeconómica) que vienen a satisfacer nuevas necesidades (o relativamente nuevas) que se producen en nuestras sociedades y que, además, pueden ser generadores de empleo. Aunque la Comisión no incluye a las organizaciones voluntarias entre estos nuevos yacimientos, Cachón estima que sí deben ser integradas. Como contrapunto, Cachón (ibíd.) no olvida apuntar el riesgo asociado a los nuevos yacimientos de empleo: “la aparición de un nuevo subproletariado de servicios”, riesgo que se concreta especialmente en el tercer sector.

8.2.1. La posición del Estado

El Estado participa plenamente de las tesis de la corriente que hemos dado en llamar ‘convencional’. Así, a los ojos de las distintas administraciones, el voluntariado es visto como un contribuyente neto en la creación de puestos de trabajo⁸⁶, y su máxima preocupación pasa por cómo desarrollar al máximo su potencial de crecimiento. Esta

⁸⁴ En nuestro caso, cuestionaríamos, no tanto la identificación del tercer sector como ‘nuevo yacimiento de empleo’ —aunque lo encontramos ciertamente magnificador, idealizante y poco adecuado—, sino la propia adecuación del uso del concepto ‘yacimiento’ en las ciencias sociales, y específicamente a ciertos ámbitos del mercado de trabajo. El concepto contribuye a reificar una realidad dinámica como es la social, que se alejaría de la definición ortodoxa de ‘yacimiento’. En el diccionario de la academia se define ‘yacimiento’ como “sitio donde se halla naturalmente una roca, un mineral o un fósil”. Nos resistimos a mantener que en ciertos ámbitos de actividad se ‘hallen naturalmente’ los puestos de trabajo —parecida afirmación hacen también ARAGÓN Y ROCHA (2000: 5)—. De ahí, que reiteremos nuestra apreciación de que no es el concepto más apropiado para aplicar a una realidad social. La idea del yacimiento remite a algo que está y que en definitiva alguien no aprovecha, cuyo descubrimiento depende únicamente del esfuerzo individual, siendo, por supuesto, inmune a el contexto. Nada más inexacto si lo que queremos reflejar es la dinámica de ciertos sectores de actividad; estos yacimientos, están evidentemente condicionados económica y socialmente. Es cierto que hay sectores con más potencialidad de crecimiento, en los que se generan nuevos servicios o productos que redundan en la demanda de más trabajadores, pero, hablar de yacimientos, no redundaría en una correcta comprensión del proceso.

⁸⁵ “Las ONG o asociaciones sin ánimo de lucro estamos siendo un fomento de empleo muy bueno [...] Somos un yacimiento de empleo” (G7).

⁸⁶ Un ejemplo de esta posición podemos encontrarla en el Dictamen del COMITÉ DE LAS REGIONES, de 13 de marzo de 1998, sobre *‘El papel de las asociaciones de voluntariado, una contribución a la sociedad europea’*, donde se reconoce explícitamente la contribución de las asociaciones de voluntariado a la creación de empleo y al crecimiento económico. El texto completo puede consultarse en MARTÍ BOSCH (2000: 175 y ss.).

percepción es absolutamente dominante y figura entre los principios articuladores de jornadas⁸⁷, publicaciones, etc. El Estado no solo asume una visión del sector, sino que contribuye activamente a difundir socialmente los presupuestos de esta corriente ‘convencional’, y lo que es más importante, consigue que tal diagnóstico se convierta en una *profecía que se cumple a sí misma* (Merton, 1995), al inyectar paralelamente crecientes partidas presupuestarias con destino al tercer sector (se trata de una estrategia compleja de fomento y reconstrucción). Hay que recordar que el volumen de empleo del tercer sector español —y concretamente las organizaciones voluntarias— fue nimio hasta la llegada de un marco presupuestario estatal propicio.

Evidentemente, el Estado está apostando fuerte por el tercer sector y las organizaciones voluntarias como generadoras de puestos de trabajo, advirtiendo que la participación en estas organizaciones es una vía que facilita la incorporación *individual* al mercado de trabajo (vía capacitación técnica y social)⁸⁸. Esto descubre un interés exclusivamente instrumental en el fomento de la participación social. La participación social no parece ser positiva en sí misma. Se ‘olvidan’, cada vez más, los efectos sociales de dicha praxis como por ejemplo la vertebración (argumentos absolutamente centrales en un pasado no tan lejano⁸⁹), para pasar a loar exclusivamente sus efectos benéficos sobre el individuo (que redundan en el descargo del Estado). Se está fomentando un uso interesado —desde el punto de vista individual— de la participación social, gradualmente transformada en simple *participación individual e individualista*. Así, se contribuye a debilitar, aún más, la precaria realidad asociativa española (escondida tras el éxito de la fórmula voluntaria). Lo importante no es que los ciudadanos/as participen, sino que los jóvenes al participar mejoren sus expectativas de encontrar un empleo (promoción personal), argumentación, por tanto, plenamente *utilitarista*, que nos remite a un participante absolutamente ‘racional’ (a la hora de considerar sus intereses personales, cuya satisfacción trata de maximizar). Tremendamente esclarecedor con respecto a esta posición —cada vez más preeminente— es el documento de análisis, conclusiones y recomendaciones que acompaña a la *Proposición No de Ley* (162/249) [PNL] *sobre la formación e inserción laboral de los jóvenes y el acceso de la vivienda de la juventud en España*⁹⁰. En él se afirma:

⁸⁷ Pueden citarse a tal efecto las jornadas “*Voluntariado, Juventud y Empleo*” organizadas por el Instituto de la Juventud (5 y 6 de noviembre de 1998).

⁸⁸ En esa misma dirección la FUNDACIÓN TOMILLO (2000: 12) advierte que las personas que, como voluntarios participan en las actividades del sector no lucrativo, mejoran su *empleabilidad*.

⁸⁹ Dichos argumentos —tratados tópicamente— siguen recogándose en otros documentos como el ya citado Dictamen del COMITÉ DE LAS REGIONES de 1998: ‘*el papel de las asociaciones de voluntariado*’, pero se advierte un cambio de énfasis en favor de la dimensión empleo.

⁹⁰ Proposición No de Ley debatida en el Pleno del Congreso de los Diputados el 16 de junio de 1998, y para cuyo comentario seguimos los pasajes contenidos en el trabajo de ARIEL JEREZ (1999: 117-118).

“Según distintos estudios manejados por la Cámara, los jóvenes que desarrollan una labor social, que están inmersos en el mundo del asociacionismo juvenil, de una u otra manera, encuentran empleo con mayor facilidad y en un plazo más corto”.

“El asociacionismo se ha revelado en estos años como una excelente escuela de formación, donde los propios jóvenes aprenden capacidades y aptitudes que posiblemente no han conseguido en el sistema educativo convencional y que conllevan una formación complementaria. Mediante el asociacionismo, los jóvenes aprenden a trabajar en equipo, a dialogar, a cooperar, a planificar, a tomar conciencia de su propia situación, y a protagonizar su proceso de inserción laboral y profesional”.

“Se entiende por ello necesario que las Administraciones Públicas fomenten y apoyen el asociacionismo juvenil como escuela de formación complementaria y como elemento importante para lograr una más rápida inserción laboral y social de la juventud” (cfr. Jerez, 1999: 117-118).

De ahí que sea especialmente pertinente el diagnóstico de Jerez (ibíd.: 118) cuando reprocha que: “esta concepción de la participación la retrotrae a su momento individual, y le otorga su validez desde el beneficio particular que reporta al «propietario» de estas capacidades desarrolladas en el proceso participativo. En cierto sentido, este planteamiento apunta una «remercantilización» de [la] noción de participación que tendencialmente juega en contra de la dimensión de construcción de ciudadanía”.

Congruente con este modelo, se muestra el *Plan Estatal del Voluntariado (1997-2000)*, en el que se expone como actuación programada “promover que las empresas valoren, a efectos curriculares, la experiencia adquirida en acciones de voluntariado, especialmente de los/as jóvenes demandantes de empleo” (MTAS, 1997: 40)⁹¹. Se trata de esta manera, de intensificar y ‘optimizar’ las tendencias observadas, aunque el objetivo buscado prioritariamente sea establecer incentivos indirectos al voluntariado. Si los jóvenes asociados/as (entre los que se encuentran los voluntarios/as) terminan incorporándose con menos dificultad al mercado laboral, éstos lo harán mucho más fácilmente si, además, se fomenta y concreta —utilizando los considerables medios de presión y persuasión estatal⁹²— la *valoración directa y formal* de su experiencia voluntaria por

⁹¹ El *Plan del Voluntariado (2001-2004)* insiste sobre este punto, marcando como aspiración la “*valoración, por parte de los responsables de la gestión de recursos humanos, de la experiencia adquirida* por los trabajadores de las ONG, a efectos de su incorporación en la empresa” (MTAS, 2001: 38). Es de suponer que se habla de trabajadores voluntarios, aunque la ambigüedad —creemos que calculada—, es en sí misma es significativa.

⁹² Medios que se complementan en otras dos actuaciones previstas en el Plan Estatal del Voluntariado, que tratan de involucrar directamente a las empresas —desde una óptica esencialmente financiera— en la promoción del voluntariado: 1) “Crear la figura de «Entidad Solidaria», para reconocer y distinguir a aquellas empresas que colaboren en la financiación de programas sociales promovidos por

parte de la empresa privada. Esta propuesta es significativa a dos niveles. Por un lado, refuerza, de hecho, la percepción social generalizada del voluntariado como vía de acceso al trabajo asalariado (visión que provoca efectos contraproducentes al contribuir a distorsionar el perfil del voluntariado). Por otra parte, juega con esta expectativa —que pretende fortalecer al involucrar activamente a las empresas en la ‘medición’ de la actividad voluntaria como mérito curricular— como estrategia de incentivación al voluntariado. Lo que realmente se está promocionando no es el voluntariado como vía de participación social sino la instrumentalización de la práctica voluntaria en un doble sentido: *a)* por parte de los jóvenes que consideran la acción social voluntaria como vía y recurso de integración laboral; *b)* y por parte de la administración que concibe la fuerza de trabajo voluntaria como fuente de servicios sociales.

Señalemos, además, una falla importante en el contenido del documento de la PNL. En él se recoge una percepción simplista del desempleo (concretamente del juvenil), al entenderse el paro en términos de simple ineptitud individual, de ausencia de capacidades y formación entre los/as jóvenes⁹³. Siendo planteado el paro como problema absolutamente personal, dejando al margen las innegables causas y condicionamientos estructurales, y olvidando la hipertitulación de amplios sectores de la juventud española, se deforma grotescamente la realidad. No negamos que la participación asociativa habilite nuevos recursos (de más difícil adquisición a través de la formación académica) a la hora de incorporarse al mercado de trabajo. Hablamos de relaciones personales (esos utilísimos ‘contactos’), de potenciación de habilidades sociales, de aprendizajes variados y de información privilegiada. Pero, evidentemente, el asociacionismo no puede configurarse como una solución global para el paro, ni su fomento debe entenderse jamás como una política activa de empleo (ni una iniciativa novedosa); hacerlo significa caer en el esperpento.

Hagamos un ejercicio de imaginación, supongamos un hipotético e irreal marco social en el que todos los/as jóvenes pasaran —de manera simultánea— a participar en

ONG”, y 2) “introducir el principio de fomento del voluntariado, como uno de los criterios que permitan evaluar la excelencia empresarial” (MTAS, 1997: 40-41).

⁹³ Una penetrante y certera crítica con respecto a los discursos y políticas que conciben la formación en términos de ‘antídoto’ contra el paro, se encuentra en MARTÍN CRIADO (1999: 34 y ss.). Para este autor, los discursos sobre las necesidades de formación “al proponer como solución al paro el aumento de formación de los desempleados confunden las posiciones a ocupar en el mercado de trabajo con los ocupantes de estas posiciones: obvian el hecho de que el aumento de formación de los demandantes de empleo no incrementa las posiciones a ocupar por los mismos” (ibíd.: 38). Además, MARTÍN CRIADO, apunta que el ‘discurso de la formación’, implica un perverso desplazamiento de las responsabilidades hacia la esfera individual: “el problema no estaría en la estructura económica o en la organización del proceso de trabajo” (ibíd.: 40), sino que sería el propio parado el responsable —en función de sus carencias formativas— de su estado. De esta manera “el paro es cuestión de déficits personales: los problemas sociales son problemas individuales” (ibíd.: 41).

asociaciones. Imaginemos, además, que todos esos jóvenes accedieran al mismo conjunto de capacitaciones informales para el empleo. Nos encontraríamos con que el nivel de paro no se reduciría, simplemente porque las causas estructurales perdurarían (ese es otro supuesto para que el ejemplo funcione). Es por ello, que el Congreso defiende algo así como un disparatado (e hiperliberal) ‘sálvese quien pueda’, al optar por promover instrumentalmente la participación individual en asociaciones. Traduzcamos la lógica del documento a un ejemplo extremo y extravagante. Dado que las mujeres tienen muchos más impedimentos que los hombres a la hora de encontrar empleo y mantener su puesto de trabajo —a pesar de que participan más que sus homólogos masculinos en el área social: ¿es que se trata de un sector menos ‘cualificante’?—, sin olvidar los salarios más bajos, ¿sería entonces pertinente que el Estado fomentara —como política activa de empleo— las operaciones de cambio de sexo entre las ciudadanas españolas para reducir las tasas de desempleo? El Estado no debe promover la participación para que los jóvenes encuentren empleo, la participación social es un bien en sí misma, y el objetivo de las administraciones públicas en materia de empleo, debe pasar por lograr que los jóvenes (y los no jóvenes) accedan más fácilmente al empleo sin distinción: estén asociados o no, dispongan de título universitarios o sean analfabetos, se incluyan entre los hombres o las mujeres, sean minusválidos o no...

8.2.2. *La posición de los sindicatos*

En el caso de los sindicatos, éstos se alejan de las posiciones contenidas en el diagnóstico ‘convencional’, aunque ciertamente no han sido especialmente prolíficos —al menos desde un punto de vista documental— en el desarrollo de una reflexión y valoración sistemática del impacto del voluntariado y de las ONG sobre el mercado de trabajo asalariado. En ese sentido, las dificultades mostradas por las organizaciones sindicales a la hora de operativizar una posición nítida frente al voluntariado, reflejan una posición ambivalente no resuelta, a veces ni tan siquiera explicitada, así como algunas paradojas de carácter interno que trataremos de mostrar. Expongamos sucintamente algunas de las razones que han contribuido a atenuar el análisis del movimiento sindical en torno al voluntariado:

- 1) Pese a que los sindicatos comparten espacio social con las organizaciones voluntarias, aunque formalmente son también parte integrante del llamado tercer sector⁹⁴, no hay conciencia de identidad compartida. En ocasiones desde los sindicatos se habla de “dos mundos” separados: el sindical y el tercer sector, “que tradicional-

⁹⁴ Evidentemente, el tercer sector es fundamentalmente un espacio social tremendamente heterogéneo y difuso, que se resiste a una caracterización común.

mente se han visto con hostilidad o, cuanto menos, con indiferencia” (Aragón y Rocha, 2000: 1). Ello contrasta, sin embargo, con la realidad de un solapamiento ocasional en el espacio de las organizaciones voluntarias. Si bien el perfil —e ideal— de participación sindical es la militancia, el movimiento sindical ha amparado y puesto en marcha distintas iniciativas (como por ejemplo distintas fundaciones e incluso ONG⁹⁵) en las que es y ha sido habitual la figura del voluntario/a —que puede ser, o no, simultáneamente sindicalista—. Como es de suponer, tal situación condiciona —y desactiva parcialmente— una potencial crítica al voluntariado, que se tornaría parcialmente en autocrítica.

- 2) En ocasiones las organizaciones voluntarias son un buen aliado frente a las administraciones públicas a la hora de reivindicar y negociar (por ejemplo en relación a la regularización de inmigrantes sin papeles, etc.). Esta posibilidad de establecer frentes comunes, hace que un discurso de confrontación, centrado sistemáticamente en los riesgos de precarización del trabajo asalariado, resulte en ocasiones contraproducente con respecto a los intereses de la organización sindical. Ante la creciente capacidad del sector voluntario para generar puestos de trabajo, se impondría la necesidad de un discurso flexible y pragmático, que se fija como objetivo prioritario la penetración de los sindicatos en las organizaciones voluntarias (generalización de elecciones sindicales, convenios...).
- 3) El voluntariado se muestra como un modelo participativo de perfil ideológico bajo, desprovisto de una propuesta global de intervención y transformación social; pero el sindicalismo —aunque representante de los movimientos sociales clásicos del siglo XIX— se está desplazando progresivamente hacia este modelo participativo ‘débil’ propio del voluntariado (desideologizado y prepolítico —Alonso, 1999: 15—), eminentemente instrumental y pragmático. Pese a que nominalmente conserve como referente la ‘militancia’ —mitificada en el imaginario colectivo—, supuestamente correlacionada con un elevado perfil ideológico y de compromiso político, parece claro que buena parte de los nuevos afiliados se aproximan al sindicato más desde un interés particular, y no a partir de la conciencia de clase o de la ‘simple’ constatación intereses colectivos. No negamos el perfil ideológico del militante sindical (y por extensión del movimiento sindical), pero constatamos su debilitamiento, de ahí la proliferación (y considerable éxito) de sindicatos sectoriales (de pilotos, transportistas, etc.). La excepción, y no la norma, es el ejemplo de lucha sindical mostrado por los trabajadores de Síntel.

⁹⁵ Es el caso de *Sotermun* promovida por USO, o la desaparecida *Fundación Solidaridad Democrática*, en cuyo patronato participaba UGT.

De ahí que, durante la década de los noventa, el voluntariado haya sido un tema bastante incómodo —y por tanto, relegado al ‘olvido’— para los sindicatos. Sin embargo, en estos momentos, al tomar conciencia de la potencia del nuevo modelo de participación social, algún sindicato trata de clarificar su postura frente al voluntariado. Nos referimos a Comisiones Obreras, que en Junio de 2001 celebró, unas jornadas sobre ‘Voluntariado, Tercer Sector y Movimiento Sindical’, planteándolas como un marco necesario de reflexión que contribuyera a desarrollar y definir con precisión la posición del sindicato con respecto al voluntariado. En la presentación del programa de estas jornadas el sindicato sintetizaba las claves de la problemática relación con el voluntariado:

“...las relaciones entre voluntariado y movimiento sindical son particularmente complejas, en la medida en que pueden desarrollarse en términos de conflicto —en función, por ejemplo, de la defensa de los derechos de los trabajadores asalariados de las organizaciones de voluntariado, o de la prevención de que el trabajo voluntariado no sustituya empleo remunerado— pero también en términos de cooperación de los sindicatos con aquellas organizaciones con las que, puntualmente, puede haber una confluencia de alianzas e intereses. Por otra parte, una primera aproximación a la realidad sindical, permite constatar el hecho de que un alto porcentaje de los afiliados a las organizaciones sindicales desarrolla, en diferentes grados de implicación e intensidad, actividades de voluntariado —así como de militancia— en sus respectivos ámbitos sociales”

Hagamos, no obstante, una aproximación temporal de más largo recorrido en relación a la postura de los sindicatos con respecto al voluntariado. Gómez de Lora (1990: 11) diagnostica la *posición ambivalente* —de fines de los ochenta y principios de los noventa— de los grandes sindicatos frente al voluntariado. El voluntariado estaba bajo sospecha de los sindicatos, como encubridor de puestos de trabajo (Mogín, 1999: 17). Las centrales sindicales se manifestaban favorables a la participación social, fundamentalmente en su versión reivindicativa (más cercana a su matriz sociohistórica), y por su capacidad de vertebración social⁹⁶, pero no tanto en su dimensión asistencial (en el marco de un precario Estado Social). Así, detectaban con preocupación crítica “...el auge de un determinado voluntariado” que suponían en su opinión “...la intromisión de «grupos de voluntarios» que parecen acometer misiones de la posible competencia personal de trabajadores...”, especialmente en los sectores de servicios sociales, sanidad, trabajo social (ibídem). Por ello, era “...una preocupación permanente desde el sindicato

⁹⁶ Es por ello, que en el ámbito de alguno de los primeros congresos de voluntariado celebrado en España en 1986, y organizado por CRUZ ROJA, responsables de UGT, manifestaban su “...apoyo claro, a la acción voluntaria, a la que [...reconocían] valores y funciones, que operan como refuerzos absolutamente necesarios del sistema democrático, al fortalecer la estructuración del tejido asociativo y el dinamismo social para abordar su propia problemática” (MANGLANO, 1986: 51).

[en este caso concreto UGT] la delimitación entre el trabajo voluntario y el trabajo contractual” (Manglano, 1986: 51).⁹⁷

Pero, además, según Gómez de Lora (1990: 13) los sindicatos explicitaban una segunda preocupación en aquellos días, referida al establecimiento de “pseudo-modos de acceso a profesiones mediante «pequeños trabajillos» en asociaciones «sin ánimo de lucro»”. Entendían los sindicatos que era “el asfixiante paro juvenil [...] la razón que envuelve el progresivo interés de muchos jóvenes por contactar con organizaciones de voluntarios, a través de las cuales puedan tener una «primera experiencia» que genera conocimientos «pre-profesionales» y que pueda ser el origen de un contrato que les es necesario” (ibídem). Se trataba de señalar el riesgo de un mercado de trabajo sumergido y paralelo, instrumentalizable en la incorporación al mercado de trabajo ‘general’. Desde esa posición, los sindicatos exponen unas ciertas condiciones para un ‘buen voluntariado’: *a)* no es, ni puede ser una mano de obra barata; *b)* no es una fórmula para acceder a un lugar de trabajo; *c)* el voluntario no suple al profesional, aunque pueda darse el caso de que está preparado para ello (Manglano, 1986: 51), ideal también referenciado, como hemos visto, desde fuera de los sindicatos. A la postre, el apoyo sindical a la potenciación del voluntariado, estaba condicionado a que se entendiera siempre la acción voluntaria como “subsidiaria” a la acción de los poderes públicos (ibíd.: 52).⁹⁸

Como ejemplo de la posición finalmente ambivalente del sindicato UGT frente al voluntariado, podemos considerar la contradicción derivada de la valoración positiva —y expresa— del aumento de posibilidades de acceder al mercado de trabajo asalariado derivadas de la rentabilización de la experiencia voluntaria, apreciándose en adición la creación de nuevos servicios y nuevas formas de empleo (Manglano, 1986: 51). Aunque no fuera su intención, se está legitimando la opción del voluntariado como vía de formación e inserción laboral, lo que le acerca a la visión del Estado perfilada más arriba.

El recelo sindical hacia el voluntariado no ha sido privativo del caso español, incluso en los Estados Unidos, donde se ensalza hasta términos insospechados el voluntariado como expresión genuina de ‘espíritu’ americano (la libre iniciativa ciudadana...) los sindicatos de funcionarios, mostraban durante los años ochenta una preocupación ante el temor de que el voluntariado (potenciado especialmente por Reagan y Bush) pudiera sustituir el trabajo remunerado efectuado por los empleados públicos (Rifkin, 1997: 295). También el asociacionismo femenino más regresivo (asociaciones amas de

⁹⁷ Quizás eran más lógicas estas preocupaciones —prevenciones— en 1986, en el contexto de una tasa de paro absolutamente desbocada. Aunque, por otro lado, ni siquiera en los últimos años se puede hablar en rigor de una tasa baja de paro.

⁹⁸ Nos encontraríamos ante una conceptualización ascendente del concepto de *subsidiariedad*.

casa) vio en los setenta el voluntariado como un recurso para negar a las mujeres el pago de sus servicios ‘voluntarios’ (ibíd.).

Aunque los argumentos esgrimidos hace unos años por los grandes sindicatos, podrían hoy tener más vigencia que nunca, en la actualidad estas reticencias sindicales parecen haber pasado a un muy segundo plano⁹⁹). Un texto de reciente factura que escapa a esta ‘condescendencia’ con respecto al voluntariado y organizaciones voluntarias, y que bien podría marcar un punto de inflexión en la explicitación de la postura sindical es el de Aragón y Rocha (2000), documento que recupera y enuncia alguno de los temas más polémicos: el voluntariado como sustitución de empleo remunerado, la privatización de servicios sociales de responsabilidad pública, la precarización de relaciones laborales dentro de entidades del tercer sector, el voluntariado dentro del sindicato. Aragón y Rocha apuntan —y recuperan como argumento— el riesgo de un voluntariado que se convierta en cobertura del empleo precario y/o en cobertura precaria de necesidades colectivas y básicas (ibíd.: 6); sin olvidar que a juicio de los autores “se está generando una situación de des-regulación y desprotección de los trabajadores del tercer sector, legitimada bajo el discurso del «compromiso solidario»” (ibíd.: 8).

Al margen de elaboraciones más o menos aisladas y recientes, las centrales sindicales parecerían participar mayoritariamente —si bien, sobre todo por omisión— del discurso idealizante socialmente generalizado en el que las organizaciones voluntarias, y el propio voluntariado, aparecen como promotores puros e indiscutibles de empleo remunerado. Posiblemente, a lo largo de los años ochenta la percepción de algún sindicato cambió parcialmente, a raíz de la incorporación generalizada de objetores de conciencia en su organización (cubriendo en numerosas ocasiones puestos de trabajo, e igual que los voluntarios/as, sin remuneración alguna —si eludimos el ridículo pago mensual—, aunque en este caso por ‘imperativo legal’), hecho que ‘cortocircuitaba’ en gran medida su visión crítica del voluntariado como sustituto de trabajadores remunerados. Asimismo, como señalamos al principio, los sindicatos han pasado a estar ahora dentro del mismo —y heterogéneo: verdadero ‘cajón de sastre’— ‘saco’ conceptual que el voluntariado, ese tercer sector creador de empleo¹⁰⁰. Sin olvidar que están sometidos a la misma ‘trampa’ que las organizaciones voluntarias, su extremadamente alta depen-

⁹⁹ Excepción hecha de la reciente iniciativa de COMISIONES OBRERAS a la que nos referíamos previamente.

¹⁰⁰ También podríamos, en este contexto, señalar a vuelapluma una segunda trampa ideológica que sacude a las grandes centrales sindicales: por un lado, denunciando de la alta precarización de nuestro mercado de trabajo, por otro lado, paradójicamente, *fomentadores* en numerosas ocasiones de esa misma precarización a través de su política de contratos laborales (sería fácil acudir a un buen número ejemplos sacados de la propia experiencia personal que ilustraran vívidamente esa situación).

dencia de la financiación pública, que cuestiona parcialmente su independencia y su estrategia de acción.

8.3. EXPLORANDO LOS DIFUSOS LÍMITES ENTRE EL MERCADO DE TRABAJO ASALARIADO Y LA ESFERA VOLUNTARIA: LA PROLIFERACIÓN DE FIGURAS ‘MIXTAS’ Y SU ANÁLISIS EN PROGRAMAS CONCRETOS

En este epígrafe, trataremos de identificar y analizar ejemplos que demuestran la creciente proliferación de figuras a caballo entre el voluntariado y el trabajo asalariado, figuras que difuminan los límites de estas dos esferas, provocando tensión entre estos ámbitos de trabajo. Como se verá, usualmente se trata de ‘dilataciones’ que parten del ámbito de la actividad voluntaria, de ahí que mantengan como elemento caracterizador (a modo de verdadera ‘denominación de origen’) el carácter ‘voluntario’, si bien suponen deslizamientos hacia el trabajo asalariado. Nos concentraremos sobre dos realidades: el *Servicio Voluntario Europeo (SVE)*, programa tras el que se intuye el objetivo —promocionado desde las instituciones europeas— de facilitar la inserción laboral de los jóvenes, y los programas de ‘*envejecimiento productivo*’, fórmula de trabajo infra-asalariado dirigida a los mayores jubilados/as especialmente exitosa en los Estados Unidos. Estos programas de falso ‘voluntariado’ posibilitan un complemento económico para miles de estadounidenses con pensiones de subsistencia.

8.3.1. *El Servicio Voluntario Europeo*

Partamos de una definición del Servicio Voluntario Europeo (en adelante SVE), para después descender al análisis de sus características. El programa SVE “tiene como objetivo fundamental proporcionar a los jóvenes una experiencia educativa no formal como alternativa en el campo de la educación y la formación, al mismo tiempo que contribuyen al desarrollo de un proyecto local realizando actividades de carácter social en un contexto de solidaridad” (Boletín, Europa joven, junio 1999)¹⁰¹. De ahí se desprende que en función de los objetivos marcados, el SVE, más que un programa de voluntariado, es fundamentalmente un programa educativo, más concretamente, se asimila a unas prácticas ‘profesionales’ becadas. Siguiendo la propia formulación de la administración, el primer principio del SVE (deberíamos hablar con más propiedad de objetivo), pasa por proporcionar de manera efectiva “...a los jóvenes oportunidades alternativas en el

¹⁰¹ Una descripción más detallada sobre el programa del SVE pueden encontrarse en el libro de VELLOSO DE SANTISTEBAN (1999: 182-199). En estas páginas VELLOSO reproduce literalmente un folleto informativo editado por la ‘Dirección General de Educación, Formación y Juventud’. Este texto nos ha servido de base para algunas referencias y comentarios.

campo de la educación y de la formación” (cfr. Velloso, 1999: 183), e incluso, del *empleo*, como también se reconoce explícitamente (ibíd.: 187).

El SVE, está financiado por la Comisión Europea y se dirige a jóvenes de entre 18 y 25 años de edad que sean residentes legales en uno de los Estados miembros de la Unión Europea, Noruega o Islandia. Se concreta en el desplazamiento temporal de los jóvenes (por un periodo de tiempo que puede variar entre las 3 semanas y los 12 meses), a un país distinto al propio (pueden ser países no pertenecientes a la Unión Europea, aunque usualmente se circunscribe a este espacio político), para participar en un proyecto local como voluntarios/as. En realidad, este programa toma la forma de un verdadero intercambio de voluntarios/as, entre distintas organizaciones europeas, adscritas a este servicio voluntario¹⁰². Además, se trata prioritariamente de un modelo *individualizado* de intercambio de voluntarios/as. Los voluntarios/as reciben una asignación económica, se cubren los gastos derivados del alojamiento y pensión completa, y se reembolsan sus gastos elementales (viaje, seguro, preparación y formación, etc.). De ahí, que insistamos en concebir fundamentalmente el SVE como unas prácticas becadas. No obstante, para eliminar suspicacias frente a este servicio voluntario, se afirma que el SVE “no pretende reemplazar empleos remunerados ya existentes o potenciales” (ibíd.: 184), y por tanto, que “los participantes en el programa no pueden ser utilizados como mano de obra barata o como medio de aliviar la carga del personal existente” (ibídem).

El objetivo central que impregna (si bien implícitamente) todo el programa, es la inserción laboral de los jóvenes. Tal orientación se ilustra claramente en el mensaje dirigido a los potenciales aspirantes al SVE: “después de tu periodo de Servicio Voluntario Europeo puede que quieras dar información a una empresa o institución educativa sobre la experiencia que has adquirido. Recibirás un certificado en el que consta tu contribución al proyecto y las actividades que has llevado a cabo a través de tu participación en el SVE” (ibíd.: 188). Lo que se remarca y quiere facilitar es la rentabilización (laboral) a través del reconocimiento institucional del servicio, aunque de manera claramente eufemística se hable tan sólo de ‘dar información a una empresa’, en vez de hablar de búsqueda de trabajo, o de envío de currículums. Incluso, en un nuevo ejercicio de eufemismo, se le sugiere al potencial ‘voluntario/a’ que “deberías recibir una cierta ayuda de tu organización de envío para dar una continuidad a tu experiencia” (ibídem); expresándolo de una manera más burda (y directa): la organización debería ayudar a estos voluntarios/as a encontrar trabajo. De ahí, que este programa de ‘voluntariado’ —por

¹⁰² Las organizaciones de referencia superan el marco de las organizaciones voluntarias, correspondiéndose con el más amplio marco del tercer sector, incluyéndose en el programa las siguientes: “asociaciones vecinales, organizaciones locales sin ánimo de lucro de todo tipo (culturales, deportivas, sociales, de protección medioambiental, etc.), organizaciones juveniles, cooperativas, organizaciones de servicio voluntario, otras organizaciones no gubernamentales, etc.” (cfr. VELLOSO, 1999: 186).

su propio diseño y objetivos— lejos de primar la expresión de solidaridad, el compromiso social o ético, lo que potencia es la motivación estrictamente individual (y especialmente, la rentabilización laboral de la experiencia acumulada). En la revista *De Jóvenes*¹⁰³, publicación ligada a la Comunidad de Madrid, podemos encontrar un artículo dedicado al SVE, en el que se afirma que “el voluntariado europeo, además de aportar idioma y experiencia laboral, es muy importante para fomentar la tolerancia”. El orden de los aspectos aducidos, expresa claramente la ‘filosofía’ del proyecto. En relación a los aspectos atractivos de la experiencia, los réditos individuales son considerados en primer lugar, mientras que la posible repercusión social, se reseña en último lugar. Así, la motivación parte necesariamente de los intereses del propio individuo, pasando a un segundo plano, no solo la dimensión social del servicio, sino incluso la alteridad propia del voluntariado. Es por ello, que no parece adecuado asimilar este programa a una forma de ‘voluntariado’, y mucho menos apropiado es referirse a un proceso de participación social. Más bien, se trata de un programa de formación para el empleo de carácter internacional, iniciativa circunscrita como rasgo distintivo al ámbito del tercer sector.

En el contexto del SVE vamos a explorar a continuación una iniciativa denominada *‘Capital Futuro’* (CF), que se presenta a los jóvenes que al realizado el servicio voluntario como “la posibilidad de solicitar patrocinio para proyectos que han desarrollado ellos mismos partiendo de ideas adquiridas a lo largo de su período de servicio voluntario en el extranjero” (cfr. Velloso, 1999: 192). En el *Boletín Europa Joven*, en su edición de junio de 1999, se define más concretamente esta iniciativa como una “una acción dirigida a rentabilizar la experiencia en el SVE”. Tal rentabilización se refiere claramente —aunque no se reconozca directamente— a la inserción laboral de los jóvenes. De esa forma, Capital Futuro se muestra congruente con la posición estatal, que desgarrábamos unas páginas más atrás. Valgan algunas citas del mencionado *Boletín Europa Joven*, para contornear definitivamente el ‘espíritu’ de la iniciativa, encaminado a la inserción laboral. El objetivo pasa por...

Dar continuidad a la formación y a los conocimientos adquiridos por los jóvenes en el desarrollo de su actividad permitiéndoles así emplear y aumentar el valor de su experiencia en el SVE.

¿Qué actividades se pueden plantar en un proyecto de CF?: Tanto las que tengan carácter lucrativo como las que no.

Se concederá una subvención comunitaria de 5000 euros [...] durante un año, [...ayuda] compatible con ayudas financieras de otro tipo, ya sean de carácter público o privado.

¹⁰³ Edición correspondiente a la primavera de 1999, pp. 38-39.

Al margen de la subvención económica, se desarrollan otras acciones complementarias. Por ejemplo, en 1999 se celebra un seminario consistente en un “curso específico dirigido a enseñar y asesorar a los participantes sobre la creación de una empresa y a plantear un proyecto de viabilidad” (Boletín Europa Joven, primavera 1999). La no explicitada inserción laboral de los ‘voluntarios’ vuelve a aparecer como elemento central de la iniciativa.

8.3.2. *Los programas de envejecimiento productivo*

Los programas de ‘envejecimiento productivo’ que ahora pasamos a considerar, son claros ejemplos de ‘voluntariado’ remunerado¹⁰⁴. En el caso de España no existen programas de este tipo —al menos de manera públicamente reconocida—, dado que finalmente, como ya vimos, no se ha instrumentado legalmente la posibilidad de incentivos económicos a la acción voluntaria. Es por ello, que a la hora de analizar programas de ‘voluntariado’ en los que existe una contraprestación generalizada —en relación al trabajo voluntario— de carácter pecuniario, debemos desviar nuestra atención a otros países, paradigmáticamente hacia los Estados Unidos. Se podrá objetar que este modelo de ‘voluntariado’ no está presente el caso español, sin embargo, los resultados de algunos estudios (Fundación Tomillo, 2000), permiten intuir que la gratificación económica de los voluntarios/as, más allá de los gastos asociados a la labor voluntaria (transporte, etc.), no es una circunstancia excepcional. Asimismo, es previsible que en un futuro cercano, en el marco de un Estado de Bienestar en el que la dotación presupuestaria dirigida a las prestaciones por jubilación crecerá irremisiblemente —por el proceso de envejecimiento de la población española, el aumento de la proporción de españoles con derecho a tal prestación y el incremento de la cuantía de la jubilación media—, este tipo de propuestas se pueden plantear abiertamente en breve (sin olvidar las presiones neoliberales que puedan dirigirnos hacia un modelo de ‘bienestar’ de tipo norteamericano, de elevada intervención del mercado: planes privados de jubilación, etc.). Cabe señalar en ese sentido, que tan solo desde hace unos pocos años, la potenciación del volunta-

¹⁰⁴ Aunque el SVE, también existen contraprestaciones económicas, en los programas de ‘voluntariado’ que vamos a referenciar, la salarización de la actividad es mucho más evidente y ocupa una posición mucho más central. Queremos hacer notar, por otra parte, que la referencia a estos programas en términos de ‘voluntariado’, responde únicamente a su denominación ‘oficial’. Desde nuestro punto de vista, como argumentaremos, no se trata de verdaderos programas de voluntariado, sino formas de trabajo infra-asalariado, cuyo éxito se halla fuertemente vinculado al modelo de ‘bienestar’ americano ‘de mínimos’ (Véanse: ESPING-ANDERSEN, 1993; GLAZER, 1992: 213-24; MISHRA, 1993: 41-70; WALZER, 1997: 94-102), asociado a la abundancia de jubilaciones de ‘subsistencia precaria’. De ahí el recurso a las comillas en el texto, al referirnos a estos pseudo-programas de ‘voluntariado’.

riado de mayores ha pasado a ser una prioridad en las campañas estatales de voluntariado¹⁰⁵.

Partamos de la identificación del voluntariado protagonizado por los mayores con el denominado como “envejecimiento productivo” (Kerschner y Butler, 1988). Dicha asimilación presenta una clara dimensión ideológica. La referencia a la ‘productividad’ resulta ambigua y confusa. En realidad, la productividad buscada y elogiada no está vinculada a la perspectiva individual del mayor (la prioridad no pasa por el enriquecimiento personal o activación vital del mayor, siendo este un efecto buscado ‘subsidiariamente’), sino a su productividad social, y ésta última, no entendida como contribución a la vertebración e integración social (aunque sean estos dos aspectos —junto a la reactivación vital— sobre los que se insiste formalmente para captar y motivar a los mayores)¹⁰⁶, sino en una dirección mucho más *instrumental*: su contribución al bienestar social —en términos de prestación de servicios—. Se trata de instrumentalizar tangencialmente la fuerza de trabajo de los mayores (‘ponerlos a producir’) a través de su ‘alistamiento’ en programas de voluntariado. Nos hallamos ante la recuperación interesada de los mayores, como prestatarios de servicios, es decir, como recurso¹⁰⁷. Además, la mejora de la calidad de vida asociada a la reactivación social de los mayores, supone por añadidura que los mayores demandan menos prestaciones sociales, suponiendo esta

¹⁰⁵ En 1998, el Ministerio de Trabajo, a través del IMSERSO, pone en marcha por primera vez una campaña de promoción del voluntariado dirigida específicamente a los mayores. En un díptico editado para la ocasión, podemos leer los siguientes eslóganes: “De los 65 para arriba ¡mójate!”; “Tienes mucho que enseñar. Tenemos mucho que aprender”. La argumentación esgrimida a favor de la implicación de los mayores en tareas de voluntariado es la siguiente: “La sociedad necesita personas como tú, con tu experiencia y saber hacer. Ahora que, seguramente dispones de más tiempo libre, ¿por qué no dedicas a los demás una parte de tu actividad diaria? Hazte voluntario y ayuda de forma altruista a la construcción de una sociedad más vertebrada y solidaria. [...] Mantenerse activo, ilusionado y útil, es fundamental para conservar una buena salud física y mental. Lo que es beneficioso para ti también lo es para los demás. Tienes mucho que enseñar. Anímate y ¡mójate!”. La lógica inherente es la percepción de los mayores como recurso social infrautilizado, y cuya activación social implicará asimismo una demanda menor de recursos públicos.

¹⁰⁶ Como ejemplo —a parte del texto ‘publicitario’ de la nota anterior—, podemos traer a colación el *Plan del Voluntariado, 2001-2004* en el se expone que: “...esa colaboración social puede suponer para los mayores una gran satisfacción personal, un profundo sentimiento de autoestima y la posibilidad de establecer nuevas relaciones.” (MTAS, 2001: 23).

¹⁰⁷ Un enfoque más explícito llega a considerar a los mayores como un “recurso sin explotar” [*untapped resource*] (vid. TIERCE Y SEELBACH, 1987). Así, los mayores aparecen como un colectivo susceptible de ser ‘explotado’, que no ‘movilizado’, matiz muy importante que ilustra este enfoque instrumental. Un argumentación moderadamente crítica con respecto a la concepción generalizada del voluntariado de mayores como ‘recurso sin explotar’ puede encontrarse en CNAAN Y CUIKEL (1992).

inversión de la lógica (los demandantes puros se convierten en prestatarios¹⁰⁸) un marco ideal para la contención del gasto.

Una descripción bastante pormenorizada de las características de estos programas de ‘voluntariado’ (*pseudo*-voluntariado) patrocinados por el gobierno en los Estados Unidos podemos encontrarla en ya referenciado texto de Kerschner y Butler (1988). En este caso, el ‘envejecimiento productivo’ supone de facto una reintroducción en la esfera laboral, más concretamente, una incorporación al trabajo asalariado. Antes de continuar, veamos un cuadro en el que se expone sintéticamente el perfil de dos de las iniciativas más importantes de ‘voluntariado’ de mayores: el *programa de abuelos adoptivos* y el *programa de compañeros entrados en años*¹⁰⁹:

TABLA 2.- Fuente: KERSCHNER Y BUTLER (1988: 50), *negrilla nuestra*

ELEMENTOS DEL PROGRAMA	PROGRAMA DE ABUELOS ADOPTIVOS	PROGRAMA DE COMPAÑEROS ENTRADOS EN AÑOS
1. El programa proporciona:	• Oportunidades a personas de bajos ingresos de 60 años de edad y mayores.	• Oportunidades a personas de bajos ingresos de 60 años de edad y mayores.
2. Grupo de clientes considerados como punto focal:	• Los abuelos adoptivos trabajan con niños que tienen necesidades especiales.	• Los compañeros entrados en años trabajan con adultos que tienen necesidades especiales, pero en particular con ancianos débiles confinados en el hogar.
3. Dedicación al servicio voluntario:	• Los abuelos adoptivos trabajan 20 horas por semana y reciben un estipendio de 2,20\$ por hora.	• Los compañeros entrados en años trabajan 20 horas por semana y reciben un estipendio de 2,20\$ por hora.
4. Tipos de programas:	• Los voluntarios trabajan con aproximadamente 68.000 niños y jóvenes (menores de 21 años de edad) que sufren problemas de abuso y negligencia, discapacidades físicas y emocionales, abuso de estupefacientes, analfabetismo o embarazo durante la adolescencia.	• A los voluntarios se les asigna como misión trabajar en programas de atención hospitalaria y planificación de da-da de alta [<i>sic.</i>], organismos de servicios de salud a domicilio, centros de ancianos, casas de convalecencia y organismos de salud mental comunitarios.

¹⁰⁸ Expresando con especial claridad esta nueva lógica, la *Asociación Americana de Personas Retiradas* (AARP), utiliza como lema “Para servir, no para ser servido” (KERSCHNER Y BUTLER, 1988: 48).

¹⁰⁹ El más reciente texto de RIFKIN (1997: 305), viene a confirmarnos que estas iniciativas lejos de remitir parecen gozar de buena salud. Concretamente, señala otros programas de mayores ‘voluntarios’, cuyo trabajo es remunerado con fondos federales. Estos programas están incluidos en el *National Senior Service Corps*, y son: el *Retired Senior volunteer Program* (RSVP), el *Foster Grandparent Program* (FGP), y el *Senior Companion Program* (SCP).

5. Número de voluntarios en los Estados Unidos:	<ul style="list-style-type: none"> • En 1987, el 22º año del programa, había 17.600 voluntarios en los Estados Unidos en el servicio de abuelos adoptivos. 	<ul style="list-style-type: none"> • En 1987, el 12º año del programa había casi 5.400 voluntarios.
6. Número de proyectos en los Estados Unidos:	<ul style="list-style-type: none"> • El programa tiene 250 proyectos distribuidos por toda la nación que cuenta con el apoyo federal. 	<ul style="list-style-type: none"> • El programa tiene 96 proyectos en el ámbito nacional que prestan servicio a 21.000 beneficiarios.
7. Apoyo federal anual:	<ul style="list-style-type: none"> • El apoyo federal anual para el programa de abuelos adoptivos asciende anualmente a unos 60 millones de dólares. 	<ul style="list-style-type: none"> • El apoyo federal para el programa de compañeros entrados en años se incrementó en el ejercicio económico de 1988 de 18 millones de \$ a 23 millones de \$. Como resultado de ese nuevo financiamiento se tendrá apoyo para 1.500 voluntarios adicionales y de 20 a 25 nuevos proyectos.

Como se puede apreciar, se trata de iniciativas en las que el pago al ‘voluntario’ no es marginal, sino absolutamente central. Por otro lado, destaca la dedicación ‘obligatoria’ de veinte horas semanales a las tareas de ‘voluntariado’¹¹⁰. Estos dos aspectos disuelven las características consideradas fundamentales en la definición del voluntariado. Desde ahí, negamos su conceptualización en términos de voluntariado, o como cauce de participación social, para considerar fundamentalmente en tales iniciativas, *programas de fomento de trabajo precario* —desde un punto de vista salarial— dirigidos a los mayores. Simplemente se ‘contrata’ a algunos de los jubilados más desfavorecidos en términos de renta (aquellos que disponen de las pensiones más reducidas, o que quizá ni tan siquiera tienen derecho a la percepción de pensión). Pudiera parecer que estos programas suponen una loable iniciativa de redistribución de renta, sin embargo, el problema reside en que esta redistribución está condicionada a la realización de un trabajo, no tiene carácter universal, sino que está restringida a los que demuestren ser ‘buenos’ mayores. En este contexto, ¿qué ocurre con aquellos que no pueden colaborar (por enfermedad, por falta de información, porque los fondos del gobierno son suficientes para generar más puestos de voluntariado¹¹¹, etc.), o incluso, con aquellos que no quieren colaborar? Quedan condenados irremisiblemente a su precaria pensión.

Nos encontramos con una fórmula indirecta para suplementar las pensiones insuficientes —vergonzantes—, a través del pago de un trabajo, contraprestación que se sitúa, por añadidura, muy por debajo de su precio en el mercado. En ese sentido, parece

¹¹⁰ Incluso existen programas como *Voluntarios en Servicio para América* (VISTA) que requieren la dedicación como voluntario/a a tiempo completo durante todo un año (KERSCHNER Y BUTLER, 1988: 47).

¹¹¹ Conviene darse cuenta de que el número total de ‘voluntarios/as’ incluidos en estos programas, está condicionado/limitado —a parte de por los niveles de renta de los mayores ‘aspirantes’— por los fondos presupuestados por la administración. En este caso, hay que recordar que cada puesto ‘voluntario’, precisa de una dotación presupuestaria.

especialmente interesante, reseñar que el salario mínimo en los Estados Unidos —en la fecha del artículo— era de 3,35 dólares por hora (frente a los 2,20 dólares pagados a los ‘voluntarios/as’). De este modo, los mayores beneficios no recaen sobre los ‘voluntarios/as’ infra-asalariados, sino que son capitalizados por la propia administración que obtiene un gran volumen de prestaciones, a un coste muy bajo y que, además, consigue restringir severamente la redistribución de rentas, que sólo alcanza a unos pocos, aquellos que por añadidura ‘se lo ganan’ —literalmente— con su trabajo. Programas congruentes con un modelo de bienestar especialmente preocupado por minimizar el esfuerzo fiscal de los contribuyentes ‘netos’ (aquellos que satisfacen sus necesidades exclusivamente en el mercado), y de responsabilizar individualmente a los ‘excluidos’ de la resolución de los que son conceptualizados *exclusivamente* como ‘sus’ problemas, y no como problemas sociales¹¹².

Cabría plantearse, en la línea de los temas tratados hasta aquí, si estos programas de ‘voluntariado’ crean o destruyen empleo. Si como hemos hecho hasta ahora, no lo consideramos verdadero voluntariado, parece claro que se genera empleo, pero se trata de un empleo hiperprecarizado, absolutamente desregulado, sin los derechos asociados a la actividad remunerada¹¹³, y que en cierta medida, conculcaría los derechos de estos pensionistas reconvertidos en trabajadores precarios. Si por el contrario, consideráramos estos programas como iniciativas de voluntariado en sentido estricto, deberíamos analizar la situación en términos de una competencia desleal con los parados/as, y por tanto, de destrucción de puestos de trabajo, que pasarían a ser ocupados por personas que potencialmente detentan el derecho a subsistir sin tener que trabajar para lograr un salario.

El ideal subyacente a estos dos programas de ‘voluntariado’ de mayores (ideal generalizable a la gran mayoría de las iniciativas de fomento del voluntariado —no gratificado— de mayores), es que los sujetos ‘frágiles’ se asistan a sí mismos, demandando

¹¹² Por ejemplo, D. SCHMIDTZ (2000) nos proporciona una ‘ejemplar’ versión integrista de este enfoque que enaltece y glorifica la ‘responsabilidad individual’ y que disuelve las tendencias sociales y los condicionamientos estructurales. Viejos planteamientos liberales —aparentemente remozados: realmente exacerbados— que idealizan el mercado como espacio privilegiado de igualdad social. Lo que SCHMIDTZ no puede ‘soportar’, es constatar que en ocasiones “...hay personas que tienen que pagar por las necesidades de otros y por los errores de otros en lugar de por los suyos propios” (ibíd.: 29). A parte de esta expresión de individualismo extremo, alguien debería aclararle que la pobreza no es una simple consecuencia de errores individuales. Para SCHMIDTZ “el remedio [las ayudas asistenciales] es peor, mucho peor, que la enfermedad” (ibíd.: 39), de ahí que para él “lo que ayuda a los hijos de los pobres a largo plazo es lo mismo que ayuda a los pobres a corto plazo: la internalización de la responsabilidad” (ibíd.: 113).

¹¹³ Incluso en el contexto de un desreguladísimo y altamente ‘flexibilizado’ mercado laboral norteamericano (si es que hacemos una comparación con el ámbito europeo).

de esta manera, menos recursos y servicios al Estado y de la ciudadanía¹¹⁴. Además, según se señala reiteradamente, los programas de voluntariado de mayores (y el aumento de actividad asociado) incidirían positivamente sobre el estado de salud y la autopercepción de bienestar de los mayores, ‘proporcionando’ de esta manera sujetos más autónomos y menos costosos —requieren menos atención profesional y servicios—. Podríamos hablar del riesgo de ‘guetificación’ inherente a este modelo de voluntariado, dado que ‘clausura’ los ámbitos de exclusión sobre sí mismos. Así, son sujetos parcialmente excluidos los que ayudan a otros sujetos marginales (en los programas revisados, son los mayores de sesenta años con recursos económicos escasos los que ayudan a niños y jóvenes maltratados o con problemas de drogas, etc., llegando a acompañar incluso a otros mayores incapacitados). No podemos negar que estos programas redunden en una mejora de la calidad de vida de los mayores voluntarios/as, especialmente desde el punto de vista económico pero también social —aunque tan sólo transitoriamente, mientras puedan/quieran colaborar—, el peligro reside en la instrumentalización del colectivo (responden a una lógica de ‘explotación’ de recursos, necesariamente entre los sectores más desfavorecidos). Sin embargo, estas iniciativas suelen ser valoradas en términos de avance social (integración de colectivos sociales), cuando no son sino reflejo de un estado social inexistente y de la disolución de la solidaridad social interclases.

Rifkin (1997) es un ferviente defensor de las bondades de este tipo de iniciativas de *subempleo*, y lo demuestra al proponer un sistema de rentas mínimas —él habla de salario social— condicionadas al trabajo¹¹⁵ (circunscrito al ámbito del tercer sector). Rifkin no tiene el menor empacho a la hora de aseverar que “el gobierno también debería conceder beneficios a organizaciones sin ánimo de lucro para ayudarlas a reclutar y formar a los pobres para que trabajen en sus organizaciones” (ibíd.: 300). Como acabamos de indicar no se trata sino de estrategias que pretenden instrumentalizar a los pobres, para que sean socialmente ‘productivos’, y en definitiva, se cuiden a sí mismos (fórmula que permite sortear ilusoriamente la exclusión social del actor). No estamos, ni

¹¹⁴ Por eso la preocupación de la administración (como se expresa en el ya citado previamente *Plan del Voluntariado, 2001-2004*) pasa por lograr el “impulso de la participación como voluntarios de colectivos que, por su disponibilidad de tiempo y por su experiencia, pueden hacer una significativa aportación a la actuación de las ONG, como es el caso de las propias personas beneficiarias en los programas, de personas dedicadas a labores domésticas o personas mayores ya jubiladas” (MTAS, 2001: 30). Implícitamente se está persiguiendo la reconversión ‘productivista’ de todas las personas dependientes —su activación económica soterrada—. En definitiva que los necesitados se ayuden a sí mismos y desde una perspectiva individualista, detrayendo la menor cantidad de recursos posibles del resto de la ciudadanía. Principios en ocasiones explicitados en nuestras entrevistas por algún técnico de la administración (T1).

¹¹⁵ Iniciativas que por otra parte también se plantean en ámbitos mucho más cercanos, así ocurre con las reglamentaciones de rentas mínimas en Castilla la Mancha, situación que se reproducía no hace demasiados años en la Comunidad Foral de Navarra, y que llegó a llamarse “*salario social sudado*” (AGUILAR, LAPARRA Y GAVIRIA, 1995).

mucho menos, forzando la visión del autor, es el propio Rifkin el que llega a afirmar que “un salario social adecuado permitiría que millones de americanos desempleados tengan la oportunidad de *ayudarse a sí mismos* a través de la colaboración con miles de organizaciones vecinales”¹¹⁶ (ibíd.: 300). Rifkin con toda probabilidad confiere a sus palabras un sentido individual (considerando aisladamente a cada uno de los colaboradores que resuelve *sus problemas* personales con la incorporación a la organización), pero la fórmula ‘*ayudarse a sí mismos*’ cobra su pleno sentido desde el punto de vista colectivo: la acción de colaboración incidiría sobre otros ‘*sujetos frágiles*’ (Varela y Álvarez-Uría, 1989).¹¹⁷

Indudablemente, es ésta una estrategia política que conduce hacia un modelo de sociedad claramente *insolidario* (aunque el autor pretenda lo contrario), que propone como eje de la política social la guetificación o *enclaustramiento* de los colectivos marginales, y el *control* de los mismos a través de su inscripción ‘laboral’ en organizaciones voluntarias. Hemos de reconocer la coherencia de la propuesta, puesto que lo que pretende Rifkin es “generar las bases de una sociedad caritativa” (ibíd.). No hay lugar en el texto para una sociedad *justa* como referente. Esta modalidad de ‘salario social’ que propone Rifkin, redundante en una evidente precarización del trabajo, y termina positivizando una estricta medida caritativa. Ésta, no promueve la integración social (ni tan siquiera laboral, aunque pudiera parecerlo), ni tan siquiera la activación y movilización de los colectivos sociales más desfavorecidos, sino la pura *subsistencia* ‘*socialmente productiva*’. Las aspiraciones de Rifkin pasan por sustituir el sistema de prestaciones por esta ‘virtuosa’ modalidad de ‘salario social’; en realidad, simple trabajo precario y nueva versión de explotación laboral. Se trata, en definitiva, de una medida regresiva, caritativa y socialmente estigmatizadora.¹¹⁸

¹¹⁶ La cursiva es nuestra.

¹¹⁷ ULRICH BECK (2000: 137-163) desde las antípodas con respecto a los planteamientos de RIFKIN perfila un modelo de *trabajo cívico* de marcado carácter político, también remunerado, pero verdadero negativo del salario social idealizado por RIFKIN. En su propuesta, BECK (2000: 139) deja claro que “no hay que confundir el trabajo cívico con la presión a la que se exponen por doquier los receptores de la ayuda social al hacerse cargo de un trabajo comunitario. El trabajo cívico es un trabajo voluntario y organizado personalmente, donde lo que (y la manera como) se debe hacer está en manos de los que lo realizan. Si se confunde trabajo cívico con trabajo obligatorio [...] se mata el espíritu democrático alentado por el trabajo cívico”.

¹¹⁸ Estas propuestas se muestran perfectamente coherentes con un modelo de Estado del Bienestar donde la preocupación de la clase política pasa por incentivar que las personas sigan trabajando y se mantenga fuera de las redes de la asistencia pública. Esta posición es plenamente asumida por RIFKIN (1997: 307).

8.4. ESTIMACIONES CUANTITATIVAS SOBRE EL VOLUMEN DE EMPLEO EN LAS ORGANIZACIONES VOLUNTARIAS ESPAÑOLAS

Durante los últimos años, han proliferado los estudios que tratan de evaluar cuantitativamente el impacto y participación de las organizaciones voluntarias —y el tercer sector— en el mercado de trabajo, abordando una estimación del volumen de trabajadores asalariados. Hagamos pues, un rápido repaso a los resultados presentados en estos distintos estudios.

En cuanto a la evaluación del número de asalariados, en el estudio dirigido por Gregorio Rodríguez Cabrero y Julia Monserrat, (1996: 264), se estiman (para el año 1992) en casi 100.000 (exactamente 99.038), los empleos generados —*existentes*— en las entidades de acción social¹¹⁹. Se trata de una evaluación en términos de personal equivalente, es decir, transformando analíticamente el número de trabajadores total en trabajadores a tiempo completo. Esos 100.000 empleos, constituirían un 1,4% del empleo total en servicios sociales (ibíd.: 265). Según nuestra apreciación, son estas mismas estimaciones las que aparecen reproducidas —sin citar su origen, se habla simplemente de estimaciones del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales— en el posterior estudio dirigido por Álvarez de Mon (1998). No obstante, la cifra de 100.000 empleos es llevada al más absoluto de los sin sentidos, al ser identificada con el número de puestos de trabajo asalariado *generados anualmente* por el tercer sector, a los que suman la estimación de 25.000 voluntarios/as (cifra que coincide asimismo con la estimación del volumen de voluntariado, en términos de personal equivalente a jornada completa, realizada por Rodríguez Cabrero y Monserrat —*op. cit.*—). Así, en el estudio dirigido por Álvarez de Mon (1998), los autores terminan afirmando, impávidos, que las entidades sin ánimo de lucro dedicadas a actividades sociales crean unos 125.000 puestos de trabajo *al año* (ibíd., 1998: 56). Para un lector no avisado, parecería que las entidades de acción social —que ni siquiera todo el sector no lucrativo—, son la vía clave para lograr el pleno empleo. Se trata de un buen ejemplo de falta de rigor científico en la utilización de fuentes cuantitativas, y quizá también, muestra de cómo una cierta orientación ideológica, puede hacer ver cosas que no hay —contribuyendo, por añadidura, a resignificar la realidad sobre bases falsas—.

Podemos revisar igualmente los datos aportados por el estudio dirigido por Ruiz Olabuénaga (2000). Son estimaciones referidas al año 1995, y se refieren al sector no lucrativo en su conjunto. También se especifican las cifras referentes al sector de servi-

¹¹⁹ Incluidos los generados por las que en el estudio son denominadas como entidades “singulares”: Cruz Roja, Cáritas, ONCE, y Confederación de las Obras Sociales de las Cajas de Ahorro. Entidades que generan un 43% del total de empleos (exactamente 42.698).

cios sociales, pero aún así, esta categoría no es totalmente asimilable a la utilizada en el estudio de Rodríguez Cabrero y Monserrat (*op. cit.*). Según el estudio (Ruiz Olabuénaga, 2000: 69) el número total de personas asalariadas asciende a más de medio millón (exactamente 548.366) para todo el sector no lucrativo (en términos porcentuales, un 4,55% de la población ocupada), mientras que, en el sector de servicios sociales, el número de asalariados se estima en 180.128. Si se traducen esos resultados a número equivalente de empleos retribuidos a jornada completa, las cifras se reducen. Se cuantifican 475.179 puestos de trabajo a tiempo completo (un 4,10% del empleo equivalente español), y si limitamos la conversión al sector de servicios sociales, la estimación de puestos de trabajo a tiempo completo se eleva a 151.224.

El informe elaborado por la Fundación Tomillo (2000), también ofrece una estimación del empleo asalariado (suponemos que para 1999, año en el que se realiza su trabajo de campo), en este caso, restringida al ámbito de las ONG de acción social. A partir de los datos reunidos, se concluye que existen 284.000 asalariados en dichas organizaciones, aproximadamente el 2% del total de trabajadores asalariados españoles (*ibíd.*: 52). Realizándose también la conversión a número equivalente de empleos remunerados a tiempo completo, la cifra se reduce hasta los 215.000 empleos a tiempo completo (*ibíd.*). Es esta la valoración más elevada de las hasta aquí consideradas. El informe de la Fundación Tomillo, ofrece otros datos complementarios, que resultan de interés. Según los datos que se desprenden de su encuesta, el 22% de los integrantes de las ONG de acción social son asalariados (*ibíd.*: 93) y un 14% de estas ONG se hallan totalmente profesionalizadas, esto es, no disponen de voluntarios/as.

Aunque una comparación rigurosa de los resultados de los estudios referenciados es muy problemática —en función de las diferentes metodologías adoptadas en la construcción de las categorías y en la operativización práctica de la estimación—, parece evidente que el volumen de trabajo asalariado en las ONG de acción social tiende a crecer de una manera significativa (la valoración de la Fundación Tomillo duplica, tan sólo siete años más tarde, las estimaciones de Rodríguez Cabrero y Monserrat).

Podemos también hacer alusión a una investigación de CIRIEC España (Chaves, 2000). En tal caso el ámbito de referencia del estudio es la ‘economía social’, por lo que los resultados no son, en ningún caso, asimilables a los estudios referenciados hasta el momento. La noción ‘economía social’ supera, ampliamente, el marco de las organizaciones voluntarias de acción social, y también trasciende la esfera del tercer sector, al incorporar en su seno a ciertas empresas que operan plenamente en el mercado (fun-

damentalmente, aunque no sólo, cooperativas)¹²⁰. Según este estudio casi un 10% del total de los empleos asalariados en España pertenecen a la economía social, y más de un 5% de la población asalariada se ubicaría en iniciativas sin ánimo de lucro.

Acabamos de reunir algunas ‘instantáneas’ sucesivas del volumen de empleo remunerado en las organizaciones voluntarias de acción social en España, de la cual se derivaba una tendencia dinámica. No obstante, el estudio de la Fundación Tomillo (2000) nos ofrece una estimación concreta del aumento del trabajo asalariado entre 1995 y 1999. Concluyen los autores de este estudio que, en ese periodo de tiempo, se ha producido un incremento de 60.000 asalariados/as (ibíd.: 91). Además 6.000 de estos nuevos contratados serían personas con discapacidad, en términos porcentuales, un 10% del total. Parece evidente, que el volumen de empleo remunerado en el tercer sector ha crecido durante los últimos años. Seguirá creciendo, con toda seguridad, en los próximos años como así lo apuntan también los datos que baraja la Fundación Tomillo (op. cit.), derivados de la percepción subjetiva que ofrecen las propias asociaciones. Un 63% de las entidades encuestadas —o quizá sería mejor decir, sus gerentes o responsables, que son quienes respondieron al cuestionario— cree que aumentará el número de asalariados en su organización (ibíd.: 157). En función de estas respuestas, y otros parámetros, los autores del estudio realizan una estimación, según la cual, en los dos próximos años, las entidades de acción social incorporarían en torno a 50.000 asalariados —esperando unas tasas de crecimiento medio anual del 10,1%— (ibíd. 159).

Son éstas, prospecciones que nos hablan de un crecimiento muy acelerado —si bien, no necesariamente ‘virtuoso’—, por encima (en términos relativos) de cualquier otro sector económico, incluido el de las nuevas tecnologías, en pleno proceso de ‘ajuste’ tras el sobredimensionamiento eufórico de fines de los noventa de la llamada ‘nueva economía’, y en particular de las empresas ‘*punto com*’. Pero esta constatación no invalida nuestra argumentación, según la cual, tal crecimiento tiene (y tendrá en el futuro) que

¹²⁰ La ‘economía social’ incluiría cooperativas (entre las que encontramos realidades empresariales extremadamente divergentes, incluyendo grandes empresas, como por ejemplo, Eroski), sociedades laborales, sociedades agrarias de transformación, mutuas, mutualidades, empresas de inserción, etc. (CHAVES Y MONZÓN, 2000: 115, nos proporcionan una definición ‘actualizada’ —y farragosa— de la economía social: “conjunto de empresas privadas creadas para satisfacer las necesidades de sus socios a través del mercado, produciendo bienes y servicios, asegurando o financiando y en las que la distribución del beneficio y la toma de decisiones no están ligadas directamente con el capital aportado por cada socio, correspondiendo un voto a cada uno de ellos. La economía social también incluye a las instituciones sin fines de lucro que son productores no de mercado privado, no controlados por las administraciones públicas y que producen servicios no destinados a la venta para determinados grupos de hogares, procediendo sus recursos principales de contribuciones voluntarias efectuadas por los hogares en su calidad de consumidores, de pagos de las administraciones públicas y de rentas de la propiedad” (*sic.*). Para una aproximación a la situación de la economía social en España, *vid.* MONZÓN (1996).

ver en su mayor parte con las estrategias estatales. El crecimiento no se inscribe y explica por una tendencia ‘natural’ del sector (fundamentada en una hipotética nueva ‘edad de oro’ de la sociedad civil), sino que se trata de una evolución profundamente *política* —en su acepción restringida— en sus orígenes. No es suficiente con cuantificar —recordemos, asimismo, que se trata de estimaciones y no censos— el crecimiento del empleo del sector (aunque sea un dato relevante). Es necesario preguntarse por las *causas y condiciones del crecimiento del empleo* en el tercer sector, que estarían vinculadas directamente con la creciente insuflación económica por parte del Estado, y a una abismal distancia, por las aportaciones empresariales —fundamentadas en los beneficios económicos derivados de la mejora de su imagen y los ahorros fiscales. Hasta ahí llega en la mayoría de los casos su ‘altruismo’— que se concretan, en ocasiones, en la creación de fundaciones o en la donación de fondos para distintas asociaciones. En un último lugar, deberíamos hablar de las donaciones privadas. Éstas apenas han aportado nada a la tendencia general, salvo en momentos puntuales y desbocados de ‘solidarismo económico’. De ahí, que podamos decir que el crecimiento del empleo no es una tendencia que nazca del interior del sector (aunque este coadyuve y se preste), sino que se explica, fundamentalmente, desde el exterior, en función de una estrategia política que se instrumentaliza económicamente.

Dado que estamos insistiendo sobre los argumentos desplegados a lo largo de las páginas precedentes, puede resultar pertinente concluir el epígrafe con una breve síntesis de las principales tesis defendidas, en relación a las complejas conexiones observadas entre el voluntariado y el trabajo asalariado. Se ha procedido a caracterizar primordialmente al tercer sector (pese a su creciente peso económico y volumen de contratación) como un *núcleo de precarización del trabajo*, e incluso, como resultado de la creciente *profesionalización funcional del voluntariado*, de *sustitución de puestos de trabajo asalariado* por trabajo voluntario —a nivel *micro*—. Podríamos afirmar —aplicando y ampliando el diagnóstico de Bourdieu sobre las instituciones religiosas, en tanto en cuanto atravesadas por la lógica del voluntariado— que, en el tercer sector, “la explotación está *enmascarada*” (Bourdieu, 1997: 191), configurándose en definitiva dicho sector como un espacio extremadamente apropiado “para eufemizar las relaciones sociales, incluidas las relaciones de explotación” (ibídem). De tal sombría caracterización, no se desprende la necesidad de profesionalizar totalmente el sector, sino por el contrario, la urgencia de potenciar su perfil asociativo (sin que ello suponga la ‘erradicación’ de la figura del profesional asalariado). La profesionalización total de los procesos de participación social es absurda por definición y lógicamente imposible (no hay lugar para la participación social remunerada). Cualquier aproximación a un modelo asociativo estrictamente profesional lo disuelve, y en el límite, entrañaría un severo riesgo de desestructuración social. Hemos tratado pues, de romper la idealización que atribuye unívocamente —

superficialmente— al tercer sector y al voluntariado un función ‘virtuosa’ en su incidencia con respecto al mercado de trabajo.

Valorando su potencial social, el ‘sector voluntario’ puede mostrarse especialmente dinámico en la constitución y promoción de nuevas iniciativas sociales (aunque desde nuestro punto de vista actualmente no se encuentre en ‘su mejor momento’), pero difícilmente puede constituirse *por si sólo* (a partir de sus propias inercias) como un polo de creación de empleo —desde una perspectiva macroeconómica—, por una simple razón. En general su actividad no genera el capital necesario para contratar (a no ser que ‘vaya’ al mercado a vender, a las convocatorias de subvención, o a las empresas a pedir, lo que disuelve su perfil), sino déficits financieros. Por ello, el crecimiento del volumen de empleo asalariado en las organizaciones voluntarias, tiene que ver —insistimos una vez más— en su mayor parte, con un proceso de derivación de nuevos servicios y ‘subcontratación’ de alguno de los existentes, fomentada por las distintas administraciones.

Tal estrategia pública produce indefectiblemente —como hemos expuesto— una enorme presión hacia la precarización profesional, y por supuesto, una cierta tensión hacia la utilización de fuerza de obra voluntaria en puestos habitualmente profesionalizados. Es por ello, que debemos poner entre comillas el crecimiento del empleo en este sector. Sin lugar a dudas habrá cada vez más asalariados en el sector, cada vez más formados, pero sobre todo cada vez más precarizados. Estamos ante un proceso de degradación de las condiciones laborales de los profesionales sociales —verdadera ‘proletarización’— frente a sus homólogos tecnológicos (ante la dificultad de acceder a —proporcionar— contratos indefinidos, la generalidad de bajos salarios, etc.).

El trabajo voluntario es necesariamente más barato —y esencialmente más eficiente desde una lógica económica— (Rifkin, 1997). Pero, tal perogrullada no debe constituir, en ningún caso, una base sólida sobre la que se ‘consagre’ el trabajo voluntario como alternativa social al trabajo asalariado; a no ser, claro, que se garantice una redistribución equitativa y universal del producto social —lo cual no es sino una absurda ficción en el actual marco económico y político—.

En el contexto del debate sobre el *reparto del trabajo*, la *promoción del voluntariado*, puede ser interpretada en términos de *estrategia política de reparto del trabajo socialmente necesario* (especialmente de aquél vinculado a la producción de bienes y servicios difícilmente rentabilizables en el mercado: que no generan económicamente una demanda solvente). Si se produjera —entramos en el escurridizo terreno de la hipótesis— un reparto total del trabajo socialmente necesario pero que no es rentabilizable económicamente

—al menos directamente¹²¹—, éste reparto redundaría en una mejora de las cotas de bienestar social, pero, simultáneamente, su substracción de la esfera del trabajo asalariado tendría un efecto negativo sobre la distribución social de la renta (al reducirse, y dificultarse, la salarización del trabajo). Yendo un poco más allá, se trataría de un tipo de reparto que de implementarse, convergería con —más bien respondería a— los intereses de la lógica de una economía de mercado —optimizando el proceso de reproducción ampliada de capital—. Ideológicamente, la estrategia de reparto del trabajo socialmente necesario, se cerraría con la articulación de discursos —de amplio calado— de reconocimiento de la contribución del voluntariado en la generación de empleos, y en la dinamización —flexibilización— de la economía de mercado.

¹²¹ Son abundantes los autores que destacan las repercusiones económicas positivas de los gastos sociales: educación, etc.

CAPÍTULO 9

LA ESTRUCTURA MOTIVACIONAL DEL 'NUEVO VOLUNTARIADO'

9.1. VOLUNTARIADO Y ALTRUISMO: ALGUNAS CONSIDERACIONES

Una parte importante de la literatura sobre el voluntariado, arranca en su aproximación, de una peligrosa simplificación, que deviene finalmente en una concepción errónea sobre la estructura motivacional de la *acción social* voluntaria. El elemento central sobre el que se ha incidido en el análisis del voluntariado ha sido la gratuidad (cuya centralidad no discutimos), pero —y es aquí donde reside el problema—, la identificación sistemática de la gratuidad¹ con el altruismo, ha supuesto que ciertos autores hayan optado por conceptualizar globalmente la acción voluntaria en términos de *acción social altruista*². Así, la acción social voluntaria pasaría a ser *exclusivamente* una expresión de altruismo, y de ahí, partiría la frecuente idealización moral del sujeto voluntario. Desde un punto de vista *empírico*, universalizar el altruismo como modelo de análisis social del voluntariado, implica reducir y trastocar el proceso motivacional de una parte importante de los voluntarios/as. Esto es, *no toda* práctica voluntaria es una acción altruista, y lo que es más importante, en otros casos, *no sólo es altruista* (en el sentido de

¹ Sería más adecuado hablar de 'trabajo gratis' o de 'ausencia de remuneración', dado que la gratuidad como concepto —como ya advertimos más atrás— lleva implícita una valoración moral positiva de la acción.

² Sucede lo mismo, si dejando la reflexión teórica, pasamos a observar la concepción del voluntariado que circula socialmente desde un punto de vista discursivo. Prácticamente todos los voluntarios/as identifican unívocamente voluntariado y altruismo, identificación presente incluso entre aquellos voluntarios/as en los que domina una orientación motivacional individualista utilitaria (a los que denominaremos '*profesionistas*'), aquellos que buscan de manera consciente un beneficio instrumental a través de la acción voluntaria. Los discursos de los sujetos no voluntarios reflejan, si cabe con más fuerza, la identificación de voluntariado y altruismo.

que no sólo está motivada desde una perspectiva moral). Así pues, el proceso motivacional del voluntariado resulta ser mucho más complejo y, en consecuencia, nos encontramos con la posibilidad de una *orientación motivacional plural y heterogénea*³. Tal hecho invalidaría la aplicación general del altruismo como modelo interpretativo, aunque, evidentemente, el altruismo siga siendo un elemento de consideración básica en la caracterización motivacional y sociológica del voluntariado.

Desde enfoques psicológicos conductistas, algunos autores tratan de ‘salvar’ el escollo, a través de la elaboración una concepción ampliada (verdaderamente ‘a medida’), y enormemente paradójica, del altruismo —en la que se posibilita una *motivación egoísta*—. Por ejemplo, Chacón y Vecina (2002: 22) aplican tal concepción ‘ampliada’ del altruismo a la acción social voluntaria: “...una persona puede realizar actividades voluntarias que beneficien a otros más que a ella misma y de las cuales obtenga más costes que beneficios a nivel conductual por motivos puramente egoístas (por ejemplo, adquirir conocimientos y práctica sobre un tema, sentirse necesario, etc.), sin que podamos dejar de definir ese conjunto de comportamientos como altruistas desde el punto de vista de las ciencias sociales”. Así, se asume que la conducta puede considerarse como altruista aunque su motivación pudiéramos denominarla como egoísta (lo que nosotros, eludiendo una terminología moral conceptuaremos fundamentalmente —que no solamente— como individualismo utilitario). Se trata de una premisa teórica de la que no participamos en ningún caso.⁴

Si el altruismo no proporciona un modelo teórico adecuado, en el que podamos inscribir toda la acción social vinculada al voluntariado, debemos buscar la alternativa en ‘el don’. La aplicación de la *lógica del don* en la interpretación del voluntariado aparece excepcionalmente en la literatura⁵, aun cuando ésta lógica supone la base sociológica

³ Siguiendo a ASCOLI (1988: 187), “amplísimo y variado aparece el arco de las motivaciones de quien se ofrece como voluntario, con frecuencia muy lejanas de los impulsos que nutren el tejido de las solidaridades primarias”. Otros autores que inciden sobre la pluralidad de motivaciones que intervienen en el voluntariado son: ARANGUREN GONZALO (2000), BÉJAR (2001b: 17), COLECTIVO IOÉ (1997), COLOZZI (2001: 109), FUNES (1995: 45 y ss.), y VELLOSO (1999: 21 y ss.).

⁴ La literatura psicológica, y psicosociológica, para eludir (limitadamente) la referencia directa a la dimensión moral de la acción, suele utilizarse la fórmula ‘conducta prosocial’ (vid. por ejemplo, VANDER ZANDER, 1989: 333 y ss.), que funciona como concepto contenedor del altruismo, la donación, la cooperación, la ayuda, etc.

⁵ Para el caso español, las excepciones son A. MADRID (2001: 153-192) y BÉJAR (2001b: 66-71). Trascendiendo el ámbito del voluntariado, con una propuesta teórica que toma como referente al tercer sector en su conjunto, tenemos que señalar también el trabajo de HERRERA (1998a: 163-197). Para este autor “la estructura del *don* revela importantes informaciones para comprender el *Tercer Sector* y los otros medios de la *pro-socialidad*” (ibíd: 164). Si bien, este autor elude el estudio concreto del voluntariado, y toma como arquetipo del don en el tercer sector las donaciones monetarias. Otros autores, señalan el carácter de donación del voluntariado, pero sin analizar su base sociológica, sino su dimensión ‘espiritual’ o moral.

más válida —y hasta más obvia, incluso desde una aproximación intuitiva— para abordar explicativamente la práctica voluntaria. La acción social voluntaria no implica necesariamente altruismo, pero, en cambio, *siempre* conlleva donación. Además, el modelo interpretativo que ofrece el don, es mucho más flexible y complejo, especialmente desde un punto de vista motivacional —pero también estructural—, en tanto en cuanto, las motivaciones de los actores para donar pueden ser diversas.⁶

9.2. EL ANÁLISIS SOCIOLÓGICO DE LAS MOTIVACIONES

Las pretensiones de estudio sociológico de las motivaciones suelen ir acompañadas de una cierta polémica; es por ello, que antes de afrontar el análisis del proceso motivacional del voluntariado, sea necesario realizar unas breves consideraciones teóricas. En primer lugar, defendemos la inserción plena de las motivaciones en el ámbito de la realidad social, y rechazamos la reducción de las motivaciones a un factor de origen exclusivamente individual y psicológico. Entendemos, pues, que “los impulsos, emociones y percepciones de la estructura psíquica están pautados y canalizados por la organización social de la persona” (Gerth y Mills, 1984: 122)⁷. Y así, sin negar lo que podríamos denominar como la dimensión ‘íntima’ de las motivaciones, parece necesario recordar que éstas “...se construyen a través de la interiorización de estructuras de expectativas representadas simbólicamente” (Habermas, 1995: 117). Siguiendo a Alfonso Ortí (1994: 95), podríamos definir las motivaciones —desde una perspectiva sociológica—, como “las fuerzas motoras, pulsiones, deseos, que responden al porqué de la interacción social; es decir la intencionalidad y sentido, consciente o no, que configuran los procesos proyectivos”. De ahí que la centralidad del análisis motivacional en una aproximación sociológica sea incuestionable, dado que nos dirige hacia “la comprensión y explicación de por qué y cómo la conducta humana toma una dirección específica” (Gerth y Mills, 1984: 121). En definitiva, el análisis motivacional permite la captación de las ‘conexiones de sentido’, cuya comprensión proporciona según Weber (1984a: 9) una explicación del desarrollo real de la acción.

Así, el análisis motivacional es absolutamente central para la disciplina sociológica. Pero, habitualmente, en la aproximación a las motivaciones, el sociólogo se topa,

⁶ Textos en los que podemos fundamentar una aproximación social al ‘don’ son, entre otros, los de: BERKING (1999), BOURDIEU (1997), DUVIGNAUD (1979), GODELIER (1998), LÉVI-STRAUSS (1991,1994), IBÁÑEZ (1986, 1994), MAUSS (1979), SIMMEL (1986). Por nuestra parte, dejamos para otro momento la necesaria exploración del voluntariado en términos de donación.

⁷ PARSONS (1999: 239), por su parte, reconoce que “todos los procesos de motivación son procesos que se producen en las personalidades de los actores individuales” pero, al mismo tiempo defiende que “los procesos mediante los que la estructura motivacional de una personalidad individual llega a ser lo que es, son sin embargo, fundamentalmente, procesos sociales, que entrañan la interacción del ego con una pluralidad de alter” (ibídem).

desde el punto de vista metodológico, con un escollo importante: el acceso consciente a las motivaciones no siempre es posible para el sujeto de la acción; o como indican Alonso y Callejo (1994: 128) “hablar de motivación implica la posibilidad de la falta de conciencia”⁸. La enunciación más clásica al respecto es la de Max Weber (1984a: 9), para quien “con frecuencia «motivos» pretextados y «represiones» (es decir, motivos no aceptados) encubren, aun para el mismo actor, la conexión real de la trama de su acción, de manera que el propio testimonio subjetivo, aun sincero, sólo tiene un valor relativo. En este caso la tarea que incumbe a la sociología es averiguar e interpretar esa conexión, *aunque* no haya sido elevada a *conciencia* o, lo que ocurre las más de las veces, no lo haya sido con toda la plenitud con que fue mentada en concreto [...]. Manifestaciones externas de la acción tenidas por nosotros como «iguales» o «semejantes» pueden apoyarse en conexiones de sentido muy diversas en el actor o actores”. Es por ello, que las prácticas cualitativas se presentan como la mejor opción, cuando se ‘aplican’ desde una perspectiva sociohermeneútica (y no como simple recolección y reproducción iterativa de testimonios personales) para reconstituir, tentativamente, el proceso motivacional —en este caso, del voluntario/a—. Por el contrario, las encuestas estadísticas, que parten de declaraciones racionalizadas de los sujetos (en realidad, en la mayoría de los casos —cuando se utilizan preguntas cerradas—, encontramos elecciones racionalizadas entre opciones limitadas previamente fijadas), construidas a partir de los ‘contenidos’ accesibles de manera consciente por parte de los propios actores, presentan sin embargo, dificultades insalvables para acceder de manera solvente al nivel de las motivaciones, que por ello, suele ser cercenado severamente en este tipo de aproximaciones cuantitativas.

- ***El proceso motivacional***

Nos venimos refiriendo reiteradamente al *proceso motivacional*, debido a que las motivaciones no aparecen como una realidad estática y reificada, sino todo lo contrario, enormemente dinámica. Como indica Javier Callejo⁹ (1994: 107-108), la motivación no hace referencia a un hecho, a una causa, sino que alude a un proceso; proceso que finalmente “no puede reducirse a un solo factor, ni a una combinación lineal de factores” (Ibáñez, cfr. Lucas, 1995: 88). Para Callejo (1994: 107), no se trata de “buscar el factor —la causa— que pone en marcha el comportamiento, sino la ley [nosotros preferiríamos hablar en términos de *lógica*] interior de todo el proceso de comportamiento. Proceso sobre el que hay que añadir que en cuanto profundo, no se agota”. Además, como recuerda Ángel de Lucas (1995) la sobredeterminación de la acción social (la pluralidad

⁸ GERTH Y MILLS (1984: 131) se expresan en idéntica dirección: “...existen motivos que operan sin que el individuo mismo tenga conciencia de ellos”.

⁹ Siguiendo la argumentación de ALFONSO ORTÍ y JESÚS IBÁÑEZ.

de factores determinantes) también “pone de manifiesto la conveniencia hablar más de proceso motivacional que de motivación”.¹⁰

El proceso motivacional se caracteriza por el *solapamiento y multiplicidad de motivaciones* (sobredeterminación motivacional), y por supuesto, por su *evolución temporal*. Como proponemos el proceso motivacional como unidad de análisis (superando el nivel de los motivos concretos y de las motivaciones¹¹), es necesario apuntar que el modelo motivacional que sugerimos aglutina los *motivos* y los *efectos o consecuencias* de la acción en un todo integrado y con sentido. No es posible deslindar los efectos de la acción del proceso motivacional, especialmente cuando éstos son racionalizados por el sujeto. Dicho de otra manera, las consecuencias de la acción (evaluables tanto a nivel personal como transpersonal), en tanto en cuanto son percibidas por el actor (en ocasiones de manera consciente, otras muchas veces de manera preconsciente), son rápidamente ‘recicladas’ motivacionalmente (usualmente —no siempre— a través de la mediación de un sentimiento de satisfacción psicológica). Esto es, son incorporadas al proceso motivacional, complejizándolo. Un aspecto asociado a estas cuestiones, son las que podemos denominar como ‘*motivaciones de aproximación*’; aquellas motivaciones primigenias, que ‘empujan’ al voluntario/a hacia la acción social voluntaria. A lo largo del tiempo, dichas motivaciones pueden ser desplazadas, por el contrario, fortalecerse e, incluso, armonizar o enlazarse con otras. A ese respecto, algunos de los ‘nichos’ motivacionales que abordaremos más adelante son mucho más estables (la dimensión proceso estaría más debilitada) que otros.

9.3. LAS ORIENTACIONES O EJES MOTIVACIONALES DEL NUEVO VOLUNTARIADO

A partir de aquí, vamos a centrarnos en el análisis de la estructura motivacional del nuevo voluntario/a. A modo de toma de contacto, nos parece oportuno reproducir algunos pasajes de Gilles Lipovetsky (1994), que bosquejan de manera impresionista algunas de las claves motivacionales (no todas) más típicas del nuevo voluntariado y que iremos retomando más adelante:

Aparentemente el voluntariado se inscribe a contracorriente de los valores dominantes de nuestro tiempo: a la autoabsorción narcisista, opone la ayuda mu-

¹⁰ La elaboración de ARANGUREN GONZALO (2000: 97), supone una excepción, ya que afronta la dimensión motivacional del voluntariado desde una perspectiva dinámica, en definitiva, como un “proceso”. Para el autor, los “motivos iniciales se van modificando en función de los nuevos que el voluntario se plantea en la práctica” (ibídem). Por su parte, FUNES (1995: 74-75), eludiendo el concepto motivación, reconoce que los incentivos de los voluntarios/as varían a lo largo del tiempo.

¹¹ L.E. ALONSO (1998: 54) entiende el concepto de motivación en términos de “conjunto articulado de *motivos concretos de acción*”.

tua y la dedicación, a la lógica mercantil, la donación y la gratuidad, al enfrentamiento competitivo, el compromiso a favor del prójimo [...]. Pero, más allá de estos referentes, es sobre todo el placer de encontrar al otro, el deseo de valoración social, la ocupación del tiempo libre lo que constituyen las motivaciones esenciales del voluntariado [...]. La sociedad que aísla a los seres y disuelve las redes tradicionales de solidaridad genera la exigencia de reencontrar lazos de sociabilidad y nuevas formas de pertenencia social: el empleo voluntario es precisamente una respuesta a esa necesidad de participación y de integración en una comunidad, funciona como un instrumento de identificación individual y social en una era de descalificación, de erosión de las referencias de la identidad social, de búsqueda de gratificaciones simbólicas. Además, el servicio voluntario permite mantenerse activo, sentirse útil, llenar un tiempo vacío y angustiante para muchos jubilados o pre-jubilados [...]. En adelante, del tiempo libre y del deseo individualista de hacer algo con la propia vida es de donde surgen en gran número las nuevas formas de ayuda mutua y solidaridad (Lipovetsky, 1994: 144-145).

En el presente, el deseo de beneficencia no encuentra ya su base en la cultura del imperativo obligatorio, se alimenta principalmente de la espera de un suplemento existencia, de un «exceso de vida» [...]. La acción voluntaria no se basa ya en un imperativo universalista rigorista, es terapéutica e identificadora; el nuevo individualismo no erradica la compasión y el deseo de ayudar a los semejantes, los asocia a la búsqueda de uno mismo (ibíd.: 145).

En el proceso motivacional del voluntario/a, intervienen en la mayoría de los casos (y de manera simultánea), diversas orientaciones motivacionales. Antes de intentar elaborar una tipología motivacional, vamos a tratar de definir los que consideramos principales *ejes u orientaciones motivacionales* de la *acción social* voluntaria. Dichos ejes aglutinarían multitud de motivos concretos. En un segundo momento, tras definir las bases motivacionales del voluntariado, pasaremos a exponer algunos de los ‘tipos’ motivacionales del voluntariado (establecidos a partir de nuestro material empírico cualitativo: grupos de discusión y entrevistas en profundidad), que se ‘constituirían’ a partir de la combinación, en fórmulas variables, de estos ejes motivacionales. En general, observamos tres ejes principales —en ningún caso excluyentes, sino todo lo contrario, insuficientes por sí mismos para explicar en solitario gran parte del proceso motivacional de los voluntarios/as—. Éstos son: 1) la *orientación individualista* (en sus vertientes expresiva y utilitaria), 2) la *orientación moral*, y finalmente, 3) la *orientación social*.

- ***La orientación individualista***

Representando un primer eje del proceso motivacional del sujeto voluntario, podríamos hablar de la *orientación individualista*. El sujeto voluntario partiría de sus necesidades, carencias o intereses personales, del más variado signo, a la hora de fundamentar la acción voluntaria. Esta orientación motivacional muestra dos variantes: a) la *orien-*

tación individualista expresiva, y b) la orientación individualista utilitarista o instrumental¹². Los posibles referentes de la orientación motivacional individualista son: el afecto, el 'crecimiento' o realización personal, la integración social y el beneficio 'material'. Tales referentes se pueden concretar en: la ampliación de la red social —búsqueda de nuevas amistades, etc.—, confluyente con lo anterior, el establecimiento de relaciones 'gratificantes' desde un punto de vista afectivo —permanentes o de carácter transitorio—, mejora de la autoestima y del estatus social, el interés por conseguir experiencia laboral o un empleo remunerado, la reactivación del tiempo libre o incluso de la vida social en su conjunto (la intensificación de la experiencia vital), etc. Frecuentemente —pero, no siempre— la orientación individualista posee un carácter *preconsciente* para el voluntario/a. Se trata de una orientación motivacional de relevancia creciente en el nuevo voluntariado.

Si bien hemos enmarcado el análisis de la acción voluntaria en el ámbito de la 'lógica del don' (aunque sin profundizar en ella), entendiendo de esta manera que el altruismo (en tanto comportamiento 'moral') no se reduce a una simple ausencia de remuneración, y que no agota la 'realidad' motivacional englobada en el voluntariado, tal orientación teórica no niega —como pudiera desprenderse de un análisis apresurado— la posible 'simbiosis' entre *individualismo* y *altruismo*. Ya Simmel (2002) defiende que no debe confundirse sistemáticamente la aspiración a la autorrealización personal con el egoísmo. Frente a la que Simmel denomina como opinión popular, el sociólogo alemán defiende que "el hecho de que el individuo aspira a completarse a sí mismo no ha de considerarse en absoluto como egoísmo, sino que puede ser un ideal objetivo" (ibíd.: 105) —implícitamente, Simmel se está circunscribiendo en su referencia a un individualismo de carácter expresivo—. Y son diversos los textos que, desde distintas orientaciones, inciden en la compatibilidad —no exenta de tensiones (Béjar, 2000: 215)— entre individualismo y el altruismo, entendido éste último, en términos de comportamiento

¹² Seguimos la diferenciación realizada por BELLAH *et al.* (1989: 54-58). Para estos autores el *individualismo utilitarista* es "una forma de individualismo que cree en la existencia de ciertas apetencias y temores básicos [...] y que considera la vida humana como un esfuerzo de los individuos para potenciar su propio interés en relación con estos objetivos establecidos. El individualismo utilitarista ve a la sociedad como algo que surge de un contrato en el que los individuos participan con el único fin de alcanzar su propio interés [...]. El individualismo utilitarista es afín a la interpretación básicamente económica de la existencia humana" (ibíd.: 395). Hablamos pues, de un interés eminentemente material (ibíd.: 56). BELLAH y sus colaboradores, definen el *individualismo expresivo* como "una forma de individualismo que surgió en oposición al individualismo utilitarista [...]. El individualismo expresivo sostiene que cada persona posee un núcleo único de sentimiento e intuición que debe ser desarrollado o expresado para que la individualidad sea alcanzada. Este núcleo, aunque único, no es necesariamente ajeno a otras personas o a la naturaleza. Bajo ciertas circunstancias, el individualista expresivo puede, por medio del sentimiento intuitivo, «fundirse» con otras personas, con la naturaleza, o con el cosmos en su totalidad..." (ibíd.: 394). Así, el individualismo expresivo implica la "expresión de uno mismo en comunión de otras personas, y no al uso de otras personas como medio para conseguir metas personales" (ibíd.: 235). Por su parte, BÉJAR (2001b: 20) hace notar que "mientras la autosuficiencia es el valor principal del individualismo utilitario, la autorrealización es el eje del expresivo".

moral. Por ejemplo, Lipovetsky (1994), a través de la identificación y análisis de que denomina ‘altruismo indoloro’ —característico de las sociedades actuales: ‘posmoralistas’—, trata de disolver la identificación entre individualismo e inmoralidad. Afirma Lipovetsky (1994: 133) que el “individualismo no es sinónimo de egoísmo [...], el individualismo no destruye la preocupación ética, genera en lo más profundo un altruismo *indoloro* de masas”. Para este autor “el individualismo contemporáneo no es antinómico con la preocupación de beneficencia, lo es con el ideal de entrega personal: se quiere ayudar a los otros pero sin comprometerse demasiado, sin dar demasiado de sí mismo” (ibídem).¹³

Quizá los autores que mejor han ilustrado y concretado el solapamiento entre altruismo e individualismo sean Bellah *et al.* (1989: 192 y ss.), a través del análisis de los arquetipos del vaquero —concretado, por ejemplo, en el ‘Llanero Solitario’¹⁴— y el detective solitario, representantes máximos de un individualismo mítico y heroico especialmente presente en el imaginario colectivo estadounidense (arquetipos que han sido amplificados, exportados y recreados —en infinitud de variantes— a través del cine y la televisión)¹⁵. Estas figuras expresan vehementemente la “conexión entre el coraje moral y el individualismo solitario” (ibíd.: 193), o si se prefiere, la búsqueda solitaria de la excelencia moral (ibíd.: 194).

Norteamérica también inventó a ese héroe individual y mítico que es el vaquero, quien una vez tras otra salva a una sociedad en la que jamás podrá encajar totalmente [...]. Su destino es defender la sociedad sin unirse realmente a ella [...]. Es como si el mito dijera que puedes ser una buena persona, merecedora de la admiración y el amor, sólo si te resistes a unirte por completo al grupo (Bellah *et al.*, 1989: 192-193).

El vaquero y el detective duro nos muestran algo importante sobre el individualismo norteamericano. Ambos pueden ser útiles a la sociedad porque son individuos totalmente autónomos que se encuentran fuera de ella. Para servir a la sociedad, uno debe ser capaz de mantenerse solo, sin necesitar de otros, sin depender de sus juicios ni someterse a sus deseos. Sin embargo, este individualismo no es egoísmo. De hecho, es una especie de desinterés heroico. Uno acepta la necesidad de quedarse solo con el fin de servir a los valores del grupo. Y esta soledad forzosa es una clave importante para la imaginación moral norteamericana. No obstante, forma parte de la profunda ambigüedad de la mitología del individualismo norteamericano el hecho de que su heroísmo moral se encuentre siempre a un paso de la desesperación (ibíd.: 194).

¹³ También el texto de COHEN *et al.* (1970: 57 y ss.) apunta a la compatibilidad de individualismo y humanitarismo, centrándose en el caso estadounidense.

¹⁴ WUTHNOW (1996: 216) se detiene en la consideración de la figura del *Llanero Solitario*, y ve en ella una reedición de la parábola del *Buen Samaritano*.

¹⁵ No debemos olvidar la gran profusión de ‘superhéroes’ que ha generado el cómic estadounidense desde mediados del siglo XX, y que suelen alcanzar periódicamente la ‘gran pantalla’.

Al margen de que los autores sean norteamericanos, no resulta casual que los arquetipos¹⁶ de héroes individuales y morales, sean netamente estadounidenses, puesto que, como afirman Bellah *et al.* en la primera de las citas referenciadas, se trata de una 'invención' cultural norteamericana. Es fácil constatar que los héroes morales de tradición más europea, poseen un perfil moderadamente (o incluso marcadamente) grupal, si bien ello no implica negar en ningún caso su carisma y fuerte individualidad —que les diferencia claramente de los demás, y al mismo tiempo, permite liderarlos—. En su acción, estos héroes se apoyan frecuentemente en el grupo. Su marginalidad es mucho más limitada que la de sus homólogos americanos porque están en el 'corazón' del pueblo y actúan, frecuentemente, de forma solidaria con él —de hecho, lo necesitan para transformar la realidad—. Su aislamiento social es tan solo parcial y forzado por un poder injusto y opresivo. Son héroes individuales e individualistas, pero insertos en una comunidad, en ese sentido, podríamos referirnos a ellos en términos de *líderes comunitarios éticos*. Puede pensarse en la figura de Robin Hood, o del mucho más cercano culturalmente —y también menos 'glamouroso'— Curro Jiménez. No obstante, en la actualidad el modelo 'europeo' de héroe moral se bate en retirada, al ser sustituido —literalmente arrasado—, o en su defecto apropiado culturalmente, por el modelo 'estadounidense'.¹⁷

Por otro lado, a la hora de considerar seriamente el vínculo entre individualismo y altruismo, hemos de delimitar claramente el contenido del primer concepto, dado que, como bien señalan Bellah *et al.* (1989: 189-190), el individualismo ha llegado a significar tantas cosas y tan diferentes, que presenta evidentes contradicciones y paradojas en relación a su contenido y sentido atribuido. Esa cuestión se muestra con especial claridad en el individualismo estadounidense, absolutamente repleto de ambivalencias (ibíd.: 200)¹⁸. Recuperando la distinción entre individualismo expresivo e individualismo utilitario, es fácil observar que, ni vaqueros solitarios, ni detectives heroicos, afrontan su 'cruzada' moral contra el mal en el contexto de un individualismo instrumental. No son utilitaristas, sino todo lo contrario, se muestran como verdaderos *antiutilitaristas*, nada

¹⁶ JUNG concibe el arquetipo en términos de "elemento psíquico estructural" (FEDIDA, 1988: 29), que es puesto de manifiesto de manera especialmente clara a través de la "descripción de mitos colectivos" (ibíd.). En este trabajo, utilizamos el concepto 'arquetipo' en el sentido de *modelo cognitivo idealizado* (KLEIBER, 1994) ...*de carácter historizable* —como apunta por su parte A. ORTÍ a la definición de KLEIBER en un esquema didáctico fechado en 1999—.

¹⁷ Quizá el problema del modelo 'estadounidense' frente al 'europeo' sea, como señalan BELLAH *et al.* (1989: 194) al referirse al primero, que "la búsqueda solitaria de excelencia moral del héroe termina en un nihilismo absoluto". Difícilmente podríamos describir a los héroes europeos en términos nihilistas.

¹⁸ Desde una perspectiva más genérica ZYGMUNT BAUMAN (2003: 29) apunta hacia la gran ambivalencia del individualismo moderno —recogiendo la aportación de FITOUSSI Y ROSANVALLON—: "Es al mismo tiempo, un vector de emancipación de los individuos, que potencia su autonomía y les convierte en sujetos de derechos, y un factor de creciente inseguridad, que hace a todos responsables del futuro y les obliga a dar a su vida un sentido que ya no está prefigurado por nada externo"

más lejos de su horizonte de acción que la consecución del lucro personal, nada más lejano de su *modus operandi* que un cálculo de beneficios económicos o de cualquier otro tipo.

Es necesario señalar que el hermanamiento teórico entre el individualismo y el altruismo debe mucho a la concepción del *interés bien entendido*, propuesta por Tocqueville en la segunda parte de su *Democracia en América*, aunque en este caso, nos separamos radicalmente del modelo del héroe moral individual —y aislado socialmente— que explorábamos previamente, para referirnos a una moralidad cotidiana que surge del comportamiento autónomo —no coordinado— de sujetos, digámoslo así, ‘corrientes’. Tocqueville (1985: 107) identifica, entre los americanos, el imperio de una *doctrina moral* según la cual la ventaja individual de los ciudadanos consiste en trabajar por el bien de todos, de forma que “el interés particular viene a coincidir con el interés general y a confundirse con él” (ibíd.). Tal doctrina no niega que “cada hombre tenga derecho a buscar su interés, pero [los norteamericanos] se esfuerzan en demostrar que el interés de todos en particular consiste en ser honrados” (ibíd.: 108). Así pues, no se trata de sacrificarse por los demás buscando la moralidad de la acción, la moralidad aparece más bien como una consecuencia. En cierta medida, estamos ante una ‘*inversión*’ —que implica, además, la moralización de los intereses y deseos individuales— de la celeberrima ‘*mano invisible*’ de Adam Smith (1997: 332-333; 1996: 554), dado que la formulación del ‘interés bien entendido’ hace plenamente coincidentes los intereses individuales (a través de su ‘moralización’) y colectivos. La ‘mano invisible’, por su parte, los hacía simplemente compatibles; ‘tan solo’ vinculaba *funcionalmente* intereses —y necesidades— individuales y colectivas, eso sí, incluso en aquellos casos de manifiesta inmoralidad del comportamiento asociado a la búsqueda de la satisfacción de los intereses individuales¹⁹. De ahí, que Tocqueville (1985: 109) hable de América en términos de la existencia

¹⁹ Recuperemos la enunciación clásica de SMITH (1997: 332-333) sobre la *providencial* ‘mano invisible’ contenida en *La Teoría de los Sentimientos Morales*: “los ricos sólo seleccionan del conjunto lo que es más precioso y agradable. Ellos consumen apenas más que los pobres, y a pesar de su natural egoísmo y avaricia, aunque sólo buscan su propia conveniencia, aunque el único fin que se proponen es la satisfacción de sus propios vanos e insaciables deseos, dividen con los pobres el fruto de todas sus propiedades. Una mano invisible los conduce a realizar casi la misma distribución de las cosas necesarias para la vida que habría tenido lugar si la tierra hubiese sido dividida en porciones iguales entre todos sus habitantes, y así sin pretenderlo, sin saberlo, promueven el interés de la sociedad y aportan medios para la multiplicación de la especie. Cuando la providencia distribuyó la tierra entre unos pocos patronos señoriales ni olvidó ni abandonó a los que parecían haber quedado excluidos del reparto. También estos disfrutaban de una parte de todo lo que produce”. Una expresión del principio formalmente más económica —y la más referenciada— podemos encontrarla en *La Riqueza de las Naciones* (SMITH, 1996: 554), que termina con un lapidario y tremendamente ilustrativo “nunca he visto muchas cosas buenas hechas por los que pretenden actuar en bien del pueblo”. También se está refiriendo a la mano invisible (aunque no aparezca tal denominación) al principio del capítulo II (SMITH, 1996: 45-46). El principal error que podemos atribuir a la argumentación de SMITH (sobre todo en su articulación económica), es que en ningún caso el aumento de la riqueza total tiene por qué ser necesario correlato de una *distribución social más equitativa de la riqueza*.

de “un egoísmo cultivado”, un egoísmo moralizado, eludiendo plantear, como sí hace Smith, las consecuencias providenciales del egoísmo. Así, según Tocqueville, los americanos “se complacen en demostrar que un sensato egoísmo les lleva sin cesar a ayudarse unos a otros y les predispone a sacrificar en bien del Estado una parte de su tiempo y de sus riquezas” (ibíd.: 108).

Pero, no debemos confundir el ‘interés bien entendido’ de Tocqueville, con una estrategia absolutamente consciente de los sujetos, lo cual les abocaría necesariamente a un individualismo utilitario. Como señalan Bellah *et al.* (1989: 229) glosando al autor francés, el ‘interés bien entendido’, en cuanto virtud cívica, no era “pura y simplemente el producto de cálculos interesados. El interés bien entendido estableció «hábitos» que inclinaron «inconscientemente» a la voluntad hacia esas virtudes”²⁰. O lo que es lo mismo, siguiendo las propias palabras de Tocqueville (1985: 109), la doctrina del ‘interés bien entendido’, “si no conduce directamente a la virtud por la *voluntad*, sí le acerca imperceptiblemente a través de los *hábitos* que inculca”.

Una cuestión más, si bien en la Democracia en América se identifica el ‘interés bien entendido’ como una doctrina moral estrechamente vinculada al individualismo americano (más concretamente una expresión del mismo), simultáneamente, para Tocqueville dicho ‘interés bien entendido’ parecería funcionar en último término, como un ‘freno’ del individualismo, una forma de atemperar sus efectos deletéreos: “se cree percibir que el hombre, al servir a sus semejantes se sirve a sí mismo, y que su propio interés consiste en hacer el bien” (ibíd.: 107). Así, partiendo del individualismo, se perfila una aparente ‘solución’ que media y armoniza los intereses particulares y las necesidades colectivas. En definitiva, el ‘interés bien entendido’ aparece como una doctrina moral enormemente ambivalente. Una identificación contemporánea de la doctrina del interés bien entendido —para el caso estadounidense— podemos encontrarla en Bellah *et al.* (1989: 224 y ss.). Para estos autores, las personas que parten del *interés particular bien entendido* perciben “una armonía natural entre su interés y el bien público de su comunidad en su conjunto” (ibíd.: 226). Así, los sujetos se hacen merecedores “de compartir esa prosperidad con su contribución a la satisfacción de las necesidades de sus miembros” (ibíd.). En este modelo de acción encontraríamos implícitamente una *matriz liberal*, según la cual, el equilibrio a largo plazo sobre el que se asienta el ‘interés particular bien entendido’ (todos tienden a dar y recibir lo mismo), se fundamentaría en que sólo deben recibir aquellos que lo merezcan —y no todos los que lo necesiten—. Nos encontraríamos ante un modelo *liberal y meritocrático*, cuyo principal problema lo plantean aquellos que toman más de lo que aportan (los ‘célebres’ *free riders*). No obstante, Bellah *et al.* (ibíd.: 229) creen que en la actualidad, existe poco espacio para el interés bien entendi-

²⁰ La cursiva es nuestra.

do: “es frágil la base social de este proceso de identificación moral, en el que una concepción del interés de la comunidad llega a determinar la concepción que uno tiene del interés propio”.

Dejando la discusión teórica y adentrándonos en la realidad empírica, lo que sí podemos afirmar, sin ningún género de duda, es que en la sociedad contemporánea —crecientemente individualista— los hechos ‘altruistas’ (y mucho más si en vez de altruismo habláramos en términos de donación: englobando así todo el fenómeno voluntario), cada vez más, parten de motivaciones individualistas, y menos, de una motivación grupal o comunitaria (asociada y construida sobre el vínculo social). Para explicar tal hecho, tenemos que hacer referencia a la importancia del marco social prefigurador, y en ese sentido, observar que distintas configuraciones de lo social, implican matrices motivacionales diferenciadas con respecto a los comportamientos altruistas. El modelo actual de *individualismo altruista* (modelo dominante y en expansión), no es trasvasable, por poner un ejemplo, a las comunidades rurales del medievo europeo. En definitiva, la *naturaleza social del altruismo* es extraordinariamente variable, pudiendo incorporar matrices motivacionales más individualistas o, por el contrario, más grupales o comunitarias (lo cual afecta *siempre* a las consecuencias sociales derivadas de la acción altruista²¹). A partir de esta realidad diversa, encontramos teóricos que idealizan el altruismo de raíz individualista (usualmente desde posiciones liberales), y otros que apuestan resueltamente por un altruismo de naturaleza más grupal (por ejemplo, los comunitaristas)²².

Así, la cuestión que cabe plantearse, es el debate en torno al modelo social que implica un individualismo altruista (concretado en el heroísmo moral individualista y en el ‘interés particular bien entendido’) frente a una moralidad altruista que radicara en lo grupal —en los vínculos interpersonales estables—, esto es, una moralidad articulada comunitariamente, que no partiera del ‘autismo’ individual del héroe, o de los actos agregados de ciudadanos anónimos movidos estrictamente por su interés personal, sino de la integración solidaria (en el sentido sociológico de cohesión) de los sujetos. Simplificando en exceso (dado que lo individual y colectivo conviven y se solapan habitualmente en el espacio social en distintas configuraciones), las alternativas se podrían establecer entre: *a)* un mundo de salvadores ‘externos’ —erigidos en receptáculos excepcionales de valores morales en peligro—, *b)* un ‘ejército interno’ de individualistas éticos —autónomos— concentrados en su propia salvación, esto es, en las consecuencias

²¹ El individualismo altruista, tiende a personalizar la ‘unidad de acción’, atendiendo prioritariamente a las consecuencias de la intervención sobre el destinatario, y paralelamente, disuelve la consideración de las consecuencias con respecto al contexto social (colectivo de referencia, estructuras de desigualdad, etc.). Y como se ha señalado, es fácil que derive a posiciones liberales de corte meritocrático, en función de las cuales, sólo debería ayudarse a quien lo mereciera.

²² *Vid* al respecto ETZIONI (1995, 1999, 2001), MULHAL Y SWIFT (1996).

personales de la acción moral, c) o, finalmente, una dinámica altruista de carácter supraindividual que implique a la comunidad en su conjunto, y donde los comportamientos altruistas, grupalmente articulados, se orienten predominantemente —y de manera intencional— hacia objetivos sociales. Es interesante reseñar que, tanto desde la idealización 'individualista', como desde la 'comunitarista', se defiende la potencialidad de transformación radical de la realidad a través de la intervención altruista, aunque necesariamente, en direcciones no congruentes. Pese a que los principios morales esgrimidos puedan ser coincidentes (la justicia, la solidaridad, etc.), los modelos sociales de referencia nunca lo podrán ser, existiendo diferencias sustanciales incluso en la materialización concreta de la acción altruista.

Una percepción especialmente 'entusiasta' del hermanamiento del individualismo y el altruismo —que parte del análisis motivacional del voluntariado estadounidense— la encontramos en el trabajo de Wuthnow (1996: 37 y ss.). Este texto parte de una patente idealización del 'individualismo altruista' y que considera el individualismo como la principal 'fuente' del altruismo, y por supuesto, del voluntariado. La evidencia empírica nos ilustra con claridad la fuerte asociación entre voluntariado e individualismo, por supuesto en el contexto norteamericano, pero también en el caso español. Hasta ahí coincidimos plenamente con el autor. Pero, desde un punto de vista teórico, el trabajo de Wuthnow se resiente al partir, de lo que podemos denominar como una reducción individualista de las fuentes sociales del comportamiento altruista. Así, Wuthnow (1996: 277) llega a afirmar que "la individualidad es un requisito previo para el verdadero altruismo"²³. Más allá de la opción por la defensa del individualismo altruista²⁴ —que es en gran medida, heredera del 'interés bien entendido' de Tocqueville, en tanto moraliza los intereses particulares y los armoniza con los colectivos—, absolutamente legítima desde un punto de vista intelectual, el error consiste en negar la posibilidad de un 'verdadero altruismo' que emerja de una matriz grupal o comunitaria. El problema, no reside en que el autor asocie altruismo e individualismo, sino que erija al individualismo en la *única* fuente 'genuina' del verdadero altruismo. Al hacerlo, introduce una importante distorsión simplificadora en la *compleja naturaleza social del comportamiento altruista*, integrada por diferentes 'versiones'²⁵. Desde una perspectiva motivacional,

²³ Que, por cierto, es el mensaje que implícitamente, y a la vez poderosamente, expresan y difunden los arquetipos estadounidenses del héroe moral y solitario (en su versión vaquero, detective, superhéroe...). En realidad, replicando a WUTHNOW, lo estrictamente necesario en un acto altruista es un *alter ego* —o varios, constituidos en agregado o grupo—. Sólo con la individualidad agente, no garantizamos un acto altruista.

²⁴ WUTHNOW (1996: 66) escribe: "Tenemos que descubrir cómo reconciliar nuestro altruismo con el individualismo onnipotente y que tan a menudo fragmenta nuestra sociedad y nuestras vidas. *Creo que lo conseguimos casi siempre*, al menos más de lo que aseguran muchos de los que critican nuestra sociedad". La cursiva es nuestra.

²⁵ MONROE (1996: 233-35), por ejemplo, insiste en que la aplicación sistemática del paradigma del interés propio produce tan solo explicaciones parciales de la conducta altruista.

Wuthnow elude la consideración de otros ejes motivacionales al margen del individualista, de ahí que termine simplificando la realidad del altruismo, y sobre todo, del voluntariado.

Por otra parte, aludir abstractamente al individualismo, resulta demasiado general y confuso. Es por eso, que nos parece necesario recuperar, una vez más, la distinción que establecen Bellah *et al.* (1989) entre individualismo expresivo e individualismo utilitario. Tales ‘modalidades’ de individualismo, nos permiten matizar radicalmente el vínculo entre individualismo y altruismo. Resulta claro, que el altruismo no es incompatible con el *individualismo expresivo*, pero, al mismo tiempo, es necesario afirmar de manera categórica, que si un individuo parte en una acción no retribuida de una *orientación motivacional individualista utilitaria*, no podremos conceptualizar esta acción en términos de un *comportamiento altruista*. En definitiva, el individualismo utilitarista disuelve necesariamente el altruismo (a no ser que consideremos que un ‘aprendiz’, o un becario, que no reciben ninguna remuneración, son individuos altruistas). Es ésta, una cuestión evidente, aunque sistemáticamente obviada. Así pues, individualismo y altruismo no son incompatibles, pero, no todos los sujetos que actúan desde una orientación motivacional individualista y que realizan tareas no remuneradas (como el voluntariado) son altruistas.

Wuthnow (1996: 37) no admite que los más altruistas deban ser los menos individualistas y los más individualistas los menos altruistas²⁶, de ahí que defienda que “...las personas más compasivas no han llegado a ser altruistas porque hayan renunciado a su individualismo” (ibíd. 40). Estamos de acuerdo con que el altruismo no implica necesariamente la disolución del individualismo, ese resultaría ser un planteamiento simplista que se vería desmontado a través de la referencia a los ‘héroes morales individualistas’ —si bien es importante señalar que éstos funcionan más como arquetipos sociales idealizados (que encuentran su expresión mayoritariamente en la ficción: novela, cine, series televisivas y cómic) que como modelos concretos de acción—. No obstante, sí resultaría cierto el aserto ‘más individualismo igual a menos altruismo’ si redujéramos la concepción del individualismo a su versión utilitarista o instrumental. Pero, yendo más allá del planteamiento de Wuthnow —en cierta medida epidérmico—, lo realmente interesante es resaltar que el individualismo, en términos generales, no potencia una participación social plena, si es que identificamos ésta con un modelo de *participación colectiva*, esto es, la acción a través del grupo y orientado al grupo o comunidad. Es por ello, que el individualismo altruista representaría una potencialidad de transformación social muy menguada con respecto al altruismo comunitario o grupal, y tal hecho, se constata en el modelo participativo del nuevo voluntariado. En definitiva, la acción altruista que parte

²⁶ Desde nuestro punto de vista, WUTHNOW trata tácitamente de demostrar lo contrario, lo cual es una afirmación igualmente falsa.

de una matriz individualista muestra características diferenciales con respecto a un comportamiento altruista grupalmente articulado²⁷.

- ***La orientación moral***

Regresando a la consideración de los ejes motivacionales, en segundo lugar, podríamos hablar de la *orientación moral* a la hora de fundamentar motivacionalmente la adscripción del sujeto al voluntariado. En este modelo, el referente central del proceso motivacional es la satisfacción de necesidades ajenas, que tomaría la forma arquetípica de *ayuda altruista* a personas o colectivos 'necesitados' —en tanto en cuanto se les reconoce como miembros de una misma comunidad moral²⁸—, y siempre, partiendo de unos valores morales que fundamentan una ética práctica (definida desde el deber, la responsabilidad, etc.). Esta orientación suele estar asociada muy frecuentemente —como veremos— al individualismo expresivo (la dimensión afectiva de la relación con el receptor es absolutamente central), aunque no es ni mucho menos incompatible con una orientación social. La orientación moral, cuando es dominante, suele favorecer la adscripción a áreas de corte asistencial y marcado carácter paliativo. Esta orientación motivacional puede partir de las creencias religiosas del sujeto voluntario, pero en otros casos, puede responder a una ética 'laica'²⁹.

Sin que en ningún caso suponga negar su importancia, resulta patente que en términos generales se tiende a sobrestimar sistemáticamente la presencia de la orientación moral en la determinación motivacional de la acción voluntaria. La percepción social (y académica) del voluntariado está rodeada de un potente halo de moralidad. Es por ello, que la gran mayoría de los ciudadanos/as —incluidos los voluntarios y voluntarias— concibe y define en sus discursos la acción voluntaria en términos de *ayuda altruista*, y por extensión, idealiza a los sujetos voluntarios/as, que de esta manera, estarían esencialmente motivados desde una perspectiva moral³⁰. La potencia de tal asociación tiene que ver con la pervivencia de ciertos arquetipos, que condensan, articulan y concretan determinados principios éticos como el altruismo, la caridad (o la más moderna solidaridad), la compasión, etc. Arquetipos y principios vinculados esencialmente

²⁷ Es necesario señalar, que la orientación social e individual (si abandonamos el nivel de análisis macro-social) no son netamente contradictorias —pese a el análisis aquí apuntado—, salvo si reducimos el individualismo a su versión utilitaria. No obstante, desde un punto de vista motivacional, estos ejes *suelen* presentarse (como veremos en los tipos motivacionales) en la acción voluntaria, en configuraciones 'inversamente proporcionales'.

²⁸ Escribe ZUBERO (2000: 39) que "la preocupación ética nunca va más allá de la comunidad de aceptación mutua en que surge".

²⁹ ASCOLI (1988: 194) señala la "progresiva pérdida de importancia de los motivos religiosos" y de un creciente laicismo del fenómeno voluntario

³⁰ Véase al respecto, el epígrafe 10.2.2.

en nuestro contexto cultural al cristianismo, si bien, presentan formulaciones crecientemente secularizadas.

Quizá en ningún otro texto podamos encontrar mejor recogido el arquetipo de la ayuda moral ‘al prójimo’ como en la conocida parábola del *Buen Samaritano*³¹. Para Wuthnow (1996: 207) esta parábola “es un rasgo común de nuestra tradición colectiva [...] es esa figura legendaria que ayuda a alguien en el camino. Esta historia es uno de esos mitos antiguos que encarnan los significados más profundos de nuestra cultura”³². Lo importante es que el ‘mensaje’ moral proyectado socialmente por la parábola del Buen Samaritano sigue teniendo un indudable predicamento —convenientemente actualizado y secularizado—, cuestión que podemos aplicar de manera especialmente clara al voluntariado. Es más, la ‘actualización’ del arquetipo encarnado por el Buen Samaritano, la encontramos hoy en día, cada vez más, en el ‘paradigma’ integrado por el voluntariado (especialmente el social) y la solidaridad.

En nuestro trabajo de campo, hemos constatado que en la actualidad la orientación moral se asocia y remite fundamentalmente a un discurso marcadamente expresivo. Además, es necesario señalar que ningún voluntario o voluntaria escapa totalmente a la orientación moral, aunque en ocasiones —fundamentalmente en el caso del tipo profesionalista—, funcione más como marco interpretativo —que se proyecta socialmente— que como factor motivante de la acción voluntaria. El discurso de los voluntarios/as está repleto de matizaciones y consideraciones de carácter moral, aunque el sujeto trate sistemáticamente de evitarlas (esto lo encontraremos reflejado fundamentalmente en el tipo individualista ‘complejo’). No olvidemos, que el voluntariado tanto para los voluntarios, como para los no voluntarios, sigue configurándose fundamentalmente como una relación de ayuda, y la ayuda sigue poseyendo una dimensión eminentemente moral —su asociación a una dimensión social, no suele ser frecuente—. La orientación moral funcionaría así como una motivación transversal entre los voluntarios/as, si bien frecuentemente ocupando una posición secundaria.

³¹ Parábola recogida en el evangelio de LUCAS: “Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de salteadores que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, venía por aquel camino un sacerdote y, al verlo, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: «Cuida de él, y si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelvas»” (LUCAS, 10: 30-35).

³² En el libro de WUTHNOW (1996: 203 y ss.) podemos encontrar un interesante análisis en clave sociológica de la parábola del ‘Buen Samaritano’. Para este autor, la interpretación social dominante en la actualidad reduce la historia a un relato “sobre la virtud individual” (ibíd.: 226). Pero al mismo tiempo, WUTHNOW defiende que la historia muestra una gran versatilidad, pudiéndose ser replanteada en términos más colectivos (ibíd.: 227).

- **La orientación social**

Podríamos apuntar un tercer factor motivacional, que se concretaría en la *orientación social* (política, en el sentido más amplio de la palabra). El punto de arranque de esta orientación es la *acción colectiva*, y por tanto, la articulación grupal. El desarrollo pleno de esta orientación motivacional, tiene como referente central la *intervención y transformación social*, aspectos estrechamente vinculados a la consecución de un orden caracterizado por la justicia material³³ (siendo posibles, no obstante, distintas concepciones, estrategias y orientaciones ideológicas al respecto). Parece que se trata de un eje motivacional en franca recesión, o dicho de otro modo, la orientación social suele ser *secundaria* para los sujetos involucrados en tareas de voluntariado, pero su debilitamiento o relativa marginalidad no implica en ningún caso su desaparición. Esta orientación motivacional favorecería —y se vería favorecida por— el compromiso en labores y programas de corte no exclusivamente paliativo.

El modelo analítico que acabamos de exponer, no presenta ejes de carácter excluyente, sino todo lo contrario, las orientaciones motivacionales muestran un carácter fundamentalmente complementario. Dicho de otra manera, la mayoría de los voluntarios/as incorporan en su proceso motivacional hacia el voluntariado los tres ejes, si bien en una 'proporción' variable; esto es, suele existir en casi todos los casos un *eje motivacional dominante*, aunque podemos encontrar tipos motivacionales relativamente 'equilibrados'. Dado que hablamos de un proceso motivacional centrándonos en su dimensión dinámica, la 'composición motivacional' en relación con los tres ejes u orientaciones señaladas puede cambiar en el tiempo, y de hecho, así ocurre frecuentemente. Por ejemplo, encontramos voluntarios/as que se aproximan al voluntariado a partir unas creencias religiosas y potencian, posteriormente, su orientación social, etc.

Es conveniente apuntar, que el entorno organizativo en el que se encuadra el voluntariado, aunque por sí mismo no se configura como un eje motivacional (y en ese sentido, no se incluye en el modelo), sí funciona como un 'predictor' bastante fiable de la orientación motivacional del sujeto voluntario. Es más, podríamos señalar el 'factor organizacional' como un elemento central en la estructuración motivacional de la acción social voluntaria³⁴. De ahí, que patrones organizativos diferenciados suelen correlacionarse con tipos motivacionales distintivos. Recuperando el eje 'organizativo' que nos conducía, páginas atrás, en un continuo desde las pequeñas asociaciones voluntarias a

³³ Entendiendo la justicia 'material' desde una perspectiva muy amplia (cuyo logro incluiría también, por ejemplo, la desaparición de discriminaciones legales —en cuanto tienen consecuencias materiales/sociales—, etc.). El referente 'justicia' nos habla de una *orientación moral* implícita, o incluso explícita, lo que refuerza la concepción complementaria de los ejes motivacionales

³⁴ POPIELARZ Y MCPERSON (1995), insisten sobre la tendencia homogeneizante interna observada en las organizaciones voluntarias.

las grandes corporaciones voluntarias —insistiendo en que con respecto a estas últimas el tamaño no es estrictamente definitorio³⁵—, las asociaciones son más proclives a acoger y promocionar orientaciones motivacionales más grupalistas/sociales, mientras que las corporaciones facilitan el desarrollo de orientaciones más individualistas. De todas maneras, podríamos hablar de un vector de creciente individuación que afecta a las iniciativas ‘asociativas’.

9.4. PRINCIPALES TIPOS MOTIVACIONALES DEL NUEVO VOLUNTARIADO

Tras establecer un marco general en el que hemos apuntado los que consideramos ejes motivacionales básicos del voluntario/a, pasamos a perfilar, algunos de los *tipos motivacionales* más característicos, no pretendiendo agotar en ningún caso, el análisis de la compleja *estructura motivacional de la acción social voluntaria*³⁶. A pesar de que nuestro referente es el proceso motivacional, la modelización analítica que proponemos parte de una necesaria ‘congelación’ —a modo de instantánea fotográfica— de dicho proceso, al eliminar en su estructuración la variable temporal. *A priori*, un voluntario/a podría pasar por distintas ‘posiciones’ motivacionales³⁷, si bien, existirían algunos ‘itinerarios’ más frecuentados (a los que trataremos de hacer referencia puntualmente). Esta simplificación analítica (que disuelve la dinamicidad inherente al proceso motivacional), responde al objetivo de hacer abordable el análisis. Es muy importante apuntar que los tipos motivacionales que vamos a examinar, se hallan estrechamente vinculados a la identidad ideológica del voluntario/a, esfera ésta, con la que existiría un sistema de correspondencias bastante sólido. Así, el análisis ideológico del voluntariado (que contemplaremos en otra ocasión), tiene un carácter complementario con respecto al análisis motivacional.

³⁵ Ya hemos abordado una somera caracterización de los sectores asociativo y corporativo de las organizaciones voluntarias en el epígrafe 7.5. Allí vinculábamos el segmento asociativo con un modelo de *estructuración comunitaria* —siguiendo la formulación de TÖNNIES (1979)—, y el sector corporativo, con un vector de *racionalización burocrática* —entendiéndola en el sentido ortodoxo que originariamente le atribuyó WEBER (1984a)—, que se reduce en un número creciente de casos a una racionalización económica. Este proceso racionalizador, si pierde de vista los objetivos sociales, implica un desdibujamiento de los elementos participativos y democráticos. Aunque la distinción no bascula en torno al tamaño, evidentemente tiende a existir una correlación entre el mayor tamaño y la creciente burocratización. No obstante, hemos observado en nuestro trabajo empírico que la racionalización burocrática avanza con paso firme en multitud de pequeñas entidades.

³⁶ Otras aproximaciones sociológicas a la dimensión motivacional del voluntariado son las de: H. BÉJAR (2001b), M^a.J. FUNES (1995: 37-77) y el COLECTIVO IOÉ (1997). Centrado en el análisis motivacional del voluntariado estadounidense, el texto de WUTHNOW (1996) es una referencia muy conocida en nuestro país; mucho menos divulgado es el texto de ALLAHYARI (2001), y más lejano en el tiempo, el trabajo de SILLS (1970).

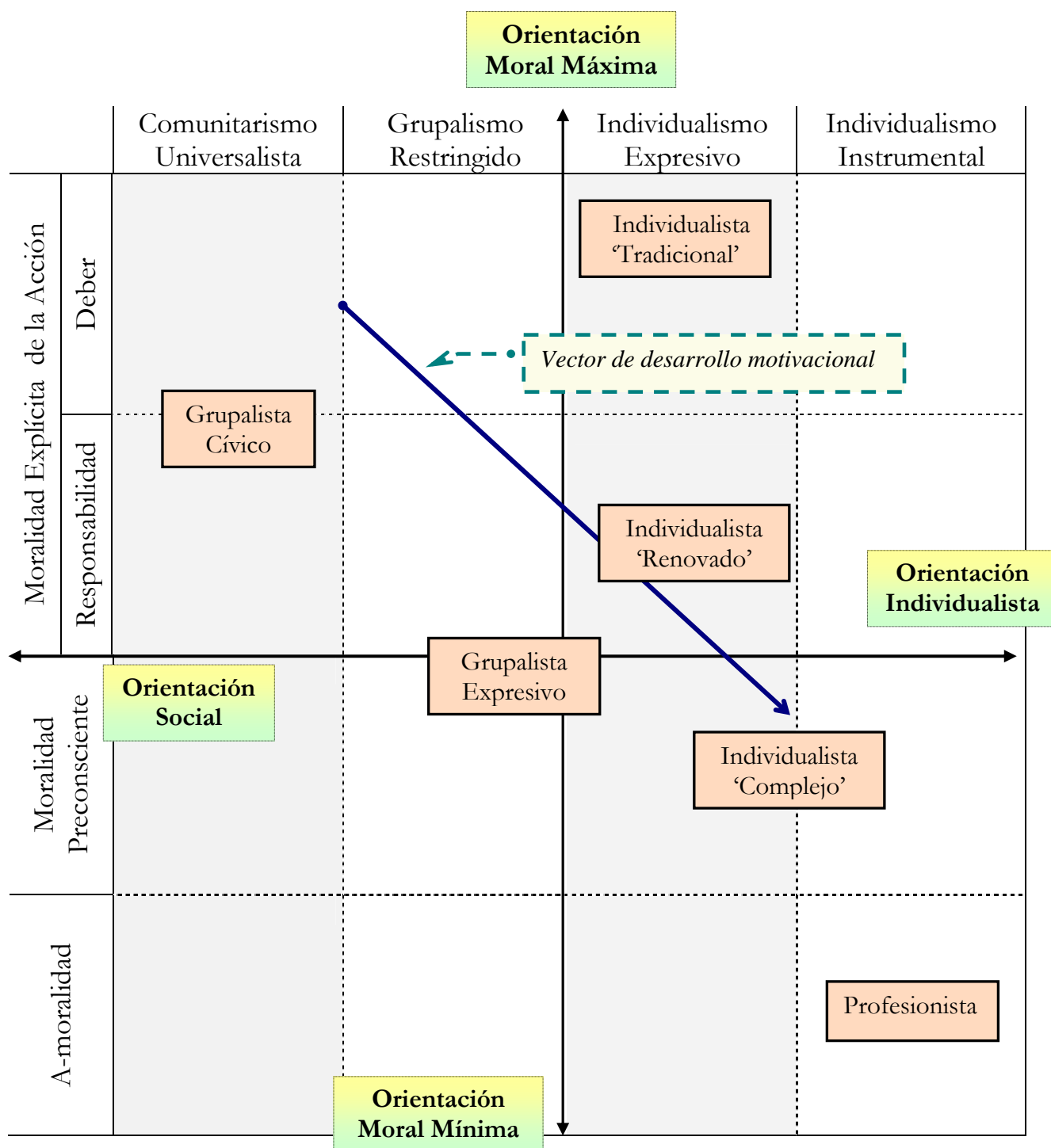
³⁷ Más allá de la complejidad y ambivalencia motivacional, la dinamicidad del proceso motivacional, reflejado recurrentemente en nuestras entrevistas, hace que alguna de éstas sea referenciada en más de un tipo motivacional.

Es necesario insistir en que las 'posiciones' motivacionales, no se definen como conjuntos cerrados de motivos diferenciados o de carácter exclusivo, sino que más bien, se definen por una *ordenación jerárquica distintiva* de un repertorio de motivos que es compartido en términos generales. O lo que es lo mismo, los tipos motivacionales comparten —comúnmente— la presencia de un buen número de motivos 'concretos', pero tales motivaciones se estructuran (u ordenan) de manera diferente en el proceso motivacional y se manifiestan con intensidad distintiva. Por ejemplo, la orientación moral e individualista expresiva están presentes en la mayoría de los voluntarios/as, pero ni su forma concreta, ni su 'fuerza' son constantes. Así, en nuestro caso, la descripción de los tipos motivacionales no partirá de una simplificadora enumeración exhaustiva de un vocabulario —siguiendo la terminología propuesta por Gerth y Mills (1984: 122 y ss.)— o listado de motivos, sino que atenderá, fundamentalmente, a las orientaciones motivacionales generales, valorando su presencia e intensidad en la configuración de la acción social voluntaria (para cada uno de los tipos motivacionales apuntados).

Por lo tanto, nos adentramos en una modelización analítica (que intenta hacer inteligible y proporcionar un sentido a la realidad del voluntariado), lo cual implica necesariamente una reificación simplificadora de la realidad observada. Las distinciones que vamos a realizar son artificiosas (aunque *empíricamente* fundadas), dado que los distintos ejes motivacionales a los que nos hemos referido más arriba, se estructuran como un *continuo*. En algunos casos, las posiciones descritas presentarán necesariamente solapamientos. En el modelo que pasamos a exponer, los tres primeros tipos motivacionales se identifican con una *matriz individualista* (dominante para el conjunto del 'nuevo voluntariado')³⁸, mientras que la cuarta posición se adscribe a una *matriz grupal*. Vamos a pasar ahora a repasar los distintos tipos que integran nuestro modelo motivacional del voluntariado. Estos son los siguientes: 1) el voluntariado individualista expresivo y moral (conteniendo los segmentos 'tradicional' y 'renovado'), 2) el voluntariado individualista 'complejo', 3) el voluntariado individualista utilitario (o 'profesionista'), y 4) el voluntariado grupalista (en sus variantes expresiva y cívica).

³⁸ Para BÉJAR (2001b: 18) —siguiendo la terminología acuñada por BELLAH *et al.* (1989)— en torno al voluntariado, existiría un *lenguaje primario*, dominante y hegemónico que sería el del *individualismo*, al que se solaparían otros *lenguajes secundarios*. Este solapamiento nos remite necesariamente a la *sobredeterminación motivacional* a la que nos referíamos más atrás.

Fig. 1.- Representación de las posiciones básicas de la estructura motivacional del voluntariado en función de los principales ejes motivacionales³⁹



³⁹ Los ejes individualista y social no son estrictamente opuestos. No obstante, hemos optado por representarlos de esta manera porque así se facilita la representación gráfica en dos dimensiones. De todas maneras, la contraposición de estos dos ejes sin ser completamente adecuada, nos proporciona una representación muy intuitiva de las posiciones motivacionales básicas.

9.4.1. *Voluntariado individualista expresivo y moral*

Como se expresa en el propio enunciado, este tipo motivacional, se caracteriza por la fuerte presencia de las orientaciones moral e individualista expresiva. No obstante, este campo motivacional dista mucho de ser un espacio homogéneo, y en ese sentido, delimitamos dos variantes principales: el voluntariado 'tradicional' y voluntariado 'renovado' (el primero, más moral que expresivo, y el segundo, más expresivo que moral).

a) *La variante 'tradicional'*⁴⁰

En este subtipo motivacional, la orientación moral se configura como el 'factor' motivacional dominante, justificando, e incluso legitimando la orientación individualista expresiva asociada (aun cuando ésta sea extremadamente potente). En ese sentido, podríamos hablar de la acción voluntaria desarrollada por los voluntarios/as tradicionales —utilizando la modelización de Max Weber (1984a: 20)— en términos de una mixtura entre *acción racional con arreglo a valores* (dimensión dominante) y *acción afectiva* (dimensión subordinada a la primera). La orientación expresiva bascula casi exclusivamente en torno al factor afectivo (más centrado en la empatía, el vínculo emocional, y menos en el 'crecimiento' o transformación personal). La orientación moral dentro de este segmento del voluntariado, está fundamentada de manera especialmente frecuente (sin ser una característica universalizada) sobre las creencias religiosas⁴¹. En general, esta posición es más típica actualmente entre voluntarios/as de edad avanzada, y principalmente mujeres. No obstante, debemos dejar bien claro, que los voluntarios/as maduros —orientativamente, pensemos en personas de más de cincuenta años— puede perfectamente ubicarse en otros tipos motivacionales, por ejemplo, de carácter grupalista. Asimismo, también existe un segmento minoritario del voluntariado joven que se inscribe en este tipo tradicional. La marca femenina que recorre este tipo motivacional es especialmente fuerte, podríamos hablar de un voluntariado casi exclusivamente femenino —si bien, fundamentalmente las prejubilaciones (acompañado de un cambio de actitudes), han provocado el progresivo acercamiento de un pequeño número de hombres—. Nos encontramos ante un tipo motivacional en franca recesión dentro del espectro del nue-

⁴⁰ El material empírico derivado del estudio FOESSA (vid RODRÍGUEZ CABRERO, 2003), ha sido especialmente valioso a la hora de completar el perfil de este polo de la estructura motivacional del voluntariado (al ser complementario con respecto a los grupos y entrevistas realizados con voluntarios/as jóvenes, que componían el grueso de nuestro diseño). Especialmente útil y esclarecedor resultó el análisis del GD6, grupo integrado por voluntarios/as maduros (de edades comprendidas entre 45-60 años). La reunión de grupo se celebró en Zaragoza, el 10 de julio de 2001.

⁴¹ Por supuesto, los voluntarios/as 'creyentes' (más concretamente aquellos que enlazan su voluntariado con sus creencias religiosas) no se limitan a ubicarse en este nicho motivacional, pero, hoy por hoy, quizá, todavía, sea el más característico.

vo voluntariado. Aparece como el menos característico de este modelo de participación (aun cuando cuantitativamente sea un sector importante).

Nos encontramos con un proceso motivacional muy estable en el tiempo (difícilmente se producen evoluciones hacia otros tipos motivacionales). Desde el punto de vista del compromiso, los voluntarios/as presentan una elevadísima fidelidad que se fundamenta en la fuerte identidad que se mantiene con el *rol*/voluntario (por esa razón, siempre se habla de *ser* voluntario/a y no de *hacer* voluntariado, formulación ésta última, que sí domina en otros tipos motivacionales). Es por ello, que son muy frecuentes las referencias a la ‘vocación’ (concepto cuyo uso nos retrotrae a su significación originaria: inspiración divina⁴²), que se correspondería con un compromiso personal muy fuerte —vinculado a una disposición eminentemente moral—, que llega a ser, en algunos casos, total⁴³. Así, entre los voluntarios/as ‘tradicionales’, el voluntariado aparece como una actividad central desde un punto de vista vital, independientemente del número de horas que se dediquen (incluso en ocasiones se configura como el *único* eje vital, quedando reducida, prácticamente, su vida social ‘activa’ al papel de voluntario/a). De ahí, que frecuentemente se identifique el voluntariado con un ‘estilo de vida’, implicando una actividad que otorga sentido a sus vidas⁴⁴, o recuperando la literalidad de su discurso que ‘llena’ sus vidas (verbo que nos remitiría en ocasiones a una cierta ‘vacuidad’ existencial)⁴⁵. Los voluntarios/as tradicionales, además, establecen una diferencia sustantiva con respecto a otras actividades a las que recurren otros iguales simplemente para hacer más tolerable o llevadero el transcurrir del tiempo. Fundamentalmente se critican los juegos, que simplemente ‘matan’ el tiempo, que permiten consumir un tiempo sin sentido, pero sin ninguna proyección moral y social. De esta manera, se procede a criticar las actividades exclusivamente ociosas⁴⁶. A pesar de ello, nos encontramos, frecuentemente, con unas vidas que en ocasiones dejan traslucir un inquietante déficit de sentido —si bien no plenamente racionalizado— con respecto a lo cotidiano

⁴² La ‘vocación’ además, como señala BÉJAR (2001b: 87) es planteada simultáneamente como “una llamada y un camino”.

⁴³ “Nosotras *somos* voluntarias. Allí donde se nos necesita, pues, allí estamos” (GD6).

⁴⁴ Para BÉJAR (2001b: 155) “el voluntariado ofrece un renacimiento social y vital” a los mayores.

⁴⁵ Por eso en algunas entrevistas realizadas a voluntarios/as jóvenes, se hace referencia y se reconoce enfáticamente que los voluntarios/as mayores son muy cumplidores, responsables, que respetan ‘religiosamente’ los aspectos formales de la acción voluntaria (puntualidad, etc.): “...se lo toman muy, muy en serio ¿eh?; mucho más en serio que los jóvenes; yo alucino” (V1). Evidentemente, se toman el voluntariado mucho más en serio porque para ellos se configura como una actividad mucho más central vitalmente.

⁴⁶ En contraste, se valora a la gente jubilada o prejubilada que participan como voluntarios/as —ellos mismos, se trata de un autoensalzamiento—, gente “que no se han dejado comer el coco, porque decir [introduce un matiz crítico]: «ya he trabajado lo suficiente, ahora tengo que viajar donde me apetezca, irme al fin del mundo, jugar a la petanca...»” (GD6). Hay pues, una crítica a los planteamientos ‘hedonistas’

social (déficit familiar —eminentemente afectivo— en el caso de las mujeres, déficit laboral —eminentemente funcional o instrumental— en el caso de los hombres). Vidas y sujetos, para los que el voluntariado se constituye en una verdadera tabla de salvación social, o en ocasiones, simplemente en un precario parche (dado que más allá de su *rol* voluntario, su posición social permanece muy disminuida).

No debemos olvidar que el voluntariado funciona también, para el creyente que se ubica en este nicho motivacional —en cuanto acción moralmente orientada por valores y creencias religiosas—, como itinerario ético validado para alcanzar la salvación del alma humana. En muchos casos, tal 'objetivo' influye de manera preconsciente en la opción voluntaria, pero incluso para aquellos sujetos para los que la búsqueda de la salvación se articula como una estrategia consciente, ésta no se explicita, se oculta cuidadosamente en el discurso, existiendo un cierto 'tabú' al respecto que sólo se rompe a través de ciertos lapsus⁴⁷. La razón, es que tal argumentación pondría en duda —incluso disolvería— la propia moralidad de la acción voluntaria, que pasaría a constituirse fundamentalmente en un acto interesado, de rentabilización calculada, en el que los receptores de la acción, se conformarían funcionalmente en simples instrumentos para la salvación⁴⁸. El objetivo pasaría fundamentalmente por erigirse en sujetos morales; en tal caso, la ayuda se transformaría en medio, no configurándose como el fin último de la acción voluntaria. Por tanto, ni siquiera en este nicho motivacional, se tiene por correcto hacer referencia a la 'economía de la salvación' —recuperando de nuevo la terminología utilizada por Castel (1999: 46) y Gemerek (1989: 29)— asociada a una "remuneración *post mortem*" (Lipovetsky, 1994: 30).

Desde posiciones motivacionales más grupalistas y sociales —y por tanto, fuera del tipo 'tradicional'—, ciertos voluntarios/as creyentes (que enlazan motivacionalmente sus creencias con su práctica voluntaria) consideran su acción como una vía de ins-

⁴⁷ En nuestro GD6, aparece el siguiente lapsus discursivo: "...pero es esa... esa *tranquilidad* que tienes de, no puedes quedarte en casa sabiendo que hay ese enfermo que te necesita o ese anciano que te... que está sólo". Esta voluntaria se refiere a "esa tranquilidad que tienes", cuando lo que quiere decir es justamente lo contrario: esa intranquilidad, inquietud, preocupación, desasosiego... moral que la impulsa hacia el voluntariado y la ayuda. ¿Por qué entonces aparece la tranquilidad?, porque evidentemente la acción voluntaria, fundamentalmente, la tranquiliza y sosiega existencialmente —desde un punto de vista personal—; sabe que está haciendo lo correcto. En cierta medida, el voluntariado le proporciona una cierta seguridad futura (trascendente).

⁴⁸ Además, en el nuevo testamento encontramos un mandato explícito que impone observar la máxima discreción e intimidad con respecto a las 'buenas obras' realizadas, y condena la búsqueda de estatus social: «Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto cuando hagais limosna, no lo vayais trompeteando por delante como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; en verdad os digo que ya reciben su paga. Tú, en cambio, cuando hagais limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará» (MATEO, 6: 1-4).

tauración de un orden social más justo —aquí y ahora—⁴⁹. En definitiva, se atribuye una dimensión política y social al proyecto cristiano, y no solamente trascendente y moral, interpretación ésta a la que son completamente ajenos los creyentes voluntarios/as del tipo ‘tradicional’. La justificación social, y no sólo moral, de la acción voluntaria (o más concretamente la vinculación de ‘lo moral’ a ‘lo social’), implica la superación del clásico modelo agustiniano (*civitas Dei, civitas terrena —o diaboli—*), sobre la que se erige la consideración de la existencia mundana como un ‘valle de lágrimas’ absolutamente necesario, en la medida en que pone a prueba al sujeto en su camino hacia la salvación. Ésta concepción ha determinado en gran medida la acción caritativa patrocinada desde la Iglesia y ‘ejecutada’ por sus feligreses durante un buen número de siglos: menos preocupada por los efectos sociales del ejercicio de la caridad (en definitiva, el orden social debía ser injusto para cubrir su función de ‘filtro’ eficaz), y más por la marca moral conferida al sujeto caritativo (le permitía ‘ganarse’ la salvación, al margen de marcarle positivamente desde un punto de vista social —proporcionando un incremento del estatus—). En el caso de los creyentes grupalistas, el valor trascendente de la acción moral —en este caso voluntaria— se ‘oculta’ mucho más cuidadosamente desde el punto de vista discursivo, pero, es evidente que pese a todo, la salvación sigue articulándose como un elemento central para todos los creyentes. En los voluntarios/as creyentes grupalistas —en relación a los creyentes ‘tradicionales’— encontraríamos lo que Wuthnow (1996: 194) identifica como una mayor *subjetivización de las creencias* (que en su trabajo atribuye al sector más liberal de los voluntarios/as creyentes que es confrontado al sector más conservador).

Entre los voluntarios/as del tipo ‘tradicional’, la acción voluntaria se conceptualiza exclusivamente en términos de *acto moral* —y al mismo tiempo, eminentemente *a-social*—. Acto moral que, desde un punto de vista motivacional, arranca de un *deber* de carácter *categorico*⁵⁰, más concretamente del deber de la ayuda. Como fundamentación del deber, aparece claramente la idea de *reciprocidad*: hay que devolver lo recibido, intentar restablecer el equilibrio. Estamos pues, de nuevo, inmersos en la lógica del ‘don’. En ciertos casos, la devolución se vincula a los dones de origen divino recibidos (concreta-

⁴⁹ Se trata de “trabajar y construir el Reino, que vino Jesús a intentar aquí establecer” (V15). Las creencias se proyectan socialmente, superando el nivel de la ayuda individual: “Entonces a mí me llevaba el tema de la fe, a actuar y a estar comprometido con el... con el barrio, con la problemática que existía” (ibíd.). Se habla de “una inquietud religiosa de intentar cambiar y intentar hacer un poco más justo este mundo, desde el evangelio” (ibíd.).

⁵⁰ Este aspecto es el que aproxima la acción a una racionalidad con arreglo a valores. Siguiendo a WEBER (1984a: 20-21), “actúa estrictamente de un modo racional con arreglo a valores quien, sin consideración a las consecuencias previsibles, obra en servicio de sus convicciones sobre lo que el deber, la dignidad, la belleza, la sapiencia religiosa, la piedad o la trascendencia de una «causa», cualquiera que sea su género, parecen ordenarle. Una acción racional con arreglo a valores es siempre [...] una acción según «mandatos» o de acuerdo con «exigencias» que el actor cree dirigidos a él (y frente a los cuales el actor se cree obligado)”. La cursiva es nuestra.

dos en el *carisma*⁵¹). Es ésta, una justificación especialmente frecuente entre las mujeres que recurren mucho más espontáneamente en su discurso a la fundamentación religiosa de la acción voluntaria. En relación a esta argumentación, es especialmente adecuada la percepción de Godelier (1998: 51), cuando observa que “los dioses son libres de donar o no, y que los hombres abordan a los dioses a partir de una deuda previa, pues de ellos han recibido todas las condiciones de existencia”. Así, la actitud entre estos voluntarios —especialmente voluntarias— se correspondería con la “deuda original” contraída con Dios (ibíd.: 275)⁵² —fuertemente asociada a la noción de ‘culpa’—. Deuda por añadidura de naturaleza insalvable. Es interesante constatar como en el caso de las mujeres creyentes integradas en este tipo motivacional, la referencia a la valía personal, concretada en la capacidad de ayuda, está mediada por la referencia al carisma. En su caso, no pueden reivindicar su posición social —desde el punto de vista de la experiencia y la trayectoria laboral, del grado de formación académica, etc.— como fuente de justificación de su valía, y en definitiva, como vía de reivindicación personal (como sí harán los hombres). En cuanto madres, su capacidad de cuidado es algo dado por supuesto, y en función de ello, socialmente poco prestigiado, no proporciona estatus. En definitiva, no encuentran argumentos para autoreivindicarse. Recuperar la noción de carisma, implica una vía para amparar y defender el valor de su acción voluntaria. No en vano, se habla de una capacitación delegada directamente por Dios. Tal hecho, implica por añadidura reivindicar indirectamente una posición entre ‘los elegidos’.

En el caso de los varones, el marco explicativo preferente de la reciprocidad (fundada en el deber de la devolución) suele hacer referencia a las condiciones de existencia material y social⁵³ (de las cuales se hace una lectura individualizada y vinculada al azar⁵⁴) y las capacidades personales que permiten y obligan a ayudar/donar⁵⁵: sus cono-

⁵¹ En algún caso se afirma: “...mi carisma es evangélico ¿no? He recibido mucho gratis y lo doy gratis” (GD6). La definición la RAE apunta que el carisma es un “don gratuito que Dios concede a algunas personas en beneficio de la comunidad”. Si bien, en el discurso del grupo, su proyección significativa es mucho más individual que colectiva.

⁵² En una dirección confluyente WUTHNOW (1996: 71) explica que “la tradición bíblica, interpretada de diferentes maneras, enseña que la compasión es un deber que impone la ley divina, una manera de responder ante el amor de Dios...”. Por su parte, BÉJAR (2001b: 104) señala que en el caso del voluntariado cristiano “*se paga la deuda con Dios a través de la ofrenda de uno mismo al prójimo*” [cursiva de la autora], y advierte que la idea de deuda es muy importante debido a que “imprime un sentido trascendente a la ayuda” (ibíd.: 106).

⁵³ “Hemos sido favorecidos por la sociedad y que *debemos* dar algo a cambio a los demás” (GD6).

⁵⁴ El carácter ‘estocástico’ —y por tanto, no sujeto a lógica alguna— atribuido a la posición social ocupada por el sujeto es una interpretación compartida (con ciertas variantes) por todos los tipos motivacionales de carácter individualista. Posición discursiva —la que recurre al azar—, que, por definición, se contrapone a cualquier explicación de carácter social.

⁵⁵ En la mayoría de los varones, nos encontramos con una expresión de lo que LIPOVETSKY (1994: 28) denomina “deber sin religión”. En tal modelo, moderadamente secularizado, “los deberes morales se imponen por sí mismos, deben ser objeto de explicación racional y demostrarse apoyándose en la úni-

cimientos y formación, su dilatada experiencia —lo que implica, al mismo tiempo, realizar una lectura positiva de la edad—. Este ‘capital’ personal, correlato de su trayectoria vital, está asociado con exclusividad a la dimensión laboral —prueban su capacidad productiva, de trabajo—. La capacitación laboral demostrada y el ‘estatus’ social derivado resultan ser su mayor patrimonio personal, aun siendo para la mayoría de voluntarios que se agrupan en este colectivo, un valor perdido en el pasado, en desuso (recordemos que hablamos fundamentalmente de jubilados y prejubilados), valor que tratan de reeditar a través del voluntariado. Se sienten afortunados —han tenido suerte—, y tal sentimiento parece justificar el deber de hacer algo por los demás. Los hombres no se centran en el análisis en las *fuentes* del deber (claramente delimitadas en la posición femenina), imaginariamente se sitúan personalmente en el centro de la decisión, un yo ‘plenipotenciario’ que se autoimpone retos y obligaciones. Sin embargo, más allá de esta ilusión, la obligación sigue tomando un cariz moral que se impone al sujeto externamente. En definitiva, la fundamentación moral es igualmente central para los varones, pero es menos evidente formalmente, puesto que se ‘maquilla’ discursivamente. El lenguaje moral y religioso está implícito. Igual sucede, como veremos, con la dimensión afectiva de la relación con el receptor, explicitarla en demasía, sería penetrar de lleno en un terreno estrictamente marcado como femenino.

Tanto para voluntarios como voluntarias, la reciprocidad responde a un modelo individualizado. El destinatario es la persona, en ningún caso el colectivo; el receptor o destinatario individual de la acción no es sino ese *prójimo* de profundas reminiscencias cristianas que nos ‘exige’ un comportamiento moral. Finalmente, la acción voluntaria se vincula al *sacrificio*⁵⁶, si bien, un sacrificio que resulta enormemente gratificante desde un punto de vista afectivo. Se trata de una gratificación de carácter inmediato, que se deriva —y depende exclusivamente— de la interacción con el receptor. La dimensión de sacrificio es central, debido a que es el origen de la moralidad asociada a la acción voluntaria, atribuyendo a la ayuda un valor máximo. Hablamos de un valor *trascendente* de carácter individualizado que no se explicita, pero que supone la piedra angular para la mayoría de estos voluntarios/as —lo que nos remite al sentido primigenio y religioso del término sacrificio—, y que además ‘rentabiliza’ la acción⁵⁷.

ca razón del hombre como ser social. Aunque por prudencia y estrategia, el nombre de Dios no está proscrito, ya no es el basamento de la moral...” (ibíd.: 29). Así, podríamos decir que “los deberes hacia los hombres han tomado la delantera a los deberes hacia Dios” (ibíd.: 32).

⁵⁶ Para BÉJAR (2001b: 106), la idea de *deuda* se enlaza la del *sacrificio* —aunque no como una carga insostenible—, y el sacrificio, enlaza con la idea de la *culpa* (ibíd.).

⁵⁷ De ahí que sean frecuentes afirmaciones del tipo: “No he perdido la noche, la he *empleado* muy bien” (GD6).

Puesto que el deber nos remite a la obligatoriedad de un mandato, es éste un aspecto que matiza la opción personal 'libre' hacia el voluntariado. Frecuentemente los voluntarios/as relatan que se ven *impelidos* a su compromiso voluntario. Así, discursivamente, se tiende a negar el voluntariado como una opción racionalmente sopesada, dado que, literalmente, no existe otra opción. Esta visión es especialmente frecuente entre las voluntarias cuya orientación moral tiene un origen religioso: ante la motivación religiosa no cabe elección alguna. En esos casos, se insiste que el voluntariado responde a una necesidad, a un impulso incontrolable⁵⁸. Más allá de este nivel 'declarativo', que pondría en manos de una instancia superior la determinación de la acción personal, y restringiría la posibilidad de decisión individual, sí hemos de señalar que este tipo motivacional presenta un nivel de racionalización motivacional limitada —que no totalmente ausente— con respecto a otros tipos.

Resulta muy interesante constatar que dentro de este nicho motivacional, aquellos voluntarios —y fundamentalmente voluntarias— que parten en la justificación motivacional de su voluntariado de una orientación moral de origen religioso, aprovechan cualquier ocasión para hacerla explícita en su discurso (de manera inmediata e insistente). Quieren dejar bien claro que, si son voluntarias/os, es fundamentalmente por sus creencias⁵⁹. Muy diferente resulta ser la 'táctica' discursiva de los jóvenes voluntarios/as que motivacionalmente enlazan su voluntariado a su condición de creyentes —recordemos que el subtipo motivacional 'tradicional' está integrado casi en su totalidad por un voluntariado 'maduro'—, y que en su gran mayoría se ubican fuera del subtipo tradicional. En estos casos, los jóvenes voluntarios/as, tratan de pasar 'de puntillas' sobre su motivación religiosa, llegando a ser especialmente parcos en la explicitación de lo que llegan a denominar como "esas cosas" (V15). Es evidente, que sienten una fuerte incomodidad a la hora de fundamentar discursivamente su motivación a través de sus creencias religiosas⁶⁰. Una posible explicación de tal diferencia discursiva puede partir de la influencia de un marco social progresivamente secularizado. Esto es, los jóvenes voluntarios perciben en su contexto social una mayor desvalorización, e incluso beligerancia y desprecio, hacia el 'hecho' religioso y su 'retórica' asociada, y ante tal presión, optan por abandonar toda aspiración de proselitismo ante 'extraños', tendiendo a ence-

⁵⁸ En nuestro GD6 una voluntaria relata: "...y es esa necesidad, prioritaria que hay en tu vida, a mí... por el... evangélica".

⁵⁹ Así, se considera que el voluntariado "...es una expresión de nuestra fe" (GD6).

⁶⁰ Encontramos ejemplos en ese sentido en nuestras entrevistas V8, V13, y en la ya referenciada V15. Veamos una muestra: "...Al ser creyentes pues un poco lo tomamos como una... como una misión también, *vamos, supongo*" (V8). Frente a la fuerte asertividad de las voluntarias 'tradicionales', aparece las temerosas e inconsistentes afirmaciones de los jóvenes. Ese "*vamos, supongo*", crea una distancia con respecto a las propias creencias que se acaban de exponer, que de esta manera, quedan literalmente 'entre paréntesis', se desdibuja su alcance, se elude la subjetivización de las mismas. Casi podemos interpretar el final de la frase como una verdadera disculpa.

rrar herméticamente su experiencia y discurso religiosos en el ámbito íntimo, o en entornos sociales ‘controlados’ (entre iguales: por ejemplo, comunidades o grupos parroquiales). En cierta medida, se trataría de pasar de incógnito en un contexto social donde lo religioso se marca como algo obsoleto, pasado de moda, a veces ridículo, o cuando menos inexplicable, incluso en el seno del voluntariado.

Pero, volvamos a la consideración del tipo motivacional ‘tradicional’. La acción voluntaria se fundamenta en el sufrimiento ajeno, sin él no hay necesidad, y no existe la posibilidad de ayuda. La necesidad ajena es la que posibilita por otro lado, el establecimiento de una relación afectiva —fundamentada moralmente— con el receptor de la acción, una relación por añadidura de naturaleza *compasiva*. El componente afectivo de la relación es muy importante desde un punto de vista motivacional, especialmente para las mujeres⁶¹. Hay una apropiación (y al mismo tiempo reducción) del receptor en términos exclusivamente afectivos, y en ocasiones, se le hiper-vulnerabiliza discursivamente, para resaltar de esta manera su dependencia que paradójicamente proporciona satisfacción al sujeto voluntario. Podríamos también hablar en términos de clara infantilización del receptor⁶². En el caso de las mujeres (insistimos, gran mayoría del colectivo), el voluntariado parece conformarse metafóricamente como una nueva oportunidad para ejercer un *rol* maternal (una reedición de la maternidad). Advertimos una ‘re-maternalización’, en el contexto de un colectivo de voluntarias cuya familia se encuentra mayoritariamente en la fase denominada por numerosos sociólogos como ‘nido vacío’. Se ha producido la emancipación de los hijos/as, o cuando menos, el grado de autonomización de los mismos es muy alto (quizá no desde el punto de vista funcional, pero sí desde el afectivo o relacional). En cierta medida, las madres encontrarían un ‘sustituto afectivo’ en los receptores de la acción voluntaria, que por ello, son convenientemente ‘infantilizados’ —lo cual apunta a una fuerte asimetría en la relación—. Si podemos hablar del voluntariado ‘tradicional’ en términos de voluntariado paternalista, mucho más adecuado sería referir su marcado perfil ‘maternalista’.

⁶¹ De ahí que se llegue a sintetizar el sentido de la acción a través de un “vamos a quererles” (GD6). Otra intervención clarificadora en nuestro GD6 versa como sigue: “...la raíz de todo es que hemos nacido para amar y sentirnos amados. Entonces para distintos voluntariados es ésta la razón de nuestra entrega”. Se habla de una finalidad vital estrictamente afectiva. En ese sentido, podríamos recuperar las palabras de H. BÉJAR (2001b: 84), que caracteriza el voluntariado cristiano en términos de “una ayuda hecha de sentimiento”. Así, los voluntarios/as ‘tradicionales’ parten —especialmente las mujeres— del sentimiento “todos juntos, todos sintiendo lo mismo y hacia un mismo camino, el ayudar a los demás...” (GD6). No obstante, tras el sentimiento, se ubicaría el deber.

⁶² En el GD6, se afirma con respecto a los receptores: “Los vi tan perdidos, tan necesitados de... de algo, pues una caricia, un algo pequeño. Solos, por sí solos, *son como niños*, y la verdad, a mí me satisface mucho”. El recurso a los diminutivos es especialmente ilustrativo de la naturaleza afectiva del vínculo y de la infantilización del sujeto. En el mismo grupo de discusión, abundan referencias como la siguiente: “Eso es como cuando vas a visitar a un *ancianito*”.

Este perfil 'maternalista' desemboca en una cierta preferencia electiva por sujetos que presentan un alto desvalimiento, y por tanto, con un perfil muy dependiente. Los sujetos de referencia fundamental son los enfermos, ancianos y pobres, y especialmente aquellos cuya identidad personal está marcada por una mezcla de las tres categorías. Las voluntarias 'tradicionales' prefieren colectivos que permitan maximizar su entrega afectiva, y programas articulados en torno al cuidado personal próximo —incluso físico—. Debemos tener en cuenta que el desvalimiento del receptor acentúa el estado de necesidad asociado, y con ello, la dimensión de sacrificio personal vinculada a la acción.

El 'caso' de los hombres es suficientemente distintivo como para que lo analicemos de manera independiente (aunque se configure como una variante minoritaria dentro del tipo motivacional 'tradicional'). Mientras que en su relato, las mujeres insisten de manera reiterada en el carácter afectivo y en la cercanía personal que mantienen con respecto al receptor, los hombres, se concentran preferentemente en la descripción funcional de la actividad, implícitamente asociada a un buen desempeño personal, esto es, a un 'trabajo bien hecho'⁶³. De esta manera, la práctica voluntaria se erige fundamentalmente en una metáfora del trabajo asalariado. Ello no significa, en ningún caso, eliminar de raíz la orientación expresiva entre los voluntarios varones, aunque sí resulta esclarecedor que algunos hombres prescindan totalmente del contacto con el receptor y se refugien en asépticas tareas 'burocráticas'⁶⁴. El marco explicativo debe partir de una contextualización general: la construcción social de la conducta afectiva según género. Las profundas limitaciones y bloqueos (psíquicos y físicos) en la expresión espontánea de la afectividad —e incluso en la propia capacidad de sentir afecto— construidos culturalmente y que afectan a los hombres —de manera más severa cuanto mayor es su edad— se proyectan claramente en la actividad voluntaria. La expresión de cariño, ternura y amor, es una asignatura especialmente pendiente para los voluntarios mayores. Su personalidad es más instrumental que afectiva. Pero, al mismo tiempo, los voluntarios varones 'sienten' más (en su relación con los receptores) de lo que reconocen y explicitan, y ese sentimiento termina siendo fundamental desde un punto de vista motivacional. No olvidemos que las actividades asociadas al voluntariado social, favorecen un desarrollo afectivo del actor voluntario y facilitan el establecimiento una corriente empática con el receptor. En cierta medida, los voluntarios 'tradicionales' ven ampliificada su limitación afectiva en el discurso, al utilizar términos eminentemente neutros. Los voluntarios maduros, tienen problemas para expresar y reivindicar la dimensión

⁶³ Lo que nos remite a la importancia vital que tiene en los hombres maduros lo que VEBLEN (1974: 99) denomina como *instinto del trabajo eficaz*.

⁶⁴ Por ejemplo, en el GD6 encontramos referencias a los hombres a los que "no les va el enfermo", pero cuya labor es muy valorada por las mujeres voluntarias, en tanto en cuanto afrontan el "papeleo" que ellas no se ven en situación de resolver y que les desborda.

afectiva de su acción —en tanto en cuanto supone una evidente marca femenina, y puesto que se desvía de la emulación laboral, aspecto que les proporciona una mayor ‘reubicación’ social—. Al margen de tal incapacidad ‘comunicativa’, sí es necesario admitir que la relación afectiva que los hombres mantienen con los receptores, presenta patentes diferencias con respecto a la referenciada por las mujeres. Suele ser mucho menos cercana e intensa —aunque siga siendo central en la configuración motivacional de la acción—. De ahí que sean los hombres —y no las mujeres— los que refieren la necesidad de crear una cierta distancia (aunque limitada) con respecto a los receptores⁶⁵. Las mujeres no insisten en el mantenimiento de la distancia afectiva, por el contrario, tratan de diluirla al máximo, puesto que son los lazos personales los que terminan siendo la fuente exclusiva de la gratificación.

En relación a la dimensión expresiva de la acción voluntaria de los voluntarios/as ‘tradicionales’, encontramos una marcada marginalidad de la variante asociada al crecimiento personal. Sólo puntualmente aparecen referencias a la transformación personal acaecida a través de la práctica voluntaria, transformación que toma la forma de un proceso resocializador⁶⁶. Suelen ser los varones los que hacen más referencia al crecimiento personal. Se trataría de una forma de asumir el componente expresivo de la acción voluntaria sin caer en la referencia puramente afectiva. En general, los varones están algo más autocentrados, pudiendo elaborar este tipo de interpretación motivacional. En términos generales, la marginalidad de esta interpretación motivacional basada en el crecimiento, está relacionada con la racionalización limitada del proceso motivacional.

En cuanto a la gratificación derivada de la acción voluntaria, existe un gran consenso en el voluntariado ‘tradicional’ a la hora de reivindicar el tópico (si consideramos su presencia en gran parte de los tipos motivacionales) de un intercambio asimétrico con el receptor, del que los voluntarios/as serían los principales beneficiarios⁶⁷. La ‘compensación’ al sacrificio de la acción voluntaria toma la forma de un *reconocimiento*

⁶⁵ Se percibe la necesidad de la cercanía afectiva, pero que “tampoco que te amargue la vida” (GD6). Si bien, en ningún caso se propugna una separación radical de la esfera privada y el voluntariado. Por ello, en ocasiones, al margen del espacio institucionalizado de relación voluntaria, los hombres buscan el contacto informal: “...me gusta mucho ir por la calle por donde sé que están ellos [los receptores]” (GD6), y de igual manera, insisten en la apropiación personal del sujeto receptor “...a mí me gusta aprenderme sus nombres y sus problemas” (ibíd.).

⁶⁶ Un voluntario relata, por ejemplo: “Hace años me costaba ser amable con la gente” (GD6). El voluntariado le ha transformado (en un sentido moral), permitiéndole además, superar parcialmente su ‘bloqueo’ afectivo.

⁶⁷ De ahí la afirmación que toma distintas variantes: “muchas veces recibes más de lo que aportamos” (GD6). Este verdadero lugar común, expresión de modestia que habilita el comportamiento moral, también se muestra con especial fuerza en el tipo ‘renovado’, pero también alcanza, como veremos, a otros nichos motivacionales. Incluso, en función de las ilustraciones que se realizan otros estudios motivacionales (*vid.* WUTHNOW, 1996) podríamos hablar de un tópico ‘transcultural’.

que tiene dos fuentes diferenciadas (si bien, relacionadas). En primer lugar, el receptor, que a través de las muestras de *gratitud* hacia el voluntario/a, entrega un equivalente afectivo e incrementa la autoestima y la satisfacción. Esta gratitud se erige en principal punto de cierre del proceso motivacional del voluntariado 'tradicional'⁶⁸. En segundo lugar, deberíamos hablar también del *reconocimiento social* equivalente, de naturaleza más impersonal, pero, también eficaz, que contribuye a incrementar el estatus social subjetivo del voluntario. El reconocimiento de naturaleza social es referido casi exclusivamente por los voluntarios varones, lo cual parece coherente con lo apuntado en los anteriores párrafos.⁶⁹

Es más, en relación con la gratitud mostrada por el receptor, en ocasiones surge una sensación ambivalente en los voluntarios/as, dado que situarla en una posición central, desde un punto de vista motivacional, podría interpretarse en el sentido de la disolución de la naturaleza moral de la acción voluntaria. Se desactivaría el altruismo (el 'todo por nada'), y la acción se transformaría en un intercambio simétrico —de 'equivalentes'—, acercándose en cierta medida a una lógica mercantil. Así, la solución adoptada reside en reconocer la existencia de la 'gratificación' afectiva, pero, al mismo tiempo, rechazar rotundamente que tal gratificación sea el fundamento motivacional de la acción. Esto es, los voluntarios/as deben proceder como si esa gratificación afectiva no existiera en ningún caso (estrategia de simulación). No hay que 'creérselo'; se trata de evitar caer en la infatuación narcisista.⁷⁰

Centrada en la dimensión afectiva, la acción voluntaria es entendida fundamentalmente en términos de *acompañamiento* y actitud de *escucha* —lo que nos remite a un modelo de acción relativamente pasiva—. Se trata más de *estar* y desarrollar una actitud (eminentemente ética) ante el receptor, que de desplegar un *hacer* activo —aunque tampoco se niegue esta dimensión—. El 'estar con' implica, en definitiva, un 'hacer por'. Es más importante la disposición ante la persona que la actividad en sí misma. Un aspecto central de la práctica voluntaria es que el voluntario/a muestre capacidad de empatizar, de tender vínculos afectivos con el destinatario. Estamos ante un modelo de voluntariado 'compasivo'⁷¹, en el que el objetivo pasa más por 'sufrir —empáticamente— con

⁶⁸ Se habla de "una sonrisa, esa alegría y que te dicen «¿ya has venido?». No sé, a mí eso me satisface muchísimo" (GD6).

⁶⁹ Estas dos fuentes de reconocimiento funcionan, también en otros tipos motivacionales.

⁷⁰ Un ejemplo que ilustra la ambivalencia de los voluntarios/as ante el agradecimiento, es el siguiente pasaje: "...hay gente que, que agradece lo que estás haciendo, fíjate que eso hasta puede ser hasta un narcisismo si quieres, pero vamos, yo no lo veo así ni mucho menos" (GD6).

⁷¹ "Atendemos porque *nos da mucha pena* el tema de los niños que están en la cárcel" (GD6). En este contexto, es importante señalar que la compasión se dirige siempre a un ser singular. En ese sentido se expresa H. ARENDT (cfr. BRUCKNER, 1996: 256) al afirmar que "la compasión por su propia naturaleza, no puede estar inspirada por los sufrimientos de toda una clase. No puede ir más allá de lo que sufre una persona única sin dejar de ser lo que es por definición: un co-sufrimiento".

el otro', que por buscar de la resolución 'material' de las causas del sufrimiento. Se intenta incidir en —y cambiar— su estado de ánimo y su autoestima, pero, no variar sus condiciones de existencia material (más allá de la ayuda puntual, por ejemplo en programas de acompañamiento domiciliario, en relación con ciertas actividades cotidianas: ayudar a hacer la compra, etc.)⁷². Es por ello, que se insiste especialmente en la importancia de la 'pobreza espiritual', la gran olvidada, y problema social central desde su punto de vista. El verdadero don, trasciende lo material, toma forma de entrega temporal (para acompañar y escuchar) y sobre todo personal —expresada a través de dos variantes: el acogimiento y la visita—. Así, el tiempo 'donado' tiene un significado fundamentalmente afectivo y moral. De esta manera, establecer un canal de comunicación (que podríamos concretar en el 'hablar por hablar'), y sobre todo, desarrollar una actitud de escucha, sin otro propósito que aliviar el sufrimiento ajeno —atribuyéndoles una potencialidad terapéutica individualizada—, cobra un sentido pleno. En muchas ocasiones, tan solo se procura hacer más llevadero el transcurrir del tiempo (ayudar a pasar el rato), un tiempo lento, doloroso y sin sentido para el receptor. La percepción dominante entre los voluntarios/as es que los receptores 'vienen' a que se les escuche⁷³. En su concepción dominan hegemonícamente las necesidades personales (psicológicas) sobre las necesidades materiales (sociales). Dicha orientación implica la disolución de lo social. Insistir sobre el voluntariado como sinónimo de actividad de acompañamiento y escucha implica, asimismo, una dignificación de la intervención paliativa, a la que se le asocia una potencialidad transformadora (individualizada) por sus efectos terapéuticos.

Podemos proponer otra línea interpretativa con respecto a la enorme insistencia que muestran los voluntarios/as 'tradicionales' en relación con la importancia del acompañamiento. Puesto que este colectivo de voluntariado se caracteriza fundamentalmente por su madurez avanzada, se encuentran especialmente sensibilizados frente la soledad —que concretan en ancianos y enfermos—. En cierta medida, estos voluntarios/as anticipan, a través de su acción voluntaria, un probable marco existencial personal, no demasiado alejado en el tiempo. Disponen de una cierta seguridad económica, y a partir de ahí, su máxima preocupación se concentra en la soledad (coherentemente, en su discurso, la pobreza material como problema social ocupa una posición secundaria). Su modelo de intervención es el acompañamiento voluntarista y en ningún caso la re-

⁷² "Pues, sí, que ves... o sea es la soledad que tienen. No les... no vas a acompañarlos porque sean pobres de solemnidad, sino porque realmente necesitan estar con alguien, escucharles, lo que dices tú, de los hijos, de los nietos... y darles una hora de tu tiempo y hablar" (GD6). Así, la acción se caracteriza por lo 'pequeño' pero al mismo tiempo importante, dado que las necesidades importantes son aquellas que van más allá de lo material. Se concibe a los receptores como "...necesitados de... de algo, pues una caricia, un algo pequeño" (GD6).

⁷³ Podemos ilustrar esta cuestión con las siguientes citas: "...pero muchas veces, la gente sólo te demanda el tener alguien a quien contarle su problema" (GD6), "vienen a hablar contigo" (ibíd.).

construcción del universo de relaciones sociales del individuo —en cuya desestructuración encontramos la principal causa de la soledad—.

Para finalizar nuestro análisis del voluntariado de tipo 'tradicional', vamos a prestar atención a la relación que establecen con respecto a los profesionales con los que interactúan cotidianamente. Centrados —limitados— como están en lo afectivo y en el acompañamiento, y alejados de cualquier tipo de labor técnica, la relación con los profesionales suele ser muy buena, no hay posibilidad de que aparezcan puntos de fricción funcional. Se parte de una concepción de complementariedad por deficiencia⁷⁴, según la cual tanto profesionales como voluntarios/as son necesarios para garantizar una ayuda integrada. En definitiva, en cuanto las posiciones y aspiraciones están claras y no invaden en ningún caso la esfera profesional, no existe ningún conflicto entre profesionales y voluntarios/as. No se produce fricción porque los voluntarios/as aceptan plenamente su posición, y en ningún caso aspiran a promocionar a posiciones profesionales (no quieren integrarse en el mercado de trabajo).

También encontramos, especialmente entre las voluntarias, un fuerte reconocimiento, e incluso idealización, de los profesionales, tanto a nivel técnico (conocimiento y capacidad), como personal (calidad ética)⁷⁵. La idealización 'técnica' se ve potenciada por la ausencia de capacitación profesional que presentan la gran mayoría de las voluntarias, que les confina funcionalmente al acompañamiento afectivo. A pesar de la complementariedad que puede evocar una cierta analogía funcional, los voluntarios/as se inscriben en una relación de fuerte dependencia con respecto a los profesionales, lo que refuerza la atribución de estatus a los profesionales. Pero, al mismo tiempo también encontramos una cierta reivindicación de la figura del voluntario/a frente al profesional. Los voluntarios/as 'tradicionales' entienden que ellos/as pueden aportar un valor diferencial en su acción con respecto a los profesionales: el vínculo afectivo con el receptor. Su espacio está en lo afectivo, que es precisamente lo que los diferencia de los profesionales (es éste, un argumento que comparten con los voluntarios/as 'renovados'). Por último, se sienten considerados y valorados por los profesionales⁷⁶ —los que saben y verdaderamente 'hacen'— lo que les enorgullece profundamente.

b) *La variante 'renovada'*

Esta segunda variante subvierte la jerarquía de los componentes del proceso motivacional con relación al sector 'tradicional'. Así, en este caso, la orientación expre-

⁷⁴ En ese sentido se afirma: "partiendo del criterio de que una cosa sin la otra no se puede dar" (GD6).

⁷⁵ Es por ello que se recupera y aplica la noción de 'vocación': "Esos técnicos tienen vocación también" (GD6).

⁷⁶ En el GD6 se insiste en esta cuestión: "se nos cuida muchísimo, hay una relación muy buena"

siva (en la que tienden, en general, a ‘igualarse’ los factores afectivos —el vínculo emocional— y de ‘crecimiento’ personal), domina sobre la orientación moral, que se independiza notablemente del factor religioso (aunque no para todos los segmentos), y se ‘reduce’ moderadamente. En comparación con la variante ‘tradicional’, es más típica del segmento joven del voluntariado.

Uno de los principales puntos de diferenciación con respecto al segmento ‘tradicional’ supone que, en el contexto de la fuerte orientación individualista expresiva que caracteriza al voluntariado ‘renovado’, encontramos una significativa presencia del ‘crecimiento’ personal. Ello implica que se explicitan ‘beneficios’ personales —no materiales o utilitarios— derivados de la acción voluntaria; compensaciones que van más allá de la inmediata compensación afectiva (aunque en gran medida emanen de ella). Esta explicitación implica una cierta racionalización motivacional, aunque no total⁷⁷.

En contraste con el voluntariado ‘tradicional’, nos encontramos con una mayor centralidad en el proceso motivacional de la experiencia personal asociada a la práctica voluntaria. Ser voluntaria/o es concebido más como una vivencia íntima (incluso en ocasiones se identifica como un sentimiento), que en ningún caso está sometida a un deber que ‘presiona’ desde fuera al actor. El ‘yo’, sus necesidades e intereses devienen en elemento central (si bien, lo harán mucho más contundentemente en los tipos ‘complejo’ y ‘profesionista’), sin que ello suponga negar en ningún caso la orientación moral. Insistimos en que a diferencia del tipo ‘tradicional’, no es necesario un deber que funde y legitime la compensación asociada a la vivencia afectiva. Así, en el tipo ‘renovado’ es imprescindible que la actividad voluntaria, en sí misma —más que las consecuencias de la acción: los logros— haga ‘sentirse bien’ al sujeto voluntario. Es necesario percibir una satisfacción personal *inmediata*. El receptor de la acción es el medio indispensable —a través del vínculo afectivo, y de su actitud personal de gratitud— para que tal compensación se realice, pero si, finalmente, se es voluntario/a, no es tanto por la búsqueda afectiva del receptor y el empeño en satisfacer sus necesidades, sino porque la acción resulta gratificante. El ‘centro’ de la relación está en el ‘yo’, no en el otro⁷⁸. En cualquier caso, el tipo ‘renovado’ escapa totalmente, al igual que el ‘tradicional’, del individualismo utilitarista; no hay lugar en el proceso motivacional para ningún tipo de cálculo de beneficios ‘materiales’, aunque sí existen expectativas afectivas y relacionales.

⁷⁷ En ocasiones, ante la formulación de preguntas directas sobre la motivación, encontramos dificultades para reconstruir en un todo con sentido los motivos de la acción —“no lo sé [...], no hay ninguna razón” (V12)—, dificultades que tienden a disolverse para la articulación en su conjunto del relato discursivo.

⁷⁸ La jerarquización de las prioridades queda clara, en la siguiente cita perteneciente a una de nuestras entrevistas: “es una tarde que te la dedicas a ti, a ti y a otras personas” (V12). Se refleja la reflexividad motivacional de la acción. Es evidente que en el tipo motivacional ‘tradicional’, no sería concebible una afirmación en tales términos.

La mayor centralidad del 'yo' en la determinación del proceso motivacional, se refleja en las interpretaciones motivacionales que ofrecen estos voluntarios/as, entre las que se repiten insistentemente afirmaciones del tipo 'porque me siento bien'⁷⁹ y/o 'porque me gusta'⁸⁰, formulaciones análogas que se asocian a un *disfrute inmediato* conseguido a través de la actividad⁸¹. Estas interpretaciones motivacionales se mantienen, como veremos, para el tipo 'complejo' e, incluso, aparecen en ciertos casos —aunque con matices 'ocupacionales'— entre los voluntarios/as 'profesionistas'. Resulta importante señalar que en un segundo nivel —usualmente no explicitado—, el 'sentirse bien' trasciende la referencia afectiva, para calificar también de forma indirecta la moralidad de la acción. Esto es, aunque nunca aparece como tal, la expresión tipo podría ser: 'me siento bien, porque lo que hago es moral'. Por lo tanto, el 'sentirse bien' se asocia también en este tipo motivacional a una moralidad implícita.

La 'opción' motivacional por el crecimiento, que se desarrolla paralelamente, no implica en ningún caso el abandono o subsidiariedad de lo puramente afectivo. Además, la relación con el receptor —y el contacto con su realidad personal— suele ser la principal fuente de 'crecimiento' aducida, aunque también pueden funcionar en idéntico sentido los vínculos establecidos con otros voluntarios/as y profesionales.

Podemos caracterizar el tipo expresivo 'renovado', como un voluntariado en búsqueda constante —casi obsesiva— del contacto personal, y más concretamente de la *relación afectiva*⁸². En su búsqueda afectiva, el voluntario/a, no sólo se circunscribe al receptor de la acción voluntaria, también encontramos una importante apertura hacia sus iguales, a los otros voluntarios/as. Es importante constatar que el destinatario de la acción voluntaria aparece siempre ante el voluntario/a *como persona*, en ningún caso como simple usuario de un servicio u 'objeto' de intervención funcional o social. Al dominar el vínculo personal en la acción voluntaria, sólo en circunstancias excepcionales el voluntario/a 'renovado' es capaz de evocar al receptor en términos de sujeto social o integrarle analíticamente en un colectivo de referencia. Si lo hace, usualmente, es a tra-

⁷⁹ Como explicación típica podemos reproducir la siguiente: "vengo porque es que... es que me siento bien, entonces, es algo que... que necesito yo también" (V12). Es interesante constatar como la satisfacción se enlaza a las *necesidades* personales. Otra formulación que clarifica la individualización y reflexividad del 'sentimiento' la encontramos en nuestra entrevista V13, en la que se habla de "sentirse bien *uno mismo*".

⁸⁰ A veces, la racionalización parcial del proceso motivacional, hace que la opción por el voluntariado tome la forma de una conversión ética no intencional que simula la centralidad del 'yo' sintetizada en la fórmula 'me gusta': "y... y la verdad, entonces, no se porqué me empezó a interesar, porque *de repente*... que *me gustaba* y me gustaba ayudar a la gente..." (V2).

⁸¹ En ciertas ocasiones, se llegan a vincular recíprocamente estas explicaciones, a través de expresiones absolutamente autorreferentes, y finalmente vacuas. Veamos un ejemplo: "yo me sentía bien con lo que estaba haciendo, porque me estaba gustando" (EV2).

⁸² "Llegas a *querer* mucho a la gente" (GD1).

vés de un discurso social ‘tópico’ aprendido, pero no apropiado o subjetivizado—. Incluso, tal inclusión grupal o categorial puede ser rechazada virulentamente, entendiéndose como un deplorable rasgo de indiferencia ante el sufrimiento individual y de deriva hacia la masificación anónima de la atención prestada. La personalización es absoluta, dominando en todos los relatos la *particularización* plena en torno a una persona —o varias— a la que se atribuye unas características únicas y singulares (que se resisten, obstinadamente, a la generalización), no tratándose de un sujeto que comparte ciertas condiciones sociales de existencia. La generalización (de la que la gran mayoría de los voluntarios ‘renovados’ son incapaces) sería de esta manera, perversamente trivializadora para este segmento del voluntariado.

Para el voluntario/a ‘renovado’, las características del proyecto, son en ciertos casos algo intrascendente, a condición de que garanticen el indispensable contacto directo con el receptor. Para muchos voluntarios/as, es éste el único criterio de selección relevante. El contacto personal inmediato proporciona una mayor sensación de intensidad emocional —vivencia de ‘realidad’— a la acción voluntaria: es importante ver y sentir al destinatario⁸³. Además, el vínculo afectivo potencia el reconocimiento del trabajo (la gratitud), e implica indirectamente un incremento de la autoestima del voluntario/a. Si la labor acometida no se encuentra atravesada por el contacto con el destinatario, si no se observan con facilidad las consecuencias personales de la acción y no se recibe directamente la gratitud del receptor, la satisfacción se ve difuminada severamente. De esta manera, se evita todo voluntariado ‘administrativo’ o de corte ‘burocrático’. Aunque formalmente se elude toda minusvalorización, la acción voluntaria *in*-personal —que se considera fría y aséptica desde un punto de vista afectivo— termina considerándose menos trascendente —menos moral— y menos adecuada para un voluntariado ‘social’. Para el voluntariado ‘renovado’, la acción voluntaria sigue conceptualizándose fundamentalmente en términos de acción ética de ayuda, pero para que exista tal ayuda, necesitan referirla, sin excepción, a un receptor personalizado, concreto. Tal preferencia por programas de atención directa supone en la mayoría de los casos una deriva hacia intervenciones de corte paliativo.

Desde el punto de vista afectivo, sigue funcionando como recurso ilustrativo la conocida metáfora de la adicción⁸⁴ —la ‘droga’ y el ‘estar enganchado’— que también

⁸³ Tal cuestión es expuesta claramente por una de las voluntarias: “el voluntario, llega un momento en que necesita, sentir que su labor es *algo real con la gente*” (V12).

⁸⁴ Esta metáfora de la adicción es referenciada en otros trabajos de corte cualitativo (*vid.* BÉJAR, 2001b: 101). En nuestro GD1 podemos encontrar el siguiente pasaje referido al voluntariado:

- *Luego, es una droga, yo para mí es una droga.*
- *Te engancha* [ríe].
- *Sí, sí, te engancha.*
- *Es que es tu vida, es parte de tu vida.*

aparece en ocasiones en el segmento 'tradicional'. Dicha metáfora nos proporciona ciertas claves motivacionales que los voluntarios/as 'renovados' proyectan en su discurso. En primer lugar, aparece la *necesidad* personal, una necesidad que se concreta en un impulso incontrolable —surgido de la *dependencia*— que trasciendería toda limitación racional que trate de imponerse el sujeto (a diferencia del voluntariado tradicional, este impulso no parte de la interiorización de la obligatoriedad de un mandato). Es una forma indirecta de referirse a un compromiso personal con la actividad que iría en ocasiones más allá de lo que el individuo estima como razonable (en cuanto puede entrar en conflicto con la satisfacción de otras necesidades personales más utilitarias). En definitiva, a través del recurso a esta metáfora se nos relataría la pérdida de control consciente sobre la actividad y el compromiso —asociada a una adicción afectiva creciente—. Implícitamente, también se está haciendo referencia al *coste* personal asociado a toda adicción. En segundo lugar y como contrapunto paradójico, aparece el *placer* (afectivo y relacional) proporcionado por la actividad voluntaria, actividad que paralelamente funcionaría como una forma de *evasión* de la realidad cotidiana, y al mismo tiempo, como un verdadero oasis de realidad. El placer/beneficio obtenido a través de la acción no es, en ningún caso, de carácter utilitario. Además, se trataría de una experiencia vital fuerte que 'marca' al sujeto. De esta manera, los efectos de la adicción se proyectarían sobre el resto de la vida personal. Parece hablarse de un *compromiso* que se proyecta hacia el futuro. La metáfora de la adicción es, finalmente, una forma indirecta (y poco 'sospechosa') de atribuir *moralidad* a la acción —curiosamente a través de una condición marcada tradicionalmente como inmoral y desviada (el *vicio*), y más recientemente, bajo el amparo de los psicólogos, considerada como enfermedad—, sin caer en la referencia al sacrificio (nada más alejado de la adicción que el sacrificio), concepto con el cual los 'renovados' no se identifican en absoluto.

Podemos hablar, en términos generales, de una fuerte 'maternalización' de la acción voluntaria, si bien, de grado inferior a la encontrada en la fracción 'tradicional'. Necesariamente dicha maternalización implica un matiz posesivo⁸⁵ y una valoración vulnerabilizadora del colectivo receptor⁸⁶, aunque insistimos que se trata de unos rasgos mucho menos marcados que en caso de las voluntarias 'tradicionales'. Dado que estamos refiriéndonos a personas jóvenes —y por supuesto, más mujeres que varones—, se trataría de una 'anticipación' metafórica de la maternidad, y no una reedición simbólica de la misma. Asociado a la maternalización, el tipo 'renovado' se presenta como un marco apropiado para que recalen en él personalidades de tipo muy protector⁸⁷. Estas

⁸⁵ Podemos encontrar un tono posesivo en intervenciones del tipo "los chavales que *tengo*..." (GD1).

⁸⁶ Alguna voluntaria llega a afirmar de manera muy significativa: "los ves ahí tan desprotegidos, y es que te dan ganas de abrazarlos. ¡Ja! ¡parezco una mamá!" (V13).

⁸⁷ En ocasiones se reconoce explícitamente: "siempre he sido un poco protectora con mi entorno, con mis amigos" (V12).

características hacen que difícilmente se oriente la acción a la emancipación del individuo ‘protegido’.

Una particularidad importante de este tipo motivacional es que el voluntario/a necesita sentir la existencia de una *compensación afectiva inmediata* (el tipo ‘tradicional’ no es tan dependiente de esa inmediatez). No se trata de una preocupación que persiga garantizar un intercambio de equivalentes entre voluntario/a y sujeto receptor, sino de comprobar y evaluar el sentido de su intervención, formalmente de ayuda⁸⁸. En cierta medida, se busca una retroalimentación afectiva, que encuentra, fundamentalmente, su realización en la constatación del estado de ánimo del destinatario, la actitud de éste hacia el voluntario/a y, fundamentalmente, la expresión de *gratitud* mostrada por el receptor⁸⁹. El voluntariado ‘renovado’ llega a imaginar la posibilidad de que otros sujetos voluntarios puedan obtener satisfacción a través de una compensación indirecta, no personalizada (a través de logros objetivos o materiales que afectan a individuos, de tareas no vinculadas a la atención directa), pero éste, no es su caso. Es evidente, que la actitud y gratitud manifestada por los receptores, se traduce en un inmediato incremento de la autoestima del voluntario/a, y por ello, en un refuerzo de la individualidad⁹⁰. Los voluntarios/as ‘renovados’, valoran y persiguen, fundamentalmente, la gratitud personal. Son conscientes del reconocimiento social asociado a la acción voluntaria, pero su proceso motivacional no está condicionado de manera apreciable por tal situación.

En general, estos voluntarios/as conceden un gran valor subjetivo (afectivo e implícitamente moral) a lo que podríamos denominar como ‘pequeñas cosas’ —logros también inmediatos circunscritos a lo estrictamente personal—⁹¹. En ese sentido, el estado de ánimo mostrado por el receptor es fundamental.

Al mismo tiempo, la gratificación, no deriva únicamente de la naturaleza de las relaciones personales, sino también de las características de la actividad. Los ‘renovados’

⁸⁸ “Tú quieres ayudar y *quieres saber que estás ayudando*, y si no haces más que escribir cartas...” (V12). Aquí, se asocia y limita la retroalimentación al contacto personal con el receptor; si la tarea se reduce a ‘papeleo’, es improbable saber que se está ayudando, se pierde la certeza de la moralidad de la acción.

⁸⁹ En la misma entrevista V12, se nos ofrecen algunas muestras de actitudes y comportamientos especialmente valoradas entre los ‘renovados’: “ver una *sonrisa* en un niño, o ver una persona que se *alegra* por lo que estás haciendo, o que te dice «gracias» o «esto me ha ayudado»”. Apreciamos que el estado afectivo del receptor es central en la evaluación de la moralidad, así como el reconocimiento explícito y consciente manifestado y dirigido hacia el voluntario/a, como máxima expresión de gratitud.

⁹⁰ “Nos hacen sentirnos a todas un poco *especiales* también...” (GD1). La ‘revalorización’ personal se traduce en satisfacción, y es especialmente importante para sujetos que se encuentran con dificultades para integrarse en el mundo ‘social’ adulto.

⁹¹ “Aquí en el centro noto mi aportación inmediata, o sea, yo cada vez que vengo a dar clase, o cada vez que *estoy con los niños*, salgo diciendo, «¡fantástico!», o sea «acabo de enseñarle a esta persona el artículo ‘la’ que no se lo sabía, y a este niño, le acabo de resolver la duda de ‘no-sé-qué’ y joe, pues a lo mejor aprueba el examen” (V12).

encuentran satisfacción en el desempeño o desarrollo de la propia actividad, en la propia intervención —si bien, en gran medida, gracias a la mediación de contacto personal—. Esta quizá sea una de las razones por las que estos voluntarios/as no rechazan el esfuerzo⁹², aunque prefieran en general actividades ‘relajadas’ y distendidas, esto es, divertidas en sí mismas (inmediatamente)⁹³. El énfasis que hacen ciertos voluntarios/as sobre la diversión, el ‘pasarla bien’, el disfrute directo en la intervención —lo que estaría asociado, en general, a la elusión de situaciones de marginación especialmente dramáticas— redirige también el sentido de la actividad voluntaria hacia la *dimensión ocio* —pasatiempo, recreo...— que está especialmente presente en el voluntariado ‘renovado’. El voluntariado entra dentro de una cierta panoplia de potenciales actividades de ocio que aparecen socialmente definidas ante el joven. La paralela desactivación ideológica y política es inevitable.

Hemos señalado previamente, la correspondencia general entre el tipo motivacional ‘renovado’ y la intervención de tipo paliativo, abundemos ahora sobre ello. Una de las causas fundamentales de tal identidad, se deriva de la conceptualización rigurosa del voluntariado en términos de *apoyo emocional*⁹⁴. Así, la acción voluntaria —la ayuda— carece, y debe carecer, de una dimensión y proyección material⁹⁵. Es una concepción próxima a la del voluntariado ‘tradicional’ —si bien algo más dinámica—, y como fruto de esa sintonía, aparece la identificación del voluntariado con una labor moral de acompañamiento —aunque no aparece expresamente tal designación en los discursos—. De tal manera, el voluntariado tiende a circunscribirse en gran medida (aunque no sólo) a un ‘estar con’, contexto en el que el proceso comunicativo asociado (que trasciende la escucha unidireccional característica del voluntariado ‘tradicional’) deviene central⁹⁶. Abandonado lo material, la preocupación por lo social tiende a disolverse (aunque en ocasiones encontremos un discurso aparentemente social, construido sobre la agregación de tópicos). Interesan las condiciones de existencia personal (aisladas del contexto), confundidas recurrentemente con el ‘síntoma’, es decir, con el *estado anímico*.

⁹² Podemos encontrar valoraciones del tipo: “Hoy ha sido duro, pero... pero merece la pena” (V12).

⁹³ “Hemos conectado bastante bien con ellos, y tal, y es muy *divertido*. Si es que nosotras vamos allí y *nos lo pasamos mejor que ellos...*” (V16). “Me lo paso muy bien” (V13). A parte de ilustrar la dimensión ociosa de la acción, este tipo de intervenciones contextualiza y resitúa la dimensión moral de la acción.

⁹⁴ De esta manera, se defiende que “las labores del voluntariado tienen que ser más afectivas, más de ayuda... *ayuda emocional*” (V12). Como se apuntará, se trata también de un criterio que permite deslindar lo voluntario de lo profesional, permite fijar a los ‘renovados’ un espacio distintivo y propio.

⁹⁵ “Para mí [el voluntariado] principalmente es dar, pero no material” (V13). Encontramos así una fuerte identificación de la acción moral con la acción estrictamente afectiva (personalizada), la ayuda material no es ‘pura’, es finalmente trivial.

⁹⁶ “Hablar con la gente es muy bonito, compartir, preguntarles... preocuparte por ellos” (V8).

Es éste sobre el que se trata de incidir transitoriamente⁹⁷. Cuando el voluntario/a, aspira a la transformación personal (anhelo minoritario), tal transfiguración se hace depender esencialmente de las capacidades del receptor —de las que éste debe tomar conciencia— y no de la intervención del voluntario/a. La acción voluntaria toma la forma de una práctica habilitadora más que transformadora⁹⁸ y el vínculo con el receptor se reduce funcionalmente a una efímera fuente de bienestar anímico.

Constatamos que para un segmento amplio del voluntariado ‘renovado’, la actividad voluntaria, y más concretamente el marco organizativo, aparecen motivacionalmente —y de manera explícita en su discurso— como una vía para la ampliación del núcleo de relaciones personales significativas⁹⁹. Pero en este caso, la selección de las relaciones no se dirige (o no incluye) tanto a los receptores —lo cual nos indica que desempeñan un papel afectivo no tan central como pudiéramos suponer en la vida ‘personal’ del voluntario/a—, como a los iguales (sobre todo voluntarios/as, o incluso profesionales —especialmente cuando el perfil sociodemográfico es semejante—). A éstos ‘iguales’ se les suponen una serie de características sociales y morales (como las que implícitamente se arrogan ellos mismos) e incluso psicológicas (gente ‘normal’, sin patologías), y unas ciertas inquietudes¹⁰⁰. En general, a través de este proceso ‘selectivo’, el voluntario/a asegura una cierta simetría social (edad, clase social, nivel de estudios, etc.), simetría que usualmente no encontraría en los receptores, sujetos con respecto a los cuales existe habitualmente una marcada distancia social que, finalmente, establece barreras difícilmente superables. Así pues, en ocasiones, la búsqueda de un marco estable de relaciones entre iguales, puede ser una de las razones principales para realizar voluntariado, o cuando menos, una de las consecuencias más valoradas —y, que de esta manera, es ‘reciclada’ motivacionalmente—. Esta búsqueda de iguales (especialmente cuando es explicitada espontáneamente por el voluntario/a), está vinculada en muchos casos al sentimiento de una carencia vital —que tiende a ocultarse celosamente—, en este caso, relacional o afectiva.

⁹⁷ La máxima aspiración de alguna voluntaria se concreta en “ver feliz a los niños” (V13). No obstante, hay que advertir que se trata de una búsqueda de felicidad inmediata (vinculada a un ‘aquí y ahora’, proporcionado por el marco institucional), y por ello, necesariamente transitoria. No se incide sobre el medio (material o no), se sustituye o ‘remiensa’ el medio —afectivo— durante un cierto período de tiempo.

⁹⁸ “Te apetece hablar con ella, para poder ayudarla o consolarla, o con tu clase intentas que piense en otra cosa, o que ella se dé cuenta de que tiene unas *capacidades*” (V12).

⁹⁹ En algunas de las entrevistas se apunta como motivo de la acción voluntaria el hecho de conocer a otras personas: “...Y también muchas veces, por conocer, simplemente por conocer gente” (V16).

¹⁰⁰ “A veces piensas, «bueno ésta no tiene que ser mala gente ¿no? porque si hace este tipo de cosas y tal, puedo encontrar buen, buen ambiente y...». Quizás también sea un motivo, relacionarte con la gente.” [...] “...también te planteas, «bueno, si yo he venido aquí por esto, pues también la gente que haya venido, también tendrá ¿no sé? las mismas necesidades ¿no?» y relacionarte un poco más con la gente y tal...” (V16)

De esta manera, la acción voluntaria se constituye, para una parte significativa de los 'renovados', en una fuerte de resocialización personal y de superación, o simple paliación, de *carencias* personales¹⁰¹. En este contexto es pertinente señalar que desde ciertas posiciones de gestión, se identifica un sector de voluntariado, creciente en peso específico, movilizado estrictamente por carencias y problemas personales: relacionales, psicológicos, incluso de salud mental (que se aproximarían en ocasiones por 'prescripción facultativa')¹⁰². Los gestores de las organizaciones voluntarias y técnicos de la administración suelen considerar con preocupación esta vía motivacional de aproximación al voluntariado —especialmente la de origen 'patológica'—, que parecería haber crecido durante los últimos años. En un contexto de sociedad progresivamente atomizada, de relaciones sociales formalizadas y acotadas funcionalmente (incluso en las prácticas de ocio), el reducto 'humano' del voluntariado —aunque también crecientemente individualizado desde una perspectiva institucional y motivacional—, aparece como una vía adecuada para la reconstrucción del núcleo de relaciones sociales afectivas, o de mitigación de la carencia a través del vínculo con el receptor y/o con los compañeros de actividad. Puesto que la carencia —y fundamentalmente la necesidad o el deseo asociado— se configuran como una base motivacional fundamental para el voluntariado renovado, no es extraño que estos voluntarios/as, atribuyan una potencialidad terapéutica a la acción voluntaria, tanto para el sujeto voluntario, como para el receptor.

El reconocimiento explícito de la carencia suele ser excepcional en el discurso de los voluntarios/as —como era lógico esperar—. La falta o déficit ni tan siquiera parece estar racionalizada para la mayoría de los sujetos. El discurso se articula más en torno a la *resolución* de la falta, y de la transformación personal vinculada a la práctica voluntaria, lo cual no es sino una vía franca de acceso a —y reconocimiento indirecto de— la carencia. La actividad voluntaria tendería a 'llenar' vitalmente ciertos vacíos. No obstante, a pesar de lo que pudiera parecer, la relación con los receptores por sí misma palia —más que resuelve— los déficits relacionales personales. La 'resolución' se suele construir más sobre el vínculo establecido con los iguales. En algunos casos concretos, la 'adicción' extrema al voluntariado se constituye como un síntoma asociado a una profunda desestructuración vital y déficits existenciales, que el sujeto únicamente se siente capaz de mitigar a través del voluntariado.

¹⁰¹ Así se refleja en alguno de nuestros grupos: "...en el momento en el que estabas peor era en el momento en el que te querías meter en estas cosas, no sé por qué. Bueno, es un poco por que me siento mal conmigo mismo, o no tengo amigos, o no sé ¿sabes?, necesito algo, y es ahí cuando te metes en esto..." (GD1).

¹⁰² En nuestra entrevista G8, se explicita este diagnóstico: "últimamente viene más gente con necesidades personales: de soledad, de cambio de vida, de... no sé... «me estoy buscando y no me encuentro», de depresión..."

La aproximación al voluntariado desde la carencia personal, desemboca en una cierta paradoja. En principio, los voluntarios/as asumen que quien ayuda es porque vitalmente se encuentra bien; tal ‘bienestar’ previo, la disposición de recursos personales, posibilitaría la práctica voluntaria. Sin embargo, en ocasiones, el voluntario/a toma conciencia de que la ayuda (el acto moral), y el vínculo afectivo, son aspectos que le hacen sentirse bien desde una perspectiva vital, le proporcionan bienestar (podríamos sintetizarlo en la fórmula ‘ayudar ayuda’). En realidad, ambos mecanismos funcionan paralelamente y pueden cerrarse en un bucle motivacional; de ahí, que ciertos voluntarios/as se encuentren ante un verdadero ‘embrollo’, al evocar su proceso motivacional, no saben si ayudan porque se sienten bien, o se sienten bien porque ayudan, o ambas cosas a la vez¹⁰³. Pero, lo realmente importante es señalar enfáticamente que el voluntario/a *puede ayudar desde la carencia* —que implica una insatisfacción a resolver—, como así ocurre con cierta frecuencia entre los voluntarios/as ‘renovados’. No obstante, si se ayuda desde la falta, es porque se anticipa una cierta satisfacción o resolución del déficit.

Pero, los déficits que afectan motivacionalmente al voluntariado no tienen por qué limitarse al marco relacional/afectivo, en algunos casos pueden aparecer discursivamente vinculadas a una *búsqueda de sentido* —aunque la mayoría de las veces, estas carencias de sentido tienen su origen o continuación en ‘insuficiencias’ relacionales—. El referente más concreto de este déficit de sentido, es la necesidad de activación del tiempo libre disponible por parte del sujeto¹⁰⁴. De esta manera, la búsqueda de sentido se reduce, para algunos, a tratar de evitar el aburrimiento —sentido a la postre, ni moral/trascendente, ni social/político—. Pero, además, el voluntariado ‘ofrecería’ otras ‘ventajas’. Proporcionaría y proyectaría socialmente una actividad con sentido ético, incluso podría asociarse a la expresión de un proyecto vital. El sentido atribuido socialmente a la práctica voluntaria trasciende el propio instante de la acción, va más allá de la simple diversión —aunque en ningún caso la niegue, puesto que ésta es, no lo olvidemos, una dimensión fundamental para los ‘renovados’—. Así, estamos ante una actividad no trivial, definida socialmente como antítesis de lo superficial. Mas, al mismo tiempo, el marco explicativo se circunscribe y limita para algunos voluntarios/as, a la disposición previa de un excedente de tiempo no activado (tedioso, soporífero y moles-

¹⁰³ Una ejemplificación de esta ambigüedad la encontramos en la entrevista V13: “si no te sientes bien no puedes ayudar al resto, está clarísimo... ¡bueno o a lo mejor no! sabes, dices, la forma de sentirte bien es ayudando...”.

¹⁰⁴ Así, respondiendo al por qué de la actividad voluntaria, en el GD1, se resuelve en la siguiente dirección: “sí, yo creo que necesitas algo que ocupe tu tiempo”. Otra versión confluyente es la siguiente: “...esta tarde no tengo nada que hacer, por eso voy ¿no? No es que voy a trabajar, y claro, y tengo que ir a trabajar. Es... que como tengo esta tarde libre, qué cosa mejor puedo hacer que irme con estas señoras a pasar un rato entretenido, a enseñarlas cosas, a que se sientan bien, a sentirme yo bien...” (V12). En este caso, la referencia a la ausencia de deber —la decisión personal autónoma—, acentúa la opción moral, que se superpone a la búsqueda de ocio y activación del tiempo libre.

to), en el contexto de un tipo motivacional de voluntariado —el 'renovado'— integrado fundamentalmente por estudiantes, y por tanto, que no pueden resolver —salvo los estratos socioeconómicos más elevados— sino parcialmente este 'exceso' de tiempo libre a través del consumo. En tal situación, el voluntariado aparece como una opción consistente de activación y atribución de sentido.

Aunque existe una cierta variabilidad entre los voluntarios/as 'renovados', la separación entre la esfera voluntaria y la vida personal no se plantea en términos tajantes. La interpenetración de la esfera personal con la 'voluntaria', no es vivida como un peligro o un riesgo a evitar —como si sucede en el voluntariado 'complejo' y 'profesionista'—, sino más bien, como un objetivo. Aún así, aunque conscientemente no se levanta un blindaje afectivo, sí existe una inevitable *discontinuidad*. Ésta es mucho más marcada de lo que el voluntario/a pudiera sospechar, fundamentalmente porque el voluntario/a no suele participar como persona 'completa' en la acción voluntaria y porque, usualmente, existe una distancia social muy pronunciada entre voluntario/a y receptores (en general, población marginal). Los voluntarios/as 'renovados' consideran el espacio voluntario muy significativo desde un punto de vista afectivo, insisten en la fortaleza del vínculo que les une a los receptores, pero, este vínculo se mantiene al margen —salvo excepciones— de su vida cotidiana, y acostumbra a constituirse como un vínculo de carácter temporal. La relación con los receptores se circunscribe y limita en la mayoría de los casos al espacio voluntario (definido y formalizado por la organización), y de esta manera, los vínculos afectivos más significativos (si es que se establecen) se suelen mantener con otros voluntarios/as —con los que se puede prolongar informalmente el contacto más allá del espacio 'voluntario' (por ejemplo, 'irse de cañas', compartir un viaje...), y que tienen así, muchas más posibilidades de transformar su *rol* en otros más significativos desde un punto de vista afectivo: amigo/a o pareja—.

Superando los confines del tipo motivacional 'renovado' debemos señalar que la naturaleza de la relación entre voluntario/a y receptor/a está marcada y pautada, en gran medida, por la propia organización. Las organizaciones voluntarias contribuirían según Wuthnow (1996: 258) a "limitar nuestro compromiso con las necesidades de los demás", dado que "nos ponen en contacto con los necesitados durante períodos limitados de tiempo para realizar tareas concretas" (ibíd.); la pautación y limitación espacio temporal de la relación es en ese sentido esencial. Abunda Wuthnow en el planteamiento al afirmar que "el carácter de las organizaciones voluntarias tiende a repartir a los usuarios y a estructurar sus relaciones con los voluntarios de modo que éstas casi nunca pueden ser duraderas" (ibíd.: 257). Por eso, finalmente, "aunque es normal que los voluntarios se hagan amigos entre sí, no lo es que traben amistad con las personas a las que atienden" (ibíd.).

A pesar de lo apuntado, el vínculo afectivo que establecen los ‘renovadores’ con los receptores puede llegar a ser especialmente poderoso, afectando a la persona en su conjunto, incluso a su equilibrio emocional¹⁰⁵. Frecuentemente la actividad voluntaria es presentada como insustituible¹⁰⁶. Por eso, hay situaciones en las que el vínculo afectivo con el receptor se ‘estabiliza’ temporalmente y expande más allá del marco institucional de la actividad voluntaria¹⁰⁷. El vínculo deja de estar mediado por el voluntariado (y por la ayuda), ya no se trata de una relación entre voluntario/a y receptor, sino entre personas ‘completas’. Es en tal situación, cuando el lazo afectivo alcanza realmente la esfera personal del voluntario/a¹⁰⁸. No obstante, insistimos, estos casos son habitualmente excepcionales. Evidentemente, esta ‘fusión afectiva’ (basada en una relación de ‘igual a igual’) es mucho más factible cuando la distancia social —definida por las características sociodemográficas básicas— con el destinatario de la acción voluntaria es mínima. Lo que más abunda en la relación voluntario-receptor es una ‘simulación’ del contenido de los vínculos afectivos más intensos. La relación personal con el receptor *simula* la relación con familiares, amigos, pareja. Esta simulación es especialmente importante cuando el voluntario/a presenta carencias afectivas. Los vínculos afectivos se configuran ‘como si’ fueran los más cercanos, pero no lo son, precisamente, terminan limitándose a ese ‘como si’¹⁰⁹. Démonos cuenta, de que la propia naturaleza de la relación, estructurada en torno a la ayuda unidireccional, puede configurarse como una barrera relacional insalvable.

¹⁰⁵ Son frecuentes las afirmaciones del tipo: “...me habían llegado tanto [los receptores] que estaba obsesionada, lo pase fatal luego...” (GD1).

¹⁰⁶ En la entrevista V16 una voluntaria afirma: “...la verdad es que cuando no voy, o sea, es que me da..., parece que me falta algo...”. No obstante, el uso del verbo ‘parecer’ matiza la afirmación.

¹⁰⁷ En ocasiones, simplemente encontramos una prolongación ‘artificial’ de la tarea en el entorno institucional, convertida, ahora ya, en actividad de ocio: “...acaba la clase y no te apetece irte a casa a ‘no-sé-qué’, o a hacer... la compra. O sea, te apetece quedarte con ellas un ratito más, o quedarte tomando algo, o... ver que ha pasado en el centro” (V12).

¹⁰⁸ “Los chavales que tengo, los chavales con los que estoy, ya tengo cinco o seis que es que *son mis amigos*, y de hecho, en verano, me voy a su casa en la playa y me paso quince días con él de vacaciones, sin campamento y sin nada, con sus padres y... o sea que ya son amigos *que ya no es de ayudar*, que ya es que...” (GD1). En esta cita se ilustra claramente la aparición de un espacio ajeno a la esfera voluntaria donde se prolonga la relación, y una equiparación de los sujetos, dado que el vínculo no pasa funcionalmente por la ayuda..

¹⁰⁹ De los receptores se dice, por ejemplo, que “ya son *como* mis amigos” (V2). Se trata de una afirmación metafórica, no se dice ‘son mis amigos’, la distancia afectiva se mantiene aunque se haya diluido parcialmente. De hecho, en el programa en el que participa esta voluntaria, los destinatarios son presos, y aunque alguno de ellos ha abandonado la prisión, la voluntaria no ha tenido ningún tipo de contacto fuera de la institución penitenciaria, ni muy presumiblemente lo tenga en el futuro. Podríamos decir que tanto voluntaria como receptores tienen clara la distancia social. Otra ejemplificación de la simulación la encontramos en nuestro GD1: “...te sientes *como* que forman parte de *tu vida* ya”. Esto es, no son parte de su vida.

En el discurso de los 'renovados', aparece reiteradamente la noción '*enriquecimiento personal*' como referente típico de la dimensión de crecimiento o realización personal. Tal formulación introduce un matiz reflexivo —de nuevo la vivencia íntima— en el sentido de la acción. Las consecuencias personales de la acción voluntaria son racionalizadas parcialmente y 'recicladas' motivacionalmente. Esta búsqueda del crecimiento/enriquecimiento refleja un relativo descentramiento del receptor desde un punto de vista motivacional (con respecto al tipo 'tradicional'), y asimismo, un paralelo autocentramiento del voluntario/a —si bien, de carácter limitado en relación con los tipos motivacionales individualistas 'complejo' y 'profesionista', que incorporan la orientación instrumental—.

Pero, ¿qué sentido atribuyen los voluntarios/as a este 'enriquecimiento personal'? En ningún caso utilitario. No obstante, el enriquecimiento alude y concierne al voluntario/a. La actividad voluntaria le confiere *más valor* como persona —está enlazado, pues, a una noción procesual, de transformación personal—. El origen del 'valor' acumulado se suele circunscribir en el nivel declarativo a lo afectivo; la experiencia de la relación personal con el receptor —vinculada usualmente a un proceso de aprendizaje— es la que enriquece, lo que se recibe del receptor es lo que se acumula¹¹⁰. Los voluntarios/as también se refieren, a través del recurso al 'enriquecimiento', a la apertura a otras realidades —desde una óptica personal más que social—, estando asociado el enriquecimiento, por tanto, a un proceso de sensibilización, maduración y creciente adaptabilidad personal. Pero, finalmente, el valor 'atesorado' por el voluntario/a (aunque en ningún caso se explicita discursivamente) es fundamentalmente *moral*; se concreta en —y al mismo tiempo deriva de— la capacidad de ayuda: quien más dona, más atesora, y por ello, puede donar todavía más.

Podemos explorar otra dimensión, en tanto en cuanto el enriquecimiento se deriva de una apertura consciente a otras realidades, implica cierta búsqueda de la 'aventura', en el sentido de ruptura de la cotidianeidad y acumulación de experiencias vitales intensas (esta última dimensión del 'enriquecimiento' está especialmente desarrollada en el voluntariado 'complejo').

El proceso de crecimiento o realización personal (vinculados también a la culminación de expectativas personales), central para el voluntariado 'renovado', estaría asociado, como ya se ha apuntado, a un cierto proceso de 're-socialización'. Dicho proceso se correspondería con una transformación personal de carácter íntimo enlazada a un incremento de la capacidad de autoanálisis —y por ende, a un auto-conocimiento

¹¹⁰ "Personalmente me ha enriquecido mucho, mucho. Que aprendo muchísimo de todos. Yo creo que aprendo más de ellos, que lo que yo les enseño" (V12). Aquí, también, vuelve a aparecer la inversión metafórica del sentido de la ayuda, dado que se recibe más que se da. Ese planteamiento posibilita congruentemente el enriquecimiento personal del voluntario/a.

personal más profundo¹¹¹, e incluso, a una reconstrucción caracterial y potenciación de capacidades¹¹². El referente fundamental del proceso de resocialización sería la *sensibilización*, sustituto individual e inocuo —acrítico—, de la toma de conciencia colectiva. La sensibilización está centrada en la apropiación vivencial, afectiva (en definitiva, empática), de las problemáticas sociales a través de casos particulares —que habitualmente no producen interpretaciones generalizadas—. La sensibilización está vinculada a la imagen de un ‘yo’ afortunado¹¹³, y se construye, exclusivamente, en torno al sufrimiento personalizado.

Otro elemento importante asociado al crecimiento personal, y que funciona finalmente como una metáfora de la incorporación del joven a la adultez, son las frecuentes referencias de los voluntarios/as renovados a la práctica voluntaria, en términos de una actividad que les permite ‘sentirse útiles’ (fórmula que también encontramos entre los ‘complejos’). No es ni mucho menos intrascendente que los voluntarios/as ‘renovados’ opten fundamentalmente por el verbo *sentir* en su forma reflexiva, y sólo excepcionalmente hablen de *ser útiles*, puesto que, finalmente, el voluntariado se constituye como un espacio angosto y transitorio en el que es posible la inversión de su condición social dependiente. El voluntariado permite que los voluntarios/as ‘jueguen’ momentáneamente a ser adultos independientes, pero, en última instancia, la práctica carece de valor ‘real’ en la vida adulta —a parte de su consideración moral—.

Para entender plenamente el sentido de este ‘sentirse útil’, es necesario insistir en el perfil del voluntariado ‘renovado’, mayoritariamente integrado por jóvenes estudiantes, muchos de ellos/as ‘veinteañeros’ que perciben todavía alejado en el tiempo su inmersión plena en la vida adulta —a través del acceso a un trabajo remunerado¹¹⁴, de la independización del hogar paterno/materno, y de la posible posterior (o simultánea) fundación de una nueva ‘unidad’ familiar—. Gran parte del entorno ‘real’ del joven —la familia, la institución educativa— no proporcionan un sentido de plena adultez, porque se configuran como estrictas *esferas de dependencia* (paterna/materna —cada vez más circunscrita a lo económico— o académica), e incluso de heteronomía y sumisión, en las

¹¹¹ “Me he dado cuenta de lo abierta que puedo llegar a ser de mente” [...] “he aprendido muchas cosas de mí más que otra cosa. O sea, ha sido como todo muy personal, todo lo que he recibido” (V12). En cierta medida estamos ante un proceso de autoafirmación personal.

¹¹² “Te ayuda mucho a abrirte... a la gente, no ser tan tímido” (V2). “También he aprendido a relacionarme con la gente” (V12).

¹¹³ “Te hace crecer mucho. Te das cuenta... valoras mucho las cosas que tienes, las valoras más. También te das cuenta de que tienes muchas más cosas que dar de las que crees [...] valoras lo que tienes y valoras todo lo que puedes dar” (V12).

¹¹⁴ El mundo adulto se concreta en la participación en la esfera del trabajo remunerado, en realidad, el voluntariado aparece como una metáfora y un sustitutivo de este trabajo, dado que no es suficiente con las tareas vinculadas al estudio: “Te sientes útil [...] porque como nunca he trabajado ni nada, es como, «estudio y ya»” (V7).

que el comportamiento individual se suele referir a una elevada presencia de la obligatoriedad. En ellas la libertad está constreñida¹¹⁵. El grupo de afines, permite una esfera de autonomía, pero, no se configura como un espacio adulto.

El voluntariado invierte parcial y simbólicamente el estado social de 'natural' dependencia de los jóvenes (podríamos entenderlo también como una reivindicación moral frente al mundo adulto). En esa transitoria inversión simbólica, la figura del receptor es central. Si alguien necesita al voluntario/a —se muestra dependiente—, y por añadidura muestra gratitud y le valora, tiende a subvertir el *rol juvenil*¹¹⁶, ocupándose una posición de relativo poder. Además, podemos pensar que el voluntariado puede funcionar como ensayo y demostración de las capacidades productivas —aunque no se proponga motivacionalmente como vía de acceso laboral—. El voluntariado disuelve la imagen del joven como 'inútil' social. Por último, exculpa, justifica y matiza su posición dependiente¹¹⁷.

Consideremos ahora las características de la orientación moral en el voluntariado 'renovado'. En relación a la fracción 'tradicional', en este tipo motivacional encontramos una marcada transición desde una ética del deber y el sacrificio, a una ética de la responsabilidad 'elegida' individualmente —siguiendo la formulación de H. Béjar (2001b: 161) se trataría de un "compromiso autogenerado"—. Por tanto, frente al deber y la obligación como fuente de moralidad, se sitúan como alternativa la *responsabilidad y el compromiso individual*¹¹⁸. Precisamente, que el acto moral sea producto de la libertad personal y no sea externamente impuesto, supone para los 'renovados' la expresión de un nivel más alto de moralidad. De esta manera, las 'ganas de ayudar' aparecen como directo correlato de la *voluntad* individual¹¹⁹. No obstante, podríamos observar que los voluntarios/as 'renovados' magnifican su soberanía moral, al confundir la ética indivi-

¹¹⁵ "Estás todo el día *estudiando* y te dedicas a tus libros, a tu *familia*, pero necesitas *sentirte útil*" (GD1). Aparece también la necesidad de proyectarse socialmente más allá de las instituciones familiar y académica.

¹¹⁶ El siguiente pasaje del GD1, ilustra las claves de la 'subversión':

— *El sentirte un poco útil.*
— *Sentirte útil.*
— *Que alguien te necesita.*
— *Eso. [...]*
— *Sentir que alguien te valora, y que, encima, tú das algo...*

¹¹⁷ "Te sientes un poco, dices... «bueno, estoy sirviendo para algo» ¡menos mal! ¿no?" (V8).

¹¹⁸ "No lo ves como una obligación. De hecho *yo no tengo ninguna obligación de venir*, aunque sí que existe cierto compromiso, que te piden, sobre todo pues para que haya una continuidad. O sea, ni realmente has firmado nada..." (V12).

¹¹⁹ Veamos algunas ejemplificaciones: "no es un trabajo ni nada, estás allí porque quieres, *porque quieres* estar con la gente, o quieres hacer algo y..." (V16); "dar porque sí, simplemente, porque *te apetece* darlo..." (V13). La reflexividad total del modelo ético de los 'renovados' se expresa en la siguiente cita: "ganas de ayudar yo creo que es un sentimiento que se te crea" (V16).

dualista—de la que participan— con la total autonomía moral del individuo (con respecto al marco sociocultural).

Por supuesto, en este voluntariado la *ayuda* sigue siendo referente central de la acción, y es connotada positivamente¹²⁰, puesto que los voluntarios/as ‘renovados’ conciben su práctica voluntaria como una actividad plenamente moral. Pero, hemos de apuntar que con respecto a los ‘tradicionales’, existe un relativo debilitamiento de la orientación moral en su proceso motivacional, una marcada supeditación de la motivación moral a la dimensión afectiva de la acción (recordemos al respecto, que los proyectos morales que no implican contacto personal directo con el destinatario, no son atractivos para el voluntario/a ‘renovado’). Así, las referencias morales, se atenúan discursivamente, se recubren frecuentemente de una cobertura afectiva. No se habla —salvo excepciones— en términos de bondad de la acción, lo cual resultaría demasiado presuntuoso, se buscan otras posibilidades. Por ejemplo, es frecuente, la referencia a ciertas iniciativas, en términos de ‘bonitas’¹²¹, cuando lo que se quiere resaltar es su moralidad —mayoritariamente en función del vínculo afectivo que se establece con el receptor—. Lo bonito se asocia al comportamiento *ético* —con ‘trascendencia humana’— que resulta a la postre *gratificante* para el voluntario/a. En definitiva, nos encontramos con una aproximación formalmente estética que sintetiza simbólicamente la dimensión moral y afectiva atribuida a la acción voluntaria.

Los ‘renovados’ se conciben frecuentemente como sujetos morales, con una marcada sensibilidad con respecto al sufrimiento humano¹²². Es más, consideran en muchos casos que encarnan un pauta ética antitética del modelo a-moral, que identifican como imperante, articulado en torno al individuo, la competitividad y los valores materialistas¹²³, valores éstos criticados por la negación del otro. Así, lo que encontra-

¹²⁰ “Lo de ayudar a las personas me parece fantástico” (V12).

¹²¹ “¡Jo! es que hay *iniciativas muy bonitas...* y proyectos realmente bonitos, y que salen adelante y jolín...” (V1).

¹²² “Soy una persona que enseguida me gusta ayudar o colaborar [...]. Siempre he sido una persona que..., no sé, a la que le ha importado como están las cosas, y... que la gente sufra, las injusticias... lo que te parece injusto” (V12).

¹²³ Por ejemplo, se consideran como el negativo del “joven competitivo... trabajo, dinero, forjarme mi futuro [...] yo, yo, yo, yo” (V12). Otra voluntaria, nos habla de que “...la sociedad es todo tan materialista, tan... tan, tan..., que también te *apetece* hacer otro tipo de actividades, ¿no? [...] Yo estaba en una carrera muy técnica, ¿no? que es como mucha *competitividad*, todo el mundo muy metido en las cosas de estudiar, y a ver quien sacábamos mejor nota... Y entonces, como que *necesitaba* algo que no tuviera nada que ver, y que un poco [tuviera] un lado más *humano* ¿sabes? O sea, me planteé, un poco digo: «bueno, vale, mi vida va a ser cuánto dinero gano más, a ver no sé qué, a ver tal...». Considero que es importante, pero vamos no... Necesitaba algo... más humano, más de relación con la gente y tal” (V16). En este caso, se ilustra de manera envidiable cómo el planteamiento ético y las necesidades o apetencias personales (ligadas a la dimensión expresiva) se entremezclan y fusionan profundamente en el proceso motivacional del voluntariado ‘renovado’ (ejemplificación del solapamiento de ejes motivacionales). Incluso, la inquietud moral parece originarse en las necesidades individuales; podríamos

mos entre estos voluntarios/as es una crítica al individualismo utilitarista al que ellos escaparían. La garantía de la moralidad de la acción voluntaria, reside para los 'renovados' en su gratuidad (la ausencia de búsqueda de lucro económico). Por tanto, parten de la identificación simplificadora entre gratuidad y altruismo. La acción voluntaria es buena y necesaria¹²⁴; además, sería el perfil moral de la acción, la que legitima la satisfacción del voluntario/a.

No obstante, estos voluntarios/as no son ingenuos, parten frecuentemente en su argumentación de un cierto pesimismo antropológico que, en sentido estricto, eliminaría toda posibilidad de altruismo puro: a los sujetos les mueve *siempre* el interés. Pero, al amparo de este planteamiento —paradójicamente—, se reivindican como sujetos éticos, al justificar la inevitable compensación que les permite sentirse satisfechos¹²⁵. Se consideran sujetos éticos, pero su discurso se torna en este punto muy ambivalente. A veces, idealizan —indirectamente— su opción moral, en otras ocasiones, se aluden en términos de sujetos interesados, incluso egoístas (aunque sólo desde una perspectiva expresiva), al racionalizar la compensación afectiva que reciben, y reconocer la centralidad motivacional del 'yo' en la determinación de su actividad voluntaria. Así, se ilustra la ambivalencia de su proceso motivacional, sintetizable en un: 'lo hago por ti, pero, también por mí'¹²⁶. Los 'renovados' no quieren, ni pueden, negar la compensación, y una forma de disolver toda duda de inmoralidad que emane de ella —alejándose en este caso de la línea estratégica del pesimismo antropológico—, es insistir sobre la falta de cálculo consciente¹²⁷. El voluntario/a no es un 'inversor'. La compensación no se busca intencionalmente, pero se encuentra irremediabilmente asociada al vínculo con el receptor. Esta idealización ética, constituye una marcada fractura, o inconsistencia, en el

pensar que existe una necesidad de moralidad (el comportamiento moral sería gratificante en sí mismo). El voluntariado se configura como un oasis ético y humano, que permite huir —al menos parcialmente— de los valores individualistas dominantes (frente al 'competir con...', el modelo pasa por 'estar y disfrutar con...'), proporciona una certeza —o puede que una ilusión— de moralidad en un entorno adverso.

¹²⁴ "Tienes que actuar, aunque no vayas a sacar un beneficio para ti, pero... tienes que hacer cosas por los demás ¿sabes?, no sé, que a lo mejor te la 'cuelan' y te pegan un hachazo y abusan de ti y lo que sea, pero ¡coño! tú estás haciendo algo ahí *bueno* a mi entender..." (GD1). Se trata de un convencimiento individual, no debemos ver un reflejo de la asunción de un 'deber moral'.

¹²⁵ "*El ser humano es egoísta por naturaleza* y necesita una compensación a lo que hace, para... sentirse satisfecho" (V12).

¹²⁶ "A nivel personal, no sé, la verdad es que, simplemente con estar allí y sentirme a gusto con la gente y... y no sé, eso me hace pensar que bueno, que lo que estoy haciendo también sirve para algo, y... sentirte... A lo mejor, también, quizás pienso que eso es también un poco egoísta ¿no? Porque estás haciendo algo, en principio, pues *ayuda a los demás*, por los demás, y tal, pero también tienes ahí un pequeño... parte ¿no? que dices: *«me siento bien conmigo misma»*, pero es eso que estoy haciendo algo también ¿sabes? que sea útil" (V16).

¹²⁷ "...Obviamente en el dar también recibes, vamos... *no recibir porque quieras recibir*, sino porque en el trato lo recibes" (V13).

discurso del voluntariado ‘renovado’, puesto que del análisis hasta aquí abordado de este tipo motivacional se desprende claramente que los voluntarios/as renovados anticipan y reciclan motivacionalmente los resultados de la acción (de ahí su insistencia en el contacto humano).

En este tipo motivacional, encontramos, con cierta frecuencia (en ningún caso para el conjunto del colectivo), una cierta ocultación social selectiva de la actividad voluntaria y el propio rol voluntario. Domina la discreción, salvo para el círculo de relaciones más íntimo. Aunque no estamos ante un colectivo ‘marcado’ motivacionalmente —salvo para un sector minoritario— por sus creencias religiosas, sin embargo, encontramos razones parcialmente coincidentes con el tipo ‘tradicional’.

Podemos enunciar dos motivos principales que explican el bloqueo ‘informativo’. En primer lugar, los voluntarios/as ‘renovados’ tratarían de evitar la proyección de una imagen de moralidad ‘trasnochada’ en entornos marcadamente individualistas. Ciertos iguales —normalmente aquellos con los que se mantienen vínculos personales no demasiado profundos—, pueden no entender —e incluso ridiculizar— cualquier actividad altruista¹²⁸. Seguramente esta circunstancia esté asociada, frecuentemente, a una cierta inseguridad personal. Para Béjar (2001b: 112), “la restricción de la información a los amigos se vincula tanto con el pudor como con el temor al juicio ajeno”. La autora aplica esta interpretación únicamente al voluntariado cristiano. No obstante, en nuestro trabajo de campo, lo hemos identificado primordialmente en el tipo motivacional ‘renovado’. Las voluntarias ‘tradicionales’ no parecen estar demasiado preocupadas por el juicio ajeno; su discreción, como vimos, tiene otra base.

En segundo lugar, los actos morales sólo parecen ser ‘válidos’, o dignos, para el voluntario/a si son discretos, si no se encaminan directamente a lograr un incremento de estatus —incluso aunque el voluntario/a se mantenga al margen de la ‘economía de la salvación’ propia del segmento ‘tradicional’—¹²⁹. Se trata de evitar que se pueda in-

¹²⁸ En la entrevista V13, se concreta el argumento, puesto que, aunque el voluntariado parece contar con el beneplácito social (“ahora se ve bien”), en ciertas ocasiones —y sobre todo en ciertos ámbitos— es conveniente ocultarlo porque puede parecer que “eres imbécil”.

¹²⁹ Así, en nuestra entrevista V16, la voluntaria reflexiona en los siguientes términos con respecto a su actividad voluntaria: “para mí es algo muy importante, desde luego, pero, pienso que si lo cuento es como sí [...] «¡ah! pues yo voy a este sitio a hacer no sé qué». Entonces prefiero ni contarle”. Así sus amigos “tampoco saben muy bien ni lo que hago ni nada” (lógicamente se refiere a aquellos que no participan como voluntarios/as en las dos organizaciones en las que colabora). No le gustaría, no se sentiría cómoda —utiliza ambas posibilidades—, si tuviera que contarle a sus amigos. Este hecho quizá ilustraría una cierta especialización funcional de las relaciones sociales y un debilitamiento de ciertos grupos primarios: una parte importante del grupo de amigos se configuraría como una serie de sujetos con los que se comparte parte de las actividades ociosas, pero en torno a las que no surgirían relaciones atravesadas por un conocimiento profundo del otro (es fácil el ocultamiento), en definitiva una grupalidad debilitada.

terpretar todo comentario como un signo de arrogancia y altivez (o como una búsqueda de estatus). Esta segunda argumentación, incide en la configuración motivacional del voluntariado 'renovado' como una cuestión absolutamente íntima, interior al sujeto.¹³⁰

En general, encontramos —en el tipo 'renovado'— un grado de implicación bastante estable en el tiempo (aunque menor que en el voluntariado 'tradicional') y un compromiso personal relativamente alto. Este compromiso se articula más con respecto a los receptores de la acción voluntaria, siendo más difusa la vinculación con respecto a la organización (debido a la presencia de la dimensión expresiva de crecimiento personal, los 'renovados' suelen estar moderadamente abiertos a la posibilidad de cambio de programa). El voluntariado 'renovado' no suele definirse a sí mismo en términos de miembro de una asociación u ONG. Muchas veces no conoce ni tan siquiera mínimamente el organigrama y funcionamiento de la organización, ni mantiene contacto alguno con otras personas fuera del programa de referencia. Así, el compromiso personal puede ser elevado, y sin embargo, la participación organizativa mínima o inexistente. El voluntariado aparece como un elemento importante desde un punto vital (puede llegar a condicionar la rutina cotidiana de manera importante —fundamentalmente el tiempo libre—)¹³¹, pero ocupa una posición subsidiaria con respecto a otras actividades consideradas como centrales por el voluntario/a, fundamentalmente los estudios (la mayoría del colectivo está integrado por estudiantes), y para un sector minoritario (el integrado en el mercado laboral), el trabajo asalariado.

El límite temporal del compromiso entre los 'renovados' (también afectaría a 'complejos' y 'profesionistas', y por tanto, al conjunto del denominado como 'nuevo voluntariado') suele estar vinculado a una cierta 'frontera vital', que podemos concretar en términos el acceso a la vida adulta. No obstante, hemos de señalar que existe un sector minoritario, de 'renovados', que mantienen su voluntariado tras su acceso al mercado de trabajo.

En el discurso no hay lugar para la idealización absoluta del profesional (como sí sucedía entre los 'tradicionales'). A éste, no se le concibe esencialmente en términos de sujeto moral, sino fundamentalmente como trabajador asalariado. Esa valoración no implica la existencia de roces funcionales, todo lo contrario, estos voluntarios/as asumen plenamente su posición subordinada a los profesionales y, además, en ningún caso

¹³⁰ WUTHNOW (1996) recoge estos dos argumentos, aunque en su caso, no atribuye la ocultación a ninguna posición motivacional en concreto. Según este autor (ibíd.: 104) a través de la autocensura, el voluntario procura no jactarse de ayudar a alguien, para evitar que se ponga en duda su altruismo. Y al mismo tiempo, se trata de evitar una cierta estigmatización social, puesto que "si reconocemos que realizamos buenas obras habitualmente, podemos parecer santurrones inaguantables" (ibíd.: 252).

¹³¹ "Por ahora estoy condicionando muchas cosas en mi vida a poder seguir..." (V12).

pretenden una integración al mercado laboral a través de la organización. En general, las relaciones son fluidas y cordiales.

No obstante, entre los ‘renovados’ encontramos dos posiciones básicas frente a los profesionales. En primer lugar, nos encontramos con voluntarios/as que equiparan totalmente al profesional con el voluntario/a (desde una perspectiva moral, pero también desde un punto de vista funcional: hacen lo mismo y desde un mismo convencimiento). En segundo lugar debemos referirnos a aquellos ‘renovados’ que insisten en diferenciar ambas figuras (tanto desde un punto de vista motivacional como funcional). Para ellos, el profesional está sujeto indefectiblemente a una moralidad limitada —que no ausente, no es un sujeto inmoral, máxime cuando se le reconoce una vocación—, por dos razones: *a)* recibe un salario, lo que disuelve el altruismo; *b)* está obligado a realizar un cierto trabajo —la libertad/voluntad individual no explica por sí sola la dedicación personal, el compromiso—. Incluso se sugiere que el rol profesional está más abierto a la rutinización de la tarea y, finalmente, a un riesgo de progresiva indiferencia con respecto al destinatario de la acción. No niegan la vocación, pero destacan el desgaste profesional, la pérdida de ilusión. Pero tales consideraciones no se articulan como una crítica al profesional, sino como una vía indirecta de ‘exaltación’ del voluntario/a. A partir de la contraposición con el modelo profesional, hay una reivindicación moral —y de la dimensión afectiva— del voluntariado¹³². Al mismo tiempo, también se reivindica en ocasiones la ‘pericia’ técnica. Dado que los ‘renovados’ no suelen ser titulados ‘sociales’, o alumnado de estudios sociales, (éstos, ante la presión del mercado laboral tienden mayoritariamente a convertirse en ‘profesionistas’), defienden, la experiencia frente a la formación técnica. Aunque no están cerrados a la formación a través de cursos, seminarios, etc., creen que las cosas se aprenden fundamentalmente haciéndolas. Para la acción voluntaria, no se niegan las habilidades técnicas/instrumentales, pero es más necesario una serie de habilidades personales/sociales, (sensibilidad personal, capacidad de empatía).

El elemento definitorio del voluntariado es la ausencia de remuneración —y la libertad vinculada al compromiso personal: se hace porque se quiere—. Los ‘renovados’

¹³² Valgan los siguientes fragmentos de nuestra entrevista V12, para ilustrar la posición: “Yo creo que profesionalmente, pues... no te implicas de la misma manera. O sea, no lo haces porque quieres, sino que lo haces por dinero. Es que esto no se podría hacer por dinero; directamente [...], es que no tiene precio” (observamos que para estos voluntarios/as una acción moral co-motivada por el dinero, pierde su valor, lo moral es impagable, si se paga, se disuelve). La actividad profesional “aunque luego te guste, o aunque haya muy buen ambiente, o aunque sea lo que más te gusta en el mundo... pero... es tu trabajo y lo ves de otra manera. Entonces, no lo vas a vivir igual, no... no sé, no te vas a implicar de la misma manera, no te vas a sentir de la misma manera ni... [...] No deja de ser el medio por el que luego tu vives. O sea, no es sólo que lo hagas porque quieres, porque te guste estar con estas personas, para ayudarlas, sino que además —aunque te guste todo eso—, además, es tu medio de vida. Entonces esa condición te tiene que afectar. Es que no puedes evitarlo, es que es normal”.

identifican plenamente la ausencia de remuneración económica con conducta altruista, y por tanto, con moralidad. Desde ese punto de vista, el voluntariado es necesariamente un comportamiento moral. La profesionalización, y fundamentalmente la motivación utilitarista propia del trabajo, disolvería severamente la moralidad de la acción. La no remuneración, es esgrimida como un valor añadido con respecto a la labor profesional, como prueba de la moralidad de la acción¹³³.

En ningún caso los 'renovados' se consideran funcionalmente como sustitutos de profesionales, o como competencia deshonestas que elimina puestos de trabajo. Lo suyo es 'otra cosa', aunque muchas veces no saben concretar qué en términos funcionales (no son capaces de diferenciar desde una perspectiva analítica el voluntariado de las tareas profesionales, quizá porque no se muestran demasiado permeables a un discurso 'coherente' sobre la participación social). En general, se muestran proclives a la voluntarización —en la medida de lo posible— de la actividad asociativa.

Los voluntarios/as 'renovados' conciben el voluntariado como un modelo de participación individualizada (recordemos, su acción es producto de la libertad/voluntad individualmente expresada). Domina la vivencia personal, el voluntariado no es percibido como realidad grupal, un hacer en grupo —aunque se pueda mantener una red de relaciones de carácter afectivo con otros voluntarios/as—, sino como un modelo de acción individualmente elegido. En definitiva, es una apertura individualizada a los demás. Se considera importante la participación ciudadana —no suelen utilizar espontáneamente el concepto 'participación', aunque reactivamente se puede incorporar circunstancialmente al discurso—, pero, las consecuencias de la acción voluntaria, son concebidas exclusivamente desde una perspectiva individual.

Una variante especialmente interesante (si bien de carácter minoritario) del individualismo expresivo y moral de carácter renovado, está representada por un segmento que parte motivacionalmente del individualismo expresivo y la orientación moral (siendo estos los ejes dominantes), pero, que al mismo tiempo, incorpora una limitada orientación social (podríamos denominarlo para simplificar como 'renovado social'). Es uno de los tipos motivacionales que presentaría un perfil más 'integrador', y al mismo tiempo, más paradójico. Este segmento presenta un discurso social moderadamente crítico, de carácter genérico y difuso, construido a partir de la constatación de lo que identifican como una profunda —e injusta— situación de desigualdad social. Partiendo de tal diagnóstico social, su *modelo ideal* de intervención (y ahí evocan una esperanza, más que describir un escenario real) se circunscribe a un civismo individual generalizado, de carác-

¹³³ "No estás cobrando, lo estás haciendo igual de bien [que los profesionales], y te está dando una satisfacción" (GD1). Se defiende pues, un trabajo bien hecho ('profesional', de calidad...). La dimensión moral de la acción, vinculada a la ausencia de remuneración, gratifica por sí misma.

ter estrictamente moral y en ningún caso político. Se concibe la necesidad de afrontar un *cambio social* (aunque no se especifica hacia dónde), que deberá concretarse a partir de la intervención activa de la ciudadanía en su ámbito cotidiano. Dicho cambio no se percibe como producto de la acción colectiva, sino, por el contrario, como el resultado (no intencional en términos globales, ni necesitado de coordinación o planificación alguna) del ‘sumatorio’ de actos morales de carácter individual e íntimos —concretados en actos de *ayuda*—. Así, dicha transformación ‘social’ dependería de la moralidad individual —que engendraría finalmente, por agregación, justicia social—¹³⁴. Se produciría insensiblemente, gracias a esa acción individual no coordinada aunque confluyente.

Estamos ante un modelo de acción que idealiza el *individualismo altruista*, modelo encarnado por aquellos sujetos —retratados por Bellah *et al.* (1989: 240-241)— que piensan que: “...tan sólo retirándose a una vida *privada* uno alimenta la virtud pública”. En cierta medida, podríamos conceptualizar el modelo de transformación que proponen estos voluntarios/as en términos de una *mano invisible*, si bien, a diferencia de la ‘modalidad’ smithiana, en este caso sería la moralidad individual —y no los intereses egoístas, o los ‘vicios privados’ de la fábula de Mandeville (1997)— la fuente de virtud pública (y justicia social). La propuesta de este subtipo motivacional no recrearía la doctrina del ‘*interés bien entendido*’ recogida por Tocqueville, como pudiera parecer, dado que en ningún caso se busca explícitamente el interés personal. En el caso de Wuthnow (1996: 371), este autor sí parecería creer firmemente en los argumentos articulados por los voluntarios/as ‘renovados sociales’: “cuando alguien es compasivo con un desconocido, pone en marcha una serie de relaciones que se propagan a través de toda la sociedad [...], toda la sociedad se ve afectada, como un lago cuando alguien echa un cubo de agua”. En definitiva, se ilustra de nuevo su opción por un *individualismo altruista*, al referirse a un cambio social construido sobre la agregación de actos morales individuales.

9.4.2. Voluntariado individualista ‘complejo’

Este nicho integra, en configuraciones motivacionales variables, el individualismo expresivo e instrumental (o utilitario). Es el tipo más característico del *nuevo voluntariado*, junto al voluntariado individualista instrumental o ‘profesionista’ —con el que tiende a solaparse cuando domina la orientación instrumental—. Quizá sea el tipo motivacional que presenta un carácter más ambivalente y difuso. La manifestación de la orientación expresiva está estrechamente asociada al crecimiento personal (la autorreali-

¹³⁴ “Es para dentro, es como para... Es más una sensación que tienes tú; entonces, ayudas a diez personas de tu alrededor, si el de al lado hace lo mismo, y el de al lado, y el de al lado, y el de al lado, al final todos nos vamos a ayudar a todos, entonces habrá un cambio social del que nadie se va a enterar, no va a salir en las noticias, pero... sencillamente la vida día a día será un poco mejor” (V12).

zación, que incluye y trasciende lo profesional), pasando a un segundo plano la vinculación afectiva con el receptor. La orientación individualista utilitaria presente en este tipo motivacional pasa usualmente por la búsqueda de rentabilización —indirecta y mediata— de la actividad voluntaria en la aproximación al mercado de trabajo: básicamente mediante la adquisición de experiencia. La orientación moral no desaparece, si bien ocupa una posición secundaria en el discurso (en múltiples ocasiones se pretende negar su presencia), y por supuesto, también en el proceso motivacional. Por último, la orientación social apenas está presente. Los ‘complejos’ no pretenden cambiar el mundo, no porque les guste, sino porque no creen que esté en su mano lograr cambiarlo (la capacidad de inducir el cambio, de transformar la realidad la limitan exclusivamente al poder estatal).

Este tipo motivacional está especialmente sobredeterminado motivacionalmente, lo que dificulta especialmente su análisis. Es posiblemente el tipo más inestable, y por tanto, en el que está más presente la dimensión de proceso. Existe un equilibrio precario entre más de una orientación motivacional, que podrían llegar a dominar alternativamente. No es por tanto, sorprendente, que los voluntarios/as ‘complejos’ presenten grandes problemas para delimitar discursivamente su propio proceso motivacional, para encontrar una formulación que les satisfaga plenamente a la hora de referirse al por qué de su acción. Para los complejos es difícil calibrar y deslindar motivos y efectos en su proceso motivacional.

En términos generales, el proceso motivacional parte del *yo*. La racionalización de los ‘beneficios’ personales obtenidos a través de la acción voluntaria ocupa un lugar central en dicho proceso motivacional; la orientación moral de la acción es subsidiaria. Se hace porque compensa ‘objetivamente’ (desde una perspectiva personal —expresiva—, pero también instrumental). Tal compensación está vinculada a la integración social del sujeto voluntario —entendida desde una perspectiva muy amplia—, e implica, asimismo, una intensificación de la experiencia vital. Recurriendo de nuevo a Béjar —aunque la autora no se refiera específicamente al voluntariado que aquí denominamos ‘complejo’, sino al que conceptualiza como individualista—, para estos voluntarios/as el esfuerzo empleado es entendido como un “gasto productivo” (Béjar, 2001b: 60), una inversión en lo personal y lo material.

En cuanto a la orientación moral, los voluntarios/as individualistas ‘complejos’, eluden una ética de la responsabilidad, más bien aluden a un convencimiento racional de conveniencia personal de la acción. Lo moral aparece en cierta medida como una ‘excrecencia’, en principio, no buscada¹³⁵. La acción voluntaria no es ninguna ‘peniten-

¹³⁵ “Te metes primero por ti mismo, ¿sabes?. Eso está clarísimo, te metes por ti, pero lo que dices tú, luego vas viendo que encima de que tú estas... consiguiendo mogollón de cosas, estás aprendiendo, te

cia', no se trata de responder a un deber moral —de tipo religioso o inspiración humanista—. En ningún caso se asocia el rol voluntario con un estilo de vida; se separa radicalmente de la noción de 'vocación'. En ese sentido, la entrega tiene un límite (fijado, en este caso, por el propio voluntario/a).

Estos voluntarios/as, no se encuentran cómodos con la 'entrega vital' como referente de su acción, pero tampoco con la 'rentabilización egoísta' —el beneficio individual neto—. Más allá de tal disquisición, su posición ética es enormemente confusa. Para tratar de clarificar la actitud moral de los voluntarios/as 'complejos', nos parece especialmente útil revisar las características que atribuyen Bellah *et al.* (1989: 108 y ss.) al 'yo' individualista, en tanto en cuanto, se ajustan rigurosamente al 'perfil ético' que muestra el voluntariado 'complejo'. Hemos de señalar que dicho perfil lo encontramos también reflejado en el voluntariado 'profesionista' —plasmado en un planteamiento utilitarista mucho más descarnado—, y asimismo, aunque en una versión bastante más atemperada, en el voluntariado 'renovado'. Nos referimos, en definitiva, al perfil ético del sector más representativo y característico del 'nuevo voluntariado', un modelo fuertemente individualizado de participación social.

En primer lugar, hemos de señalar con Bellah, que para el sujeto la mayoría de las cosas dejan de ser absolutas, y desde ese punto de vista, el 'yo' es libre, y al mismo tiempo, debe ser flexible (ibíd.: 109). Las grandes instituciones sociales, la familia, la religión y la vocación dejan de funcionar "como fuentes de autoridad, deber y ejemplo moral", y en tal contexto, "el yo trata de elaborar su propia forma de acción persiguiendo autónomamente la felicidad y cumpliendo sus deseos" (ibíd.: 111). Así pues, el 'yo' se define en base a sus preferencias, pero, como esas preferencias tienen un carácter arbitrario, entonces, cada 'yo' termina configurando su propio universo moral, y elige sus propios valores (ibíd.: 108). No obstante, debemos ser conscientes de que el individuo, como sujeto social que es, 'elige' en un contexto social dado y prefigurador —aunque sea de marcado carácter individualista—, de ahí, que al determinar 'autónomamente' su 'escala de valores', lo haga en una dirección idéntica a la de otros muchos sujetos sociales. Ese es un extremo que los autores no recogen en su argumentación.

Según Bellah y sus colaboradores (ibíd.), no existen criterios objetivables a la hora de evaluar lo que es correcto o incorrecto, bueno o malo. Es por ello, que el yo y sus *sentimientos* se convierten en la única *guía moral*. A partir de ese universo moral construido, "la acción correcta es la que tiene como resultado que el agente se sienta lo mejor posible o que le estimule al máximo" (ibíd.). En este punto, se hace necesario introducir una ligera matización, aunque en un primer momento, pueda parecer una refutación a

estás sintiendo 'superbien', encima ves que ¡joel! que a los demás también les estás ayudando, y los demás se sienten bien contigo y lo que dices tú, que 'te pillas' y..." (GD1).

Bellah. Como bien indica Lipovetsky (1994: 146), es falso asimilar lo que él denomina como 'crepúsculo del deber' al cinismo y al vacío de los valores. Así, "más allá de la erosión o la desestabilización innegable de cierto número de referentes, nuestras sociedades reafirman un núcleo estable de valores compartidos, se establecen en torno a un consenso de valores éticos de base". De esta manera, estamos lejos de lo que se podría denominar como una fluctuación integral de los valores. Escribe Lipovetsky que "los criterios del bien y del mal no han sido erradicados del alma individualista" (ibíd.: 147), y por ello, no todo comportamiento estaría permitido o legitimado (ibíd.: 49). En ese sentido, para nuestro filósofo "no es verdad que la era individualista resbale hacia la anarquía moral" (ibíd.: 98).

Tratando de amalgamar ambas posiciones, podemos afirmar que, aunque la determinación práctica de la moralidad e inmoralidad de la acción parte plenamente del 'juicio' del sujeto —estando esté dirigido en gran medida por los deseos y la búsqueda de la satisfacción individual—, dicho 'juicio' se basa en la apropiación *individualizada* de unos valores que son, en gran medida, *socialmente compartidos*. No obstante, estos valores dejan de ser un referente absoluto, universalizable y, en ningún caso, se concretan en deberes de acción concreta que obliguen al individuo. Así pues, no estamos ante un sujeto inmoral, ni tan siquiera amoral¹³⁶. Finalmente, para Bellah *et al.* (1989: 110), "si el yo individual debe ser su propia fuente de orientación moral, el individuo tiene que conocer siempre sus ambiciones y deseos o intuir sus sentimientos. Debe actuar de modo que consiga la mayor satisfacción de sus ambiciones o exprese la más amplia gama de sus impulsos. La bondad moral objetivada [...] se convierte en la bondad subjetiva de conseguir lo que uno desea y de disfrutarlo [...]. Así que las acciones no son buenas o malas por sí mismas, sino que dependen de los resultados que obtienen y las buenas sensaciones que engendran o expresan".

El voluntariado 'complejo' —y en general el arquetipo del 'nuevo voluntariado'— podemos concebirlo como 'producto' de lo que Lipovetsky (1994) identifica como 'sociedad posmoralista', articulada a la sombra de la contemporánea sociedad del consumo, y en ese sentido, dominada por una "cultura materialista y hedonista basada en la exaltación del yo y la excitación de las voluptuosidades-al instante" (ibíd.: 50). Encontramos un modelo social fuertemente individualizado, que Lipovetsky enlaza desde una perspectiva moral al 'crepúsculo del deber', ocaso éste, que inaugura una nueva época, la del 'posdeber'. Según Lipovetsky, la sociedad posmoralista "es una sociedad que, lejos de exaltar los órdenes superiores, los eufemiza y los descibiliza, una sociedad que desvaloriza el ideal de abnegación, estimulando sistemáticamente los deseos inmediatos, la pasión del ego, la felicidad intimista y materialista [...], la cultura cotidiana

¹³⁶ En el caso del voluntariado profesionalista sí podríamos hablar de una marcada a-moralidad, derivada de la práctica supresión de la orientación moral en su proceso motivacional.

ya no está irrigada por los imperativos hiperbólicos del deber¹³⁷ sino por el bienestar y la dinámica de los derechos subjetivos, hemos dejado de reconocer la obligación de unirnos a algo que no seamos nosotros mismos...” (ibíd.: 12). Por eso, “ya no es verdaderamente inmoral pensar sólo en uno mismo” (ibíd.: 131). Esa es la posición que abrazan firmemente los voluntarios/as ‘complejos’. Al hacer corresponder motivacionalmente su actividad voluntaria con sus deseos y apetencias personales, no optan en ningún caso por un comportamiento inmoral. Así pues, estos voluntarios/as se inscribirían plenamente en la ética del interés bien entendido, que compatibiliza y articula interés particular y bienestar general.

Para Lipovetsky, es el momento de una ética ‘a la medida’, o de “geometría variable” (ibíd.: 76) —y como correlato, de un voluntariado ‘a la carta’—, de una “ética débil y mínima, «sin obligación ni sanción»” (ibíd.: 12), de una moral indolora, y más concretamente, de un “altruismo indoloro” (ibíd.: 129). Este altruismo indoloro, especialmente característico del tipo ‘complejo’, compatibiliza la expresión de solidaridad con la primacía del ego (ibíd.: 133), y al mismo tiempo, se inserta armónicamente en un modelo cultural absolutamente centrado en el logro individual (ibíd.: 127). Modelo en el que “las exigencias de renuncia y austeridad han sido masivamente reemplazadas por normas de satisfacción del deseo y de realización íntima” (ibíd.: 49). Definitivamente, en el caso de los voluntarios/as ‘complejos’, nos encontramos con una acción voluntaria al servicio del desarrollo personal del sujeto.

En el proceso motivacional del voluntariado individualista ‘complejo’ —también del tipo ‘profesionista’— encontramos una centralidad absoluta de los deseos individuales. La acción voluntaria, constituye fundamentalmente para el ‘complejo’ una vía de realización y expresión individual, y está atravesada por una cierta ‘experimentación’ vital. En ningún caso está asociada al respeto o plasmación de una serie de valores éticos universales. El centro motivacional es el sentimiento, las sensaciones personales asociadas a la acción. Éstas son el único criterio válido a la hora de evaluar el porqué de la acción voluntaria. Las consecuencias sobre el ‘otro’ sólo son importantes en tanto en cuanto inciden sobre la vivencia personal del voluntario. Así, fórmulas del tipo ‘sentirse bien’ —a la que ya nos aproximamos en el tipo ‘renovado’— y ‘sentar bien’, enunciadas con respecto a los efectos de la práctica voluntaria, devienen absolutamente centrales en el discurso de los ‘complejos’¹³⁸.

¹³⁷ Aunque puedan existir sectores no centrales socialmente —como por ejemplo, nuestros voluntarios/as ‘tradicionales’— insertos plenamente en una ética rigorista y virtuista (siguiendo la conceptualización de LIPOVETSKY), centrada en el deber y el sacrificio.

¹³⁸ Son muy frecuentes racionalizaciones del tipo: “lo hago porque me siento bien conmigo mismo”; “me hace sentirme bien”; “es porque me sienta bien a mí” (V10).

Es necesario reiterar que en este tipo motivacional, no existe rastro del deber, y es por ello que —aplicando de nuevo la argumentación de Bellah *et al.* (1989: 110)—, “la autoexpresión desbanca a la autoridad. «Hacer el bien» se convierte en «sentirse bien»”. Sin embargo, no habría que confundir este ‘sentirse bien’ —en cuanto subjetivamente construido y experimentado— con un estado objetivo de moralidad: “...sentirse bien se opone a «comportarse bien», y se interpreta no como un estado objetivo de virtud, sino como un ajuste a las valoraciones de otros [...]. A pesar de su presencia e intensidad inconfundibles, la experiencia de sentirse bien [...], es tan subjetiva que sus características permanecen inefables.” (ibíd.: 111). Esta ‘inefabilidad’ es especialmente perceptible en el discurso de los voluntarios/as ‘complejos’ —también de los ‘renovados’—, que no son capaces de ir más allá de la simple enunciación de esas ‘buenas sensaciones’ asociadas a la práctica voluntaria.

Es evidente que a través del recurso al ‘sentirse bien’, la significación de la participación se reduce a un *sentido íntimo* sin ninguna proyección social. El verbo ‘sentir’ se remite exclusivamente a una experiencia recóndita e intransferible y, necesariamente, deja en un segundo plano, o elimina, el nivel de lo político/social e, incluso, de lo relacional. La forma reflexiva que acompaña la enunciación refuerza este hecho. A diferencia de los ‘renovados’, los individualistas ‘complejos’ eluden casi sistemáticamente la inclusión del otro en la enunciación. No encontramos, apenas, referencias a que sean los ‘otros’, los receptores, los que hagan ‘sentirse bien’ al voluntario/a. La formulación tiende a ser, en ese sentido, absolutamente impersonal. Cuando los ‘complejos’ afirman sentirse bien, encuentran los motivos más en su interior (vinculados a la realización personal), aunque la acción voluntaria aparezca como una realidad externa al sujeto y con una proyección social y relacional. Por supuesto, afirmar que ‘me siento bien’, es una referencia clara a un proceso de realización personal, y de un incremento de la autoestima y satisfacción del voluntario/a. El ‘yo’, por decirlo de alguna manera, crece a través de la actividad voluntaria, se fortalece; a juicio del voluntario, se es más. Pero, en gran medida, para los complejos la acción voluntaria toma la forma de una ‘*autoaportación*’¹³⁹. Sienten que están creciendo, pero es un crecimiento en rigurosa primera persona.

A pesar de ello, se abre paso discursivamente —de manera circunstancial— entre los voluntarios/as ‘complejos’ el tópico sobre el intercambio asimétrico mantenido con los receptores: los voluntarios/as finalmente, reciben más que dan (son más dona-

¹³⁹ En la entrevista V10 se ejemplifica claramente más este extremo: “... es más, más que por lo que se aporta a ellos, por *lo que se aporta a mí mismo*”. La parte final de la cita, si bien no muestra una sintaxis ortodoxa, es especialmente clara. En definitiva, se habla de lo que el voluntario/a se da a sí mismo (aunque la circunstancia esté mediada y posibilitada por la acción sobre otros).

tarios que donadores)¹⁴⁰. No obstante, el manejo de esta metáfora de inversión del sentido formal del don, no refleja fielmente la posición motivacional del voluntariado ‘complejo’, sino que supondría más bien, la reproducción adaptativa de un discurso estereotipado. ‘Jugarían’ a ser donatarios, pero no se sienten como tales. Cuando los/as ‘complejos’ evalúan lo que reciben, hablan más de la actividad y sus circunstancias que del sujeto receptor en sí.

La expresión ‘me sienta bien’, puede parecer prácticamente idéntica a ‘me siento bien’, en cuanto nos ubicamos en el ámbito de las sensaciones personales —nos remite a estados de ánimo—, pero la primera resalta más claramente el incremento de la autoestima del voluntario/a. Hace referencia a una transformación personal en una dirección definida como positiva por el propio sujeto, algo así como ‘me veo mejor’. Pero la valoración está muy alejada de la justificación ética (no se nos dice ‘soy mejor’). Se trata de una evaluación personal del estado del ‘yo’ —desde ‘dentro’—, pero, en ella se encuentra implícita una simulación de una mirada exterior (conjeturamos cómo nos ven los demás, y esa conjetura es incorporada a nuestro juicio). Cuando afirmamos que algo nos ‘sienta bien’ —quizá el ejemplo más claro lo encontremos en el uso de las prendas de vestir y su valoración estética y social asociada—, la observación y evaluación es reflexiva, parte del yo, pero valoramos en función de criterios externos (intersubjetivos), tratamos de vernos desde fuera, como si fuéramos en realidad otro sujeto¹⁴¹. Incluso, frecuentemente, nuestro juicio depende de las valoraciones externas (que son las que en definitiva, y por acumulación, construyen nuestro criterio). Es evidente que la autoestima se vincula a la estima social —más concretamente grupal— del sujeto. Por ello, posiblemente el clima discursivo favorable a la acción voluntaria, y el contexto relacional de la acción voluntaria, favorece que los voluntarios/as complejos afirmen que esta práctica les ‘sienta bien’. Podríamos, incluso, inferir que cuando los voluntarios/as nos relatan que la acción voluntaria les ‘sienta bien’, no es sino una referencia indirecta a la valoración de su estatus social (de su ‘apariencia’ social). Utilizando el símil del vestido, el voluntario/a ‘complejo’ se siente más ‘atractivo’ personalmente, en ese momento, está valorando la proyección externa social del sujeto y la actividad.

El voluntariado ‘complejo’ tiende a desvalorizar las orientaciones motivacionales más clásicamente asociadas al voluntariado: la moral y la social. La alusión a éstas motivaciones por parte de otros voluntarios/as, a la hora de fundamentar su acción voluntaria, se juzga frecuentemente como una ‘simulación’. Piensan los ‘complejos’ que se utili-

¹⁴⁰ “Recibes más que das, *creo*” (V10). Resulta interesante el recurso a la palabra ‘creo’ que matiza y pone entre paréntesis lo afirmado. Un voluntario/a individualista expresivo jamás ‘duraría’ en ese sentido.

¹⁴¹ Tal sentido ‘intersubjetivo’ no está presente cuando hacemos referencia a que nos sentó bien un alimento o una medicina —ahí la significación está circunscrita a un bienestar físico—. No obstante, ese sentido se trasciende en el discurso de los ‘complejos’.

zan discursivamente lugares comunes, como una forma de racionalizar la acción, de construir una 'fachada'. Observarían pues, una marcada *disonancia* entre motivos aducidos y motivos reales¹⁴². En realidad, los 'complejos' parecen pensar que únicamente es posible (y sobre todo más lógico) un voluntariado que parta de una orientación individualista, y por eso, entienden que *todos* los voluntarios/as, afirmen lo que afirmen, desarrollan voluntariado por sí mismos (lo cual no es sino una forma de legitimar su propia orientación motivacional). De esta manera, presentan grandes dificultades para evocar un modelo motivacional diferente al propio. Aquellos voluntarios/as que aducen motivaciones no individualistas, falsearían sus motivos. No obstante, tal posición no es fácilmente defendible de una manera global. Así, los 'complejos' terminan reconociendo la existencia de ciertos voluntarios/as no individualistas, si bien, se muestran incapaces de comprenderlos¹⁴³. Estos voluntarios/as, tienen problemas especialmente para entender fuentes de moralidad externas que 'obligan' y/o inspiran al individuo —especialmente aquellas de origen religioso o divino—, sólo pueden imaginar fuentes 'internas', y siempre, sometidas al dominio del 'me siento bien'. La moralidad se somete al sujeto (a su criterio, su decisión e intereses). Es por ello, que podríamos apuntar con Béjar (2001b: 65) la existencia de un "...altruismo endocéntrico que subraya que se ayuda «por uno mismo»"¹⁴⁴.

Como hemos repetido, el centro motivacional de la acción voluntaria de los 'complejos' está centrada en el 'yo', la orientación individualista es hegemónica. Por ello, el fantasma del egoísmo, en el que en ningún caso se ven reflejados estos voluntarios/as, aparece circunstancialmente en sus discursos (son conscientes de que su orien-

¹⁴² En cierta medida, el diagnóstico de los 'complejos', tiene un fondo de realidad, aunque sea utilizado como una vía de reivindicación motivacional propia. Muchos de los voluntarios/as elaboran su discurso motivacional 'automáticamente' en clave moral e incluso social (bien recogiendo tópicos sociales, bien utilizando conceptos y terminología proporcionados mayoritariamente por las organizaciones). En general, existe una represión —tanto a nivel consciente como preconsciente— del 'yo' como fuente motivacional de la acción voluntaria.

¹⁴³ Aportamos un fragmento ilustrativo de la entrevista V10: "...por ejemplo, cuando se hacen las reuniones de voluntariado en 'P' [nombre de la organización] todos dicen que van porque quieren ayudar a la gente, y porque... aquello de arreglar un poco el mundo, y tal... Sinceramente, *no me lo creo*. Yo... no me lo... aunque igual hay gente que sí ¿no? Bueno, también están los que te dicen que lo hacen por Dios. Que a mí eso me parece muy respetable y me parece cojonudo, porque... eso de sentir una fuerza mayor que te empuja a trabajar con... con una ONG, me parece admirable... Incluso me da un poco de envidia. Me gustaría tener esa fuerza también ahí o... creérmela, ¿no? para que, que me empujara, pero no. Yo, sinceramente, lo hago porque *me siento bien conmigo mismo* y... porque... Sí, es que básicamente es eso. Porque me hace sentirme bien y porque... desde pequeño he estado mamándolo desde pequeño, por todas partes. Entonces... sí."

¹⁴⁴ "La gente siempre te dice «¡ah! ¡es que tú tienes mucho más sentido social! y ... vas y entregas tu vida a... a trabajar con los demás», y demás. Y es que, no, es que si... yo, sinceramente lo hago porque, yo no sé si será egoísmo... pero es, porque *me siento bien a mí*, porque yo voy y cuando salgo de allí, salgo tan contento porque *me siento útil*, me siento útil y *me siento bien conmigo mismo* y... *es más, más que por lo que se aporta a ellos, por lo que se aporta a mí mismo*. Porque el, el... vivir con ellos o compartir cosas con ellos, me hace sentirme bien, me hace sentirme..." (V10).

tación motivacional explícita puede hacerles ver como egoístas). Aunque en ocasiones acepten retóricamente un egoísmo motivacional, es evidente que en ningún caso se autoconceptúan como sujetos egoístas¹⁴⁵. Pese a lo que se pudiera esperar, es el voluntariado de carácter expresivo, y en menor medida el complejo, los tipos motivacionales en los que se hace más hincapié en la posibilidad de interpretar su orientación motivacional —aunque sea tan sólo formalmente— en términos de egoísmo. Por el contrario, los profesionistas, inspirados exclusivamente por un individualismo instrumental, en ningún caso se autopresentan como sujetos egoístas —pese a que para un observador externo sería más fácil aplicar tal ‘etiqueta’—. Ello tiene una cierta lógica, los instrumentales, no evalúan en ningún caso su acción bajo un prisma moral, y sólo a partir de una valoración moral es posible entender una acción propia como ‘egoísta’.

Entre los ‘complejos’, la crítica y rechazo de la orientación moral clásica en el voluntariado se dirige, sobre todo, hacia aquella versión que se sustenta en una ‘economía de la salvación’ y en la búsqueda la redención de la culpa¹⁴⁶. Los ‘complejos’ la rechazan porque les parece falseada; tras el desinterés surge el rendimiento. Se critica la hipocresía de esos comportamientos morales interesados que, finalmente, ignoran al otro (quizá por eso, otro rasgo asociado a la crítica de la orientación moral ‘clásica’ es la identificación en ésta de lo paliativo con lo religioso, de forma que, estos voluntarios/as no podrían promover un verdadero cambio). Pero la crítica se articula como una posición finalmente moral. Critican la incoherencia moral, la farsa, no el individualismo o el interés propio. Los ‘complejos’ no pretenden redimirse, y a la postre, ahí residiría su superioridad moral. Partiendo del extremo opuesto, de la explicitación —honesta— del interés personal, rechazando la conceptualización moral de la acción voluntaria, paradójicamente los voluntarios/as ‘complejos’ llegan a reivindicarse como sujetos éticos. Como en la doctrina del interés bien entendido, la moralidad aparece más bien como una consecuencia.

Los voluntarios/as ‘complejos’ tratan de huir en su discurso de la conceptualización de su acción y de su rol en términos éticos¹⁴⁷. Pero, tácitamente sí se consideran y

¹⁴⁵ En ciertas ocasiones, se llega a defender que la razón última de su acción voluntaria es: “por *puro egoísmo* me sirve muchísimo, para sentirme bien conmigo mismo, para sentirme útil...” (V10). No obstante, insistimos, que pese a las apariencias, en ningún caso los ‘complejos’ se autoconceptúan como sujetos egoístas, no hay en esta cita viso alguno de autocensura moral. Estos voluntarios/as simplemente reconocen y racionalizan los beneficios personales asociados a la acción voluntaria. Intervenciones de este tipo pueden entenderse incluso como una defensa implícita a su orientación moral supeditada a los intereses individuales.

¹⁴⁶ Se parte de un diagnóstico en el que domina una valoración peyorativa: “yo creo que también existe gente que hace voluntariado como para... como para limpiarse a sí mismo” (V2).

¹⁴⁷ Una formulación arquetípica la encontramos en la entrevista V3. “No soy buena persona por estar de voluntario. Es decir, la gente no es buena persona por estar de voluntario. Ni se es mejor, ni se es peor, ni tienes que ser más ‘guai’ [...]. Mis amigos ahora me dicen, «¡jo, qué... bien!» [...] como si fuese... un héroe, ¡qué coño!”.

presentan —indirectamente— como sujetos morales. Podríamos hablar en términos de una represión, en cierta medida artificiosa, de lo moral. Se evita el referente ético, los voluntarios/as 'complejos' no quieren en ningún caso parecer una 'hermanita de la caridad', huyen de lo que conciben como una moralidad trasnochada¹⁴⁸, la que surge del deber. Aplicando de nuevo las palabras de Béjar (2001b: 65) a este nicho motivacional, podríamos afirmar que “desde el imperativo de la autorrealización, dolor y abnegación resultan absurdos, fuera de lugar, excesivos”. Así, los voluntarios/as 'complejos' bordearían “la idea de una tarea carente de sentido moral” (ibíd.: 61), al menos desde un punto de vista discursivo. Sin embargo, desde un nivel preconsciente, sí encontramos una clara concepción moral de la propia acción. Con el fin de rebajar discursivamente el perfil moral de la acción, en ocasiones se buscan sustitutos del concepto 'ayuda' que funcionen como referentes de la acción. Sin embargo, se trata de una ruptura exclusivamente formal. Finalmente, los 'complejos' sólo son capaces de recurrir al uso de estrictos *sinónimos* —si bien más asépticos— del tipo 'echar un cable', o 'mojarse' (V10). De esta manera, tratan de negar y evitar el lenguaje moral, aunque finalmente realicen una interpretación moral de su acción (en clave altruista). Aunque no se reivindica directamente, hay una conciencia implícita del 'hacer el bien', hay una lectura moral de lo realizado. Bajo el individualismo aparece una cierta opción moral. La moralidad se vincula a la intervención, y por ello, se critica la palabrería, la crítica de 'salón' de los que no hacen nada¹⁴⁹. Se parte más de lo moral de lo que se quiere y puede aceptar. Así pues, la racionalización motivacional que realizan los 'complejos' de su voluntariado incluye, implícitamente, una lectura moral de la acción y sus consecuencias.

Así, los complejos tienden a hablarnos indirectamente de su altruismo, de la moralidad de su acción. Sólo desde la moralidad —implícita— otorgada a la propia acción voluntaria, podemos explicar que ésta genere lo que podríamos identificar como 'buena conciencia', siendo responsable de un incremento en la autoestima del voluntario/a. La acción voluntaria —a partir de su dimensión moral, no explicitada, pero importante— contribuye a la postre a *armonizar y justificar la posición social* que ocupa el sujeto voluntario, y 'perfecciona' su integración social¹⁵⁰. Finalmente, esta acción —aunque los complejos jamás aceptarían la formulación—, liberaría de culpabilidades (por ser quien se es

¹⁴⁸ Siguiendo de nuevo a LIPOVETSKY (1994: 75), “la era posmoralista ya no es transgresiva ni mojigata, es *correcta*”. De ahí la huida de los 'complejos' en relación a modelos morales trasnochados, de moralidad 'fuerte' (construida en torno al deber) y explícita.

¹⁴⁹ “Déjate de hablar tanto, y de salón, y tal, y del cafetito y la cerveza y hazlo. Y mójate un poco ¿no?” (V10). Aquí encontramos una exaltación indirecta del sujeto voluntario como sujeto moral.

¹⁵⁰ “Me siento como más en armonía, me siento un poco par..., me siento un poco como más parte de todo, que no estoy solo vida... de levantarme, trabajar, estudiar y luego a casa, salir el fin de semana con los amigos y ya está ¿no? Siento que... que me meto un poco más con todo, me meto un poco más en la vida y en como funciona todo y... no me quedo al margen. No me quedo sólo en mi... en mi casa de colores y mi trabajo perfecto” (V10).

y estar donde se está). El voluntariado facilita, pues, una vía para la resolución de conflictos internos y externos. Es posible participar en una actividad con un sentido que trasciende lo individual, que disuelve el aislamiento personal (sin que ello sea incompatible con la orientación motivacional individualista dominante), que contribuye a romper la despersonalización característica de las relaciones funcionales que atraviesan la cotidianidad urbana (trabajo, estudio, etc.). Se trata de integrarse socialmente, de intensificar las sensaciones vitales. El voluntariado contribuiría a romper la pauta de la vida moderna, y también la simetría clónica con el resto de personas; de esta forma, refuerza la singularidad positiva del voluntario/a.

Pasemos ahora a revisar la relación mantenida con el receptor de la acción voluntaria. La naturaleza de la relación con los receptores está estrechamente vinculada al modelo ético que inspira al voluntario/a complejo. Modelo en el que la idea de sacrificio está severamente deslegitimada (Lipovsky, 1994: 48), y en el que, por el contrario, encontramos una legitimación de los placeres (ibíd.: 50). Como corolario, encontraríamos que “lo que está deslegitimado no es el principio de la acción de ayuda, sino el vivir para el prójimo” (ibíd.: 133)¹⁵¹. Inevitablemente, si el voluntario/a parte de tal premisa en su práctica, está necesariamente levantando una barrera afectiva frente al receptor.

En el caso del voluntariado ‘complejo’, motivacionalmente prima el deseo individual. El voluntariado aparece como una estricta vía realización personal, y es por ello, que el vínculo afectivo con los receptores, si bien no desaparece, se torna absolutamente secundario e incluso prescindible. En concreto, el crecimiento personal no se vincula fundamentalmente a lo afectivo. Podríamos hablar en términos de afectividad limitada, y sobre todo, controlada. Estos voluntarios/as plantean una separación radical entre la esfera de la vida personal (referida en términos de ‘mi vida’), y la actividad voluntaria¹⁵², siendo ámbitos nítidamente diferenciados entre los que existe —y lo que es más importante, se impone conscientemente— una marcada discontinuidad¹⁵³. La relación con el

¹⁵¹ Así, según LIPOVETSKY (1994: 131) “en nuestras sociedades, el altruismo erigido en principio permanente de vida es un valor descalificado, asimilado como está a una vana mutilación del yo: la nueva era individualista ha logrado la hazaña de atrofiar en las propias conciencias la autoridad del ideal altruista, ha desculpabilizado el egocentrismo y ha legitimado el derecho a vivir para uno mismo”.

¹⁵² Veamos un ejemplo de tal disociación: “...yo salgo de allí, y.... *ya está*, y salgo y soy un chaval de veinticuatro años que tengo *mi* carrera y *mi* trabajo y *mis* amigos y *mi* novia y... *mi vida*. Si eres muy emo..., muy emocional, acabas por implicarte mucho y acabas teniendo tú también problemas, hasta psicológicos incluso” (V10).

¹⁵³ WUTHNOW (1996: 248), propone una distinción alternativa extremadamente confusa entre papeles y personalidades, que serviría a los voluntarios/as para poner límites a la compasión. Mantiene que “asociamos nuestras actividades humanitarias con papeles concretos, en lugar de identificarlas con nuestra personalidad global. Si la compasión forma parte de un papel, podemos librarnos de él”. Aunque coincidimos con el fondo de la afirmación —aunque no la universalizamos para todos los voluntarios/as, como sí hace el autor—, mucho más correcto en la formulación, nos parece referirse a una

receptor se basa en una proyección muy incompleta de la realidad personal y social del voluntario/a¹⁵⁴. La actividad no debe interferir —ni siquiera mínimamente— en la consecución de otros objetivos vitales.

En este 'nicho' motivacional, nos encontramos con la posibilidad de que la relación con el receptor no se evoque en términos esencialmente afectivos sino 'funcionales' —si se quiere, en términos 'técnicos', aunque este último rasgo es más propio del voluntariado 'profesionista'. En general, sí existe una implicación afectiva, pero, al mismo tiempo, se ponen en funcionamiento, de manera sistemática, mecanismos de control —fundamentalmente de autocontrol—. El voluntario/a trata de que el vínculo afectivo no sobrepase ciertos límites, para que así pueda mantener incólume la independencia entre la esfera vital y la actividad voluntaria. De lo que se trata, fundamentalmente, para decirlo de algún modo, es de que el receptor no se inmiscuya en la vida 'privada' del voluntario/a. La relación se construye unilateralmente, a partir del control del voluntario, que 'decide' (mientras es capaz) el alcance de la misma.

Los 'complejos' llegan, incluso, a solicitar una cierta formación para controlar su implicación, que la organización les proporcione unas pautas para aplicar en sus relaciones personales con el receptor, fundamentalmente para marcar una necesaria distancia afectiva¹⁵⁵. La implicación afectiva 'ilimitada', lejos de constituirse en un objetivo, o un ideal, es considerada una fuente de problemas (tanto para el voluntario/a como para el receptor). La empatía descontrolada introduce un factor de riesgo, que hay que atajar para que siga existiendo una frontera nítida entre la vida personal y la esfera del voluntariado. Es necesario mantener una distancia afectiva, cuestión que no siempre es fácil (a pesar del control racional), primordialmente cuando la similitud es grande —en términos de clase social, edad...—, y especialmente, cuando la relación voluntario-receptor se establece entre géneros distintos¹⁵⁶.

jerarquización significativa (desde una perspectiva de la identificación y compromiso personal e, incluso, de implicación afectiva y de relevancia social funcional) de roles o conjuntos de roles sociales.

¹⁵⁴ El distanciamiento con respecto al receptor, también puede ser interpretado desde las coordenadas del 'altruismo indoloro' de LIPOVETSKY (1994: 133): "...se quiere ayudar a los otros pero sin comprometerse demasiado, sin dar demasiado de sí mismo. Sí a la generosidad pero a condición de que sea fácil y distante". Veamos al respecto un fragmento de una entrevista: "es que no tengo ganas siquiera de que me venga alguien y me cuente sus problemas y sus penas y demás. Que también lo hacen mucho. Que son muy... La gente que tiene problemas muy fuertes con la droga es gente muy de... de víctimas que te vienen y te cuentan que su vida es la peor y que sufren mucho y que... en los grupos lo pasan fatal y... Bueno, sí lo pasas mal, pero bueno, pero el papel de víctima no te va a ayudar a nada." (V10).

¹⁵⁵ El objetivo a lograr no es otro "que no te afecten las cosas" (V2).

¹⁵⁶ "...Con la gente que está, que hace el programa, alguna vez que me he implicado demasiado porque ha habido algún caso que me llamaba más, o por *alguna similitud con mi vida*, o con, o por cualquier razón, me he implicado más en, en alguno de los casos. Y luego ya, con una *chica* del programa [...], que ya incluso, me impliqué demasiado y llegó a haber algún roce... físico, que hubo una atracción entre

El voluntario/a ‘complejo’ puede prescindir plenamente del contacto personal, no es dependiente del vínculo directo —como sí lo eran, por ejemplo, los ‘renovados’—. No obstante, los ‘complejos’ suelen optar por una afectividad ‘blanda’ o limitada, más formal que real, que pasa por el establecimiento de relaciones que podemos caracterizar como simplemente cordiales. Pero ¿cómo lograr fijar esta afectividad ‘blanda’? Wuthnow (1996: 263) nos sugiere, que “el distanciamiento es relativamente sencillo cuando las personas de las que nos ocupamos experimentan poco sufrimiento o trauma y cuando nuestra relación con ellas es breve o está muy estructurada”. De ahí la preferencia entre el voluntariado complejo por colectivos ‘agradables’ (por ejemplo, no marcados por una marginalidad o minusvalía severa), y el abandono de ciertos proyectos que resultan exigentes desde un punto de vista personal y afectivo. Asimismo, la dedicación temporal se limita. Bellah *et al.* (1989: 110) nos proporcionan más claves que podemos aplicar a este tipo motivacional, al señalar que quien puede efectuar esta separación radical entre distintas esferas vitales, no es otro que ese “yo libre de valores absolutos o de obligaciones «rígidas»” al que hacíamos referencia más atrás. Este ‘yo’ “puede alterar su conducta para adaptarse a los demás y a varios papeles sociales, puede jugar con todos ellos a la vez, manteniendo alejadas identidades sociales concretas pero sin cambiar jamás su propia identidad «básica», porque esta identidad depende únicamente de descubrir e intentar satisfacer los propios deseos personales e impulsos interiores” (ibíd.).

Los ‘complejos’ suelen optar —aunque no como norma— por programas más ‘amables’, de logros objetivables, fácilmente evaluables —‘visibles’—, normalmente asociados a ciertos programas en los que el vínculo con el receptor —aunque exista contacto directo— no es central. El sostenimiento del ‘nivel’ de motivación no se estructura en torno a la gratitud del receptor —compensación valorizable sólo *subjetivamente*—, sino de los *logros objetivos* conseguidos a través de la acción voluntaria. Si no existen logros, o estos son muy limitados, aparece la frustración, esto es, la desmotivación del voluntario/a. Sin una identificación con una ‘causa’, sin un deber moral que cumplir —y una ‘vocación’ asociada—, sin un vínculo afectivo que compense subjetivamente, la motivación de los ‘complejos’ depende casi exclusivamente de los logros¹⁵⁷.

dos, [...] se quedó un poco colgada conmigo, y yo de ella, entonces, para ella es muy malo ¿no? Porque concentra su recuperación en mí y eso es muy peligroso” (V10).

¹⁵⁷ “Una cosa que es bastante *frustrante* que... Cuando estás con la gente en los programas de... que trabajan con la gente con heroína y demás es muy frustrante porque ves que la gente que consigue dejarlo, al cabo de los años pues vuelven a caer... Llevo, llevo, llevo pues eso casi cinco años y... creo que de los... de la gente con la que he estado yo habrá bien ocho, nueve o diez y habrán sido unas sesenta o setenta personas. En cambio en los chavales, todos, o prácticamente todos, consiguen dejar la adicción. Que luego seguramente vuelva a fumar [hachís], o a... Bueno, a fumar casi seguro que van a volver casi todos, y, a veces, en alguna fiesta, pues a tomar pastillas, o coca, o cualquier cosa, pero que consiguen dejar la adicción ¿no? Porque entienden un poco el proceso de por qué están ellos ahí y consiguen dejar la adicción. Entonces es más gratificante para... para el voluntario, para los terapeutas,

Estos voluntarios/as se sitúan en las antípodas de los 'tradicionales', y en menor medida, también de los 'renovados'. Trasladando un ejemplo concreto, los 'complejos' difícilmente podrían mantener algún tipo de motivación en un programa de ayuda a enfermos terminales. Por el contrario, los 'tradicionales' pueden obtener una gran satisfacción del trabajo con este colectivo, muestran una enorme resistencia a la frustración. El 'logro' (difícilmente objetivable) está en el acompañamiento y la escucha, en el vínculo afectivo. La motivación depende de la gratitud del receptor y de la asunción de un imperativo moral.

Lo más característico del nicho motivacional 'complejo', posiblemente, sea que el crecimiento personal alcanza su máxima expresión con respecto al resto de tipos motivacionales¹⁵⁸. Los voluntarios/as individualistas 'complejos', aunque incorporan también la dimensión individualista utilitaria, se pliegan excepcionalmente bien —en la dimensión de crecimiento personal— a la definición de la personalidad individualista expresiva que proponen Bellah *et al.* (1989: 57): “una vida llena de experiencias, abierta a toda clase de personas, exuberante tanto en el aspecto sensual como en el intelectual; una vida con sentimientos fuertes”. Se trataría de “cultivar y expresar el yo explorando sus inmensas identidades sociales y cósmicas” (ibíd.: 58). En esta cita, encontramos definidas con precisión las expectativas del voluntario/a 'complejo' con relación a la actividad voluntaria. En términos generales, el voluntario/a 'complejo' otorga al crecimiento o realización personal un sentido vivencial, y al mismo tiempo, fuertemente individualizado (de carácter *no relacional*)¹⁵⁹. No obstante, la dimensión de crecimiento suele estar también enlazada en los 'complejos' a la esfera profesional (no olvidemos su paralela orientación utilitaria), haciendo referencia en este caso, a una capacitación técnica generada a partir de la experiencia voluntaria, y al incremento de la empleabilidad derivada de dicha experiencia (del potencial valor como asalariado). En estos casos, el crecimiento personal, se tiende a amalgamar con el alcanzar más como profesional.

para todo el mundo... el ver que *sí sirve para algo y que sí tiene solución*. Porque lo otro... [...]. Y es un poco frustrante pues ver que llevas años ahí y... nadie sale para adelante ¿no? Yo, incluso durante un tiempo lo dejé un poco de lado porque... te llega a afectar emocionalmente a ti también” (V10). Esta cita también muestra que el bloqueo afectivo de los 'complejos' no es absoluto. No obstante, el problema emocional aludido se vincula, fundamentalmente, al fracaso personal, y de ahí que sea en el extremo, un problema de autoestima por la ausencia de logros —no es suficiente constatar la dificultad de la tarea, eso precisamente es lo que frustra— no siendo, por tanto, producto de un exceso de implicación afectiva con los receptores.

¹⁵⁸ Según BÉJAR (2001b: 173) “*la autorrealización como creencia nodal y eje axial del discurso individualista niega la propia condición de víctimas y, con ella, la de responsables*, individuales o colectivos de la desgracia ajena. La desdicha misma se disuelve bajo la metáfora de la lotería”. La cursiva es de la autora.

¹⁵⁹ Se trata de “vivir la experiencia” (GD1). Como se ilustra en este caso, dominan las enunciaciones de tipo impersonal.

Algún voluntario/a llega en el extremo —en relación con la dimensión de crecimiento— a hablar de ‘alimentar su ego’ (V10)¹⁶⁰, lo que implica una máxima orientación reflexiva. Es evidente que el crecimiento personal depende en gran medida de la interacción, pero, en el caso de los ‘complejos’, se plantea más en términos reflexivos que como resultado transitivo del intercambio. La realización personal puede lograrse apoyándose prioritariamente en el contenido afectivo de los vínculos personales —es aquí donde se ubicarían fundamentalmente los ‘renovados’—. Sin embargo, los ‘complejos’ crecen utilizando selectivamente el vínculo con los receptores de la acción voluntaria. El vehículo de la realización no se concreta tanto en el contenido afectivo (realmente subsidiario para el ‘complejo’), como en la vivencia o apropiación subjetiva (personal e intransferible) de la situación de interacción (o social) por parte del voluntario/a. El crecimiento termina implicando exclusivamente el desarrollo del ‘yo’ interno. El voluntariado aparece como una vía para la acumulación de experiencias vitales gratificantes (a modo de colección de ‘trofeos’). Encontramos un planteamiento ‘egocéntrico’, dado que los receptores aparecen como un simple medio de realización para el voluntario/a. A diferencia del tipo ‘renovado’, el enriquecimiento personal logrado a través de la acción voluntaria carece totalmente de connotación moral. La realización no alude a una transformación ética del sujeto (que le acercaría a las nociones de esfuerzo y renuncia), se concreta en la intensificación gozosa (repleta de delectación) de la vivencia.

La orientación hacia el crecimiento muestra en el caso de los ‘complejos’ una preocupación por la diferenciación individualizada —la ganancia de estatus, si bien no en sentido socioeconómico—. No se busca y demanda la gratitud del receptor (elemento básico en el proceso motivacional del voluntariado tradicional y renovado), sino el reconocimiento social externo. La donación no busca de forma prioritaria la consecución de un equivalente afectivo (aunque éste no se rechace, e incluso se valore). La donación no se concibe como renuncia. Por otro lado, el crecimiento aparece como un proceso de reforzamiento recíproco entre el reconocimiento social y la autoestima. En el tipo complejo, el enriquecimiento personal, cobra sentido pleno en su acepción ‘engrandecer’.

A pesar de las evidentes semejanzas, encontramos algunos puntos de confluencia en relación con el voluntariado ‘renovado’. Para los ‘complejos’ el crecimiento también está asociado a un proceso de transformación personal, concretado en una

¹⁶⁰ No obstante, los complejos avanzan dubitativamente a la hora de explicitar un crecimiento de carácter tan reflexivo o cerrado (por la valoración moral externa que socialmente se pueda realizar). En nuestra entrevista V10, el voluntario progresa a tropiezos en su discurso, a la hora de valorar los efectos de la acción voluntaria: “me hace crecer como persona... no, no es eso; alimenta mi ego.... tampoco es eso”.

mayor sensibilización hacia la definida como 'problemática social', e implicaría un proceso de maduración¹⁶¹, en un sentido de disolución de la ingenuidad. Esa maduración también se vincula a la adquisición de habilidades sociales.

El ideal de crecimiento puede enlazarse en el caso de los 'complejos' al concepto de *aventura*, como paradigma de la vivencia intensa. Lo que se reclama a la actividad voluntaria es lo que se identifica como 'más realidad' (mayor intensidad, mayor dinamismo o 'velocidad' vital). El voluntariado hace vivir una experiencia 'más real', entendiendo por tal, aquella que se sale de los caminos más pautados y monótonos de la realidad cotidiana. Pero, en ningún caso esa vivencia más intensa es necesario correlato de una mayor empatía personal. La experiencia vital, la búsqueda de la aventura aparecen como elementos desligados en gran medida —que no totalmente— de lo afectivo y lo moral (a diferencia de la opción de crecimiento de los renovados).

La aventura abre un campo semántico muy afín al individualismo, aparecen como referentes asociados la búsqueda de libertad, de emociones y de diversión; también encuentran fácil acomodo la autonomía, la autenticidad, la diferenciación y distinción. La intensidad de la vivencia se asimila a una 'aceleración' de la experiencia vital. En la *aventura* el factor principal es el actor, sujeto de una experiencia intransferible, quedando en un segundo plano el modelo de la *convivencia* (que conserva un sentido plenamente relacional), del que participan fundamentalmente los renovados.

La asociación del voluntariado a la aventura, encuentra su acomodo máximo en los programas de cooperación al desarrollo (aquellos realizados *in situ*), y especialmente, en la figura del cooperante (aunque frecuentemente se trate de una figura de semivoluntariado —con algún grado de remuneración directa o indirecta—). En esta 'modalidad', se solapan a la actividad voluntaria, el viaje a lugares lejanos (geográfica y culturalmente), el exotismo, el reto personal, la expectativa de 'aventura'. En el imaginario de los voluntarios/as complejos, planea insistentemente el anhelo de participar como cooperantes.

En estos programas de ayuda al desarrollo (llevados a cabo en otras latitudes), el voluntario/a complejo encuentra la fusión 'perfecta' entre voluntariado y ocio, entendiendo la actividad voluntaria como una vía extremadamente adecuada para la maximización una vivencia emocionante y placentera¹⁶². Incluso se adopta en ocasiones la perspectiva y terminología del viajero-turista, apareciendo el voluntariado como una alternativa a la opción 'vacacional' convencional, que no permite una inserción y cono-

¹⁶¹ Los receptores de la acción voluntaria se erigen sobre todo en maestros involuntarios: "te enseñan mucho de la vida" (V10).

¹⁶² Así, el voluntariado se constituye en una "una forma de *viajar* mucho más *emocionante* que cualquier otra" (V10).

cimiento pleno del entorno visitado. Es por ello, que el sentido del ‘viaje voluntario’ termina agotándose fundamentalmente en la experiencia personal inmediata. Los objetivos ‘reales’ de la acción voluntaria, desaparecen sepultados bajo la vivencia, tras el sentido subjetivo atribuido a la acción. No hay, apenas, lugar para reflexiones de tipo moral o ideológico sobre la realidad social a la que el voluntario/a se va a aproximar¹⁶³. El objetivo pasa fundamentalmente por conocer, crecer, y secundariamente, por incidir sobre el medio. Al concentrarse en la vivencia, la problemática social que ‘explica’ su cooperación voluntaria se disuelve en un segundo plano.

La opción por la aventura, no obstante, es más formal que real, el voluntario/a ‘complejo’ no es un verdadero aventurero, y por ello, opta en general por una aventura controlada, exenta de grandes riesgos, desarrollada en el contexto de programas formales. En cuanto a su modo de vida y sus expectativas vitales, el ‘complejo’ reproduce patrones, cuando menos, bastante convencionales, que hacen poner entre paréntesis su ‘apuesta’ por la aventura¹⁶⁴. Debemos hablar, en ese sentido, de una aventura domesticada y controlada, limitada en el tiempo, que en ningún caso supone una apuesta dura como modo de vida.

La ‘vocación’ (cuya concepción bascula hacia estrictamente profesional) no tiene una significación moral, ni está vinculada a una interpretación de lo social, sino que se centra absolutamente en lo individual. En ese contexto, optar por un salario bajo (como los que abundan en el tercer sector) y/o una situación precaria, a la hora de profesionalizarse, no es resultado de una opción moral, sino que es el resultado de una opción personal encaminada a la realización personal en clave individualista. Se asume la precariedad, pero desde claves individuales.¹⁶⁵

¹⁶³ Reproducamos un fragmento de la entrevista V10. “El Proyecto *me atrae*... eso de trabajar con niños en la calle, hacer las cosas en la propia calle de Medellín, en las, en los... barrios bajos de Medellín. Eso me atrae mucho. [...] “*Viajar así es mejor*, porque te metes más con la gente, *conoces* cómo vive la gente de allí realmente y... las costumbres, *conoces* todo mucho más... eh... *más real*. Más que el, el... centro turístico. Que también viene bien de vez en cuando. Este, este verano me voy a ir, también, a la playa como hay Dios.” (V10). En esta cita, aparece de manera clara el paralelismo establecido por el entrevistado entre el voluntariado y una actividad exclusivamente ociosa. De esta manera, el proyecto es despojado de toda su dimensión social, los sujetos sobre los que se actuará son barridos por la centralidad la vivencia asociada a la acción. A través del voluntariado se trascenderían las ‘limitaciones’ vivenciales de los circuitos turísticos. En realidad se nos habla de una forma de turismo ideal, la contraposición con las vacaciones ‘veraniegas’ no es azarosa.

¹⁶⁴ Ilustremos tal afirmación, para el voluntario de la entrevista V10, las prioridades vitales se encuadran en la incorporación convencional al mundo adulto: “ahora tengo *mi trabajo*, que me permite *ahorrar para mi casa* y demás”. La aventura se enmarca y se restringe a un espacio vital limitado, separado de la esfera vital ‘principal’.

¹⁶⁵ “Aunque económicamente no sea... no esté muy bien pagado, pero...” (V10), “Hasta ahora mismo, sí, me compensa muchísimo más el, el... lo que es el trabajo que me ofrecen... que el dinero, que... hombre que puede ser, es un sueldo que no, no sé, mi hermana gana ciento cincuenta [mil pesetas], mi hermano ciento veinte [mil pesetas], no son sueldos pero son...” (V10).

Los 'complejos' parten de un planteamiento racional a la hora de delimitar su compromiso con el voluntariado. Su entrega tiene definido un límite (marcado por los intereses y expectativas del sujeto, e independiente de las necesidades del programa o de los propios receptores). Para este voluntario/a resulta evidente que la actividad voluntaria puede —y debe— abandonarse cuando entra en conflicto con los intereses individuales. Entre estos voluntarios/as, no existe una concepción del voluntariado como expresión de una lógica asociativa. El vínculo se establece con una actividad o labor concreta, más que con un proyecto colectivamente constituido e ideológicamente orientado.

Al no facilitar un 'cheque en blanco' a la organización, la fidelidad de los voluntarios/as individualistas 'complejos' se resiente, acostumbrando a ser sensiblemente menor que en los tipos motivacionales 'tradicional' y 'renovado'. Como hemos señalado, el papel secundario jugado por las relaciones personales con los receptores, el individualismo moral (que colisionaría con la dimensión ética de entrega y sacrificio), y la ausencia de un vínculo ideológico, confluyen en la determinación de un compromiso más inestable y débil. Encontramos frecuentes cambios de programa, que persiguen potenciar y maximizar la vivencia subjetiva (a través de la diversificación de actividades, huyendo de la 'monotonía'), y que responden a la búsqueda de la realización personal —estos cambios no están necesariamente vinculados a una estrategia de diversificación de la experiencia 'profesional'—. Los cambios de actividad de los voluntarios/as, se producen en detrimento de la estabilidad del vínculo afectivo con el receptor, e incluso, muchas veces, suponen una huida con respecto a ese ligamen.¹⁶⁶

Para los 'complejos' el voluntariado no es una opción vital, es simplemente una actividad 'adecuada' (confluente con los intereses personales) para un determinado periodo de la vida —usualmente mientras se es joven y se estudia—. Después, las posibilidades que barajan los complejos son dos, abandonar o profesionalizar la actividad, en ambos casos para afrontar la transición hacia la vida adulta.

Como hemos venido indicando en el proceso motivacional del voluntariado 'complejo' interviene una orientación individualista instrumental, que se concreta en la aproximación al trabajo asalariado a través de la acción voluntaria. Los voluntarios/as

¹⁶⁶ Una expresión arquetípica de la pauta de compromiso de los 'complejos', la podemos encontrar reflejada en el material empírico reseñado en el texto de WUTHNOW (1996). Uno de los voluntarios entrevistados afirma: "procuro cambiar mis actividades voluntarias por lo menos dos o tres veces al año" (ibíd.: 257). Es evidente que en tal situación, la implicación con el proyecto debe ser mínima. Domina la variedad, el entretenimiento. Otro voluntario afirma: "Puedes dejar un proyecto antes de que te canses de él. Planeas dedicarle algún tiempo y después te dedicas a otra cosa. Nunca me he quemado, porque procuro establecer límites definidos" (ibíd.: 266). Es evidente que este voluntario impone un bloqueo afectivo en su relación con los receptores, y también un bloqueo en su implicación efectiva en los proyectos.

‘complejos’ no presentan un nivel alto de racionalización de esta orientación motivacional (no la ubican de manera espontánea entre los motivos de su voluntariado), esto es, no son demasiado conscientes de sus propias estrategias ‘profesionistas’, y a veces, ni siquiera parecen reconocer la presencia de estas estrategias utilitarias en otros segmentos de voluntariado joven. No obstante, esta orientación motivacional se expresa de manera clara y diáfana en su discurso. Buena parte de los ‘complejos’ vería con buenos ojos trabajar para la entidad en la que participan como voluntarios/as (o en otra organización semejante del tercer sector). Las posiciones basculan entre aquellos voluntarios/as que formulan un deseo o aspiración difusa, y aquellos que lo plantean como expectativa concreta, aunque en ningún caso de carácter inmediato¹⁶⁷. Si la promoción profesional no se produjera, tal circunstancia no alteraría su opción voluntaria y su vínculo con el programa (al menos en el corto plazo). A pesar de su expresión moderada, el profesionismo está claramente presente en el proceso motivacional de estos voluntarios/as. La actividad voluntaria es percibida como una vía para potenciar sus capacidades y su empleabilidad futura¹⁶⁸, es por eso, que su horizonte laboral futuro (asalariado) se suele identificar con el ámbito del tercer sector¹⁶⁹. De todas maneras, es necesario señalar que los complejos pueden derivar con el paso del tiempo (al aumentar con la edad la presión para incorporarse al mundo adulto) a posiciones netamente profesionistas. Es interesante constatar que se trata de un ‘profesionismo’ que no se corresponde necesariamente con estudiantes o titulados de estudios sociales.

En el discurso de los voluntarios/as individualistas complejos se minimiza (sin que desaparezca completamente) la opción participativa con respecto al voluntariado. No hay lugar para un modelo asociacionista pleno. Finalmente (y al margen de su opción por el crecimiento), terminan considerándolo, en última instancia, un mecanismo de prestación de servicios y una vía de incorporación al trabajo. Pero, existen diferencias con la posición ‘profesionista’ extrema, que analizamos un poco más adelante. Los ‘complejos’, no ven la necesidad de acabar con el voluntariado, no observan abusos o pautas de explotación con respecto a los voluntarios/as. Y sobre todo, no conciben la necesidad de suprimir el voluntariado por la vía de la profesionalización de sus efecti-

¹⁶⁷ Encontramos formulaciones del tipo: “me gustaría trabajar ahí” (V2), o “me lo planteo como una opción laboral” (V10).

¹⁶⁸ “Ahora estoy muy centrado en la revista, también porque... como filólogo y como estudiante de filosofía, pues... me gusta mucho escribir y tengo intención de escribir... en un futuro. Entonces... me interesa. Y, a parte de que me da un buen currículum... es una revista de tirada internacional y me vale bastante. El tener unas páginas sólo para mí” (V10).

¹⁶⁹ “Lo de estar todo el día mundo arriba, como hacen mis hermanos, no creo ¿no? Pero trabajar aquí en una ONG, sí. Y de vez en cuando irme, sí, también, claro. Pero mi futuro laboral yo siempre lo entiendo hacia allí. Aunque económicamente no sea... no esté muy bien pagado, pero...” (V10). Esta intervención parece incorporar una opción aparentemente ética, pero no es así, como señalamos más atrás, ilustra una opción de realización personal. La opción por un salario bajo no se vincula a la moralidad de la acción o el compromiso con determinada causa, sino a la compensación individual.

vos, ahí radica una diferencia fundamental. El voluntariado aparece como una necesaria vía de formación —de la que desaparecen los contenidos sociales, morales, ideológicos—. Simultáneamente, y de forma paradójica, se defiende un voluntariado comprometido y de larga duración, posición que se presenta contradictoria con su propia opción utilitaria (aunque sea mediata)¹⁷⁰. Así pues, la posición de los ‘complejos’ es muy inestable y extremadamente contradictoria, en su análisis de la relación entre voluntariado y actividad profesional.

En ocasiones, incluso se llega a conceptualizar entre los ‘complejos’, como modalidad ideal, un voluntariado de carácter ‘obligatorio’ (que toma como ejemplo la prestación social sustitutoria), que contribuyera a estabilizar la disponibilidad de fuerza de trabajo ‘voluntaria’ (más concretamente no-asalariada). Un modelo de solidaridad prescrita, de colaboración social obligatoria —de verdadero antivoluntariado—, que elimina de un plumazo la libre iniciativa de la sociedad civil como inspiradora del voluntariado. Los ‘complejos’ no son conscientes de las implicaciones profundas de su propuesta, de aniquilación parcial de la participación social.

Estos voluntarios/as no se conciben como profesionales —como sí hacen los ‘profesionistas’, que hacen valer su acreditación académica, su titulación—. Precisamente su condición de ‘no profesionales’ condiciona su nivel de compromiso. Se estima que quien recibe un salario es quien debe responder prioritariamente. El voluntariado aparece desde un punto de vista funcional como una instancia prestadora de servicios. En términos generales el voluntario/a ‘complejo’ se considera como un complemento de los profesionales¹⁷¹ —concepción prioritaria como fuerza de trabajo y no como vehículo de participación social—. El voluntario/a es un recurso a disposición del profesional, su acción debe estar subordinada al profesional. Además, se legitima el recurso al voluntario/a, cuando los profesionales se ven desbordados (no encontramos la crítica sistemática a los abusos cometidos con el voluntariado típicos del profesionismo). No perciben en el voluntariado como vía de sustitución de puestos de trabajo asalariado. Y tampoco llegan a plantearse espontáneamente la acción voluntaria como una labor profesionalizable (esto es, salarizable).

¹⁷⁰ “...Yo creo que lo ideal sería el plantear el voluntariado como un entrenamiento de cara a un futuro laboral. ¿no? Como es, como es un becario. O algo así. Eso yo diría el voluntario ideal. Haces unos años de voluntario y luego de ahí ya pasar a formar parte de la plantilla, con... más... bueno, a parte del rollo económico, con más implicación con más trabajo y demás ¿no? Pero unos años de voluntario como entrenamiento para familiarizarte, para coger un poco de tablas, para...” (V10).

¹⁷¹ “El voluntario hace lo que no abarca el profesional ¿no? El profesional llega un momento en que no puede abarcar... todo” (V10). “Vas y ayudas a un profesional en lo que puedas... Pero también yo creo que si alguien se mete ahí como voluntario, debería también tener una responsabilidad y una... una implicación mayor ¿no?” (V10).

9.4.3. Voluntariado individualista utilitario: el segmento ‘profesionista’

El análisis del voluntariado ‘profesionista’ resulta especialmente interesante, por su pujanza, por las fuertes paradojas que presenta su discurso con respecto a su propia acción voluntaria, por la virulencia —en sus expresiones más extremas— de su discurso contra el voluntariado, y por ser, quizá, la variante más novedosa, y la menos estudiada del voluntariado¹⁷². Inferimos, a partir de nuestro trabajo de campo cualitativo, que en la actualidad se trata del tipo motivacional dominante cuantitativamente en el segmento joven del voluntariado, y en ese sentido, aparece como un modelo extremadamente característico del ‘nuevo voluntariado’. A pesar de la patente (y creciente) presencia de los profesionistas en el voluntariado, la importancia de este tipo motivacional ha sido fuertemente minimizada e, incluso, ocultada o negada, desde distintas instancias estatales y corporaciones voluntarias —reduciendo su presencia a casos puntuales, entendidos como comportamientos anómalos (excepciones a la norma), con respecto a un idílico universo voluntario ético y solidario—. Y esto es así, en gran medida, porque el tipo ‘profesionista’ supone una ruptura radical con respecto al modelo sobre el que se levanta en gran medida la idealización moral del voluntariado. El voluntariado ‘profesionista’ quiebra y desbarata el modelo ‘universal’ (social y teóricamente construido) del voluntariado altruista.

El desarrollo del segmento profesionista del nuevo voluntariado se correlaciona estrechamente con la situación del mercado laboral, y su devenir en los últimos años (especialmente durante las décadas de los años ochenta y noventa del siglo XX). Un mercado —el español— caracterizado por elevadísimas tasas de desempleo juvenil (que se mantienen en el presente, a pesar del significativo recorte observado en las tasas de desempleo globales desde mediados de los años noventa) y una fuerte precarización del empleo (cuestión que afecta, de nuevo, de manera especialmente grave, al segmento más joven de la población activa), junto al incremento de los niveles de cualificación (vinculado muchas veces al aumento de titulados/as universitarios), explican, al menos parcialmente, el vigor de este tipo motivacional. Para muchísimos jóvenes universitarios, especialmente en el caso de los titulados sociales (por otro lado, mayoritariamente mujeres, para las cuales los problemas laborales se agudizan severamente), es muy difícil acceder —y al mismo tiempo, muy fácil salir— del mercado de trabajo remunerado. Pero, además, cuando se logra este acceso, frecuentemente la calidad del empleo es ínfima (en términos de nivel salarial, estabilidad contractual, condiciones de trabajo). Es

¹⁷² Excepción hecha de los trabajos de JAVIER CALLEJO (1999) y COLECTIVO IOÉ (1997: 110), que apuntan procesos motivacionales del voluntariado que se corresponden con lo aquí integrado en el tipo profesionista. BÉJAR (2000: 213) también lo señala de manera más tangencial al afirmar que “...la nueva filantropía se cruza con una motivación utilitaria tan potente como es la realización de prácticas profesionales encubiertas”.

éste un caldo de cultivo especialmente propicio para un voluntariado profesionalista, máxime en el contexto del avance del individualismo en su versión utilitaria (que la propia situación laboral refuerza: hay que 'buscarse la vida'), y de un tercer sector que concentra una parte cada vez más importante de los titulados/as sociales en régimen de asalariado¹⁷³.

Sinteticemos el perfil social del colectivo profesionalista, para de esta manera, comprender mejor su proceso motivacional. Son jóvenes titulados/as, o en vías de titulación (que cursan preferentemente los últimos años de sus estudios). Su formación académica se suele identificar con estudios relacionados con el área social: bien trabajo social, psicología, pedagogía, educación social, sociología, educación infantil, etc. El perfil profesionalista se acentúa necesariamente cuando aumenta la edad de los jóvenes voluntarios/as e, imperiosamente, se corresponde con sujetos en paro, precariamente empleados o estudiantes. Esto no implica afirmar, en ningún caso, que todos los voluntarios/as en paro, precariamente empleados o estudiantes respondan al perfil profesionalista, tampoco podemos afirmar que todos los estudiantes o titulados en trabajo social, psicología, etc., presenten una orientación profesionalista, pero sí podríamos hablar al respecto, si se nos permite la licencia, de 'factores de riesgo'. En general, la acción voluntaria del 'profesionalista', se explica principalmente a través de la puesta en marcha de estrategias —de carácter consciente— conducentes a facilitar su inserción en el mercado laboral, y en ese sentido, tendríamos que hablar de su acción voluntaria en términos de una *acción racional con arreglo a fines* (Weber, 1984a: 20)¹⁷⁴.

Desde un punto de vista motivacional, el tipo profesionalista es mucho más 'puro' —o lo que es lo mismo: más simple o 'ideal'— que los anteriores. Parte del dominio hegemónico de la orientación motivacional individualista instrumental o utilitaria (prácticamente en régimen de 'monopolio'), asociada, fundamentalmente, a la aspiración de inserción en el mercado de trabajo a través de la práctica voluntaria. El tipo profesionalista aparece con mucha frecuencia como el último estadio de un largo proceso motivacional (lo cual ilustra la pertinencia de conceptualizar las motivaciones en forma dinámica). En algunos casos, se configura como el punto final de un proceso que arranca del tipo expresivo 'renovado' o del patrón 'complejo' (e incluso en ocasiones grupalista). En estos casos, se produce un fortalecimiento de la orientación instrumental y un

¹⁷³ Hagamos referencia a la elaboración humorística de LOFREDO (2002: 68-69) para ilustrar alguna clave de la orientación profesionalista. "No se engañe colega. El negocio de los años noventa son las ONG. A los que perdieron el tiempo estudiando filosofía, ciencias sociales, historia, relaciones internacionales, letras, pedagogía, economía política, antropología, periodismo, ecología y esas cosas que no sirven para vender pollo frito, no les queda otra cosa que una buena ONG".

¹⁷⁴ Para WEBER (1984a:21) "actúa racionalmente con arreglo a fines quien oriente su acción por el fin, medios y consecuencias implicadas en ella y para lo cual *sopesa* racionalmente los medios con los fines, los fines con las consecuencias implicadas y los diferentes fines posibles entre sí..."

debilitamiento paralelo de la orientación expresiva. Suele ser el tipo de evolución más habitual. Menos frecuentemente, el recorrido asociado al proceso motivacional es inverso: se partiría de una posición motivacional de tipo profesionista y se derivaría a un individualismo complejo¹⁷⁵, siendo más improbable una evolución hasta un voluntariado de carácter grupalista. Dentro de una matriz individualista, este tipo motivacional abandona, en gran medida, la orientación expresiva en favor de la implicación utilitaria (quedando, no obstante, ‘residuos’ variables de las orientaciones moral, expresiva, e incluso, en ocasiones social).

La experiencia como voluntario/a puede hacer replantearse la orientación laboral. La actividad asociativa aparecería como una importante vía de socialización profesional, de decantación de ‘vocaciones’ profesionales. De esta manera, en ocasiones la experiencia voluntaria puede orientar o condicionar la estrategia formativa del sujeto (estimular ciertas preferencias personales por estudios ‘sociales’, relacionados más o menos directamente con la actividad voluntaria realizada) e, incluso, a más largo plazo, hacer concentrar sus opciones o perspectivas de empleo remunerado en el ámbito del sector voluntario (o puede que en organizaciones concretas dentro de éste). En estos casos, los voluntarios/as no ocupan originariamente un nicho motivacional profesionista (podríamos diferenciar un voluntariado pre-formación, y un voluntariado pos-formación —o durante la misma—. Este proceso motivacional aludido, hace cambiar radicalmente la percepción que tiene el sujeto del voluntariado y de las organizaciones voluntarias. Las organizaciones terminan apareciendo exclusivamente como un potencial lugar donde trabajar, donde se concentran las expectativas laborales¹⁷⁶. No obstante, este proceso motivacional no es el dominante en el tipo profesionista (aunque aparece con bastante frecuencia).

Otras veces, nos encontramos con la conformación de las motivaciones hacia el voluntariado directamente a partir del acceso o contacto con ciertos estudios académicos¹⁷⁷. Es éste, el marco de ‘producción’ dominante, y directo, del tipo profesionista

¹⁷⁵ Esta evolución hacia un individualismo ‘complejo’, se fundamenta frecuentemente en el acceso al mercado de trabajo. Se trata de voluntarios/as que a pesar de lograr un trabajo asalariado, mantienen su voluntariado (en ocasiones porque todavía puede contribuir a mejorar su progresión profesional).

¹⁷⁶ “Yo cuando entré a la asociación, a la que te he dicho antes de discapacitados, muy bien, todo era porque me apetecía mucho, y demás, y no le veía tanto la utilidad profesional, pero luego ya, yo cuando estuve con lo del cáncer, y cuando me metí en lo de ‘S’, yo lo que buscaba era un sitio donde yo supiera que después a la larga me iban a contratar. O sea, así de claro, para que te voy a engañar...” (EV2).

¹⁷⁷ “Entré a formar parte de servicios sociales, porque como estoy estudiando educación social, quería... quería empezar a hacer algo. Entonces fui a servicios sociales y me asignaron una mujer de compañía, porque no tenía yo tampoco mucho tiempo” (V7). En otros casos la aproximación se produce al terminar los estudios: “cuando acabé la carrera en julio..., en octubre fui a la asociación a informarme un poco...” (V9).

(tanto en su versión moderada como radical, a las que más tarde nos referiremos). Se trata de un modelo en el que estaría menos marcada la dimensión de proceso, aunque en general, el profesionismo tiende a acentuarse con el paso del tiempo. En ese sentido, el cambio de expectativas con respecto al voluntariado, está también marcado por las distintas etapas vitales que atraviesa el voluntario/a (a lo largo de la adolescencia y juventud). El aumento de la edad, tiende a acentuar el profesionismo, en cuanto presiona progresivamente hacia la incorporación plena del joven voluntario/a a la vida adulta (asociada a la independencia económica). En ese sentido, puede ser interesante recordar las palabras de R. Castell (1999: 15) cuando nos recuerda que el trabajo es “un soporte privilegiado de inscripción en la estructura social”. Durante la adolescencia y primera juventud, la dependencia económica con respecto a los padres no es vivida como gravosa, es simplemente ‘normal’ y lógica. No hay expectativas inmediatas o mediatas de emancipación. Al acceder a la segunda juventud, se atraviesa un tránsito económico muchas veces largo y difícil hacia la adultez. La vivencia ligada al voluntariado cambia entonces radicalmente, la experiencia que, por sí misma, podía ser gratificante en el pasado —habiendo una cierta apertura a la orientación expresiva— deja de serlo, porque se buscan otros objetivos cuya consecución se hace cada vez más acuciante, y en ocasiones, hasta dramática para el sujeto.

Así, en un primer momento vital, muchos/as profesionistas —seguramente en la primera etapa de realización de sus estudios sociales— vieron en el voluntariado una forma de adquirir experiencia laboral y de activar simultáneamente su tiempo libre realizando actividades gratificantes —la centralidad motivacional del ‘yo’ era también absoluta en los inicios—. Pero, llega un momento en el que el planteamiento motivacional deviene hacia un utilitarismo puro; lo que se anhela es un trabajo remunerado, y su perspectiva es lo único que puede compensar las tareas asociadas al voluntariado. El voluntariado sólo puede entenderse como inversión instrumental¹⁷⁸. Sin expectativas ciertas de rentabilización, el voluntariado aparece como una ‘pérdida de tiempo’, y hasta —como veremos— origen de irritación. Las antiguas fuentes de diversión ligadas a la actividad voluntaria (usualmente vinculadas a lo expresivo) ya no pueden ofrecer nin-

¹⁷⁸ “Llega un momento que tú tienes una edad que ya no te apetece perder el tiempo con esas cosas por mucho que te gusten, tú dices: «bueno pues yo necesito pues encaminarme un poco al trabajo» [...] sabiendo que, que por otra manera, haciendo lo mismo voy a cobrar, pues te apetece... trabajar en eso” (GD1). “...Yo por ejemplo la primera vez que fui voluntaria, fue en una asociación que dice ella de sacarlos los fines de semana, y me metí también un poco con la idea de... me había metido a estudiar para educador de disminuidos psíquicos y realmente nunca había trabajado con ellos, entonces me metí un poco como para conocer ese mundo, y para eso, pues estaba genial la asociación ¿no? conocías todo tipo de chavales, estabas con ellos, compartías con ellos y tal... Y luego, ya llegó un momento que me pasó lo que dice ella, que me dejó de aportar algo, ¿sabes?, que todo lo que tenía que aprender ya lo había aprendido y no... me resultaba ya un poco aburrido” (GD1)

guna compensación¹⁷⁹. La gratuidad, el altruismo, aparecen como una pérdida de tiempo que les aleja su objetivo vital central, una meta que se les escapa insistentemente entre las manos, y que siguen persiguiendo con impotencia. Es en este momento, cuando en el tiempo libre sólo caben, bien la diversión puramente hedonista, bien la rentabilización utilitaria (que se alejaría de la vivencia de ocio).

El voluntariado profesionalista dista de configurarse como un colectivo homogéneo, encontramos una marcada gradación entre posiciones más moderadas y radicales. En primer lugar trataremos de aproximarnos al voluntario/a *profesionista moderado*. Este voluntario/a se distingue por una orientación motivacional vinculada a una aproximación gradual al mercado de trabajo, un acercamiento de carácter no urgente, no identificado con una necesidad de inserción inmediata. Pretende, fundamentalmente, —y a medio plazo— acumular experiencia rentabilizable posteriormente en su acceso al trabajo asalariado. El voluntariado se identifica como una vía de formación, un complemento a lo académico. El voluntario/a no aspira a una incorporación inmediata —ni a toda costa— al mercado laboral a través de la organización en la que participa, y no desarrolla un discurso hostil a la figura del voluntariado, aunque sí parcialmente ambivalente. En este caso, la orientación utilitaria puede estar acompañada secundariamente por la orientación expresiva o moral, lo que le aproximaría motivacionalmente al tipo individualista complejo. La diferencia con respecto a éste último, reside en que el ‘crecimiento’ buscado es exclusivamente profesional, y que desaparece completamente la dimensión participativa de la acción (no se confiere este sentido al voluntariado).

Los voluntarios/as profesionistas moderados presentan muchas veces una racionalización motivacional muy pobre¹⁸⁰. Esta escasa racionalización, a veces se concreta (y oculta) tras una formulación motivacional negativa. Esto es, el voluntario/a opta por señalar la ausencia de razones por las que no hacer voluntariado, en vez de señalar sus motivaciones concretas para explicar su acción¹⁸¹. El profesionismo tiende a situarse discursivamente en un segundo plano entre los moderados, pero aunque la orientación utilitaria sea en ocasiones racionalizada sólo parcialmente, tal hecho no niega su absoluta centralidad motivacional¹⁸². Los profesionistas parecen sensibles a los discursos so-

¹⁷⁹ “Ahora estoy muy cabreada. Cuando he estado tanto tiempo siendo voluntaria, que era muy divertido, pero que ahora ya deja de ser divertido, porque todo el mundo te quita los puestos de trabajo y...” (GD1).

¹⁸⁰ Podemos encontrar un ejemplo en esa dirección. Una de nuestras voluntarias entrevistadas hablaba de su voluntariado en términos de “un *lapsus* que te viene” (V4). A parte de aparecer como un verdadero lapsus discursivo, es evidente que la voluntaria demuestra una escasa racionalización motivacional de la acción voluntaria.

¹⁸¹ “...Y porque es algo, que... que tampoco, si tienes tiempo, no veo porque no lo vas a hacer. Es algo así.” (V4). Se asocia el voluntariado en cierta medida a la normalidad, a un comportamiento típico.

¹⁸² Es por eso que las aproximaciones motivacionales de tipo cuantitativo, aquellas construidas metodológicamente a través de encuesta estadística (en cuanto construidas sobre racionalizaciones individua-

ciales dominantes que 'construyen' el voluntariado en clave moral. Estos voluntarios/as llegan a admitir explícitamente en su discurso su interés profesional en el voluntariado, pero simultáneamente se arrojan la marca de sujetos morales¹⁸³, se rodean —en cierta medida como protección— del discurso convencional de tipo moral¹⁸⁴. Su racionalización motivacional tiende a matizar y desplazar parcialmente lo instrumental. Estos profesionistas preparan un cierto parapeto motivacional para matizar (y así hacer más aceptable social y personalmente) las razones que les empujan a realizar voluntariado. Resulta significativo, constatar que los profesionistas moderados compaginan el uso de conceptos de clara ascendencia moral (la 'ayuda'), con equivalentes más asépticos o técnicos (como el 'apoyo' o la 'intervención'), a la hora de referirse a la acción voluntaria. A diferencia de los moderados, los profesionistas radicales presentan un discurso utilitarista 'fuerte', sin ningún tipo —salvo excepción— de concesión moralista. Finalmente, si recordamos la estrategia discursiva que atribuimos más atrás a los voluntarios/as 'complejos', nos daremos cuenta de que ésta era opuesta a la que presentan los profesionistas moderados, dado que los primeros rechazaban discursivamente cualquier tipo de orientación moral —aunque en su proceso motivacional estuviera sutilmente presente—.

Los profesionistas moderados se enfrentan a una evidente dificultad a la hora de moralizar plenamente su acción voluntaria. Pero, si bien no es fácil moralizar directamente la opción utilitaria sobre la actividad voluntaria, sí es mucho más fácil moralizar la opción formativa que inspira en última instancia la realización del voluntariado¹⁸⁵. Su opción por los estudios se presenta como plenamente moral, y por extensión, su voluntariado también lo es. De forma paradójica, los moderados/as denuncian la abundancia

les, trasladadas a la elección entre las opciones de respuestas ofertadas) tenderían necesariamente a infravalorar, e incluso, eliminar este tipo motivacional profesionista moderado, confundiéndolo con toda probabilidad con tipos con una orientación motivacional moral o expresiva dominante.

¹⁸³ Una ejemplo claro de la orientación profesionista y el revestimiento moral, lo encontramos en la siguiente cita: "Que yo *quiero trabajar en esto*, y *quiero vivir para esto*" (V8).

¹⁸⁴ Incluso encontramos voluntarios/as que realizan simultáneamente tareas de voluntariado y prácticas, y que en su discurso atribuyen a estas últimas una dimensión predominantemente moral, 'ocultando' su exclusiva dimensión formativa.

¹⁸⁵ Por ejemplo en la entrevista V8, la voluntaria al ser preguntada por las causas de la elección de sus estudios, responde: "no puedo pasar mi vida dedicándome a mí misma ¿no? Que no es negativo, ¿no?, que en parte claro que sí se debe ¿no?, pero... pero no quiero, no quiero formar parte pasiva de la sociedad". Se nos presenta una opción plenamente moral por sus estudios. De todas maneras, al mismo tiempo es interesante constatar que entre los profesionistas existe una dificultad generalizada a la hora de racionalizar su orientación motivacional con respecto a los estudios. Las referencias suelen ser muy pobres y finalmente están repletas de indeterminación. "A mí eso siempre me llamó la atención, tratar con gente... marginada o colectivos desfavorecidos, siempre, y *no sé porqué yo tendía a eso*" (GD1).

de un voluntariado caracterizado por motivaciones espúreas (no morales), y la escasez de un voluntariado genuino (en el que implícitamente se incluyen).¹⁸⁶

Para finalizar con esta caracterización podemos señalar que los voluntarios profesionistas moderados presentan un discurso ambivalente frente a las consecuencias del voluntariado¹⁸⁷, divididos entre la valoración moral positiva y la preocupación por la sustitución de trabajadores asalariados por sujetos voluntarios. Ahí reside una de sus principales diferencias con la variante radical, mucho más beligerante con el voluntariado.

En segundo lugar, vamos a caracterizar brevemente el segmento más ‘puro’ de este tipo motivacional, representado por los *profesionistas ‘radicales’*. La orientación hacia el voluntariado se fundamenta principalmente en una estrategia sistemática, calculada, y en todo momento consciente (en definitiva, perfectamente racionalizada), de consecución de un puesto de trabajo remunerado —lo antes posible—. Ellos/as, en realidad no se identifican con la figura del voluntario/a (quizá en un pasado más o menos reciente sí lo hicieron), simplemente pretenden incorporarse al mercado laboral, pasar a ser trabajadores/as —asalariados—, y en ese sentido, ser sujetos sociales ‘plenos’. Tal estrategia y tal orientación motivacional extrema (que excluye o minimiza drásticamente los ejes motivacionales moral y social, e individualista expresivo) está siempre asociada a un discurso crítico dirigido hacia el voluntariado, en ocasiones marcadamente anti-voluntario, centrado casi exclusivamente en el diagnóstico, según el cual, el voluntariado supone una sistemática sustitución de personal profesional, esto es, implica la destrucción de puestos de trabajo. El argumento es el siguiente: los voluntarios/as —*todos*— ocupan puestos de trabajo, y de esta forma, bloquean el acceso a los profesionales formados académicamente (ellos/as), desde su punto de vista, los únicos capacitados para realizar tareas ‘sociales’. Los profesionistas radicales están sometidos a una fuerte disonancia entre su discurso y su actividad voluntaria, y por ello, objetivan de manera muy clara las paradojas y ambivalencias que atraviesan al voluntariado. Mientras que el profesionista moderado busca fundamentalmente experiencia rentabilizable laboralmente,

¹⁸⁶ Refiriéndose a este voluntariado no deseable (autocentrado motivacionalmente —como ellos mismos—) se afirma en la misma entrevista (V8): “Es como si la gente no supiera donde... donde llenar su tiempo, donde ir... [...] pero realmente no con la motivación que con la que debería ir un voluntario”. No se estima apropiado que la gente que presenta ‘déficits’ personales se embarque en tareas voluntarias: “«me encuentro mal conmigo mismo pues voy a ayudar a otros y así mi ego lo voy a...»” (ibíd.). Lo que no se critica en ningún caso (lógicamente) es la apertura profesional a través del voluntariado.

¹⁸⁷ “Es bueno, y es malo, porque hay asociaciones, por ejemplo en la que estoy yo, sólo hay una que está trabajando, el resto somos voluntarios, y a lo mejor unas cuantas plazas las podrían ocupar profesionales, que están en paro o que no encuentran trabajo. Es bueno porque ayudas y das oportunidades a la gente a que ayude, pero es malo por eso, porque a lo mejor quita... quita puestos de trabajo” (V7). El crítica al voluntariado desde una perspectiva laboral dista mucho de ser categórica, de ahí el recurso a la fórmula ‘a lo mejor...’.

el profesionalista radical busca un trabajo remunerado, la rentabilización inmediata y monetaria de la experiencia que ya se posee. En las siguientes páginas tenderemos a concentrarnos especialmente en el análisis de la variante radical, en tanto en cuanto las especificidades del segmento moderado han sido ya en gran medida presentadas.

Entre los profesionalistas radicales, existe un interesante microsegmento, que utiliza el voluntariado y el asociacionismo como estrategia de autoempleo. Se articula a través de la creación de una nueva y pequeña asociación, como vía alternativa a la inserción en el mercado de trabajo¹⁸⁸. Es por eso, que no se trata de una iniciativa participativa, sino estrictamente ‘profesionista’. En este caso, se espera que el periodo de actividad voluntaria (sin remuneración) sea lo más breve posible y que conduzca a un empleo digno. Podríamos hablar en términos de semivoluntariado, dependiendo, fundamentalmente, del acceso a subvenciones. En general, se pretende trasladar al proyecto un cierto elemento ‘alternativo’, hacer las cosas de manera distinta a las grandes corporaciones voluntarias¹⁸⁹. No obstante, su objetivo es introducirse y hacerse un hueco en el mercado de los servicios sociales, y ahí, su posición es idéntica a la del resto de organizaciones que concurren a las subvenciones públicas¹⁹⁰. La gran preocupación de estos profesionalistas es dignificar la posición del profesional asalariado.

Centrado desde una perspectiva motivacional absolutamente en el ‘yo’, en el caso del voluntario/a profesionalista, no hay lugar para el establecimiento de un compromiso personal o una identificación con la organización, sus objetivos o sus proyectos (salvo que hablemos de una estrategia de autoempleo). Su adscripción es externa, no existe un vínculo personal con la iniciativa (por eso se habla de ‘hacer un voluntariado’, y nunca de ‘ser voluntaria/o’). Los profesionalistas son voluntarios/as exclusivamente mientras existen expectativas de rentabilización —inmediata o a medio plazo— de la actividad voluntaria en términos de aproximación al trabajo remunerado (a través de la formación/titulación, de la acumulación de experiencia acreditable documentalmente, o del acceso a contratos remunerados). Es éste, un medio muy propicio para que aparezca una elevada ‘infidelidad’ e insatisfacción con las organizaciones de voluntariado. Al no existir un compromiso personal firme (ni con la organización, ni con los sujetos con los que se interactúa: receptores, profesionales e, incluso, voluntariado), este tipo de voluntario/a abandona fácilmente la organización, en cuanto no se cubren sus expectati-

¹⁸⁸ “Buscarnos un poco el trabajo, aunque asociativo, pero un trabajo por cuenta propia ¿no? [...]. Buscábamos una forma de autoempleo” (V17).

¹⁸⁹ A partir de ahí se pretende “dirigir, o coordinar, o gestionar de una manera distinta los programas” (V17).

¹⁹⁰ El enfoque queda claro cuando se nos dice: “tu asociación es tu producto” (V17). Se trata de un ‘producto’ para vender en el mercado de los servicios sociales, más que una iniciativa social/ideológica.

vas¹⁹¹, o cuando está sometido a situaciones que considera de abuso o explotación (a las que es muy sensible)¹⁹². El abandono también puede estar relacionado con el acceso a otros programas u organizaciones que el voluntario/a considera más interesantes o productivos (siempre desde una perspectiva laboral), o con la aparición de puntos de fricción —por mínimos que sean— con otros roles sociales (estudios, etc.)¹⁹³. Por último, el voluntario/a profesionalista radical tiene claro que dejará el voluntariado cuando consiga un trabajo asalariado digno¹⁹⁴.

El vínculo con la organización es mínimo y meramente funcional. Los profesionistas no muestran demasiada preocupación por el perfil ideológico de la organización, o incluso, si tiene o no carácter confesional¹⁹⁵. Lo relevante son los resultados utilitarios que tiene para el sujeto voluntario. La concepción exclusiva respecto a la acción voluntaria, es su reducción a simple trabajo, y la elusión de su dimensión participativa. En el caso de los profesionistas aparece claramente la noción de mercado de trabajo voluntario (ofertas y demandas), en el que es difícil promocionar. Un mercado en el que los trabajos voluntarios más apetecibles (los más profesionalizados funcionalmente, los más técnicos) son relativamente escasos¹⁹⁶.

¹⁹¹ “...Aquello querían que nosotras le diéramos... hiciéramos de aquello un proyecto. No nos interesaba porque había que comenzarlo, había que hacer mucho trabajo ahí, y todo siendo un voluntariado. No había apoyos... Si hubiéramos obtenido algún beneficio, imagino que sí... No continuamos luego” (V14). En este caso el abandono se vincula también a que el esfuerzo y demandas planteadas a los voluntarios/as son excesivas (de nivel ‘profesional’). Otra entrevistada apunta que seguirá realizando tareas de voluntariado “hasta que vea que hay algo que me lo impida o que encuentre otra cosa ¿sabes? Porque este mundo [se refiere a los estudios de trabajo social] es el ver cosas que te gusten, el ver cosas que te motiven; en el momento que me deje de motivar...” (V4). El nivel de motivación subjetivamente percibida, deriva exclusivamente de lo profesional.

¹⁹² “...Cuando vea que me están *explotando* y que se están riendo de mí y que no saco nada, porque además estoy de *chica de los recados*, y a mí eso no me aporta nada, pues me piro ¿sabes?, que tienes que estar donde lo consideres y ya está...” (GD1). La explotación se vincula con frecuencia al no respeto del nivel académico logrado —de la titulación en definitiva—, al ser confinado a tareas de carácter no técnico.

¹⁹³ “*Aproveché* que empezaban los exámenes, me despedí de la mujer [realizaba una labor de acompañamiento a una persona mayor], muy a su pesar y el mío” (V7). Esta voluntaria volvería a su actividad en septiembre, pero cambiando de programa. Resulta realmente significativo el recurso al verbo ‘aprovechar’, se quiere construir una justificación creíble.

¹⁹⁴ Las perspectivas de continuar con el voluntariado se restringen en el tiempo “hasta que encuentre un trabajo” (V14).

¹⁹⁵ En la entrevista V4, la voluntaria realiza su acción en el marco de una organización confesional de tipo religioso, pero afirma al respecto (aun cuando manifiesta ser una persona nada religiosa, lo cual insiste en dejar claro a lo largo de la entrevista): “pero que vamos, que... que me da lo mismo que sea religiosa que no”.

¹⁹⁶ “Si me ofrecen estar en otro sitio [dejaría este], lo que pasa es que está muy difícil... que es que está muy difícil entrar en los sitios” (V4).

Podemos hablar en términos de un voluntariado ‘mercenario’ —eludiendo incluir cualquier tipo de connotación moral de tipo peyorativo en tal calificación—, en el sentido de que estos voluntarios/as revisan más o menos sistemáticamente las ofertas existentes en el ‘mercado de trabajo voluntario’, a la búsqueda —en función de sus intereses profesionistas— de los puestos de trabajo voluntario de mayor valía. Por otra parte, denuncian la escasez de ofertas remuneradas y la gran proliferación de ofertas de trabajo voluntario en el seno de las organizaciones voluntarias. Los voluntarios/as profesionistas, consultan y utilizan habitualmente como método de búsqueda (mucho más que los voluntarios/as que se ubican en el resto de tipos motivacionales) las ofertas contenidas en anuncios —en prensa y otros medios—, bolsas de voluntariado, o difundidas a través de diversas ‘ferias’, para acceder a su acción voluntaria. Aunque recurran a ellos, los profesionistas son especialmente críticos con la existencia de anuncios y bolsas de trabajo voluntario. A pesar de ello, las relaciones informales (habitualmente entre compañeros de clase), siguen funcionando como una importante fuente de información y medio de acceso. Con frecuencia, nos encontramos ante un voluntariado puntual, una adscripción circunstancial, no inserta en ningún programa continuado (por ejemplo, como se relata en nuestro GD1, participando como monitor/a en un campamento de disminuidos psíquicos durante una quincena del verano, o un fin de semana, etc.).

No debemos de olvidar que las propias organizaciones voluntarias, están promocionando en ciertos casos (cada vez más numerosos) esta vinculación exclusivamente instrumental del voluntariado, al no proporcionar ningún tipo de cauce participativo y de identificación del voluntariado con la entidad, y por tanto, al reducir al voluntario/a al papel de mero suministrador de mano de obra —realidad muy alejada del modelo de participación asociativa—. Podemos hablar por tanto, de una adaptación funcional mutua de organizaciones y voluntariado, que se concretaría en la aparición de lo que podemos denominar como el ‘voluntariado a la carta’.¹⁹⁷

Para optimizar sus opciones de promoción asalariada en el mercado laboral, encontramos entre los profesionistas una fuerte diversificación de la actividad voluntaria, encontrando ejemplos de poli-voluntariado, y sobre todo, es muy frecuente una elevadísima —y extraordinariamente rápida— rotación entre distintos programas y organizaciones. No obstante, esta estrategia puede ser contraproducente en ocasiones, puesto que las organizaciones voluntarias suelen preferir voluntarios/as que han demostrado

¹⁹⁷ En ocasiones encontramos ejemplos de una cierta ‘negociación’ entre voluntario/a y organización. “Yo entré con una condición, dije que yo tenía muy poco tiempo, y que entonces yo necesitaba flexibilidad. Flexibilidad para mí significaba, poder elegir un día a la semana de ir, [...] o que yo no tuviera por ejemplo una hora de entrar [...] y luego también flexibilidad a la hora de elegir el día” (V6). Está búsqueda de flexibilidad formalizada (voluntariado a la carta), no tiene nada que ver con la colaboración flexible característica de la pequeña iniciativa asociativa, de carácter mucho más informal y menos burocratizada.

una fuerte fidelidad, o una larga trayectoria de colaboración (aunque a veces se denuncia lo contrario¹⁹⁸). Especialmente entre el voluntariado profesionalista moderado, el afán de rápida rotación entre diversos programas y colectivos, tiene que ver también con una finalidad formativa, se trata de diversificar las experiencias, para enriquecer al máximo el currículum y optimizar la posibilidad de una contratación futura (a medio plazo)¹⁹⁹. Otras veces, la argumentación gira más en torno a la especialización²⁰⁰. Por último, la búsqueda de rotación se corresponde también para este segmento moderado con lo que se presenta como una prueba de capacidad para el ejercicio profesional (con respecto a diferentes colectivos), comprobando la adecuación caracterial para este tipo de trabajo (que ‘se vale’)²⁰¹. Para los profesionistas moderados la actividad voluntaria, aparece como una actividad orientada fundamentalmente al ‘ver’, desde una óptica profesional, esto es, hacerse una idea como está el sector, y al mismo tiempo, reubicarse profesionalmente²⁰². Así, el afán de rotación para ‘ver’ y ‘conocer’ es más característico de los profesionistas moderados, pendientes de pasar por muchos campos diferentes. Los radicales buscan, a través de la rotación, una mejora de sus posibilidades inmediatas de contratación, dado que en su opinión, ellos no presentan déficits formativos, no necesitan acumular más experiencia, no necesitan más prácticas. Íntimamente, su sensación es muy distinta. Tal hecho se refleja en forma de lapsus discursivos, por ejemplo, refiriéndose al voluntariado en términos de ‘prácticas’ profesionales y corrigiéndose de manera inmediata.

Partiendo de su orientación motivacional exclusivamente instrumental o utilitaria (reducida a las aspiraciones profesionales), es lógico que los/as *profesionistas radicales* elaboren un discurso que ‘rehabilite’ —justifique— su aproximación ‘interesada’ (amoral) al voluntariado. Para ello, recurren a un análisis de las condiciones del mercado

¹⁹⁸ Una de las razones esgrimidas para explicar por qué las organizaciones tienen resistencias para contratar a los voluntarios/as más fieles es la siguiente: “porque el buen voluntario te interesa tenerlo como voluntario. Porque si no te vas a quedar con el voluntariado que no es... que no le puedes sacar provecho” (V17).

¹⁹⁹ “Si yo veo que me abren otra puerta, de que estoy ahora con personas mayores, pues a lo mejor con niños [...], el cambiar un poco para que te abra caminos y tú tengas más experiencia” (V4).

²⁰⁰ “Sí, irte especializando en lo que tú vas a... quieres trabajar, te vas a dedicar a... pues eso, a un ámbito laboral y quieres ir especializándote un poco” (GD1).

²⁰¹ “Supongo que hay que ir probando un poco para ver, donde puedes quizás aportar más [...], a lo mejor soy una inútil trabajando con prostitutas, y los niños se me dan genial” (V8). “Por un poco conocerlo, adquirir un poco de experiencia, tener un contacto más directo con esa gente, y... bueno, por probar a ver que tal, porque bueno, que es diferente estar en clase, y decir «ah, sí, yo creo que valgo», a luego estar directamente en el campo y decir «bueno, pues a lo mejor es que no valgo para este trabajo, o sí». Entonces, bueno, pues a lo mejor un poco... egoístamente, entre comillas [se ríe], de decir, «venga pues voy a probar a ver si soy capaz de trabajar con estas personas»” (V9).

²⁰² “El entrar de voluntaria, pues sí, pues porque ahora mismo es la única manera que tengo para, como para ver... lo que yo quiero hacer” (V4).

de trabajo asalariado en el área social. Al margen de las altas tasas de paro y elevada precarización que afectan laboralmente a los titulados sociales, los profesionistas son conscientes de la reestructuración que está afectando al sector de los servicios sociales, asociada a un crecimiento importante de los programas desarrollados y gestionados desde el tercer sector. Saben en definitiva, que las organizaciones voluntarias están creciendo y contratando progresivamente a más titulados sociales. Además, en algunos segmentos, por ejemplo si nos referimos a técnicos de cooperación internacional, o de tratamiento de toxicomanías, las organizaciones voluntarias contratan —y forman— a la mayoría de estos técnicos²⁰³. Por eso, los voluntarios/as profesionistas se plantean la actividad voluntaria como una fase imprescindible en el proceso de aproximación hacia un trabajo asalariado²⁰⁴. Se trata de “meter la cabeza” (V14) para después seguir y esperar culminar un largo proceso de promoción interna²⁰⁵. La estrategia de los profesionistas, pone de relieve, la expectativa que tienen con respecto a la realización de contratos de carácter ‘endogámico’, o lo que es lo mismo, basados en el habitual particularismo de las organizaciones²⁰⁶. Estamos ante una adaptación funcional del tipo ‘así funcionan las cosas’. De todas maneras, entre los profesionistas es una constante señalar que su óptimo laboral lo sitúan en la administración, debido fundamentalmente a las condiciones laborales mucho más favorables que disfrutaban los titulados sociales en el sector público. No obstante, tienen claro que, muy probablemente, terminarán trabajando en organizaciones voluntarias, por lo tanto, allanan su camino a través de la actividad voluntaria, hacen currículum²⁰⁷. El voluntariado aparece como un espacio absolutamente análogo al de las prácticas. Ello es especialmente cierto para el segmento moderado. En el caso

²⁰³ “Solamente puedes trabajar en... en ONGS, nada más” (V1).

²⁰⁴ “O haces voluntariado o no trabajas. Una persona que ahora mismo no haga voluntariado, no va a trabajar en su puta vida...” (V17).

²⁰⁵ La secuencia esperada por los voluntarios/as profesionistas es la siguiente. “Si tienes la suerte de empezar de voluntario e ir cogiendo experiencia, vas escalando posiciones, y haciéndote conocer también, que luego la gente, pues eso, te conoce, vas de voluntaria pues a centros y cosas así, luego tienes el título y con mucha suerte, muchas veces te contratan” (GD1). “...Y entonces de esta manera [a través del voluntariado], abres puertas también, [...] luego a lo mejor dicen «mira aquí teníamos una voluntaria de educadora social» [...]. Yo pienso que sí, que a la hora de necesitar personal, van a tirar de gente voluntaria, que quiera trabajar ahí; pienso” (V7).

²⁰⁶ Lejos de lo que pueda parecer, el particularismo no sólo se muestra prospero en el entorno universitario; las organizaciones voluntarias, al igual que el mundo empresarial —ámbitos que no suelen ser señalados—, y en multitud de casos el Estado, confían más en los vínculos y el conocimiento personal preexistente, las referencias, etc., a la hora de promover la funcionalidad y eficacia en la organización, que en la evaluación objetiva y abierta (racional) de los candidatos. Afirma PERROW (1993: 8) que “es probable que los criterios de eficacia y particularismo entren en conflicto, puesto que los trabajadores más eficientes pueden carecer de las características sociales concretas deseadas”. Y que, aunque el desarrollo de la burocracia (en términos de racionalización organizativa) ha consistido, en parte, en un intento de eliminar el particularismo de las organizaciones, esto ha resultado difícil, debido a que las organizaciones son profundamente «sociales», en el sentido de que todo tipo de características sociales afectan intencionadamente su funcionamiento (ibíd.: 9).

²⁰⁷ “Lo único que le puedes meter al currículum es un voluntariado” (V17).

de los radicales, éstos tienden a restringir el sentido de la acción voluntaria —aunque sigan adquiriendo experiencia a través de ella— a un meritaje organizativo, puesto que, como nos repiten insistentemente ellos/as ya están formados, no necesitan más prácticas, son verdaderos profesionales (sólo, a falta de un salario).

Los profesionistas (especialmente el segmento radical) muestran especiales dificultades para conceptualizar una participación de corte asociativo, que no se fundamente en objetivos profesionales, que no esté vinculada a la complementación de formación académica, la adquisición de experiencia laboral, o el acceso a un trabajo asalariado. De este modo, los profesionistas presentan una cierta distorsión en su lectura del panorama del voluntariado y la participación social (como hemos ilustrado hasta aquí, la presencia social del voluntariado no utilitarista es también importante). Esta lectura distorsionada, es, por otra parte, absolutamente lógica, en cuanto se construye a partir de sus experiencias inmediatas y coordinadas sociodemográficas y culturales particulares, y en ese sentido, lo que les rodea, es un universo fundamentalmente profesionista²⁰⁸. Su modelo de referencia no se corresponde con un voluntariado involucrado con la asociación, y tienden a minimizar el volumen de participación social entre los jóvenes. Los profesionistas inciden sobre la presencia y fuerza de la motivación estrictamente instrumental. Para ellos, la gran mayoría de los voluntarios/as son profesionistas²⁰⁹. Así, evocan un voluntariado constituido por titulados/as o estudiantes de estudios sociales. La abun-

²⁰⁸ “Por ejemplo, informático no he conocido a nadie que sea voluntario [...] A lo mejor los hay, pero vamos, yo no he conocido a nadie que..., en cambio sí he conocido sociólogos ¡claro! [ella es socióloga], o he conocido pues... antropólogos, o psicólogos... pero ningún informático, ningún ingeniero en telecomunicaciones...” (V1).

²⁰⁹ Se minimiza la presencia del voluntariado no profesionista (“el voluntario que se lo cree”, V17), que a veces se identifica con un colectivo “muy jovencito [...] que] se lo cree, y trabaja, y hace lo que puede, y muy bien [...]. Y luego está el voluntariado que yo generalmente he conocido, que es el voluntariado de facultades, y... y que no es voluntariado, o sea, es voluntariado porque se define como voluntariado. Pero es gente que está obligada a pasar por un periodo de tiempo sin remunerar, para que luego tenga alguna posibilidad de que le llamen y pueda entrar a formar parte de algún programa [como contratada], etcétera ¿no? Entonces, eso no es ningún voluntariado ni nada, yo creo, además, que ese porcentaje de voluntariado es mucho más alto que... que el otro [...]. Es condición ‘impepinable’ el voluntariado, entonces no es un voluntariado, es una obligación que te están marcando ya estas entidades para poder acceder al mercado laboral [...]. La gente lo que quiere es que le pagues por ello” (V17). En nuestra entrevista V1 encontramos otra formulación paralela: “La gran mayoría [del voluntariado], lo que domina es el tema profesional. Sí, sí, sí, el noventa por ciento [...]. No sé, yo creo que es lo normal, porque si casi todo el mundo es gente joven, ahora mismo, tal y como están las cosas [referencia al mercado de trabajo], la mayor parte son licenciados, y... me parece... me parece lo más normal. Si realmente estuviéramos en... a pleno empleo... habría muchos menos voluntarios [y se ríe]. Creo que casi no habría ¿eh? estoy convencida. Lo que pasa es que como ahora hay... hay mucho paro y... hay gente que sale [nuevos titulados], y ¡claro!, si no tienes experiencia tampoco te van a coger en muchos sitios... por muchas políticas que digan... Entonces, yo creo que sí, que la mayor parte de la gente está por... por tema de experiencia o... tener posibilidades de entrar si sale una plaza de algo [...]. En el momento en el que empiece a mejorar el tema del trabajo... de los puestos de trabajo, empiece tal, el voluntariado caerá en picado, eso estoy convencida” (V1).

dancia de motivaciones profesionistas, son valoradas como lógicas ante la situación laboral adversa que afecta a sus titulaciones.

Los voluntarios/as profesionistas, no condenan como tal al asociacionismo, pero sí su articulación dominante sobre el trabajo voluntario. Su modelo ideal se concreta en un asociacionismo absolutamente profesionalizado. No son conscientes de que tal planteamiento es incompatible con la existencia del asociacionismo en sentido estricto. Como señalamos más atrás, el voluntariado (o la más en desuso militancia), en definitiva el trabajo sin remuneración, es un elemento estructuralmente indispensable para la existencia de un verdadero asociacionismo, es su signo distintivo. Los profesionistas, desenfocan gravemente el problema, al no darse cuenta de que el asociacionismo sin trabajo gratis, desaparecería irremisiblemente en favor de una actividad ‘empresarializada’ de simple oferta de servicios. Otra cuestión diferente es entrar a valorar y criticar el papel que se atribuye a los voluntarios/as en las organizaciones voluntarias, aspecto que ya hemos abordado. Por otro lado, el voluntariado aparece ante los profesionistas, no como una tarea participativa grupal, sino como un trabajo individual.

Además, los/as profesionistas perciben el voluntariado, el asociacionismo, y las organizaciones voluntarias como espacio exclusivo de prestación de servicios, más concretamente, en clave de oferta de servicios sociales (por supuesto, desde su análisis, potencialmente profesionalizables en su totalidad). En ese sentido, la participación no puede ser valorada como un fin en sí misma. Lo reivindicativo, ideológico, político, social, desaparecen completamente de su horizonte, barridos por sus necesidades laborales. La participación asociativa queda fuera de su esquema interpretativo, en cierta medida se niega²¹⁰. Así, nos encontramos con un voluntariado que no es capaz de atisbar (operativizar conceptualmente) las diferencias y límites entre un proceso participativo —como el voluntariado— y una actividad profesional. Aunque no debiéramos sorprendernos, no son muchas las organizaciones voluntarias que se muestran capaces de (o dispuestas a) afrontar la demarcación de la frontera entre lo profesional y lo participativo. La administración tampoco demuestra tenerlo (o quererlo tener) demasiado claro. Por ejemplo, cuando proponen y estimulan procesos de selección de ‘participantes’ según criterios exclusivamente gerencialistas.

²¹⁰ La negación aparece incluso cuanto parece abordarse una tibia defensa de la participación. “Entonces, participación ciudadana, sí, pero.. uff, pero para qué, porque realmente lo que estamos consiguiendo es que la administración no se meta en terrenos donde se tendría que meter ella. Les hemos quitado, les hemos limpiado las manos en mogollón de... de historias [...] que nunca se van a recuperar [la prestación de servicios por parte del Estado]” (V17). En definitiva, nuestro voluntario dice implícitamente ¡participación ciudadana, no!, porque sólo la concibe en términos de prestación de servicios, elimina su dimensión política. Lo que no llega a formular en su intervención es un corolario obvio a sus planteamientos: el ideal, pasa por la desaparición del asociacionismo por crecimiento, absorción y cooptación estatal.

En este tipo motivacional, la orientación de carácter social está ausente. Entre los profesionistas, nos encontramos con una lectura dominante de los ‘problemas sociales’ en clave exclusivamente profesional, esto es, como campos de realización laboral (con un sentido individual). Es inevitable que se desdibujen de la evaluación o referencia, los elementos más expresivos y morales. Más que de incidir sobre, o resolver esos problemas sociales (aunque ‘intervenir’ sea un elemento central), se trata fundamentalmente de intentar vivir de ellos. Por tanto, en general encontramos una aproximación aséptica y acrítica, que se disuelve necesariamente (hacia un ligero expresivismo) cuando se descende a la consideración concreta de los sujetos afectados con los que se interacciona (entonces un planteamiento utilitarista es simplemente obsceno, y desaparece radicalmente de los discursos de los profesionistas). Pero, a modo de constante, ante los problemas sociales genéricamente enunciados se muestra más interés (utilitarista) o atracción profesional²¹¹, que inquietud, preocupación, indignación, etc. (morales), o que concienciación política/social. La perspectiva del cambio social desaparece en favor de la búsqueda de “movimientos personales” (V14). Se trata, a través de la consecución de una serie de cambios internos absolutamente personalizados/individualizados — básicamente cambios de actitud—, de una adaptación al medio. Se rehuye un análisis causal.

Por otra parte, los estudios sociales realizados, o en fase de realización, ‘imponen’ una cierta categorización de la realidad circundante, a través de la transmisión — implícita o explícita— de modelos teóricos y conceptuales, y sobre todo, de modelos y herramientas de intervención técnica. Estando estos últimos repletos de planteamientos no tanto científicos —aunque así se pretenda en las distintas facultades y escuelas— como morales e ideológicos (una vez más, dentro de la corrección política imperante: se habla de integración...). Estos modelos proporcionan al voluntario/a profesionista una amplia panoplia de conceptos (‘campo’, ‘intervención’, ‘metodología’, ‘proyecto’, etc.) que usa con profusión en su discurso —una manera más de diferenciarse del señalado como voluntario/a ‘intruso’: el no titulado—, si bien, la mayoría de los profesionistas no parece captar su trasfondo o sentido ideológico. De esta manera, encontramos frecuentemente una profunda disonancia entre el perfil ideológico del voluntario/a —y por supuesto las propias características de la acción voluntaria realizada— y el aparato conceptual utilizado. En su precario discurso sobre lo social (verdadera constante en el espectro del nuevo voluntariado), más que una toma de conciencia, encontramos cierta reproducción mecánica y superflua de ‘tópicos académicos’. Al ser reificado, el ideal técnico de intervención se convierte en simple ideología tecnocrática.

²¹¹ Veamos algún ejemplo: “es que cuando empecé a hacer lo de Integración Social, *me interesaba mucho*, más que nada en integración el tema de drogadicción”. Y más adelante: “estaba interesada en la cárcel” (V2). Desde una orientación exclusivamente expresiva, el foco de ‘interés’ se trasladaría a los sujetos: los toxicómanos, o los presos.

Dentro del voluntariado, las críticas hacia las organizaciones voluntarias —especialmente las de perfil más corporativo— proceden fundamentalmente de los profesionistas radicales (el micro-segmento más combativo entre éstos está integrado por aquellos que han tenido un contacto 'efímero' con el trabajo asalariado). Su discurso crítico se construye a partir de la valoración de su experiencia personal (examinada bajo premisas laborales) aunque puede conducir a una cierta generalización. En primer lugar, se acusa a las organizaciones voluntarias del desplazamiento consciente de profesionales asalariados, al recurrir sistemáticamente al trabajo voluntario²¹². Un desplazamiento que indirectamente jugaría a favor del Estado, al rebajar el coste de los servicios sociales. En segundo lugar, se apunta que las organizaciones son responsables del gran deterioro que están sufriendo los profesionales del área social en sus condiciones laborales²¹³. El planteamiento competitivo entre distintas entidades para captar fondos públicos, explicaría esta tendencia. Se acusaría, especialmente a las grandes organizaciones, de 'reventar' el mercado de los servicios sociales, al ejercer, gracias a sus voluntarios/as, una especie de '*dumping*' social, ofertando servicios muy por debajo de su coste real —profesional—. ²¹⁴

Algunas experiencias de los voluntarios/as profesionistas ilustran las maniobras que realizan algunas organizaciones para captar profesionales cualificados para cubrir puestos de voluntariado. Nos hallamos ante una de las estrategias conducentes a la profesionalización funcional del voluntariado. Así, ante la recepción de currículums y solicitudes de trabajo remunerado por parte de los profesionistas, en ciertas situaciones —cuando el perfil es interesante: presenta una elevada cualificación— las organizaciones voluntarias ofrecen al aspirante puestos de trabajo voluntariado.²¹⁵

²¹² "...Tienen voluntarios, tienen de todo, tienen gente en prácticas. Si es que yo a veces me lo pregunto, digo: «¿para qué llegan a contratar?». Es que la única excusa que les veo, por la que una entidad social llega a contratar a la gente, es que como luego la administración le dice que tiene que tener siete contratados, y tienes que presentar las nóminas. Yo estoy convencido de que si no... ¿para qué van a contratar? Si la calidad del servicio es lo... lo que menos se busca, o sea, lo que menos. Tanto por las entidades sociales, como por la administración ¿eh? (V17).

²¹³ "Las ONG es una de las peores empresas de trabajo temporal que existe [...]. El trabajador del tercer sector es... es una vergüenza, ¿no? Un sector muy cualificado, de los más cualificados que hay [...] y un técnico, pues está saliendo por dos 'kilos' y medio, al año, lo normal [...]. Si la administración tuviera que hacerse cargo de eso, es una pasta, es una pasta, y hay que poner medios..." (V17).

²¹⁴ "Estamos en un mercado de libre competencia, en el cual las entidades tiran los precios por los suelos. Y el primer perjudicado siempre es el trabajador [...]. Por el mismo precio llega una [entidad] y te pone en vez de siete trabajadores, once, y no te preocupes que si hacen falta más, yo me tengo aquí a mis voluntarios [...]. Es muy barato, que te lo lleve una entidad social, es muy barato. Si la administración tuviera que hacerse cargo de eso, y acogerse a los convenios a los que se tiene que acoger, y pagar a los profesionales como profesionales, y no hacerle contratos de 'gualtrapi' —los contratos de lo social son todos de obra y servicio—..." (V17)

²¹⁵ "En uno de los currículums que mandé a 'C' [nombre de una gran corporación voluntaria], me llamó el responsable de Recursos Humanos diciendo: «Mira, no me queda muy claro en tu carta de presentación, si 'colaborar profesionalmente' te refieres a ser voluntaria o a que te paguen». Yo dije: «este hombre, o sea, me está vendiendo la moto». O sea, no mando un currículum para ser voluntaria. En-

De esta manera, las críticas se concentran en última instancia en la valoración de la políticas de gestión de voluntarios/as y profesionales asalariados, o por extensión, en la eficacia de su organigrama y la honestidad de la gestión. Con respecto a esta última cuestión, es frecuente la referencia a la malversación de fondos y el enriquecimiento ilícito en las grandes organizaciones voluntarias²¹⁶ y también a la ausencia de capacitación profesional (titulación) en los niveles más altos de las organizaciones²¹⁷. Los profesionistas no ponen en cuestión a las organizaciones voluntarias como tales, éstas hacen cosas importantes (morales), son necesarias desde el punto de vista de la prestación de servicios (a veces se relaciona esa necesidad con un repliegue estatal, pero no es ésta ni mucho menos una posición generalizada). Aunque en ocasiones pidan la desaparición de las organizaciones voluntarias, tal deseo parte fundamentalmente de los intereses corporativistas vinculados a su profesión. Esta aspiración, no parte de una reflexión ideológica o social —que por otro lado, señalaría como óptimo la disolución total del nivel de lo participativo—, y tiene que ver también, en cuanto se asocia con la absorción por parte del Estado de la actividad del tercer sector, con el anhelo profesional de trabajar preferentemente para las agencias públicas (en cuanto suponen mejores condiciones laborales: económicas, mayor seguridad, etc.). También se vincula a una mayor calidad de los servicios (debido a la ausencia de voluntarios/as, y a una menor precariedad material y profesional)²¹⁸. El discurso respecto a este aspecto es especialmente ambiguo, al defender al mismo tiempo que el trabajo de las asociaciones es menos burocrático.

Estos voluntarios/as no piden una participación más activa en la organización. En cuanto reclaman tan sólo ser profesionales asalariados, u obtener una experiencia rentabilizable (centrados en la tarea), la consideración de los mecanismos de participa-

tonces, si además estás ‘curtido’ en algo, pues es estupendo, «para qué vamos a contratar a alguien». ¿Me explico? O sea, que... que se tiende a que... a que no sea el ama de casa, sólo, que quiere echar unas horitas por sentirse bien” (V14).

²¹⁶ “...Hay gente que se está forrando con el voluntariado” (GD1). La denuncia se dirige a los gestores de alto nivel, no a los técnicos profesionales de nivel medio o bajo.

²¹⁷ “O sea el personal no cualificado en una ONG social ¿dónde está? Está en los puestos directivos ¿no? que parece... parece curioso ¿no? Yo en la que estoy [...] ahora, pues, la persona que coordina todo el entramado éste que mueve al año a lo mejor unos seiscientos, setecientos millones [de pesetas] al año, pues es una persona que no tiene el título todavía de mecánica. Entonces, te puedes imaginar lo que le puede suponer el gestionar unos programas sociales ¿no?, y... y la vocación social que puede tener esta persona dedicada al ‘mundo del delco’ ¿no?” (V17). Al margen de que la falta de capacidad y la gestión deficiente señaladas puedan ser ciertas, sorprende la beligerancia ridiculizadora ante los gestores ‘advenedizos’. De nuevo los profesionistas, en su profundo corporativismo, no pueden imaginar una iniciativa social fuera del ámbito profesional, marcado/legitimado éste por la titulación académica. Se necesitan profesionales de la intervención y profesionales de la gestión.

²¹⁸ “A mí me parece que las ONG deberían de desaparecer [...]. Si fuera algo de lo que se ocuparan las administraciones públicas pues, no sería necesario que existieran las ONG, pero como desgraciadamente no se ocupan pues... tienen que existir” (V9).

ción interna es algo subsidiario. Los profesionistas presentan en su discurso una patente disociación entre organización y voluntariado. Los voluntarios/as se inscriben en la actividad de la organización, pero las dinámicas de la misma en ningún caso dependen de la actividad de los voluntarios/as. Los voluntarios/as trabajan en la organización, pero en ningún caso son la organización. La marcha del proyecto no se vincula a los voluntarios/as sino fundamentalmente a los gestores. Además, la evocación de las organizaciones voluntarias en el discurso de los profesionistas se refiere al sector más corporativo, y las aproxima frecuentemente al mundo empresarial²¹⁹. Las organizaciones son potenciales empleadoras y en ese sentido, poco se diferencian de la empresa privada a los ojos de estos voluntarios/as.

La crítica que los profesionistas —nos vamos a concentrar en el análisis del segmento radical— dirigen al voluntariado, parte estrictamente de sus intereses laborales. Está restringida a los que consideran efectos perniciosos que tiene la práctica voluntaria sobre la inserción laboral de los titulados sociales²²⁰. La crítica 'profesionista' se articula en torno a cuatro aspectos: *a)* la *destrucción de empleo remunerado* (sustitución de personal asalariado por voluntarios/as), *b)* el *intrusismo de voluntarios/as* no preparados (legitimados) académicamente, *c)* el *abuso o explotación del voluntario/a* por parte de la organización; por último, presentan una posición ambivalente frente a la *d)* *profesionalización funcional del voluntariado*.

Los profesionistas, en sus expresiones discursivas más extremas aspiran idealmente a la desaparición absoluta del voluntariado, y su sustitución sistemática por trabajadores profesionales y cualificados de carácter asalariado (los moderados/as aceptan excepcionalmente el voluntariado en el seno de pequeñas asociaciones sin potencial

²¹⁹ En una de las entrevistas (V6) aparece un lapsus muy indicativo, la voluntaria nos habla recurrentemente de la organización en términos de *empresa* (a modo de ejemplo: "la empresa está jerarquizada"). Un poco más tarde, la voluntaria parece caer en la cuenta, y en ese momento, corrige y aclara: "es una ONG, una fundación". No obstante, este uso conceptual depende tanto del tipo de organización referida, como de la aproximación motivacional de la voluntaria, que en definitiva lo que busca, es una empresa que la contrate.

²²⁰ Veamos, unas intervenciones arquetípicas de una voluntaria profesionista en uno de nuestros grupos de discusión (GD1), pasajes que sintetizan los principales elementos que conforman el discurso profesionista radical: "...por un lado, es muy enriquecedor meterte en asociaciones y todo eso, y por otro lado, pues como todo, quita puestos de trabajo y no... en lo que hay mogollón de gente haciendo voluntariado en cosas que a mí... *yo podría estar trabajando*, y a mí me estarían dando un sueldo...". Y más adelante: "...ahora estoy muy cabreada. Cuando... he estado tanto tiempo siendo voluntaria, que era muy divertido, pero que ahora ya deja de ser divertido, *porque todo el mundo te quita los puestos de trabajo* y... y ves [...] que hay sitios que podrían estar mucho mejor si lo llevaran profesionales que si lo llevan voluntarios como lo llevan, y... te das cuenta que *están haciendo chapuzas*, porque entran... Además, que como para voluntario no necesitas nada, porque es cualquiera, pues entra cualquiera, y sea como sea su personalidad, su carácter y haga lo que haga ¿sabes?".

económico para contratar personal²²¹). Proponen pues, una profesionalización total de la acción social. Tal defensa, les hace incurrir en frecuentes contradicciones —fracturas discursivas—. Según los profesionistas, esta profesionalización asalariada, redundaría en la calidad de los servicios, y beneficiaría al usuario. Puesto que la realidad se aparta persistentemente de este ideal, los voluntarios/as profesionistas desarrollan una estrategia estrictamente utilitaria frente al voluntariado, que paradójicamente se concreta en la realización de voluntariado. Se critica el voluntariado, pero se recurre a él sistemáticamente, de manera ‘adaptativa’ para insertarse laboralmente.

Para los profesionistas, la participación voluntaria elimina puestos de trabajo asalariados²²² y degrada las condiciones laborales de los profesionales remunerados en las organizaciones voluntarias²²³. En el extremo, se afirma que absolutamente todos los voluntarios/as sustituyen a personal profesional (asalariado), lo cual implica una distorsión del panorama voluntario. La crítica laboral al voluntariado se elabora desde un nivel absolutamente individual²²⁴. Para el/la profesionista, los voluntarios/as le quitan su puesto de trabajo, la sustitución de puestos de trabajo remunerado aparece así como un ‘robo’ perfectamente personalizado. Sólo excepcionalmente se hace referencia al colectivo de titulados o estudiantes del área social, en cuanto afectados por esa situación compartida. No podemos hablar de una conciencia colectiva, la preocupación es esencialmente individual y se refleja en una especie de ‘sálvese quién pueda’. Por eso recurren al voluntariado y ‘perjudican’ globalmente al colectivo.

Se critican casos de abusos o explotación (incluso de carácter sistemático) con respecto a la figura del voluntario/a. En general, se parte de la experiencia directa, en ‘carne propia’. Aunque se llega a utilizar el concepto ‘explotación’, a algunos profesionistas les cuesta aplicarlo a las situaciones que describen²²⁵. Posiblemente, debido a la baja obligatoriedad y capacidad de coacción que perciben con respecto a la acción voluntaria (comparándolo con el trabajo asalariado). Siendo relativamente fácil abandonar el voluntariado —sin que ello suponga grandes pérdidas asociadas—, el término explo-

²²¹ Estos/as profesionistas moderados sólo aceptan la intervención del voluntario/a, como mal menor, si no hay capacidad económica para ofrecer y estructurar profesionalmente un servicio. “Hombre, a mí me parece que es... que sí que puede ser que estén quitando puestos de trabajo. Pero realmente, si... las asociaciones no tienen dinero para contratar, pues es voluntariado, o se deja de hacer ese trabajo [...]. A falta de personal, [...] pues mejor que se hagan a través de voluntarios, que no se hagan ¿no?” (V9). Esta argumentación jamás sería aceptable para un profesionista radical.

²²² Hablando del voluntariado: “A mí me fastidia, porque es que es mi profesión. O sea, yo me las estoy viendo... negras para encontrar trabajo debido a eso...” (V14).

²²³ “Si no hubiera gente a lo mejor voluntaria, pues se pagaría más” (EV2).

²²⁴ “No te contratan porque hay muchos voluntarios [...]. Yo podría estar trabajando y a mí me estarían dando un sueldo” (GD1).

²²⁵ Hay gente que es “explotada, entre comillas” (V1).

tación resulta demasiado duro. Se prefiere hablar por ejemplo, en términos de *abuso* individual. No obstante, para otro sector del profesionismo (usualmente los radicales) la presión que ejercen las circunstancias del mercado de trabajo sobre el voluntario/a es tan fuerte, que los voluntarios/as terminan aceptando (se verían 'obligados') todo tipo de condiciones a la hora de realizar su voluntariado. Esta fracción prefiere aplicar directamente el término explotación²²⁶.

En el discurso de los profesionistas no se alcanza la descripción nítida de una estructura general de explotación ligada al voluntariado, que debiera partir de un análisis de las estructuras y ejercicio del poder. De manera mucho más concreta, se procede a denunciar aquellas situaciones en las que confluye un uso del voluntario/a en calidad de simple fuerza 'bruta' (confinado en labores no técnicas), lo cual implica paralelamente la degradación 'profesional' —las tareas voluntarias no están a la altura de la cualificación académica del profesionista, no se respetan los 'galones'—, situación ante la cual los profesionistas son extremadamente sensibles (porque inhabilita el sentido utilitarista de la acción voluntaria). Otras veces, la crítica se torna inversa, se habla de la entrega de demasiadas responsabilidades al voluntario/a —aquí encontramos una implícita crítica de la profesionalización funcional del voluntario/a—. En este caso, no se señala la ausencia de capacitación del voluntario/a, sino que se defiende que un puesto de trabajo no remunerado, no debe estar asociado a un nivel de exigencia tan elevado como el que en tales circunstancias se plantea al voluntario/a (tareas, horarios, etc.)²²⁷. Tras los abusos, los profesionistas ubican causas exclusivamente económicas (ahorro), y señalan frecuentes negligencias en la gestión (dirigida ésta al lucro personal) que acentúan la tendencia²²⁸.

Los/as profesionistas radicales eluden en general la valoración directa de las motivaciones de los voluntarios/as no profesionistas (morales, sociales, expresivas), quizá porque en ese terreno sería más compleja la crítica al voluntariado, y se concentran en la crítica desde una óptica laboral. Este sector trata de deslegitimar a las personas no llamadas al voluntariado desde una óptica profesional, las que no buscan formación ni promocionarse profesionalmente. Según ellos, no están capacitadas. Curiosamente terminan censurando a aquellos voluntarios/as que tienen una dimensión moral/altruista más marcada, y que son, generalmente, los mejor valorados socialmente. En ese sentido, los/as profesionistas van contracorriente, y sus argumentos difícilmente pueden

²²⁶ "Está claro que no queremos que nos exploten, pero como estamos dispuestos a hacer lo que sea..." (V4).

²²⁷ "Pero, lo que no veo justo, que es que, una asociación cuando ahí se necesita un puesto de un profesional que va a estar ocho o nueve horas, se tiene que contratar una persona, no a un voluntario. Porque con eso, lo que haces, es desprestigiar nuestra profesión" (EV2).

²²⁸ "Estamos haciendo un voluntariado a su bolsillo" (GD1).

calar en la ciudadanía, fuera de su colectivo. De ahí, que la forma más eficaz de criticar al sector ‘no profesionalista’ (más allá de la sustitución de puestos de trabajo: que se fundamenta en el interés instrumental, y por tanto, es sospechoso), y dado que desde el punto de vista moral están desarmados, es apuntar a su ineptitud, falta de capacidad, y los a su juicio, nefastos resultados de su acción²²⁹. Los profesionalistas ponen en duda que el voluntario/a, sólo por su condición, o buena voluntad, intervenga correctamente. Se produce una sustitución muy significativa, no se trata de *ayudar* moralmente, sino de *intervenir* profesionalmente. Hay voluntarios ‘buenos’ —en el sentido de la eficacia profesional, en ningún caso en sentido moral—, y hay voluntarios malos; los primeros, son los profesionalistas.

Para cerrar la argumentación y la minusvaloración del sector no profesionalista (los voluntarios/as ‘intrusos’ o ‘impostores’, aunque cuiden de no utilizar esta terminología), se insiste sobre la ausencia de ‘credenciales’ académicas; no están titulados, no tienen formación previa específica que les cualifique y capacite, y quien sufriría esta carencia es el receptor²³⁰. Parafraseando a los profesionalistas, está claro que hoy en día ‘cualquiera puede ser voluntario/a’, y resaltan el gran riesgo derivado de la incorporación de personas con problemas de personalidad, enfermedades mentales, o simplemente irresponsables —riesgos ante los cuales *todos* los voluntarios/as ‘titulados/as’ parecerían estar a salvo, nadie sabe muy bien porqué; los estudios aparecen como una ‘vacuna’ contra el ‘desequilibrio’—. La solución propuesta para evitar estos peligros, es la selección formalizada, rigurosa y absolutamente personalizada de los recursos humanos voluntarios. Las organizaciones deben seleccionar a su voluntariado con criterio empresarial/profesional (visión alejadísima de la participación espontánea y libre, típica de alguien que se suma a una causa, y por ello, visión incompatible con el asociacionismo). Ahí ellas/os se sienten respaldados y legitimados por su *formación académica*. Ese es su valor *objetivable* e indiscutible. De esta manera, lo que formalmente es participación, se reduce en el modelo de los profesionalistas a la realización de prácticas según currículum. En cuanto la experiencia práctica les iguala con el resto de los voluntarios/as (o incluso les sitúa en inferioridad), es crucial la defensa de los mecanismos de selección y valoración formal basados —exclusivamente— en la medición objetiva de los méritos académicos.

²²⁹ Sobre los receptores de la acción voluntaria se dice: “se merecen que les traten personas cualificadas” (GD1), esto es profesionales asalariados o en su defecto, voluntarios/as profesionalistas.

²³⁰ “Yo creo, que no se debería tirar tanto de voluntarios, y... realmente, hay gente que está preparada para hacer ese tipo de trabajos, hay gente que ha estudiado [enunciado con gran énfasis] para... para hacer eso, y que es una pena que... que no tengan una cabida, y que tengas que hacerlo como voluntarios porque no... porque no hay dinero. No sé si es porque no hay dinero, o es porque se... se están aprovechando, o... No lo sé” (V1).

Los profesionistas luchan contra lo que piensan es un tópico extendido, al defender que la intervención social (sobre personas) no está al alcance del simple sentido común y la buena voluntad del voluntario/a. La exclusiva orientación moral (querer ayudar) se muestra insuficiente, cuando no contraproducente. La intervención social — en las antípodas de la ayuda— se presenta como una metodología científica y de carácter técnico, y en ese sentido, no está al alcance de los voluntarios/as ‘profanos’ o ‘aficionados’²³¹. Se critica el modelo de formación del voluntariado a través de ‘cursillos’ sobre la marcha, porque la intervención es algo realmente complejo, que necesita de periodos de formación prolongados y fuertemente formalizados para ser desarrollada correctamente. De esta forma, para los profesionistas, la intervención social se construiría contra el sentido común²³² —aunque en alguna situación aislada este último pueda mostrarse útil—. Los voluntarios/as sin capacitación (sin estudios académicos) deberían ser confinados en puestos sin contacto directo con el receptor, deberían mantenerse alejados de la acción técnica, realizando trabajos sencillos, de carácter manual o burocrático, que no necesitaran de un periodo de formación. Este ‘destierro’ se propone, no sólo porque de otra manera supondrían una eliminación de puestos de trabajo asalariado, sino porque los efectos de su acción pueden ser absolutamente contraproducentes y perniciosos (y ahí, los profesionistas adoptan un enfoque incluso moral)²³³. De nuevo, al reducir la acción voluntaria a una intervención de carácter técnico, los profesionistas erradican todo elemento participativo de carácter social o político, y de paso muestran un fuerte y creciente corporativismo.

Ciertamente, los voluntarios/as profesionistas gradúan constantemente su discurso en torno a un nivel doble de idealidad (máxima-mínima). Son conscientes de que un tercer sector sin voluntarios/as es inalcanzable, y por ello, formulan un nivel algo más pragmático, aquel en el que todos los voluntarios/as (los menos posibles, dicho sea de paso) están formados académicamente (son profesionistas). Se trataría de un sector sin intrusos e impostores que dificulten más aún su inserción laboral. Porque los voluntarios/as profesionistas siguen defendiendo que llegado a un nivel de conocimientos, características técnicas y calidad de la ‘intervención’, es inexcusable la remuneración. Queda fuera de su concepción una actividad voluntaria y asociativa que no se oriente

²³¹ Veamos una intervención en ese sentido. “En nuestro caso se confunde mucho... se cree que el trabajo social es algo que se puede hacer, así, como todos los días y cualquier persona. El trabajo social o la psicología, porque luego se confunde todo mucho” (V14) Relevancia de lo técnico, lo ideológico ni se menciona. Planteamiento tecnocrático. (V14).

²³² En cuanto campo ‘científico’, “el trabajo social no es sentido común” (V14).

²³³ “...Sí que creo en que el voluntariado, pues, quita puestos de trabajo. A mí me parece muy bien la señora ama de casa que baja unas horitas a la parroquia y se dedica a *clasificar la ropa* porque hay que darla. Vale, pero no me hagas intervención [...]. El *voluntariado* tiene que echar una mano, *no tiene que generar intervenciones con las personas*. Es que estamos hablando de personas y de familias, y se comenten barbaridades, y hay mucho peligro en ese sentido. O sea, ahí se pierden muchas cosas” (V14).

hacia el trabajo remunerado. En su modelo, no hay cabida para que un profesional, al margen de su actividad remunerada, intervenga como voluntario/a o participe asociativamente poniendo en ‘funcionamiento’ sus conocimientos profesionales.

De lo que no se dan cuenta los profesionistas, es que su ‘competencia’ se establece cada vez menos con el voluntariado sin formación (los ‘intrusos’), y cada vez más con otros profesionistas —capacitados, formados—, lo cual, hace la competencia mucho más dura y complicada. El auge del voluntariado profesionista estaría provocando una profunda transformación de perfil del voluntariado social. De nuevo preocupados por el sector no profesionista, los voluntarios/as profesionistas propugnan un control directo de la actividad voluntaria para garantizar la calidad del servicio. Por eso apuestan por un voluntariado sometido a la figura del profesional, sin cabida para la iniciativa propia.

En el caso de los profesionistas, podríamos hablar con total propiedad de un discurso ambivalente con respecto a la profesionalización funcional del voluntariado. Aunque están proponiendo idealmente un universo de organizaciones voluntarias absolutamente profesionales (sin voluntarios/as), recordemos que, de manera simultánea, proponen una profesionalización funcional del voluntariado —vinculándolo a tareas técnicas que deben ser realizadas por sujetos formados/capaces). Tal argumentación coexiste discursivamente con la crítica al voluntariado en cuanto éste supone una sustitución de profesionales asalariados para abordar tareas técnicas, y una vía abierta para el abuso del voluntario/a. Desde un punto de vista estratégico para los profesionistas (como expresión de una lógica adaptativa), cuanto más profesionalizado funcionalmente esté la tarea de su voluntariado, más posible será su rentabilización en el acceso al mercado laboral. Así, la experiencia voluntaria es sólo deseable (sólo tiene sentido instrumental) si posee un perfil técnico²³⁴.

Los profesionistas no pueden negarse a participar en el voluntariado, porque eso supondría un ‘suicidio laboral’, puesto que el voluntariado se configura como una vía importantísima de acceso a la experiencia laboral y al propio trabajo remunerado. Así, se ubican en una posición en la que cualquier estrategia individual que adopten tendrá repercusiones negativas. Siguiendo su argumentación, si no hacen voluntariado, descienden drásticamente sus posibilidades de ser contratados/as. Por el contrario, si realizan voluntariado mejoran sus opciones de ser contratados/as individualmente, pero perjudican al conjunto del colectivo de los titulados sociales en sus aspiraciones de trabajo asalariado; generan más oferta de voluntariado titulado, presionan hacia la profesionalización funcional y finalmente contribuyen a sustituir más puestos de trabajo asa-

²³⁴ “Cuatro horas no me quitan nada, y aparte es algo que está relacionado con lo mío, que de forma interesada lo puedo poner en el currículum, porque *estoy trabajando como técnico*” (V6).

lariados. Dada su orientación individualista utilitaria, no sorprende que opten por la primera opción, mejorar su 'empleabilidad' individual. Lo que queda fuera de toda consideración, es promover un 'boicot' colectivo al voluntariado, u otro tipo de acción que parta de la estructuración grupal y política de sus intereses profesionales (recordemos, además, que los profesionistas niegan en última instancia la posibilidad de participación social). Ante la estructuración absolutamente individualista de los intereses profesionales en su colectivo profesional, el voluntariado seguirá perfilándose como la única salida válida y contradictoria.

Los voluntarios/as profesionistas personifican una paradoja. Critican el voluntariado pero son voluntarios/as. Con respecto a ello, resulta extremadamente interesante observar cómo a nivel discursivo los profesionistas 'juegan' con mucha frecuencia a no ser voluntarios/as. Se trata de una estrategia en gran medida preconsciente, para intentar generar —ficticiamente— una cierta distancia con el objeto criticado, distancia a todas luces inexistente. Quieren hablar desde fuera del voluntariado para legitimar su crítica, para disolver una cierta culpabilidad 'moral' que atraviesa su actividad voluntaria. Existe una fuerte resistencia a personalizar su crítica, y por tanto, a aceptar su contribución (aplicando su argumento) en la supresión de puestos de trabajo asalariado²³⁵.

Como ya hemos indicado, los profesionistas proponen un voluntariado absolutamente supervisado y controlado por profesionales remunerados. Se trata de una consecuencia lógica de la identificación e idealización del profesional como aquel sujeto que está capacitado y legitimado, en exclusividad, para la intervención social. Pero, al mismo tiempo, los profesionistas (especialmente los radicales) se consideran tan profesionales como el personal asalariado y, además, observan en ciertas ocasiones, que realizan tareas en régimen de voluntariado que son idénticas a las efectuadas como trabajo asalariado por profesionales en la propia organización²³⁶. Es por ello evidente, que pueden surgir puntos de fricción y conflicto entre profesionales asalariados y voluntarios/as profesionistas. Otras veces, los profesionistas llegan a apuntar a los profesionales como origen de algunos abusos que se cometen contra los voluntarios/as²³⁷. Desde la perspectiva contraria, en ciertas circunstancias el voluntario/a profesionista aparece

²³⁵ Encontramos excepciones de 'autoresponsabilización': "estoy ocupando un puesto de trabajo..." (V14).

²³⁶ "Ten en cuenta que la labor que hacemos nosotros es la misma que hace una persona a la que se está pagando, y a nosotros no nos dan ni un duro [...]. Como voluntaria estoy haciendo lo mismo a lo mejor que un educador, pero sin pagarme..." (V4).

²³⁷ "Hay algunos [educadores] que se aprovechan mucho... Que es eso, que como el voluntario está a lo que diga la otra persona, pues siempre se aprovechan mucho, en plan de que el trabajo sucio que no quiera hacer el profesional te lo va a mandar hacer a ti [...]. Hay muchos voluntarios que están de recaderos del educador, que están de limpiacacas" (V4).

ante los profesionales asalariados como un tenaz aspirante a usurpar su posición²³⁸. Debido a la aspiración a un estatus profesional asalariado por parte de los profesionistas, se desarrolla un conflicto latente, las relaciones con el profesional pueden estar atravesadas por una cierta rivalidad. Aunque nos encontramos sin duda, ante las relaciones más problemáticas entre voluntarios/as y profesionales de todo el espectro motivacional, no debemos pensar en ningún caso en términos de un conflicto generalizado y abierto. Son abundantes las referencias que nos remiten a una relación fluida con los profesionales asalariados.

En el caso del voluntario/a profesionista nos ubicamos entre la idealización del profesional —como categoría abstracta, más que como sujeto concreto—, y el conflicto con ciertos profesionales en su actividad voluntaria cotidiana (obviamente ni con todos, ni en toda situación). En nuestras entrevistas encontramos, además, una cierta ‘resistencia’ a personalizar las referencias, se tiende a hablar insistentemente de los ‘profesionales’, o del psicólogo, o el trabajador social. Sólo excepcionalmente a los profesionistas se les ‘escapa’ el nombre de ‘pila’ del profesional, lo cual nos remite a una vinculación predominantemente instrumental. Es una situación diametralmente opuesta a la que encontramos entre los ‘tradicionales’, voluntarios/as que proceden a personalizar/nominalizar casi siempre sus referencias a sus admirados profesionales.

Tras la idea del voluntario/a como complemento del profesional que requiere del apoyo del profesional, se desarrolla simultáneamente una actitud de cierta exigencia frente al profesional. Éste, como ‘representante’ de la organización, más concretamente como mediador entre el voluntario/a y la organización, debe funcionar como un facilitador de la tarea voluntaria. Los recursos y la información necesaria deben fluir automáticamente de la organización hacia el voluntariado a través del profesional. En ese sentido, podríamos seguir hablando de una actitud organizativa pasiva por parte del voluntariado profesionista.

El fuerte peso de la conciencia de profesionalidad, hace que ciertos profesionistas (los radicales, mayoritariamente titulados) prefieran presentarse ante los receptores de la acción voluntaria como profesionales en ejercicio —por ejemplo, como trabajadores/as sociales, o como psicólogos/as, etc. (curiosamente, la mayoría de las voluntarias opta por el masculino en su profesionalización terminológica)—, y no como simples voluntarios/as. La presentación de su legitimidad y estatus, y el estímulo de la confianza y la complacencia por parte del receptor, inspiran la tendencia, pero los profesionistas no son conscientes de que, en ocasiones, de tal ‘maniobra’ surgen efectos contraprodu-

²³⁸ Una de las voluntarias llega a recordar algún enfrentamiento directo con profesionales: “«Mira yo vengo aquí a trabajar, y no vengo a quitarte el puesto, en todo caso, vengo a crear uno para mí. Yo, cualquier idea que te dé, es para mejorar esto, porque si no, no estaría aquí...»” (V6).

centes. Para algunos colectivos —por ejemplo, aquellos con un largo historial vinculado a servicios sociales, con un amplia experiencia con profesionales asalariados—, la profesionalidad, lejos de valorarse como un activo, puede suponer un fuerte pasivo, y una fuente de desconfianza. Colectivos como el de transeúntes, valoran más la aproximación 'afectiva' de la persona (al modo del acompañamiento del voluntario/a 'tradicional'), que la intervención técnica, aséptica, del profesional.²³⁹

También, parece interesante reflejar que cuando los voluntarios/as profesionistas, realizan valoraciones positivas de los programas y del funcionamiento de sus respectivas asociaciones u organizaciones voluntarias, el referente es la *profesionalidad* en la prestación de servicios.

Los profesionistas ejemplifican de manera ideal el bloqueo afectivo —impuesto conscientemente— entre voluntario/a y receptor de la acción voluntaria²⁴⁰, llevándolo a su máxima expresión. El bloqueo afectivo aparece como correlato, y condición necesaria, de una buena intervención ('profesional'). Tomemos las palabras de H. Béjar (2001b: 50), porque reflejan perfectamente la percepción del voluntario/a profesionista. Señala la autora que "el distanciamiento se percibe como una postura de objetividad para facilitar una intervención social parecida a la que realiza el psicólogo o el psiquiatra. Se ofrece una suerte de compañía instrumental...". Así pues, el distanciamiento afectivo, lejos de apreciarse como un impedimento o una carencia, es un perfecto sinónimo de profesionalidad. Se trata de evitar el lazo 'natural' —y la inevitable dependencia—, en cuanto interfiere en la adecuada consecución de los objetivos de la acción. El individualismo utilitario trata de evitar la dependencia afectiva, ya que pone en peligro su orientación instrumental respecto a la acción voluntaria.

La acción técnica, tal y como la conciben los profesionistas, exige la eliminación de todo resto de subjetividad tanto en la acción como en la relación con el receptor. Esta tendencia se refleja de manera arquetípica en la preferencia por conceptos formalmente asépticos: la referencia al 'campo', por ejemplo, elimina de raíz toda referencia personal o social concreta, esto es, saca del contexto. El vínculo no se establece con un 'sujeto' (necesitaría de una aproximación subjetiva por parte del voluntario/a), sino con un 'objeto' de ejercicio profesional. El vínculo afectivo, la dimensión expresiva, más que un activo, supone un riesgo inasumible. Por tanto, la separación de las esferas vitales del voluntario/a y del receptor debe ser necesariamente absoluta. El énfasis en 'hacer voluntariado', orienta hacia lo instrumental y aleja la identidad personal del voluntario/a del rol desempeñado. Eso es un síntoma más de la subsidiariedad del vínculo con el receptor. Los profesionistas, en cuanto se defienden como máximos representan-

²³⁹ Como se desprende de buena parte de las entrevistas realizadas a los voluntarios/as

²⁴⁰ "No te puedes llevar los problemas a casa" (V7).

tes de una intervención técnica, se arrojan una marca no paternalista, incluso cuando se enfrentan a una tarea o programa estrictamente asistencial en el que el receptor es reducido a mero sujeto paciente. Estos voluntarios/as no concretan en qué consiste este modelo no paternalista, pero finalmente éste termina concretándose fundamentalmente en el control/limitación del vínculo con el receptor.

Muestras claras del tipo de vínculo que tiende a dominar en la relación con el receptor, son algunas de las referencias discursivas de los profesionistas, en las que se refleja predominantemente el hecho instrumental, y se suprime la ‘humanidad’ del objeto. Se nos dice, por ejemplo, “yo he hecho psíquicos” (GD1), como quien ha culminado una diplomatura, o ha practicado una cierta modalidad deportiva. A través de este tipo de referencias, el profesionista pretende remitirnos rápidamente a la experiencia profesional acumulada. Los colectivos (y sobre todo, su problemática asociada) interesan sólo ‘objetivamente’. Las referencias a los colectivos destinatarios de la acción voluntaria presentan una despersonalización muy marcada, que sólo se rompe excepcionalmente. Por ejemplo, entre los profesionistas es frecuente la referencia a la gente con la que se ‘contacta’; de esta manera, el *vínculo* —unión o atadura— se transforma en un simple *contacto* —toque o roce—, o una seriación fragmentada de contactos.

El interés y la satisfacción derivados de la acción voluntaria se circunscriben al contenido y retos profesionales que suscitan las características del colectivo (que no parecen preocupar, ya que son algo dado). En este contexto, la empatía ya no es más una capacidad humana, sino una provechosa herramienta técnica de diagnóstico. Haciendo elusión de las causas personales y sociales, concentrados en el síntoma asépticamente considerado, el interés y la satisfacción de los profesionistas adquieren un sentido simplemente utilitario/técnico y un matiz despersonalizado que podríamos llegar a tildar de frívolo²⁴¹. Otra posibilidad, es que los receptores aparezcan en el discurso de los profesionistas como sujetos de derecho, queriendo indicar fundamentalmente con ello, más que nada, que son destinatarios de servicios sociales. En ambos casos hay una evidente cosificación del receptor, por más que se insista en la personalización de los servicios (que se confunde con una simple individualización de éstos), como indicador de calidad.

Los profesionistas no quieren en ningún caso ejercer de simples acompañantes²⁴², minusvaloran aquel aspecto en el que los voluntarios/as ‘tradicionales’ concentraban la consecución de satisfacción. La relación con el receptor es concebida como secundaria, tanto para el profesionista, que busca otros réditos utilitarios, como para el

²⁴¹ “Me interesa el colectivo de mujer”; “Es un colectivo que me gusta” (V14).

²⁴² Con referencia a una acción voluntaria de simple acompañamiento se afirma: “yo no quiero hacerlo porque no me aporta nada, entonces, quien quiera hacerlo que lo haga...” (GD1).

destinatario, que debe ser destino de servicios de calidad. Por tanto, nos enfrentamos a una banalización de la labor de acompañamiento, que no aportaría nada, ni al profesionalista —fundamentalmente—, ni al receptor. A diferencia de los individualistas expresivos y morales, los profesionistas no ‘ofrecen’ un vínculo afectivo, sino básicamente un sustitutivo, un sucedáneo, un simulacro.

A pesar del perfil descrito hasta aquí, la dimensión afectiva aunque subsidiaria no está totalmente ausente, tiende a surgir del vínculo funcional (‘profesional’) como excrecencia²⁴³. La implicación expresiva no es un objetivo, es sobre todo una consecuencia —en cierta medida ‘imprevista’— de la acción. A ello contribuye la prolongación del contacto con el receptor a lo largo de un amplio periodo de tiempo, hecho éste no muy frecuente entre los/as profesionistas que, recordemos, abandonan rápidamente los proyectos (en parte también para evitar esta implicación de tipo emotivo). La orientación afectiva, aunque secundaria es más característica de los moderados/as, con una orientación instrumental algo más matizada.

En los profesionistas, la satisfacción psicológica ligada al vínculo desaparece casi totalmente, su satisfacción parte del logro (vinculado siempre al desarrollo profesional). Muchas de las relaciones evocadas en los relatos de los profesionistas parecen concretar un contenido afectivo, pero son —salvo excepciones— ‘conexiones’ estrictamente funcionales²⁴⁴. No debemos olvidar que un trato agradable y amistoso es también un requisito técnico para una buena intervención profesional.

De esta manera, las relaciones pueden llegar a ser perfectamente fluidas y cordiales²⁴⁵. El bloqueo afectivo nunca puede ser absoluto, habiendo ‘fisuras’ que permiten el desarrollo de relaciones personales gratificantes (predominantemente, como consecuencia no buscada de la acción voluntaria), aunque fuertemente limitadas y fragmentadas. Es muy difícil que aparezcan términos con connotación afectiva clara, los profe-

²⁴³ “Además, con la gente con la que estamos, ya llevamos un año y pico, entonces, yo creo que sí que hay una implicación ahí personal ¿no?” (V9). “Una relación que es más allá de lo profesional, o sea yo no voy en calidad de trabajadora social, voy en calidad de persona que ha ofrecido mi apoyo y que lleva año y medio conociendo a alguien durante todos los jueves de nuestra vida...” (V14). En esta ocasión se está magnificando el vínculo, resulta especialmente ilustrativo el lapsus: ‘todos los jueves de nuestra vida’, cuando quería decir ‘del año’. En este caso concreto, la recreación de un vínculo que traspasa lo profesional, entra en contradicción con un profesionismo exacerbado. En esta intervención podríamos también observar una reivindicación indirecta de una dimensión moral.

²⁴⁴ “Me apetecía tener un contacto más directo con gente de la calle, que yo por ejemplo en prácticas, no había tenido ningún año, prácticas con personas de la calle. Y entonces, bueno, pues la verdad es que era un colectivo que sí que me interesaba, pero que nunca me habían dado en prácticas. Entonces sí que me apetecía conocerlo así más directamente...” (V9). De lo que se nos habla es fundamentalmente de un contacto y un interés esencialmente *profesional*. Se nos relata una acción cuyo sentido se reduce a ser una extensión de las prácticas.

²⁴⁵ “Con la gente con la que ahora, por ejemplo, estamos colaborando, que si que nos acogen fenomenal” (V9).

sionistas nunca dirán que ‘quieren mucho’ a los receptores —referencia prototípica, por ejemplo, del voluntariado ‘tradicional’—. Los profesionistas hacen referencia a la proximidad mantenida, pero de manera que explicitan la precaución, su actitud de vigilancia²⁴⁶. El profesionista agradece el contacto personal con el receptor, siempre que consigan mantener mutuamente amplias zonas de su historia personal opacas a la mirada (conocimiento) del otro. De esta forma, se bloquea el contacto y el conocimiento al margen del contexto de la acción voluntaria, y se vacía de sentido real la relación al margen de lo funcional. Se descontextualiza la condición vital del receptor y se mantiene en la penumbra gran parte de la vida privada del voluntario/a (esta segunda condición es la más crítica). Así pues, se trata fundamentalmente de una relación teatral repleta de ficción, de un ‘como si’. Cuando logra aparecer la vinculación afectiva, muchas veces ésta se torna más en un incordio (dado que potencia la aparición de un compromiso personal del que huye el profesionista), que una fuente de satisfacción. Algunos profesionistas se sienten atrapados en cierta medida por los vínculos que mantienen con receptores que les ‘obligan’ a permanecer en el proyecto. El profesionismo no es incompatible con la obtención de satisfacción asociada al vínculo personal²⁴⁷, pero los restos ‘expresivos’ están vinculados exclusivamente al crecimiento personal²⁴⁸. Así, cuando aparece la frustración, ésta carece de una dimensión afectiva, es simplemente una frustración de expectativas laborales.

Los profesionistas no están especialmente interesados en reforzar su esfera de relaciones informales a través del voluntariado, ni siquiera con los iguales, con otros voluntarios/as²⁴⁹ —y en ese sentido, mucho menos con los receptores de la acción voluntaria—. De ahí, que muchas veces el conocimiento que tienen con respecto a otros voluntarios/as de la organización sea sorprendentemente escaso. La relación informal

²⁴⁶ Tomemos las palabras de una voluntaria, al referirse a las relaciones con los receptores. “Son muy buenas... son superagradables, enseguida... superagradecidos. Hombre, siempre tienes un poco, el que te van a contar sus problemas ¿no? Yo no... realmente cuando empecé me dijeron ‘ten mucho cuidado’ porque hay veces que te van a contar los problemas para darte pena y que les hagas favores, o simplemente porque lo necesitan” (V2).

²⁴⁷ “Satisfacción de avanzar con esas personas” (V9).

²⁴⁸ “Es como que vas creciendo con él [...], te llena de satisfacción” (V9).

²⁴⁹ “Si vas allí, vas a trabajar; no a hablar y a contar tu fin de semana. Para eso, nos tomamos una caña y ya está” (V6). Aquí encontramos un caso límite, en el que la profesionista llega a condenar incluso la sociabilidad amable del voluntariado, concretamente la relación informal y amistosa entre voluntarios/as. Debemos aclarar que durante la entrevista, la voluntaria —pareciendo ‘olvidarse’ de su posición— adoptaba una perspectiva de ‘gestión’ —claramente, su aspiración profesional—, mostrándose obsesionada por la baja productividad y eficacia de la organización, y especialmente preocupada por el bajo rendimiento de un voluntariado —en su apreciación— infrautilizado: “podrían hacer mucho más trabajo con los voluntarios” (ibíd.). Se trata de uno de los discursos más paradójicos de entre los profesionistas.

se reduce a los voluntarios con los que se comparte el espacio y el tiempo de la acción voluntaria.

Curiosamente podemos seguir encontrando en el tipo profesionista una cierta maternalización, si bien, de alcance mucho más reducido, y profundamente supeditada a la orientación utilitaria. Para muchas voluntarias profesionistas —recordemos que en este tipo motivacional, seguimos encontrando una indeleble marca de género, femenina claro—, el programa ideal referenciado (de voluntariado y de futuro ejercicio laboral), se hace corresponder con programas en los que se trabaja con niños²⁵⁰. Tal tendencia, no sólo refleja la maternalización; en la determinación del ideal, interviene también el hecho de que para los profesionistas el colectivo infantil, incluso en los casos de exclusión o discapacidad, resulta menos exigente, 'más amable' que otros colectivos.

Los profesionistas, en el desempeño de su rol voluntario, aparecen como sujetos fundamentalmente a-morales. Su aproximación motivacional se desliga de lo moral. Para este segmento, se acentúan las características éticas que perfilamos más atrás para el voluntariado complejo²⁵¹. En ese sentido, es especialmente pertinente revisar —y aplicar a los voluntarios/as profesionistas— la apreciación de Bellah *et al.* (1989: 111): “los problemas morales de un yo predominantemente utilitarista son simples problemas estratégicos o técnicos”. Desde nuestro punto de vista, entre los profesionistas, y con respecto a la acción voluntaria, domina la ‘ejecución procedimental’ sobre la ‘valoración moral’. De esta manera, seguimos la argumentación de Zigmunt Bauman (2001), y ampliamos el marco de aplicación de su dilucidación, cuando éste se refiere a la actitud dominante entre los trabajadores asalariados de los ‘servicios sociales’. Los profesionistas en cuanto aspirantes a ‘profesionales’ reproducen fielmente la tendencia. Pero examinemos el planteamiento original de Bauman:

Quando la «ejecución procedimental» domina sobre la «valoración moral» como guía de la realización del trabajo, una de las consecuencias más visibles y trascendentes es el impulso a hacer las reglas más precisas y menos ambiguas de cómo son, a estrechar el ámbito de sus posibles interpretaciones, a tomar las

²⁵⁰ “Estoy con personas mayores. Entonces, si... si encuentro algo que sea a lo mejor con... con niños, me iría, más que nada para cambiar ¿sabes? Porque es eso, el ver otras cosas, porque es a mí lo que... lo que me merece la pena” (V4). Aquí se justifica la determinación del referente ideal con la argumentación de la rotación.

²⁵¹ Veamos algunas intervenciones. “Yo voy a lo mío [...]. Para trabajar de voluntario tengo que hacer algo que realmente me guste. Que no voy a ponerme a trabajar a estar en hogares tutelados, que no me importa, cuando apenas tengo tiempo” (V6). “Sí, lo que tienes que sacar es tu propio beneficio, yo es que he llegado a esa conclusión, cuando yo saque beneficio, pero no económico, cuando yo saque beneficio de «estoy aquí, estoy a gusto, estoy aprendiendo, estoy con esta gente», estoy...” (GD1). La centralidad del ‘yo’ es absoluta, el receptor aparece en último término. En la cita del GD1, se observa claramente como la profesionista modera su posición a lo largo de la cita. Tenemos que buscar la razón en la presencia de una fracción grupalista en el grupo, que contribuyó a centrar algunos de los aspectos más radicales del discurso profesionista.

decisiones en cada caso totalmente determinadas y previsibles ciñéndose a las normas. [Así...] claridad y ausencia de ambigüedad son tal vez el ideal de un mundo en el que la «ejecución procedimental» es la norma. Para el mundo ético, sin embargo, la ambivalencia y la incertidumbre son su pan de cada día y no se puede acabar con ellas sin destruir la sustancia moral de la responsabilidad, el fundamento en el que se apoya ese mundo (Bauman, 2001: 96-97).

Démonos cuenta de que los profesionistas son los precursores directos de la gran mayoría de los profesionales sociales y del cuidado, y anticipan —mediados por la formación académica, verdadera socialización laboral— su actitud. Podríamos pensar que las palabras de Bauman deben aplicarse exclusivamente a los trabajadores del Estado, en función de la elevada burocratización de sus agencias (normativizadas/despersonalizadas), pero, no es así. Estamos ante una tendencia de más amplio alcance, y que afecta de lleno al tercer sector, más concretamente al creciente número de sus profesionales asalariados y voluntarios/as profesionistas. Todos estos ‘trabajadores/as’ presentan un perfil mucho más técnico/tecnocrático —racional— y desprovisto en gran medida de elementos morales. Los profesionistas no están dispuestos a manejar una elevada incertidumbre, y requieren (tanto a la organización como a los profesionales asalariados) una intervención en escenarios perfectamente previsibles y normalizados. Ello, está asociado necesariamente a una progresiva despersonalización.

Centrándonos en el discurso de los profesionistas, estos están especialmente sensibilizados contra la presentación social del voluntario/a como un sujeto moral, intrínsecamente bueno²⁵². Desde la posición profesionista extrema se hace una feroz crítica a ciertos voluntarios/as aparentemente morales. Ahí se aproximan a la posición del voluntariado complejo. El fomento del voluntariado en clave moral les parece una argucia coercitiva y manipuladora —a la postre inmoral—, que persigue la responsabilización —en realidad la culpabilización— del individuo. Tal estrategia-trampa sería planificada y desarrollada especialmente por parte del Estado, persiguiendo su propio beneficio²⁵³. Según los profesionistas, para conseguir generar más servicios utilizando menos

²⁵² “Porque la mayoría de la gente que se dedica a voluntariado son personas que... viven con papá y con mamá, se dedican a estudiar una carrera que la están pagando papá y mamá, estoy estudiando algo que bueno, lo estoy estudiando porque tengo que hacer una carrera, y entonces pues... tengo bastante tiempo libre, porque no trabajo, y si trabajo es a lo mejor pues dando una clase particular para poderme pagar la copa del sábado, ¿me entiendes? Entonces son personas que bueno, lo hacen pues porque bueno, pues por hacer una actividad más” (V6). En este caso, no se ataca al estereotipo del voluntariado moral católico, sino al más cercano voluntario/a joven urbano. Esta voluntaria recurre a su precoz emancipación del entorno paterno/materno (una excepción en toda regla), para articular su crítica. Queda fuera de la crítica moral —claro está— los enfoques utilitaristas vinculados a la acción voluntaria.

²⁵³ “...La administración está fomentando más, fomentando el voluntariado ¿para qué? para ahorrarse dinero, para no pagar a la gente [...]. Es un chollo, si la gente nos presta su ayuda sin cobrarnos, montamos una imagen de que «tú nos ayudas y vas a ser perfecto, te vas a limpiar el alma, para cuando te mueras y esas cosas»” (EV2).

profesionales asalariados²⁵⁴. La indignación al respecto, aunque se camufle bajo una crítica de la falsa moralidad de algunas motivaciones, se construye a partir del interés utilitario, tras valorar el perjuicio profesional que les causa la moralización —e incluso transformación en responsabilidad cívica—, de lo que para ellos debía ser exclusivamente un trabajo remunerado.

Pero los profesionistas no son totalmente inmunes a lo moral, ni siquiera el segmento radical. En ciertas ocasiones, los profesionistas se presentan circunstancialmente como sujetos morales, abriéndose de esta manera una gran fractura discursiva. Cuando se produce el salto del relato de la experiencia personal a la definición general de la actividad voluntaria, se tiende a cambiar la conceptualización del voluntariado, abriéndose paso una moderada apreciación moral²⁵⁵. El uso de un lenguaje exclusivamente utilitario resulta en determinadas circunstancias demasiado 'fuerte', incluso para los profesionistas radicales más aguerridos. La difícil defensa de su opción voluntaria estrictamente utilitarista frente a la opinión pública y, particularmente, ante el desconocido, explicaría parcialmente la tendencia. Finalmente, aunque sean sujetos utilitarios —y lo reconozcan—, los profesionistas querrían alegar que no son sujetos inmorales.

La autoexigencia moral se ve sustituida en los profesionistas por una autoexigencia de tipo profesional. En realidad, estos voluntarios/as exigen cada vez más a la actividad, respecto a sus aspiraciones laborales. La autoexigencia se concreta en la optimización del proceso de selección de las tareas voluntarias que profesionalmente les interesan más.

²⁵⁴ “No estoy a favor de que se fomente el voluntariado... o sea, de que se fomente desde el Estado ¿eh? O sea, me parece que eso es ¡tener un morro! Y además, todos nos lo tragamos la filosofía de: «¡Qué bonito es ser voluntario! ¡Qué bueno es ser voluntario! ¿No eres voluntario? Eso es raro ¿no? A ti... Además eres egoísta, porque no estás dedicando su tiempo a una labor altruista». «Mire usted, o sea, yo... dedico mi tiempo a lo que me dé la gana a mí». Entonces no... no estoy de acuerdo con esa filosofía, con lo que nos quieren vender [...]. El que no es voluntario, parece que le falta algo en la vida, que es que ha hecho algo mal, o que es un egoísta porque no dedica...” (V14). “Se ha idealizado mucho lo del voluntario. Que si tú eres voluntario es que estás bien visto, y si no lo eres no estás bien visto [...]. Un poco de imagen social también hay, en eso del voluntariado” (EV2). Se hace referencia incluso a la manipulación de la imagen mediática de los voluntarios/as: “simpáticos, todos muy agradables, ves la foto, y es que te... te llama muchísimo la atención: todos como las personas ideales. O sea, la gran familia, todos nos llevamos muy bien, y todo eso, es lo que te quieren transmitir [...]. «Hazte voluntario hombre, que vas a ser muy bueno» (EV2).

²⁵⁵ Un ejemplo de la gran fractura discursiva la encontramos en la entrevista V6. Tras una argumentación plenamente profesionista radical, que ilustra su aspiración a la rentabilización utilitaria, se hace una transición 'moral'. Hablando críticamente del currículum se dice: “el voluntariado queda bien, o sea te da incluso caché, parece [...] y a mí me toca las 'pelotas', porque yo no soy voluntaria para que figure en un papel, yo soy voluntaria porque me parece *una buena causa*” (V6).

9.4.4. Voluntariado grupalista

El voluntariado grupalista también podría ser referido como voluntariado *comunitarista*, e incluso, en función de su matriz organizativa dominante, denominarlo como voluntariado *asociativo*. Este tipo motivacional suele estar vinculado —aunque debemos insistir en que *no necesariamente*— a pequeñas asociaciones, lo que fuerza, desde un punto de vista estructural, a una articulación en torno al grupo como unidad de sentido²⁵⁶. No obstante, no toda participación voluntaria en pequeñas asociaciones toma necesariamente la forma de una participación grupalista plena. No tiene porqué implicar el desarrollo de una verdadera acción colectiva. El grupo puede constituirse fugazmente en momentos puntuales, puede dominar la planificación y desarrollo individualizado de las actividades, eludiendo el trabajo en grupo, aunque no sea ésta la situación más frecuente. A pesar de ello, es indudable que las características organizativas de las pequeñas asociaciones y de los proyectos desarrollados en su seno, se configuran como potentes agentes de selección con respecto a los participantes y, al mismo tiempo, funcionan como un decisivo agente socializador de los miembros de la asociación.

En este tipo motivacional, la participación está atravesada por la dimensión grupal, se participa *con* otros, el grupo es el fundamento y vehículo de la participación o, en términos más concretos, de la acción voluntaria. En definitiva, la acción se configura como *acción colectiva*. El grupo tomaría, además, la forma de grupo primario, esto es, un grupo de carácter multifuncional, en el que se establecen vínculos personales —afectivos— entre los miembros²⁵⁷, donde las personas participan (se ‘expresan’) como sujetos completos y, finalmente, grupo que en ningún caso se reduce a una finalidad exclusivamente instrumental (aspecto éste característico del grupo secundario). A través de nuestro trabajo de campo, hemos constatado que gran parte del nuevo voluntariado, se inscribe fuera de este modelo grupalista, que se torna en un segmento minoritario; lo que, por otro lado, se muestra coherente con la matriz individualista dominante. Junto al voluntariado expresivo moral de carácter tradicional, el voluntariado grupalista es el tipo motivacional más debilitado durante los últimos años —en especial en su variante que denominaremos como cívica—. A la hora de deslindar la manifestación de un voluntariado grupalista frente al modelo dominante individualista, puede ser de interés revisar la apreciación de Berque (cfr. Maffesoli, 1988: 44) cuando puntualiza que “el

²⁵⁶ En algunos casos el asociacionismo puede aparecer a partir de la conjunción de intereses instrumentales individuales, por ejemplo, concentrados en la promoción o inserción laboral (se trataría de una iniciativa más ‘mutualista’). Puede recordarse, a modo de ilustración, el caso de algunos ‘profesionistas’, que buscaban mediante la creación de una pequeña asociación un acceso digno al mercado de trabajo. No obstante, tal conjunción de intereses personales, se proyecta a través de la asociación, usualmente, en forma de acciones colectivas.

²⁵⁷ Refiriéndose al conjunto de voluntarios/as o participantes, son frecuentes las referencias del tipo “somos... amigos” (V15).

grupismo difiere de la gregaridad en cuanto que cada uno de los miembros del grupo, conscientemente o no, se esfuerza ante todo por servir al interés del grupo en vez de buscar en él simplemente refugio”.

Entre los grupalistas encontramos un sentimiento subjetivo muy fuerte de pertenencia a la asociación. Se produce una identificación máxima con la organización a través de la *fusión en el grupo*, se insiste en la vivencia colectiva. Una parte considerable de la identidad personal y social se construye en torno a la pertenencia a la entidad —y no en torno al rol de voluntario/a, como sí sucedía paradigmáticamente entre los voluntarios/as que se inscribían en el tipo individualista expresivo y moral, y especialmente entre los tradicionales—. El voluntario/a nos habla más de una *identidad* que de una acción concreta (hacer voluntariado). Ésta última se supedita a la pertenencia asociativa. Mientras el voluntariado de matriz individual simplemente se encuadra funcionalmente en la organización, los voluntarios grupalistas son/constituyen —y en definitiva se apropian de— la organización. De ahí que, discursivamente, se hable en términos de ‘mi asociación’, ‘mi club’, etc.²⁵⁸, formulaciones que en ningún caso encontramos entre los voluntarios/as individualistas (el voluntariado puede formar parte de sus vidas e identidad social, pero no así la entidad, que funciona como mero marco organizativo que posibilita la acción). Encontramos una personalización y apropiación de la iniciativa asociativa.

Entre el voluntariado grupalista encontramos una fuerte identificación de la asociación con el grupo, y por ello, una conciencia compartida de que el grupo es el verdadero motor de la asociación (hay una percepción de que los voluntarios/as *son* la organización). En ocasiones la referencia al grupo llega a sustituir a la referencia organizativa formal, se habla simplemente de ‘mi grupo’ o un más colectivo ‘en nuestro grupo’ (GD1), reflejando una máxima identificación —y con-fusión— entre lo que es el grupo y la organización. Los grupalistas participan plenamente de la vida asociativa a través de un vínculo sólido. Insisten en la implicación personal en el proyecto. Esta implicación no se entiende en clave de simple prestación o desarrollo de servicios, su sentido va más allá del desarrollo de un trabajo. Además, el voluntario/a grupalista es capaz de vincular su contribución individual con el devenir del proyecto. El funcionamiento asociativo es, en sí mismo, fuente de satisfacción. Encontramos una sensación de satisfacción que se acrecienta por la conciencia de jugar un papel activo y decisivo en la marcha de la asociación.

²⁵⁸ En ocasiones el ‘mi’ esconde una apropiación individualista, desde una posición de poder (gestión, etc.) como representante único y más legitimado de la organización. Tal sentido aparece especialmente ilustrado en nuestro GD2, a través de una gestora asociativa, profesionista radical.

En cuanto a la aportación personal a la organización, ésta se caracteriza fundamentalmente por la flexibilidad, estando relativamente poco formalizada. No hay que confundir dicha flexibilidad con la falta de compromiso, todo lo contrario, en general encontramos una fuerte implicación personal con el proyecto²⁵⁹, y como consecuencia, no hacen falta ligaduras formales para fidelizar a los miembros, ni estrictos mecanismos de control para garantizar el funcionamiento²⁶⁰. En definitiva, se parte de la autorresponsabilización del voluntario/a. Radicalmente alejados de los profesionistas, los voluntarios/as grupalistas propugnan una implicación personal y condenan el voluntariado ‘a la carta’.

Encontramos un funcionamiento democrático y de marcado carácter asambleario. El voluntario/a desempeña un papel central en la determinación y desarrollo de los procesos organizativos²⁶¹. El modelo de participación activa del grupalista está vinculado a la toma de iniciativas dentro de la asociación, no estando articulado en torno a la simple obediencia. La vivencia de la participación organizativa está en las antípodas de la de los profesionistas. Para los grupalistas no es concebible la imposición autoritaria, y mucho menos, el abuso o explotación del voluntario/a. Si se parte de una estructura de poder prácticamente horizontal, no es fácil imaginar condiciones abusivas de carácter estructural. Desde la posición y experiencia grupalista/asociativa —también lo encontramos en la vivencia de los individualistas expresivos y morales— no hay lugar para la explotación de los voluntarios/as (condición asociada a su reducción organizativa a estricta fuerza de trabajo). La iniciativa de acción parte de los propios asociados/as, de forma que hay una estructuración funcional más espontánea y libre. Según los grupalistas, el compromiso estaría libre de coacción.

El voluntario/a grupalista posee un perfil de intervención de carácter multifuncional, difícilmente se circunscribirá al desarrollo de una única tarea específica o especializada. Los grupalistas nunca piensan que ciertas acciones o intervenciones no estén a la altura de las de los profesionales. En el contexto asociativo, no ha lugar a ese tipo de planteamientos. En este tipo motivacional la rotación funcional se produce frecuentemente, pero siempre en el interior de la asociación. Las causas de la rotación atienden

²⁵⁹ “La verdad es que nos tirábamos allí días y días enteros” (V9). En este entrevista, nos encontramos con una poliasociada con procesos motivacionales diferenciados para cada organización en la que participa (respectivamente, profesionista moderada y grupalista expresiva).

²⁶⁰ DOWNTON (cfr. FUNES, 1995: 67) señalaría la socialidad —la unión con los compañeros—, como uno de los mecanismos que intensificaría con más fuerza el compromiso dentro de una organización.

²⁶¹ Con respecto a los voluntarios/as se destaca la “la capacidad de tomas de decisiones acerca de la asociación, o sea, acerca de la institución” (G8). Hemos de señalar que esta joven gestora asalariada de nivel medio, que desarrolla su trabajo en una gran corporación voluntaria, es simultáneamente ‘voluntaria de base’ en una pequeña asociación, situación que le proporciona una perspectiva comparativa muy amplia. Esta cita, así como las subsiguientes, se corresponden con su participación asociativa como voluntaria.

prioritariamente a las necesidades de la organización y los proyectos, y sólo secundariamente a los intereses del sujeto voluntario. Se trata de un modelo de rotación muy alejado del de los profesionistas. Las iniciativas o programas de la asociación suelen tener un carácter *micro*, de actuación sobre el medio social inmediato.

En el contexto del tipo grupalista, las referencias a la participación asociativa en términos de voluntariado son poco frecuentes²⁶². Se asume que la participación puede generar costes personales (por ejemplo económicos: cuotas, pago de actividades, etc.), pero se entiende como algo lógico (por el contrario, 'profesionistas' o 'complejos' no estarían dispuestos en ningún caso a correr con esos costes). A la hora de incorporarse a la asociación, en el tipo grupalista dominan los procesos de autoselección electiva protagonizados por el propio voluntario/a. Ajenos a todo tipo de procesos de selección formalizada, son los propios voluntarios los que 'deciden' su adscripción, en gran medida, a partir de una comunión con los objetivos de la asociación (con la 'causa'), y sobre todo, a través del desarrollo de la propia práctica asociativa, que funciona como una criba o filtro muy eficaz. A diferencia de los profesionistas, los grupalistas desconfían, e incluso les parece aberrante, una selección 'objetiva', sobre todo, porque para ellos no es tan importante la capacitación académica y técnica, como la implicación con el proyecto y lo que, difusamente, se condensa en la referenciada como 'calidad personal'²⁶³. Insertos en iniciativas pequeña de carácter grupal, no entienden la necesidad de una selección 'profesionalizada' de personal voluntario.

La fracción asociacionista reivindica el voluntariado y la validez de su trabajo con respecto a los profesionales. El voluntario *sí sabe*, y ha adquirido el conocimiento precisamente a través de la experiencia práctica, frente a la formación académica (que no es indispensable). Su acción no es una intervención técnica. En cierta medida, nos encontraríamos ante una argumentación defensiva frente a los profesionistas, que estiman fundamental la formación académica. Los grupalistas creen necesario diferenciar la

²⁶² En el entorno asociativo, en la mayoría de las ocasiones la participación no se concibe como voluntariado. Tal tendencia se manifiesta especialmente cuando no hay un colectivo receptor directo o claro, o cuando el vínculo se disuelve. En general los voluntarios/as se conciben como tales, sólo si participan en organizaciones que se definen como asociaciones con voluntarios/as (en ese caso la organización define la posición). Un alto porcentaje de las asociaciones no define la posición del participante/asociado como voluntario/a. "Yo, por ejemplo, lo de 'W' [nombre de la asociación] no lo considero un voluntariado. O sea que... no, la verdad es que nunca lo he considerado como un voluntariado, ¡vaya! Era un *grupo de amigos* que nos habíamos juntado para intentar hacer algo por el barrio, que luego se amplió, pues bueno, pues con la historia de los curas del colegio [...]. El juntarnos unos amigos «a ver que podemos hacer, tab», dedicarle tiempo y..., que bueno, que a lo mejor sí que está definido como voluntariado eso; no lo sé, pero que yo *nunca me he considerado voluntaria* en ese sentido, así ¿no? Hombre, que sí que es algo voluntario que haces desde luego en tu tiempo libre y a lo que le dedicas bueno, pues 'equis' horas a la semana o al mes..." (V9).

²⁶³ Por ejemplo, se preguntan con respecto a un hipotético proceso selectivo: "¿qué van a medir? ¿tu corazón, tus...?" (GD1). Esta intervención se corresponde con la variante grupalista expresiva.

formación académica —la titulación— de la ya referida ‘calidad personal’ —concepto difuso que incluye la capacidad de empatizar (‘saber tratar a la gente’), y que es una especie de resultante compleja de las dimensiones afectiva, moral, y humana del voluntario/a—, entendiendo que la primera no es necesariamente sinónimo de la segunda, y que realmente el factor crítico para el ejercicio del voluntariado es esa calidad personal. Para los grupalistas, la formación académica no es suficiente para constituirse en persona (más concretamente, en ‘buena persona’), y el voluntario/a interviene fundamentalmente como persona. O dicho de otra manera, para los grupalistas en el desempeño del voluntariado hay que ser antes persona que técnico o profesional. Encontramos un discurso crítico en torno a la educación académica. Para el voluntariado comunitarista la orientación profesional/profesionista puede suponer, muchas veces, un serio impedimento, dado que imposibilita al voluntario/a para la comprensión de la lógica de una asociación y para el desarrollo de un compromiso (cuestión a la postre moral). Los grupalistas recuperan una doble dimensión en la actividad voluntaria: no niegan la dimensión trabajo, pero al mismo tiempo, reivindican el contenido afectivo y moral de la relación con el receptor y de la actividad asociativa.

Motivacionalmente, el tipo comunitarista se configura en torno a la orientación social, si bien, el vigor y la forma que toma la expresión de este eje motivacional, presenta diferencias sustanciales. De esta manera, podemos señalar y diferenciar dos subtipos motivacionales: el *grupalista expresivo* y el *grupalista cívico*, definidos en función del horizonte social de intervención (la delimitación de objetivos), y sobre todo, del marco de interpretación ideológica de la intervención —del sentido atribuido a la acción— y del contexto social. La distinción también reside, como vamos a ver, en los ejes motivacionales complementarios (bien individualista expresivo, bien moral). Las dos posiciones definidas se estructurarían como un *continuo* en el que nos detendremos en las posiciones extremas.

a) *Grupalista expresivo*

También podríamos referirnos a él como voluntariado de comunitarismo restringido o microgrupalista. Es el segmento más abundante dentro del tipo motivacional grupalista, y el de menor proyección social. Está dominado por, y reducido a, el microgrupo afectivo, en el seno del cual se suelen concentrar los objetivos. En ese sentido, la relación afectiva con el receptor individual vuelve a ser central. Este subtipo motivacional condensa elementos del individualismo expresivo, que como se señaló más atrás, en ciertas ocasiones, no es incompatible con la ‘fusión’ con otras personas (Bellah *et al.*, 1989: 394)²⁶⁴, con la orientación social (limitada en gran medida a la acción colectiva

²⁶⁴ BELLAH, *et al.* (1989: 214) llegan a afirmar que el individualismo expresivo es un “individualismo que se realiza dentro de la comunidad y no en oposición a ella”, e implica la “expresión de uno mismo en

dentro del grupo, intra-asociativa). Así, el voluntariado grupalista expresivo se solaparía parcialmente, desde un punto de vista motivacional, con el voluntariado expresivo moral, diferenciándose de éste, fundamentalmente, por la centralidad motivacional del grupo (de la *acción colectiva*).

El vínculo con los receptores de la acción voluntaria —en ciertas ocasiones miembros de la asociación—, sólo cobra sentido a través de la adscripción grupal. La intervención se suele contener en el ámbito social más cercano (comunitarismo restringido), y la interpretación en términos ideológicos del marco social ocupa un papel secundario; es más, no es éste un 'trabajo' que se aborde explícitamente. La limitación de la proyección social reside en el cierre reflexivo sobre la asociación. Aunque encontramos entre los voluntarios/as unas pautas de participación asociativa plena, usualmente el funcionamiento asambleario se limita a regular y marcar la marcha de la asociación. Paradójicamente, en la mayoría de los casos, no encontramos una visión participativa del voluntariado; hipercentrados en la asociación, relativamente 'cerrados' a la influencia del entorno social, los voluntarios/as grupalistas expresivos no dan socialmente sentido a su actividad más allá de los límites de la entidad. La asociación aparece como unidad exclusiva de sentido. Entre los grupalistas expresivos suele dominar una visión más bien asistencial de su acción, lo que cercena su capacidad de análisis social e ideológico y, en consecuencia, su capacidad de crítica y transformación. El grupalismo expresivo (al igual que los tipos motivacionales anteriores) se configuraría como un modelo de voluntariado acrítico y funcional, no reivindicativo, y de escaso perfil participativo.

Parcialmente 'aislados' del medio social general en su práctica voluntaria, insertos en su oasis asociativo, entre los grupalistas expresivos encontramos generalmente una percepción positiva de los niveles, perfiles y características de la participación juvenil. La aproximación a la asociación y al proyecto, deriva más entre los grupalistas expresivos de los vínculos personales previos. Amigos/as, hermanos/as, novios/as, e incluso padres y madres aparecen, frecuentemente, entre las personas que aproximan al voluntario/a a la asociación. El uso de canales de información (o captación) más formalizados es más infrecuente, casi excepcional.

La gratificación afectiva no depende exclusivamente del vínculo con el 'receptor', sino que se desprende en gran medida de la pertenencia al propio grupo. Se hace referencia a la motivación y satisfacción derivadas del 'ambiente' grupal²⁶⁵. El vínculo

comunidad con otras personas, y no [el.] uso de otras personas como medio para conseguir metas personales" (ibíd.: 235). El factor clave descansa en este caso en la delimitación de la amplitud de esa comunidad y el papel relativo concedido a los demás.

²⁶⁵ "Te apoyas más en el ambiente" (V12). Si no hubiera buen ambiente, "no te sentirías bien, yo creo, o te quemarías más rápido, o te cansarías antes" (ibídem). Esta voluntaria es un nuevo ejemplo de poliasociacionismo simultáneo. Lo realmente importante es que su proceso motivacional presenta caracte-

con el receptor es ‘matizado’ por la centralidad del vínculo mantenido con el igual. La grupalidad se concentra en los participantes voluntarios, y es mucho más débil con respecto a los receptores. La asociación funcionaría para los grupalistas expresivos fundamentalmente como un círculo de reconocimiento. Para Funes (1995: 57), “el círculo de reconocimiento actúa como punto de ensamblaje entre la identidad individual y una identidad colectiva”. De esta manera, “la imagen que el grupo devuelve a cada uno de su actuación es lo que permite la construcción, o confirmación, de la identidad (ibíd.).

Por otra parte, la asociación constituida grupalmente como un entorno cálido, acogedor y protector —de contenido eminentemente afectivo—, puede terminar funcionando para algunos grupalistas expresivos exclusivamente como refugio, lo que nos conduciría, si retomamos las palabras de Berque, a un modelo de participación más gregario. En ese sentido, el grupalismo expresivo puede bascular entre una grupalidad fuerte y una grupalidad restringida —gregarismo en el sentido de Berque—. La grupalidad restringida aparece cuando el voluntario/a se centra en sus necesidades, y se limita a la búsqueda de un refugio afectivo (cuando la orientación individualista expresiva se muestra más fuerte). En general, el sector asociacionista, ante la progresión social del individualismo, está incorporando elementos del segmento dominante del voluntariado, por lo que la grupalidad se reduce y repliega cada vez más hacia el interior.

Dentro del grupalismo expresivo, encontramos un segmento pro-profesionista, cuya argumentación en favor del voluntariado se constituye fundamentalmente con relación a los costes salariales de los profesionales. En esa dirección, esta fracción pro-profesionista se aleja de las posiciones asociativas clásicas (según las cuales, la participación tiene sentido en sí misma). Según esta posición, las estrecheces económicas de las asociaciones marcarían la opción por el voluntariado. Para este segmento, es especialmente acertado afirmar que no hay lugar para una visión participativa del voluntariado, el elemento fundamental es su capacidad de ‘trabajo’ gratuito. Paradójicamente, estaríamos ante un segmento asociacionista que al fijar la profesionalización como un óptimo, se marca un ideal no asociacionista. Esta posición discursiva la encontramos, sobre todo, en voluntarios/as encuadrados en asociaciones centradas exclusivamente en la prestación de servicios. Se correspondería con iniciativas en las que el grupalismo adopta una forma más precaria.

risticas específicas en cada organización. Bascula entre un proceso individualista expresivo y moral ‘renovado’ y un grupalismo expresivo: “Aquí es más, pesa más la labor que haces, y las personas a las que estás ayudando directamente, y en el otro lado, pesa más el ambiente [grupal] que se crea” (ibíd.).

b) *Grupalista cívico (o político)*

Béjar (2001b: 183) advierte como síntoma importante, la llamativa “*ausencia en los voluntarios de la conciencia de pertenencia asociativa*”. Para la autora “dicha ausencia expresa una *débil conciencia de que el voluntariado es un hecho político*, en el sentido aristotélico de *cívico*” (ibíd.)²⁶⁶. Trasladándolo a nuestro esquema motivacional, podemos apuntar que tal síntoma, muestra una preocupante escasez de procesos motivacionales que pudiéramos enmarcar en el voluntariado grupalista cívico. Y no sólo eso, salvo excepciones, la variante cívica se expresa en elaboraciones discursivas bastante precarias y fragmentarias (otro síntoma más de la situación actual del universo participativo desde un punto de vista ideológico).

El voluntariado grupalista cívico podría ser considerado también como una expresión de comunitarismo universalista. Dentro del nuevo voluntariado, sería, sin lugar a duda, el tipo motivacional menos frecuente, casi excepcional, aquél en el que la orientación motivacional de carácter social es absolutamente central. Sin negar la orientación *expresiva* (radicada también en el contexto del grupo y del vínculo con el destinatario de la acción), este voluntariado presenta una proyección social de carácter político (que se busca y explicita conscientemente). A diferencia del grupalismo expresivo, los objetivos no se agotan ni en la asociación, ni en los sujetos receptores personalmente considerados²⁶⁷. Podemos hablar de una proyección social de los objetivos, pese a que la intervención pueda circunscribirse a un nivel micro (barrio, etc.). En el caso del voluntariado grupalista cívico, profundizar en el tipo motivacional implica, necesariamente, profundizar en la dimensión ideológica.

En el segmento cívico se insiste en la dimensión colectiva de la acción, y en la necesaria contextualización social del proyecto²⁶⁸. En función del pleno desarrollo de la orientación social, la dimensión ideológica (en este caso racionalizada y explicitada), ocupa una posición central en el proceso motivacional²⁶⁹. Se parte de una interpretación

²⁶⁶ La cursiva es de la autora.

²⁶⁷ Para BÉJAR (2001b: 137) “*en el discurso cívico la realidad social exterior es lo que incita a la acción*”. En la realización de una empresa colectiva “*se conecta lo personal y lo social, lo privado y lo público, y se crea lo que el republicanismo entiende por libertad política*”. De nuevo, la cursiva es de la autora

²⁶⁸ “Que no vayan cada uno a... a ‘su’ taller, a ‘su’ niño, sino que sea... O sea que exista la conciencia de que ‘V’ [nombre asociación] *somos todos*, de que ‘V’ es un poco el desarrollo de todos los niños, sino de todos los monitores, para que no se cree ese egoísmo de «es mi taller y... es mi... mi niño» sino que *es un proyecto, es un barrio, y es una problemática* y estamos todos ahí trabajando, «tú pon esto, y tú pon eso otro», pero, todos en torno a lo mismo” (V15).

²⁶⁹ “La gente tiene un poco de... de engaño con lo del tema de voluntariado. Se piensa que es simplemente un trabajo de dos o tres horas, y ya se deslindan de eso, y ya está ¿no? Entonces se exige desde la asociación ‘V’ a los monitores un compromiso, no solamente de un tiempo, sino *un compromiso intelectual, un compromiso de pensamiento*, un compromiso solidario de... de intentar educar a unos chavales en unos valores ¿no? Y eso supone, no solamente a lo mejor dos horas, sino una preparación de ‘aquí’,

ideológica —explicitada, aunque es muy difícil que incluso los voluntarios/as cívicos utilicen el concepto ‘ideología’, en virtud de la fuerte carga negativa asociada al término—, central en la configuración de la actividad asociativa, y a partir de ahí, se diseña y constituye el modelo de intervención social (salvo excepciones basado en la acción colectiva y con una manifiesta dimensión política), dirigida no sólo a la prestación de servicios, sino también promoción del cambio social (a una escala variable). Este subtipo representaría un proceso motivacional crecientemente *marginal* en el contexto del nuevo voluntariado; e incluso, sería mucho más probable encontrarlo fuera del contexto participativo del voluntariado. Aunque la actividad pueda tener una orientación *micro*, el marco de referencia ideológico, las claves interpretativas de lo social, son siempre *macro*. Nos topáramos una apertura ‘total’ a lo social. La búsqueda de transformación social, suele partir de una aspiración de moralidad y justicia social, y por tanto, en el proceso motivacional de los grupalistas cívicos, también estaría presente de manera importante la orientación *moral*. Dentro de esta posición nos encontraríamos una amplia panoplia de posiciones ideológicas que podrían variar desde un civismo fundamentalmente consensual, a un civismo netamente antisistema (que suele rechazar la etiqueta de voluntariado, aunque pudiera inscribirse en él —si tenemos en cuenta su configuración actual como un concepto ‘contenedor’ de la participación— desde una perspectiva ‘funcional’).

En cuanto al funcionamiento de la asociación, los grupalistas cívicos piensan que su gran activo es la autonomía (con respecto al Estado y al mercado), si es que lo comparamos con las organizaciones más corporativas²⁷⁰. A diferencia del grupalismo expresivo, el fin no circunscribe a la asociación —la pervivencia de la organización no se transforma en un fin en sí misma—, por ello, se considera básica la proyección social de los objetivos²⁷¹, incluso aunque se trate de una iniciativa que bascule hacia el mutualismo. La ‘prestación de servicios’, aunque en general se sigue articulando como una actividad central de la asociación, se combina con una fuerte presencia de —y apoyo a— ‘actos reivindicativos’²⁷² y con un trabajo de ‘reflexión’ (de tipo grupal/asambleario). Aunque los cívicos destacan la potencialidad e importancia de la acción reivindicativa, al mismo tiempo, se está lejos (para una parte del colectivo) de una

de cabeza, más de lo que ellos se plantean en principio...” (V15). La insistencia en la ‘exigencia’ —como se ilustra a lo largo de la entrevista, en cierta medida formalizada—, nos alerta de que esta cita no se corresponde con un tipo motivacional cívico (y asociativo) puro.

²⁷⁰ La asociación “trabaja en un territorio muy concretito, y además tiene una identidad y una autonomía más fuerte que ‘C’ [corporación voluntaria con la que compara la asociación], y pondría subrayado la autonomía” (G8).

²⁷¹ “No queremos hacer más socios porque sí, para decir «tenemos más ingresos» [...]. Lo que queremos son más colaboradores, más gente implicada, más gente que sienta esto, más gente que se dé cuenta de que habría que intentar radicalmente, pero con palabras, cambiar el mundo...” (GD7).

²⁷² Se presta, por ejemplo, “apoyo a todas las manifestaciones” (V11).

idealización ingenua de esta acción. Se es consciente de que los planteamientos de denuncia y reivindicación corren el riesgo de quedarse suspendidos en el vacío, presos del discurso —pura ‘palabrería’—, sin traslación a hechos o estrategias de acción concretas; pero es ese un riesgo razonable con respecto a las ventajas (libertad, etc.) del modelo asociativo²⁷³.

La participación asamblearia no se reduce a la gestión cotidiana de la organización y los programas²⁷⁴. El análisis del contexto —social— de actuación, y la discusión y fijación de los planteamientos y premisas —ideológicas— de intervención, son objeto de reflexión y elaboración grupal. En la acción y/o intervención se parte siempre de un diagnóstico social²⁷⁵ —aunque para un segmento importante de los cívicos adopte la forma de una elaboración precaria y en muchos casos no carente de elementos tópicos—. Aparece una preocupación por la ‘coherencia’ del proyecto, sin olvidar la coordinación de las tareas —frecuente punto débil, como se encargan de mostrar nuestras entrevistas, en el segmento más asociativo—. Desde un punto de vista funcional, la labor ‘reflexiva’ y de elaboración ideológica, actuaría como un agente homogeneizante y ligante, que favorece la consolidación del grupo y el proceso ‘autoselectivo’ de los participantes.

Los cívicos reivindican directamente la dimensión ideológica (aunque insistimos que salvo excepciones no utilizan tal terminología) de las organizaciones, y lo sitúan en una posición central. Dentro de nuestra tipología motivacional, es el único segmento que lo hace. A partir de ahí, se posibilita la articulación de una crítica tangencial hacia algunas organizaciones voluntarias (aquellas que presentarían según los cívicos un perfil más afín a la clásica beneficencia, con planteamientos paternalistas y asistencialistas)²⁷⁶, pero desde luego, los cívicos no se caracterizan (ni siquiera los más radicales) por desplegar un discurso sistemático antivoluntariado. Es más, cabe en su discurso una percepción positiva, y hasta idealizante, del voluntario/a. Además, el grupalista cívico es el

²⁷³ “Creo que una asociación de barrio también crece con mucho talante reivindicativo, aunque luego se te quede en el ‘puff’, y sea mucho de ‘boiqui’ y poco de hacer cosas, pero también tiene más libertad para reivindicar cosas, para jugársela” (G8). Volvemos a recordar que esta gestora, aunque trabaja profesionalmente en una de las grandes organizaciones voluntarias, simultáneamente es voluntaria en una pequeña asociación de barrio.

²⁷⁴ “Tomas más decisiones [...], en las asambleas se tratan *temas de fondo*” (G8).

²⁷⁵ Uno de los voluntarios entrevistados nos indica que cada año parten en su planificación de “un *análisis de la realidad*” (V15). Y sigue diciendo, “a lo mejor es la ventaja de... bueno, no de asociaciones cristianas o no cristianas ¿no? pero, donde se compagina un poco la *actividad social*, sea cristiana o no cristiana, con la actividad un poco de... de *reflexión* de lo que se está haciendo. Si no se compagan yo creo que las dos cosas, es difícil [*lapsus*: quiere decir ‘fácil’] que la gente se agote y se apague...” (ibíd.).

²⁷⁶ “Por ideología nunca va a ayudar de la misma forma ‘C’ [nombre de una conocida corporación voluntaria] que... una asociación un poco más radical, o menos paternalista, no tanto radical sino... O sea qué ‘C’ hace mucho, yo no digo que no haga ¿sabes?, pero, digo que siempre va a haber un pequeño... un enfoque diferente y un tratamiento también diferente ¿no...?” (V11).

‘voluntario/a’ que se muestra más consciente de la diversidad motivacional del voluntariado, o de la participación social. La gente participa por motivos diferentes, y eso para los cívicos es importante, marca el sentido y los objetivos de la acción. Lejos de la perspectiva dominante homogeneizante de la realidad del voluntariado, los cívicos introducen discontinuidades significativas.

Entre los cívicos encontramos una fuerte resistencia con respecto a la profesionalización asalariada del entorno asociativo. Consideran que son muchos más los riesgos y problemas que los beneficios que ésta planea. En general, para los cívicos, la introducción de ‘liberados’ implica una importante distorsión del modelo asociativo (a pesar de ello, la opción de crear la figura del liberado es un tema complejo, que como ilustra alguna de las entrevistas, puede crear disensiones internas). La profesionalización asalariada no tiene por qué cohesionar más la asociación, u optimizar el funcionamiento interno, o dar más continuidad o profundidad al proyecto. De hecho, según los cívicos, puede significar todo lo contrario, al facilitar la aparición de un voluntariado de compromiso limitado —sin responsabilidad, más centrado en la acción, que delega en el asalariado—²⁷⁷. Se trata de un planteamiento totalmente opuesto al de los profesionistas, que como se recordará, aspiraban a una profesionalización total del mundo asociativo. Así pues, se deslinda lo asociativo de lo profesional (que pasaría a estar vinculado al mundo empresarial y la lógica del beneficio), al tratarse de realidades distintas con objetivos y lógicas diferenciadas y hasta enfrentadas²⁷⁸. No obstante, sólo algunos de entre los cívicos son capaces de articular explícitamente, y de manera nítida, criterios de distinción entre el mundo asociativo y la esfera profesional/empresarial. Los cívicos perciben un riesgo inminente, y denuncian el planteamiento empresarial que recorre progresivamente el ámbito asociativo (que vinculan a la profesionalización de las asociaciones). Se avanzaría en una dirección que marca el alejamiento del modelo asociativo ‘puro’, y en ese sentido, aparecen realidades organizativas intermedias (entre asociación y empresa) de difícil catalogación²⁷⁹. El principal problema de estas nuevas modalidades asociativas progresivamente empresarizadas es la pérdida de independencia, la disposición de márgenes menores de libertad.²⁸⁰

²⁷⁷ “Yo no creo en los liberados en el mundo asociativo, porque creo que la asociación es otra cosa” (G8).

²⁷⁸ Por ejemplo, en una de nuestras entrevistas, se hace referencia a que la asociación no es un “montador de proyectos, y proyectos muy bien hechos y muy cualificados, no” (G8).

²⁷⁹ “Muchas asociaciones terminan siendo empresas, ahora mismo. Vamos, yo conozco unas cuantas, de tener ‘fifty-fifty’, cincuenta por ciento de profesionales, y cincuenta por ciento voluntarios ¿eso qué es? [...]. O sea, que me parece fenomenal que haya empresas, y bueno, pues, tiene que haber proyectos gestionados por gente profesional, evidentemente, pero que a eso le llamemos asociación... creo que no va por ahí la cosa” (G8).

²⁸⁰ “En la medida que uno [...] se va haciendo más... una asociación se va haciendo más profesional, necesita mucho más los ingresos y es bastante menos libre. Y yo creo que una asociación, muchas ve-

Lejos de una idealización absoluta del entorno asociativo, los cívicos, a partir del propio trabajo 'reflexivo' grupal, son conscientes de los importantes problemas de carácter organizativo que afectan a la asociación. El compromiso espontáneo, y la estructuración informal, ofrecen como negativo una gran desigualdad en la dedicación a la asociación, y ello da lugar a que los sujetos que más tiempo y trabajo invierten en la asociación terminen 'quemándose'. Como correlato de esta situación suele aparecer el problema de la rotación o sustitución generacional. Muy frecuentemente, es difícil 'encontrar' sustitutos a las personas más implicadas, y que suelen ocupar posiciones de responsabilidad durante periodos de tiempo prolongados²⁸¹. Otras veces, se ilustran importantes problemas de coordinación.

El tipo motivacional grupalista cívico se corresponde con el segmento del voluntariado en el que la concepción de la acción del sujeto se remite más claramente al ámbito de la participación social²⁸². Aunque, en ocasiones, se apliquen el concepto 'voluntario/a', los integrantes del sector 'cívico' son los que tienen más problemas para considerarse o autodefinirse como voluntarios/as. Si tienen que buscar un referente, una 'etiqueta' que defina su papel, algunos cívicos —de entre los que rechazan el referente 'voluntariado'— pueden mostrar serios problemas (quedando fuera conceptos como participación, asociacionismo, militancia...). En alguna de nuestras entrevistas, y ante la insistencia del entrevistador, se termina definiendo la posición y el papel a través de la referencia a actividad concreta desarrollada: por ejemplo, "dar clases de español" (V11). En cierta medida, se han perdido los referentes conceptuales 'tradicionales' y no se encuentra un sustituto adecuado.

La preeminencia de la orientación social en los 'cívicos' se solapa de hecho con la importante presencia de otros ejes motivacionales —expresivo y sobre todo moral—, resultando un proceso motivacional relativamente complejo, y al mismo tiempo bastante equilibrado, en tanto en cuanto, sólo elude de su 'composición' la orientación individualista utilitaria. La orientación moral está muy marcada, la lectura en términos éticos de la acción está muy presente —Béjar (2001b: 121) apunta que el discurso cívico "arti-

ces tiene la opción de la libertad, porque no tiene nada que perder, bueno a lo mejor tiene que perder una subvención que le permite estar en un local, pero a lo mejor merece la pena. No es lo mismo tener que perder un proyecto de tantos chavales, un convenio, no sé cuántos empleados..." (G8).

²⁸¹ "No tenemos una generación que venga atrás, que venga un poco a sustituirnos a nosotros" (V15). Este problema se extiende incluso a la participación asociativa 'genérica' (no hay conocimiento social amplio de su actividad y la autoselección limita severamente el número de voluntarios/participantes reales): "faltan monitores, falta gente voluntaria" (ibíd.). Conscientes de que en ocasiones la asociación devora sus mejores recursos personales, se enuncia un deseo: "que la asociación no sea un rodillo contra las personas" (G8).

²⁸² "El voluntariado que llega a... a la asociación 'T' o los que hemos sido, también tenemos mucha conciencia participativa en ese sentido ¿no? En que la asociación la hacemos juntos, la construimos, nos peleamos juntos, se va a la mierda juntos, o lo que sea" (G8).

cula la ayuda al otro como una empresa moral y colectiva”—, aunque los voluntarios/as ‘cívicos’ tratan de secularizarla, y en cierta medida, de modernizarla discursivamente. No se rehúsa la orientación moral de la acción, se reconoce explícitamente aunque se matiza. Como en el caso de los ‘complejos’, se vuelve a rechazar el estereotipo moral tradicional de la beneficencia (de las ‘hermanitas de la caridad’ o del ‘boy-scout’). La acción moral, para la gran mayoría de los ‘cívicos’ no es en ningún caso resultado de un mandato ajeno²⁸³, se emplazan fuera de una ética del deber. Los voluntarios/as cívicos tienden a ubicarse en los confines de una moral de la responsabilidad, que se modula en un doble nivel: se siente individualmente²⁸⁴, pero se articula y resuelve grupalmente (a través de una acción siempre colectiva). Siguiendo con el análisis terminológico, los cívicos no evitan el uso del concepto ‘ayuda’, aunque compaginan esta referencia conceptual con el empleo de otros vocablos (v.g. ‘colaboración’) con una carga moral mucho más limitada.

La moralidad de la acción se vincula prioritariamente a la transformación social, a la resolución de situaciones de injusticia. La simple ayuda se muestra limitada. Y es en este contexto en el que los grupelistas cívicos —o políticos—, diferencian entre aquel voluntariado orientado al cambio social, y aquél otro que se circunscribe a la ayuda paliativa²⁸⁵. Para los cívicos el segundo tipo de acción voluntaria (paradigmáticamente representada por el acompañamiento confortante de los ‘tradicionales’) es claramente insuficiente. La verdadera acción moral demanda un compromiso con la transformación —se logre finalmente o no—. Tras la evaluación *moral* de la situación, se trata de intervenir (buscando una proyección social) para intentar modificar el estado de la cuestión. Finalmente, la moralidad fundamenta y da sentido la orientación social de los cívicos.²⁸⁶

Consideremos ahora la orientación individualista expresiva de la fracción cívica. Para estos grupelistas, es importante tanto el elemento de vinculación afectiva como

²⁸³ “Yo lo he hecho porque... porque me ha salido así, porque me parecía... una buena acción, no en el sentido ‘boy-scout’ sino en el sentido de si algo va mal, haz algo para cambiarlo [...]. Lo he hecho porque mi conciencia me lo...” (V11).

²⁸⁴ De ahí la referencia por ejemplo a la “inquietud de ver que hay tantas cosas mal” (V11).

²⁸⁵ “Por ayudar también, porque hay veces que hay voluntariados que no son para cambiar las cosas, son *para ayudar, simplemente*” (V11). Cobra importancia especial para la definición del sentido de la locución la palabra ‘simplemente’.

²⁸⁶ Aunque *reactivamente* una buena parte de los voluntarios/as vincularían su acción al objetivo de la transformación social —estamos ante un tópico ampliamente difundido por las organizaciones voluntarias e incluso el Estado—, es curioso observar cómo tan sólo un segmento minúsculo, enlaza directa y espontáneamente (a lo largo de su discurso libre) su acción con una aspiración al cambio. Insistamos de nuevo, recurrir a técnicas cuantitativas como la encuesta, basada en cuestionarios precodificados —preguntas y *respuestas* fijadas de antemano por el investigador—, desnaturalizaría drásticamente el perfil motivacional del nuevo voluntariado, magnificando su orientación social y política (como gran reproductora y amplificadora de estereotipos sociales que es la encuesta).

fuente de satisfacción, como el enriquecimiento personal asociado. El crecimiento está muy presente²⁸⁷, aunque se pretende insistir —quizá para ‘encubrirlo’— sobre la simetría que preside la relación entre voluntario/a y receptor. Se pretende disolver (muchas veces de una manera imaginaria e ilusoria) las fronteras entre los papeles y posiciones del donante y del donatario, fortaleciendo y dignificando al receptor. Éste no es un sujeto pasivo, se le transforma en un igual del que se recibe también ayuda —cuyo resultado se concretaría en el crecimiento personal—²⁸⁸. El enriquecimiento personal cobra una doble dimensión, en primer lugar afectiva (vinculada a la interacción con los receptores y el grupo asociativo), y en segundo lugar, una dimensión ‘intelectiva’/ideológica (a partir del trabajo grupal), asociada al descubrimiento de las ‘causas de las cosas’ (de los fenómenos sociales, especialmente los referidos a la desigualdad). Los cívicos tienden a ‘denunciar’ el proceso motivacional individualista y especialmente aquel que se fundamenta exclusivamente en una orientación expresiva —que además se traduciría, según el segmento cívico, en patrones de participación inestable y limitada—²⁸⁹.

Los cívicos señalan el abundante uso discursivo —entre los voluntarios/as— de ciertos lugares comunes que se corresponderían, por ejemplo, con la ‘consecución de la justicia’ o ‘la transformación social’²⁹⁰. Esta utilización de estereotipos y tópicos apuntaría, formalmente, a la existencia de un análisis ideológico acerca de la realidad social y su vinculación motivacional al sentido de la acción voluntaria. No obstante, para los cívi-

²⁸⁷ “Hombre, que el tema de voluntariado, es que tiene la doble paradoja de, tú estás ayudando a los demás y también eso te enriquece a ti, y te ayuda” (V15).

²⁸⁸ “Cuando tratas con seres humanos, no puedes pretender que... que la ayuda sólo va por un lado ¿no?, de hecho cuando..., si tú te.. te metes a un voluntariado o haces algo, es porque tú estás recibiendo algo a cambio ¿no? Estas recibiendo una satisfacción personal y un... Siempre hay un intercambio ¿no?, el aprendizaje siempre es mutuo” (V11). En la misma entrevista y con respecto a la relación con los receptores se comenta: “ha sido un trato muy de tú a tú” (ibíd.). El tópico de la inversión del sentido de la acción impregna también el discurso de los cívicos; se nos dice, “en realidad dando recibes mucho” (ibíd.). La frase podría haber sido suscrita por voluntarios/as inscritos en tipos motivacionales muy diferentes.

²⁸⁹ Para los cívicos, el voluntario/a dominado por una orientación expresiva (que se concretaría especialmente en nuestro tipo ‘renovado’) colabora en los siguientes términos: “sintiendo un poco que quiere hacer algo, pero no tanto por ayudar a los demás, sino por sentirse él bien, vienen muchas veces al voluntariado, entonces, esos son los que duran poco. Porque esa necesidad, al año se te ha acabado, se te ha acabado... [...] esa gente que viene con ese planteamiento, pues desaparece pronto...” (V15). “...A lo mejor llegan monitores, y dicen: «bueno, yo solamente mis horas, mi taller y tal». Y no solamente es eso, a lo mejor estás un tiempo simplemente sin ver a un chaval, viendo un poco de que van los objetivos, de vez en cuando vas a una actividad. Y los monitores vienen ya con... «ya quiero estar con los chavales, ya quiero jugar con ellos, ya quiero pasármelo muy bien». Entonces es un poco, un compromiso un poco egoísta. Quieren ‘ellos’ pasárselo bien, quieren ‘ellos’ disfrutar, y entonces, aquí lo primero son los chavales, no los monitores. Y entonces, poner primero a los chavales, convencer a un monitor que viene nuevo, que lo primero son los chavales, no él, no el pasárselo él bien, no el participar en todo, eso es complicado” (ibíd.). Se denuncia a los colaboradores ‘fugaces’ que vienen “a su gusto personal y su enriquecimiento” (ibíd.).

²⁹⁰ “La mayoría viene con un planteamiento de eso, de lucha por la justicia, de intentar cambiar las cosas” (V15).

cos, en la mayoría de los casos, estas ‘consignas’ son reproducidas de manera absolutamente irreflexiva, y por tanto, no expresan, ni explicitan realmente el sentido que posee la acción voluntaria para el sujeto²⁹¹. En realidad, aunque no lo articulen así, los cívicos están apuntando la diferencia entre motivos pretextados y motivos reales de la acción. Los cívicos observan que no hay una *subjetivación* (apropiación basada en una cierta reelaboración) del discurso nominalmente ideológico sobre lo social. Curiosamente son el trabajo y reflexión *grupal* los que permiten la subjetivización del discurso ideológico (incluyendo estereotipos u otros planteamientos ‘alternativos’ sobre la realidad social), que de esta manera, cobra sentido para el sujeto voluntario.

²⁹¹ Estos voluntarios/as “no buscan una identidad de por qué lo hacen” (V15).

CAPÍTULO 10

LA IMAGEN SOCIAL DEL VOLUNTARIADO: LOS DISCURSOS DE LA CIUDADANÍA

10.1. LA PROPENSIÓN IDEALIZANTE: ALGUNOS DATOS

Resulta muy interesante profundizar en los discursos sociales circulantes sobre el voluntariado (percepciones sociales, ideológicas, morales...), asimilables a lo que trivialmente tendemos a entender por opinión pública, en tanto en cuanto dichos discursos constituyen una de las principales bases de la definición y construcción social del voluntariado. En numerosos textos que se ocupan del estudio voluntariado, se parte de la percepción de una valoración social general positiva acerca del voluntariado¹ y de su actividad, valoración positiva que se extendería a las organizaciones voluntarias y al tercer sector². Constatando la idealización del fenómeno, Madrid (2001: 144) defiende que la admiración causada por la gratuidad del acto voluntario constataría la hegemonía del economicismo mercantilista en el imaginario colectivo. En cuanto a la valoración positiva del voluntariado y de las organizaciones voluntarias, ésta no es privativa del caso español. Lipovetsky (1994: 143), refiriéndose al caso francés afirma que se está produciendo un proceso de dignificación de la actividad voluntaria, un proceso en definitiva,

¹ Entre otros: CASADO (1999: 7), HERRERA GÓMEZ (1998: 164), MOGIN (1999: 20) y G. RODRÍGUEZ CABRERO (1999: 29).

² Del discurso idealizador se desprendería un aumento del estatus (en términos de prestigio) de los voluntarios/as dedicados a tareas de integración social. Según COLOZZI (1994: 239) “...teóricamente se podrían distinguir las asociaciones que tienden a aumentar el estatus y las que pueden producir efectos de estigmatización. Entre las primeras estarían comprendidas las “organizaciones de servicio”. Entre las segundas, algunos grupos de auto-ayuda, donde la inclusión en ellos identifica a la persona como perteneciente a una categoría de disminuidos, aun cuando la incapacidad sea aparentemente invisible”.

de legitimación del voluntariado (ibíd.: 140). Así pues, se expresa una tendencia internacional, que podemos ilustrar a través de otros textos (*vid.* Wuthnow, 1996).³

Algunas encuestas han ofrecido datos interpretables también en ese sentido. Así, según datos del CIRES, el 92,8% de los españoles preguntados al respecto (en 1994) pensaban que en nuestro país se debería dedicar más tiempo al voluntariado⁴. Utilizando datos más recientes, Alemán y Trinidad (2001: 123) señalan que “el 79% de la población española valora las actividades y el trabajo desarrollado por las ONG de muy bien o bien, mientras que la valoración negativa de mal o muy mal es prácticamente inexistente (1%)”⁵. En el estudio elaborado por González Blasco y Gutiérrez Resa (1997), y para el caso de la Comunidad de Madrid, un 93% de los encuestados optaba por señalar que las asociaciones de voluntariado eran necesarias en la sociedad actual (ibíd.: 14). En el mismo estudio, también se sometían a valoración las distintas categorías de los miembros de las organizaciones voluntarias. Los resultados obtenidos siguen la estela de los precedentes: los voluntarios/as son los mejor valorados (9,1), situándose a una considerable distancia tanto los socios/as (7,6) como los profesionales (6,9) (ibíd.: 50).

En cuanto a la valoración de las tareas concretas desarrolladas por los voluntarios/as, los entrevistados de este mismo estudio, calificaban con valores superiores o iguales a 9 (sobre una escala de 10) —se trata de una valoración moral—, las siguientes actividades: ayuda domiciliaria a personas mayores (9,3), acompañamiento de enfermos (9,2), auxilio en carretera (9,0), colaboración con instituciones asistenciales de ayuda a pobres y marginados (9,0), enseñar a leer a analfabetos (9,0), ayuda a drogodependientes (8,9), todas ellas tareas vinculadas al voluntariado social. También son altas las valoraciones correspondientes al cuidado de bosques y animales (8,7), y cooperación internacional (8,6). Con valoraciones más bajas encontramos la reconstrucción de pueblos o monumentos (7,9), y realizar tareas administrativas en la Asociación (7,1) —se entendería que el trabajo de ‘papeleo’ que no son apropiadas para el voluntario/a, o por lo son menos, que son menos loables moralmente—. Por último, y muy lejos de las tareas sociales nos encontramos con la colaboración en campañas de partidos políticos (5,4%) (González Blasco y Gutiérrez Resa, 1997: 41).

³ En el caso Estadounidense la confianza en las iniciativas gubernamentales para “mejorar” la sociedad, es muy baja, y la fe en el sector voluntario elevadísima (WUTHNOW, 1996: 291). Así, como relata el propio WUTHNOW (ibíd: 305) “este país ha sido capaz de mantener la creencia en que el progreso por sí solo puede resolver la mayoría de nuestros problemas y que los que queden pendientes se mitigarán mejor con actividades benéficas”.

⁴ Dato reproducido por CARRÓN Y PORRAS (1996: 59).

⁵ Si acudimos a los datos directos del estudio del CIS 2419 (mayo 2001), podemos recoger la distribución pormenorizada de las respuestas a la pregunta “¿Cómo valora las actividades y el trabajo que desarrollan las ONG?”: muy bien 31%, bien 48%, regular 11%, mal 1%, muy mal 0%, NS/NC 9%.

Pero estos indicadores cuantitativos (que no medidas absolutas) poco nos dicen del ‘contenido’ de esas valoraciones mayoritariamente positiva que están necesariamente vinculadas a un discurso sobre el voluntariado, la participación y las organizaciones voluntarias. Tampoco nos permiten apuntar si existen variantes discursivas en el contexto de esa percepción positiva. En definitiva, se produce una inevitable simplificación. Por ello, es necesario recabar una base empírica —de corte cualitativo— que estructure y complejice, explique, apoye o matice esa percepción de expresión tan generalizada en los textos, y apuntada en algunas aproximaciones cuantitativas.

Las encuesta estadística tiende a magnificar el apoyo popular, al recoger y amplificar el estereotipo (fundamentado en este caso política y mediáticamente). Desde un punto de vista discursivo (e ideológico), la realidad es mucho más compleja que lo que parece apuntar el ‘simple’ apoyo y reconocimiento —casi sin fisuras— que la población otorga al a los sujetos y organizaciones voluntarias. Las encuestas referidas a opiniones y actitudes, aquellas que sobrepasan el nivel de la ‘simple’ medición de los hechos sociales, tienden, en general, a homogeneizar las posiciones discursivas, al ‘potenciar’ las posiciones dominantes y minimizan las descentradas⁶. Así, en las encuestas desaparece la ambivalencia de los discursos de la ciudadanía sobre las ONG, al ofrecer una imagen de apoyo incondicional. En nuestro caso, nos concentraremos en el análisis —en clave cualitativa— del segmento social con el discurso potencialmente más ambiguo, los jóvenes *no participantes*, para de esta manera, delimitar el posible ‘vector de desarrollo’ de los discursos sobre el voluntariado. Como veremos, nuestros grupos, no desvelan posiciones monolíticas a favor o en contra de las organizaciones voluntarias y el voluntariado, sino discursos complejos y repletos de matizaciones.

10.2. EL DISCURSO DE LOS JÓVENES NO PARTICIPANTES

Hemos utilizado para el análisis tres grupos de discusión integrados por jóvenes no voluntarios/as, y no asociados, para de esta manera obtener un discurso (o visión) externo al propio fenómeno voluntario. No hemos de confundir nuestras conclusiones con una radiografía completa de la opinión pública sobre el voluntariado, dado que nos hemos concentrado en el segmento joven de la población. Las variables utilizadas en el diseño de lo grupos han sido: género, clase social y nivel de estudios. A continuación sintetizamos algunos de los elementos discursivos más significativos.

Un elemento de importante consideración como marco interpretativo de los grupos de discusión es la convicción de los bajos niveles de participación juvenil (en organizaciones y asociaciones) en España. Así lo constata J. Callejo (1999) en función

⁶ Con respecto a las limitaciones de la encuesta estadística en relación con las preguntas sobre cuestiones ideológicas, la referencia ineludible es A. ORTÍ (1989).

de la revisión de los sucesivos estudios sociológicos empíricos sobre la juventud española y también de su dilatada experiencia de investigación sociológica. La convicción de estos bajos niveles de participación juvenil se ha acentuado a lo largo de la realización de nuestro trabajo de campo. Los muy reducidos niveles de asociacionismo y voluntariado en los centros educativos en los que hemos realizado la captación de jóvenes para nuestros grupos y entrevistas (excepción hecha de las titulaciones vinculadas a temas sociales: trabajo social, integración social, educación infantil) así parecen atestiguarlo.

10.2.1. Actitudes y percepción de la participación social

Existe en nuestros grupos una rápida identificación de la participación social con el marco del asociacionismo y más concretamente con el ámbito de las organizaciones no gubernamentales. Así, dentro del amplio universo de la participación social, los grupos tienden a centrarse (limitarse) en la consideración del voluntariado social — en el seno de organizaciones voluntarias— como arquetipo de lo que se entiende como participación social. Es más, los jóvenes no voluntarios/as (no participantes) tienen grandes problemas para referenciar otro tipo de participación que se salga del marco del voluntariado social clásico. Así el referente hegemónico de la participación es el voluntariado social, lo que por otro lado, nos habla del profundo reconocimiento social de los sujetos implicados en esta actividad. En cierta medida, los jóvenes parecen ser conscientes del reconocimiento social (el gran consenso) que existe en torno al voluntariado, y a partir de esa conciencia se suman a él.

- ***La explicación de la participación***

Ante la percepción positiva que recorre el colectivo de jóvenes no participantes en relación con los voluntarios/as como paradigma de la participación social, en los grupos se articulan unas estrategias justificativas (muy elaboradas) en torno a su ‘no participación’. Incluso en ocasiones, los grupos reconstruyen —a la carta— el concepto de participación y asociacionismo para tener cabida en él, en estos casos, la participación y el asociacionismo se identifica con la simple ‘socialidad’. El hacer con otros, se identifica con la dimensión comunitaria de la existencia, con el simple contacto social con otros (mediado por lo afectivo). Otras veces, el voluntariado se identifica con los ‘actos cívicos’ cotidianos (ceder el asiento en el metro, utilizar las papeleras...)⁷. De esta manera, los no participantes tratan fantasiosamente (aunque sean conscientes de que no son realmente sujetos participantes) de arrogarse la marca positiva que ellos atribuyen a la participación social, el asociacionismo y el voluntariado.

⁷ Podríamos hablar como hace BÉJAR (2001a: 137) del “solapamiento entre la filantropía y la urbanidad” (en este caso BEJAR recoge los discursos de los voluntarios que expresarían una continuidad entre lo que se considera ‘buena educación’ y la participación en organizaciones altruistas)

En relación a las estrategias justificativas, en realidad, la definición de las causas por las cuales ellos no son voluntarios/as, suponen una descripción (en negativo) de las causas que creen que explican las pautas de participación de los voluntarios/as. En ocasiones, se viene a defender que si ciertos jóvenes participan, si colaboran como voluntarios/as, no es sino porque ciertas condiciones se lo han puesto fácil. Por el contrario si ellos/as no participan, si ellos no son voluntarios/as, es porque no han podido, porque en definitiva no han tenido la oportunidad. Desde ahí se proyecta una disposición muy marcada a participar, una forma de valorar positivamente el voluntariado, sin caer en una desvalorización de los no voluntarios/as. Como afirmamos, una estrategia realmente sutil.

Los factores principales que según los jóvenes no participantes concurren en la explicación de pautas de participación son: *a) red de relaciones* personales en las que existen vínculos con personas que sí participan; *b) el conocimiento*, vinculado a la existencia de *información* sobre las iniciativas de participación (organizaciones, programas, etc. Estos dos factores posibilitarían una entrada en contacto con las entidades que canalizan la acción voluntaria. Sin estos factores ‘facilitantes’, el acercamiento es más complejo.

El discurso de los no voluntarios/as sobre la participación está atravesada por una concepción extremadamente pasiva de lo que es la participación, de esta forma atribuyen una responsabilidad fundamental a los poderes públicos, deben ser estos los que deben abrir las vías de participación, facilitar la adscripción a iniciativas de voluntariado e, incluso, regular mecanismos a través de las cuales el joven pueda aportar (pasivamente), ideas para la reforma de las posibilidades participativas existentes.

10.2.2. *Conceptualización del voluntariado y del sujeto voluntario*

- ***Definición del voluntariado***

El referente absolutamente central (y hegemónico) es ‘la *ayuda*’. El voluntario/a es fundamentalmente alguien que ayuda (de manera gratuita, por añadidura). Pero, ¿a quién se ayuda?. Las connotaciones nos dirigen a la ayuda al necesitado, lo que nos remite al modelo caritativo, y al marcado carácter afectivo que se atribuye a esa relación de ayuda. El valor moral que anida en la ‘trastienda’ es la ayuda al prójimo, eso sí, despojado de su dimensión religiosa. No hay en esta definición del voluntariado lugar para el referente *justicia* (con su marcado carácter material que trasciende lo moral). Quedan fuera del campo semántico abierto otros significantes: el cambio o la transformación social, el deber moral, incluso la responsabilidad.

Frente al deber aparece fundamentalmente el querer, la voluntad individual (no hay una obligación moral), estamos en el territorio de la decisión libre, el voluntariado

aparece como expresión de la pura potencia y deseo individual⁸. El voluntariado se asocia a expresión de voluntariedad, e implica fundamentalmente un vínculo afectivo. Es una proyección de la capacidad individual, no hay lugar para la reflexión externa de carácter social y no se parte de la necesidad del otro, aunque la necesidad posibilite estructuralmente el ejercicio del voluntariado.

A veces, el voluntariado aparece como una opción completamente aséptica (argumento que en última instancia defiende la opción de la no participación social). Decidir ser o no voluntario/a, cobra visos de intrascendencia, se equipara a cualquier elección trivial ante las que nos encontramos cotidianamente. Resolver ser voluntario, o no serlo, implica una decisión sin connotaciones morales, el ser voluntario/a no es bueno ni malo a priori⁹. Se relaja la cuestión ética, la valoración moral. Esta posición posibilita la comparación entre iguales entre los voluntarios/as y los no voluntarios/as.

Además, para los no voluntarios/as el voluntariado aparece fundamentalmente como un marco institucional/estructural previo que facilita la colaboración social, y no tanto, como un resultado de iniciativas participativas. Aunque desde un punto de vista genético, se trata de una visión errónea, desde una perspectiva de diagnóstico sí que refleja la situación actual: los voluntarios/as se adscriben a organizaciones, programas, etc. en cuya marcha general no suelen implicarse, y que en cierta medida son independientes de su colaboración (les preexisten, y permanecen después de su marcha). Los no voluntarios/as no son capaces de entender que el voluntariado pueda ser resultado de la participación social.

- ***Campos del voluntariado***

Como apuntábamos más arriba, se tiende a identificar la participación social con el voluntariado, y más concretamente con el voluntariado social, y dentro de este voluntariado social la identificación se hace corresponder con algunas ‘modalidades’ que se circunscriben a los campos más clásicos de la caridad. Así, nos encontramos que los jóvenes no voluntarios/as perciben el voluntariado mayoritariamente como circunscrito a labores o tareas sociales de carácter paliativo (acompañar, dar conversación...). No hay referencia al potencial poder transformador del voluntariado, siquiera a su capacidad de integración individual. Por eso, el concepto dominante es el de la ayuda.

⁸ La fórmula se sintetiza de forma nítida en la siguiente cita: el ser voluntario/a significa “ser amigo de alguien porque a ti te da la gana” (GD4).

⁹ “Es una opción personal, pero que esté ahí, no quiere decir ni que sea ni buena ni mala... sino que, es una opción, igual que hay diferentes tipos de títulos en las carreras, igual que hay diferentes colores” (GD4).

Así, el voluntariado se identifica con colectivos percibidos como desvalidos, necesitados, colectivos que inspiran lástima y conmiseración: ‘niños enfermos’, ‘niños maltratados’, ‘personas mayores’, ‘disminuidos’, ‘ciegos’, y desde el punto de vista espacial, se identifica con marcos institucionales como: ‘hospitales’, ‘asilos’, ‘centros de día’, etcétera.

La identificación con esta modalidad restringida del voluntariado social, está relacionada con la atribución de una carga moral más positiva (es el espacio privilegiado para la expresión del altruismo y la solidaridad), carga moral ausente en otros tipos de voluntariado considerados, que son denominados en ocasiones (con un matiz minusvalorizador), como de ‘plantitas’ y ‘animalitos’, frente a otro voluntariado más serio, caracterizado por la intervención sobre personas necesitadas.

Aunque el referente es el voluntariado social, se percibe una moderada apertura a la consideración de otros tipos de voluntariado. Se habla de nuevos campos del voluntariado como el voluntariado cultural (que en ocasiones se identifica con las tareas de los monitores y/o animadores socioculturales —que podríamos encuadrar claramente en el voluntariado social, si bien se sale del marco clásico de la caridad, cuando los receptores no son colectivos desfavorecidos socialmente—). Y como hemos indicado más arriba también aparecen referencias al voluntariado de carácter conservacionista. Sin embargo (como cabía esperar), no hay ningún tipo de identificación del voluntariado con modelos de participación política (en sentido amplio).

- ***Percepción del voluntario/a***

La idealización que se produce de la relación de ayuda (que nos remite a su marcada dimensión moral: ‘la buena acción’), derrama sus efectos moralizantes sobre el voluntario/a como sujeto social. Así, los jóvenes no voluntarios/as evalúan en términos generales de manera positiva al joven voluntario/a. No obstante, la percepción positiva del voluntariado no es monolítica, se presta a matizaciones, fundamentalmente, porque los no voluntarios/as son conscientes de que, en ocasiones, la acción voluntaria puede partir de intereses individuales (lo que rebajaría la cualidad moral de la acción de ayuda). Por otro lado, los no voluntarios/as, piensan que todos pueden ser voluntarios/as. Eso implica que los voluntarios/as no son seres extraordinarios, fuera de lo común, superiores moralmente a ellos y, por ello, no hay lugar para una idealización extrema: ellos conocen voluntarios/as, y son como ellos.

Así, en ocasiones (mostrando una tendencia extrema en la que se inserta una clara autojustificación de la no participación social), el ejercicio del voluntariado se compara con una opción personal más (de carácter no moral) a la que se enfrenta el individuo, una elección más entre la multitud de bifurcaciones cotidianas a las que nos somete la vida, una elección que no depende de la orientación moral del individuo.

Aunque partimos de una percepción generalizada positiva de los no voluntarios/as sobre el voluntario/a, la actitud hacia los voluntarios/as tendría varios niveles de complejidad, que se concretaría en distintas posiciones: 1) *admiración*, reconocimiento moral de la relación de ayuda; 2) *escepticismo*, parte de la comparación con ellos mismos ¿lo hacen por ayudar? ¿son realmente mejores que yo?. Cuanto más cercano (enfoque micro) es el caso que analizan puede mucho más la admiración, cuanto la valoración es más macro (sin apoyos de valoración concreta cercana) se abre paso un escepticismo moderado. De todas maneras, el escepticismo puede ser, también, interpretado como una estrategia autojustificativa.

10.2.3. Valoración de las organizaciones voluntarias

En la valoración de las organizaciones voluntarias nos encontramos con una cierta ruptura, la moderada idealización de la acción voluntaria (como relación de ayuda), que se extiende también (aunque disminuida) a los voluntarios/as como sujetos de esa acción, no continúa para el caso de las organizaciones voluntarias, referenciadas siempre como ONG (elección terminológica que respetamos en este epígrafe). Nos encontramos con lo que podemos denominar como un discurso ambivalente, en el que se simultanea el reconocimiento genérico de su labor, con la desconfianza y, en ciertos casos, incluso la denuncia.

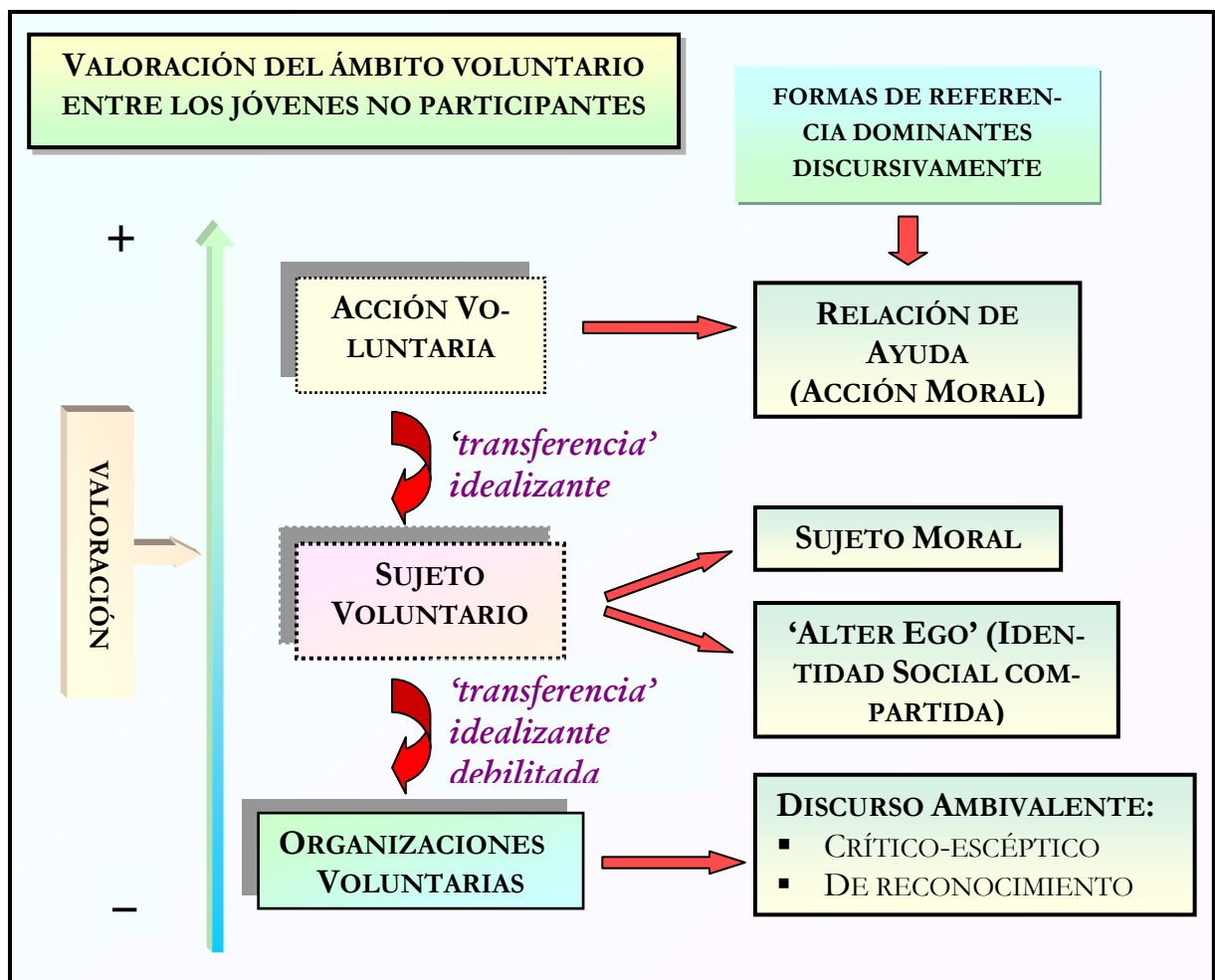
Es de reseñar que la ambivalencia social frente a las organizaciones voluntarias también planea sobre algún estudio cuantitativo (si bien circunscrita a su gestión económica). Así, en el ya mencionado estudio de González Blasco y Gutiérrez Resa (1997: 54) se concluye que “la opinión pública aparece un tanto recelosa, es lo que se refiere a la utilización de los recursos recibidos por las Asociaciones de Voluntariado. Aunque una mayoría de los ciudadanos de la Comunidad de Madrid (57%) se muestran seguros o bastante seguros de que las Asociaciones utilizan esos recursos para aquello que los solicitaron [...], sin embargo, un significativo porcentaje del 42% muestra una opinión poco o casi nada segura respecto al uso de los fondos para los fines que se pidieron”. Y continúan los autores afirmando que “estos datos matizan la popularidad y auge que parecen tener las asociaciones de voluntariado, pues a pesar de su «buena imagen» no están exentas de un porcentaje significativo de desconfianza pública, al menos en la Comunidad de Madrid, y en lo referido al destino de fondos” (ibíd.).

En la dinámica de nuestros grupos de discusión, encontramos un recelo, construido a la luz de la aparición en los medios de comunicación de algunos casos de corrupción y fraude económico¹⁰. Parece claro que hay ‘buenas ONG’, y que hay ‘malas

¹⁰ Situación que no es privativa de nuestra sociedad. El trabajo de WUTHNOW (1996: 296) aporta algún dato acerca de la realidad estadounidense según el cual: “el 75% de los encuestados estaba de acuerdo con la

ONG' y, por supuesto, malas prácticas en relación a la captación y gestión de los recursos humanos voluntarios. Se tiene la idea de que las organizaciones (ciertas organizaciones), recurren al engaño, ocultan información... No hay espacio, pues, en nuestros grupos de discusión para una visión ingenua o romántica de la labor de las ONG, se impone una valoración escéptica de que está muy mediada por el factor económico. Las organizaciones voluntarias deben demostrar eficacia económica, ser transparentes en el uso del dinero que reciben.

Figura 1.- Niveles de valoración/idealización del voluntariado y sus instancias



Las ONG en ningún caso son vistas como iniciativas propias de la sociedad civil, de los ciudadanos de a pie, sino como marcos institucionales preexistentes (algo dado). De ahí que no se conciban en términos de vehículos de participación, ni mucho menos de transformación social, sino más bien, como lugares para ser voluntario/a.

afirmación: «Muchas instituciones benéficas llenan los bolsillos de sus administradores en lugar de ayudar realmente a los necesitados».

El discurso sobre las organizaciones voluntarias aparece como un espacio ambivalente, diverso, confuso, que provoca interpretaciones enfrentadas (de manera simultánea). Tampoco aparece nada claro su espacio en relación al Estado, su papel en la prestación de servicios, los jóvenes no voluntarios no son capaces de concretar las funciones y atribuciones del voluntariado —aunque es necesario apuntar que una enorme mayoría de los voluntarios/as se ve sobrepasado por estas cuestiones—. ¿Qué deben hacer los voluntarios/as? ¿Cuál es, o debe ser, su posición frente a la administración? Simplemente, no se sabe.

CAPÍTULO 11

VOLUNTARIADO Y ESTADO

El voluntariado puede ofrecer múltiples ‘caras’. Es siempre expresión de la participación social (aunque concretada en realidades extremadamente dispares). Se muestra, cada vez más, como un medio para la prestación de servicios sociales (de corte mayoritariamente paliativo) que se ofrecen —en la mayoría de los casos, y de manera creciente— en los márgenes del aparato estatal (lo que nos habla de un voluntariado funcionalmente ‘adosado’ o yuxtapuesto al Estado). Pero, al mismo tiempo, el nuevo voluntariado es, cada vez menos, instancia de contrapoder estatal y vía para la expresión reivindicativa y crítica.

En ese sentido, progresivamente, gran parte del voluntariado y de las entidades voluntarias —en su papel de *entidades colaboradoras*—, contribuyen indirectamente a la legitimación del orden social y del poder político¹. Coadyuvarían en el mantenimiento del *statu quo*, aun cuando en muchos casos, formalmente muestren áreas de conflicto (incluso, en ocasiones, posiciones irreconciliables). Es necesario puntualizar, no obstante, que no todo el voluntariado desempeña un papel legitimante, y que éste puede ser ejercido con intensidad variable. Partiendo de una observación superficial, la dimensión deslegitimante y de control hacia el Estado, puede parecer mucho más evidente, mientras que, la contribución legitimante se manifiesta de manera menos directa y tangible. Pero, finalmente, las entidades voluntarias, y concretamente el voluntariado, legitiman más que deslegitiman el orden circundante, colaboran más que controlan y presionan al Estado. Nuestra aproximación pretende diagnosticar una posición estructural cada vez más marcada, que no hay que confundir con una mera crítica ideológica.

¹ GARCÍA ROCA (2001: 20-21) advierte que “en cada forma de voluntariado hay implícita una legitimación del poder, de la acción social y de la organización política” y, más adelante, que el voluntariado puede funcionar como un “elemento de legitimación y ocultamiento de las contradicciones sociales” (ibíd.: 25).

11.1. ESTRATEGIAS MEDIADORAS DE LAS ORGANIZACIONES VOLUNTARIAS:
LUCES Y SOMBRAS

La posición ideológica ocupada por las organizaciones voluntarias, tiene necesariamente su correlato en el tipo de acción desarrollada. Se ha señalado que las organizaciones —en función de su reubicación ideológica— han ‘relajado’ su componente reivindicativo, para potenciar su labor como prestadoras de servicios. No obstante, no podemos afirmar que se haya producido un simple reemplazo de una dimensión por otra. No se trata de opuestos lógicos que se nieguen entre sí —a pesar de que así lo parezca en numerosos textos—, aunque sí podríamos especificar que *suelen* hallarse en una relación inversamente proporcional, al estar relacionados con la identidad ideológica y funcional. No obstante, es acaso más determinante el propio medio social próximo en que se desarrolla la iniciativa voluntaria, sin olvidar los propios objetivos de la organización —hecho que vuelve a remitirnos al contexto social e ideológico—.

Creemos necesario desarrollar una argumentación algo más sutil. Es cierto que, en términos generales, en las organizaciones voluntarias se potencia cada vez más la dimensión ‘paliativa’ a través del desarrollo de programas de atención directa². Pero, por otro lado, y quizá de manera mucho más significativa, la reivindicación es sustituida por la actividad de *mediación* —en este caso, sí es su equivalente—, fundamentalmente en relación a las distintas administraciones públicas y con la inestimable colaboración —verdadera dependencia— de los medios de comunicación. Díez Rodríguez (1999: 95), en esta línea interpretativa, apunta que “se consolida el modelo de la negociación de intereses: la concertación”. Es improbable poder mantener una línea coherente de reivindicación en relación a aquellas instancias que potencian y financian gran parte de las iniciativas voluntarias. Aún podemos decir algo más, en las organizaciones voluntarias se suele confundir sistemáticamente la reivindicación con la mediación; dicho de otro modo, creen llevar a cabo acciones y estrategias reivindicativas cuando mayoritariamente desarrollan actividades de mediación y en último caso negociación con los poderes públicos³. La reivindicación se torna retórica (discursiva), se proyecta formalmente, pero las estrategias de acción se concretan en iniciativas de mediación. Sobra decir que, de nuevo, intentamos hacer una aproximación general al sector voluntario, lo cual significa incurrir en importantes simplificaciones y supone una innegable pérdida de detalles. Aunque relativicemos la dimensión reivindicativa, al recluirla en iniciativas básicamente marginales, no negamos su existencia o posibilidad. Por supuesto, las labores de mediación se identifican fundamentalmente con las grandes corporaciones voluntarias, mien-

² Programas financiados mayoritariamente por el Estado, lo que explica en su mayor parte el crecimiento de esta faceta en las organizaciones voluntarias y, asimismo, implica necesariamente una cierta coherencia ideológica entre las partes.

³ Una apreciación estrictamente positiva de esta “función de «estructura mediadora»” puede encontrarse en CABRA (1996: 199-201 y 1999: 110-112).

tras que la reivindicación suele concentrarse en el polo de las pequeñas asociaciones voluntarias sin apenas formalización. Es este un aspecto que será ser considerado en las próximas páginas.

Existe igualmente una restricción patente del ámbito de ejercicio de la reivindicación y/o mediación. Para la gran mayoría de las organizaciones voluntarias, la aspiración de cambio depende —casi exclusivamente— del ejercicio de presión sobre el Estado, dejando al margen otros centros (económico, mediático...) y elites de poder⁴. De esta manera, la posibilidad de cambio social —e intervención social efectiva— se sujeta a las elaboraciones legislativas y acciones políticas desarrolladas por las distintas administraciones. Se pide pues, que el Estado dirija y tutele el cambio social, en una obvia delegación, reduciéndose el papel de las organizaciones a la simple ‘inducción’ y una posterior puesta en marcha (concreta) de las directrices marcadas por el Estado. Como apunta Azúa (1992: 144), “Con demasiada frecuencia, el único destinatario de la reivindicación [para nosotros, fundamentalmente mediación] suele ser la Administración Pública en sus diferentes estamentos o niveles administrativos olvidando otros posibles objetivos”. La responsabilidad del cambio se proyecta sobre el Estado, por tanto, se desvirtúa la propia potencialidad de las organizaciones voluntarias como representantes de la sociedad civil. Se difiere el ejercicio de poder directo, se potencia el poder de mediación, entendido como ejercicio de presión sobre el verdadero poder ejecutivo que, por otro lado, ve reforzada su propia legitimidad y autoridad. En este sentido, la acción de las organizaciones voluntarias tiende a ser cada vez más mediadora en relación a los poderes públicos, y la asunción de este papel, supone admitir la propia incapacidad —ausencia de poder— para transformar directamente la sociedad. Se trata de un cambio sustancial en relación a los movimientos sociales (clásicos y nuevos), que se sabían protagonistas del cambio, y pretendían transformar la realidad a través del ejercicio de la propia acción colectiva (colmada de poder).

La ‘impotencia’ de las organizaciones voluntarias se hace patente en su reducida capacidad de movilización real de la ciudadanía⁵, aunque esto pueda parecer una contradicción si consideramos el importante aumento del número de voluntarias/os dispo-

⁴ Una excepción a este planteamiento restrictivo de la reivindicación/mediación, puede encontrarse parcialmente en el *movimiento francés de parados* de fines de los noventa —loado como una “idea subversiva nueva” por BOURDIEU (2000: 131)—, que alcanzaba en su estrategia de acción a las grandes empresas (movimiento reeditado en España con muy exigua fortuna), y algún acto aislado de protesta, dirigido a La Bolsa o al FMI —actuaciones que buscan fundamentalmente, en función de su originalidad, su amplificación mediática, y a través de ella, relevancia política, esto es, que posibilite mediación—. En relación a los medios de comunicación, no existe una verdadera presión sobre ellos, sino como veremos seguidamente, una relación de ‘persecución’ —para ‘salir en la foto’— y por ello, de extrema dependencia.

⁵ Según MAITE SERRANO (2001: 149), la capacidad de presión política de las ONG “hoy por hoy, adolece de una debilidad estructural, al menos en España, como es la incapacidad de movilizar a la población”.

nibles, y el creciente volumen de contribuciones económicas obtenidas de la ciudadanía en situaciones de emergencia (catástrofes naturales, hambrunas, crisis políticas, etc.). Desde nuestro punto de vista, en la coyuntura actual, las organizaciones voluntarias apenas generan movimientos colectivos en sentido estricto, sino que más bien logran la movilización de *individuos*, potencialmente integrables en agregados, o aglutinables en categorías (*voluntariado*); pero, al fin y al cabo, simples conglomerados sociales que apenas expresan capacidad de iniciativa y autonomía. Se trataría de ‘series’ de individuos entre los que dominan los lazos de carácter expresivo, y por tanto, vínculos —e identificación— fundamentalmente de carácter no ideológico.

La movilización de ‘masas’, se produce de manera mucho más puntual y, generalmente, precedida de —y sostenida sobre— un profuso despliegue mediático. Progresivamente, se ha ido recubriendo de un barniz lúdico y menos reivindicativo —festivales solidarios, jornadas y encuentros, mercados solidarios...⁶—, ejercicios de auténtico ‘narcisismo’ publicitario (pero, sin contenido real), de conformación autorreferente y de proyección de identidad —idealizada— del voluntariado y del tercer sector en general. En estos acontecimientos —espectáculos, más bien—, en definitiva, se refuerza el papel consensual y religante del voluntariado y de las organizaciones voluntarias con respecto a la realidad social, y se disuelve, una vez más, su dimensión reivindicativa, quizá no en el plano formal (v.g. se sigue exigiendo el 0,7%, o se piden helicópteros y se critica la pasividad internacional en las inundaciones de Mozambique a principios de 2000), pero sí en el efectivo: las demandas toman un cariz realmente periférico, lo importante es la presentación, el refuerzo, y la reproducción, del fenómeno voluntario (y corporativo).

Algunos autores hacen depender —en el caso español— la pérdida de intensidad de la acción reivindicativa en las organizaciones voluntarias y la posterior reconstrucción de su identidad —como prestadoras de servicios—, del cambio político asociado a la transición (Azúa, 1992: 144). Una vez conquistadas las libertades democráticas, se diluiría la necesidad de reivindicar. Es indiscutible el condicionamiento que ejerce el contexto político no democrático —y las expectativas de cambio— sobre la actividad asociativa española (objetivos, estrategias, etc.), pero, en otro orden de cosas, ni la transición política española, ni siquiera la implementación de nuestro precario Estado de Bienestar, explicarían por sí mismas todo el ‘relajamiento reivindicativo’. Este debili-

⁶ Predominan tres modelos básicos en estos eventos ‘solidarios’ de vocación masiva, (modelos que en ocasiones aparecen como mixtura o espacialmente yuxtapuestos): *a)* las *fiestas*, con un dominio absoluto de lo lúdico, con actuaciones musicales u otras, juegos..., con finalidad fundamentalmente catártica (e indirectamente publicitaria); *b)* las *ferias*, con una vocación más promocional y divulgativa, que, desde un punto de vista formal, reproducen miméticamente las organizadas en los grandes recintos feriales: proliferación de *stands*, presencia de ‘comerciales’, difusión de materiales publicitarios, etc; *c)* los *mercados o mercadillos*, atravesados por la venta, y por la aspiración a la realización ética (solidaria) del valor/beneficio.

tamiento, asimismo, se ha acentuado claramente a lo largo de la década de los noventa, y que no es privativo del caso español. Puede establecerse un estrecho paralelismo con el resto de la Europa comunitaria, países ajenos en la mayoría de los casos a una relativamente reciente ‘instauración’ de un sistema democrático liberal. Para explicar esta transición desde la reivindicación a la mediación, sería necesario hacer referencia —complementaria—, entre otros muchos factores, a la irrupción de nuevas políticas sociales, caracterizadas por un aumento de la financiación de las iniciativas voluntarias, asimismo, a las ‘nuevas’ y ‘tibias’ ideologías (en general de carácter liberal, individualistas, meritocráticas y consensuales) asociadas al ‘redescubrimiento’ de la sociedad civil y a los vacuos discursos universalistas sobre la solidaridad, y muy posiblemente, a las nuevas condiciones culturales y éticas del individualismo, retratadas y reproducidas sintomáticamente por la filosofía posmoderna (véase Lipovetsky, 1996 y 1994).

Volviendo a la dimensión mediadora, podemos constatar, que la presión sobre las instituciones políticas y sobre los políticos, tiene siempre un carácter moderado, muestra un exquisito respeto con respecto al marco legal y las competencias de la administración y, en general, tiende a eludir ataques directos o personalistas⁷ (en relación a la gestión o toma de decisiones), prefiriéndose referencias críticas —comedidas y juiciosas— a la situación desde una perspectiva estructural o macro. Este hecho vuelve a explicarse en función de la situación de dependencia de las organizaciones voluntarias y la consecuente desactivación de la crítica que ello supone (al reprochar, digámoslo así, casi ‘desde dentro’). En definitiva, se vuelve a hacer referencia a la desactivación ideológica de estas organizaciones, guiadas, en su mayor parte, por criterios pragmáticos, de simple supervivencia en algunos casos, o de crecimiento, prosperidad y acumulación de poder en otros.

Como se viene indicando reiteradamente, las organizaciones voluntarias tienden a concentrar su acción directa sobre la sociedad desde una óptica paliativa. Pero, quizá lo más relevante sea la adaptación discursiva que acompaña este proceso. Las organizaciones tienden a conferir una potencialidad y finalidad transformadora a la acción paliativa, potencialidad no actualizada en la mayoría de los casos. No menos interesante, es constatar la aparición de un discurso que enaltece y elogia la validez de los programas paliativos, especialmente desde el punto de vista afectivo, pero también social. Reforzando nuestra posición, podemos referirnos a un programa de transeúntes de vocación

⁷ Un ejemplo de este tipo de proceder, lo podemos encontrar con respecto a la Dimisión del Presidente Ejecutivo de la ‘Agencia Española de Cooperación Internacional’, en noviembre de 1999; tan sólo después de la dimisión del dicho presidente las organizaciones voluntarias se atrevieron a criticar directamente la gestión de Espinosa. En el diario *El País* del día 17 de noviembre de 1999, se puede leer lo siguiente: “Asimismo, la mayoría de las ONG que se dedican a la ayuda al desarrollo han criticado bajo cuerda a Espinosa, pero nunca se atrevieron a hacerlo abiertamente por temor a resultar perjudicadas en la atribución de subvenciones”. Constituye éste un claro ejemplo de desactivación de la crítica y la reivindicación, en función de intereses pragmáticos —financieros—.

notoriamente paliativa (en su vertiente ‘afectiva’), desarrollado por la organización ‘Solidarios para el Desarrollo’. En una comunicación ‘oficial’ —recogida en la revista *Voluntarios de Madrid*, n° 32, octubre 1999, pp. 5—, se puede leer lo que sigue (cursiva nuestra): “...desde la sede universitaria, salen los grupos organizados, cargados de termos con café y leche caliente, bollos, magdalenas, bizcochos... una excusa para romper el hielo, para poder acercarse a las personas que ocupan las aceras y se protegen del frío con cartones. El objetivo es *darles un buen rato de compañía, conocerles por su nombre*, [...]. En Solidarios se considera fundamental este detalle, sus nombres. Por unas horas, dejan de ser anónimos. Aunque *el fin último no es sacarles de la calle*, en cuanto se comprueba que pueden dejarla, se les ayuda a encontrar trabajo. Se trabaja estrechamente con el Ayuntamiento de Madrid, para que puedan acceder a una asistencia médica si lo necesitan o a un programa de reinserción...”. Especialmente esclarecedor resulta, el hecho de que no se persiga —salvo excepción— cambio alguno en las condiciones materiales de existencia de los transeúntes (lo prioritario es el establecimiento del vínculo —que no apoyo— ‘afectivo’ de carácter transitorio; éste no es entendido como simple medio, sino como fin en sí mismo). Asimismo, la colaboración estrecha con los poderes públicos (sobre los que se deriva la intervención ‘material’), nos habla de la ubicación ideológica y social de la organización.⁸

Estamos pues, ante un evidente proceso de racionalización relacionado con la reconversión de las organizaciones voluntarias en entidades de prestación de servicios, y en particular, con las incuestionable limitaciones estructurales —en relación a su capacidad de inducir cambio real— que este papel les otorga. Es indudable, además, que la acción de prestación de servicios de las organizaciones depende cada vez más de la financiación del Estado.

Algunas organizaciones voluntarias —muchas vinculadas a la cooperación internacional—, pretenden desvincularse en su intervención de lo paliativo, identificado primordialmente con aquella acción relacionada con ‘situaciones de emergencia’ (como por ejemplo, el huracán Mitch o las inundaciones de Venezuela en 1999), para afirmar que sus programas —digamos, de vocación ‘estructural’— se centran en la transformación de las causas de la pobreza o el subdesarrollo, o en la promoción del desarrollo en programas de largo plazo, sin darse cuenta que el cambio de las condiciones estructurales —macro— están totalmente fuera de sus objetivos, y que, en consecuencia, necesariamente, sus programas tienen, igualmente, carácter paliativo (sin que ello suponga negar éxitos puntuales, partiendo de la implicación activa de la comunidad receptora).

⁸ Un ejemplo de la esencia colaboradora que caracteriza el vínculo entre organizaciones voluntarias y Estado (a pesar del discurso reivindicativo) lo encontramos en una de nuestras entrevistas. En ella el gestor se enorgullece de que, a veces, la administración reclame la ayuda y el asesoramiento de su organización: “...últimamente muy bien, porque incluso la propia Comunidad de Madrid, cuando tiene algún problema nos llama a nosotros para que le echemos una mano. Eso siempre es positivo y te enorgullece: «mira reconocen mi trabajo y todo»” (G7).

Volviendo a la consideración de la labor de mediación desarrollada por las organizaciones voluntarias, a través del ejercicio de la moderada presión y negociación con el Estado —muchas veces a través de la participación en foros estables—, se observa el dominio de *estrategias pragmáticas*. No obstante, lo realmente importante, es que estas estrategias se despliegan frente al mucho más pragmático Estado (pragmatismo sintetizado paradigmáticamente en la ‘razón de Estado’), que acepta y asimila sin problemas esta dinámica de la que suele obtener pingües beneficios. En general, el Estado tiende a aceptar laxos compromisos y acuerdos de mínimos, que no suponen cambios sustanciales, o que en caso contrario, le permiten un cómodo respeto formal del acuerdo, si bien no al espíritu del mismo. Estas concesiones son especialmente interesantes y productivas para los poderes públicos, dado que amplían formalmente su base democrática —al aceptar propuestas derivadas, al menos nominalmente, de la participativa sociedad civil—, lo que a la postre significa una mayor legitimación social. Al mismo tiempo, con esta actitud abierta a la negociación, el Estado logra desactivar aquellas propuestas ‘radicales’ que pudieran suponer un desafío de transformación real del *statu quo* (ante la perspectiva de aceptación, las ONG moderan sus aspiraciones). Por último, las organizaciones voluntarias, también desde esa misma filosofía pragmática que impregna todo el proceso, tienden a interpretar positivamente los acuerdos alcanzados, normalmente realizando una lectura superficial —optimista— en función de los avances formales.

Un ejemplo clarificador que nos permitirá la profundización de nuestras tesis con respecto a esta dinámica, que aquí consideramos fundamentalmente de mediación, puede desprenderse del análisis de las estrategias seguidas por las organizaciones voluntarias agrupadas en el del llamado ‘*Lobby Feroz*’ (Fisas, 1998). Se trata de un caso que supera el marco del voluntariado, pero lo utilizamos porque ilustra extraordinariamente bien la posición y papel mediador de las ONG frente a los poderes públicos.

Acaso antes de proseguir, sea necesario describir y explicitar los objetivos concretos que se proponía dicha iniciativa. Se trata de una campaña conjunta desarrollada, desde diciembre de 1994, por cuatro organizaciones voluntarias de elite —esto es, con peso social y mediático⁹—: *Amnistía Internacional*, *Médicos Sin Fronteras*, *Greenpeace*, e *Intermón*. Esta campaña (bajo el lema “Hay secretos que matan”) perseguía la transparencia en el comercio español de armamentos, y posibilitar de ese modo, un mayor control de esa actividad —después, la iniciativa trascendió nuestras fronteras—. Posteriormente, a esta iniciativa se sumó, aunque se trata de una campaña distinta, la búsqueda de la prohibición de fabricación y comercialización, y eliminación de las minas antipersonales.

⁹ En palabras de VICENÇ FISAS (1998: 12) se trataba de “juntar a unas pocas organizaciones que trabajasen en campos diferentes, con sensibilidad sobre el tema, con recursos humanos y económicos suficientes, con proyección internacional y con gran credibilidad social”. Es patente que hablamos de grandes corporaciones voluntarias.

La propia elección del apelativo '*Lobby Feroz*', no es baladí. Pese a introducir en este caso un elemento informal, cómico y risible, nos remite claramente a la nueva identidad emergente que caracteriza las organizaciones voluntarias (especialmente a las corporaciones). El 'lobby' hace referencia a un nuevo campo semántico —vinculado fundamentalmente al mundo empresarial—: grupos de interés, poder y presión, eficacia empresarial, contactos a alto nivel, y en ciertos casos (aunque no parece que sea éste), a prácticas cuando menos oscuras, antidemocráticas o de moralidad dudosa. Es por ello, que la propia denominación de este 'cartel' de organizaciones voluntarias como 'lobby' genera suspicacias —personalmente nos parece desafortunado—, y termina definiendo su especialización funcional en torno al ejercicio de una somera presión —selectiva— sobre el estamento político para que este 'haga'; lo que en definitiva, no hace sino desdibujar los aspectos democráticos de la búsqueda de justicia que encarnarían idealmente las organizaciones voluntarias. Dicho de otro modo, las grandes corporaciones voluntarias terminan prescindiendo de —o debilitando seriamente— los elementos de democracia participativa que definen su 'naturaleza', debido a que no les son especialmente útiles en su estrategia, y adicionalmente, porque su capacidad de acción *directa*, y sobre todo *autónoma*, sobre lo social, pese al éxito numérico del voluntariado, se difumina. Las puntuales demostraciones multitudinarias, no son necesariamente sinónimo de expresiones de democracia participativa.

El relato que nos ofrece Fisas (op. cit., 1998) sobre la actividad desarrollada por el '*Lobby Feroz*', demuestra que la iniciativa disponía de una elevada estructuración y complejidad estratégica, que dependía de una base organizativa fuertemente burocratizada —racionalizada— y profesionalizada. Los objetivos declarados eran presionar y negociar con los centros de decisión política de manera eficaz, e influir en la toma de decisiones (ibíd.: 124). La eficacia prima sobre otra consideración, por ello, sólo se integran cuatro organizaciones. Respecto a la coordinación, el propio Fisas nos recuerda que “es recomendable que este trabajo de coordinación sea profesional, y no puramente voluntario, con objeto de garantizar que dicha persona se ocupará el tiempo realmente preciso” (ibíd.: 125). El *lobby* es un modelo de presión muy arraigado en el escenario norteamericano, influir sobre políticos —incluso a nivel individual— para que estos hagan y especialmente voten ciertas leyes. Sin embargo, se trata de un modelo de reciente implantación en nuestro país, pero que quizá traza la tendencia de futuro.

El objetivo se configura a partir del pragmatismo, es necesario que la moderación posibilite la negociación, y que conduzca hasta la asunción amplia de propuestas de mínimos¹⁰. Este pragmatismo desdibuja —sepulta— los valores o principios políticos de referencia: el pacifismo, el desarme, etc., provocando tensiones incluso en el seno de

¹⁰ Así, las ONG “siempre se habían manifestado partidarias de no alentar leyes que no tuvieran detrás un consenso parlamentario, puesto que lo importante no era destacarse o señalarse, sino avanzar y transformar realidades, aunque fuera despacio y por etapas” (FISAS, 1998: 93).

las propias organizaciones. El mismo Fisas (ibíd.: 121) reconoce que “muchacha gente de las mismas ONG que han llevado a cabo la campaña, y no digamos sectores pacifistas o antimilitaristas, criticaron en un principio la campaña por considerarla demasiado suave y poco exigente. Sin embargo, lo que ha costado conseguir cada una de las cosas, de una en una y paso a paso, nos ha mostrado que el planteamiento inicial era el correcto, pues siendo difíciles los objetivos propuestos tenían posibilidades de ser alcanzados tarde o temprano”. Este constituye un buen ejemplo de justificación de la moderación ideológica de las organizaciones voluntarias.

Los promotores pretenden mantener los pies en la tierra, para así terminar logrando los fines propuestos, por ello, no proponen acabar con el comercio, etc., tan sólo se pretende “...romper el secretismo mediante la transparencia, y con una demanda específica: que los datos esenciales del comercio se hagan públicos (país comprador, material e importe) y de forma periódica” (Fisas, 1998: 14). Como se insiste desde el mismo texto, son éstos, objetivos “...alcanzables, realistas y asumibles” (ibíd.: 123). Tal vez, el problema resida en que el pragmatismo puede acabar en miopía, condescendencia e indulgencia a la hora de evaluar los resultados y consecuencias reales de la campaña¹¹.

El resultado de la campaña se ha concretado en unos compromisos que han demostrado ser fácilmente soslayables por el poder político. De hecho, el gobierno del Partido Popular insiste en afirmar que han cumplido sus compromisos, mientras que las organizaciones voluntarias, consideran que no se respeta lo acordado. Como referíamos previamente, ante el pragmatismo estratégico de las ONG, encarnado en la asunción de una fórmula que podíamos denominar como “*de los mínimos avances —pero avances al fin y al cabo—*”, el Estado acepta las propuestas ‘descafeinándolas’ lo más posible, practicando una política de concesiones mínimas que no supone cambios sustanciales. En este caso concreto, no se han constatado cambios —bien relevantes, siquiera insustanciales— en la política de exportaciones de armas en España. La información sobre exportaciones sigue siendo mínima, no desglosada y poco fiable, y es que, es el propio Estado quien la elabora, conservando así todo el control. De eso se trata al fin y al cabo, cambiar para que todo siga igual en la estructura de poder.

Paralelamente, las micro-concesiones son difundidas y amplificadas mediáticamente —es decir, operativizadas y rentabilizadas políticamente— con la anuencia de las dos partes. En esta reconstrucción informativa, las organizaciones voluntarias y el Estado tienden a representar y defender unos mismos intereses (ocupan la misma ‘orilla’), y

¹¹ Realizando una lectura radicalmente distinta, desde una posición más contemporizadora y pragmática ARANGUREN GONZALO (2001: 17) defiende que “la modestia en las propuestas no es una rendición ideológica [...]. La modestia nos sitúa en el terreno de la posibilidad y en el encuentro cordial con el límite...”.

a partir de esta preocupación social compartida, se puede proceder a ubicarlos —sin que ello genere ninguna estridencia— en la misma posición o nicho ideológico. A partir de esta identificación, se fulmina, de facto, la dimensión reivindicativa de las organizaciones voluntarias. Como consecuencia el Estado se legitima socialmente, y al mismo tiempo, se desactivan parcialmente las posiciones críticas de las ONG. En otro orden de cosas, las propias organizaciones voluntarias se sienten satisfechas por los mínimos avances —más bien *infinitesimales*— en la espera de que estos cambios supongan un avance real. Sin embargo, pocas veces progresos infinitesimales (en este contexto), logran ‘acumular’/inducir cambios significativos, esto es, estructurales.

Superando el marco interpretativo limitado que nos ofrece esta campaña relacionada con el comercio de armas, podemos afirmar que el Estado se muestra en ocasiones como un consumado especialista a la hora de rentabilizar sus propios intereses —la ‘razón de Estado’— por mor de una especial (y ficticia) atención a las demandas, sensibilidades e inquietudes sociales. Esto significa, que apoyado exclusivamente en estrategias pragmáticas de ejercicio de poder, trata de mostrar a la ciudadanía (con un nivel de éxito muy considerable) que es capaz de superar sus intereses pragmáticos. Constituye ésta, una interesante e inquietante paradoja¹². Con esta afirmación no pretendemos atribuir al Estado un desinterés y despreocupación ‘endémica’ con respecto a sus ciudadanos, pero sí matizar en términos de poder su compromiso social.

Otra vía de desactivación de la posición moderadamente crítica de las organizaciones voluntarias integradas en el ‘lobby’ (superpuesta a la difusión mediática), consiste en el frecuente reconocimiento por parte de los políticos e instituciones de la “profesionalidad de las ONG” (ibíd.: 76), complacencia que se enmarcaría en una ‘estrategia’ de elogio y adulación genérica de la labor desarrollada por las organizaciones voluntarias. Sin embargo, esta expresión de simpatía y aprecio esconde un efecto perverso. Si bien refuerza la legitimidad de las organizaciones voluntarias como interlocutores sociales válidos, además, desactiva la posibilidad de confrontación real, contribuye a anular la capacidad de crítica, y neutraliza su iniciativa, al quedar alineadas formalmente en el mismo bloque que el Estado. En definitiva, se debilita la posición de las organizaciones,

¹² Podemos rememorar al respecto el caso del gobierno francés en los noventa; aun optando por la reanudación/continuación de las pruebas nucleares en el Atolón de Mururoa, frente a la evidente inquietud social y presión internacional —si bien ligera—, supo rentabilizar socialmente el posterior cese de las mismas (durante 1996), en términos de gran esfuerzo unilateral, y profundo compromiso, con la paz mundial y la conservación medioambiental, etc., cuando era manifiesto que había procedido exclusivamente en ambos casos por motivos estratégicos. El cese de las pruebas no puede ser interpretado —aunque sí se ha hecho— como una victoria de la sociedad civil (encabezada por sus organizaciones voluntarias conservacionistas), ni siquiera como respuesta a la presión ejercida por la autodenominada ‘comunidad internacional’ (eufemismo ‘amigable’/afable tras el que se ocultan, las diversas —y demasiadas veces polémicas— iniciativas coordinadas de carácter gubernamental/estatal, generalmente lideradas por ciertos países occidentales), sino como una victoria sin paliativos del pragmatismo de Estado, en este caso, francés.

dado que los poderes públicos, con estos guiños, vienen a decir algo así como ‘las ONG están con nosotros’, y minimizan los puntos de fricción.

Pese a que el Estado elogia frecuentemente la labor de las organizaciones voluntarias —salvo cuando excepcionalmente abandonan su filosofía pragmática—, contribuyendo a desactivar su iniciativa y capacidad de confrontación, este reconocimiento no es, en la mayoría de los casos, simple y vacua retórica calculada. Responde a —y refuerza— el propio pragmatismo colaborador característico de las organizaciones voluntarias, exquisitas observadoras éstas, en general, de las reglas de la democracia liberal. La transgresión suele ser puntual y anecdótica (fácilmente reconducible). En este aspecto, es ilustrativo hacer referencia a los intrépidos y ‘transgresores’ miembros de Greenpeace, especialistas en estar —literalmente— donde no se les llama (los poderes), a la caza de unos pocos segundos, o quizá centímetros cuadrados de superficie en los medios de comunicación.

Las organizaciones voluntarias se muestran extremadamente condescendientes y complacientes, asimismo, a la hora de evaluar —magnificándolos— los logros y resultados derivados de sus campañas¹³. Se trata de una expresión más de su pragmatismo, que en este caso, permite rentabilizar su actuación en términos publicitarios de eficacia; la autocrítica no es provechosa, salvo en situaciones extremas (por ejemplo, en la crisis de Ruanda y Zaire, en 1996, donde la deficiente, y en algunos casos verdaderamente escandalosa, actuación de ciertas ONG, no permitió ningún tipo de maquillaje). En general, las organizaciones voluntarias presentan en la construcción de su autoconcepto un claro ejemplo de implementación de estrategias de *racionalización*¹⁴, que aplican a la actividad desarrollada y a sus consecuencias —tanto éxitos como fracasos—. Esta racionalización se plasma en una valoración positiva de todas las ‘secuelas’ de su intervención, y en el caso de que esto sea imposible, se proyectan hacia el exterior las causas de su fracaso (v.g.: insuficiente financiación o apoyo por parte del Estado, no colaboración de la población destinataria, etc.). Estas estrategias de racionalización, que, en general, tan buenos réditos rinden a las organizaciones voluntarias, pueden volverse en su contra, imposibilitando todo ejercicio de autocrítica, y por ello, reduciendo drásticamente su capacidad de adaptación a las condiciones cambiantes del medio social.

¹³ Esta afirmación queda clara si atendemos, por ejemplo, a las optimistas palabras de FISAS (ibídem: 121): “las campañas de desarme convencional lideradas desde las ONG han alterado por completo el mapa de la situación, tanto en España como en Europa”. ¿cómo interpretar este alarde? ¿ingenuidad o fanfarronería?

¹⁴ En este caso no nos referimos a un proceso de racionalización en sentido weberiano (WEBER, 1984a), sino que hacemos una aplicación ‘social’ del concepto en su versión psicoanalítica. Para el psicoanálisis la racionalización hace referencia a un “procedimiento mediante el cual el sujeto intenta dar una explicación coherente desde el punto de vista lógico, o aceptable desde el punto de vista moral, a una actitud, un acto, una idea, un sentimiento, etc., cuyos motivos verdaderos no percibe...” (LAPLANCHE Y PONTALIS, 1987: 349).

Se constata de igual modo, que existe una propensión hacia la socialización de los éxitos —bien reales, bien ficticios—, en términos, por ejemplo, de una “victoria impresionante de la sociedad civil” (Fisas, 1998: 76); lo que, por otro lado, supone arrojar una posición privilegiada de representación y de interpretación de las aspiraciones y anhelos de esa sociedad civil. Al fin y al cabo, las organizaciones se consideran expresión directa de su voluntad. Sin negar la más estrecha vinculación (en relación a otras instituciones) entre organizaciones voluntarias y ciudadanía, la corporativización progresiva supone que en muchas de las campañas y programas la base social se diluye (al margen de la tangible y creciente base de trabajo voluntario).

Esta condescendencia en relación a la valoración de los resultados, se simultanea con un revestimiento —discursivo— de racionalidad y eficacia de gestión respecto a la actividad desarrollada, en contraste con las agencias estatales. No se trata aquí de criticar todo esfuerzo de racionalización organizativa, incluso en relación a la llamada iniciativa social —en cuanto supone rentabilizar esfuerzos, medios y optimizar el logro de objetivos—, sino de hacer notar, una vez más, la preeminencia de estos aspectos en los discursos de las organizaciones voluntarias, discursos (de tecnocratización) en los que se ven desplazadas otras consideraciones de tipo ‘social’, con el consiguiente peligro de desenfoque de objetivos. Son estos aspectos sobre los que insistimos en el epígrafe 5.4 y que ahora volvemos a recuperar. La verdadera eficacia y éxito de las organizaciones voluntarias pasa fundamentalmente por el establecimiento e introducción de nuevas racionalidades sociales (al menos parcialmente: pugnando con ‘otras’ lógicas), mientras que la adaptación pragmática y la sumisión acrítica a las racionalidades dominantes y perversas —generadoras de los desajustes estructurales que las organizaciones combaten—: económicas, políticas, etc., les abocan al fracaso, que quizá les llegue disfrazado de rutilante éxito: ‘morirán’ en vida, sepultadas bajo la opulencia y asediadas por el reconocimiento público. En definitiva, embaucadas por el éxito organizativo y material, sin generar autoconciencia, no sabrán interpretar correctamente su quiebra social.

- ***Medios de comunicación y mediación***

Un tema importante, que ya se ha abordado tangencialmente en páginas anteriores, es el del papel jugado por los medios de comunicación en esta estrategia mediadora. Si a las organizaciones voluntarias les hemos atribuido un papel mediador, los medios son el asistente fundamental en esta labor frente al Estado¹⁵. Cabe destacar que esta labor de ‘asistencia’ se relaciona con la escasa capacidad —ya apuntada— de movilización directa de las organizaciones y, por otro lado, con el papel central de los medios de comunicación —especialmente televisión— en la conformación de la opinión pública, y

¹⁵ En ese contexto, para GINER Y SARASA (1997: 213) los medios no median, sino que mediatizan.

en el establecimiento de la ‘agenda social’, al definir qué es relevante y qué no¹⁶ —y, en este contexto, el voluntariado y las ONG han pasado a ser cuestiones relativamente relevantes—.

Así, los medios no sólo funcionan como testigos objetivos de la actividad desarrollada por las organizaciones voluntarias, sino que actúan como un poderoso mecanismo de soporte y amplificación selectiva, de reconstrucción y resignificación —en definitiva— de la presencia social de las organizaciones voluntarias (de algunas de ellas; otras, sin embargo, continúan indefectiblemente en el más profundo de los anonimatos). Curiosamente, las organizaciones voluntarias, se convierten en interlocutores válidos y construyen —o reconstruyen— su imagen social a través de su presencia mediática (mucho más que por la repercusión social directa, derivada de su intervención sobre ciertos colectivos o problemáticas diversas)¹⁷. Así, consiguen reconocimiento social entre la ciudadanía. También supone una indudable vía de publicitación y de captación de voluntarias/os, posibilitando la formación de un agregado masivo—. Por este procedimiento, se legitiman frente a las administraciones públicas, de forma que acrecientan su poder de mediación y refuerzan su candidatura a la financiación pública. Para Giner y Sarasa (1997: 223), “el acceso a los medios de comunicación se convierte en crucial para muchas organizaciones altruistas que compiten en el mundo del espectáculo en busca de notoriedad y afecto público”.

Es necesario insistir en que no todas las organizaciones voluntarias —sino sólo una minoría— tienen la posibilidad de verse reflejadas asiduamente en los contenidos de los medios de comunicación, siendo éste un campo especialmente abonado para las grandes corporaciones voluntarias (Cáritas, Cruz Roja, Greenpeace, Amnistía Internacional, etc.), que de esta manera fortalecen su posición y liderazgo, consolidan su papel de referencia frente a los ciudadanos, y de paso, proyectan su imagen sobre el resto del sector voluntario, homogeneizándolo formalmente, y por ello, ocultando su inherente diversidad y variabilidad interna. Sólo en virtud de su presencia en los medios de comunicación, las organizaciones voluntarias parecen disponer de un poder real, y recordémoslo, poder —casi con exclusividad— de mediación.

De esta manera, las grandes organizaciones voluntarias establecen como estrategia de acción prioritaria, el acceso a los medios de comunicación, para lograr así la má-

¹⁶ Delimitación de la relevancia social dependiente, claro está, de la propia estructura de poder político y económico, poderes que sobrevuelan ideológicamente sobre el contenido mediático, cuya corrección se define por tanto ‘políticamente’, lo que nos sirve de paso para invertir y desnudar la infame etiqueta de lo ‘políticamente correcto’.

¹⁷ Un interesante texto que profundiza en la imagen que las ONG proyectan a través su presencia en los medios de comunicación y de los materiales que ellas mismas elaboran, es el de J. GURPEGUI (1999).

xima proyección social¹⁸. Pero, al mismo tiempo, incrementan significativamente su dependencia mediática, debilitando paradójicamente su base social directa, y teniendo que dedicar una proporción creciente de recursos, a la planificación y desarrollo de actividades encaminadas exclusivamente a provocar el impacto mediático y no a la acción social directa¹⁹. Así, la planificación de estrategias —y la formación de grupos de trabajo ‘profesionalizados’— de comunicación y marketing empiezan a ser indispensable.²⁰

Puede, incluso, que la orientación hacia —y la utilización de— los medios de comunicación se convierta para la organización en un fin en sí mismo (la intervención social directa pasaría a ser un aspecto secundario, casi un mero legitimador de la estrategia mediática). Así ocurre, desde nuestro punto de vista, con la *Fundación Chandra*, (apoyada por Europa Press, y constituida en noviembre de 1999) que se autodefine como “entidad sin ánimo de lucro, creada con el fin de promover la sensibilización y el compromiso real de nuestra sociedad a través de los medios de comunicación y/o las nuevas tecnologías para mejorar o cambiar las situaciones de injusticia social y construir un mundo más justo y humano”. La fundación asume que la suya es una “labor mediática”²¹. Aunque el fin último se dirige nominalmente a la transformación social, los objetivos y la acciones se concretan en la intervención —real y directa— en la esfera de los *media* (especialmente en Internet) para influir sobre, o ‘crear’, opinión pública. El virtual cambio social que pudiera alcanzarse, sería verdaderamente una ‘secuela’ de la acción mediática; la intervención social está ‘mediada’ —y en cierta medida desactivada— por los medios de comunicación.²²

¹⁸ No se trata por otro lado de una estrategia novedosa —aunque se haya acentuado drásticamente durante los años 90—, ya en los años 80 algún autor señala la progresiva utilización de los medios de comunicación y la publicidad por las asociaciones de voluntarios (BOLLAERTS, 1986: 19).

¹⁹ Como ejemplos palmarios pueden citarse las ‘teatrales’ iniciativas de Greenpeace, o de la Coordinadora por el 0,7%.

²⁰ En ese sentido, por ejemplo la empresa ‘Sector3: información y servicios para el tercer sector’ (<http://www.sector3.net/>), tiene muy claro la relevancia que tienen los ‘*media*’ para las organizaciones voluntarias y hacia donde debe orientar su labor empresarial: “En el terreno de la imagen y la comunicación las organizaciones del Tercer Sector afrontan una necesidad similar a la mencionada en el área de financiación, en cuanto a la diversificación y optimización de los medios empleados. Las ONLs deben, no sólo utilizar los medios o recursos existentes actualmente, sino aprovechar y aplicar todos aquellos medios tecnológicos que contribuyan a potenciar su imagen y a difundir sus mensajes, facilitando al mismo tiempo el acceso a información relevante para sus actividades [se refieren fundamentalmente a Internet]. El acceso y la aplicación de las nuevas tecnologías aporta en este sentido una *ventaja competitiva en la maximización de recursos*” (texto extraído de la página *web*, las cursivas son nuestras).

²¹ Son estos, textos tomados de las páginas *web* creadas por la fundación: ‘Canal Solidario’ (<http://www.canalsolidario.com>), que reproduce el formato ‘portal’, con secciones referidas al tercer sector, etc., y ‘Dona Gratis’ (<http://www.donagratias.com>). En esta última página, mediante un simple ‘click’ de ratón (uno como máximo por internauta y día), ciertas empresas patrocinadoras (que a cambio insertan publicidad) donan cinco pesetas por cada ‘click’ al ‘proyecto del mes’.

²² En la misma línea de la ‘Fundación Chandra’ podemos añadir el caso de ‘Pangea’ (Comunicació per a la Cooperació), en sus propias palabras: “ONG cuyo principal objetivo es favorecer la comunicación a

El vínculo social efectivo —núcleo de la acción verdaderamente solidaria—, es sustituido, en muchas ocasiones, por flujos de información (asépticos: asociales e impersonales) que se dirigen a través de un canal, prácticamente unidireccional²³, hacia un agregado de espectadores/internautas aislados entre sí. Modelo paradigmático éste, de una ‘solidaridad’ postmoderna individualizada y fragmentada hasta límites insospechados, y que, además, no requiere nada al sujeto ‘solidario’ (“dona gratis”, reza y exhorta el esclarecedor eslogan). ¿Dónde está aquí la base ‘social’? Así, la iniciativa de la Fundación Chandra, es un claro ejemplo y resultado de la subordinación de las organizaciones voluntarias a la idolatrada escena mediática, y de la magnificación de la potencialidad transformadora (para construir una sociedad igualitaria y justa) de los medios de comunicación, obviando así su capacidad —y papel a la postre dominante— de conformación del *statu quo*, esto es, su faceta conservadora y legitimadora (estrechamente relacionada con el substrato ideológico, pertrechado bajo la ‘corrección política’).

Un ejemplo sintomático de la situación de las corporaciones voluntarias, que refleja su creciente dependencia y ‘ambición’ mediática, lo encontramos en el caso de Greenpeace, que propuso y nombró en diciembre de 1999 al eurodiputado socialista José María Mendiluce como presidente de la organización, en función *fundamentalmente* de su proyección mediática, y no por su trayectoria dentro de la organización, ni por su experiencia profesional o vital ligada al movimiento conservacionista. Xabier Pastor, director de Greenpeace España y principal promotor del candidato, justificaba su opción en declaraciones a El País²⁴: “En Mendiluce vi que, igual que nosotros, sabe hacer uso de los medios de comunicación para transmitir sus inquietudes”. La búsqueda de un ‘hombre mediático’, con carisma en los medios de comunicación, se había vuelto fundamental para la organización. Poco después, en febrero de 2000, llegaba la crisis y la posterior destitución, porque Mendiluce parecía comprometer seriamente la independencia política de la organización, pero, el proceso es en sí mismo enormemente significativo e ilustra la creciente medio-dependencia de las organizaciones voluntarias. La aparición en los medios tiende, de este modo, a transformarse en un fin en sí misma.

Es interesante observar en adición, cómo las actividades de sensibilización que planifican y desarrollan las organizaciones voluntarias, se enfocan exclusivamente —en su gran mayoría— para que sean recogidas y amplificadas por los medios de comunicación, por tanto, no buscan la repercusión social inmediata sino mediada. De ahí, que la denuncia y sensibilización dependan cada vez menos de la movilización sistemática y

través de Internet a todo tipo de ONGs, colectivos, sector educativo o personas que trabajan por el cambio hacia un mundo mejor” (<http://pangea.upc.es/nueva/indexcapases.htm>).

²³ La retroalimentación recibida en el ejemplo de la página ‘Dona Gratis’ se limita —recordémoslo— a un simple, condicionado —a la manera de PAVLOV— y único ‘click’ de ratón en un icono que se metamorfosea en una mínima donación económica (ajena).

²⁴ *El País*, 6 de Febrero de 2000.

masiva de sujetos —o cuando menos, de minorías activas en interacción directa con la población objeto de sensibilización—, y más de la receptividad de los periodistas y medios ante la propuesta y el mensaje, lo cual no hace sino generar una cierta incertidumbre. En este sentido, una manifestación multitudinaria tiene impacto por sí misma —aunque también dependa, cada vez más, de los medios para su difusión y ‘rentabilización’ social—, pero una rueda de prensa sin periodistas, o un encadenamiento a una incineradora que no tenga como testigo el objetivo de las cámaras de televisión, serán siempre un fracaso, de hecho, no existirán socialmente.

El Propio Estado, a través del II Plan de Voluntariado 2001-2004, centra su atención en la comunicación, como un elemento crítico en su apuesta por la potenciación del voluntariado y de las propias organizaciones en las que éste se enmarca. De esta manera, la segunda línea estratégica del Plan 2001-2004, se dirige a promocionar la “sensibilización y compromiso de los medios de comunicación social hacia las temáticas relativas a las ONG y el voluntariado, y a los valores que representan” (MTAS, 2001: 26) para producir un mayor impacto sobre la población general. El Estado se muestra especialmente preocupado porque las organizaciones adopten políticas activas de comunicación, y sean capaces de promocionarse y proyectarse —en definitiva ‘publicitarse’—, a través de los medios de comunicación. A partir de ahí, se proponen varias líneas de actuación. Una de ellas propone el “fortalecimiento, por parte de las ONG, de sus departamentos de comunicación, mediante la formación y la profesionalización de sus responsables” (ibíd.: 27). Resulta especialmente llamativo que se persiga la promoción del voluntariado a través de la profesionalización de los departamentos de comunicación de las organizaciones voluntarias. Se sugiere la profesionalización de la comunicación externa, pero, claro está, no de los servicios. Se trata de profesionalizar posiciones estratégicas (comunicación, pero también de gestión) para limitar y si es posible reducir la salarización global de las organizaciones. De esta manera, se aspira a la maximización los recursos voluntarios —especialmente aquellos generadores de servicios directos—. Otra línea de actuación propuesta —confluyente con la anterior— pretende el “impulso de la comunicación externa de las ONG mediante diversos medios como la edición de publicaciones periódicas, el diseño de una imagen corporativa, el lanzamiento de campañas de difusión y publicidad o la redacción de un manual de estilo sobre el tratamiento del voluntario en los medios” (ibíd. 27). La preocupación no es sólo por la presencia mediática de las organizaciones voluntarias sino también por un tratamiento ‘adecuado’ del voluntario/a —un tratamiento que facilite y haga perdurar su idealización moral—.

En el mismo plan se defiende que “...la mayor presencia de las ONG en los medios de comunicación social de carácter general, como radio, prensa y televisión, constituye un elemento imprescindible en la configuración de una nueva imagen social de las ONG, pues también ha de contribuir a su conocimiento e identificación, así como al refuerzo de sus notas críticas y reivindicativas [...]. Esta presencia en los medios de co-

municación ha de difundir los valores y las acciones del voluntariado y las ONG, dando ejemplos y testimonios de cómo encauzar y afianzar los compromisos individuales con la sociedad” (ibíd.: 23)²⁵. Entre las actuaciones asociadas se propone el “apoyo, por parte de las Administraciones Públicas, a la presencia del Tercer Sector en los medios de comunicación social con el fin de difundir una imagen positiva y realista de las ONG, dar a conocer su labor y sus logros...” (ibíd.: 27). Como podemos ver, no es suficiente con la proyección de una imagen realista, está además debe ser fundamentalmente positiva, lo que sugiere la aspiración a una distorsión idealizante del sector. Indirectamente se sugiere un filtrado de los contenidos objeto de información. El realismo a medida que parece solicitarse, puede aproximarse a la manipulación de la información. Por último la administración pretende apoyar la “difusión permanente de informaciones referidas al Tercer Sector por las diversas *cadena de televisión* existentes...” (ibíd. 28). El objetivo es que el voluntariado esté siempre en ‘primera página’, sea un tema de actualidad, incluso aunque la cobertura mediática no estuviera justificada en ciertas ocasiones por la dimensión y relevancia del fenómeno.

Implícita en esta línea estratégica de fomento del voluntariado, encontramos una magnificación de la capacidad persuasiva de los *media*. Los medios de comunicación aparecerían como instancias todopoderosas de conformación automática de las actitudes y comportamientos sociales de los individuos. Sin tratar de minimizar el enorme impacto social de ciertos medios de comunicación —especialmente la televisión—, es necesario recordar que para conseguir unos elevados niveles de participación social, no es suficiente con garantizar una ‘bombardeo’ cotidiano e idealizante a través de los medios de comunicación, la estructuración de lo social en su sentido más amplio (cultural, institucional, económico, etc.) debe ser propicia.

Las tareas de sensibilización han funcionado, en general, como cierto sustitutivo de la tarea reivindicativa ‘clásica’ —especialmente en su vertiente de acción/reclamación directa contra (o frente) al poder—. Aunque es posible que dichas dimensiones a veces se solapen o simultaneen, en la actualidad la sensibilización tiende a configurarse como vector dominante de la acción no paliativa (identificando la intervención paliativa con la prestación de servicios). En el ámbito de las organizaciones voluntarias, la reivindicación sigue conformando un marco de referencia discursivo y de acción muy importante; no obstante, incluso en iniciativas de marcado talante ‘reivindicativo’, como puede ser el caso de la plataforma del 0,7%, existe un riesgo de que la reivindicación tome un carácter predominantemente formal.

²⁵ En la cita encontramos una apertura estrictamente nominal a lo reivindicativo. En la última frase vuelve a hacerse evidente la opción por un *modelo individual de participación voluntaria*, opción estatal sobre la que ya hemos insistido.

Argumentando sobre este ejemplo, encontramos que en la práctica, la actividad de la plataforma se traduce fundamentalmente en labores de sensibilización, porque la actividad no se dirige directamente hacia el poder político (aunque así pudiera parecer), sino que está socialmente mediada por los medios de comunicación. Lo principal, en un primer momento, es la búsqueda de la difusión social del mensaje, para una vez legitimados por una opinión pública favorable, y sólo desde ahí, en un segundo momento lógico, pasar a mediar frente al Estado (aunque en la dinámica de la plataforma dichas fases puedan simultanearse, la difusión y legitimación es necesariamente previa). Por lo tanto, no hay reivindicación real en sentido estricto, y por ello, aquí preferimos hablar de estrategias de sensibilización y mediación social. Apoyando este diagnóstico, nos parece percibir incluso una cierta sustitución de significantes en el lenguaje de las propias organizaciones (caracterizado por el relativo abandono del referente ‘reivindicación’), cambio que debería corroborarse con un análisis de contenido, que supera el marco del presente estudio. Recordamos una vez más, que este análisis se está circunscribiendo, fundamentalmente, a la esfera de las corporaciones voluntarias. Algunas pequeñas asociaciones, incapaces de acceder a los medios de comunicación de masas, todavía optarían por la reivindicación ‘clásica’ —no mediada— ante los poderes y la sensibilización directa, caracterizada por la dependencia de la relación ‘cara a cara’.

Las actividades orientadas hacia la sensibilización social o la toma de conciencia, suelen aparecer cada vez más como uno de los objetivos prioritarios, y en ciertas ocasiones exclusivo, para las organizaciones voluntarias²⁶. Incluso, como veremos más adelante, estas iniciativas pueden fusionarse formalmente con el formato del anuncio publicitario; en estos casos, la labor sensibilizadora a veces no esconde otra cosa que cuestiones²⁷ o campañas de captación de voluntariado.

²⁶ Podemos apuntar algunos ejemplos de organizaciones orientadas fundamentalmente a la sensibilización y denuncia, y en general, a la acción indirecta (hay que apuntar que estas organizaciones son muy minoritarias). Con una cierta tradición podemos mencionar a la *Asociación Pro Derechos Humanos de España* (APDHE), cuyo objetivo es la Defensa y promoción de los derechos humanos, y las tareas concretas que se desarrollan son: información, sensibilización, investigación, denuncia, etc., indicando expresamente que las tareas que se realizan no son de carácter asistencial. Otro ejemplo lo podemos encontrar en la *Fundación Centro Español de Estudios de América Latina* (CEDEAL), cuyo objetivo pasa por la investigación y promoción de las actividades de formación e información sobre la realidad actual de América Latina y de sus relaciones con Europa, y las tareas concretas desarrolladas por los voluntarios son: apoyo a tareas docentes, gestión de bases de datos informatizadas, identificación y preparación de material didáctico y publicaciones, apoyo logístico en proyectos de investigación. (COMUNIDAD DE MADRID, 1988: 116 y 126).

²⁷ Como ejemplo podríamos pensar en las campañas publicitarias —realmente agresivas— promovidas por *Anesvad* en relación al problema de la ‘Úlcera de Buruli’. Para A. Díez RODRÍGUEZ (1999: 99) la creciente agresividad y sensacionalismo que recorren las campañas de sensibilización, tendría que ver fundamentalmente con un marco de competitividad organizativa en pos de la captación de fondos económicos. Así, el tono de la denuncia no dependería de la dimensión ‘social’ de la problemática, sino de su eficacia ‘económica’.

Las propuestas de sensibilización cobran un carácter eminentemente visual, colorista y plástico, hasta festivo en ocasiones, para que resulten atractivas para los medios —especialmente para la televisión—, y ‘garantizar’ de esta manera su éxito (penetración social). Ante la incapacidad de movilización directa del cuerpo social, las organizaciones voluntarias toman conciencia de que toda acción no amplificada mediáticamente deviene necesariamente en un fracaso, y tienden aplicadamente a adaptarse al formato visual y especialmente televisivo. Fisas (1998: 20) reflexiona al respecto, al considerar la diversa suerte corrida por las distintas iniciativas de sensibilización desarrolladas por el *Lobby Feroz*: “...otras acciones igualmente importantes para las ONG apenas merecieron atención mediática, especialmente aquellas que no incorporaban actuaciones espectaculares en la calle, y ponían el énfasis en la palabra o en la presentación de documentos”.

La puesta en escena pasa a ser un factor fundamental (casi único), ya no es suficiente con convocar una convencional rueda de prensa (seria y aburrida en términos mediáticos) en la que se denuncie un problema social flagrante, se buscan acciones efectistas basadas en el lenguaje teatral, en la ‘dramatización’ de la situación denunciada: ¿activistas sociales o actores? ¿Se trata de una expresión del dominio del formato del mensaje y el canal de transmisión sobre el contenido del mensaje? Al menos, marca esa tendencia. Se puede correr el riesgo de responsabilizar exclusivamente a los medios de dicha transformación de las actividades y mensajes de sensibilización; sin olvidar su papel activo, es patente que las grandes organizaciones voluntarias se prestan al juego, fundamentalmente porque el escaparate televisivo es enormemente rentable.

Dentro de la absoluta dependencia que muestran las entidades voluntarias respecto a los medios para sensibilizar a la población, la modalidad más eficaz y ‘rentable’ es la transmisión de imágenes de dolor y sufrimiento. Las situaciones que más han movilizado a la población española en los últimos años, se corresponden con acontecimientos en los que el problema era fácilmente traducible en forma de imágenes estremecedoras: catástrofes naturales, guerras, epidemias. Muerte, dolor y sufrimiento personal, que provocaron una inmediata corriente de identificación empática, que se materializó en un volumen de donaciones económicas muy importante²⁸. En esta cuestión, los medios de comunicación sí ejercen un papel orientador fundamental, al evaluar selectivamente qué desastres o situaciones son relevantes (mereciendo su atención) y cuáles no (que de esta manera, no serán siquiera conocidos por la ciudadanía)²⁹. De igual

²⁸ Para AGUIRRE (2000: 214) en este tipo de ‘desastres’, “el tipo de relación que se establece entre las partes es, pese a que se agita la causa moral, puramente mercantil. Al no saber casi nada del origen de la crisis excepto su gravedad a través de imágenes, el ciudadano hace lo poco que puede hacer: paga”.

²⁹ En el caso de las graves inundaciones sufridas por Mozambique a principios del año 2000, los medios de comunicación ignoraron en un principio el problema de una manera casi sistemática —y con ello minimizaron su gravedad: para los ciudadanos, o bien no existía el problema, o éste era leve—. Solamente después de un número importante de días (quizá cuando ya se disponía de imágenes impactantes y los reporteros estaban asentados en la zona), los medios ‘cambiaron de opinión’, se construyó la

manera, los medios de comunicación también deciden cuándo una catástrofe natural y/o social deja de ser relevante. Salvo excepciones desaparecerá abruptamente del contenido de los informativos y pasará al más absoluto de los olvidos³⁰.

En relación con las iniciativas del *'Lobby Feroz'*, el impacto social fue mucho mayor en el caso de la campaña contra las minas antipersonales —era explotable visualmente—, que con respecto al comercio de armas: un niño mutilado es mucho más 'llamativo', y genera más empatía y solidaridades, que un montón de fusiles. El propio Fisas afirma que:

El buen resultado de la campaña de las minas se debe a que ha sido capaz de dar visibilidad a las consecuencias de las minas. Todo el mundo ha visto reportajes sobre niños mutilados por estos diabólicos artefactos, y la gente ha tomado conciencia del problema y se ha indignado con los fabricantes porque las televisiones, los periódicos y las revistas del corazón han enseñado cien y mil veces lo que ocurre cuando se utilizan las minas. Hacer lo mismo con el comercio de armas ha sido mucho más difícil, porque es algo más abstracto y no es tan fácil construir una serie de imágenes que golpeen como pueden hacerlo las minas y su derivación, los mutilados (Fisas, 1998: 18)

El riesgo derivado es que sólo las iniciativas fácilmente traducibles visualmente en forma de sufrimiento humano triunfen, mientras que otros temas, puede que igualmente relevantes, sean obviados por los medios. Ello podría redundar en una especialización en áreas 'visuales' de las organizaciones voluntarias e, incluso, conducir a que el éxito, implantación y/o crecimiento de las organizaciones voluntarias no se corresponda con la trascendencia social de sus objetivos y la 'calidad' de su acción o intervención social, sino de la posibilidad de la explotación visual de estos objetivos en los medios de comunicación.

En cualquier caso, tampoco habría que magnificar el poder y resultados de 'solidarización' inducidos por estas campañas mediáticas, aspecto que destacan, con distintos puntos de énfasis, diversos autores. Así Aranguren Gonzalo (1998: 19) apunta que

noticia y fue creciendo exponencialmente la atención prestada a estas inundaciones. Se llenaron las portadas de los diarios y se le dedicaron muchos minutos en los informativos televisivos. En cierta medida, se reconstruyó la realidad; se creó la situación de emergencia (apoyándose en imágenes dramáticas), haciendo ahora sí, crecer su relevancia para la población. Podemos apreciar que las situaciones de emergencia producidas en las zonas más deprimidas del planeta, tardan mucho más en ser recogidas por los medios, y son, salvo excepciones, minimizadas. Un interesante y bien documentado texto que profundiza en el papel de los medios de comunicación en las mal llamadas "crisis humanitarias" es el de M. AGUIRRE (2000).

³⁰ PIERRE BOURDIEU (2000: 104) al referirse a la información de las catástrofes que ofrecen los medios de comunicación, habla de una "visión deshistorizada y deshistorizante, atomizada y atomizante, [...] sucesión de historias aparentemente absurdas que acaban por parecerse entre sí, desfiles ininterrumpidos de pueblos miserables, secuencias de acontecimientos que, aparecidos sin explicación, desaparecerán sin que sepamos su solución [...] y que despojados de ese modo de cualquier necesidad política, sólo pueden suscitar, en el mejor de los casos, un vago interés humanitario".

esta difusión mediática “...alimenta, en primer lugar, un alto grado de emotividad sentimental que deviene finalmente en indiferencia e insensibilidad...”. De manera complementaria, Aguirre (2000: 221) recuerda que una avalancha de información sin contexto puede llegar a producir indiferencia social. Por su parte, Helena Béjar (2001b: 33), a parte de señalar la obscenidad inherente a muchas campañas mediáticas, argumenta que la cosificación (degradación de la dignidad personal y creación de estereotipos visuales de ciertas situaciones: hambre, enfermedad...), y la saturación de la sensibilidad son efectos perversos derivados de los excesos y la reiteración mediática. En ese sentido, Bruckner (1996: 35) habla de reiteración “pornográfica”, de “recreación cosmética de la víctima” (1996: 256), y denuncia la existencia de un verdadero “casting del horror” (ibídem). En una línea confluyente, Falcón (1997) nos habla de la “frivolidad circense del sufrimiento”. Quizá, el texto más lúcido en su diagnóstico, y literario en su expresión sea el de Pascal Bruckner (op. cit.), del cual recuperamos algunos pasajes:

“...los medios de comunicación poseen esa facultad única tanto de crear como de desgastar el acontecimiento. [...] no hay abyección mostrada que sobreviva o resista a la repetición. [...] Por mucho que multipliquemos hasta lo insoportable las tomas de mutilaciones, de muertes, de enfermedades, que carguemos las tintas sobre los efectos, que inventariemos con maniática aplicación todas las figuras de la atrocidad, la apatía renace al final de la desmesura. El exceso no evita la saturación, el infierno a su vez acaba siendo monótono. [...] Por lo tanto, ya no es verdad que una imagen pueda fulminar un ejército, hacer vacilar una dictadura, derrocar un régimen totalitario, y es inútil reclamar más fotos, más películas puesto que su profusión no hace más que estimular nuestra tolerancia a lo intolerable. [...] La imagen ni miente ni dice la verdad, desfila: mantiene a distancia, la pantalla hace pantalla y el universo puede penetrar en nuestra vida sin influir en ella [...] Resumiendo, la televisión es el mejor antídoto ante el poder de movilización de sus propias imágenes, y los mensajes más apocalípticos, cuando se transmiten tal cual, sin prolongación en la realidad, se vuelven perfectamente digeribles y compatibles con una vida de hombre normal. [...] Y denunciar el olvido de los dramas que quedan ocultos por la palabrería cotidiana se ha convertido ya en un tópico mediático. Pero esta denuncia forma parte a su vez del olvido, lo consagra” (ibídem.: 235-240)

Una muestra que ilustra el hecho de que las organizaciones voluntarias no son exclusivamente víctimas de las condiciones impuestas por los medios de comunicación, y que, cada vez más, participan de una actitud activa de utilización calculada de los medios de comunicación, ha sido el relativamente rápido desembarco del tercer sector en Internet. Recordemos el caso anteriormente referido de la ‘Fundación Chandra’, volcada hacia los medios y particularmente en Internet con sus proyectos ‘Canal Solidario’, ‘Dona Gratis’ y ‘Hacesfalta.org’. Pero más allá de este ejemplo concreto, prácticamente todas las grandes corporaciones voluntarias poseen página *web* propia en este ‘escaparate’ informático, siendo así el tercer sector uno de los círculos más activos en cuanto a la

potenciación de su presencia en Internet³¹. Es por ello, que sintomáticamente, la categoría ‘organizaciones no gubernamentales’ está recogida en la mayoría de los buscadores disponibles en la red³². La publicación de páginas *web* en Internet ofrece varias ventajas a las ONG: el control absoluto de la información e imagen proyectada a la sociedad, la posibilidad de actualizar casi permanentemente esa información, el relativamente bajo coste de mantenimiento, la proyección de una imagen de vanguardia y modernidad, así como establecer una vía de penetración —y comunicación— con respecto a un segmento enormemente creciente (minoritario, pero que se mide en millones) de la población.

En general, como explicita la incorporación masiva a Internet, el acceso a los espacios informativos de los medios de comunicación —la dimensión noticia—, ha dejado de ser, en ocasiones, suficiente para las organizaciones voluntarias que se proponen ‘nuevas’ vías de aproximación al escaparate mediático. En esta misma línea, la *publicidad directa* de las entidades voluntarias ha alcanzado la prensa, radio e incluso la televisión³³, dejando además, de ser una circunstancia excepcional. Las organizaciones elaboran de manera autónoma sus propios mensajes publicitarios (fundamentalmente como medio para ampliar su financiación, aunque también como fórmula de captación de voluntarios³⁴ o, circunstancialmente, en forma de manifiestos y declaraciones que buscan la sensibilización social), y de esta manera, pretenden amplificar su impacto social escapando, además, de la inevitable reelaboración significativa —fuera de su con-

³¹ Cuestión que tratan de aprovechar ciertas empresas de servicios al tercer sector —de aparición reciente y proliferación creciente— como la ya mencionada ‘Sector3’, facilitando —pero de forma exclusivamente lucrativa— la presencia de las ONG en Internet (entre otros servicios relacionados con la comunicación). En este área de proyección mediática (incluida y cada vez más centrada en Internet) “Sector3 ofrece una serie de servicios diseñados para incrementar cuantitativa y cualitativamente el impacto de la comunicación y la imagen institucionales” (cita de su página *web*). Otra iniciativa que parece ubicarse o lindar lo lucrativo (aunque no poseemos el suficiente conocimiento directo de la misma como para realizar un juicio definitivo), es la de ‘Pangea’, ONG que facilita acceso a Internet a otras organizaciones voluntarias, pero a través del pago de una tarifa. Sobre esta creciente y diversificada oferta (lucrativa) de servicios volveremos más adelante al aproximarnos a las organizaciones voluntarias en su cada vez más importante papel como ‘consumidoras’ de bienes y servicios.

³² Incluso existen varios buscadores especializados en ONG y cooperación (por ejemplo: <http://www.ix.apc.org/bdong/ongslista.htm>), a parte del contenido en el portal ‘solidario’ ya mencionado: ‘Canal Solidario’. También podemos hablar de apartados dedicados expresamente en los distintos portales a las organizaciones voluntarias y el voluntariado, como por ejemplo ‘Yahoo! Solidaridad’ (<http://es.news.yahoo.com/88/>) o en Inicia (<http://www.inicia.es/presenta/directorio/ong.htm>), o de iniciativas no comerciales bien conocidas como las del ‘nodo50’ (<http://www.nodo50.org/>), o la propuesta más reciente y ‘radical’ (prácticamente una escisión de ‘nodo50’) encarnada en ‘Sindominio’ (<http://sindominio.net>), iniciativas que han facilitado y potencian enormemente la presencia de las organizaciones en Internet.

³³ Como ejemplo de la publicitación televisiva podemos citar a *Cruz Roja* y *Anesvad*.

³⁴ Según los datos contenidos en el estudio de la *Plataforma para la Promoción del Voluntariado*, en torno a un 20% de las organizaciones voluntarias utilizan distintos medios de comunicación (prensa, radio o televisión) para captar voluntarios/as (CORTÉS *et al.*, 1997: 142).

trol— que realizan los medios en el tratamiento de toda información, para así, intentar llegar a los ciudadanos y ciudadanas directamente, sin filtros.

A través de esta vinculación publicitaria, las organizaciones voluntarias refuerzan su aproximación a la esfera económica y del propio consumo de masas; las ‘ofertas’ de las organizaciones voluntarias, aun teniendo una ‘naturaleza’ diferente —no siendo estrictamente objetos de consumo—, aparecen como un elemento más (formalmente indiferenciado) dentro del universo del consumo, y refuerzan su valor *signo*. De esta manera, contribuir económicamente —en cierta medida ‘consumir’ organizaciones voluntarias— tendría un efecto sobre el estatus social (y moral) del sujeto donante. La finalidad directa, como acabamos de señalar —fundamentada sobre consideraciones éticas y referencias a determinada problemática: social, sanitaria, medioambiental...—, suele ser la de captar fondos. Es así, como las organizaciones voluntarias se aproximan un poco más a la lógica capitalista, al tratarse de inversiones monetarias —en ocasiones cuantiosas³⁵— en busca de beneficios económicos. Si bien, habría que matizar, que no se trata de alcanzar lucro personal —no estamos ante una estrategia convencional para favorecer el ciclo de reproducción ampliada de capital—, sino que el objetivo aducido pasa por el fortalecimiento de la dimensión de prestación de servicios. No obstante, podríamos pensar que la finalidad última se dirige a la ‘reproducción ampliada’ de la *corporación voluntaria*, dentro de un mercado voluntario marcadamente competitivo (tanto en la captación de recursos, como en la prestación de servicios).³⁶

Otro tipo de estrategia utilizada por las organizaciones voluntarias, suele ser el recurso al apoyo de personajes o personalidades relevantes, que contribuyan de esta manera a fijar el mensaje en función de su ‘tirón’ popular o su posición de poder. Se trata de la “...búsqueda de complicidades sociales [...por ejemplo, enviando] cartas recabando apoyo a todos los rectores de las universidades españolas, a los obispos, asociaciones de juristas y un amplio listado de «gente famosa»” (Fisas, 1998: 25). Una vez lograda esa complicidad o apoyo explícito, se intenta normalmente su traslación a los medios de comunicación, para aprovechar su poder amplificador. En definitiva, se publicita el apoyo de los famosos y poderosos, a través de la utilización de sus imágenes o

³⁵ No obstante, en ocasiones los propios medios colaboran ‘solidariamente’ con las organizaciones voluntarias facilitándoles espacios publicitarios gratuitos o a precios ‘especiales’. Por ejemplo, así lo hace el periódico *El País*, con la organización ‘Solidarios para el Desarrollo’.

³⁶ Algunos autores señalan que la publicidad como instrumento principal de estimulación al consumo (en este caso, utilizado por las organizaciones voluntarias), “cumple la tarea de contener y neutralizar las fuerzas contestatarias o centrífugas” (PÉREZ TORNERO *et al*, 1992: 35). Así, “transformado en *objeto de deseo*, en mercancía fácil y atractiva, cualquier evento pierde su autenticidad para ser convertido en objeto de consumo”, concretado en esta ocasión, en la propia organización y por supuesto, en el voluntariado. De esta manera, las organizaciones voluntarias, profundizarían la desactivación de su disidencia y reforzarían su perfil conservador y contemporizador (y el de su voluntariado) a través de su recurso a la publicidad como vía hacia su consumo masivo (por muy rupturista y desafiante que el mensaje transmitido por ésta pudiera parecer).

nombres en anuncios o mediante la publicación de manifiestos con su adhesión. En ocasiones las celebridades también pueden colaborar realizando una tarea relacionada con su trabajo, por ejemplo, cantantes o escritores. El problema puede radicar en que el mensaje se deslice a un segundo plano, deformado o incluso oculto tras la propia proyección social del personaje³⁷. Además, aunque se busque la proyección social, paradójicamente, este recurso significa de nuevo que la base social de las organizaciones voluntarias puede debilitarse, al no fundamentarse directamente sobre capas sociales amplias, sino sobre elites sociales. Defenderíamos pues, que el aumento del número de voluntarias/os no tiene por qué corresponderse necesariamente con un aumento de la base social, sobre todo en el caso de que la labor del colectivo voluntario no responda sino una adscripción externa a la organización y no a una identificación organizativa o de valores (ideológica).

Hasta ahora, nos hemos referido a los medios de comunicación en su papel de plataforma sobre la que se proyectan socialmente las corporaciones voluntarias, y sobre la que asientan su capacidad mediadora y sensibilizadora —si bien apuntando algunas inconsistencias—. Sólo en ciertas ocasiones excepcionales, los medios de comunicación dejan de ser una plataforma diáfana —aunque no pasiva—, para tornarse en intérpretes críticos de la labor de las organizaciones voluntarias. En tales lances, la crítica no se dirige a su papel social o su razón de ser; nadie duda de su necesidad, de la legitimidad de sus objetivos. Los reproches se dirigen a desempeños deficientes o comportamientos concretos —aislados—; se escruta su metodología y funcionamiento interno, especialmente en relación a la gestión de recursos y la eficacia mostrada. Pero, solamente están bajo sospecha algunas organizaciones en particular (incluso en momentos puntuales), no se trata de una denuncia genérica del sector. El telón de fondo de dicha crítica y de la exigencia de transparencia, es el creciente volumen de financiación pública inyectado al sector voluntario, hecho que comienza a exigir paralelamente el ejercicio de un serio control del uso de los recursos, para prevenir o corregir ineficacias.

En esa dirección, podemos referirnos a una ‘serie’ de artículos aparecidos en el diario *El País*³⁸, interesantes en cuanto se insertan en un medio de comunicación escrita

³⁷ A este respecto, J. GURPEGUI, (1999: 223) apunta que las “...ONGs no han promovido un discurso y una práctica basadas en la implicación sociopolítica de intelectuales, artistas y gente pública. En algunos casos, incluso los intelectuales que normalmente ejercen una labor crítica son adoptados por la ONG solamente por el «valor añadido» que la fama del intelectual incorpora a la campaña, no por las propuestas que pueda aportar, o porque el fruto de su trabajo vaya a ser aprovechado por la organización, sino por el prestigio que su imagen pública implica para la organización”.

³⁸ Valgan sus títulos como precaria aproximación a su orientación: “*En España habrá que clarificar si todas las ONG son efectivas*” —entrevista a RAKE RYPKEMA, presidente de Medicus Mundi— (29 de octubre de 1995); “*Las ONG hacen autocrítica y asumen fracasos en la cooperación con el Tercer Mundo*” (21 de abril de 1996). Tras la ‘cuestionada’ intervención de las ONG en Zaire y Ruanda en 1996, aparecen: “*La crisis de Zaire saca a la luz graves fallos en la actuación de las ONG. El Gobierno de Ruanda critica el despilfarro de la ayuda humanitaria internacional*” (10 de diciembre de 1996), “*Las ONG españolas hacen autocrítica tras los ataques por su actuación en Ruanda: ‘no somos ni el cielo ni el infierno, eso no es pensar con madurez’ sostiene Intermón*” (22 de

de primer orden (centrado ideológicamente), y no son elaboraciones críticas ‘divulgadas’ precariamente en publicaciones más o menos marginales (‘extremistas’). Estos análisis moderadamente críticos aparecen —insistimos, se trata de elaboraciones excepcionales, dentro de un mar de aplauso constante, de aportaciones ensalzadoras e idealizantes de las organizaciones voluntarias y del voluntariado— a partir de mediados de los noventa, en pleno apogeo del nuevo voluntariado español, y en un período de máxima efervescencia de las organizaciones voluntarias (acompañada de un cierto descontrol e ‘intrusismo’). Por tanto, el momento de aparición de tal crítica no es ocioso; en ese período se está consagrando una política pública de fomento y financiación creciente del tercer sector y del voluntariado.

Podemos ver tras esta relativa —y tenue— desautorización mediática de la labor de algunas organizaciones voluntarias, el reflejo de una presión generalizada hacia una racionalización de la gestión de estas entidades. De hecho, coincide en el tiempo con la proliferación editorial de textos cuya temática se encuadra en la propuesta de ‘nuevas’ formas de gestión de las organizaciones voluntarias (propuestas de gestión que bucean en el modelo empresarial importando sus ‘modelos’)³⁹. Fundamentalmente, pero no solo, son críticas centradas en las organizaciones voluntarias dedicadas a la cooperación internacional; éstas desarrollan iniciativas y programas más fiscalizadas mediáticamente (sobre el terreno), ya que su actuación está ligada en gran medida a situaciones de emergencia (desastres naturales, guerras, atención a grandes masas de refugiados, intervención en hambrunas, etc.) que suponen una alta densidad de profesionales de los medios en la zona, a la caza de la noticia.

11.2. EL VOLUNTARIADO COMO VEHÍCULO DE TRANSFERENCIA DE LEGITIMIDAD Y EJERCICIO DE CONTROL SOCIAL

Gran parte de la actividad del voluntariado social se reduce al tratamiento (en sentido terapéutico) de los integrantes de aquellos colectivos que potencialmente más déficits de legitimidad pueden generar al Estado, aquellos que se hallan en los márgenes de la sociedad, integrados por sujetos que están, de facto, desposeídos de sus derechos sociales. El voluntariado actuaría pues, en la misma línea que los servicios sociales, pero con una mayor versatilidad, en tanto en cuanto mostraría una mayor capacidad para llegar a los individuos más desestructurados socialmente. En consecuencia, la acción del voluntario/a tiende a desactivar el potencial poder subversivo (por deslegitimador, más

diciembre de 1996), también aparecen artículos de opinión al respecto: “ONG: *¿justicia o caridad?*” de GURUTZ JAUREGUI (3 enero de 1997); y un año más tarde, “Las ONG, *¿lavado de conciencia o solidaridad?*: El auge del voluntariado coincide con un aumento de la descoordinación de las ayudas y con la aparición de los abusos” (25 de enero de 1998).

³⁹ Recuérdese al respecto la argumentación desarrollada en el epígrafe 7.3.

que por encarnar una capacidad desestabilizadora directa, consciente, reivindicativa...) de estos grupos de excluidos sociales, sin llegar a integrar de forma generalizada —sólo lo lograría a nivel individual, con carácter más o menos excepcional, e incluso en ocasiones transitoriamente—. Por otro lado, los receptores de la acción voluntaria, con su actitud frente al voluntario/a, en la mayoría de los casos —no siempre— repleta de gratitud, reconocimiento, admiración, e incluso idealización, revalorizan el modelo social que encarna —y la posición social que ocupa— el voluntario/a (no lo olvidemos, plenamente integrado en términos generales, a excepción quizá del ámbito laboral). Así, el colectivo con más poder deslegitimador, finalmente acata y refuerza el orden social a través de su participación (pasiva) en las organizaciones voluntarias.

Así, la acción voluntaria, cuando supera el nivel paliativo, se torna simultánea y paradójicamente, en acción *integradora* —promotora de cambio social— y de *control social* —inmovilista y conservadora del *statu quo*—, y ello, sin que este control sea un objetivo perseguido por las organizaciones voluntarias, y sin que el sujeto voluntario (ni tan siquiera el receptor de esa acción voluntaria) sea consciente de su ejercicio. La existencia de este control de naturaleza preconsciente, que parecería significar una cierta perversión o desvirtuación del fenómeno voluntario, supondría añadir una *funcionalidad latente* al voluntariado. Éste, obraría de una manera ‘discreta’, y quizá por ello más eficazmente, en comparación a otras instancias más ostentosas y represivas, permitiendo un tipo de control —desvinculado radicalmente de la represión y coacción violenta— cuyo ejercicio no provoca (al actuar de manera indirecta y no obvia) déficits de legitimidad al Estado, sino más bien todo lo contrario.

Esta modalidad de control social, nos remitiría al concepto de *hegemonía*, acuñado por Gramsci y que aplicaríamos en este caso al voluntariado. Según Hargreaves (1993: 112-113) “la hegemonía describe una forma de control persuasivo, más que coactivo, depende de la producción y mantenimiento de los valores y creencias en que se apoyan las estructuras de poder y las relaciones sociales existentes. Aunque la hegemonía puede reforzarse utilizando medios de control coercitivos, opera esencialmente de un modo más sutil, como una forma de persuasión ideológica. No es un fenómeno que funcione por el todo-o-nada. Los grupos dominantes y los subordinados no son necesariamente vencedores o vencidos definitivos”. Una visión complementaria sobre el concepto gramsciano nos la proporciona Giner (1994a: 664), al señalar que la hegemonía se plasma especialmente “a través de la red de instituciones no estatales y muy a menudo de carácter privado de la sociedad civil: iglesias, escuelas, periódicos, ateneos, asociaciones de todo género”. Así, la hegemonía se expresaría fundamentalmente a través de la cultura —sistema de creencias, ideología...— que impregna a la sociedad civil y no tanto la esfera política o estatal. Por tanto, el voluntariado y las organizaciones voluntarias se conformarían como un buen vehículo para la producción de hegemonía. Así pues, la hegemonía no es sinónimo de dominio directo ejercido por el Estado.

Además, los intelectuales tendrían para Gramsci un papel fundamental en la producción de hegemonía a través de su inserción en la actividad cultural. (ibíd.)⁴⁰.

Parece existir una contradicción lógica profunda entre los conceptos integración social y control social, pero sólo si restringimos nuestra percepción del control social a su manifestación represiva e incluso violenta, formalizada paradigmáticamente en la esfera del Estado. Pero, si tomamos conciencia de que el sujeto más controlado socialmente es aquel que se halla más integrado socialmente (si bien más autocontrolado culturalmente⁴¹ y menos sometido represivamente) la contradicción se diluye por completo. No obstante, debemos profundizar más en la conjunción y articulación de la integración social y el control social en el seno de la acción social voluntaria⁴². Esta naturaleza compleja, evidencia una tensión implícita en el voluntariado. La cuestión que se plantea es, cómo se resuelve esa tensión entre estas dos esferas. Al mismo tiempo, creemos que se hallan imbricadas hasta tal extremo que sus fronteras son realmente difusas. El resultado de esta *naturaleza dual del voluntariado*, quizá sea la ‘atrofia’ en su *capacidad de integración*, limitada ésta a un nivel que podríamos denominar *micro* (básicamente individual), imposibilitado por lo tanto para alcanzar un nivel *macro*, incapaz de realizar o promover reformas estructurales, y por tanto, impotente a la hora de subvertir la realidad social hacia esa ‘utopía’ solidaria que se anuncia proféticamente desde algunos textos, y que se exige desde algunos despachos.

Puede ser interesante recuperar los argumentos de Simmel (1986a) con respecto a las iniciativas de asistencia a los pobres, y trasladarla al nuevo voluntariado. Para Simmel, la asistencia a los pobres “se lleva a cabo, voluntariamente o impuesta por la ley, para que el pobre no se convierta en un enemigo activo y dañino de la sociedad, para hacer fructífera su energía disminuida” (ibíd.: 483). Así la asistencia “...no tiene ningún motivo para socorrer al sujeto más de lo que exige el mantenimiento del *statu quo* social” (ibíd. 485). Es por ello, que finalmente “la comunidad política cuida del pobre por razones de utilidad...” (ibíd.: 487).⁴³

⁴⁰ Para una revisión más profunda del concepto hegemonía: vid BUCI-CLUCKSMANN (1978) y RODRÍGUEZ-AGUILEA DE PRAT (1984:65-92)

⁴¹ Los mecanismos internos de control —derivados del proceso de socialización— son los más eficaces, frente a los mecanismos externos (categoría en la que circunscribiríamos al voluntariado, si bien como una realidad sui géneris que incorpora características propias de los mecanismos internos: control no consciente, sutil, espontáneo; además el voluntariado se configuraría —con matizaciones— como un mecanismo de control positivo —no represivo—, y de formalización limitada).

⁴² El ejemplo más claro de ‘cohabitación’ necesaria entre integración y control, lo encontraríamos en los programas orientados hacia la desintoxicación de drogodependientes o en los de Rentas Mínimas de Inserción.

⁴³ Estas tesis sobre la beneficencia “como un importante medio de control social” han sido reeditadas para el caso español —siglos XIX y XX— por CARASA SOTO (1989: 175 y ss.).

Así pues, señalamos los *efectos disciplinantes* derivados de la acción voluntaria, y en ese sentido, nos ubicamos también, en cierta medida, en la estela de los planteamientos de Foucault⁴⁴. No obstante, aunque nos concentremos en la evaluación de la dimensión de control, no eliminamos su potencialidad integradora e incluso emancipadora (como ya hemos reiterado, eminentemente individual). Tan solo constatamos la ambivalencia de un voluntariado simultáneamente, *paliativo, integrador, emancipador, controlador y disciplinante*. En el voluntariado desaparece la represión, se diluye la vigilancia (salvo casos concretos), pero en ningún caso se disipa el control. No debemos olvidar en ningún caso quién está tras las entidades voluntarias: la sociedad integrada (representada por los voluntarios/as y profesionales), y cada vez más, el propio Estado (financiera y normativamente). Claro que, en ningún caso, hay que obviar las enormes diferencias que separan a los distintos dispositivos de control social (por ejemplo, policía *versus* grupo familiar). Debemos insistir, en ningún caso pretendemos reducir el papel del voluntariado a un simple ejercicio de control, sino señalar la fuerte ambivalencia que lo atraviesa. Somos conscientes de que, como apunta Esteban (1997: 32) al revisar críticamente los enfoques foucaultianos, “las explicaciones de la caridad y la beneficencia como control social, las teorías en las que ésta es la única dimensión considerada, resultan claramente insuficientes e insatisfactorias”. Esteban reconoce que resulta innegable la originalidad, la audacia seductora y estimulante, la agudeza de muchas de las intuiciones de Foucault, pero denuncia “sus concepción sistemática y mecanicista del ejercicio del poder” (ibíd.: 31) y siguiendo a Léonard, afirma que Foucault, analizando los mecanismos de control social, “más que *describir una maquinaria*, se limita a *denunciar una maquinación*” (ibíd.).

Desde nuestro punto de vista, determinar si el voluntariado es o no es funcional para el Estado no es algo secundario en la consideración del voluntariado, sino que constituye un elemento de análisis fundamental. Para acometer tal análisis, es central introducir el concepto de legitimidad, para tratar de entender los mecanismos a través de los cuales, el voluntario podría inducir una transferencia de legitimidad al Estado. Es éste, un concepto complejo, y a la vez de consideración ‘clásica’ tanto en el análisis sociológico como filosófico, y por supuesto, político. A continuación apuntamos su análisis desde una perspectiva social amplia, sin descender a su análisis político.

Quizá sean Berger y Luckmann (1984), quienes propongan un concepto de legitimidad de aplicación social más amplia, noción que trasciende (incluyéndolo) el sentido político. Este “sentido ampliado” (Serrano Gómez, 1994: 12), que desborda la concepción clásica —‘empirista’— de Weber (1984a: 171), y por supuesto el enfoque “re-constructivo” de Habermas (1986), tiende a identificar la legitimidad con la ‘explicación’ y justificación del orden institucional, y por tanto, se muestra muy confluyente con el concepto control social:

⁴⁴ Entre otras obras, *vid.* FOUCAULT (1988).

“La legitimación «explica» el orden institucional atribuyendo validez cognoscitiva a sus significados objetivados. La legitimación justifica el orden institucional adjudicando dignidad normativa a sus imperativos prácticos. Es importante comprender que la legitimación tiene un elemento tanto cognoscitivo como normativo [...]. La legitimación no solo indica al individuo por qué debe realizar una acción y no otra; también le indica por qué las cosas son lo que son. En otras palabras, el «conocimiento» precede a los «valores» en la legitimación de las instituciones” (Berger y Luckmann, 1984: 122).

De esta manera, la legitimación social tiene como efecto que la totalidad del orden institucional tenga un sentido para los sujetos sociales participantes (ibíd.: 121). Desde ahí, la legitimidad presupondría que los sujetos asumen las normas que constituyen un orden social dado como obligatorias o como modelos, o lo que es lo mismo, como algo que “debe ser” (Serrano Gómez, 1994: 12). Este sentido social amplio del concepto puede ser aplicado rigurosamente al voluntariado (tanto en relación al receptor de la acción voluntaria, como en el caso del propio sujeto voluntario), ya que, sin ningún género de dudas, éste contribuye a dar sentido —legítima— al orden social circundante. Este efecto socialmente legitimador es especialmente claro en el caso del voluntariado social, orientado hacia la ‘integración’ social de los receptores de la acción voluntaria en un orden social *dado* (orden social que es finalmente necesario interiorizar, aunque sea desde, e incluso a través de, un discurso crítico). Esta apreciación ‘legitimadora’ no implica negar globalmente toda capacidad de crítica social, de denuncia del orden social, incluso de resistencias hacia el estado de cosas ‘normalizado’, pero sí resalta el papel ambivalente del voluntariado y las tensiones a las que se halla sometido.

Busquemos algunos ejemplos concretos. Las iniciativas voluntarias (en su dimensión dominante de prestación de servicios) pueden facilitar la escolarización de determinados colectivos alejados del sistema educativo formal, pueden ser cauce para proporcionar alojamiento, asesoría legal, ‘papeles’, trabajo a inmigrantes clandestinos, ayudar a tramitar un expediente IMI (recientemente transformado en RMI), contribuir a conseguir una prestación por invalidez y, por supuesto (cambiando de perspectiva), puede significar una vía de incorporación al mercado de trabajo para los propios voluntarios/as. En todos estos casos, y en cualquier otro que imaginemos (siempre que la finalidad sea la integración), la contribución del voluntariado a la legitimación social (en el sentido de Berger y Luckmann) es clara. A través de todas las intervenciones de los voluntarios/as, el sentido social del complejo institucional es difundido —con más o menos éxito— entre los sectores excluidos como modelo a seguir. Se difunde conocimiento de lo social. Incluso en intervenciones que cuestionan el propio orden social, se señalan los cauces sociales apropiados para la integración. El voluntariado (y la ayuda social a los marginados en general) reintroduce a los ‘outsider’, aquellos que no legitiman el Estado, dentro de los cauces establecidos por el poder. En definitiva, si no se pone en duda radicalmente el sentido atribuido a las instituciones, hay una explicación y justi-

ficación del orden social, por muy crítica que sea la orientación de la organización o el propio voluntario/a hacia ese orden. El voluntario/a ha interiorizado con bastante éxito el orden social. Dentro de la dominante moderación discursiva e ideológica del voluntariado, la legitimación social es un aspecto central a considerar.

Precisamente la integración social del voluntario/a depende en gran medida de ese proceso de legitimación. Los voluntarios/as son capaces de dar sentido a las instituciones sociales, adaptar su comportamiento a los requerimientos que éstas exigen; los excluidos/as no, o lo hacen de manera problemática. Desde ese punto de vista, el voluntariado optimizaría el proceso de legitimación, proceso que pasa por atribuir sentido social. Claro que desde este punto de vista, la inmensa mayoría de las ‘prácticas’ sociales funcionan en tal dirección. Así pues, no estamos señalando una característica excepcionalmente mostrada por el voluntariado sino más bien, una ‘constante’ social.

Paralelo y confluyente con la idea de legitimación que explorábamos tentativamente, habría que recuperar el tratamiento del concepto ‘control social’, definiéndolo en términos de “conjunto de procesos mediante el cual el orden social es establecido y mantenido” (Landis, 1989, cfr. Iglesias, 182). A la hora de aplicar la función de control social al voluntariado, resulta interesante revisar algunas propuestas de Ritzer. Según Ritzer (1999: 128) “las personas son la fuente más importante de incertidumbre y de imprevisión de cualquier sistema racionalizado [...]. Por tanto, los esfuerzos dedicados a incrementar el control se dirigen especialmente a las personas”. Además, Ritzer afirma que paralelamente al proceso de racionalización de la vida social, la idea básica ha consistido en controlar más a las personas, de una manera gradual y progresiva, mediante el desarrollo y el despliegue de una amplia variedad de tecnologías cada vez más eficientes (ibíd. 128-129).

Sólo podemos estar parcialmente de acuerdo con Ritzer. Desde nuestro punto de vista hay que completar la perspectiva de análisis. Esta ‘tecnificación del control’ que diagnostica, es cierta especialmente para los entornos productivos y de consumo —únicos ámbitos explorados por el autor—, esto es, cuando los sujetos sociales actúan como productores/trabajadores y por supuesto, como clientes/consumidores. Pero también es aplicable (aunque Ritzer elude el tratamiento directo de las formas de control estatal) a la esfera de la ‘ciudadanía’ (ej. control informático de ingresos y pago de impuestos, de derechos a prestaciones, de lugar de residencia, etc.). Estamos hablando fundamentalmente de un control social ‘organizado’, basado en las organizaciones. Hasta aquí nada que objetar, pero, ¿qué pasa cuando las personas se mueven en espacios difusos? (‘fuera de control’), esto es, ¿qué ocurre cuando básicamente no son trabajadores, y cuando no son consumidores? (o cuando lo son de manera precaria, discontinua, incluso clandestina). En definitiva, ¿qué sucede cuando están fuera de la esfera de los mercados?; y vayamos más allá, ¿qué pasa cuando los sujetos están ‘fuera del alcance’ de

los mecanismos burocráticos de control ciudadano? (no tienen residencia, ni ingresos fiscalizados o estables, no están escolarizados, etc.). ¿Qué ocurre cuando los ciudadanos están fuera o ‘rozan’ tangencialmente las organizaciones?

En estos casos, aparecen espacios sociales —y colectivos— de control difuso (de control problemático desde una perspectiva tecnológica). Es necesario reconocer una tendencia hacia la reducción estructural de estos espacios, tendencia pareja al avance de la racionalización social, pero que no niega su existencia y relevancia. Así, la institución familiar sigue siendo una institución social de control (en gran parte a-tecnológico) cuyo papel es fundamental. Y ya acercándonos a la consideración de nuestro objeto de interés, se concretarían una serie de colectivos ‘resistentes’ al control tecnificado (racionalizado). Estamos hablando básicamente (aunque no sólo) de los excluidos sociales, de las personas situadas en los márgenes de la sociedad integrada. En este caso, las soluciones ‘de control’, no pueden depender totalmente de la tecnificación (hay dificultades para definir la situación de control: un espacio, un tiempo...), y deben recurrir intensivamente al factor humano. Un ejemplo claro, se referiría a los servicios sociales, que mantienen a pesar de la presión tecnificadora (empiezan a proliferar bases de datos, fichas, perfiles...) un componente humano fundamental. Sin embargo, la estructura burocrática (esto es: técnica, racional, y por ello mismo de flexibilidad limitada) de los servicios sociales, se muestra insuficiente. Aquí aparecería el voluntariado, como instrumento de control social ‘clásico’, de baja tecnificación (que no a-tecnológico), que permite la utilización intensiva de factor humano, eliminando —por la implicación gratuita de los voluntarios/as— los altos costes del control humano. Allí donde no es posible la automatización del control, aparecen —o permanecen— instrumentos de control humano. Entrarían en juego, además, colectivos reacios a todo tipo de control automático. El contrapunto lo podríamos incluir al afirmar que las presiones de tecnificación alcanzan fundamentalmente al sector corporativo del voluntariado.

11.3. LAS ESTRATEGIAS ESTATALES DE PROMOCIÓN, REGULACIÓN Y CONTROL INSTITUCIONAL DEL VOLUNTARIADO Y LA PARTICIPACIÓN: LA INSTRUMENTALIZACIÓN DE LA PARTICIPACIÓN SOCIAL COMO OBJETIVO POLÍTICO

Consideremos para concluir este capítulo, las pujantes estrategias estatales de promoción y regulación del voluntariado, que lo son simultáneamente —y sobre todo— de instrumentalización y control⁴⁵ de la participación social. Como punto de partida, constatamos, siguiendo a Jerez (1999: 115), la “gran capacidad estructurante” que

⁴⁵ MADRID (1999: 81-82), apunta que “la excesiva tutela de determinados poderes públicos sobre la colaboración gratuita de las personas puede esconder y degenerar en una voluntad de control sobre las dinámicas sociales. Esta tutela negativa [...] se manifestaría en una pérdida de autonomía ideológica por parte de las entidades de voluntariado.”

disponen los poderes públicos a la hora de “(re)diseñar los canales institucionales sobre los que transcurre la participación” y simultáneamente para “poner en circulación discursos sobre la participación”. Esta capacidad estructurante se está concretando en los últimos años en *estrategias políticas fuertemente intervencionistas*⁴⁶ (que se fueron consolidando a distinto nivel a lo largo de la década de los noventa) que son consideradas absolutamente necesarias por los poderes públicos⁴⁷. No estamos ante un modelo de fomento genérico y acondicional —y por tanto, no invasivo— de la participación social, sino que la estrategia política del Estado parte de la reducción, adaptación y normalización (o estandarización) del universo participativo a la ‘realidad’ del voluntariado. En el caso del nuevo voluntariado, encontramos una realidad definida y construida políticamente desde el Estado⁴⁸, aunque también desde las entidades voluntarias⁴⁹. Así pues, el Estado, en función de lo que ha definido como ‘ideal’ está promoviendo y difundiendo un determinado modelo de participación social, y al mismo tiempo, reconduciendo y debilitando otros modelos, tanto alternativos como ‘complementarios’, que se ubican fuera de lo denominado como voluntariado.

El Estado pasa a fomentar decididamente el voluntariado y no la participación social en su conjunto, pero además, fomenta y alienta una determinada ‘versión’ del voluntariado —aquella que le resulta útil—, por lo que podríamos referirnos siguiendo a Casado (1992: 110) a un “fomento dirigista”. Es posible diferenciar dos conceptualizaciones del voluntariado. La primera (y aunque no lo pareciera, marginal) lo concibe primordialmente en términos de participación —aunque admite secundariamente su dimensión ‘recurso’—. La segunda modelización (y *dominante*) resalta prioritariamente el voluntariado como *un recurso social* que hay que canalizar y rentabilizar —y subsidiariamente reconoce la dimensión participativa que trata de controlar y, en cierta medida, desactivar para que resulte inocua en términos de poder—. El Estado participa plenamente (también muchas entidades voluntarias) de esta segunda concepción, incardinada

⁴⁶ Desde alguna entidad se hace referencia a la “progresiva colonización del voluntariado por parte de las Administraciones Públicas” (CÁRITAS, 2002: 3).

⁴⁷ Como se expresa en el *Balance de Ejecución* del Plan Estatal del Voluntariado 1997-2000, “el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales ha interpretado como tarea propia la de apoyar y facilitar el desarrollo del voluntariado” (MTAS, 2002: 12), y en ese sentido, por ejemplo, se entiende la regulación legal del voluntariado de 1996 como una necesidad incuestionable (ibíd.: 13).

⁴⁸ En ese sentido para MADRID (2001: 19) las administraciones “son actores destacados de la construcción del voluntariado. La regulación del voluntariado expresa los proyectos y las concepciones gubernamentales de las actividades de colaboración social”.

⁴⁹ No existe ni existirá jamás ninguna realidad participativa ‘natural’, absolutamente todas están definidas y construidas socialmente —políticamente—. La particularidad del nuevo voluntariado (salvo sectores minoritarios), es que está construido e instrumentalizado políticamente ‘desde arriba’ (desde las administraciones públicas y también desde la cúspide de un buen número de entidades voluntarias), separándose peligrosamente de la libre iniciativa de la sociedad civil (en definitiva, la base social), que supuestamente configuraría y se expresaría a través del voluntariado —concepción ésta dominante en la mayoría de los discursos circulantes y diagnósticos académicos sobre el voluntariado—.

sólidamente en el nuevo ideal de la sociedad del bienestar —o *mix welfare*—, basado en una pluralidad de instancias suministradoras de bienes y servicios⁵⁰. Es éste un modelo en el que los ciudadanos/as ofertan servicios ‘libremente’ a través del voluntariado, pero —y esto es muy significativo—, salvo excepciones, en la dirección marcada por la administración. En ocasiones, el discurso de los poderes públicos parecería apuntar formalmente al primer modelo de voluntariado, pero la lógica de su estrategia de intervención y ‘gestión’ se circunscribe claramente al segundo, aquél que identifica, insistimos, el *voluntariado como recurso*. Lo que encontramos, por tanto, desde la administración es una concepción estrecha de la participación “entendida, fundamentalmente, como prestación de servicios” (García Inda, 2001: 167), y como correlato, “las asociaciones acaban jugando un papel similar al de una empresa de servicios” (ibídem), desdibujándose severamente su dimensión participativa.

En cuanto a la relación establecida en la actualidad entre el sector voluntario y el Estado, no cabe duda de que el primero, funciona en sentido estricto, como un instrumento de la política social estatal⁵¹, como una extensión o prolongación del sector público⁵². Los programas públicos de voluntariado que se desarrollan, por ejemplo, desde algunos ayuntamientos, ejemplifican el extremo de esta tendencia de apropiación e instrumentalización, aunque se justifiquen desde otras coordenadas lógicas⁵³ (tales progra-

⁵⁰ Por ejemplo, en el II Plan del voluntariado se señala “la corresponsabilidad de las empresas privadas y entidades sin ánimo de lucro, junto a los poderes públicos, en la resolución de los problemas sociales” (MTAS, 2001: 16).

⁵¹ Aunque también se pretende extender esa instrumentalización a otros campos como el medioambiental, cultural, etcétera.

⁵² ALBARRACÍN *et al.* (1999) abundan sobre el proceso de ‘subcontratación’ de políticas públicas a cargo de las entidades voluntarias. Para estos autores, una de las ventajas que presenta la acción de las entidades con respecto a la intervención directa del Estado es “que permiten responder al carácter progresivamente fragmentado y específico de los colectivos receptores de la ayuda estatal a la vez que conforman y consolidan esa misma fragmentación. Cumplen así una labor funcional para el Estado [...] contribuyen a legitimar instituciones estatales cuya actuación ha tendido a desplazar...”.

⁵³ La integración institucional plena de actividad voluntaria fuera del tercer sector, no es ni mucho menos excepcional. La última iniciativa de la que hemos tenido conocimiento son las denominadas ‘*comunidades de aprendizaje*’, modelo de voluntariado importado de los Estados Unidos. Siguiendo una noticia aparecida en el diario *El País*, el 28 de abril de 2003 (pp. 34), conocemos que se trata de un proyecto en el que participan (por el momento) veintidós centros educativos españoles, “todos ellos públicos menos uno concertado, la mayoría de educación infantil y primaria y situadas en zonas desfavorecidas”. Se trata de un proyecto que trata de incidir sobre los niveles de fracaso escolar. Esta iniciativa se caracteriza por la inmersión plena del voluntario/a en la dinámica cotidiana de la institución pública (en la dinámica de la clase, ‘conviviendo’ con el profesor), y eso es lo que la diferencia de otras iniciativas de apoyo escolar. Volviendo al cuerpo de la noticia “el aspecto más llamativo de las comunidades de aprendizaje es que promueven la entrada en las aulas de adultos voluntarios (familiares de los escolares, estudiantes universitarios, antiguos alumnos, jubilados), quienes siempre bajo la supervisión del profesor, ayudan a aprovechar mejor la clase a los alumnos, repartidos para este fin en pequeños grupos heterogéneos de cinco estudiantes”. Al margen de los resultados del programa, se trata de un modelo que difumina el espacio institucional y participativo del voluntariado, aproximándolo cada vez más a un *modelo dirigista* que lo restringe a un papel de *recurso público* —plenamente integrado en el entramado institucional público y controlado por éste—. Sin negar la necesidad y pertinencia de una participación de los padres (aunque no sean éstos los únicos voluntarios potenciales del progra-

mas son duramente criticados, especialmente desde el pequeño sector asociativo⁵⁴). Vinyes (1996: 100) afirma que el voluntariado es “dirigido por la administración, lo cual tiene de preocupante su incapacidad para proponer problemáticas y objetivos presentes en su medio de procedencia: la sociedad civil. Sus objetivos son los de la administración y sus problemas también”. Así, las diferencias entre sector público y tercer sector corren, así, el peligro de hacerse cada vez menos consistentes (y debido al modelo de gestión que se propugna para las entidades, las diferencias también tienden a diluirse incluso con respecto a la empresa). Dado que la mayoría del voluntariado se presenta como una instancia colaboradora con el Estado y más concretamente en el área de los servicios sociales, nos encontraríamos, cada vez más, con un modelo de voluntariado de carácter asistencial —siguiendo al Colectivo Ioé (1990a: 165)— “integrando una única red de servicios, diseñados desde una cúspide incuestionada” en el que las organizaciones voluntarias tienden a transformarse en meros organismos dispensadores de servicios sociales y en el que se tienden a desdibujar —formalmente— los aspectos ideológicos y políticos.

Además de regular, el Estado financia, y a partir de esa financiación (condicionada a ciertos requisitos y premisas definidos habitualmente de forma unilateral), controla el contenido y orientación de gran parte de los programas de voluntariado —así el control financiero se traduce en un control ideológico, lo que supone un cercenamiento de la libertad y el poder de las entidades—. Aportemos algunas estimaciones que apuntan la dependencia con respecto a la financiación pública⁵⁵. Según Monserrat y Rodríguez Cabrero (1996: 271) casi un 70% de los ingresos totales (exactamente un 67%) de las organizaciones voluntarias eran de procedencia pública (vía subvenciones) en 1992. En el Estudio de la Fundación Tomillo (2000: 39), el porcentaje estimado de ingresos de las entidades de acción social proveniente directamente de las administraciones públicas es como media de un 53%, llegando al 57% si sólo consideramos las asociaciones y dejamos al margen las fundaciones (ibíd.: 40). En estos dos casos los datos fueron obteni-

ma) en el proceso educativo —siempre a través de cauces distintivos—, sí parece dudoso la iniciativa de su inserción en el aula como elemento funcional. Es inevitable observar en este tipo de voluntariado una clara estrategia de sustitución —o cuanto menos de no implementación— institucional de recursos necesarios (estrategia que afecta, como no puede ser de otra manera, a la población más desfavorecida socialmente).

⁵⁴ “Que haya un servicio de voluntariado del ayuntamiento, alucino, de verdad alucino [...]. «Este es mi espacio, y no sé por qué me lo regulas, ni por qué me dices como tengo que ser». Y ya me parece flipante cuando las instituciones como el Ayuntamiento y la Comunidad de Madrid, hacen planes para tener voluntarios para hacer lo que ellos tienen que hacer...” (G8). En este pasaje, la crítica hacia el ‘voluntariado público’ se solapa con la denuncia del intervencionismo estatal.

⁵⁵ La dependencia no es exclusiva del caso español, ni ilustra una opción ‘keynesiana’, sino en la mayoría de los casos todo lo contrario. Países de estricta tradición liberal como es el caso de los EE.UU. presentan idéntica tendencia. Así, constatamos por ejemplo que durante la administración Reagan, las contribuciones públicas constituían la mayor proporción de ingresos de las organizaciones del tercer sector estadounidense (GIBELMAN, 1989: 24).

dos a través de encuesta estadística. Por su parte, Ruiz Olabuénaga (2000: 72), elabora estimaciones referidas a 1995, ofreciendo un porcentaje sensiblemente inferior en relación al nivel de financiación pública, exactamente un 32% de los ingresos, quizá explicable porque su referente es un macro-sector ‘no lucrativo’, enormemente cuestionable y dudoso en el que se ubica a: hospitales, centros educativos (con respecto a estos desconocemos el criterio de selección si lo hubo), cooperativas (ej. Eroski), cajas de ahorros con obra social (ej. Caja Madrid...), clubes deportivos (ej. Real Madrid). Según los datos incluidos en el mismo estudio (ibíd.: 73), si nos circunscribimos al sector de servicios sociales, la tasa de financiación pública se elevaría a un 48,6% de los ingresos monetarios, nivel más acorde con los datos de los otros dos estudios reseñados.⁵⁶

Tremendamente clarificadores con respecto a las dinámicas de financiación pública son también los datos contenidos en el estudio de Álvarez de Mon *et al.* (1998: 48-49) sobre el tercer sector en España. La cuantía de las subvenciones concedidas por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales a las ONG crece ininterrumpidamente —y de manea considerable— desde el año noventa (7.038 millones) al noventa y siete (12.103 millones)⁵⁷.

El riesgo de la dependencia económica se ha conformado en un lugar común en el análisis del tercer sector (Serrano, 2001: 154), sin embargo, no por su reiteración deja de ser un elemento de imprescindible consideración de las dinámicas y posibilidades. La dependencia económica se transforma en una vía franca para el ejercicio de un fuerte condicionamiento de tipo político —e ideológico—. Tal hecho es señalado por varios autores (entre otros, Petras 2000; Saxby, 1998: 68-69; Giner, 1995: 22; Giner y Sarasa, 1997: 222; Johnson, 1990: 167). Además, como constata Montagut (2000: 136), la dependencia económica se refleja en una paralela pérdida de capacidad de control y presión sobre la administración. Saxby (1998: 68-69) termina por ajustar el problema al ilustrar el papel activo de las organizaciones voluntarias, ávidas en la búsqueda de la dependencia:

“...es evidente que las organizaciones han permitido (¿o se han esforzado en conseguir?) un creciente nivel de dependencia financiera del gobierno (en algunos países supera con creces el 50%) en la pasada década. La Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) estima que la financiación esta-

⁵⁶ Sin embargo, la fuerte participación pública en la financiación de las organizaciones voluntarias no parece quedar demasiado clara a la ciudadanía. En un estudio realizado en la Comunidad de Madrid en 1996, un 40% de los entrevistados creía que eran fundamentalmente los socios de las asociaciones quienes sostenían económicamente a las asociaciones, mientras que tan sólo un 21% de los entrevistados pensaba que el Estado era el principal financiador. En contraste, nos encontramos con que un 50% de los entrevistados pensaba que debía ser el Estado quien financiara a las asociaciones de voluntariado (GONZÁLEZ BLASCO Y GUTIÉRREZ RESA, 1997: 53).

⁵⁷ Se trata de cifras ‘reales’, habiéndose corregido el efecto de la inflación.

tal es ahora «crucial para al menos la mitad de las organizaciones no gubernamentales más importantes». Por supuesto, se ha dado una simbiosis entre los dos estamentos: los gobiernos dependen de las organizaciones, que actúan como «vehículos de distribución» [...] Tal relación compromete cualquier papel de las organizaciones no gubernamentales en la crítica de la política oficial. La diferencia en poder económico y político entre éstas y sus amigos gubernamentales es tan grande que cualquier simbiosis es decididamente asimétrica. ¿Es razonable, pues, hablar de organizaciones «independientes» que colaboran con el estado? La vulnerabilidad de las organizaciones es obvia, pero es necesario preguntarse si los gobiernos aprecian un sector voluntario independiente, o si las ONG se ven a sí mismas como algo más que «pistoleros a sueldo» (ibíd.: 69)

Desde las propias organizaciones voluntarias —especialmente desde su segmento más asociativo, que es el que articula una crítica más elaborada— se es consciente de los efectos perversos derivados de la dependencia financiera con respecto a la administración; dependencia que a la postre limita la posibilidad real de autonomía del sector⁵⁸. También se señala la financiación privada —por ejemplo de grandes entidades financieras o grandes empresas— como origen de dilemas y tensiones, por las servidumbres ideológicas que llegan a cuestionar la integridad y coherencia del proyecto asociativo. Aparece una cierta autocritica, pero al mismo tiempo, entre aquellas que reciben dinero público, se señala la dificultad —sentida como insalvable— para escapar de la dependencia estatal. Se esgrimen dos razones; por un lado, la financiación pública asegura la supervivencia organizativa y, además, permite la intervención sobre determinados colectivos de necesitados. Finalmente se constata que la adaptación pragmática de prestación de servicios ‘cortocircuita’ o ‘hipoteca’ la posición discursiva crítica. La financiación pública —que se ubica en la raíz del funcionamiento cotidiano y de la colaboración con la administración—, aparece como una sutil trampa ideológica, muy difícil de salvar y de la que es muy difícil, incluso, llegar a tomar conciencia.⁵⁹

⁵⁸ “En el momento que una entidad depende de la administración para... para conseguir los proyectos, pues estás vendido a lo que te pida la administración” (V17).

⁵⁹ En ocasiones, aparece un reconocimiento, ciertamente cínico, ante la administración —“lo han hecho «fenomenal»” (G8)— ante la constatación de su capacidad para mantener al asociacionismo y la participación ‘cautivos’ a través de la financiación. “Me parece una jugada, y creo que mucha gente está entrando, que se entra fácilmente. Porque al final todo es muy sibilino...” (ibíd.). En la misma entrevista se enuncia una hipotética situación, en torno al IMI: “...y aunque me parezca que a veces es una mierda y que no sirve de nada, no se lo puedo decir, porque «a ver si me van a quitar el convenio que tengo...»” (ibíd.). Repasemos algunos pasajes más de la entrevista, que inciden sobre los motivos que hacen aceptar el sometimiento a la administración a través de la financiación: “...es que hay muchas razones por las que ‘poner el culo’ [...]. Hay mucha gente que termina poniendo el culo, porque está al lado de los más pobres. También me parece que es un camino muy difícil ¿eh?, digo el cuestionarte... Nosotros tuvimos como una asamblea entera, en ‘T’ [nombre de la asociación], viendo si recibíamos una subvención de Caja Madrid o no: «¿Esto es ético o no es ético? ¿Está dentro de lo que nosotros pensamos o no? y ¿cómo crecer en una asociación autogestionada que no tenga que recibir la mayor parte de las subvenciones del Estado...?» [...] Pero, yo creo que eso a veces... esa reflexión no está mucho [quiere decir que no es muy frecuente], [...] al final yo creo que colaboras, porque luego de hecho, apareces en las memorias de lo que hace la Comunidad de Madrid y el Ayuntamiento; ¿pero, cómo que lo hace la Comunidad de Madrid?»” (G8).

Así pues, el Estado parte de la percepción del voluntariado fundamentalmente como recurso, que debe ver potenciada su eficacia —medida ésta crecientemente desde una racionalidad económica—. Se busca el loado “efecto multiplicador” (Gladstone, 1979: 119) de la acción voluntaria, esto es, el hecho de que la acción voluntaria logre una mayor provisión de servicios con menos recursos (ibídem). Como indica Rodríguez Cabrero (1999: 23) “...no hay que minusvalorar el hecho de que el auge del sector voluntario se basa en la descentralización de la gestión por parte de las administraciones públicas para abaratar costes y reducir la carga burocrática”. Por su parte, Alayón (1989), va aún más allá en su argumentación, y aunque en este caso se refiera de manera más amplia al trabajo comunitario, su reflexión es perfectamente aplicable al nuevo voluntariado: “...el trabajo comunitario sirve para extender la acción del Estado en forma gratuita. El Estado conserva la iniciativa y el poder de diseñar los planes de acción. Se apropia del trabajo comunitario conservando para sí el crédito político y el control social a través de una clientela de organizaciones de base” (Alayón, ibíd.: 86).

Una vinculación de tipo instrumental entre Estado y sector voluntario⁶⁰ es necesario correlato de una estrategia política de fomento, centrada en la *hiperregulación y el control del segmento voluntario* reflejados en una fuerte inflación normativa. Esta estrategia somete a la acción estatal a una profunda ambivalencia, dado que ese tipo de fomento disuelve la ‘esencia’, de aquello que pretende —al menos formalmente— fomentar: la *libre* participación social⁶¹. Paradójicamente las ‘llamadas’ a la libre participación están teñidas habitualmente de un fuerte intervencionismo. Al respecto, Beck (2000: 141), reflexiona acerca de las “paradojas de la espontaneidad organizada: cualquier intento por fomentar entre la gente la felicidad de la responsabilidad y solidaridad organizadas mediante ordenanzas y decretos oficiales [...] acaba siendo contraproducente. Cuanta más espontaneidad y responsabilidad social se prescribe, más trabas encuentran éstas”. Aproximadamente durante los últimos quince años, ha existido una creciente presión ejercida al unísono por diversos actores, favorable a una progresiva regulación del voluntariado en concreto y el tercer sector en su conjunto. Tanto el Estado, como las en-

⁶⁰ Es justo señalar que el vínculo instrumental no es unidireccional, sino que muestra una perfecta y perversa *bidireccionalidad*; las entidades voluntarias, también se acercan instrumentalmente a la administración (desde el punto de vista organizativo: buscando la pervivencia y el crecimiento). Y en general, aunque ciertas entidades voluntarias, elaboran críticas al ‘intervencionismo’ estatal, en la gran mayoría de los casos su posición resulta fundamentalmente ‘estética’, en cuanto se someten funcionalmente a los designios del Estado. Así las críticas ‘discursivas’ se desactivan inmediatamente a través de la ‘práctica’.

⁶¹ En ese sentido se expresa por ejemplo el CONSELL NACIONAL DE LA JOVENTUT DE CATALUNYA (cfr. A MADRID, 1999: 85): “la potenciación de un voluntariado institucional, entendido como aquellos servicios que, mediante personas voluntarias, los poderes públicos ofrecen directamente a la ciudadanía en forma de propuestas concretas, sin dejar margen alguno para su deliberación, planificación o control, debilitan el tejido asociativo, en la medida en que establecen una relación jerárquica y poco democrática. Este voluntariado institucional transmite una idea preferente del ciudadano como cliente-consumidor y no como un miembro activo de la comunidad”.

tidades voluntarias —aunque defendiendo éstas modelos y niveles de regulación no necesariamente congruentes entre sí—, e incluso los propios voluntarios/as, han generado o buscado —dependiendo del actor que consideremos— un acomodo legislativo y normativo al voluntariado, un mayor amparo político y una creciente financiación pública. Finalmente, la progresiva regulación del sector, ha conducido a las entidades voluntarias a ocupar una posición fuertemente ambivalente y en muchas ocasiones débil frente al Estado. Así, finalmente, el fuerte intervencionismo y “la institucionalización oficial del voluntariado ha contribuido al desarrollo de lo que podríamos llamar formas de participación sin poder” (García Inda, 2001: 161), en otras palabras, una “participación domesticada” (Romero, 2001: 153), o “una ciudadanía débil, en la que la participación en acciones de voluntariado no permite acceder a los centros de decisión, sino que aleja a las organizaciones de voluntariado y a los voluntarios de los mismos” (Susín, 2001: 266).

Esa perversa ‘domesticación’, que deriva del control ejercido por el Estado a través de diversas fórmulas de regulación, fomento y financiación, implica sobre todo la pérdida de capacidad reivindicativa⁶², encontrándonos ante un voluntariado mucho más funcional y menos incómodo para la administración. Esta es la argumentación de Susín (ibíd.) al señalar que “el Estado, regulando sobre el voluntariado, normalizándolo, lo haría suyo, se apropiaría de él y anularía las potencialidades transformadoras y críticas que le son propias”. Pero no debemos hacer una lectura simplista de la situación, absolutizando la capacidad de estructuración, control y presión estatal. Frecuentemente, entre las entidades voluntarias, encontramos una marcada estrategia de responsabilización exclusiva del Estado (de ‘lanzar balones fuera’). La desactivación reivindicativa, la pérdida de capacidad ‘subversiva’ (relacionada con de la disponibilidad de *poder real*), no depende únicamente de la intervención del Estado, sino que también deriva de las dinámicas propias —internas— del sector. Pocas entidades rechazan o deciden prescindir —o limitan su dependencia— del ‘colchón’ estatal (que funciona simultáneamente como ‘camisa de fuerza’). La aproximación ‘pragmática’ y dependiente dominante, tiene sus consecuencias, y no permite una desresponsabilización ingenua desde dentro del sector voluntario. La ‘desactivación’ de la participación no depende únicamente de las estrategias del Estado (aunque se muestren poderosas); la estructura organizativa y las

⁶² AZÚA (1989: 60), por su parte vincula la liquidación de la capacidad reivindicativa de las entidades voluntarias a su dependencia económica. Está claro, que tanto regulación como financiación son elementos integrados en una misma lógica de intervención. Es interesante constatar que en las elaboraciones estatales encontramos excepcionalmente cierto reconocimiento a la dimensión reivindicativa del sector voluntario, aquella que le haría funcionar como verdadero contrapoder (en función de la base social) con respecto al Estado. Por ejemplo, en el *II Plan del Voluntariado* (2001-2004) se indica que “...la mayor presencia de las ONG en los medios de comunicación social de carácter general, como radio, prensa y televisión, constituye un elemento imprescindible en la configuración de una nueva imagen social de las ONG, pues también ha de contribuir a su conocimiento e identificación, así como al refuerzo de sus notas críticas y reivindicativas” (MTAS, 2001: 23).

estrategias de gestión de las entidades, la ‘naturaleza’ crecientemente instrumental e individual de la acción voluntaria, el perfil bajo de la orientación ideológica dominante, y una estructura motivacional del voluntariado progresivamente individualista y utilitaria, parecen explicar también la tendencia que, por tanto, también se construye desde dentro del sector.

En el caso español, la regulación legal del voluntariado, ha venido acompañada por la creación de estructuras administrativas especializadas —a nivel estatal, autonómico, y local—, y la elaboración de dos sucesivos planes de voluntariado de ámbito estatal —y alguno más autonómico— centrados en su promoción. La actual ‘edición’ del plan del voluntariado cuenta con un presupuesto muy superior a los 30,6 millones de euros (5.100 millones de pesetas) invertidos en el primer Plan (1997-2000), lo cual confirma la creciente opción por el voluntariado como fuente de servicios sociales. Así, el vigente II Plan de Voluntariado (2001-2004), elaborado por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, compromete una dotación presupuestaria que se sitúa —dependiendo de la fuente consultada— entre los 51,1 millones de euros (8.500 millones de pesetas), suponiendo un incremento de un 66% con respecto al primero⁶³, y los 57,5 millones de euros (9.575 millones de pesetas), lo que supondría un incrementado porcentual de una 87,74% respecto al anterior⁶⁴. Las diferencias pueden deberse a que la segunda estimación, incluye aparte de la inversión de los departamentos ministeriales implicados, la financiación de las comunidades autónomas y entidades voluntarias. Así pues, no sólo crece la financiación pública de las entidades, sino que se refuerza financieramente la promoción del voluntariado. La apuesta estatal por el voluntariado se muestra especialmente nítida en estas cifras (cuyo incremento porcentual, muy probablemente, no tenga parangón en el resto de partidas de política social), inversión encaminada no a desarrollar servicios, sino simplemente a potenciar que la ciudadanía los desarrolle ‘libremente’ —aunque bajo una tenaz supervisión—.

Consideremos ahora brevemente el discurso formal del Estado con respecto al voluntariado. Está clara la existencia de un ‘doble lenguaje’ fuertemente disonante. En cuanto a los principios generales contenidos en fundamentaciones, exposiciones de motivos, declaraciones preliminares, etcétera, observamos recurrentemente la referencia a la participación como un valor en sí misma —concepción que se erige en verdadero tópico, y se identifica con lo ‘políticamente correcto’—, pero, tras los principios generales y abstractos, aparece sistemáticamente la instrumentalización del voluntariado, el valor de éste se restringe a su disponibilidad como recurso. Así, la participación y el fortalecimiento del ‘tejido social’, pasan a ser simples medios⁶⁵. Es por ello que pode-

⁶³ Según datos aparecidos en el diario *El País*.

⁶⁴ Datos contenidos en la revista *Voluntarios de Madrid* (julio-agosto 2001).

⁶⁵ Un claro ejemplo de la ambigüedad formal del discurso estatal lo encontramos en el siguiente pasaje del Balance del primer plan del voluntariado: “...el Plan ha contribuido a la organización y sistematiza-

mos afirmar con Alayón (1989: 82) que “...las convocatorias al incentivo de la participación social, suelen enmascarar los objetivos profundos que orientan la propuesta”; esto es especialmente cierto en el caso del Estado, pero lo es también frecuentemente en el sector más corporativo de las entidades voluntarias.

En los textos elaborados desde la administración, sin embargo, se defiende que el modelo de regulación del voluntariado del Estado no es intervencionista, se trataría más de habilitar que de regular, de abrir posibilidades al ciudadano más que de delimitar y restringir ‘camino’ a recorrer⁶⁶. Así, se defiende —en concreto con respecto a la elaboración de la ley estatal del voluntariado— que “el objetivo no es otro que el de garantizar la libertad de los ciudadanos para realizar su actividad voluntaria en la organización que mejor se acomode a sus propias inquietudes o principios, y al mismo tiempo, evitar cualquier burocratización del voluntariado...” (MTAS, 2002: 13). Lógicamente, la intervención del Estado consigue todo lo contrario; resulta evidente la tendencia burocratizadora que viene afectando progresivamente al sector voluntario a lo largo de los últimos años. Lejos de limitar las tendencias burocráticas, la administración exporta su lógica. Nunca estuvieron tan pautadas las posibilidades participativas para el sujeto. En el mismo texto del Balance, podemos encontrar reflejado el elemento central la estrategia estatal. Cuando se habla del primer Plan del voluntariado, se afirma que éste estaba “encaminado a reforzar el tejido asociativo español, proporcionando a las ONG los medios económicos, técnicos y personales necesarios para la realización de su labor” (MTAS, 2002: 16). Más clara aún es la opción del II Plan del Voluntariado en su apuesta por “el apoyo a las organizaciones de voluntariado para reforzar sus estructuras y recursos, de modo que *presten al máximo su potencialidad en la prestación de servicios*, dando respuestas innovadoras a los problemas sociales, y afianzando el compromiso ciudadano en la creación de riqueza y bienestar para toda la sociedad (MTAS, 2001: 17)⁶⁷. Aquí sí se destapa la orientación instrumental, cuando se confunde y reduce el fortalecimiento del tejido asociativo con la dimensión de prestación de servicios. De esta manera, se hace especial hincapié en la realización de una *labor* funcional para el Estado. No se trata de potenciar la ‘simple’ participación, sino de que voluntarios/as y entidades hagan lo que

ción de los programas de *gestión* del voluntariado [...] y a la vigorización de valores y principios eminentemente *participativos* dentro de las estructuras y los procesos de funcionamiento de las ONG” (MTAS, 2002: 60). [La cursiva es nuestra]

⁶⁶ Sólo en ocasiones se recogen —aunque sin aceptarlas— las críticas al intervencionismo estatal. En el balance se apunta que “algunas Comunidades Autónomas todavía perciben una actitud de recelo por parte de ciertas organizaciones hacia las distintas Administraciones involucradas en el campo del voluntariado. La actuación de la Administración se juzga, en algunos casos, como intervencionista y de control, centrando fundamentalmente su apoyo en la concesión anual de subvenciones, sin que se aprecie una participación más acorde con las necesidades del sector” (MTAS, 2002: 51). Tan sólo se señala la crítica de una manera un tanto indirecta y retórica, y en ningún caso se aborda y rebate.

⁶⁷ La cursiva es nuestra.

el Estado entiende que deben hacer, a la postre, desarrollar servicios bajo su tutela. En realidad, encontraríamos un tutelaje férreo que se ‘camufla’ de fomento abierto.

Es interesante observar que en el texto del Balance, la valoración del éxito del primer Plan del voluntariado (*vid.* MTAS, 2002: 44-46 y 59) —y por extensión de la estrategia estatal de fomento del voluntariado—, se concentra alrededor de su contribución a la *gestión* —tanto desde una perspectiva micro como macro— del voluntariado. A un nivel macro, se estima como especialmente positiva la “...creación de estructuras administrativas especializadas” (MTAS, 2002: 37), y en relación con la gestión micro del voluntariado —de los voluntarios/as en el seno de las entidades—, se estima que el primer Plan del voluntariado “...ha ayudado a una mejora en la organización del trabajo que en la propia entidad se lleva a cabo con el voluntariado [...] lo que ha redundado en una mejor consideración de los propios voluntarios en la jerarquía de la ONG. En numerosas ocasiones, este cambio se ha manifestado en el traslado de las funciones de dirección del personal voluntario a un departamento de gestión de recursos humanos, con competencia respecto al personal voluntario y profesional” (MTAS, 2002: 46-47). La equiparación del personal asalariado y voluntario, la preocupación exclusiva por la organización funcional del trabajo, y la elusión y denegación de la dimensión participativa del voluntariado y, por extensión, de las entidades, resultan especialmente ilustrativas con respecto al modelo estatal de voluntariado. Además, la conceptualización de la acción voluntaria en términos de trabajo —aun siendo absolutamente ortodoxa—, refleja en este caso una clara deriva productivista, relacionada con la preocupación con respecto al desarrollo de servicios. Y la opción por la gestión y dirección de recursos humanos, se sitúa como modelo organizativo en las antípodas de una dinámica y estructura abierta y participativa —en el extremo asamblearia— tradicionalmente ligada a la realidad asociativa⁶⁸. En definitiva, la elección terminológica reflejaría un óptimo que pasaría por la progresiva asimilación del sector voluntario a una estructura empresarizada, garante de un trabajo eficaz. Tal estructuración de las entidades, favorecería una estructura motivacional del voluntariado progresivamente utilitarista.

La defensa y valoración positiva que hace el Estado de su estrategia reguladora y de fomento del voluntariado, se fundamenta en el hincapié que se hace sobre su planteamiento participativo, abierto y consensual. No se trataría —según la administra-

⁶⁸ No obstante, este tipo de política de fomento centrada en la gestión, la reclamada por una parte importante de las organizaciones voluntarias —que la juzga todavía insuficiente en su intensidad—. Así en la entrevista G7 se nos dice: “a lo mejor, a veces es esto lo que se echa en falta, que desde la propia administración se impartan cursos para directivos de asociaciones, un poco para enseñar a la gente pues... que tienes hacer como presidente”. Lejos de una formación ‘asociativa’ (que desde otro punto de vista, no tendría sentido reclamar a la administración, sino a las propias asociaciones), lo que se pide es una formación ‘gerencial’ dirigida hacia la administración de los recursos y la racionalización organizativa desde una perspectiva empresarial. Nos encontramos con una clara —y preocupante— reducción de lo participativo/asociativo a lo corporativo.

ción— de una estrategia diseñada y desarrollada de espaldas al sector asociativo, sino de todo lo contrario. Desde ahí, se pretende desmontar la crítica que se realiza, frecuentemente, desde ciertas entidades con respecto al fuerte intervencionismo y control ejercido por el Estado. Así, se afirma que todas las actuaciones de los poderes públicos “deben llevarse a cabo teniendo como punto de referencia a los voluntarios y las entidades donde éstos se integran, así como el respeto a la independencia al sector asociativo, manteniendo la actuación de los poderes públicos en términos de subsidiariedad” (MTAS, 2002: 13). Según el Estado, no es ésta una aspiración ideal, sino una realidad consolidada. De ahí que se conciba el propio “...balance del Plan Estatal del Voluntariado, como un informe participativo, abierto y completo” (MTAS, 2002: 66)⁶⁹. Es innegable una moderada apertura *consultiva* a cierto sector de las organizaciones voluntarias, pero, en ningún caso tal apertura implica una co-elaboración de las estrategias. Por otro lado, hemos de recordar que la llamada ‘a consultas’ afecta sobremanera a las grandes entidades, las de perfil más corporativo, las más afines a la administración, aquéllas que suelen identificarse más profundamente con un modelo de voluntariado prestador de servicios y que, finalmente, más se benefician de la financiación estatal.⁷⁰

Para finalizar, resulta interesante señalar que la promoción del voluntariado por parte del Estado aparece con frecuencia fundamentada a través del enormemente ambiguo (Marcos Sanz y Álvarez Prieto, 1989: 114) y problemático *principio de subsidiariedad*⁷¹,

⁶⁹ Más prolija es la exposición que se hace del proceso ‘participativo’ —aunque en su descripción parezca más un protocolo técnico— de elaboración del II Plan (*vid.* MTAS, 2001: 17): “A finales del año 2000 y en paralelo a la redacción del Balance del I Plan, se comenzó el trayecto de contactos y reuniones con entidades significativas, ONG de acción social que estaban participando en la valoración del Plan 1997-2000, Departamentos Ministeriales, Comunidades Autónomas, Universidades, y la Federación Española de Municipios y Provincias, y se les fue enviando un pequeño cuestionario sobre las principales líneas estratégicas que habrían de guiar la redacción del Plan 2001-2004. En el mismo se les solicitaban sugerencias y aportaciones para la elaboración de las nuevas actuaciones y áreas. Además, se solicitó el asesoramiento de personas e instituciones con experiencia en análisis sociológico, con el fin de que pudieran dar ideas y propuestas novedosas que enriquecieran y dieran actualidad al borrador del Plan. Con todo el material reunido, la Dirección General de Acción Social, del Menor y de la Familia, del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, que ha actuado como coordinadora en la redacción, ejecución y evaluación del Plan Estatal, comenzó a trabajar en el nuevo Plan al inicio del año 2001. El borrador fue presentado a las Organizaciones no Gubernamentales de Acción Social convocadas para su valoración; a la Comisión Técnica Interministerial compuesta por los Departamentos que, en virtud de sus competencias, se encuentran implicados en la materia [...]; la Federación de Española de Municipios y Provincias; y la Comisión de seguimiento del Plan...” (MTAS, 2001: 17).

⁷⁰ Desde las pequeñas asociaciones se articula una crítica la respecto; veamos una cita extraída de una de nuestras entrevistas. “La administración [...] tiene un interés en que no haya muchas entidades, pocas pero muy grandes ¿no?, ¿por qué? porque son más fácil de... de dirigir. [...] La administración busca, pues las entidades que tienen capacidad de gestión: pues Cruz Roja, siempre interesa que esté Cruz Roja por ahí, que esté Cáritas, porque son ya... grandes... grandes empresas ¿sabes? Si se dedicaran al textil competirían con el Corte Inglés, estoy seguro” (V17).

⁷¹ Los orígenes directos del principio de subsidiariedad se derivan de la doctrina de la iglesia católica (BREÑA, 1997: 6). La formulación ‘de referencia’ del *principio de subsidiariedad* se halla incluida en la encíclica *Quadragesimo Anno* de Pío XI, de 1931 —si bien, su antecedente se halla en la encíclica *Rerum novarum* de LEÓN XIII (NASARRE, 1993: 11)— que versa como sigue: “Del mismo modo que es ilícito quitar, arrebatar a los individuos la iniciativa de lo que ellos pueden llevar a cabo mediante la fuerza y

al insistir en la necesidad de mantener “la intervención del Estado en el marco de la subsidiariedad” (MTAS, 2002: 54). El ‘principio de subsidiariedad’ se presta a dos principales interpretaciones: descendente y ascendente⁷²: “de arriba abajo (dónde debe detenerse el Estado para no invadir el ámbito en que instancias inferiores tienen capacidad para actuar) y de abajo arriba (dónde debe comenzar su actuación para suplir lo que las instancias interiores no son capaces de realizar” (Camacho, cfr. Nasarre, 1993: 14). Hoy en día tiende a privilegiarse su interpretación descendente, esto es, como “principio de la mínima interferencia” (Breña, 1997: 16). A eso se refiere el Estado cuando invoca al voluntariado a través de este principio.

la capacidad propia, para confiárselo a la comunidad, así es ilícito e injusto trasladar a una mayor y más alta sociedad lo que se puede hacer desde las comunidades menores. Y ello supone, a la vez, un grave daño y un viraje total del recto orden de la sociedad, porque el objeto natural de cualquier intervención de la sociedad misma es el de ayudar, de manera supletoria (*subsidium afferre*) a los miembros del cuerpo social, y no destruirlos ni absorberlos” (cfr. VELASCO, 1995: 45). Otro fragmento complementario de la misma encíclica lo encontramos reproducido en GARCÍA INDA (1999: 49): “Conviene que la suprema autoridad del Estado permita resolver a las asociaciones inferiores aquellos asuntos y cuidados de menor importancia, en los cuales, por lo demás, perdería mucho tiempo, con lo cual lograría realizar más libre, más firme y más eficazmente todo aquello que es de su exclusiva competencia, en cuanto que sólo él puede realizar, dirigiendo, vigilando, urgiendo y castigando, según el caso requiera y la necesidad exija. Por lo tanto, tengan muy presente los gobernantes que, mientras más vigorosamente reine, salvando este principio de función *subsidiaria*, el orden jerárquico entre las diversas asociaciones, tanto más firme será no sólo la autoridad, sino también la eficiencia social, y tanto más feliz y próspero el estado de la nación”. El concepto de subsidiariedad en el marco de la doctrina social de la iglesia católica ha demostrado su ambigüedad, y en tal sentido ha sido reformulado —tras la *Quadragesimo anno*— por sucesivos pontífices, en direcciones divergentes. Juan XXIII, en la encíclica *Mater et magistra*, se muestra más proclive a la intervención estatal: una “acción del Estado, que fomenta, estimula, ordena, suple y completa, está fundamentada en el principio de la función *subsidiaria*”. Por su parte, Juan Pablo II, en la encíclica *Centesimus annus*, se afana en remarcar que los necesarios límites a la actividad estatal: “la sociabilidad del hombre no se agota en el Estado, sino que se realiza en diversos grupos intermedios” (para una revisión de estas reelaboraciones, *vid.* NASARRE, 1993: 13-16).

⁷² En el trabajo de BREÑA (1997) se recogen estas dos interpretaciones del concepto derivadas de posiciones democristianas, basadas en la doctrina social de la Iglesia Católica (recelosa de la intervención estatal indiscriminada, si bien admitiéndola cuando la justicia distributiva o la solidaridad están en cuestión) y la de los Länder alemanes (federalista/descentralizadora, y carente de las connotaciones morales y dinámicas que prevalecerían en la visión democrata-cristiana).

CAPÍTULO 12

TENDENCIAS EN EL DESARROLLO DEL VOLUNTARIADO

Aprovecharemos este último capítulo para recapitular algunos de los argumentos principales que hemos manejado a lo largo del texto, proyectándolos hacia el futuro. Creemos que los rasgos atribuidos al ‘nuevo voluntariado’ pueden ser entendidos como tendencias relativamente ‘novedosas’, y que, por tanto, es probable que se proyecten hacia el futuro próximo (consolidándose). A pesar de ello, no ocultamos el carácter especulativo¹ que toman estas líneas. A la hora de proyectar en el tiempo el siempre precario —por definición— conocimiento social, debemos hacer hincapié en el término ‘posibles’ tendencias. Si resulta enormemente dificultoso elaborar un diagnóstico sociológico acerca de la realidad presente del voluntariado —respecto a la cual podemos encontrar interpretaciones diametralmente opuestas— por la complejidad de su identidad social, mucho más difícil es perfilar las líneas de su evolución futura. Por eso, es aquí donde el carácter ensayístico del texto se hace más claro.

A la hora de afrontar una prognosis social, nos hallamos ante una difícil disyuntiva. Es evidente, como defiende Horkheimer (1990: 43), que la posibilidad de prever es la piedra de toque para cualquier ciencia de lo real, y por ello, que “...la meta de la ciencia es el conocimiento de procesos a los cuales está necesariamente ligada la dimensión del futuro” (ibíd.: 44). Pero, desde otra perspectiva, Bourdieu, *et al.* (1987: 43) nos advierten con vehemencia que el sociólogo “debe ahogar en sí mismo el profeta social que el público le pide encarnar”. Pisamos un terreno enormemente resbaladizo, en el que es necesario, en la medida de lo posible mantener un precario y al mismo tiempo pruden-

¹ Si bien, aspiramos a la acepción que define ‘especular’ en términos de “meditar, reflexionar con hondura, teorizar”, y al mismo tiempo, rehuimos de su sentido más frecuentemente utilizado: “perderse en sutilezas o hipótesis sin base real” (*vid.* diccionario de la RAE).

te equilibrio. Finalmente, habiendo resuelto arriesgar un pronóstico, queremos señalar, de nuevo siguiendo a Horkheimer (ibíd.: 44), que el ‘éxito’ de la previsión no depende “...sólo del tino y habilidad de los sociólogos, sino también de la estructura de las relaciones sociales de su época”. Y en ese sentido, la complejidad de la realidad analizada nos complica sobremanera la tarea.

El actual proceso de reestructuración de los Estados de Bienestar, y la opción por políticas económicas encaminadas al ‘déficit cero’, seguirán marcando la ‘buena suerte’ del voluntariado durante los próximos años —al menos desde un punto de vista económico y promocional—. La administración mantendrá —previsiblemente— como objetivo prioritario, dentro de las políticas de ‘asuntos sociales’, la estrategia de diversificación de la prestación de servicios, y en tal dirección, proseguirá con la potenciación (económica y normativa) del tercer sector y del voluntariado en particular (paralelamente a la mayor presencia del sector privado mercantil). No obstante, tal situación no debiera ser celebrada de manera irreflexiva, dado que tal política ha implicado, e implicará, una creciente instrumentalización y control del voluntariado —su reducción a mero recurso en la prestación de servicios—, y el paralelo debilitamiento de otras formas de participación social. Así pues, el panorama no se presenta tan halagüeño como pudiera parecer *a priori*, aunque ciertas entidades voluntarias (las de perfil más corporativo) sean, en términos generales, las grandes beneficiadas desde un punto de vista organizativo. Queda por otro lado, constatar si estas políticas activas pro-voluntariado, consiguen elevar los bajos niveles de participación social, máxime cuando, tras la euforia de mediados de los noventa, la participación voluntaria pareciera —utilizando términos asépticos— haberse ‘estabilizado’ (ciertos elementos de nuestro análisis cualitativo apuntarían en tal dirección). Así pues, compartimos la visión de Ariel Jerez (1999: 122) cuando pone de manifiesto “la actual dinámica paradójica del tercer sector: si no logra inyectar energía participativa en la consecución de su propia autonomía, morirá de éxito. Si sigue expandiéndose y asumiendo nuevas actividades prestadoras de servicios al calor del auge del voluntariado y del mediáticamente amplificado discurso de la solidaridad, se verá abocado a perder su propia identidad bajo dependencias que acercarán la participación al simulacro, esterilizándolas en su potencial transformador”.

También es importante señalar que de manera simultánea al debilitamiento del perfil político (desde un punto de vista formal) de gran parte de las entidades voluntarias, y de manera aparentemente paradójica, éstas “...han adquirido una dimensión política insoslayable. Son poderes emergentes y agentes que expresan la configuración socio-política de la sociedad actual” (Madrid, 1999: 78)². Ese aumento de poder —que se

² Otros textos que inciden en la ‘recuperación’ de la dimensión política en el análisis de las entidades voluntarias y el voluntariado son respectivamente REVILLA (2002) y GARCÍA ROCA (2001). REVILLA (ibíd.: 17) defiende los “significados políticos” de la acción de las entidades voluntarias y advierte (ibíd.: 16) que “hasta ahora, las organizaciones han reclamado su carácter social; su relación con la política ha sido fundamentalmente para negar la existencia de una relación [...], llegando en muchas oca-

acentuará previsiblemente durante los próximos años—, no obstante, se proyecta de manera crecientemente confluyente con el estatal. El poder político detentado por las entidades voluntarias se aleja de la movilización de energías utópicas³ y de transformación, concentrándose en una dimensión crecientemente pragmática.

Pasemos a exponer, de manera sintética, las posibles tendencias de desarrollo futuro (pero que se proyectan desde el presente) que atribuimos al voluntariado. Tendencias que necesariamente afectarán al tercer sector en su conjunto:

- Consolidación del voluntariado como ‘núcleo duro’ de la participación social. Culminación del que hemos denominado como vector de *colonización* del voluntariado, asociado a una *reducción homogeneizadora del universo participativo*. Ello implicaría el debilitamiento paralelo de otras formas de participación, crecientemente marginales, e incluso, en algunos casos, estigmatizadas socialmente.
- *Individuación* creciente del modelo de acción e intervención social asociado al voluntariado. Progresiva sustitución del modelo grupal (caracterizado por interacciones recíprocas duraderas en el tiempo, asociado a una ‘cultura’ compartida y a una conciencia de pertenencia, etc.), por el *modelo de agregación* (caracterizado por la simple coordinación funcional de conductas individuales). Debilitamiento de la acción colectiva como cauce de participación social (que paradójicamente se tornaría en una participación social individualizada).
- Progresiva marginalidad en el proceso motivacional del voluntario/a de la orientación social, y subsiguiente centralidad en tal proceso de la *orientación individualista* (en sus variantes expresiva y utilitaria). El marco de referencia de la acción (y de reflexión) se circunscribe a la relación entre el voluntario y el receptor; el resultado de la acción voluntaria se valora en función de las consecuencias personales para ambos. Tal hecho implicaría un voluntariado social poco social en sus planteamientos, poco preocupado por la intervención a nivel supraindividual, concentrado —autolimitado— en la consecución de la transformación personal, y no en la transformación social (que como se recoge en nuestras entrevistas a voluntarios/as sólo sería posible promover ‘desde arriba’: por el Estado).

siones a presentarse como organizaciones apolíticas”. Así, las entidades buscan presentar los problemas como ‘objetivos’, y por tanto, no sujetos a interpretación político-ideológica (ibíd.). Finalmente la autora apunta que “el desprestigio de la política institucional y de los partidos políticos y el supuesto «fin de las ideologías» son el contexto coherente en el que se lleva a la práctica el intencionado alejamiento de la política (ibíd.). Por su parte, GARCÍA ROCA (ibíd.:9) denuncia que “el pensamiento culturalmente correcto está interesado en presentar la realidad del voluntariado como el lugar ideal para pronunciar la disolución de la política y como un espacio donde se neutralizan las ideologías”.

³ En relación con el análisis del ‘agotamiento de las energías utópicas’, la referencia es HABERMAS (1994: 113-134).

- Estrechamente vinculado al anterior punto, encontraríamos la perpetuación de un voluntariado de *bajo perfil político* (promovido tanto por la administración como por las propias entidades voluntarias), que no apolítico —pese a la progresiva reivindicación de esta etiqueta por parte de los voluntarios/as—. Se trata de un voluntariado en el que domina —y se fortalece— el perfil colaborador con los poderes públicos, y se diluye la dimensión reivindicativa (en ese sentido, es funcionalmente conservador).
- Trascendiendo la consideración del voluntariado como colectivo, y considerando el marco organizativo, es previsible que se produzca un progresivo *proceso de 'oligopolización'* que afectaría a las entidades voluntarias. Tal proceso, no implicaría tanto la desaparición de entidades —puede que se produzca a pequeña escala, aunque será difícil evaluarlo cuantitativamente—, como la concentración de gran parte de los recursos económicos y humanos (voluntarios y profesionales), de los programas, y en definitiva del 'poder' del sector, en unas pocas entidades (produciéndose parcialmente una especialización sectorial: a parte de las organizaciones universalistas —presentes en todos o la mayoría de los sectores de intervención—, algunas organizaciones ocuparían una posición privilegiada en un único sector). En definitiva, cada vez menos entidades desarrollarían un volumen mayor de programas y servicios. Este proceso de 'oligopolización' se verá favorecido por la intervención estatal, dado que ésta tiende a confiar cada vez más en las 'grandes' entidades para el desarrollo de proyectos y programas (lo que implica un mayor volumen de financiación pública, privilegios en la concesión de contratos-programa, etc.), y las privilegia como interlocutores sociales. La dinámica crecientemente *competitiva* entre las entidades voluntarias facilitará también el proceso. Tal transformación del marco organizativo, acentuaría otra serie de rasgos:
 - ✓ Produciría una creciente *homogeneización* del sector voluntario, e implicaría un progresivo debilitamiento del pequeño asociacionismo. Así, las pequeñas asociaciones ocuparán una posición más marginal, con un impacto menor a todos los niveles (a no ser que se configuren como redes⁴).
 - ✓ Observaríamos la transformación de las estrategias 'políticas' (proyectadas hacia el medio social exterior) de las entidades, en simples *políticas internas de gestión (instrumental)* de recursos humanos y económicos. Se produciría una intensificación

⁴ Entendiendo 'red' en el sentido de articulación reticular —que implica consolidación y potenciación *social*— de los objetivos, estrategias, recursos, etc. de distintas entidades, y por tanto, rehuendo de la 'reducción informacional' al uso, —más concretamente informática— que identifica, reduce y confunde la existencia de redes de entidades voluntarias, al intercambio de mensajes entre entidades a través del correo electrónico y el fomento en Internet de servidores, 'portales' o páginas *web* 'compartidas'.

del perfil empresarial y tecnocrático, aparejado al fortalecimiento de la autopreservación organizativa como objetivo central.

- ✓ Tendencia a la nula participación —en otros casos, participación de carácter epidérmico, formal pero no real— de los voluntarios/as en la planificación estratégica de la organización y en el proceso de toma de decisiones (el colectivo de voluntarios/as ocuparía una posición descentrada y ambigua desde el punto de vista de la pertenencia plena). Tal situación apuntaría a un *debilitamiento severo de la estructuración democrática* de las entidades (problema especialmente serio si consideramos el objetivo de profundizar la democracia participativa).
- ✓ Constaríamos la reducción del voluntariado —en términos generales— a estricta *fuerza de trabajo*. En tal contexto, encontraríamos una creciente insistencia en la formación técnica del voluntario/a, y una progresiva irrelevancia del compromiso personal (de carácter ideológico y/o ético) con la entidad o el proyecto. En términos generales, tales rasgos contribuirían a profundizar la *profesionalización funcional* del voluntariado.
- Con respecto a las titulaciones académicas vinculadas al área social (trabajo social, psicología, pedagogía, etc.), y en función del creciente volumen de personal asalariado que será previsiblemente contratado por las entidades voluntarias, seremos testigos de la cristalización definitiva —favorecida por las políticas estatales y las prácticas del sector— del voluntariado como vía prioritaria, para los estudiantes y recién titulados, para la *adquisición de experiencia laboral* (rentabilizable en el mercado de trabajo), y como fórmula de meritaje, dentro de las entidades, para la promoción asalariada (lo que supondrá, desde una perspectiva motivacional, un necesario fortalecimiento de la orientación individualista utilitaria). Es previsible una mayor confusión funcional entre el universo de las prácticas académicas —crecientemente presentes en las entidades voluntarias— y del voluntariado (los estudiantes en prácticas y los voluntarios/as, tenderán a ocupar, en general, idénticos ‘puestos de trabajo’). El grado de *precarización laboral* de los profesionales de las entidades voluntarias seguirá permaneciendo en niveles alarmantes. Desde las instancias de gestión de las entidades, se reducirán frecuentemente las causas para la aceptación de las condiciones precarias por parte del trabajador/a, a factores de carácter vocacional (compromiso ético), lo que implicaría una opción personal absolutamente libre —cuya existencia no negamos, pero en ningún caso debe generalizarse—. Así, desde las entidades se minimizará la incidencia de las condiciones estructurales del mercado de trabajo en la aceptación de las condiciones precarias de trabajo. Y por supuesto, también se eludirá el papel activo de las propias entidades en la configuración de tal situación.
- Pese a los esfuerzos estatales para debilitar la ‘marca de edad’ del voluntariado, cuantitativamente y sobre todo simbólicamente vinculada a la juventud, la ‘universa-

lización' del voluntariado por edad, no progresará rápidamente, pudiendo ser más consecuencia de las nuevas pautas demográficas —descenso del número de jóvenes— que de un cambio de pautas participativas. La edad madura (la adultez) seguirá mostrándose, en términos generales, 'incompatible' con unos niveles de participación social elevados. Además, el acceso generalizado de los mayores al voluntariado (yendo más allá de la incorporación de las clases medias 'ilustradas' y de las mujeres mayores 'cuidadoras' de enfermos y ancianos), y sobre todo, a una *participación social activa y no tutelada* —que supere la infantilización generalizada que se hace del colectivo desde todas las instancias sociales, y trascienda su uso como simples 'acompañantes' en la mayoría de los casos—, dependerá en gran medida (aunque no sólo) de un largo proceso de 'aculturación', y de un profundo cambio en su autoconciencia (en relación a sus potencialidades personales y como colectivo), que los active socialmente. Este cambio se producirá muy probablemente a medio plazo con la llegada de nuevas cohortes de mayores, con trayectorias vitales no marcadas por la Guerra Civil y la dura Postguerra, y con un mayor acceso a la educación y la cultura.

- A medio plazo, tampoco se diluirá de manera significativa (sí levemente) la intensísima marca de género que atraviesa al voluntariado social. Seguiremos encontrando muchas más voluntarias que voluntarios. La compleja fundamentación cultural de tal hecho es evidente. Para ilustrarlo de manera explícita y simple —en ningún caso se trata de una explicación causal, sino de una situación paralela—, mientras el alumnado de las titulaciones de carácter social siga siendo mayoritariamente femenino, la tendencia permanecerá inalterable.

Pudieran parecer un tanto ficticias, e incluso quiméricas, nuestras percepciones y expectativas sobre el 'estado de salud' del voluntariado, inmersos, como estamos todavía, en un ciclo expansivo del sector, y en el marco de la generalizada idealización del denominado tercer sector. Sin embargo, el éxito cuantitativo (número de entidades, recursos económicos, volumen de voluntarios/as, etc.), no debe de ser la única variable a considerar. Lo importante es valorar la naturaleza de la participación voluntaria y sus repercusiones sociales. Y en ese caso, la realidad del voluntariado y por extensión del tercer sector (en tanto en cuanto potencialidades de profundización de la democracia participativa, de transformación social, de densificación del universo de relaciones sociales, etc.) parece ser, hoy por hoy, muy limitado. Es necesario reconocer su creciente potencial en la prestación de servicios, quizá más humanos y personalizados (en relación a sus equivalentes estatales y mercantiles), pero, al mismo tiempo, también es inexcusable insistir en que presentan un perfil crecientemente burocratizado (racionalizados organizativamente y sobre todo, económicamente).

Añadimos a continuación una serie de recomendaciones generales de carácter estratégico que pudieran moderar las tendencias estructurales señaladas. Abandonamos el diagnóstico sociológico y nos adentramos en la perspectiva prescriptiva del *‘deber ser’*:

Con respecto al Estado:

- Es necesario el desarrollo de una política global ‘facilitadora’ de cualquier tipo participación social de tipo colectivo; política general de carácter no invasivo, que debiera trascender una restringida e interesada promoción del voluntariado. Una política global favorecedora de la autonomía y diversidad, basada en una promoción no condicional.
- Abandono de un enfoque que potencia exclusivamente un tercer sector prestador de servicios (por parte de las grandes entidades), y un voluntariado exclusivamente ‘funcional’: entendido y utilizado exclusivamente como recurso.
- Evitar en cualquier caso la promoción del voluntariado y la participación social, en términos de rentabilización consciente de carácter individual: como una vía de acceso al trabajo remunerado.
- Apertura real a las iniciativas de las entidades voluntarias, eludiendo la ‘imposición’ de funciones (fundamentalmente a través de la financiación pública).ç

Con respecto a las entidades voluntarias:

- Profundización de los procesos de democracia interna, ampliado los canales participativos de los voluntarios/as a todos los niveles y fortaleciendo el papel organizativo de un voluntariado integrado por miembros de ‘pleno derecho’. Eludir identificar la gestión del voluntariado como gestión de recursos humanos, evitando una reducción del voluntario/a a mera fuerza de trabajo.
- Prevenir la profesionalización funcional del voluntariado, especialmente aquella constituida sobre el interés económico. Eliminar figuras de ‘semivoluntariado’.
- Elevación del perfil político de la entidad (en relación a su proyección social, en ningún caso restringida a simple intervención técnica). Potenciación de la gestión de ideas que orienten la intervención social. Superar el nivel de la ‘simple’ gestión de programas y voluntarios/as. No restringir la actividad a los programas potencialmente subvencionables, priorizar la intervención en función de criterios sociales y políticos.
- Potenciar la participación del voluntariado articulada colectivamente (el grupo como unidad de acción), y no como simple agregado funcional. Tratar de evitar la defini-

ción de ‘puestos’ de voluntariado como tareas estrictamente individuales. Intentar eludir, en la medida de lo posible, un modelo de acción que condene a un papel estrictamente pasivo al receptor.

- No restringir el éxito de la entidad al crecimiento, ni reducir los objetivos a la simple autopreservación.

Finalmente para concluir el capítulo, creemos importante hacer referencia a el trabajo de Beck (2000), debido a que su elaboración implica un modelo ideal sobre la participación que proyecta hacia el futuro. El sociólogo alemán Ulrich Beck (2000: 137-162), ha tratado de pergeñar en un texto relativamente reciente un nuevo marco — alternativo— para la participación social. Beck propone lo que denomina *trabajo cívico*, realidad muy alejada de las coordenadas ocupadas por el actual voluntariado, dado que, en palabras del autor, “no es un parche institucionalizado de las negligencias estatales” (ibíd.: 140). Este modelo ideal se constituiría al mismo tiempo en modelo alternativo a la actual sociedad laboral, puesto que permitiría, según Beck, escapar al mercado (ibíd.: 138), y con ello, supondría un quiebro a la tiranía de un trabajo fuertemente precarizado, al asegurar unos mínimos recursos y una seguridad económica a largo plazo (percepción de pensiones, etc.). Pero no sólo eso, el trabajo cívico surge junto al trabajo convencional como “una fuente de actividad y de identidad alternativa que no sólo satisface las necesidades de los humanos, sino que, además, funda la cohesión de la sociedad individualizada mediante la reactivación de la democracia cotidiana” (ibíd.: 139). Y aún hay más, “gracias al trabajo cívico, ya no es sólo el mercado laboral, sino también la propia vida política (inclusión mediante el trabajo cívico) la que integra al individuo en la sociedad, al tiempo que le proporciona seguridad material (limitada), prestigio e identidad” (ibíd.: 154).

Con respecto al espacio de acción del trabajo cívico, sí encontramos una cierta superposición con el ámbito del voluntariado (en especial del voluntariado social), si bien, el trabajo cívico no parece adoptar como modelo la simple prestación de servicios —tomaría la forma de verdadero movimiento social, aunque el autor germano no habla en tales términos—. Según Beck, el trabajo cívico se ubica “...allí donde existen problemas y saltan chispas y también donde hay un margen para la crítica y la protesta. Se interesa por asuntos que suelen ser desdeñados, falseados o silenciados por las autoridades de turno. Se alienta particularmente el trabajo cívico con los derechos civiles de las minorías y marginados” (ibíd.: 139-140). De ahí que Beck se refiera al trabajo cívico en términos de “insumisión organizada y creativa” (ibíd.: 142), resaltando que “con el trabajo cívico [...] la desobediencia creativa se gana un lugar socialmente reconocido en el campo de la actividad y la experimentación” (ibíd. 140). De lo así expuesto, se deduce que, aunque el trabajo cívico está amparado por el Estado (también económicamente), lo que lo sitúa en una posición estructural análoga a la del voluntariado social, tal situa-

ción no implicaría ningún tipo de supeditación en la actividad a los mandatos de los poderes públicos, ni ningún tipo de limitación en los potenciales planteamientos radicales. Lo que no resuelve Ulrich Beck de una manera satisfactoria es, cómo y por qué se llega a esa independencia funcional real. Parece indicarse que sería el propio Estado quién reconociera los beneficios de dejar manos libres a los trabajadores cívicos. En cuanto a la dimensión ideológica del trabajo cívico, Beck huye de las simplificaciones y señala su potencial diversidad: “El trabajo cívico puede ser conservador o revolucionario, o ambas cosas a la vez, o ninguna de ellas. No hay una meta evolutiva preestablecida para una sociedad políticamente libre” (ibíd.: 140).

Así, en manos de Beck, el trabajo cívico, se constituye como una verdadera panacea social, fuente de justicia, progreso, integración y solidaridad social (cohesión), si bien, como reconoce el propio sociólogo alemán, el modelo está plagado de dilemas e interrogantes (ibíd.: 140); dilemas e interrogantes que el autor no resuelve en la mayoría de los casos. Uno de los mayores problemas asociados al trabajo cívico, es que se propone un modelo de participación social globalmente remunerada⁵, y ello, desde nuestro punto de vista, podría tener un efecto perverso y contraproducente. No obstante, en términos generales se trata de una elaboración muy estimulante, en cuanto propone un marco participativo totalmente autónomo funcionalmente y con capacidad propositiva desde un punto de vista social, en otras palabras, con verdadero poder autónomo. Dejamos para otra ocasión el análisis pormenorizado del modelo, aquí sólo hemos recuperado, quizá de manera excesivamente simplista, algunas de las propuestas de Beck.

⁵ “Contrariamente al compromiso cívico, que se funda en la gratuidad, el trabajo cívico no se paga propiamente, sino que se recompensa con el dinero de los ciudadanos y de este modo es reconocido y valorado socialmente” (BECK, 2000: 138). El trabajador cívico para BECK no es un parado, sino que percibe dinero cívico por su servicio (ibíd.).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUILAR, M., LAPARRA, M., GAVIRIA, M.** (1995): *La Caña y el Pez. Informe sobre los Salarios Sociales en las Comunidades Autónomas 1989-1994*, Madrid, Fundación FOESSA.
- AGUILAR, M.^aJ.** (comp.) (1992): *Voluntariado y Acción Comunitaria*, Buenos Aires, Espacio Editorial.
- AGUIRRE, M.** (2000): “Los medios periodísticos y el espectáculo humanitario”, en ROBERTS, A. [et al.], *Los Desafíos de la Acción Humanitaria*, Barcelona, Icaria, pp. 203-226.
- ALAYÓN, N.** (1989): *Asistencia y Asistencialismo: ¿Pobres Controlados o Erradicación de la Pobreza?*, Buenos Aires, Editorial Humanitas.
- ALBARRACÍN, D., IBÁÑEZ, R., ORTÍ, M.** (1999): “La participación social de los jóvenes en un nuevo contexto laboral: en torno a la génesis en España del Tercer Sector”, en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 61-75.
- ALBERICH NISTAL, T.** (1996): “Asociacionismo y/o voluntariado”, en *Cuadernos de la Red*, núm. 4, pp. 8-10.
- ALBERICH NISTAL, T., COORDINADORA DE ASOCIACIONES CULTURALES DE MADRID (COACUM)** (1998): *Guía Fácil de Asociaciones: Manual de Gestión para la Creación, Desarrollo y Dinamización de Entidades sin Ánimo de Lucro*, Madrid, Dykinson.
- ALEMÁN BRACHO, C., GARCÉS FERRER, J.** (coords.) (1998): *Política Social*, Madrid, McGraw-Hill.
- ALEMÁN BRACHO, C., GARCÍA SERRANO, M.** (1998): “Política social e iniciativa social”, en ALEMÁN BRACHO, C., GARCÉS FERRER, J. (coords.) *Política Social*, Madrid, McGraw-Hill, pp. 507-529.
- ALEMÁN BRACHO, C., TRINIDAD REQUENA, A.** (2001): “Las actitudes solidarias en España”, en *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (Asuntos Sociales)*, núm. extraordinario (monográfico sobre voluntariado), pp. 117-131.
- ALEMÁN BRACHO, M.^aC., GARCÉS FERRER, J.** (dirs.) (1996): *Administración Social: Servicios de Bienestar Social*, Madrid, Siglo XXI Editores.
- ALFARO, M.^aE.** (1990): *La Formación del Voluntariado Social*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- ALMENAR GAY, M.^aA.** (1986): “El voluntario social”, en BERNARDO CORRAL, F. (coord.) *Conferencia Nacional sobre Voluntariado*, Madrid, Cruz Roja Española, Departamento de Información, Relaciones Públicas y Publicaciones, pp. 47-52.
- ALONSO BENITO, L.E.** (1985): “Los orígenes del consumo de masas: el significado de una transformación histórica”, en *Estudios sobre Consumo*, núm. 6, pp. 11-19.
- ALONSO BENITO, L.E.** (1994a): “La estructura social y los agentes sociales en España”, en JUÁREZ, M. (dir.) *V Informe Sociológico sobre la Situación Social en España: Sociedad para todos en el año 2000*, Madrid, Fundación FOESSA, pp. 333-366.
- ALONSO BENITO, L.E.** (1994b): “Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa”, en DELGADO, J.M., GUTIÉRREZ, J. (ed.) *Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales*, Madrid, Síntesis.
- ALONSO BENITO, L.E.** (1996a): “Nuevos movimientos sociales y asociacionismo”, en

- RODRÍGUEZ CABRERO, G., MONSERRAT CODORNIÚ, J., (dir.) *Las Entidades Voluntarias en España: Institucionalización, Estructura Económica y Desarrollo Asociativo*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, pp. 101-120.
- ALONSO BENITO, L.E. (1996b): “¿El retorno de la comunidad? Los nuevos movimientos sociales y el sector no lucrativo como formas de participación ciudadana”, en *Cuadernos de la Red*, núm. 4, pp. 17-25.
- ALONSO BENITO, L.E. (1998a): *La Mirada Cualitativa en Sociología. Una Aproximación Interpretativa*, Madrid, Fundamentos.
- ALONSO BENITO, L.E. (1998b): “Los nuevos movimientos sociales en el umbral del año 2000”, en *La España que Viene*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 111, Madrid, Cáritas Española, pp. 155-177.
- ALONSO BENITO, L.E. (1999a): *Trabajo y Ciudadanía. Estudios sobre la Crisis de la Sociedad Salarial*, Madrid, Trotta.
- ALONSO BENITO, L.E. (1999b): “La juventud en el tercer sector: redefinición del bienestar, redefinición de la ciudadanía”, en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 9-20.
- ALONSO BENITO, L.E. (2000): *Trabajo y Posmodernidad: el Empleo Débil*, Madrid, Editorial Fundamentos.
- ALONSO BENITO, L.E., CALLEJO, J. (1994): “Consumo e individualismo metodológico: una perspectiva crítica”, en *Política y Sociedad*, núm. 16, Madrid, UCM, pp. 111-134.
- ALONSO OLAIZ, E. (1990): “En torno a la terminología de la acción voluntaria”, en *Revista de Treball Social (RTS)*, núm. 120, Barcelona, Col·legi Oficial en Treball Social i Assistents Socials de Catalunya, pp. 101-105.
- ÁLVAREZ DE MON, S. (dir.) (1998): *El Tercer Sector: Retos y Propuestas para el Próximo Milenio*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- ÁLVAREZ URÍA, F., ALONSO, L.E., FERNÁNDEZ VIGUERA, B., ALONSO, J. [et al.] (1995): *Desigualdad y Pobreza Hoy*, Madrid, Talasa.
- ÁLVAREZ, J.J., AZÚA, P., BELTRÁN, J.L., CASADO, D., ESTIVILL, J., [et al.] (1989): *Organizaciones Voluntarias e Intervención Social. Estudio Aplicado en el Campo de las Toxicomanías*. Fuenlabrada (Madrid), Acebo.
- ALLAHYARI, R.A. (2000): *Visions of Charity: Volunteer Workers and Moral Community*, Berkeley, University of California Press.
- ANALISTAS FINANCIEROS INTERNACIONALES (PERELLI, O., CIMADEVILLA, E., et al.) (1999): *El Tercer Sector: El Voluntariado en la Comunidad de Madrid*, Madrid, Consejería de Hacienda, Comunidad de Madrid.
- ANDER-EGG, E. (1994): *Historia del Trabajo Social*, Buenos Aires, Editorial Lumen.
- ANDRÉS ORIZO, F. (1996): *Sistema de Valores en la España de los 90*, Madrid, CIS - Siglo XXI.
- ANISI, D. (1995): *Creadores de Escasez: del Bienestar al Miedo*, Madrid, Alianza Editorial.
- ARAGÓN, J., ROCHA, F. (2000): *Tercer Sector, Voluntariado y Empleo*, (ponencia multiplicada).
- ARAGONÉS, F., ÁLVAREZ, A., MARTÍN LAGO, A. (1986): *Voluntariado Social: Apuntes y*

- Propuestas*, Madrid, Editorial Popular - Coordinadora Estatal de Disminuidos Físicos de España.
- ARANGUREN GONZALO, L.A.** (1997): *Voluntariado y Escuela*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- ARANGUREN GONZALO, L.A.** (1998a): “Mayores y Voluntariado”, en *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 112, Madrid, Cáritas Española, pp. 255-268.
- ARANGUREN GONZALO, L.A.** (1998b): *Reinventar la Solidaridad: Voluntariado y Educación*, Madrid, PPC.
- ARANGUREN GONZALO, L.A.** (2000): *Cartografía del Voluntariado: Cambio Social y Procesos Educativos*, Madrid, PPC.
- ARANGUREN GONZALO, L.A.**, (2001), “Voluntariado y compromiso social”, en LÓPEZ MADERUELO, O. [et al.]. *Voluntariado y Trabajo Social: III Foro de Trabajo Social*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas.
- ARANGUREN GONZÁLO, L.A., VILLALÓN, J.J.** (2002): *Identidades en Movimiento: Los Marcos de Sentido en las Organizaciones de Voluntariado*. Madrid, Cáritas Española.
- ARENDT, H.** (2002): *La Vida del Espíritu*, Barcelona, Paidós. (e.o. 1978)
- ARIÑO, A.** (dir.) (1999): *La Rosa de las Solidaridades: Necesidades Sociales y Voluntariado en la Comunidad Valenciana*, Valencia, Bancaja.
- ARNAL SARASA, M.** (1998): *Inmigrantes Polacos en España: El Camino como Concepto Teórico para el Estudio de la Adaptación*, Tesis Doctoral, Madrid, UCM.
- ARON, R.** (1987): *Las Etapas del Pensamiento Sociológico (Tomo I)*, Buenos Aires, Ediciones siglo XX.
- ARRABAL GONZÁLEZ, A.** (1993): “Futuro del voluntariado y pedagogía del equilibrio”, en *El Voluntariado*, monográfico de la revista *Pastoral Misionera Diálogo*, núm. 188, Madrid, Editorial Popular, pp. 69-77.
- ASCOLI, U.** (1987): “Estado de Bienestar y Acción Voluntaria”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, núm. 38, Madrid, CIS, pp. 119-162.
- ASCOLI, U.** (1988): “Voluntariado organizado y sistema público de ‘Welfare’: Potencialidad y límites de una cooperación”, en *Bienestar Social en los Años 80*, monográfico de *Documentación Social. Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 71, Madrid, Cáritas Española.
- ASHFORD, D.E.** (1989): *La Aparición de los Estados de Bienestar*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. (e.o. 1986)
- ASOCIACIÓN IUVE** (1998): *Código Ético del Voluntario*, Madrid, Asociación Iuve.
- AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA** (2000): *Las Organizaciones de Voluntariado en la Ciudad de Zaragoza*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza.
- AZÚA, P.** (1989): “Opciones de política interna por parte de las ONGs”, en ÁLVAREZ, J.J., AZÚA, P., BELTRÁN, J.L., CASADO, D., ESTIVILL, J., [et al.] *Organizaciones Voluntarias e Intervención Social. Estudio Aplicado en el Campo de las Toxicomanías*. Fuenlabrada (Madrid), Acebo.

- AZÚA, P.** (1992): "Informe sobre asociaciones de objeto social en España", en CASADO, D. (dir.) *Organizaciones Voluntarias en España*, Barcelona, Hacer, pp. 113-170.
- AZÚA, P.** (1996): "Las ONG, ¿un tercer sector? Mito o realidad", en *Tercer Sector*, monográfico de *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 103, Madrid, Cáritas Española, pp. 281-290
- BALDWIN, P.** (1992): *La Política de Solidaridad Social: Bases Sociales del Estado de Bienestar Europeo, 1875-1975*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- BARREAU, J.J., MORNE, J.J.** (1991): *Epistemología y Antropología del Deporte*, Madrid, Alianza Editorial. (e.o. 1984)
- BARRY, B.** (1995): *Teorías de la Justicia*, Barcelona, Gedisa.
- BAUMAN, Z.** (2001): *La Sociedad Individualizada*, Madrid, Cátedra.
- BAUMAN, Z.** (2003): *Comunidad: En Busca de Seguridad en un Mundo Hostil*, Madrid, Siglo XXI. (e.o. 2001)
- BAURMANN, M.** (1998): *El Mercado de la Virtud: Moral y Responsabilidad Social en la Sociedad Liberal*, Barcelona, Gedisa.
- BAYERTZ, K.** (ed.) (1999): *Solidarity*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers.
- BECCARIA, C.** (2000): *De los Delitos y de las Penas*, Madrid, Alianza Editorial. (e.o. 1764)
- BECK, U.** (2000a): *La Democracia y sus Enemigos*, Barcelona, Paidós. (e.o. 1995)
- BECK, U.** (2000b): *Un Nuevo Mundo Feliz: La Precariedad del Trabajo en la Era de la Globalización*, Barcelona, Paidós. (e.o. 1999)
- BECK, U.** (comp.) (1999): *Hijos de la Libertad*, México, Fondo de Cultura Económica. (e.o. 1997)
- BÉJAR, H.** (2000): *El Corazón de la República: Avatares de la Virtud Política*, Barcelona, Paidós.
- BÉJAR, H.** (2001a): "La organización de la espontaneidad", en *2001 Repensar el Voluntariado*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 122, Madrid, Cáritas Española.
- BÉJAR, H.** (2001b): *El Mal Samaritano: El Altruismo en Tiempos del Escepticismo*, Barcelona, Anagrama.
- BELTRÁN, M.** (1988): *Ciencia y Sociología*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas - Siglo XXI. (e.o. 1979)
- BELL, D.** (1989): *Las Contradicciones Culturales del Capitalismo*, Madrid, Alianza Editorial. (e.o. 1976)
- BELLAH, R., MADSEN, R., SULLIVAN, W.M., SWIDLER, A., TIPTON, S.M.** (1989): *Hábitos del Corazón*, Madrid, Alianza Universidad. (e.o. 1985)
- BENITO RUANO, E.** (ed.) (1996): *El libro del Limosnero de Isabel la Católica*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- BENITO RUIZ, L.** (1992): "Informe sobre las fundaciones en España", en CASADO, D. (dir.) *Organizaciones Voluntarias en España*, Barcelona, Hacer, pp. 171-270.
- BERGER, P., LUCKMANN, TH.** (1984): *La Construcción Social de la Realidad*, Buenos Aires, Amorrortu-Murguía.

- BERIAIN, J.** (1990): *Estado de Bienestar, Planificación e Ideología*, Madrid, Editorial Popular.
- BERKING, H.** (1999): *Sociology of Giving*, London, Sage. (e.o. 1996)
- BERMAN, E.M.** (1998): *Productivity in Public and Nonprofit Organizations: Strategies and Techniques*, Thousand Oaks, Sage Publications.
- BERNARDO CORRAL, F.** (1988a): “Servicios Sociales Comunitarios y Voluntariado”, en *Revista de Servicios Sociales y Política Social*, núm. 10, Madrid, Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales, pp. 53-61.
- BERNARDO CORRAL, F.** (1988b): “Voluntarios y profesionales: ¿Concurrencia o cooperación?”, en BERNARDO CORRAL, F., RENES, V., GUILLÉN SADABA, E., VALLE, A. DEL, [et al.], *Bienestar Social, Servicios Sociales y Voluntariado. Dossier*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España, pp. 64-68.
- BERNARDO CORRAL, F.** (1991): *Voluntariado y Centros de Servicios Sociales*, Madrid, Siglo XXI de España, Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales.
- BERNARDO CORRAL, F.** (coord.) (1986): *Conferencia Nacional Sobre Voluntariado*, Madrid, Cruz Roja Española, Departamento de Información, Relaciones Públicas y Publicaciones.
- BERNARDO CORRAL, F., CABRA, M.Á., BERZOSA, G., MADRID, J., DOMENECH, R.** [et al.] (1989): *Conferencia de Voluntariado 88*, Vitoria-Gasteiz, Diputación Foral de Álava.
- BERNARDO CORRAL, F., RENES, V.** (1988): “Voluntariado”, en BERNARDO CORRAL, F., RENES, V., GUILLÉN SADABA, E., VALLE, A. DEL, [et al.], *Bienestar Social, Servicios Sociales y Voluntariado. Dossier*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- BERNARDO CORRAL, F., RENES, V., GUILLÉN SADABA, E., VALLE, A. DEL,** [et al.] (1988): *Bienestar Social, Servicios Sociales y Voluntariado. Dossier*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- BERZOSA, G.** (1986): “La acción voluntaria y dinámica de trabajo voluntario”, en BERNARDO CORRAL, F. (coord.), *Conferencia Nacional sobre Voluntariado*, Madrid, Cruz Roja Española.
- BEVERIDGE, W.H.** (1948): *Voluntary Action. A Report on Methods of Social Advance*, Londres, George Allen and Unwin Ltd.
- BILLIS, D.** (1992): “Planned Change in Voluntary and Government Social Service Agencies”, en *Administration in Social Work. The Quarterly Journal of Human Services Management*, Volumen 16, núm. 3-4, Binghamton (New York), The Haworth Press, pp. 29-44.
- BLANCO PUGA, M.ªR.** (1996): “Trabajadores voluntarios-trabajadores remunerados: Reflexión sobre unas relaciones que tienen que ser posibles”, en *Voluntariado*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 104, Madrid, Cáritas Española, pp. 129-141.
- BOLLAERTS, L.** (1986): “El voluntariado en Europa”, en BERNARDO CORRAL, F. (coord.) *Conferencia Nacional Sobre Voluntariado*, Madrid, Cruz Roja Española, Departamento de Información, Relaciones Públicas y Publicaciones, pp. 15-21.
- BOURDIEU, P.** (1997): *Razones Prácticas. Sobre la Teoría de la Acción*, Barcelona, Anagrama.

- (e.o. 1994)
- BOURDIEU, P.** (1998): *La Distinción. Criterios y Bases Sociales del Gusto*, Madrid, Taurus. (e.o. 1979)
- BOURDIEU, P.** (1999): *Meditaciones Pascalianas*, Barcelona, Anagrama. (e.o. 1997)
- BOURDIEU, P.** (2000): *Contrafuegos: Reflexiones para Servir a la Resistencia contra la Invasión Neo-liberal*, Barcelona, Anagrama. (e.o. 1998)
- BOURDIEU, P.** (2001): *Contrafuegos 2: Por un Movimiento Social Europeo*, Barcelona, Anagrama. (e.o. 2001)
- BOURDIEU, P., CHAMBOREDON, J.-C., PASSERON, J.-C.** (1987): *El Oficio de Sociólogo: Presupuestos Epistemológicos*, Madrid, Siglo XXI. (e.o. 1973)
- BREÑA, R.** (1997): *El Principio de Subsidiariedad y la Construcción de una Europa Social*, (Trabajo presentado en la Conferencia/debate del mismo nombre celebrada en Madrid el 22 de marzo de 1997, organizada por Cáritas)
- BRUCKNER, P.** (1996): *La Tentación de la Inocencia*, Barcelona, Editorial Anagrama. (e.o. 1995)
- BUCI-GLUCKSMANN, CH.** (1978): *Gramsci y el Estado: Hacia una Teoría Materialista de la Filosofía*, Madrid, Siglo XXI. (e.o. 1975)
- BULMER, M.** (1987): *The Social Basis of Community Care*, London, Allen & Unwin.
- BURCKHARDT, J.** (1983): *La Cultura del Renacimiento en Italia*, Barcelona, Editorial Iberia.
- BURY, J.** (1971): *La Idea del Progreso*, Madrid, Alianza Editorial.
- BUTLER, R.J., WILSON, D.C.** (1990): *Managing Voluntary and Non-profit Organizations. Strategy and Structure*. London, Routledge.
- CABRA DE LUNA, M.A.** (1996): "El papel de las asociaciones y fundaciones como respuesta a las necesidades sociales", en *Tercer Sector*, monográfico de *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 103, Madrid, Cáritas Española, pp. 189-202.
- CABRA DE LUNA, M.A.** (1999): "El Tercer Sector" en CARPIO, M. (coord.), *El Sector no Lucrativo en España. Especial Atención al Ámbito Social*, Madrid, Pirámide, pp. 75-112.
- CACCIARI, M., MARTINI, C.M.** (1997): *Diálogo sobre la Solidaridad*, Barcelona, Herder.
- CACHÓN RODRÍGUEZ, L.** (1999): "Voluntariado y empleo: desafíos de la (doble) profesionalización", en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 33-50.
- CALO, J.R.** (1990): *¿Qué es Ser Voluntario?*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- CALLEJO GALLEGO, J.** (1994): "Modelos de comportamiento del consumidor: a propósito de la motivación", en *Política y Sociedad*, núm. 16, Madrid, UCM, pp. 93-110.
- CALLEJO GALLEGO, J.** (1995): "Elementos para una teoría sociológica del consumo", en *Revista Papers*, núm. 47, pp. 75-96.
- CALLEJO GALLEGO, J.** (1999): "Voluntariado estratégico en un contexto no elegido: una hipótesis sobre el creciente acercamiento de los jóvenes a las ONGs", en *Revista de Estu-*

- dios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 51-60.
- CALLEJO GALLEGO, J.** (2001): *El Grupo de Discusión: Introducción a una Práctica de Investigación*, Barcelona, Ariel.
- CALLEJO GONZÁLEZ, J., IZQUIETA ETULAIN, J.L.** (1999): "Los Nuevos Voluntarios: Naturaleza y Configuración de sus Iniciativas Solidarias", en *REIS (Revista Española de Investigaciones Sociológicas)*, núm. 86 (abril-junio), Madrid, CIS, pp. 95-126.
- CALLEJO GONZÁLEZ, J., IZQUIETA ETULAIN, J.L.** (1996): *Los Nuevos Voluntarios: entre el Individualismo y la Solidaridad: Estudio Sociológico del Voluntariado de Cruz Roja de Valladolid*, Valladolid, Diputación de Valladolid, Editora Provincial.
- CAMPO SÁNCHEZ, C.** (1996): "Metodología y voluntariado", en *Voluntariado*, Monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 104, Madrid, Cáritas Española, pp. 149-165.
- CANALES, M., PEINADO, A.** (1994): "Grupos de discusión" en DELGADO, J.M., GUTIÉRREZ, J. (ed.) *Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales*, Madrid, Síntesis.
- CARASA SOTO, P.** (1989): "Beneficencia y Control Social en la España Contemporánea" en BERGALLI, R., MARI, E.E. (coords.), *Historia Ideológica del Control Social (España-Argentina, Siglos XIX y XX)*, Barcelona, PPU, pp. 175-237.
- CARDARELLI, G., ROSENFELD, M.** (1998): *Las Participaciones de la Pobreza: Programas y Proyectos Sociales*, Buenos Aires, Paidós.
- CÁRITAS ESPAÑOLA** (1998): *Guía para Gestores de Proyectos y Empresas de Economía Social*, Madrid, Cáritas Española.
- CARPIO, M.** (coord.) (1999): *El Sector no Lucrativo en España. Especial Atención al Ámbito Social*, Madrid, Pirámide.
- CARRÓN, J., PORRAS, J.** (1996): "Voluntariado juvenil y fin de semana", en *Estudios de Juventud*, núm. 37, pp. 55-69.
- CASADO, D.** (1989): "Las organizaciones sociovoluntarias", en ÁLVAREZ, J.J., AZÚA, P., BELTRÁN, J.L., CASADO, D., ESTIVILL, J., [et al.] *Organizaciones Voluntarias e Intervención Social. Estudio Aplicado en el Campo de las Toxicomanías*, Fuenlabrada (Madrid), Acebo.
- CASADO, D.** (1990): "Acción voluntaria y responsabilidad política", en *Política Social y Participación*, Monográfico de *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y Sociología Aplicada*, núm. 80, Madrid, Cáritas Española, pp. 171-178.
- CASADO, D.** (1992): "Informe sobre las Organizaciones Voluntarias en España", en CASADO, D. (dir.), *Organizaciones Voluntarias en España*, Barcelona, Editorial Hacer, pp. 56-110.
- CASADO, D.** (1998): "Antecedentes históricos de la política social en España", en ALEMÁN BRACHO, C., GARCÉS FERRER, J. (coords.), *Política Social*, Madrid: McGraw-Hill, pp. 3-31.
- CASADO, D.** (1999): *Imagen y Realidad de la Acción Voluntaria*, Barcelona, Editorial Hacer.
- CASADO, D.** (comp.) (1997): *Entidades Sociovoluntarias en Europa*, Barcelona, Hacer.
- CASADO, D.** (dir.) (1991): *Organizaciones Voluntarias en Europa*, Fuenlabrada (Madrid), Acebo, Colección Bienestar Social.

- CASADO, D.** (dir.) (1992): *Organizaciones Voluntarias en España*, Barcelona, Hacer.
- CASADO, D., BENITO, L., AZNAR, M., RENES, V., GONZÁLEZ, G., [et al.]** (1991): *Coordinación de la Acción Voluntaria* (VIII Jornadas de Estudio del Comité Español para el Bienestar Social), Fuenlabrada (Madrid), Acebo.
- CASADO, D., GUILLÉN, E.** (1989): *Introducción a los Servicios Sociales*, Madrid, Acebo, col. Bienestar Social.
- CASTEL, R.** (1999): *Las Metamorfosis de la Cuestión Social: Una Crónica del Asalariado*, Buenos Aires, Paidós. (e.o. 1995)
- CASTILLO CASTILLO, J.** (1987): *Sociedad de Consumo a la Española*, Madrid, Eudema.
- CASTILLO, S.** (ed.) (1994): *Solidaridad desde Abajo: Trabajadores y Socorros Mutuos en la España Contemporánea*, Madrid, UGT, Centro de Estudios Históricos.
- CEBRIÁN DE LA SERNA, J.J.** (1993): “El Voluntariado en la Prestación Básica de Ayuda a Domicilio”, en *Documentos de Trabajo Social, Revista de Trabajo Social y Acción Social*, núm. 0, Málaga, Colegio Oficial de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales, pp. 93-110.
- CENTRO NUOVO MODELLO DI SVILUPPO – CRIC** (1997): *Rebelión en la Tienda: Opciones de Consumo, Opciones de Justicia*, Barcelona, Icaria.
- CLAVES PARA LA EDUCACIÓN POPULAR** (1992?): *Informe: Los/ las Voluntarios/as Sociales y su Formación en las Asociaciones de Voluntariado*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- CLEMENTE, J.C., NAVAJO, P.** (1994): *130 Años Trabajando con los más Vulnerables*, Madrid, Cruz Roja Española.
- CLUTTERBUCK, D., DEARLOVE, D.** (1996): *The Charity as a Business: Managing in the Voluntary Sector, Learning from the Private Sector*, Londres, Directory of Social Change.
- CNAAN, R.A, CWIKEL, J.G.** (1992): “Elderly Volunteers: Assessing Their Potential as an Untapped Resource”, en *Journal of Aging & Social Policy*, Volumen 4, núm. 1-2, Binghamton (New York), The Haworth Press, pp. 125-147.
- CODURAS, P.** (1995): “Voluntarios: Discípulos y ciudadanos”, en *Cuadernos Cristianisme i Justícia*, nº 68, Barcelona, Cij. (Copia de fichero informático)
- COHEN, N.E., CAHN, M.S., AMIDON, B., THURSZ, D., SIEDER, V.M., [et al.]** (1970): *El Ciudadano Voluntario en la Acción Social*, Buenos Aires, Editorial Humanitas.
- COLECTIVO ETCÉTERA** (1997): “Ongs: solidaridad subvencionada”, en *La Epidemia Neoliberal*, Monográfico de *Archipiélago, Cuadernos de Crítica de la Cultura*, núm. 29, Barcelona, Editorial Archipiélago, pp. 66-70.
- COLECTIVO IOÉ** (ACTIS, W., DE PRADA, M.A., PEREDA, C.) (1989a): *Rol actual y futuro del personal voluntario en programas de atención a toxicómanos*, (Investigación no publicada – Copia de fichero informático).
- COLECTIVO IOÉ** (1989b): *Participación ciudadana y voluntariado social*, EFOSS - Ayuntamiento de Madrid, (Investigación no publicada – Copia de fichero informático)
- COLECTIVO IOÉ** (1989c): “Las necesidades sociales: un debate necesario”, en *Bienestar social en los años 80*, monográfico de *Documentación Social: Revista de Estudios sociales y sociología*

- aplicada*, núm. 71, Madrid, Cáritas, pp. 109-120. (Copia fichero informático)
- COLECTIVO IOÉ** (1990a): "Participación ciudadana y voluntariado social", en *Política Social y Participación*, Monográfico de *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y Sociología Aplicada*, núm. 80, Madrid, Cáritas Española, pp. 159-170.
- COLECTIVO IOÉ** (1990b): "Ideologías de la intervención social en España de los 90", en *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y Sociología Aplicada*, núm. 81, Madrid, Cáritas Española, pp. 53-64. (Copia fichero informático)
- COLECTIVO IOÉ** (1996): "«Proyecto +60»: Una experiencia de acción voluntaria en el barrio de Prosperidad", en *Voluntariado*, monográfico de la revista, *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología aplicada*, núm. 104, Madrid, Cáritas Española, pp. 285-302.
- COLECTIVO IOÉ, CIMOP** (1998): *Discapacidad y Trabajo en España: Estudio de los procesos de inclusión y exclusión social de las personas con discapacidad*, Madrid, MTAS – IMSERSO.
- COLECTIVO IOÉ, RODRÍGUEZ, P.** (1997): *Voluntariado y Personas Mayores: Una experiencia de Investigación Acción Participativa (IAP)*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Instituto Nacional de Servicios Sociales.
- COLOMER, M.** (1983): "Áreas o campos de la Acción Social", en *La Acción Social*, monográfico de *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 53, Madrid, Cáritas, pp. 75-83.
- COLOZZI, I.** (1994): "El papel del voluntariado en los servicios socio-sanitarios", en DONATI, P. (ed.), *Manual de Sociología de la Salud*, Madrid, Díaz de Santos. (e.o. 1987)
- COLOZZI, I.** (2001): "Un modelo organizativo para las organizaciones del voluntariado", en *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (Asuntos Sociales)*, núm. extraordinario (monográfico sobre voluntariado), pp. 103-116.
- COMUNIDAD DE MADRID** (1998): *Guía de voluntariado en la Comunidad de Madrid*, Madrid, Dirección General de Coordinación y Voluntariado Social de la Comunidad de Madrid, Caja de Madrid, Fundación Universidad-Empresa.
- CONDE, F.** (1987): "Una propuesta de uso conjunto de las técnicas cualitativas en la investigación social. El isomorfismo de las dimensiones topológicas de ambas técnicas", en *R.E.I.S.*, nº 39, Julio-Septiembre 1987, pp. 213-224.
- CONDE, F.** (1990): "Un ensayo de articulación de las perspectivas cuantitativa y cualitativa en la investigación social", en *R.E.I.S.*, nº 51, Julio-Septiembre 1990, pp. 91-117.
- CONDE, F.** (1993): "Los métodos extensivos e intensivos en la investigación social de las drogodependencias", en V.V.A.A., *Las drogodependencias. Perspectivas sociológicas actuales*. Madrid, Ilustre Colegio de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología.
- CONSEJO ECONÓMICO Y SOCIAL (CES)** (1997): *La Pobreza y la Exclusión Social en España*, Madrid, Consejo Económico y Social.
- COOPER, J.** (1988): "The Mosaic of Personal Social Services: Public, Voluntary and Private", en *The British Journal of Social Work*, Volumen 18, núm. 3, Oxford, Oxford University Press for the British Association of Social Workers, pp. 237-250.
- CORIAT, B.** (1993): *El Taller y el Cronómetro: Ensayo sobre el Taylorismo, el Fordismo y la Producción en Masa*, Madrid, Siglo XXI. (e.o. 1979)

- CORTÉS ALCALÁ, L., HERNÁN MONTALBÁN, M.ªJ., LÓPEZ MADERUELO, O.** (1997): *Las Organizaciones de Voluntariado en España*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- CORTÉS ALCALÁ, L., HERNÁN MONTALBÁN, M.ªJ., LÓPEZ MADERUELO, O.** (1999): “Las organizaciones de voluntariado en España: Algunas claves para el debate”, en VV.AA., *V Congreso Estatal de Intervención Social: Calidad y Responsabilidad Compartida: Retos del Bienestar en el Cambio de Siglo*, (Tomo III), Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, pp. 1493-1509.
- CORTINA, A.** (2001): “La real gana: ética del voluntariado”, en *El País*, 27 de febrero, Madrid, El País, pp. 12.
- COULON, A.** (1988): *La Etnometodología*, Madrid, Cátedra. (e.o. 1987)
- CRESPI, F.** (1996): *Aprender a Existir: Nuevos Fundamentos de la Solidaridad Social*, Madrid, Alianza Editorial.
- CRIC (CENTRE DE RECERCA I INFORMACIÓ EN CONSUM)** (2000): *Come, Calla... o no: Incidir en el Sistema a través del Consumo*, Barcelona, Icaria.
- CROMPTON, R.** (1994): *Clase y Estratificación: Una Introducción a los Debates Actuales*, Madrid, Tecnos. (e.o. 1993)
- CURTIS, J.E., GRABB, E.G., BAER, D.E.** (1992): “Voluntary Association Membership in Fifteen Countries: A Comparative Analysis”, en *American Sociological Review*, vol. 57, núm. 2 (Abril), pp. 139-152.
- CHACÓN FUERTES, F., VECINA, M.ªL.** (1999): “Motivaciones del Voluntariado”, en VV.AA., *V Congreso Estatal de Intervención Social: Calidad y Responsabilidad Compartida: Retos del Bienestar en el Cambio de Siglo*, (Tomo III), Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, pp. 1511-1520.
- CHACÓN, F. VECINA, M.ªL.** (2002): *Gestión del Voluntariado*, Madrid, Síntesis.
- CHALMERS, A.F.** (1987): *¿Qué es esa Cosa Llamada Ciencia?*, Madrid, Siglo XXI. (e.o. 1982, segunda edición corregida y aumentada)
- CHAMBRÉ, S.M.** (1993): “Volunteerism by Elders: Past Trends and Future Prospects”, en *The Gerontologist*, Volumen 33, núm. 2, pp. 221-228.
- CHAMORRO, J.M.ª** (1988): “Ideología”, en REYES, R. (dir.) *Terminología Científico-Social: Aproximación Crítica*, Barcelona, Anthropos, pp. 472-477.
- CHAVES, R. (dir.)** (2000): *Economía social y empleo en la Unión Europea*, Valencia, CIRIEC - España.
- CHAVES, R., MONZÓN, J.L.** (2000): “Las cooperativas en las modernas economías de mercado: perspectiva española, en revista *Economistas*, núm. 83, Madrid, Colegio de Economistas de Madrid, pp. 113-123.
- DAHRENDORF, R.** (1983): *Oportunidades Vitales: Notas para una Teoría Social y Política*, Madrid, Espasa-Calpe. (e.o. 1979)
- DASS, R., GORMAN, P.** (1995): *How Can I Help? Stories and Reflections on Service*, Nueva York, Alfred A. Knopf. (e.o. 1985)
- DELGADO, J.M., GUTIÉRREZ, J. (ed.)** (1994): *Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en*

- Ciencias Sociales*, Madrid, Síntesis.
- DÍAZ MÉNDEZ, A.** (dir.) (1992): *Gestión Sociocultural: La Eficacia Social*, Madrid, Comunidad de Madrid, Consejería de Educación y Cultura
- DÍE OLMO, L.** (1996): “La formación del voluntariado”, en *Voluntariado*, Monográfico de *Documentación Social*, *Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 104, Madrid, Cáritas Española, pp. 167-184.
- DÍEZ RODRÍGUEZ, Á.** (1999): “Voluntarios, ONGs y sociedad civil en la reordenación globalizadora”, en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 93-102.
- DÍEZ RODRÍGUEZ, Á.** (2001): “El modelo de participación de las ONG: la construcción social del voluntariado y el papel de los Estados”, en NIETO PEREIRA, L. (coord.), *Cooperación para el Desarrollo y ONG*, Madrid, Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación (UCM) - Catarata.
- DÍEZ RODRÍGUEZ, F.** (1993): *La Sociedad Desasistida. El Sistema Benéfico Asistencial en la Valencia del Siglo XIX*, Valencia, Diputació de València, Centre d'Estudis d'Història Local.
- DOMINGO MORATALLA, A.** (1996): “«¿Voluntarios? No, gracias». Clarificación ética de la acción voluntaria”, en *Voluntariado*, monográfico de *Documentación Social*, *Revista de estudios sociales y de sociología aplicada*, núm. 104, Madrid, Cáritas Española, pp. 27-38.
- DOMINGO MORATALLA, A.** (1997): *Ética y Voluntariado: una Solidaridad sin Fronteras*, Madrid, PPC.
- DONATI, P.** (1997): “El Desarrollo de las Organizaciones del Tercer Sector en el Proceso de Modernización y más allá”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, núm. 97, pp. 113-141.
- DONATI, P.** (1999): *La Ciudadanía Societaria*, Granada, Universidad de Granada – Caja General de Ahorros de Granada.
- DRAKE, R.F.** (1992): “Consumer Participation: the voluntary sector and the concept of power”, en *Disability, Handicap & Society*, Volumen 7, núm. 3, pp. 267-278.
- DRUCKER, P.F.** (1990): *Managing the Non-Profit Organization. Practices and Principles*, Nueva York, Harper Collins Publishers.
- DUNN, A.** (ed.) (2000): *The Voluntary Sector, the State and the Law*, Oxford, Hart Publishing.
- DURANT, A.** (1998): “Aspectos problemáticos del significado: análisis crítico del discurso y compromiso social”, en MARTÍN ROJO, L., WHITTAKER, R. (eds.), *Poder-Decir o el Poder de los Discursos*, Madrid, Arrecife Producciones – Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 121-147.
- DURKHEIM, E.** (1987): *La División del Trabajo Social*, Madrid, Akal Universitaria. (e.o. 1893)
- DURKHEIM, E.** (1989): *El suicidio*, Madrid, Akal Universitaria. (e.o. 1897)
- DUVIGNAUD, J.** (1979): *El Sacrificio Inútil*, México, Fondo de Cultura Económica. (e.o. 1977)
- DUVIGNAUD, J.** (1990): *La Solidaridad: Vínculos de Sangre y Vínculos de Afinidad*, México, Fondo de Cultura Económica. (e.o. 1986)
- EDIS [EQUIPO DE INVESTIGACIÓN SOCIOLOGICA]** (1984): *El Voluntariado en el Campo de la*

- Marginación Social: Una Aproximación Psico-sociológica*, Ejemplar multicopiado.
- EDIS** (1995): *La Solidaridad de la Juventud*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Juventud.
- ELIAS, N.** (1995): *Sociología Fundamental*, Barcelona, Gedisa. (e.o. 1970)
- ELSTER, J.** (1997): *El Cemento de la Sociedad: Las Paradojas del Orden Social*, Barcelona, Gedisa. (e.o. 1989)
- EQUIPO CLAVES** (1995): *Aprendiendo a Organizar Nuestra Asociación: Materiales de Autoformación para Asociaciones*, Madrid, Editorial Popular - Junta de Andalucía.
- EQUIPO CLAVES** (1998): *Gestión Participativa de las Asociaciones*, Madrid, Editorial Popular. (e.o. 1994)
- EQUIPO LA PLANA** (1995): “El Voluntariado”, en GARCÍA ROCA J. [et al.], *El Voluntariado: Premio Bancaixa de Investigación sobre Servicios Sociales 1994*, Valencia, Fundació Bancaixa.
- ESPING-ANDERSEN, G.** (1993): *Los Tres Mundos del Estado de Bienestar*, Valencia, Alfons el Magnanim. (e.o. 1990)
- ESPINOZA VERGARA, M.** (1982): *Teoría y Práctica del Servicio Voluntario*, Buenos Aires, Humanitas.
- ESTEBAN DE VEGA, M.** (ed.) (1997): *Pobreza, Beneficencia y Política Social*, Madrid, Marcial Pons - Asociación de Historia Contemporánea.
- ESTIVILL, J.** (1989): “La intervención de las organizaciones no gubernamentales en las comunidades autónomas”, en ÁLVAREZ, J.J., AZÚA, P., BELTRÁN, J.L., CASADO, D., ESTIVILL, J., [et al.], *Organizaciones Voluntarias e Intervención Social*, Madrid, Acebo.
- ETXEBERRIA, X.** (1999): *Ética de la Acción Humanitaria*, Bilbao. Universidad de Deusto.
- ETZIONI, A.** (1999): *La Nueva Regla de Oro: Comunidad y Moralidad en una Sociedad Democrática*, Barcelona, Paidós. (e.o. 1996)
- ETZIONI, A.** (2001): *La Tercera Vía hacia una Buena Sociedad. Propuestas desde el Comunitarismo*, Madrid, Trotta. (e.o. 2000)
- ETZIONI, A.** (ed.) (1995): *New Comunitarian Thinking. Persons, Virtues, Institutions, and Communities*, Charlottesville, University Press of Virginia.
- FAIRCLOUGH, N., WODAK, R.** (2000): “Análisis crítico del discurso”, en VAN DIJK, T.A. (comp.) *El Discurso como Interacción Social. Estudios del Discurso: Introducción Multidisciplinaria*, Barcelona, Gedisa, pp. 367-404. (e.o. 1997)
- FALCÓN, E.** (1997): “Dimensiones políticas del voluntariado: de la promoción al cambio de estructuras”, en *Cuadernos Cristianisme i Justícia* núm. 79, Barcelona, Cij. (Copia de fichero informático)
- FALCÓN, E.** (2001): “El voluntariado en contextos de exclusión social”, en *2001 Repensar el Voluntariado*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 122, pp. 287-303, Madrid, Cáritas Española.
- FAVIERES PÉREZ, M., FERRANDO PÉREZ, M.ªI.** (1995): “La Participación de la Persona de Edad Avanzada en el Voluntariado de Ayuda a Domicilio al Anciano”, en GARCÍA ROCA J. [et al.], *El Voluntariado: Premio Bancaixa de Investigación sobre Servicios Sociales 1994*, Valencia, Fundació Bancaixa.

- FEDIDA, P.** (1988): *Diccionario de Psicoanálisis*, Madrid, Alianza Editorial. (e.o. 1974)
- FERNÁNDEZ ENGUITA, M.** (1998): *Economía y Sociología: Para un Análisis Sociológico de la Realidad Económica*, Madrid, CIS - Siglo XXI.
- FERNÁNDEZ PAMPILLÓN, A.** (1990): *Cuestiones Jurídicas del Voluntariado*, Madrid: Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- FERNÁNDEZ PAMPILLÓN, A., LÓPEZ DE CEBALLOS, P., [et al.]** (1987): *Seminario sobre el Papel del Voluntariado en España, Hoy* (1-5 julio 1987), Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- FERNÁNDEZ, O., ALFARO, M.^aE.** (1990): “Tareas para el voluntariado: o quién pone puerta al campo... de la Solidaridad”, en LÓPEZ DE AGUILETA, I. [et al.] *El Voluntariado en la Acción Sociocultural*, Madrid, Editorial Popular, pp. 133-152.
- FERRIS, J.M.** (1988): “The use of volunteers in public service production: some demand and supply considerations”, en *Social Science Quarterly*, vol. 69, núm. 1, pp. 3-23.
- FEYERABEND, P.** (1999): *Tratado contra el Método: Esquema de una Teoría Anarquista del Conocimiento*, Barcelona, Altaya. (e.o. 1975)
- FIFFER, S., FIFFER, S.S.** (1994): *50 Ways to Help Your Community: A Handbook for Change*, New York, Main Street Books, Doubleday.
- FINKEL MORGENSTERN, L.** (1994): *La Organización Social del Trabajo*, Madrid, Pirámide
- FISAS, V.** (1998): *El Lobby Feroz, Las ONG ante el Comercio de Armas y el Desarme*, Barcelona, Icaria.
- FOREST, E.** (1999): *Manual de Solidarios*, Hondarribia, Hiru.
- FORESTER, J.** (1985): “The Planning Structure of Voluntary Organizations. The Relationship of Professional Staff to Lay Leaders”, en TOBIN, G.A. (ed.), *Social Planning and Human Service Delivery in the Voluntary Sector*, Westport, Connecticut, Greenwood Press, pp. 209-224.
- FOUCAULT, M.** (1988): *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la Prisión*, Madrid: Siglo XXI. (e.o. 1975)
- FRANCO, T.** (1996): “El Estado de Bienestar y los servicios sociales”, en ALEMÁN BRACHO, M.^aC., GARCÉS FERRER, J. (dirs.), *Administración Social: Servicios de Bienestar Social*, Madrid, Siglo XXI Editores, pp. 3-17.
- FRANCH MENEU, J.J.** (1999): “Fundaciones, inflación y empleo”, en CARPIO, M. (coord.), *El Sector No Lucrativo en España. Especial Atención al Ambito Social*, Madrid, Pirámide, pp. 177-195.
- FUENTES, P.** (1996a): “El voluntariado como agente de «la nueva solidaridad»”, en *La Creación de Nuevas Solidaridades*, Monografía de *Cuadernos de Trabajo Social*, núm. 9, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Escuela Universitaria de Trabajo Social, pp. 266-277.
- FUENTES, P.** (1996b): “Las Organizaciones Sociovoluntarias en el Tercer Sector”, en *Tercer Sector*, monográfico de *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 103, Madrid, Cáritas Española, pp. 253-262.
- FUENTES, P., CORTINA, A., SÁEZ, F., MARDONES, J.M., BRIONES, L.** (1997): “Hacia

- una cultura de la solidaridad”, en *Políticas contra la Exclusión Social*, monográfico de *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y Sociología Aplicada*, núm. 106, Madrid, Cáritas, pp. 181-211.
- FUNDACIÓN TOMILLO** (2000): *Empleo y Trabajo Voluntario en las ONG de Acción Social*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales - Fundación Tomillo.
- FUNES RIVAS, M.ªJ.** (1994a): “La dimensión social del altruismo”, en *Sociedad y Utopía: Revista de Ciencias Sociales*, núm. 4, Madrid, Universidad Pontificia de Salamanca, pp. 191-204.
- FUNES RIVAS, M.ªJ.** (1994b): “Procesos de Socialización y Participación comunitaria. Estudio de un caso”, En *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, núm. 67, pp. 187-205.
- FUNES RIVAS, M.ªJ.** (1995): *La Ilusión Solidaria: Las Organizaciones Altruistas como Actores Sociales en los Regímenes Democráticos*, Madrid, UNED.
- FUNES RIVAS, M.ªJ.** (1996): “¿Qué conduce a la solidaridad colectiva?”, en *Voluntariado*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 104, Madrid, Cáritas Española, pp. 69-79.
- FUNES RIVAS, M.ªJ.** (1999): “Jóvenes y acción voluntaria: La edad como factor condicionante en la acción participativa”, en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 87-92.
- GALBRAITH, J.K.** (1973): *La Sociedad Opulenta*, Barcelona, Ariel (e.o. 1958).
- GARCÉS, J., DURÁ, E.** (1998): “Ideología y política social”, en ALEMÁN BRACHO, C., GARCÉS FERRER, J. (coords.) *Política Social*, Madrid, McGraw-Hill, pp. 51-77.
- GARCÍA ALBERT, I., MAZA MONSALVE, L., MILLÁN OROZCO, D., RAMOS PARDO, F., RODRÍGUEZ MEDINA, G.** [et al.] (2001): *Participación Social de los Jóvenes en la Comunidad de Madrid: Asociacionismo, Voluntariado y nuevas Prácticas Participativas*, Madrid, Consejo de la Juventud de la Comunidad de Madrid.
- GARCÍA CAMPÁ, S.** (2001): “¿Participación voluntaria o trabajo voluntario? Algunas respuestas a la luz de la legislación estatal, autonómica y europea”, en GARCÍA INDA, A., MARTÍNEZ DE PISÓN, J. (coords.) *Ciudadanía, Voluntariado y Participación*, Madrid, Dickinson.
- GARCÍA FAJARDO, J.C.** (1994): *Manual del Voluntario*, Madrid, Solidarios para el Desarrollo.
- GARCÍA INDA, A.** (1996): “Aspectos legales del voluntariado: El modelo de la Ley 6/1996, de 15 de enero”, en *Voluntariado*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y Sociología Aplicada*, núm. 104, pp. 201-236, Madrid, Cáritas Española.
- GARCÍA INDA, A.** (1998): “El voluntariado como fundamento de los derechos humanos”, en *Cuadernos de Trabajo Social*, núm. 11, Madrid, Servicio Publicaciones Universidad Complutense, pp. 15-29.
- GARCÍA INDA, A.** (1999): “Apuntes sobre el retorno de la sociedad civil” y “El papel del voluntariado en la sociedad actual”, en MARTÍNEZ DE PISÓN, J., GARCÍA INDA, A. (coords.), *El Voluntariado: Regulación Jurídica e Institucionalización Social*, Zaragoza, Egido, pp. 45-61 y 111-145.
- GARCÍA INDA, A.** (2001): “Sobre participación, voluntariado y Servicio Civil”, en 2001

- Repensar el Voluntariado*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 122, pp. 161-186, Madrid, Cáritas Española
- GARCÍA MARTÍN, G.** (1995): *Filosofía de la Vida: Competitividad y Solidaridad Humanas*, Málaga, Librería Ágora.
- GARCÍA ROCA, J.** (1990): *Voluntariado y Servicios Sociales de Base*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- GARCÍA ROCA, J.** (1992a): "El Voluntariado Social y Cultural", en *La Animación de los Mayores*, Monográfico de *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 86, pp. 123-139, Madrid, Cáritas Española.
- GARCÍA ROCA, J.** (1992b): *Público y Privado en la Acción Social: Del Estado de Bienestar al Estado Social*, Madrid, Editorial Popular.
- GARCÍA ROCA, J.** (1993): "Itinerarios actuales del voluntariado social", en *El Voluntariado*, monográfico de la revista *Pastoral Misionera Diálogo*, núm. 188, Madrid, Editorial Popular, pp. 39-53.
- GARCÍA ROCA, J.** (1994): *Solidaridad y Voluntariado*, Maliaño (Cantabria), Editorial Sal Terrae.
- GARCÍA ROCA, J.** (1995): "Itinerarios culturales de la solidaridad", en *Corintios XIII, Revista de teología y pastoral de la caridad*, núm. 76, pp. 121-154, Madrid, Cáritas Española.
- GARCÍA ROCA, J.** (1998a): *Exclusión Social y Contracultura de la Solidaridad. Prácticas, Discursos y Narraciones*, Madrid, Ediciones Hoac.
- GARCÍA ROCA, J.** (1998b): "La reinención de la solidaridad" (prólogo), en ARANGUREN GONZALO, L.A., *Reinventar la Solidaridad: Voluntariado y Educación*, Madrid, PPC.
- GARCÍA ROCA, J.** (2001a): "El voluntariado en la sociedad de Bienestar", en 2001 *Repensar el Voluntariado*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 122, pp. 15-39, Madrid, Cáritas Española.
- GARCÍA ROCA, J.** (2001b): *En Tránsito hacia los Últimos: Crítica Política del Voluntariado*, Santander, Sal Terrae.
- GARCÍA ROCA, J., COMES BALLESTER, J.A.** (1995): "El voluntariado como recurso social", en GARCÍA ROCA J. [et al.], *El Voluntariado: Premio Bancaixa de Investigación sobre Servicios Sociales 1994*, Valencia, Fundació Bancaixa.
- GARCÍA, S., LUKES, S.** (comps.) (1999): *Ciudadanía: Justicia Social, Identidad y Participación*, Madrid, Siglo XXI.
- GARVÍA SOTO, R.** (1997): *En el País de los Ciegos: la ONCE desde una Perspectiva Sociológica*, Barcelona, Hacer.
- GEREMEK, B.** (1989): *La Piedad y la Horca: Historia de la Miseria y de la Caridad en Europa*, Madrid, Alianza Editorial. (e.o. 1986)
- GERTH, H., MILLS, C.W.** (1984): *Carácter y Estructura Social*, Barcelona, Paidós.
- GIBBONS, J., THORPE, S.** (1989): "Can Voluntary Support Projects Help Vulnerable Families? The Work of Home-Start", en *The British Journal of Social Work*, Volumen 19, núm. 3, Oxford, Oxford University Press for the British Association of Social Workers, pp. 189-202.

- GIBELMAN, M.** (1990): "National Voluntary Health Agencies in a Era of Change: Experiences and Adaptions", en *Administration in Social Work: The Quarterly Journal of Human Services Management*, Volumen 14, núm. 3, Binghamton (New York), The Haworth Press.
- GIBSON, J.L., IVANCEVICH, J.M., DONNELLY, J.H.** (1994): *Las Organizaciones: Comportamiento, Estructura, Procesos*, Wilmington, Addison-Wesley Iberoamericana.
- GIDDENS, A.** (1994a): *El Capitalismo y la Moderna Teoría Social*, Barcelona, Labor. (e.o. 1971)
- GIDDENS, A.** (1994b): *Sociología*, Madrid, Alianza. (e.o. 1989)
- GIDDENS, A.** (1997): *Las nuevas reglas del método sociológico: Crítica positiva de las sociologías comprensivas*, Buenos Aires, Amorrortu editores. (e.o. 1976)
- GIDDENS, A.** (1998): *Modernidad e identidad del yo: El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona, Península. (e.o. 1991)
- GIES, D.L., OTT, J.S., SHAFRITZ J.M.** (comp.) (1990): *The Nonprofit Organization. Essential Readings*, Pacific Grove, California, Brooks-Cole.
- GIL GARCÍA, S.J.** (1990): "Voluntarios de Hoy. La dinámica entre voluntarios y técnicos remunerados", en LÓPEZ DE AGUILETA, I. [et al.], *El Voluntariado en la Acción Sociocultural*, Madrid, Editorial Popular, pp. 81-103.
- GINER DE GRADO, C.** (1996): "La gratuidad, aportación del voluntariado", en *Voluntariado*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 104, Madrid, Cáritas Española, pp. 143-147.
- GINER, S.** (1994a): *Historia del Pensamiento Social*, Barcelona, Ariel. (e.o. 1967)
- GINER, S.** (1994b): *Sociología*, Barcelona, Península. (e.o. 1969)
- GINER, S.** (1995): "De la filantropía tradicional al altruismo organizado" (prólogo), en FUNES RIVAS, M.^aJ., *La Ilusión Solidaria: Las Organizaciones Altruistas como Actores Sociales en los Regímenes Democráticos*, Madrid, UNED.
- GINER, S., SARASA, S.** (1997): "Altruismo cívico y política social", en GINER, S., SARASA, S. (eds.), *Buen Gobierno y Política Social*, Barcelona, Ariel, pp. 209-237.
- GLADSTONE, F.J.** (1979): *Voluntary Action in a Changing World*, London, Bedford Square Press of the NCSS.
- GLAZER, N.** (1992): *Los Límites de la Política Social*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. (e.o. 1988)
- GODELIER, M.** (1998): *El Enigma del Don*, Barcelona, Paidós. (e.o. 1996)
- GOFFMAN, E.** (1989): *Estigma, La Identidad Deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu editores. (e.o. 1963)
- GÓMEZ DE LORA, F.** (1990): *Voluntariado y Sindicalismo*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- GÓMEZ DE LORA, F., HERNÁNDEZ CEREZO, M.A.** (coords.) (1988): *Congreso Europeo sobre Voluntariado en la Ayuda a Domicilio*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- GÓMEZ DE LORA, F., JORDÁN, F., MARTÍ, LL., LARA, A., ANSÓ, J.** (1991): *II Encuentro Nacional de Coordinación de Entidades de Trabajo Voluntario (Jaca 11-13 Octubre 1991)*, Ma-

- drid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- GÓMEZ OLAVE, P., MIELGO MARTÍNEZ, E.** (1989): “Voluntariado y Trabajo Social”, en *Cuadernos de Trabajo Social*, núm. 2, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, pp. 79-87.
- GONZÁLEZ BLASCO, P.**, (1998): *El Voluntariado Madrileño*, Madrid, Dirección General de Cooperación al Desarrollo y Voluntariado (CM) - Caja Madrid.
- GONZÁLEZ BLASCO, P., GUTIÉRREZ RESA, A.** (1997): *La Opinión Pública ante el Voluntariado*, Madrid, Fundación Universidad Empresa - Caja Madrid - Dirección General de Coordinación y Voluntariado Social (CM).
- GRANDAL NORES, M.^a I.** (1994): *Voluntariado Social y Servicios Sociales. Una Experiencia de Colaboración: Proyecto de Ayuda a Desplazados de la ex-Yugoslavia*, Santiago de Compostela, Colexio Oficial de Diplomados en Trabajo Social de Galicia.
- GRANOU, A.** (1980): “Consumo obrero, proceso de trabajo y crisis capitalista”, en ARRIGHI, G., ATTALI, J., BARÓN, E. [et al.] *La Izquierda ante la Crisis Económica Mundial*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias.
- GRIMA, J.M.** (2001): “Divergencias sobre la Sociedad Civil en un contexto de crisis”, en SAMECK, G., ANDINO, G., HOREN, B. [et al.], *Apuntes para una Sociología Crítica*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 173-215.
- GURPEGUI VIDAL, J.** (1999): “La imagen de las ONGs: El estereotipo de sí mismas”, en MARTÍNEZ DE PISÓN, J., GARCÍA INDA, A. (coords.), *El Voluntariado: Regulación Jurídica e Institucionalización Social*, Zaragoza, Egido.
- GUTIÉRREZ RESA, A.** (1992): “Estudio-informe sobre Cáritas Española”, en CASADO, D. (dir.) *Organizaciones Voluntarias en España*, Barcelona, Hacer, pp. 289-320.
- GUTIÉRREZ RESA, A.** (1993): *Cáritas Española en la Sociedad del Bienestar 1942-1990*, Barcelona, Hacer.
- GUTIÉRREZ RESA, A.** (1996): “Iniciativa Social y Servicios Sociales”, en ALEMÁN BRACHO, M.^aC., GARCÉS FERRER, J. (dirs.), *Administración Social: Servicios de Bienestar Social*, Madrid, Siglo XXI Editores, pp. 301-324.
- GUTIÉRREZ RESA, A.** (1997): *Acción Social No Gubernamental: Análisis y Reflexiones sobre las Organizaciones Voluntarias*, Valencia, Tirant lo blanch.
- GUTIÉRREZ RESA, A.** (2000): *Rostros de la Solidaridad*, Alzira-Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente - UNED.
- HABERMAS, J.** (1986): *La Reconstrucción del Materialismo Histórico*, Madrid, Taurus. (e.o. 1976)
- HABERMAS, J.** (1994): *Ensayos Políticos*, Barcelona, Península. (e.o. 1981-1985)
- HABERMAS, J.** (1995): *Problemas de Legitimación en el Capitalismo Tardío*, Buenos Aires, Amorrortu editores. (e.o. 1973)
- HALFPENNY, P.** (1999): “Economic and Sociological Theories of Individual Charitable Giving: Complementary or Contradictory?”, en *Voluntas: International Journal of Voluntary and Nonprofit Organizations*, vol. 10, núm. 3, pp. 197-215.
- HARGREAVES, J.** (1993): “Promesa y problemas en el ocio y los deportes femeninos”, en BARBERO, J.I. (comp.), *Materiales de Sociología del Deporte*, Madrid, Ediciones Endymión -

La Piqueta.

- HARTMANN, H., SPALTER-ROTH, R.** (1995): "Improving Welfare: The Public Role in Caring for Poor Families with Children", en SCHERVISH, P.G. [et al.], *Care and Community in Modern Society: Passing on the Tradition of Service to Future Generations*, Washington, Independent Sector.
- HECHTER, M.** (1987): *Principles of Group Solidarity*, Berkeley, University of California Press.
- HEINEMANN, K.** (1999): *Sociología de las Organizaciones Voluntarias: El Ejemplo del Club Deportivo*, Valencia, Tirant lo Blanch.
- HELLER, A.** (1977): *Sociología de la Vida Cotidiana*, Barcelona, Península. (e.o. 1970)
- HERRERA GÓMEZ, M.** (1998a): *El Tercer Sector en los Sistemas de Bienestar*, Valencia, Tirant lo Blanch.
- HERRERA GÓMEZ, M.** (1998b): "La especificidad organizativa del tercer sector: tipos y dinámicas", en *Papers, Revista de Sociología*, núm. 56, pp. 163-196.
- HIRSCH, E.L.** (1990): "Sacrifice for the cause: group processes, recruitment, and commitment in a student social movement", en *American Sociological Review*, vol. 55, núm. 2 (Abril), pp. 243-254.
- HIRSCHMAN, A.O.** (1986): *Interés Privado y Acción Pública*, México, Fondo de Cultura Económica. (e.o. 1982)
- HIRSCHMAN, A.O.** (1996): *Tendencias Autosubversivas: Ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- HOBBS, TH.** (1994): *Leviatán: La Materia, Forma y Poder de un Estado Eclesiástico y Civil*, Barcelona, Ediciones Altaya. (e.o. 1651)
- HORKHEIMER, M.** (1990): "Acerca del problema del pronóstico en las ciencias sociales", en *Teoría Crítica*, Buenos Aires, Amorrortu editores. (e.o. 1933)
- IBÁÑEZ, J.** (1985): *Del Algoritmo al Sujeto. Perspectivas de la Investigación Social*, Madrid, Siglo XXI.
- IBÁÑEZ, J.** (1986): "Termodinámica del regalo", en *Revista de Occidente*, núm. 67, pp. 79-94.
- IBÁÑEZ, J.** (1986): *Más allá de la Sociología. El Grupo de Discusión: Técnica y Crítica*, Madrid, Siglo XXI. (e.o. 1979)
- IBÁÑEZ, J.** (1989): "Perspectivas en la Investigación Social: el Diseño de las tres Perspectivas", en GARCÍA FERRANDO, M., IBÁÑEZ, J., ALVIRA, F. (comp.), *El Análisis de la Realidad Social: Métodos y Técnicas de Investigación*, Madrid, Alianza. (e.o. 1986)
- IBÁÑEZ, J.** (1994): *Por una Sociología de la Vida Cotidiana*, Madrid, Siglo XXI.
- IBARRARÁN, M.^aA., CUERDA, A., GARCÍA ROCA, J., BERROCAL, C.A., MAESO, A., [et al.]** (1991): *Jornadas: "Voluntariado en Álava" (15-17 de Octubre de 1991)*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- IGLESIAS DE USSEL, J.** (1989): "Socialización y control social", en CAMPO, S. DEL (ed.), *Tratado de Sociología* (vol.1), Madrid, Tecnos. (e.o. 1985)
- ILCHMAN, W.F., KATZ, S.N., QUEEN, E.L. (eds.)** (1998): *Philanthropy in the Worlds Traditions*, Bloomington, Indiana University Press.

- JARAI, G., FERNÁNDEZ, F.** (2001): "Voluntariado y medio rural. Claves desde una experiencia concreta", en LÓPEZ MADERUELO, O. [et al.]. *Voluntariado y Trabajo Social: III Foro de Trabajo Social*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas.
- JÁUREGUI, G.** (1997): "Ong: ¿justicia o caridad?", *El País*, 3 enero de 1997, Madrid, El País, pp. 11-12.
- JEREZ NOVARA, A.** (1999): "Imágenes para pensar los retos de la participación juvenil", en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 113-123
- JEREZ NOVARA, A.** (coord.) (1997): *¿Trabajo Voluntario o Participación? Elementos para una Sociología del Tercer Sector*, Madrid, Tecnos - Diputación Provincial de Segovia.
- JOHNSON, N.** (1990): *El Estado de Bienestar en Transición. La Teoría y la Práctica del Pluralismo de Bienestar*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. (e.o. 1987)
- JUÁREZ, M.** (dir.) (1994): *V Informe Sociológico sobre la Situación Social en España: sociedad para todos en el año 2000* (2 vols.), Madrid, Fundación FOESSA.
- KERSCHNER H.K., BUTLER, F.F.** (1988): "El envejecimiento productivo y la disposición de las personas de edad para prestar servicios voluntarios ¿es pertinente la experiencia de los Estados Unidos?", en *Agein International: Boletín Informativo de la Federación Internacional de la Ancianidad*, Volumen XIV, núm. 2, pp. 45-55.
- KLEIBER, G.** (1994): *Semántica de los prototipos*, Madrid, Visor.
- KON, I.** (dir.) (1989): *Historia de la Sociología del siglo XIX – comienzos del XX*, Moscú, Editorial Progreso. (e.o. 1979)
- KROPOTKIN, P.** (1990): *El Apoyo Mutuo: Un Factor de la Evolución*, Móstoles, Ediciones Madre Tierra. (e.o. 1902)
- KUHN, TH.S.** (1987): *La Estructura de las Revoluciones Científicas*, México, Fondo de Cultura Económica. (e.o. 1962)
- KUHN, TH.S.** (1995): *¿Qué son las Revoluciones Científicas?*, Barcelona, Altaya. (e.o. 1987)
- LAKATOS, I., MUSGRAVE, A.** (eds.) (1975): *La Crítica y el Desarrollo del Conocimiento*, Barcelona, Grijalbo. (e.o. 1970)
- LAMA, J. M.^a** (1990): *Metodología de la Acción Voluntaria*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- LAPLANCHE, J., PONTALIS, J.-B.** (1987): *Diccionario de Psicoanálisis*, Barcelona, Labor. (e.o. 1968 – 2ª ed.–)
- LÉVI-STRAUSS, C.** (1991): *Las Estructuras Elementales del Parentesco*, Barcelona, Paidós. (e.o. 1949)
- LÉVI-STRAUSS, C.** (1994): *Antropología Estructural*, Barcelona, Altaya. (e.o. 1958)
- LEWIS, J.** (1993): "Developing the Mixed Economy of Care: Emergin Issues for Voluntary Organizations", en *Journal of Social Policy: The Journal of the Social Policy Association*, Volumen 22, Part 2, Cambridge University Press, pp. 173-192.
- LEWIS, J.** (1999): "Reviewing the Relationship Between the Voluntary Sector and the State in Britain in the 1990s", en *Voluntas: International Journal of Voluntary and Nonprofit Organizations*, vol. 10, núm. 3, pp. 255-270.

- LIPOVETSKY, G.** (1994): *El Crepúsculo del Deber. La Ética Indolora de los Nuevos Tiempos Democráticos*, Barcelona, Editorial Anagrama. (e.o. 1992)
- LIPOVETSKY, G.** (1996): *La Era del Vacío. Ensayos sobre el Individualismo Contemporáneo*, Barcelona, Editorial Anagrama. (e.o. 1983)
- LIS, C., SOLY, H.** (1985): *Pobreza y Capitalismo en la Europa Preindustrial (1350-1850)*, Madrid, Akal. (e.o. 1979)
- LOCKE, J.** (1987): *Ensayo sobre el Gobierno Civil*, Madrid, Alba. (e.o. 1690)¹
- LOFREDO, G.** (2002): “Ayúdate a ti mismo ayudando a los pobres”, en PEARCE, J. [et al.] *Desarrollo, ONG y Sociedad Civil*, Barcelona, Intermón Oxfam. (e.o. 2000)
- LÓPEZ ALONSO, C.** (1986): *La Pobreza en la España Medieval. Estudio Histórico-Social*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- LÓPEZ ALONSO, C., CARMONA GARCÍA, J.I., TRINIDAD FERNÁNDEZ, P., ÁLVAREZ URÍA, F., ÁLVAREZ JUNCO, J.** [et al.] (1986): *De la Beneficencia al Bienestar Social: Cuatro Siglos de Acción Social*, Madrid, Siglo XXI - Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales.
- LÓPEZ ALONSO, C., CASTRO ALFÍN, D., TRINIDAD FERNÁNDEZ, P., LÓPEZ KELLER, E., GUTIÉRREZ SÁNCHEZ, M.** [et al.] (1990): *Historia de la acción social pública en España: Beneficencia y previsión*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- LÓPEZ DE AGUILETA, I.** (1990): “Estado, Sociedad Civil y Procesos de Participación”, en LÓPEZ DE AGUILETA, I. [et al.], *El Voluntariado en la Acción Sociocultural*, Madrid, Editorial Popular, pp. 7-31.
- LÓPEZ DE AGUILETA, I., GARCÍA ROCA, J., MARCHIONI, M., PUCHE, F., GIL, S.**, [et al.] (1990): *El Voluntariado en la Acción Sociocultural*, Madrid, Editorial Popular.
- LÓPEZ MADERUELO, O.** (2001): “Voluntariado y organizaciones de voluntariado en España”, en ARANGUREN GONZÁLO, L.A. [et al.] *Voluntariado y Trabajo Social: III Foro de Trabajo Social*, Madrid, Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas, pp. 33-46.
- LÓPEZ QUINTÁS, A.** (1998): *Manual de Formación Ética del Voluntariado*, Madrid, Ediciones Rialp.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, E.** (2001): “Sector Voluntario y Mercado de Trabajo”, en ARANGUREN GONZÁLO, L.A. [et al.] *Voluntariado y Trabajo Social: III Foro de Trabajo Social*, Madrid, Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas.
- LORENZO GARCÍA, R. DE** (2003): *Tejido Asociativo Español y Tercer Sector*, Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces.
- LOWENTHAL, B., EGAN, R.** (1991): “Senior Citizen Volunteers in a University Day-Care Center”, en *Educational Gerontology: An international Bimonthly Journal*, Volumen 17, núm. 4, New York, Taylor & Francis, pp. 363-368.
- LOZANO, J., PEÑA-MARÍN, C., ABRIL, G.** (1989): *Análisis del Discurso: Hacia una Semiótica de la Interacción Textual*, Madrid, Cátedra.
- LUCAS, A. DE** (1994): “Sociedad de consumo o sociedad de mercado: el caso de las comu-

¹ En ocasiones (véase la traducción de Alianza Editorial) el título por el que se ha optado en la versión castellana ha sido: *Segundo tratado sobre el gobierno civil. Un ensayo acerca del verdadero origen, alcance y fin del Gobierno Civil*.

- nidades kula”, en *Política y Sociedad*, núm. 16, Madrid, UCM, pp. 25-36.
- LUCAS, A. DE** (1995): *Sociología del Consumo e Investigación de Mercados*, Madrid, UCM (Memoria Docente).
- LUCAS, J. DE** (1993): *El Concepto de Solidaridad*, México, Distribuciones Fontamara.
- LUCAS, J. DE** (1996): “La obligatoriedad de un servicio social y los deberes de solidaridad”, en *La creación de nuevas solidaridades*, Monografía de *Cuadernos de Trabajo Social*, núm. 9, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Escuela Universitaria de Trabajo Social, pp. 153-186.
- LUCKMANN, T.** (1996): *Teoría de la Acción Social*, Barcelona, Paidós. (e.o. 1992)
- LUHMANN, N.** (1994): *Teoría Política en el Estado de Bienestar*, Madrid, Alianza Editorial. (e.o. 1981)
- LUKES, S.** (1984): *Émile Durkheim. Su Vida y su Obra*, Madrid, CIS - Siglo XXI. (e.o. 1973)
- LYSACK, C., KREFTING, L.** (1993): “Community-based rehabilitation cadres: their motivation for volunteerism”, en *International Journal of Rehabilitation Research*, Volumen 16, núm. 2, London, Chapman & Hall y Rehabilitation International, pp. 133-141.
- MACDONALD, R.** (1996): “Labours of Love: Voluntary Working in a Depressed Local Economy”, en *Journal of Social Policy*, vol. 25, parte 1, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 19-38.
- MADRID, A.** (1999): “Participación, voluntariado y desobediencia”, en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 77-85.
- MADRID, A.** (2001): *La Institución del Voluntariado*, Madrid, Editorial Trota.
- MADRID, J.** (1989): “Formación y campos de actuación del voluntariado”, en BERNARDO, F., CABRA, M.Á., BERZOSA, G. [et al.], *Conferencia de Voluntariado 88*, Vitoria-Gasteiz, Diputación Foral de Álava.
- MADRID, J.** (1992): “La formación y selección del voluntariado”, en AGUILAR, M.ªJ. (comp.), *Voluntariado y Acción Comunitaria*, Buenos Aires, Espacio Editorial, pp. 111-155.
- MAFFESOLI, M.** (1990): *El Tiempo de las Tribus: El Declive del Individualismo en las Sociedades de Masas*, Barcelona, Paidós (e.o. 1988).
- MAGRANER, A., HERNÁNDEZ, M.ªV.** (1983): “Reflexiones sobre el trabajo social voluntario”, en *La Acción Social*, Monográfico de *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y Sociología Aplicada*, núm. 53, Madrid, Cáritas Española, pp. 93-114.
- MAIR, L.** (1988): *Introducción a la Antropología Social*, Madrid, Alianza. (e.o. 1965)
- MALINOWSKI, B.** (1986): *Los Argonautas del Pacífico Occidental: Un Estudio sobre Comercio y Aventura entre los Indígenas de los Archipiélagos de la Nueva Guinea Melanesica*, Barcelona, Península. (e.o. 1922)
- MANDEVILLE, B.** (1997): *La Fábula de las Abejas, o Los Vicios Privados Hacen la Prosperidad Pública*, Madrid, Fondo de Cultura Económica. (e.o. 1729)
- MANGLANO, B.** (1986): “Voluntariado y mundo laboral”, en BERNARDO CORRAL, F. (coord.), *Conferencia Nacional Sobre Voluntariado*, Madrid, Cruz Roja Española, Departamento de Información, Relaciones Públicas y Publicaciones, pp. 51-52.

- MANZANOS, C., COLECTIVO IOÉ, SALINAS, F., PETRAS, J., SUTCLIFFE, B.** [et al.] (1992): *La Sociedad de la Desigualdad. Pobreza y Marginación a Debate*, Donostia, Tercera Prensa, Hirugarren Prentsa.
- MARBÁN GALLEGO, V.** (2000a): “Estructura económica y organizativa de las entidades voluntarias en España”, en revista *Economistas*, núm. 83, Madrid, Colegio de Economistas de Madrid, pp. 124-136.
- MARBÁN GALLEGO, V.** (2000b): *Sociedad Civil, Tercer Sector y Entidades de Servicios Sociales en España*, Alcalá, Tesis Doctoral.
- MARBÁN GALLEGO, V., RODRÍGUEZ CABRERO, G.** (2001): “El voluntariado: prácticas sociales e impactos económicos”, en *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (Asuntos Sociales)*, núm. extraordinario (monográfico sobre voluntariado), pp. 49-69.
- MARCOS SANZ, R. DE, ÁLVAREZ PRIETO, J.J.** (1989): “La actuación de las ONGs de ámbito estatal en materia de drogodependencias”, en ÁLVAREZ, J.J., AZUA, P., BELTRÁN, J.L., CASADO, D., ESTIVILL, J., [et al.], *Organizaciones Voluntarias e Intervención Social. Estudio Aplicado en el Campo de las Toxicomanías*, Fuenlabrada (Madrid), Acebo.
- MARCOS SANZ, R. DE, FRESNO, J.M.** (1992): “Informe sobre Cruz Roja Española”, en CASADO, D. (dir.), *Organizaciones Voluntarias en España*, Barcelona, Hacer, pp. 271-288.
- MARCUELLO SERVÓS, C.** (2000): “Las organizaciones no lucrativas”, en *Revista Economistas*, núm. 83, pp. 36-44.
- MARCUSE, H.** (1972): *El Hombre Unidimensional*, Barcelona, Seix Barral (e.o. 1954)
- MARDONES, J.M.** (1994): *Por una Cultura de la Solidaridad: Actitudes ante la crisis*, Maliaño, Sal Terrae.
- MARDONES, J.M., DÍAZ-SALAZAR, R., CZERNY, M., ETXEBERRIA, X., ZUBERO, I., SASIA, P.** (1998): *Hacia una Sociedad más Solidaria*, Bilbao, Mensajero.
- MARTÍ BOSCH, LL.** (2000): *Por qué el Voluntariado*, Madrid, CCS.
- MARTÍN CRIADO, E.** (1997): “El grupo de discusión como situación social”, en *REIS (Revista Española de Investigaciones Sociológicas)*, núm. 79, pp. 81-112.
- MARTÍN CRIADO, E.** (1999): “El paro juvenil no es el problema, la formación no es la solución”, en CACHÓN, L. (ed.), *Juventudes, Mercados de Trabajo y Políticas de Empleo*, Valencia, 7 i Mig editorial, pp. 15-47.
- MARTÍN ROJO, L., WHITTAKER, R.** (eds.) (1998): *Poder-Decir o el Poder de los Discursos*, Madrid, Arrecife Producciones – Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- MARTÍN ROJO, L., WHITTAKER, R., PARDO, M.^aL.** (1998): “El análisis crítico del discurso: una mirada indisciplinada”, en MARTÍN ROJO, L., WHITTAKER, R. (eds.), *Poder-Decir o el Poder de los Discursos*, Madrid, Arrecife Producciones – Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 9-33.
- MARTÍN SERRANO, M., REIG, J., MOGÍN BARQUÍN, M.^aT.** [et al.] (1998): *I Congreso Estatal del Voluntariado, Libro de Ponencias*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- MARTÍN TEJEDOR, F.** (1988): “Papel del Voluntariado en el Trabajo Social”, en BERNARDO CORRAL, F., RENES, V., GUILLÉN SADABA, E., VALLE, A. DEL, [et al.], *Bienestar Social, Servicios Sociales y Voluntariado. Dossier*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España, pp. 62-64.

- MARTÍNEZ DE PISÓN, J., GARCÍA INDA, A.** (coords.) (1999): *El Voluntariado: Regulación Jurídica e Institucionalización Social*, Zaragoza, Egido.
- MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS, A.** (2000): *Economía Política de la Globalización*, Barcelona, Ariel.
- MARTÍNEZ MARTÍN, M.^aI., GONZÁLEZ GAGO, E.** (2001): “Coexistencia del voluntariado y trabajo asalariado en las ONG de acción social”, en *2001 Repensar el Voluntariado*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 122, pp. 85-103, Madrid, Cáritas Española
- MARTÍNEZ ROMÁN, M.^aA., MIRA-PERCEVAL PASTOR, M.^aT., REDERO BELLIDO, H.** (1996): “Sistema público de servicios sociales en España”, en ALEMÁN BRACHO, M.^aC., GARCÉS FERRER, J. (dirs.), *Administración Social: Servicios de Bienestar Social*, Madrid, Siglo XXI Editores, pp.203-246.
- MARTÍNEZ-OROZCO LLORENTE, S.** (2000): *Comercio Justo, Consumo Responsable*, Barcelona, Intermón.
- MAUSS, M.** (1972): *Sociedad y Ciencias Sociales (Obras III)*, Barcelona, Barral Editores. (e.o. 1969)
- MAUSS, M.** (1979): “Ensayo sobre los dones. Razón y forma del cambio en las sociedades primitivas”, en *Sociología y Antropología*, Madrid, Tecnos, pp. 153-263. (e.o. 1923-24)
- MAYNTZ, R.** (1987): *Sociología de la Organización*, Madrid, Alianza. (e.o. 1963)
- MAZA ZORRILLA, E.** (1987): *Pobreza y Asistencia Social en España, Siglos XVI al XX: Aproximación Histórica*. Valladolid, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid.
- MCADAM, D.** (1993): “Specifying the Relationship between Social Ties and Activism”, en *American Journal of Sociology*, vol. 99, núm. 2 (noviembre), pp. 640-667)
- MCMURTRY, S.L., NETTING, F.E., KETTNER, P.M.** (1990): “Critical Inputs and Strategic Choice in Non-Profit Human Service Organizations”, en *Administration in Social Work: The Quarterly Journal of Human Services Management*, Volumen 14, núm. 4, Binghamton (New York), The Haworth Press.
- MCPHERSON, J.M., ROTOLO, TH.** (1996): “Testing a dynamic model of social composition: Diversity and change in voluntary groups”, en *American Sociological Review*, vol. 61, pp. 179-202.
- MEMBIBRE, V., ARNALDO, A., PRIETO, V., GARCÍA ROCA, J., DÍAZ GRANADOS, G., [et al.]** (1991): *Jornadas Andaluza de Coordinación de Entidades de Trabajo Voluntario (Granada 27-29 Septiembre 1991)*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- MERTON, R.K.** (1980): *Ambivalencia Sociológica y otros Ensayos*, Madrid, Espasa Calpe. (e.o. 1976)
- MERTON, R.K.** (1995): *Teoría y Estructura Sociales*, México, Fondo de Cultura Económica. (e.o. 1968)
- MERTON, R.K., BARBER, E.** (1980): “Ambivalencia sociológica”, en MERTON, R.K., *Ambivalencia Sociológica y otros Ensayos*, Madrid, Espasa Calpe.
- MEURANT, J.** (1986): *El Servicio Voluntario de la Cruz Roja en la Sociedad de Hoy*, Madrid:

- Cruz Roja Española, Departamento de Información Relaciones Públicas y Publicaciones.
- MICHELS, R.** (1983): *Los Partidos Políticos: Un Estudio Sociológico de las Tendencias Oligárquicas de la Democracia Moderna*, Buenos Aires, Amorrortu editores. (e.o. 1911)
- MILL, J.S.** (1997): *El utilitarismo*, Barcelona, Altaya.
- MILLER, D., WALZER, M.** (Comp.) (1997): *Pluralismo, Justicia e Igualdad*, México, Fondo de Cultura Económica. (e.o. 1995)
- MILLS, C.W.** (1993): *La Imaginación Sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica. (e.o. 1959)
- MINISTERIO DE TRABAJO Y ASUNTOS SOCIALES (MTAS)** (1997): *Plan Estatal del Voluntariado, 1997-2000*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- MINISTERIO DE TRABAJO Y ASUNTOS SOCIALES (MTAS)** (1999): *Normativa Española sobre Voluntariado*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- MINISTERIO DE TRABAJO Y ASUNTOS SOCIALES (MTAS)** (2001): *Plan del Voluntariado, 2001-2004*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- MINISTERIO DE TRABAJO Y ASUNTOS SOCIALES (MTAS)** (2002): *Plan Estatal del Voluntariado, 1997-2000: Balance de Ejecución*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- MISHRA, R.** (1992): *El Estado de Bienestar en Crisis. Pensamiento y Cambio Social*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. (e.o. 1984)
- MISHRA, R.** (1993): *El Estado de Bienestar en la Sociedad Capitalista, Políticas de Desmantelamiento y Conservación en Europa, América del Norte y Australia*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales. (e.o. 1990)
- MOGÍN BARQUÍN, T.** (1999): “El voluntariado: una mano abierta a la sociedad: pasado, presente y futuro de la acción social voluntaria en España”, en CARPIO, M. (coord.), *El Sector No Lucrativo en España. Especial Atención al Ámbito Social*, Madrid, Pirámide, pp.14-23.
- MOLINER TENA, M.Á.** (1998): *Marketing Social: La Gestión de las Causas Sociales*, Madrid, Editorial ESIC.
- MOLLAT, M.** (1998): *Pobres, Humildes y Miserables en la Edad Media*, México, Fondo de Cultura Económica. (e.o. 1978)
- MONROE, K.R.** (1996): *The Heart of Altruism, Perceptions of a Common Humanity*, Princeton, Princeton University Press.
- MONSERRAT CODORNIÚ, J.** (1996): *Técnicas de Gestión Económica para Entidades Sin Ánimo de Lucro*, Barcelona, Hacer.
- MONSERRAT CODORNIÚ, J., RODRÍGUEZ CABRERO, G.** (1996): “Dimensión económica del sector de las entidades no lucrativas en servicios sociales”, en RODRÍGUEZ CABRERO, G., MONSERRAT CODORNIÚ, J. (dir.) *Las Entidades Voluntarias en España: Institucionalización, Estructura Económica y Desarrollo Asociativo*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
- MONTAGUT, T.** (2000): *Política Social: Una Introducción*, Barcelona, Ariel.
- MONTAÑÉS, M.** (1994): “Los efectos perversos de los programas de prevención social

- juvenil: El tejido social como articulador de los programas de integración social”, en *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 95, pp. 155-172, Madrid, Cáritas.
- MONTAÑÉS, M.** (1996): “Una obligada reflexión sobre el voluntariado”, en *Cuadernos de la Red*, núm. 4, pp. 11-16.
- MONTAÑÉS, M., R. VILLASANTE, T., ALBERICH, T.** (1996): “Asociaciones de voluntarios? Lo que se dice y lo que se quiere decir cuando hablamos de voluntariado”, en *Voluntariado*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 104, Madrid, Cáritas Española, pp. 13-25.
- MONZÓN, J.L.** (1996): “Raíces y perspectivas de la economía social”, en *Tercer Sector*, monográfico de *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 103, Madrid, Cáritas Española, pp. 105-121.
- MORA ROSADO, S.** (1996): “El fenómeno del voluntariado en España: aproximación a la evolución del término (De la opacidad a la mitificación)”, en *Voluntariado*, monográfico de la revista *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 104, Madrid, Cáritas Española, pp. 115-128.
- MORA ROSADO, S.** (2001): “Movimientos sociales y voluntariado. Hacia un nuevo marco de complicidades”, en *2001 Repensar el Voluntariado*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 122, Madrid, Cáritas Española.
- MORÁN, A.** (1997): “El futuro del trabajo, el empleo y el sector voluntario”, en JEREZ, A. (coord.), *¿Trabajo Voluntario o Participación? Elementos para una Sociología del Tercer Sector*, Madrid, Tecnos - Diputación Provincial de Segovia.
- MORÁN, M.^aL., BENEDICTO, J.** (2000): *Jóvenes y Ciudadanos*, Madrid, INJUVE.
- MORENO, L.** (2000): *Ciudadanos Precarios: La «Última Red» de Protección Social*, Barcelona, Ariel.
- MORENO, L., SARASA, S.** (1993): “Génesis y desarrollo del Estado del Bienestar en España”, en *Revista Internacional de Sociología*, núm. 6, pp. 27-69.
- MORIN, E.** (1993): “La solidaridad y las solidaridades”, en *El País*, 26 diciembre, Madrid, El País, pp. 13-14.
- MORIN, E.** (1995): *Sociología*, Madrid, Tecnos. (e.o. 1984)
- MORÓN BÉCQUER, P.** (1999): “Generación de empleo por el tercer sector”, en CARPIO, M. (coord.), *El Sector No Lucrativo en España. Especial Atención al Ámbito Social*, Madrid, Pirámide, pp. 197-222.
- MOTA LÓPEZ, R., VIDAL FERNÁNDEZ, F.** (2003): *Solidaridad y Morfología de los Voluntarios Madrileños: Informe de Investigación*, Madrid, Dirección General de Inmigración Cooperación al desarrollo y Voluntariado de la Comunidad de Madrid.
- MOTA, R., PANIAGUA, R.** (2000): *Mayores y Voluntarios en la Comunidad de Madrid*, Madrid, Comunidad de Madrid.
- MOULINES, C.U.** (1988): “Epistemología”, en REYES, R. (dir.), *Terminología Científico Social: Aproximación Crítica*, Barcelona, Anthropos.
- MOYA, C.** (1970): *Sociólogos y Sociología*, Madrid, Siglo XXI.

- MUCCHIELLI, A.** (dir.) (2001): *Diccionario de Métodos Cualitativos en Ciencias Humanas y Sociales*, Madrid, Síntesis. (e.o. 1996)
- MULHALL, S., SWIFT, A.** (1996): *El Individuo frente a la Comunidad: El Debate entre Liberales y Comunitaristas*, Madrid: Ediciones Temas de Hoy. (e.o. 1992)
- NAREDO, J.M.** (1997): “Sobre el «pensamiento único»”, en *La Epidemia Neoliberal*, Monográfico de *Archipiélago, Cuadernos de Crítica de la Cultura*, núm. 29, Barcelona, Editorial Archipiélago, pp. 11-24.
- NASARRE, E.** (1993): “El principio de subsidiariedad: su vigencia”, en LABOA, J.M. (ed.): *Solidaridad y Subsidiariedad en la Sociedad Española*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, Fundación Konrad Adenauer.
- NAVAJO, P.J.** (1990): *Captación, Acogida y Orientación de Voluntarios*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- NAVARRO, V.** (1997): *Neoliberalismo y Estado del Bienestar*, Barcelona, Ariel.
- NIETO PEREIRA, L.N.** (coord.) (2001): *Cooperación para el Desarrollo y ONG: Una Visión Crítica*, Madrid, Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación (UCM) - Los libros de la Catarata.
- NISBET, R.** (1998): *Historia de la Idea de Progreso*, Barcelona, Gedisa. (e.o. 1980)
- NUÑEZ-CORTÉS, P., LLANO, J. DEL** (1995): *Estrategia y Gestión en las Organizaciones No Gubernamentales (ONG)*, Madrid, Asociación para el Desarrollo Comunitario (ADC).
- OFFE, C.** (1994) *Contradicciones en el Estado del Bienestar*, Madrid, Alianza Editorial. (e.o. 1988)
- OFFE, C.** (1996): *Partidos Políticos y Nuevos Movimientos Sociales*, Madrid, Editorial Sistema.
- OLINER, P.M., OLINER, S.P., BARON, L., BLUM, L.A., KREBS, D.L., SMOLENSKA, M.Z.** (ed.) (1992): *Embracing the Other: Philosophical, Psychological and Historical Perspectives on Altruism*, New York, New York University Press.
- ORDUNA ALLEGRINI, M.^aG.** (2002): “Personas mayores”, en BERNAL, A. (coord.) (2002): *El Voluntariado: Educación para la Participación Social*, Barcelona, Ariel.
- ORTEGA CARPIO, M.^aL.** (1994): *Las ONGD y la Crisis del Desarrollo: Un Análisis de la Cooperación con Centroamérica*, Madrid, IEPALA - Publicaciones ETEA.
- ORTÍ BENLLOCH, A.** (1989): “La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo”, en GARCÍA FERRANDO, M., IBÁÑEZ, J., ALVIRA, F. (comp.) *El Análisis de la Realidad Social: Métodos y Técnicas de Investigación*, Madrid, Alianza. (e.o. 1986)
- ORTÍ BENLLOCH, A.** (1993): “El proceso de investigación de la conducta como proceso integral: complementariedad de las técnicas cuantitativas y de las prácticas cualitativas en el análisis de las drogodependencias”, en AA.VV. *Las Drogodependencias, Perspectivas Sociológicas Actuales*, Madrid, Colegio de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología.
- ORTÍ BENLLOCH, A.** (1994a): *La prueba de fuego de los 90*, (fotocopias original)
- ORTÍ BENLLOCH, A.** (1994b): “La confrontación de modelo y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social”, en DELGADO, J.M., GUTIÉRREZ, J. (ed.)

- Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales*, Madrid, Síntesis.
- ORTÍ BENLLOCH, A.** (1998): “Transición frente a 98: Amnesia histórica, mixtificación de presentes y denegación de futuro”, en *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 111, Madrid, Cáritas, pp. 31-37.
- ORTÍ BENLLOCH, A.** (dir.) (1995): *Cultura y Gente Mayor: Estudio sobre las Actitudes Socioculturales de las Personas Mayores de 50 años en el Ámbito de las Universidades Populares*. (Investigación no publicada)
- PAN-MONTOJO, J., EPSTEIN, H., GARCÍA SERRANO, C., MALO, O., TOHARIA, L.** [et al.] (1999): *Pobreza y Exclusión*, monográfico de *Revista de Occidente*, núm. 215, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset.
- PARSONS, T.** (1999): *El Sistema Social*, Madrid, Alianza.
- PAULA FALEIROS, V. DE** (1983): *Metodología e Ideología Del Trabajo Social*, Buenos Aires, Humanitas.
- PEARCE, J., EDWARDS, M., HULME, D., LOFREDO, G., COMMINS, S.** [et al.] (2002): *Desarrollo, ONG y Sociedad Civil*, Barcelona, Intermón Oxfam. (e.o. 2000)
- PEARCE, J.L.** (1993): *Volunteers: The Organizational Behavior of Unpaid Workers*, Londres, Routledge.
- PÉREZ DÍAZ, V.** (1978): *Estado, Burocracia y Sociedad Civil: Discusión Crítica, Desarrollos y Alternativas a la Teoría Política de Karl Marx*, Madrid, Alfaguara.
- PÉREZ DÍAZ, V.** (1987): *El Retorno de la Sociedad Civil*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos.
- PÉREZ DÍAZ, V.** (1993): *La Primacía de la Sociedad Civil. El proceso de formación de la España democrática*, Madrid, Alianza Editorial.
- PÉREZ DÍAZ, V.** (2003): “De la guerra civil a la sociedad civil: el capital social en España entre los años treinta y los años noventa del siglo XX”, en PUTNAM, R.D. (2003): *El Declive del Capital Social: Un Estudio Internacional sobre las Sociedades y el Sentido Comunitario*, Barcelona, Galaxia Gutenberg - Círculo de Lectores, pp. 427-489.
- PÉREZ PÉREZ, G.** (2000): “El voluntariado entre la libertad y la necesidad social”, en *Cuaderno de Relaciones Laborales*, núm. 17, pp. 123-137.
- PÉREZ TORNERO, J.M., TROPEA, F., SANAGUSTÍN, P., COSTA, P.O.** (1992): *La Seducción de la Opulencia: Publicidad, moda y consumo*, Barcelona, Paidós.
- PERROW, CH.** (1993): *Sociología de las Organizaciones*, Madrid, McGraw Hill.
- PETRAS, J.** (2000): *La Izquierda Contratada: Conflicto de Clases en América Latina en la era del Neoliberalismo*, Madrid, Akal.
- PETRELLA, R.** (1997): *El Bien Común: Elogio de la Solidaridad*, Madrid, Editorial Debate.
- PETRUS ROTGER, A.** (1991): *Estudi Comparat sobre el Voluntariat*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, Departament de Benestar Social y Universitat de Barcelona.
- PICÓ I LÓPEZ, J.** (1999): *Teorías sobre el Estado del Bienestar*, Madrid, Siglo XXI. (e.o. 1987)
- PIQUERAS INFANTE, A.** (1997): *Conciencia, Sujetos Colectivos y Praxis Transformadoras en el Mundo Actual*, Madrid, SODEPAZ.

- PIZARRO, N.** (1979): *Metodología sociológica y teoría lingüística*, Madrid, Alberto Corazón.
- PLATAFORMA PARA LA PROMOCIÓN DEL VOLUNTARIADO EN ESPAÑA [PPVE]** (1997): *¿Qué es la Plataforma?*, Madrid, PPVE. (e.o. 1990)
- POLANYI, K.** (1997): *La Gran Transformación, Crítica del Liberalismo Económico*, Madrid, La Piqueta - Endymion.
- POPIELARZ, P.A., MCPHERSON, J.M.** (1995): "On the Edge or In Between: Niche Position, Niche Overlap, and the Duration of Voluntary Association Memberships", en *American Journal of Sociology*, vol. 101, núm. 3 (noviembre), pp.698-720.
- PRIETO LACACI, P.** (1993): "Asociaciones voluntarias", en CAMPO, S. DEL. (dir.) *Tendencias Sociales en España (1960-1990)*, Volumen I, Bilbao, Fundación BBV, pp. 197-217.
- PRIETO LACACI, R.** (1991): *Asociacionismo Juvenil en el Medio Urbano*, Madrid, Instituto de la Juventud.
- PROCACCI, G.** (1999): "Ciudadanos pobres, la ciudadanía social y la crisis de los Estados del Bienestar", en GARCÍA, S., LUKES, S. (comps.) (1999): *Ciudadanía: Justicia Social, Identidad y Participación*, Madrid, Siglo XXI, pp. 15-44.
- PUIG, T., RIERA, I., VICHÉ, M., SALAS LARRAZÁBAL M., CASADO, D., [et al.]** (1989): *Sociedad Civil e Instituciones Democráticas (Simposio, Palma de Mallorca)*, Madrid, Editorial Popular.
- RAMONET, I.** (2000): "Pensamiento único y nuevos amos del mundo", en CHOMSKY, N., Y RAMONET, I., *Cómo nos Venden la Moto*, Barcelona, Icaria. (e.o. 1995)
- RENES AYALA, V.** (1993): *Luchar contra la Pobreza Hoy*, Madrid, Ediciones Hoac.
- RENES, V.** (1986): "Extracto de la comunicación, 'El voluntariado'", en BERNARDO CORRAL, F. (coord.) *Conferencia Nacional Sobre Voluntariado*, Madrid, Cruz Roja Española, pp. 95-97.
- RENES, V.** (1990): *Campos de Intervención del Voluntariado*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- RENES, V.** (1994a): "Voluntariado social, incorporación social y solidaridad: independencia, interdependencia y ambigüedades", en *Mundo Asociativo*, monográfico de *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 94, Madrid: Cáritas Española, pp. 141-156.
- RENES, V.** (1994b): "Programas y actuaciones ante la pobreza: La experiencia de Cáritas", en *La Pobreza en España, Hoy*, Monográfico de *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 96, Madrid, Cáritas Española, pp. 335-349.
- RENES, V., ALFARO, E., RICCIARDELLI, O.** (1994): *El Voluntariado Social*, Madrid: CCS.
- REVILLA BLANCO, M.** (ed.) (2002): *Las ONG y la Política. Detalles de una Relación*, Madrid, Istmo.
- RICCIARDELLI, M.*O.** (1993): *El Voluntariado en la Tercera Edad*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- RICCIARDELLI, O., ROVETTA, F.** (1993): "Una forma del voluntariado social: el voluntariado cristiano, aspectos de su historia y su presente", en *El voluntariado*, monográfico de la revista, *Pastoral misionera*, núm. 188, pp. 78-88, Madrid, Editorial Popular.

- RICOEUR, P.** (1988): *El Discurso de la Acción*, Madrid, Cátedra. (e.o. 1977)
- RICHARDSON, J., KRITKAUSKY, R.** [et al.] (1998): *Estrategias Competitivas y Responsabilidades Sociales: ¿El Compromiso Compartido?* (Ponencias del Seminario celebrado el 23 y 24 de noviembre de 1998), Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- RIFKIN, J.** (1997): *El Fin del Trabajo. Nuevas Tecnologías contra Puestos de Trabajo: el Nacimiento de una Nueva Era*, Barcelona, Paidós. (e.o. 1994)
- RITTER, G.A.** (1991): *El Estado Social, su Origen y Desarrollo en una Comparación Internacional*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. (e.o. 1989)
- RITZER, G.** (1995a): *Teoría Sociológica Clásica*, Madrid, McGraw-Hill. (e.o. 1992, 3ª ed.)
- RITZER, G.** (1995b): *Teoría Sociológica Contemporánea*, Madrid, McGraw-Hill. (e.o. 1992, 3ª ed.)
- RITZER, G.** (1999): *La McDonalización de la Sociedad: Un Análisis de la Racionalización en la Vida Cotidiana*, Barcelona, Ariel. (e.o. 1993)
- ROBERTS, A., ABRISKETA, J., ETXEBERRÍA, X., REY, F., SOGGE, D., RAISIN, J.** [et al.] (2000): *Los Desafíos de la Acción Humanitaria*, Barcelona, Icaria.
- RODRÍGUEZ BRAUN, C.** (1996): "Estudio preliminar", en SMITH, A., *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza.
- RODRÍGUEZ CABRERO, G.** (1994a): "La política social en España: 1980-92", en JUÁREZ, M. (dir.) *V Informe sobre la Situación Social en España*, Madrid, Fundación FOESSA.
- RODRÍGUEZ CABRERO, G.** (1994b): "Estado de Bienestar y Sociedad del Bienestar: Debates e ideologías en torno a la división mixta del Bienestar", en *Revista Internacional de Sociología*, núm. 8 y 9, pp. 7-27.
- RODRÍGUEZ CABRERO, G.** (1997): *Participación social de las personas mayores*, Madrid, IMSER-SO - Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- RODRÍGUEZ CABRERO, G.** (1999): "Políticas de empleo y tercer sector", en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 21-42.
- RODRÍGUEZ CABRERO, G.** (2000): "La economía política de las organizaciones no lucrativas", en revista *Economistas*, núm. 83, Madrid, Colegio de Economistas de Madrid, pp. 6-17.
- RODRÍGUEZ CABRERO, G.** (comp.) (1991): *Estado, Privatización y Bienestar. Un debate de la Europa actual*, Barcelona, Icaria - Fuhem.
- RODRÍGUEZ CABRERO, G.** (dir.) (2003): *Las Entidades Voluntarias de Acción Social en España*, Madrid, Fundación FOESSA.
- RODRÍGUEZ CABRERO, G., CABRILLO, F., CASTELLS, A.** (1999): "Debate sobre el Estado del bienestar y la pobreza", en *Revista de Occidente*, núm. 215, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset, pp. 89-137.
- RODRÍGUEZ CABRERO, G., MONSERRAT CODORNIÚ, J.** (dir.) (1996): *Las Entidades Voluntarias en España: Institucionalización, Estructura Económica y Desarrollo Asociativo*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
- RODRÍGUEZ CABRERO, G., ORTÍ, A.** (1996): "Institucionalización del sector asociativo en España: Estratificación motivacional e ideológica y diferenciación y complementa-

- riedad entre sector público y entidades sociales”, EN RODRÍGUEZ CABRERO, G., MONSERRAT CODORNIÚ, J. (dir.), *Las Entidades Voluntarias en España: Institucionalización, Estructura Económica y Desarrollo Asociativo*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, pp. 123-165.
- RODRÍGUEZ CABRERO, G., SALINAS, F., GARCÍA DE ENTERRÍA, E., GONZÁLEZ DORREGO, R., ALONSO, L.E.** [et al.] (1997): *Tercer Sector, Mercado y Sector Público como Motores del Modelo Social Europeo*, *Boletín de Estudios y Documentación*, núm. 6, Madrid, Comité Español para el Bienestar Social.
- RODRÍGUEZ TESO, A.** (2001): “¿Mística del voluntariado?”, en *2001 Repensar el Voluntariado*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 122, pp. 187-201, Madrid, Cáritas Española.
- RODRÍGUEZ VICTORIANO, J.M.** (1999a): “Cómo nos venden el voluntariado: de los derechos sociales a la ayuda voluntaria”, en *Gaceta Sindical*, núm. 172, pp. 72-80.
- RODRÍGUEZ VICTORIANO, J.M.** (1999b): “La sorpresa no era la emancipación adulta: autonomía virtual y dependencia real en la juventud española de la década de los noventa”, en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 103-111.
- RODRÍGUEZ VILLASANTE, T.** (1995): *Las Democracias Participativas: De la Participación Ciudadana a las Alternativas de la Sociedad*, Madrid, Hoac.
- RODRÍGUEZ VILLASANTE, T.** (1996): “Dejen a la sociedad civil en paz”, en *Voluntariado, Sociedad Civil y Asociaciones*, monográfico de *Cuadernos de la Red*, núm. 4, pp. 5-7.
- RODRÍGUEZ VILLASANTE, T.** (1997): “Desde las redes locales hacia un tercer sistema democrático”, en JEREZ, A. (coord.) *¿Trabajo Voluntario o Participación? Elementos para una Sociología del Tercer Sector*, Madrid, Tecnos – Diputación Provincial de Segovia, pp. 183-208.
- RODRÍGUEZ VILLASANTE, T., DENCHE, C., ALGUACIL, J.** (1990): “Alternativas para el voluntariado activo”, en *Política Social y Participación*, Monográfico de *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y Sociología Aplicada*, núm. 80, Madrid, Cáritas Española, pp. 179-200.
- RODRÍGUEZ-AGUILERA DE PRAT, C.** (1984): *Gramsci y la Vía Nacional al Socialismo*, Madrid, Akal.
- ROMERO, A.J.** (2001): “De los planes a los itinerarios educativos: cómo situar la formación en el nuevo contexto de la acción voluntaria”, en *2001 Repensar el Voluntariado*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 122, Madrid, Cáritas Española.
- RORTY, R.** (1991): *Contingencia, Ironía y Solidaridad*, Barcelona, Paidós.
- ROUSSEAU, J.J.** (1990): *Emilio, o De la Educación*, Madrid, Alianza. (e.o. 1762)
- RUIZ OLABUÉNAGA, J.I.** (1994): “Ocio y estilos de vida”, en JUÁREZ, M. (dir.) *V Informe Sociológico sobre la Situación Social en España: Sociedad para todos en el año 2000*, Madrid, Fundación FOESSA, pp. 1881-2073.
- RUIZ OLABUÉNAGA, J.I.** (2000): “El sector no lucrativo en España”, en revista *Economistas*, núm. 83, Madrid, Colegio de Economistas de Madrid, pp. 63-78.

- RUIZ OLABUÉNAGA, J.I.** (2001): "El voluntariado en España", en *2001 Repensar el Voluntariado*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 122, pp. 67-83, Madrid, Cáritas Española
- RUIZ-HUERTA, J., MARTÍNEZ, R., MARTÍN-GUZMÁN, P., BELLIDO, N., CASADO, D.** [et al.] (1994): *La Pobreza en España, Hoy*, monográfico de *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 96, Madrid, Cáritas Española.
- SAJARDO MORENO, A.** (1996): *Análisis Económico del Sector No Lucrativo*, Valencia, Tirant lo Blanch.
- SALINAS RAMOS, F.** (1994): "Instituciones de solidaridad y fundaciones con fines sociales. Objetivos y concreciones", en *Sociedad y Utopía: Revista de Ciencias Sociales*, núm. 4, Madrid, Universidad Pontificia de Salamanca, pp. 171-181.
- SANTOS ORTEGA, A.** (1999): "Identidades formateadas: normalización del empleo inestable y participación juvenil", en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 43-50.
- SAUQUILLO, F.** (1994): "Asociaciones y movimientos de solidaridad en el mundo de hoy", en *Sociedad y Utopía: Revista de Ciencias Sociales*, núm. 4, Madrid, Universidad Pontificia de Salamanca, pp. 167-170.
- SAXBY, J.** (1998): "¿A quién pertenecen las organizaciones de cooperación no gubernamentales?", en SOGGE, D. (ed.) *Compasión y Cálculo: Un Análisis Crítico de la Cooperación No Gubernamental al Desarrollo*, Barcelona, Icaria. (e.o. 1996)
- SCHERVISH, P.G., HODGKINSON, V.A., GATES, M.** [et al.] (1995): *Care and Community in Modern Society: Passing on the Tradition of Service to Future Generations*, Washington, Independent Sector.
- SCHMIDTZ, D.** (2000): "Asumir la responsabilidad", en SCHMIDTZ, D., GOODIN, R.E., *El Bienestar Social y la Responsabilidad Individual*, Madrid, Cambridge University Press. (e.o. 1998)
- SEBASTIÁN, L. DE** (1996): *La Solidaridad: «Guardián de mi Hermano»*, Barcelona, Ariel.
- SEGURA, J.** (1999): "Sector público: análisis económico y perspectiva general", en GARCÍA DELGADO, J.L. (ed.), *España, Economía: ante el siglo XXI*, Madrid, Espasa-Calpe.
- SENNETT, R.** (1982): *La Autoridad*, Madrid, Alianza Universidad. (e.o. 1980)
- SENNETT, R.** (2000): *La Corrosión del Carácter: Las Consecuencias Personales del Trabajo en el Nuevo Capitalismo*, Barcelona, Anagrama. (e.o. 1998)
- SERNA ALONSO, J.** (1988): *Presos y Pobres en la España del XIX. La Determinación Social de la Marginación*, Barcelona, Editorial PPU.
- SERRANO GÓMEZ, E.** (1994): *Legitimación y Racionalización. Weber y Habermas: la Dimensión Normativa de un Orden Secularizado*, Barcelona, Anthropos - Universidad Autónoma Metropolitana.
- SERRANO, M.** (2001): "Las ONG entre la empresa y el Estado: ¿Cambio o reproducción del sistema?" en NIETO PEREIRA, L.N. (coord.), *Cooperación para el Desarrollo y ONG: Una Visión Crítica*, Madrid, Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación (UCM) - Los libros de la Catarata.
- SILLS, D.L.** (1970): "Un sociólogo examina la motivación", EN COHEN, N.E., CAHN, M.S.,

- AMIDON, B., THURSZ, D., SIEDER, V.M., [et al.], *El Ciudadano Voluntario en la Acción Social*, Buenos Aires, Editorial Humanitas, pp. 117-151.
- SIMMEL, G. (1986): *Estudios sobre las Formas de Socialización (I y II)*, Madrid, Alianza Editorial. (e.o. 1908)
- SIMMEL, G. (2002): *Cuestiones Fundamentales de Sociología*, Barcelona, Gedisa. (e.o. 1917)
- SMELSER, N.J., WARNER, R.S. (1991): *Teoría Sociológica: Análisis Histórico y Formal*, Madrid, Espasa-Calpe. (e.o. 1976)
- SMITH, A. (1996): *La Riqueza de las Naciones*, Madrid, Alianza Editorial. (e.o. 1776)
- SMITH, A. (1997): *La Teoría de los Sentimientos Morales*, Madrid, Alianza Editorial. (e.o. 1759)
- SMITH, D.H. (1985): "Volunteerism: Attracting Volunteers and Staffing Shrinking Programs", en TOBIN, G.A. (ed.), *Social Planning and Human Service Delivery in the Voluntary Sector*, Westport, Connecticut, Greenwood Press, pp. 225-251.
- SOBER, E., WILSON, D.S. (2000): *El Comportamiento Altruista: Evolución y Psicología*, Madrid, Siglo XXI. (e.o. 1998)
- SOGGE, D. (ed.) (1998): *Compasión y Cálculo: Un análisis Crítico de la Cooperación no Gubernamental al Desarrollo*, Barcelona, Icaria. (e.o. 1996)
- SOKOLOWSKI, S.W. (2000): "The Death Knell of the Utilitarianism: A Review and Theoretical Implications of *To Profit or Not to Profit*", en *Voluntas: International Journal of Voluntary and Nonprofit Organizations*, vol. 11, núm. 4, pp. 375-388.
- SOLÉ, E. (2003): *Qué es el comercio justo*, Barcelona, Rba Editores.
- SOLER JAVALAY, P., BUENO BUENO, A. (1999): "Motivaciones y gratificaciones del voluntariado social", en VV.AA., *V Congreso Estatal de Intervención Social: Calidad y Responsabilidad Compartida: Retos del Bienestar en el cambio de siglo*, (Tomo III), Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, pp. 1535-1546.
- SOMBART, W. (1993): *El Burgués: Introducción a la Historia Espiritual del Hombre Económico Moderno*, Madrid, Alianza. (e.o. 1913)
- SPIEGEL, H. (1999): *El Desarrollo del Pensamiento Económico. Historia del Pensamiento Económico desde los Tiempos Bíblicos hasta nuestros días*, Barcelona, Omega.
- STUBINGS, P. (1986): "Desempleo y voluntariado en Europa: Resumen", en BERNARDO CORRAL, F. (coord.), *Conferencia Nacional Sobre Voluntariado*, Madrid, Cruz Roja Española, Departamento de Información, Relaciones Públicas y Publicaciones, pp. 53-61.
- SUBIRATS, J. (2001): "Sociedad civil y Voluntariado: responsabilidades colectivas y valores públicos en España", en *2001 Repensar el Voluntariado*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 122, Madrid, Cáritas Española, pp. 41-66.
- SUBIRATS, J. (ed.) (1999): *¿Existe Sociedad Civil en España? Responsabilidades Colectivas y Valores Públicos*, Madrid, Fundación Encuentro.
- SUNDDEN, R.A. (1988): "Explaining participation in coproduction: A study of volunteers", en *Social Science Quarterly*, vol. 69, núm. 3, pp. 547-568.
- SUSÍN BELTRÁN, R. (2001): "Algunas cuestiones para comprender la institucionalización jurídica del voluntariado", en *2001 Repensar el Voluntariado*, monográfico de *Documenta-*

- ción Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 122, Madrid, Cáritas Española, pp. 251-269.
- TAVAZZA, L.** (1995): *El Nuevo Rol del Voluntariado Social*, Buenos Aires, Editorial Lumen.
- TIERCE, J.W., SEELBACH, W.C.** (1987): "Elders as School Volunteers: an Untapped Resource", en *Educational Gerontology: An international Bimonthly Journal*, Volumen 13, núm.1, New York, Taylor & Francis, pp. 33-41.
- TOBIN, G.A.** (ed.) (1985): *Social Planning and Human Service Delivery in the Voluntary Sector*, Westport, Connecticut, Greenwood Press.
- TOCQUEVILLE, A. DE** (1985): *La Democracia en América (II)*, Madrid, Alianza. (e.o. 1840)
- TOCQUEVILLE, A. DE** (1989): *La Democracia en América (I)*, Madrid, Alianza. (e.o. 1835)
- TÖNNIES, F.** (1979): *Comunidad y Asociación. El Comunismo y el Socialismo como formas de Vida Social*, Barcelona, Ediciones Península. (e.o. 1887)
- TÖNNIES, F.** (1987): *Principios de sociología*, México, Fondo de Cultura Económica. (e.o. 1931)
- TORRES DÍAZ, J.** (1987): *Historia del Trabajo Social*, Buenos Aires, Humanitas.
- TOVAR VELÁZQUEZ, N., GARCÍA ALBERT, I.** (1999): "Género y voluntariado", en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 45, Madrid, Instituto de la Juventud, pp. 143-150.
- TRUJILLO DÍEZ, I.V.** (ed.) (2001): *Legislación sobre Voluntariado*, Madrid, Técno.
- TSCHORNE, P., MAS, C., REGOJO, J.L.** (1990): *Guía para la Gestión de Asociaciones*, Madrid, Editorial popular.
- URRUTIA PÉREZ, C.** (2001): "Sector voluntario y mercado de trabajo", en ARANGUREN GONZÁLO, L.A. [et al.] *Voluntariado y Trabajo Social: III Foro de Trabajo Social*, Madrid, Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas, pp. 89-96.
- VALLE, A. DEL, GARCÍA ROCA, J., GARCÍA LIZANA, A., CASADO, D., GIL, S., [et al.]** (1988): *Prestaciones Sociales y Voluntariado. El Voluntariado Hoy: Realidades y Perspectivas. Jornadas de la Plataforma*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.
- VAN DIJK, T.A.** (1997): *Racismo y Análisis Crítico de los Medios*, Barcelona, Paidós.
- VAN DIJK, T.A.** (2001): "Critical Discourse Analysis", en SCHIFFRIN, D., TANNEN, D., HAMILTON, H.E. (eds.), *The Handbook of Discourse Analysis*, Oxford, Blackwell, pp. 352-371.
- VANDER ZANDEN, J.W.** (1989): "Altruismo y Conducta Asistencial", en *Manual de Psicología Social*, Barcelona, Paidós, pp. 332-360.
- VARELA, J., ÁLVAREZ-URÍA, F.** (1989): *Sujetos Frágiles: Ensayos de Sociología de la Desviación*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- VEBLEN, TH.** (1974): *Teoría de la Clase Ociosa*, México, Fondo de Cultura Económica. (e.o. 1899)
- VELASCO, M.A.** (1995): *Voluntarios: Una Revolución Imparable*, Madrid, Ediciones Palabra.
- VELLOSO DE SANTISTEBAN, A.** (1999): *Guía Crítica del Voluntariado en España*, Madrid, Espasa Calpe.

- VERNIS, A., IGLESIAS, M.^a, SANZ, B., SOLERNOU, M., URGELL, J., VIDAL, P.** (1998): *La Gestión de las Organizaciones no Lucrativas*, Bilbao, Ediciones Deusto.
- VIDAL, M.** (1996): *Para Comprender la Solidaridad: Virtud y Principio Ético*, Estella (Navarra), Verbo Divino.
- VINYES, R.** (1996): "Aproximación histórica a las asociaciones de carácter no lucrativo en el ámbito de los servicios sociales", en RODRÍGUEZ CABRERO, G., MONSERRAT CODORNIÚ, J. (dir.) *Las Entidades Voluntarias en España: Institucionalización, Estructura Económica y Desarrollo Sociativo*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, pp. 35-100.
- VIVES, J.L.** (1992): *Del Socorro de los Pobres (De Subventionem Pauperum)*, Barcelona, Hacer. (e.o. 1526)
- VOLOSHINOV, V.N.** (1976): *El Signo Ideológico y la Filosofía del Lenguaje*, Buenos Aires, Nueva Visión. (e.o. 1930)
- WALZER, M.** (1994): *Moralidad en el Ámbito Local e Internacional*, Madrid, Alianza Universidad. (e.o. 1992)
- WALZER, M.** (1997): *Las Esferas de la Justicia: Una Defensa del Pluralismo y la Igualdad*, México, Fondo de Cultura Económica. (e.o. 1983)
- WALZER, M.** (1998a): *Tratado sobre la Tolerancia*, Barcelona, Paidós. (e.o. 1997)
- WALZER, M.** (1998b): "La idea de sociedad civil. Una vía de reconstrucción social", en ÁGUILA, R. DEL, VALLESPÍN, F., GABRIEL, J.A., GARCÍA GUTIÁN, E., RIVERO, A. (comp.): *La Democracia en sus Textos*, Madrid, Alianza Editorial. (e.o. 1991)
- WARDEL, F., LISHMAN, J., WHALLEY, L.J.** (2000): "Who Volunteers?", en *The British Journal of Social Work*, volumen 30, núm. 2, pp. 227-248.
- WEBER, M.** (1984a): *Economía y Sociedad. Esbozo de Sociología Comprensiva*, México, Fondo de Cultura Económica. (e.o. 1922)
- WEBER, M.** (1984b): *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*, Madrid, Sarpe. (e.o. 1904-1905)
- WEBER, M.** (1993): *Ensayos sobre Metodología Sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu editores. (e.o. 1904-1917)
- WEISBROD, B.A.** (1988): *The Nonprofit Economy*, Cambridge, Harvard University Press.
- WEISBROD, B.A.** (ed.) (1998): *To Profit or Not to Profit: The Commercial Transformation of the Nonprofit Sector*, Cambridge, Cambridge University Press.
- WHITE, S.C.** (2002): "Despolitizando el desarrollo: los usos y abusos de la participación", en PEARCE, J. [et al.], *Desarrollo, ONG y Sociedad Civil*, Barcelona, Intermón Oxfam. (e.o. 2000)
- WILSON, J., MUSICK, M.** (1997): "Who Cares? Toward an integrated theory of volunteer work", en *American Sociological Review*, vol. 64, pp. 694-713
- WILSON, J., MUSICK, M.** (1998): "The Contribution of Social Resources to Volunteering", en *Social Science Quarterly*, vol. 79, núm. 4, pp. 799-814.
- WODAK, R.** (2003): "De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos", en WODAK, R., MEYER, M. (comps.), *Métodos de Análisis Crítico del Discurso*, Barcelona, Gedisa. (e.o. 2001)

- WODAK, R., MATOUSCHEK, B.** (1998): “«Se trata de gente que con sólo mirarla se adivina su origen»: Análisis crítico del discurso y el estudio del neo-racismo en la Austria contemporánea”, en MARTÍN ROJO, L., WHITTAKER, R. (eds.), *Poder-Decir o el Poder de los Discursos*, Madrid, Arrecife Producciones – Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 55-92.
- WODAK, R., MEYER, M.** (comps.) (2003): *Métodos de Análisis Crítico del Discurso*, Barcelona, Gedisa. (e.o. 2001)
- WOLCH, J.R.** (1985): “The Urban Voluntary Sector: An Exploration on Basic Issues”, en TOBIN, G.A. (ed.) *Social Planning and Human Service Delivery in the Voluntary Sector*, Westport, Connecticut, Greenwood Press.
- WOLDRING, H.E.S.** (1998): “State and Civil Society in the Political Philosophy of Alexis de Tocqueville”, en *Voluntas: International Journal of Voluntary and Nonprofit Organizations*, vol. 9, núm. 4, pp. 363-373.
- WOLF, M.** (1988): *Sociologías de la Vida Cotidiana*, Madrid, Cátedra. (e.o. 1979)
- WOOLF, S.** (1989): *Los Pobres en la Europa Moderna*, Barcelona, Editorial Crítica. (e.o. 1986)
- WUTHNOW, R.** (1996): *Actos de Compasión. Cuidar de los demás y ayudarnos a nosotros mismos*, Madrid, Alianza Editorial. (e.o. 1991)
- ZABALZA, R.** (Colectivo) (2000): *Voluntarios: Semillas de Libertad*, Tafalla, Txalaparta Editorial.
- ZEITLIN, I.** (1986): *Ideología y Teoría Sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu editores. (e.o. 1968)
- ZUBERO, I.** (1994): *Las nuevas condiciones de la solidaridad*, Bilbao, Instituto Diocesano de Teología y Pastoral - Desclee de Brouwer.
- ZUBERO, I.** (1996): “El papel del voluntariado en la sociedad actual”, en *Voluntariado*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 104, Madrid, Cáritas Española, pp. 39-68.
- ZUBERO, I.** (1998): “Descubriendo oportunidades para la intervención social: resituando nuestros espacios de participación”, en *La España que viene*, monográfico de *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, núm. 111, Madrid, Cáritas, pp. 87-120.
- ZUBERO, I.** (2000): *¿A Quién le Interesa el Voluntariado?: La Acción Voluntaria, entre la Satisfacción y la Deuda*, Madrid, Cáritas Española.
- ZUBERO, I.** (2003): “Voluntariado y acción colectiva”, en MONTAGUT, T. (coord.), *Voluntariado: la Lógica de la Ciudadanía*, Barcelona, Ariel, pp. 33-50.

ANEXO

GUIONES DE LAS ENTREVISTAS EN PROFUNDIDAD Y PROPUESTA TEMÁTICA DE LOS GRUPOS DE DISCUSIÓN

Adjuntamos los guiones elaborados en relación a las entrevistas y grupos de discusión realizados a jóvenes voluntarios/as, jóvenes no voluntarios/as, gestores y técnicos de organizaciones voluntarias y técnicos de la administración. Es necesario hacer algunas apreciaciones importantes en relación al uso de estos guiones en las prácticas cualitativas, para que no se confundan con simples listados de preguntas que se han formulado secuencialmente y de forma sistemática y exhaustiva. Consideremos primero los guiones de las entrevistas en profundidad:

- Al no tratarse una encuesta estadística, no nos encontramos ante de un cuestionario cerrado —precodificado—, que deba seguirse rigurosamente, sino más bien, de una mera guía general, flexible y abierta de los temas a tratar. Desde luego, no se trata de efectuar exactamente las mismas preguntas a los entrevistados para garantizar de esa manera la comparabilidad. Los guiones son, una herramienta de apoyo —de utilización más mental que presencial— en *constante reconstrucción*, en función de las claves aportadas por las sucesivas entrevistas (de hecho, aquí se presentan las últimas ‘versiones’).
- El investigador no sigue necesariamente el orden del guión. Durante la entrevista puede estimar pertinentes o no ciertas preguntas, y por supuesto, en el marco del desarrollo de la entrevista, pueden surgir nuevos temas colaterales y preguntas no consideradas previamente en el guión.

Angel de Lucas (1995: 130), nos recuerda al respecto, que el guión previo “recoge los objetivos de la investigación, pauta temáticamente el contenido de la entrevista. Pero este guión no está secuencialmente organizado. Se trata de que —a partir de un estímulo inicial del entrevistador y mediante las realimentaciones necesarias— el entrevistado vaya incluyendo en su discurso el tratamiento de los temas previstos, organizándolos secuencialmente de acuerdo con sus propias preferencias discursivas”.

- Un elemento central de las propias prácticas cualitativas, es el estar abiertas a la nueva información. A diferencia del cuestionario precodificado, propio de la encuesta estadística, las respuestas no están predefinidas por el investigador, sino que son elaboradas *libremente* por los propios sujetos que participan en la investigación (a tal objetivo deben encaminarse todos los esfuerzos del investigador durante la realización de la entrevista).

1.1. GUIONES DE LAS ENTREVISTAS EN PROFUNDIDAD

A) GUIÓN VOLUNTARIOS/AS:

1. Descripción de la actividad voluntaria

- ✓ Programa al que se adscribe.
- ✓ Descripción de su posición (cometidos, labores....).
- ✓ Dedicación: horarios...
- ✓ Periodo de formación, si es que ha habido.
- ✓ Trayectoria dentro de la organización. Implicación en la marcha general de la organización.
- ✓ Relaciones con otros voluntarios/as y miembros de la organización (gestores).
- ✓ Vínculo con los destinatarios de la acción voluntaria.

2. Aspectos Motivacionales

- ✓ Razones personales para realizar labores de voluntariado.
- ✓ 'Expectativas' de futuro: ¿más o menos compromiso?, ¿hasta cuándo?
- ✓ Posibles satisfacciones o 'compensaciones' (afectivas...) de la acción voluntaria.
- ✓ Valoración de la experiencia: aspectos interesantes...
- ✓ Autovaloración: ¿para qué cree que sirve su tarea?

3. Percepción de la organización de pertenencia.

- ✓ Perfil de la asociación: fines, programas, personal, evolución en los últimos años.
- ✓ Vínculos con otras organizaciones del sector. Dependencia o relación con otra organización matriz.
- ✓ Dimensión ideológica: el 'ideario' de la organización.
- ✓ Percepción de eficacia: instrumentos.
- ✓ Relación con la administración y los poderes públicos (financiación, mediación, etc...)
- ✓ Relaciones con los medios de comunicación.
- ✓ Autopercepción: complementaria al Estado, sustitutiva, reivindicativa, de confrontación...

4. Percepciones genéricas sobre el voluntariado. Aplicadas al conjunto del colectivo

- ✓ Delimitación/definición del voluntariado: ¿qué está dentro? ¿qué está fuera?
- ✓ ¿Quiénes son los voluntarios? Perfil social...
- ✓ Valoración del voluntariado: dentro de su organización, y papel social jugado en España. Potencialidad y logros.
- ✓ Funciones del voluntariado: ¿para qué sirve su acción?
- ✓ Valoración de otros tipos de voluntariado 'no social'.
- ✓ Actitudes ideales del voluntariado.
- ✓ Procesos de captación/selección y formación.

- ✓ Labores propias e impropias del voluntario/a: voluntariado y trabajo. Relaciones con los profesionales. Influencia del voluntariado sobre el mercado de trabajo. Contratación de voluntarios.
- ✓ Grado de dedicación e implicación personal del voluntariado.
- ✓ Contribución a la marcha de las organizaciones.
- ✓ Estimación de las motivaciones del voluntario/a.
- ✓ Ambiente entre los voluntarios/as: relaciones entre voluntarios/as (grupalidad).

5. *Análisis social ‘amplio’.*

- ✓ Potencialidad del voluntariado y del tercer sector en la sociedad actual: valoración del ‘boom’ del voluntariado.
- ✓ Valoración del ‘hecho solidario’ en la sociedad actual, en sus distintas manifestaciones.
- ✓ Percepción del ‘orden social’: justo, injusto...

6. *Datos personales*

- ✓ Edad.
- ✓ Nivel de estudios (realizados o en realización).
- ✓ Clase social (ocupación de los padres y lugar de residencia).
- ✓ Ocupación.

B) GUIÓN GESTORES DE ORGANIZACIONES VOLUNTARIAS Y RESPONSABLES DE PROGRAMAS DE VOLUNTARIADO:

1. *Cargo y funciones*

- ✓ Descripción de su posición (cometidos, labores....).
- ✓ Dedicación y grado de profesionalización.
- ✓ Motivaciones, expectativas.
- ✓ Relaciones con los voluntarios/as y otros miembros de la organización (profesionales).
- ✓ Relaciones con los destinatarios de la acción voluntaria.

2. *‘Antecedentes’ personales*

- ✓ Pasado asociativo/voluntario. Vinculación a temas ‘sociales’
- ✓ ‘Carrera’ dentro de la organización.

3. *La organización*

- ✓ Perfil de la asociación: Organización de las tareas, fines, programas, personal, evolución en los últimos años.
- ✓ Relación con el Estado y los poderes públicos (financiación, mediación, etc...)
- ✓ Relaciones con los medios de comunicación.

- ✓ Autopercepción: complementaria al Estado, sustitutiva, reivindicativa, de confrontación...
- ✓ Vínculos con otras organizaciones del sector. Dependencia de otra organización matriz.
- ✓ Dimensión ideológica: el 'ideario' de la organización.
- ✓ Percepción de eficacia: instrumentos.
- ✓ Visión del universo organizativo: de otras organizaciones

4. *Voluntariado*

a) Voluntariado en su organización

- ✓ Valoración del voluntariado: dentro de su organización.
- ✓ Procesos de captación/selección y formación.
- ✓ Programas con voluntarios: descripción y logros.
- ✓ Problemas en la 'gestión' del voluntariado.
- ✓ motivaciones
- ✓ Ambiente entre los voluntarios/as: relaciones entre voluntarios/as (grupalidad)

b) Visión general del voluntariado

- ✓ Delimitación/definición del voluntariado: ¿qué está dentro? ¿qué está fuera?
- ✓ Actitudes y características ideales del voluntariado: compromiso, ideológicas.
- ✓ Labores propias e impropias del voluntario/a: voluntariado y trabajo. Relaciones con los profesionales. Influencia del voluntariado sobre el mercado de trabajo. Contratación de voluntarios.
- ✓ La vinculación del voluntariado con la asociación: grado de dedicación e implicación personal. (Contratos de voluntariado o formalización de la participación).
- ✓ Estimación de las motivaciones del voluntario/a.

5. *Análisis social 'amplio'*

- ✓ Potencialidad del voluntariado y del tercer sector en la sociedad actual: valoración del 'boom' del voluntariado.
- ✓ El voluntariado social frente a otras modalidades de voluntariado y participación social.
- ✓ Papel y responsabilidad de los ciudadanos frente a lo social
- ✓ Valoración del 'hecho solidario' en la sociedad actual: valor diferencial de distintas manifestaciones.
- ✓ Percepción del 'orden social': causas de la desigualdad social, y marginalidad (origen/responsabilidad: individual, o estructural)

C) GUIÓN TÉCNICOS DE LA ADMINISTRACIÓN

1. *Descripción de funciones y programas*

- ✓ Descripción de su posición: áreas de responsabilidad, cometidos, labores....

- ✓ Programas desarrollados en relación al voluntariado: objetivos, recursos, diseño de los programas, evaluación de los resultados, perspectivas de futuro.
- ✓ Nivel de colaboración con otras administraciones.

2. *Voluntariado*

- ✓ Delimitación/definición del voluntariado: ¿qué está dentro? ¿qué está fuera?
- ✓ El voluntariado social, frente a otros tipos de voluntariado y participación.
- ✓ Procesos de captación/selección y formación del voluntariado: pertinencia de los mismos.
- ✓ Espacios y funciones adecuados para el voluntario/a y el profesional. Voluntariado y trabajo. Influencia del voluntariado sobre el mercado de trabajo.
- ✓ Estimación de las motivaciones del voluntario/a.
- ✓ Actitudes y características ideales del voluntariado: compromiso, ideológicas....
- ✓ Valoración del voluntariado: nivel de desarrollo actual, papel social jugado en Madrid, y por extensión en España. Potencialidad.

3. *Las organizaciones voluntarias.*

- ✓ Valoración de las organizaciones voluntarias: delimitación del espacio de actuación de las mismas (complementarias, sustitutivas...), funciones, eficacia, etc...
- ✓ Visión del universo organizativo: tipos de organizaciones.
- ✓ Relaciones y colaboración entre la administración (al nivel correspondiente) y las organizaciones voluntarias: subvenciones, órganos y foros.

4. *Análisis social ‘amplio’*

- ✓ Voluntariado y del tercer sector en la sociedad actual: valoración del ‘boom’ del voluntariado.
- ✓ Papel y responsabilidad de los ciudadanos frente a lo social
- ✓ Valoración del ‘hecho solidario’ en la sociedad actual: valor diferencial de distintas manifestaciones.
- ✓ Percepción del ‘orden social’: causas de la desigualdad social, y marginalidad (origen/responsabilidad: individual, o estructural)

1.2. PROPUESTA TEMÁTICA Y DESARROLLO ESPERADO DE LOS GRUPOS DE DISCUSIÓN:

▪ *Propuesta temática para los grupos de discusión*

- ✓ Formulación para grupos de voluntarios/as. De tipo indirecta mediata: *La realidad del asociacionismo y la participación social juvenil en Madrid.*

- ✓ Formulación alternativa (para los grupos de no voluntarios/as): *Las organizaciones no gubernamentales y la intervención de los ciudadanos/as (y concretamente los jóvenes) en los asuntos públicos.*

En ambos casos se propone un marco de discusión que desborda la práctica del voluntariado. Se trata de una estrategia básica para contextualizar los discursos sobre el voluntariado en el marco más amplio posible.

■ ***Desarrollo temático ‘esperado’***

Se trata de explorar la apertura del campo semántico que hace la propuesta temática, no de hacer un listado de preguntas a formular, dado que se trata de recoger el discurso libre del grupo. Tan sólo los epígrafes generales que aparecen más adelante son marcos de discusión que el prescriptor fomentó a lo largo de los grupos directa o indirectamente.

En este caso, no se trata un verdadero guión, dado que la intervención del prescriptor es exclusivamente *puntual; el grupo es en todo momento el que explora y determina libremente la pertinencia de los contenidos de la discusión*. No obstante, la preparación de este ‘falso guión’ (de desarrollo variable) supone un necesario y útil ejercicio, para explorar *a priori* (reconstruyéndolo y completándolo en función de los propios grupos) el campo semántico/temático que se abre con la propuesta (puede asimismo a ayudar a mejorar la fórmula de la propuesta) y las posibles conexiones que el grupo pueda establecer. Se trata de un ejercicio de apertura, nunca de constreñimiento. Dicha preparación temática redundará necesariamente en una mejor comprensión del devenir de la discusión grupal (otorga más reflejos al prescriptor para operar sobre ella). Más que preparar la reunión de grupo —impredecible por definición y siempre ‘sorprendente’, ahí reside precisamente su valor sociológico—, es el investigador el que se prepara para ella (maximiza su capacidad de ‘procesamiento’ del discurso: sucede igual con el guión de la entrevista). En ningún caso el prescriptor debe reconducir al grupo hacia las categorías de su esquema (exclusivamente ‘lógico’ para él).

1. Asociacionismo y participación

- ✓ Valoración de la realidad del asociacionismo: Percepción del nivel de participación de los jóvenes.
(Temas de apertura tangencial: la figura de la sociedad civil, tercer sector... ‘Responsabilidades’ del sujeto individual ante la sociedad).

- ✓ Formas de participar socialmente. Qué se puede lograr a través de la participación: (en el caso de los grupo de no-voluntarios/as, posiblemente aparezca la justificación para la no participación social)
- Temas de apertura tangencial: ‘Visión’ sobre la sociedad. Percepción del orden social: en términos de justicia, injusticia... Percepción del origen de la desigualdad social y la marginalidad. (especialmente interesante en el caso de los voluntarios/as)
- Caracterización de las organizaciones voluntarias (ONG):
 - ✓ Cualidades, pros y contras. Valoración de su actuación concreta y los ‘resultados’ de su labor. (valoración grandes corporaciones y pequeñas asociaciones; también según ámbitos de actuación).
 - ✓ Comparación iniciativas ‘altruistas’ y mutualistas
- Estado y asociacionismo (seguramente de desarrollo solapado con respecto a anteriores puntos)
 - ✓ Espacios propios de la actividad del Estado (responsabilidades) y de la participación social (organizaciones voluntarias...), en relación a los derechos de ciudadanía y prestación de servicios...
 - ✓ Caracterización de la relación entre organizaciones voluntarias y Estado (de difícil articulación entre no voluntarios/as)
 - ✓ La promoción del voluntariado y la financiación de las organizaciones voluntarias

2. *Voluntariado*

- ✓ Definición/‘concreción’: ¿qué es? ¿qué está dentro/fuera? ¿qué hacen los voluntarios/as?
- ✓ Relevancia social (presencia) del voluntariado en Madrid/España.
- ✓ El voluntariado social (integración), frente a otros tipos de voluntariado y participación: Asociacionismo, militancia, activismo...
- ✓ Valoración de los sujetos asociados/voluntarios y de su labor. El papel de los voluntarios/as en las ONG (Autopercepción en el caso de los voluntarios/as).
- ✓ Motivación: ¿porqué actúan los voluntarios/as?
- ✓ Perfil social: ¿quiénes son los voluntarios/as?: género, nivel educativo, clase social, ideología... Tipos de voluntarios (si perciben heterogeneidad)
- ✓ Relación con los receptores /lo afectivo (En el grupo de voluntarios)
- ✓ Voluntariado y mercado de trabajo:
 - Grupo voluntarios/as: relación con los profesionales y con los gestores. Promoción profesional en la organización
 - Grupo voluntarios/as y no voluntarios/as: voluntariado e inserción laboral.

3. *Solidaridad social*

- ✓ Trabajo sobre el concepto: ¿qué es solidaridad? ¿nos ubicamos en una sociedad solidaria?

- ✓ Valoración/comparación de las distintas materializaciones sociales de la solidaridad: voluntariado versus solidaridad económica, consumo solidario, marketing con causa (empresas solidaria), etc.